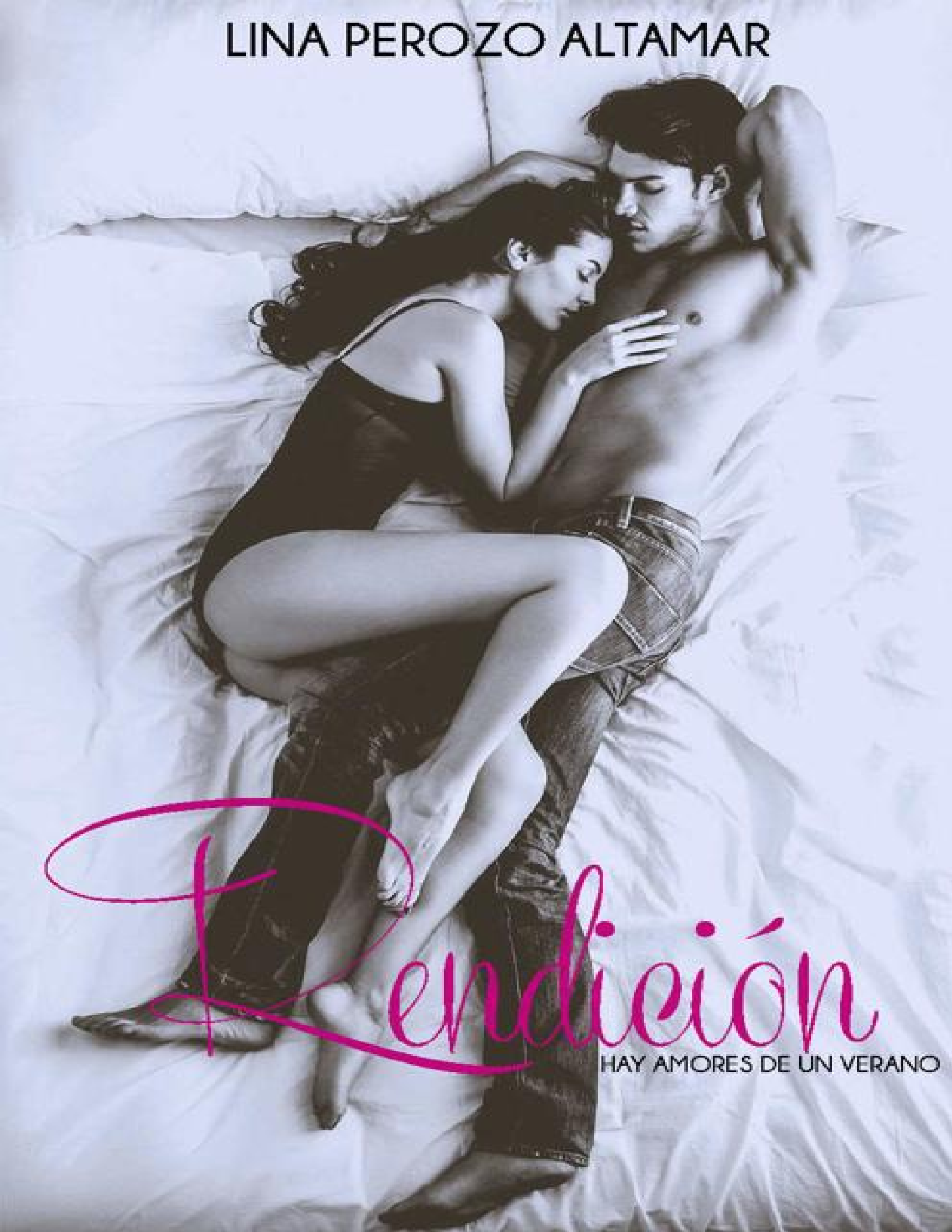
LINA PEROZO ALTAMAR



Rendición

HAY AMORES DE UN VERANO

Rendición

Hay amores de un verano

LINA PEROZO ALTAMAR©

Copyright © 2014 Lina Perozo Altamar
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Tania Gialluca
Primera Edición: septiembre 2014
Segunda Edición: Marzo 2024
ISBN #: 978-1-312-94198-4
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
No dejes de leer la continuación de esta historia.
Playlist

Dedicatoria



A todas las personas que creyeron en mí, incluso en aquellos momentos cuando yo dudé. A mi primera inspiración, la señora Alys Avalos quien junto a mi hermana Lily despertó en mí los deseos de explorar este maravilloso universo. A mi hermano Omar por ser mi principal pilar y a mi familia que ha sabido aguantar por tantos años a esta loca.

Agradecimientos



A Dios por este regalo tan maravilloso que me ha dado, es un don tan precioso que la vida no me alcanzará para agradecerlo, gracias por ser ante todos, el primero y darme la fortaleza.

A mi familia por su apoyo incondicional, por estar siempre allí con una palabra de aliento o una crítica constructiva que me hizo cuestionarme, aprender y crecer. A mi hermoso Topacio, mi compañero en las madrugadas, testigo de lágrimas y suspiro, sin ustedes no sería nada.

A Yussy Deleforge por defender esta historia como si fuera tuya, por soportar mis horarios espantosos y mis locuras, por ser más que una amiga, una hermana. ¡Eres la mejor mánager del mundo!

A Mariana Sciacca por su invaluable ayuda, si no fuera por ti me retiran el título. Gracias por las charlas, por soportar mis ausencias y mis horarios nada normales, pero sobre todo por hacerme saber que la historia valía cada esfuerzo invertido en ella, gracias por ser más que una editora mi amiga y por todas las confidencias. Te Readoro.

A Lucy Bastidas por tus sabios consejos, por las palabras de aliento, pero sobre todo por las horas y horas de lectura que me ayudaron a tener un mayor enfoque, mamá Lu eres una mujer maravillosa. También agradezco a mi hermana Linda Sandoval, la primera enamorada de Alessandro y que estuviera conmigo desde el inicio, Isha Ángulo por ser partícipe de esta idea y emocionarse con ella en cuanto se la conté, a mi hermosa Gema Esteves que aceptó ser un guía durante un valioso tiempo, mi colega, amiga y cómplice. A todas y cada una las quiero.

A Tania Gialluca por esa hermosa portada de la cual me enamoré y sigo enamorada, gracias por tu arte y por permitirme lucirlo, tienes un don especial y eso se nota en tu trabajo y tu forma de ser.

A Betty Espinal, Verónica Rodríguez, Paula Sibaja, Sandra Cerón, Daisy Rivera, Mónica Molina, Gaby Del Muro, Paola Henríquez, Isa Schonhobel, Sandra Schwarzenberg, Susana

García y Lisa Briganti... Gracias por ser mis socias en propiedad italiana, por ser unas artistas generosas y entregarme sus hermosos trabajos, por ser equilibro, paciencia y pasión en la misma medida, por ayudarme en esa ardua labor de parto que nos llevó varias horas y donde todas hablábamos al mismo tiempo, pero sobre todo gracias por creer en mi trabajo incluso antes de conocerlo, por aguantar los spoilers y que pasara horas hablándoles de Alessandro, y más allá de todo eso gracias por hacerme formar parte de su familia y tener el privilegio de llamarlas hermanas. ¡Las amo!

Al equipo de Pre-Venta: Andrea, Paula, Carolina, Sandra, Mary, Anahí, Kari, Betty, Annie, Daisy, Dayana, Gaby y Fátima, gracias infinitas por adquirir este compromiso conmigo al igual como lo hicieron con mi hermana, me emocionó mucho ver su entrega y su dedicación, en verdad no tendré como pagarles tanto apoyo, se les quiere muchísimo.

A las señoras Garnett que desde el principio me apoyaron de manera incondicional, nada más por tener como carta de presentación la genialidad de mi hermana y creyeron en un trabajo del cual habían visto tan poco, gracias por su confianza y por querer escribir junto a sus nombres también el apellido Bonanzierri.

A quien me ha servido de inspiración por más de cinco años, quien sin saberlo dio la idea principal de esta historia y quien a su manera también hizo que creyera en mí y en lo que podía dar, para él va la primera cuota en pago de todo lo que me dio.

Agradezco a cada persona que me brindé la oportunidad de entrar en sus vidas y ocupar parte de su tiempo, el amigo o el lector casual que llegué a conocerme a través de mis letras, a ustedes quiero decirles que tienen en sus manos una parte de mí, quizás la mejor de todas.

Gracias por creer en mí, en mi trabajo, por apoyarme y acompañarme en esta aventura que comenzará en unos segundos, se les quiere con el alma y el corazón.

Lina Perozo Altamar.

Di sere nere

Che non eê tempo

Non eê spazio

E mai nessuno capirà

Puoi rimanere

Perché fa male male

Male da morire

Senza te...



Tiziano Ferro

Capítulo 1

Roma, Italia. Julio 2012

Estaba de pie detrás del escenario mientras escuchaba a través de los altavoces las palabras de la presentadora, que se disponía a anunciarlo. Alessandro pasó sus manos a través de los cabellos castaños como un movimiento espontáneo para calmarse. Siempre recurría a lo mismo, solo que esta vez no resultó, así que buscó distraerse en algo más, sus ojos azules se concentraron en seguir a unas diez personas que se movían de un lado a otro, atentas a que todo estuviese en su lugar, cuidando cada detalle, ese era su trabajo, los detalles.

El suyo era diferente, su función era entretener o eso pensaba la mayoría, pero él lo sentía distinto, significaba mucho más, lo que hacía había formado parte de su vida desde que era un chico de dieciséis años y descubrió que este era su mundo perfecto. Sin embargo, eso no alejaba los nervios que lo embargaban cada vez que debía mostrarse, no como el actor sino como el hombre, como Alessandro Bonanzierri, cuando las entrevistas pasaban del plano laboral al personal.

La verdad era que no tenía nada que esconder, pero prefería mantener a las personas alejadas de su vida privada, era receloso en este aspecto a tal punto que ni su familia había logrado atravesar las barreras que les había impuesto, se podría decir que solo su madre era su confidente y ni siquiera a ella le contaba todo; así que sortear las preguntas personales era toda una odisea.

Al fin la presentadora anunció su nombre y él les ordenó a sus labios mostrar la mejor de sus sonrisas, respiró profundamente y salió al estudio en medio de una ola de aplausos y risas femeninas, a las cuales respondió con un ademán a modo de saludo, elevando su mano y agitándola, posando su mirada en algunos rostros conocidos, esos que lo acompañaban desde sus inicios.

—Buenas noches, Alessandro, bienvenido a *Entre Amigos* —mencionó recibiendo el abrazo del actor con una sonrisa efusiva.

—Buenas noches a todos, gracias por la invitación, Beatrice, es muy agradable encontrarnos de nuevo —respondió él con el mismo gesto.

—Gracias a ti por aceptar, por favor, acompáñame. —Posó una mano en la espalda en un gesto amable, para guiarlo a un gran sillón.

Alessandro le dedicó una sonrisa agradeciéndole el gesto, seguramente Beatrice había notado la tensión que lo invadía, inspiró y luego soltó el aire despacio para relajarse mientras tomaba asiento. De ese modo se dio comienzo a la entrevista, en un principio las preguntas se enfocaron en su trabajo actual. En ese punto se sentía como pez en el agua, conversar sobre su trabajo siempre le resultaba sencillo, quizás porque sentía de algún modo que hablaba de alguien más y no de él.

—Alessandro, el éxito en tu vida ha sido una constante desde el mismo momento en el cual te paraste ante una cámara, has trabajado en series, películas y obras de teatro. Se podría decir que eres un actor consumado en todos los aspectos, y que es muy poco lo que las personas no conocemos de tu vida, habiendo empezado en este medio desde que eras un chico —decía utilizando ese tono tan naturalmente inocente, pero que indicaba que estaba tejiendo algo.

Alessandro asintió en silencio instándola a continuar, al tiempo que sentía que su estómago se

encogía y el centro de las palmas de sus manos comenzaba a sudar, intentó sonreír para relajarse, aunque sabía hacia donde ella iba, al plano personal, le advertía sutilmente con la mirada a Beatrice que estaba a punto de cruzar una línea que no le permitía traspasar a nadie, no había sido fácil mantener sus límites siendo uno de los actores más famosos de Italia, había sido una lucha de día a día y no daría su brazo a torcer.

—Sin embargo… —continuó ella, comprendiendo la advertencia que Alessandro le hacía—. Existe un período de tu vida que para todos ha sido un total misterio, y debo decir que me he propuesto revelarlo esta noche, puede que resulte ser mejor detective que Donato. —indicó en tono divertido, refiriéndose al personaje antagonista de la serie donde él trabajaba actualmente, también para poner al público a su favor y crear una fisura en la muralla que había erguido Alessandro.

—Tendrás que hacer un gran esfuerzo, pues debo admitir que, aunque desprecie a Donato en la serie, es un gran profesional y muy eficaz en su trabajo —lanzó nuevamente la advertencia, pues sabía perfectamente hacia donde se encaminaba ella.

—Bueno, sabes que me fascinan los retos, así que empecemos… —dijo con una gran sonrisa, dejándole ver que estaba dispuesta a arriesgarse y aprovecharía la pequeña brecha que él le abría —. Hace tres años, tu carrera iba en un ascenso tan vertiginoso, casi apabullante, desplazabas a todo el mundo que se cruzaba en tu camino, los directores se peleaban por tenerte en sus elencos, las actrices por ser tus protagonistas, tu nombre era sinónimo de un éxito seguro, habías conseguido todos los premios a los que un actor joven podía aspirar. —enumeraba cada logro despertando la expectativa del público, miraba al joven a los ojos y sonreía de vez en cuando.

Alessandro se limitó a pasar sus dedos índice y medio por su tabique, un gesto que hacía cuando estaba nervioso o incómodo, lo hacía de manera disimulada pues no quería delatar su estado a los demás, intentando en lo posible mostrarse impasible. Ella se sentía animada al ver que él no protestaba, ni hacía ademán de querer desviar o detener sus avances, así que prosiguió.

—Parecías, o mejor dicho eras imparable… pero justo en ese momento cumbre de tu carrera, rechazas uno de los papeles más importantes de ese entonces, por el cual habían luchado tantos actores y que tú habías conseguido gracias al enorme talento que posees claro está —aclaró viendo la sonrisa de medio lado que él le mostraba, ese gesto que muchos copiaban, pero a pocos se le daba tan natural.

Alessandro era un hombre verdaderamente apuesto, resultaba irresistible y había enamorado a millones de mujeres a lo largo de sus trece años de carrera, él tenía el poder para atrapar miradas con gestos que a simple vista eran comunes, un guiño, un parpadeo, una sonrisa, cosas que la mayoría hacían en el día a día, en él tenían un poder de seducción impresionante, y aunque ella no era una jovencita, y prácticamente había visto crecer a Alessandro frente a las cámaras, debía admitir que si fuesen otras las circunstancias, también hubiese liberado un suspiro ante esa sonrisa ladeada, que de seguro terminaría uniéndose a la secuencia que colmaba el estudio a momentos.

Sin embargo, era evidente que Alessandro estaba indicándole que nadie se lo había regalado, que él también había hecho casting igual que todos los demás. Beatrice lo comprendió e hizo la aclaratoria.

—Mi pregunta es… ¿Qué sucedió, para que estando en la cúspide de tu carrera, decidieras de un día para otro hacer tus maletas y desaparecer? —preguntó al fin mirándolo fijamente, mientras se reclinaba en el asiento para darle a él total libertad de hablar.

Alessandro dejó libre un suspiro y cerró los ojos por un breve instante, solo segundos pero ese tiempo fue suficiente para obtener la respuesta, aunque no sabía si quería darla a conocer, si eso

era prudente, no sabía cómo tomaría el público la misma, quizás lo comprenderían, a lo mejor, lo condenaría tachándolo de malagradecido o dirían que tenía complejo de estrella. Se arriesgó y decidió mostrar una visión parcial de lo que había vivido en ese entonces.

—Me sentía agotado —esbozó lentamente y se removió en el asiento—. Como has dicho, todo en mi entorno giraba a ciento ochenta grados y cambiaba día tras día, de pronto me encontraba siendo un abogado, otras un doctor que luchaba por salvar vidas en la primera guerra mundial, en otras un bandido de los años cincuenta, un sacerdote o un capitán de la guardia francesa, empecé siendo muy joven y desde ese momento no me había detenido un solo instante, saltaba de un rol al otro sin siquiera tomarme un tiempo para analizar lo que sucedía a mi alrededor, para poder asimilarlo y decidir hacia donde debía encaminarme, solo me dejaba llevar por la corriente —confesó encontrando en el silencio del público una especie de comprensión.

—Muchos medios especularon sobre tu desaparición, se habló de que te habían internado en un centro de rehabilitación, de problemas judiciales, incluso se especuló sobre un posible accidente trágico donde habías fallecido; cosas por demás absurdas, ya que nunca habías dado muestras de ser un joven con problemas de drogas o alcohol, tampoco tenías antecedentes delictivos —dijo Beatrice en tono pausado.

—De todo ello me enteré a mi regresó, mi familia consciente del momento que atravesaba se esforzó en mantenerme al margen de todo, incluso ellos se negaron a dar entrevistas o emitir algún comunicado, solo se limitaron a darme ese espacio que necesitaba.

Las líneas de expresión de su frente se acentuaron dándole un aspecto más dramático a su semblante, al tiempo que su mirada fija en Beatrice intentaba mostrarle lo complicado de la situación que atravesó, hizo una pausa y después continuó.

Ella asintió mientras lo miraba dejándole ver que tenía toda su atención, al igual que el público a su alrededor que escuchaba atentamente cada una de las palabras de Alessandro.

—Cuándo tomé la decisión de irme lo que más deseaba era alejarme de aquello que sentía que me estaba asfixiando, era consciente del gran compromiso que tenía con el público, con las personas para quienes trabajaba y precisamente por ellos tomé la decisión de retirarme, no podía seguir en el mismo camino o ciertamente la presión me hubiese llevado por un rumbo completamente equivocado, porque para quienes trabajamos en este medio puede resultar tan difícil mantenernos tras la línea que divide lo correcto de lo incorrecto.

—¿A qué te refieres cuándo hablas de lo correcto e incorrecto?

—A las drogas, el alcohol, actos delictivos; cada una de las cosas que has enumerado antes y de las cuales fui acusado, es a lo que eres vulnerable cuando formas parte de este medio, ser un actor famoso te brinda cierta noción de un poder que no es real, pero que llegas a sentir como verdadero, crees que ser alguien popular te da derecho a rebasar algunos límites, romper leyes y hasta ser inmune a las consecuencias que puedan tener tus actos, cuando es todo lo contrario, estar bajo el ojo público te hace más propenso a ser juzgado por las acciones que realizas, que aquellas personas que disfrutan del anonimato.

—Entiendo perfectamente tu punto, pero… ¿Fue verte expuesto a todo eso lo que te llevó a abandonar una carrera tan prometedora como la que tenías? —Le preguntó mirándolo directamente a los ojos, mientras se inclinaba hacia delante.

—De cierto modo, pero lo que más me motivó a tomar esa decisión fue ver que la pasión que tiempo atrás me había impulsado a dar lo mejor de mí en cada actuación se estaba esfumando, me daba igual si una escena quedaba apenas aceptable o si salía excelente, me sentía como un autómata que se paraba frente a una cámara y se limitaba a seguir las órdenes del director, mientras leía un libreto que carecían de sentido… —Una vez más, ella lo detenía.

—¿Cómo podías actuar así, es decir, sin sentir al personaje y además hacerlo tan bien? —Lo interrogó desconcertada.

—Eso es algo que no sabría cómo responderte pues ni yo mismo lo sé, pero al parecer conseguía hacerlo y seguía manteniendo la fórmula mágica entre mis manos, empecé a creerme una especie de Dios, que podía hacer o decir lo que fuera y todo el mundo me seguiría aplaudiendo, hasta que alguien que me conocía muy bien llegó hasta mí y me dijo que estaba a punto de arruinarlo todo, eso solo agregó más presión a la que ya tenía; en este medio solo hay dos opciones cuándo nos encontramos en un punto como ese, uno es hacer caso omiso a lo que sucede y acabar cayendo estrepitosamente de esa cima en la que nos encontramos y la otra es detenerse en el borde del abismo, mirar hacia abajo y comprender que una vez caigamos, lo más probable es que jamás volvamos a levantarnos —explicó sintiendo que no era tan difícil como había imaginado.

—Tu decisión entonces fue alejarte —mencionó la mujer llegando a esa conclusión, con una mirada de comprensión.

—Mi decisión fue bajar de esa cima de la manera más segura posible, solo que no sabía cómo hacerlo, ni si podría lograrlo, muchas veces me detuve a la mitad y miraba hacia arriba sintiéndome tentado a regresar, pero entonces recordaba que a cada paso en descenso que daba me acercaba más a quien había sido tiempo atrás y eso me gustaba, me hacía sentir cómodo esa sensación de pertenencia, volví a ser yo —contestó sintiendo como su espalda y hombros, antes rígidos como el mármol, se relajaban, dejó ver una sonrisa que despedía al peso que lo había embargado por mucho tiempo.

—Alessandro, es la primera vez que te abres y hablas de todo esto, siempre te habías negado a conversar sobre ello. ¿Por qué? —Lo cuestionó Beatrice, sintiéndose satisfecha e intrigada al mismo tiempo por la actitud de su joven amigo.

—Digamos que… deseaba guardar este tiempo como algo muy mío, no es la primera vez que me preguntan en relación con ello, como bien sabes y si he decidido hacerlo esta noche, es porque tal vez considere que ya no tengo motivos para seguir resguardándolo, ya no existe un pacto —respondió y el tono de su voz había cambiado, al igual que su semblante que se notaba relajado y su mirada serena, el hermoso azul de sus iris se mostraba tan claro que casi parecía celeste.

«Sí, justo eso sentía, que ya no había motivos para callar lo que había sucedido con él hacía tres años, bueno, o al menos aquello que lo condujo a alejarse del mundo del espectáculo; de lo otro, pues lo otro tampoco tenía por qué ocultarlo. Sin embargo, si podía evitar que llegasen hasta ello lo haría. Aunque ella no lo hubiese hecho, por el contrario, obtuvo justo lo que quería y le había ido muy bien, así que ya nada le obstaculizaba hablar de ese tiempo en Florencia.»

—Según entiendo, por tus propias palabras habías hecho un voto de silencio con respecto a esto —indagó la mujer cuyo interés se había despertado al notar el cambio de actitud en él. Alessandro mostró una sonrisa en la que ciertamente vio que había mucho más tras todo eso y se propuso llegar tan lejos como pudiese.

Alessandro se tensó al ver la decisión en la mirada de su amiga y supo de inmediato que ella no lo dejaría escapar tan fácilmente.

«¿Por cuánto tiempo se había negado a hablar o al menos a pensar en lo que ocurrió durante esos tres meses? ¿Cuántas veces se esforzó por olvidar, pues el recuerdo solo conseguía hacerle daño? Un daño que sabía se había causado él mismo, ya que justo cuando pensó que había logrado madurar y cambiar, solo consiguió arruinarlo todo y para siempre, pero ¿fue él el único culpable?»

—Algo por el estilo, sin embargo, he comprendido que dicho voto no tenía caso, después de todo eso fue hace mucho tiempo. —Esquivó la pregunta, sintiendo de pronto que no debía dejar que fuese más allá.

Ella lo percibió de inmediato y se alejó apoyándose en el sofá con un movimiento casual, sabía que lo estaba presionando quizás más de lo que Alessandro les permitía a otros periodistas, pero llegado a ese punto no lo soltaría tan fácil, se replanteó la jugada y le entregó una sonrisa como estrategia para hacerle sentir que estaba respetando su espacio, después de unos segundos contraatacó.

—Alessandro nos acabas de abrir una puerta que llevaba tres años cerrada, creo que todos los que nos encontramos en este lugar estamos interesados en lo que se hallaba tras ella, pero si es tu decisión zanjar el tema, la respetamos, estamos entre amigos. Sin embargo, cuéntanos un poco más, no nos dejes en el borde… dinos, por ejemplo, ¿a dónde fuiste? —preguntó con una sonrisa.

—Florencia… ni siquiera salí del país, durante tres meses me dediqué a observar los hermosos paisajes toscanos, a tomar vino, escuchar música, leer, cabalgar, nadar… todas esas actividades que por lo general se hacen cuando se cuenta con el tiempo para disfrutarlas —comentó con naturalidad y mostró una sonrisa ladeada.

—Un cambio muy brusco para alguien que estaba acostumbrado a una vida tan ajetreada como la tuya. —Él era un hueso duro de roer.

—Un cambio bien recibido, refrescante —dijo sonriendo.

—No lo pongo en duda, y te aseguro que ninguno de los aquí presentes lo hacen, ahora dime durante estas vacaciones, ocurrió algo interesante, no sé tal vez un hecho que marcase o motivase a que ese cambio en ti se concretase o por el contrario ¿se dio de manera espontánea? —preguntó una vez más.

Alessandro dejó libre un suspiro, sintió como la tensión se apoderaba de sus hombros de nuevo, su rostro también fue víctima del cúmulo de emociones y recuerdos que lo asaltaron, frunció el entrecejo un instante y su mirada se ensombreció, pero como el buen actor que era supo esconderlo de inmediato, mostrando una sonrisa dudosa, no esas radiantes que acostumbraba, no podía negar la presión que se le había instalado en el pecho, intentó luchar contra esta, pero se dio cuenta que estaba rendido.

Las reacciones de Alessandro fueron muy rápidas y apenas perceptibles, sin embargo, Beatrice las captó, él se había descompuesto, eso encendió una alarma en su cabeza, fue como si alguien gritase en el fondo de esta ¡Lotería!

—Me enamoré. —Se escuchó decir y no podía creer que lo hubiese hecho—. Fue un gran amor, que me salvó, me mostró un mundo diferente y me hizo ver que también formaba parte de este… que podía ser común y disfrutar de las cosas sencillas, me encantaría pensar que yo signifiqué lo mismo para esa persona. —Al llegar a este punto Alessandro ya no pudo detenerse.

Solo su madre conocía lo ocurrido, no todo, pero si gran parte y en ese momento se lo estaba confesando a millones de personas, incluso estaba dejando ver aquello que ni siquiera a ella le demostró, ¿por qué estaba haciendo esto? —Se cuestionó e intentó ponerse de nuevo la armadura, pero Beatrice apenas si le dio tiempo.

—¿Conociste a esa chica en Florencia o solo te diste ese tiempo para vivirlo con ella? —preguntó mirándolo a los ojos.

—La conocí en Florencia, en realidad fue a las afueras de la ciudad, en el lugar que escogí para hospedarme, ella estaba pasando por una situación más o menos similar, y creo que lo que más ansiábamos era paz y soledad… «La soledad también puede ser una llama»—citó un verso de Mario Benedetti, un escritor uruguayo, el favorito de su madre.

—¿Qué fue de ella, si no es mucho preguntar? —Beatrice estaba fascinada con el rumbo que había tomado la conversación.

Sabía que no era la actual pareja de Alessandro, esa mujer era demasiado cabeza hueco para haber logrado un cambio como ese en el joven, además, apenas y había salido a la palestra después de participar en un *programa de telerrealidad* de aspirantes a diseñadores de modas, donde había llegado a la semifinal el año anterior, era linda y tenía el poder para llamar la atención, pero no para hacer que alguien como él mostrase sus sentimientos de tal manera y menos unos tan… hermosos y al parecer profundos.

—¿Ella? —Alessandro guardó silencio unos segundos.

La imagen de la mujer que lo enamoró años atrás se apoderó una vez más de sus pensamientos, su corazón golpeó con fuerza en el interior de su pecho, evidentemente emocionado, y al mismo tiempo una mueca de dolor se dibujó en su rostro, siempre que la pensaba le sucedía lo mismo, esa sensación agridulce, esa mezcla de alegría y dolor. Inhaló despacio y después soltó el aire de igual manera para continuar.

—Supongo que está muy bien… —respondió encogiéndose ligeramente de hombros y restándole importancia al asunto—. Después de los meses que pasamos en Florencia cada uno regresó a los mundos a los que realmente pertenecíamos y el que nos había albergado se quedó justo donde lo encontramos. —Finalizó con un tono de voz impersonal.

—¿Y allí acabó todo? —preguntó Beatrice desconcertada.

—Sí, yo no me atreví nunca a decirle que la amaba y jamás supe si ella me quería de igual manera, quizás fue lo mejor, algunos sueños siempre serán mejores siendo sueños que cuando son llevados a la realidad. Sin embargo, le agradezco cada instante que me dio y todo lo que hizo por mí —respondió intentando restarles importancia a sus palabras, pero su corazón latía con fuerza y había perdido la comodidad que obtuvo minutos atrás, de nuevo estaba tenso, en ese instante más que nunca, pues el silencio del público y sus semblantes le decían que se había expuesto como nunca antes.

—Es una historia digna de ser llevada a película, a una serie, quizás a un libro… tú podrías escribirla —bromeó ella.

Él le mostró una sonrisa que desbordaba nostalgia.

Beatrice no quiso seguir ahondando en ello, ya Alessandro le había ofrecido mucho más de lo que le entregaba a los demás, seguramente ese programa había roto índices de audiencia y lamentablemente, tampoco contaba con mucho tiempo, así que lo quisiese o no, debía dejarlo marchar.

—Después de ese tiempo alejado de los medios, del mundo que prácticamente te había visto crecer ante sus ojos; regresaste siendo una persona distinta, por decirlo de alguna manera, más centrado, más maduro ¿crees que de no haberte tomado ese tiempo, las cosas serían distintas de cómo son ahora? —Fue su pregunta final.

—Seguramente. —Se limitó a contestar mientras sonreía.

El momento de la despedida llegó, ambos se pusieron de pie, y aunque las emociones se habían puesto a flor de piel, los dos eran profesionales y lo lograron sobrellevar de la mejor manera, sobre todo el joven, para quién los recuerdos habían llegado sacudiendo muchas cosas en su interior.

Beatrice le agradeció la confianza y la amabilidad con la cual se había abierto a sus preguntas, reafirmando que más que extraños eran amigos, sin embargo, no volvió a tocar el tema, consciente del significado que ese aún parecía tener para Alessandro.

∞∞∞

Esa noche cuándo estaba solo en su departamento, los recuerdos le llegaron como una avalancha que terminó revolcándolo, hacía mucho no dedicaba tanto tiempo a pensar en ella, siempre buscaba evitarlo. Pero esa noche no había nada que pudiese hacer para impedir que algo así sucediese, su mirada se perdía en la hermosa ciudad de Roma.

A lo lejos podía ver las luces de casas y edificios que lucían minúsculas y destellaban como un cielo estrellado, el tráfico en las calles que rodeaban su casa se encontraba bastante congestionado, era viernes, y todo el mundo parecía estar dispuesto a disfrutar de la noche que apenas iniciaba.

Amantes y amigos se desplazaban, sonrientes, tomados de las manos o abrazados por las calles de adoquines, bañadas por las tenues luces que pintaba todo de un resplandeciente tono naranja, envolviéndolos en una aparente calidez que él ya no tenía, pero que deseaba con todas sus fuerzas, desde lo más profundo de su alma.

Añoraba el cielo bajo el cual tantas noches durmió, el pleno y bellísimo firmamento de la Toscana o tal vez el de Varese que también los vio juntos, que los cobijó un par de noches, mientras ellos se deleitaban entregándose sin cohibiciones, olvidándose del mundo exterior, creando uno propio. Fueron días tan felices y más que todo eso, ansiaba tener entre sus brazos a ese cuerpo hermoso y cálido que había llenado su corazón y su alma de un sentimiento que comenzaba a sospechar no tendría nunca más.

Repentinamente fue sacado de sus recuerdos por el estruendo que hizo la puerta cuando se estrelló con fuerza al cerrarse, se volvió con el ceño fruncido, furioso por la intrusión tan abrupta y sus ojos de inmediato captaron la imagen de Romina que entraba al lugar luciendo salvaje como una fiera, y acortó la distancia entre ambos con rapidez.

—¿Cómo has podido hacerme algo así? ¿Con qué derecho me humillas de esta manera? —preguntó temblando de ira y con lágrimas.

Sus hermosos ojos de un azul impresionante se habían oscurecido debido a la furia que dilataba sus pupilas, su cabello rubio siempre ordenado y dócil ahora lucía ligeramente alborotado, mientras su respiración agitada provocaba que sus firmes y turgentes senos, se moviesen de arriba abajo. Era evidente que la rabia la tenía completamente descontrolada. Sin embargo, inhaló hondo para calmarse y no lanzarse sobre él.

Romina era la novia actual de Alessandro, una que había logrado superar la barrera de los siete meses que ninguna otra mujer había traspasado con el actor y eso la hacía pavonearse por toda Roma como la futura señora Bonanzierri, estaba segura de que había alcanzado su corazón. Al menos hasta hacía unas horas.

—¿De qué demonios hablas? ¿Quién te ha dado derecho para entrar así en mi casa? —respondió con preguntas, entre molesto y desconcertado, dio un par de pasos para hacerle frente mientras su mirada fría y oscura le advertía que se había extralimitado.

—¿Quieres saber quién me dio el derecho? ¡Me lo has dado tú! ¿Y quieres saber de qué demonios hablo Alessandro? ¿Acaso no lo sabes? —Le preguntó nuevamente y al ver que él se mostraba completamente inocente, ella se llenó más de resentimiento—. ¡Me has humillado delante del país entero! ¡Le has confesado a toda Italia por televisión abierta, en vivo y directo que amas a otra mujer! —Le gritó al tiempo que le propinaba un empujón que apenas logró moverlo—. “¡Un gran amor, la mujer que me salvó!” —Se mofó, pero estaba a punto de llorar por la rabia que la embargaba.

—Yo no dije que la amara en este instante… Que lo hice hace tres años… Que ella forma parte de mi pasado, uno que ni siquiera menciono y que ya no tiene importancia, ¿fue obvio o no? —contestó a los reproches arrastrando las palabras, en un tono frío mientras miraba Romina a los ojos.

Por fuera se mostraba impasible, pero por dentro una tempestad comenzaba a tomar fuerza llenándolo de temor, miedo por haber mostrado eso que tanto se había empeñado en ocultarle a todos, en negarse a sí mismo.

—¡Oh, por favor! ¿Acaso crees que soy estúpida? ¿Crees que no dejaste claro que la sigues amando? Pues déjame decirte Alessandro Bonanzierri que lo que fue obvio es que aún esa mujer, sea quien sea, te tiene atrapado, que yo solo soy una especie de consuelo a tu despecho, me siento tan humillada… —Al tiempo que confesaba esto la rabia había sido desplazada un poco por la vergüenza y el dolor, se llevó las manos a la cintura mientras negaba con la cabeza y luchaba por no dejar correr las lágrimas que la ahogaban, tomó aire y continuó—. No hubo esta noche una sola persona que no me mirase con lastima o burla, solo te faltó ponerte de rodillas y rogarle que volviese contigo ¡Por Dios, tan patético! ¡Fuiste tan patético! —Sentenció mirándolo con desprecio.

Las palabras de Romina y su actitud no fueron las que provocaron la mueca de dolor que se dibujó en el rostro del actor, lo hizo la sola idea de haber quedado expuesto de esa manera, le importaba nada lo que el público pensara, pero ¿qué había de ella? ¿Si ella llegaba a ver esa entrevista? ¿Si ciertamente notaba lo que aún sentía? ¡Lo sentía! Justo en ese momento esa verdad le golpeaba el pecho con la fuerza de una tonelada de concreto, seguía sintiendo ese profundo amor que nunca le confesó, ni una sola vez esbozó un *«te amo»* ¿Por qué demonios lo hizo esta noche?

Romina rompió a llorar y se llevó las manos al rostro, él intentó acercarse para consolarla, pero ella no se lo permitió, se alejó y salió de allí casi corriendo mientras lloraba. Alessandro había quedado aún más confundido que minutos atrás, una dolorosa sensación se extendió por su pecho, era un presentimiento, hasta ahora no había pensado en las consecuencias que podía traer su confesión, pero de algo estaba seguro. Las tendría.

Capítulo 2

Chicago, USA. Julio 2012

Los altos rascacielos se erguían como majestuosos pilares a lo largo y ancho del centro de la ciudad, una hermosa galería de edificaciones, poseedoras de tal grandeza que apenas si lograba divisar las avenidas y calles que se encontraban a cientos de metros bajos sus pies; solo el grueso cristal servía como barrera entre ella y el abismo. A lo lejos el imponente lago Michigan se mostraba tan calmado que bien podía ser comparado con una llanura, había estado lloviendo y se mostraba gris, pero, seguía poseyendo una belleza sin igual, Chicago era preciosa, a otros les gustaba más Nueva York o San Francisco, pero no a ella.

Las alturas, sí, eso le gustaba, poder observarlo todo, imaginar que podía alcanzarlo y acariciarlo solo con su mirada. Sin embargo, había personas a quienes no podía tener entre sus manos, sin importar la altura en la cual se encontrase, debía admitir que todavía siendo quien era, para ella, también había imposibles.

Él era uno de ellos, debía dejar de añorar y admitirlo de una vez por todas, tenía que seguir adelante, entender que hay amores que no son para toda la vida, que simplemente no ocurren, la realidad, era la realidad y ella siempre había sido una mujer muy práctica.

—¡Samantha! ¡Por Dios, te he llamado cientos de veces! ¿Dónde has estado? —inquirió su hermana entrando al salón, viéndola a ella absorta una vez más junto al ventanal.

Fue sacada de golpe de sus pensamientos sobresaltándose ante la intrusión de su pequeña hermana, bueno, pequeña porque era la menor, pero no porque lo fuese, Diana era toda una mujer, una de veintitrés años, pero seguía teniendo esa imagen de niña.

Los sedosos cabellos castaños, la piel blanca y suave como la porcelana y los hermosos ojos grises que creaban un hechizo en los hombres, era cierto que no poseía unas curvas sensuales como las que caracterizaba el cuerpo de Samantha. Pero eso no resultaba un impedimento para ella, su actitud desenfadada y segura había acaparado la atención de muchos caballeros, así que no necesitaba de andar de punta en blanco o ser una belleza consumada para conseguir que un hombre se fijara en ella.

Para Samantha seguía siendo una niña, siendo la menor no podía verla de otra manera, sin importar el extenso historial de amantes que hubiera tenido o el hecho de que fuera una mujer independiente. Lo mismo le sucedía a ella con sus hermanos, siempre la considerarían una chiquilla, a la que debían proteger y cuidar, incluso para Nick, aunque este último fuese dos años menor que ella.

Debía ser la altura, su hermano menor casi alcanzaba los dos metros, así que comparado con el metro setenta de ella, era prácticamente una enana para él y habiendo seguido los pasos de su padre, su grado de teniente le daba cierto sentido de estar por encima, pero se lo perdonaba porque Nick era su consentido, era divertido y tan cariñoso, aún no sabía cómo había logrado sobrevivir en el mundo militar, ser *marine* no era una tarea fácil, pero lo había hecho y además había logrado que todos se sintieran orgullosos de él, incluso su padre, el exigente coronel Joseph Steinberg.

—¡Sam, te estoy hablando! —Le reprochó Diana, mientras lanzaba su bolso en uno de los impecables sofás que adornaban el salón.

—Sí, sí te escuché, perdona… estaba un poco distraída, me preguntabas en donde había estado… Salí a correr, sabes que siempre lo hago —Se acercó para darle un fuerte abrazo.

—¿Saliste a correr con este tiempo? Sam, definitivamente estás loca. —mencionó, estremeciéndose al recordar el diluvio que había estado cayendo, pero pasó del tema porque lo que tenía que decirle era más importante, solo que antes notó algo—. Espera un momento ¿hace cuánto saliste a correr? No llevas puesta tu ropa de deporte y te he estado llamando durante casi una hora, por eso me he decidido a venir y claro, también quería ver tu cara…

—Salí temprano, no pude dormir muy bien anoche y necesitaba relajarme —explicó mientras tomaban asiento.

—Yo más bien diría que deseaba ganar una pulmonía, seguramente eres la única persona en Chicago que sale a correr con este clima, es la única ciudad donde aún en verano tenemos lluvias torrenciales, igual sigo pensando que deberías comprar una caminadora y quedarte en casa o ir a un gimnasio como hace la gente normal, un día de estos vas a terminar cayéndote o teniendo cualquier accidente.

—No me sucederá nada y no es lo mismo en una caminadora te lo he dicho cientos de veces, además en climas como éstos, es una genial forma de entrar en calor, sabes que me encanta la lluvia —argumentó con media sonrisa ante la mala cara de Diana.

—Te equivocas, hermanita, existen mejores formas de entrar en calor, justamente anoche estuve a punto de prenderme en llamas.

—¡Oh, por favor! Diana si has venido aquí a contarme sobre una de tus nuevas conquistas, no es necesario, gracias, ya tengo suficiente material para escribir sobre escenas eróticas —indicó exasperada.

—No creo que tengas mucha diversidad si tomas como referente solamente a Dylan —lanzó con la intención de molestarla, mientras ponía los ojos en blanco.

—¡Oye! Deja a mi novio en paz. —Le advirtió.

—Sí, ya sé, tu novio… tu novio eterno, la verdad no entiendo qué es lo que esperan para formalizar lo suyo de una vez por todas.

—Solo llevamos dos años juntos, no ha sido una eternidad como planteas Di, el matrimonio es un paso muy importante en la vida de las personas y se necesita de tiempo para analizar las cosas, conocernos mejor… —respondió poniéndose de pie, la incomodaba que la presionaran y más con temas como esos, su madre siempre lo hacía y con ella bastaba y sobraba.

—Samantha lo que dices es absurdo, si en dos años no has logrado conocer a un hombre, no lo harás nunca, créeme, la verdad es que con lo básico que puede resultar el género masculino la mayoría de las veces, yo fácilmente podría decir que conozco a un hombre con solo tratarlo durante dos meses —afirmó relajándose en el sillón.

—¡Eso es imposible! —exclamó con total seguridad. Su hermana la observó algo extrañada y se apresuró a explicar su punto—. Es decir, uno jamás termina de conocer a una persona, hombre o mujer, no importa, nunca lo consigues y yo al menos espero estar segura, saber que estoy haciendo la elección correcta —agregó mirándola a los ojos.

—Bueno, dos años son suficientes para ello, al menos en lo que a mí respecta, veamos, has conocido a la familia de Dylan, la cual cabe acotar que te adora, sus compañeros de trabajo, incluso los de su escuela en esas aburridas reuniones que hacen las fraternidades, sabes que no es un tipo que se mezcle con las personas equivocadas. Por el contrario, es muy honesto, es inteligente, agradable, has viajado con él durante fines de semana y eso es de cierto modo convivir, aún siguen juntos así que han pasado una de las pruebas más difíciles a las cuales se enfrentan las parejas, resumiendo todo esto: Es el hombre indicado para ti —aseguró Diana

dejando libre un suspiro que mostraba su satisfacción por su análisis.

Samantha, por el contrario, sentía que un nudo se iba formando en su garganta y aunque tragaba para pasarlo no conseguía hacerlo, porque cada una de las palabras de su hermana eran ciertas, Dylan era un hombre maravilloso, le brindaba seguridad, era tan atento con ella y lo más importante la amaba. Sin embargo, no lograba decidirse, no podía cerrar los ojos y dejarse caer confiando en que él la recibiría, no podía y no porque no confiase en él, lo hacía, pero…

«Es el hombre indicado para ti»

Las palabras de Diana resonaron en su cabeza y junto a estas llegó la imagen de otro hombre, uno que se había propuesto olvidar hacía tres años, pero que no había logrado sacar de su cabeza ni de su corazón. Suspiró, cerrando los ojos con fuerzas para no llorar, agradeciendo que le estuviera dando la espalda a su hermana.

—¿Por qué lo analizas tanto? ¿Qué es eso que te impide aceptar ser la esposa de Dylan? —preguntó Diana sacándola de sus pensamientos.

—Nada… no existe nada que me lo impida, es solo que necesito un poco de tiempo, eso es todo, además ¿desde cuándo has dejado de lado la fotografía para dedicarte a ser terapeuta? —inquirió volviéndose y elevó una ceja, una vez más se puso la máscara de apatía que siempre usaba para ocultar sus emociones.

—Digamos que lo soy mitad y mitad, no tienes idea de cuántos conflictos pueden tener los modelos, tanto hombres como mujeres, de verdad están jodidos, bueno no todos, hay algunos que son bastante normales, casi siempre son los novatos y los veteranos, pero los que se encuentran en el medio, son un verdadero desastre —explicó como si fuera una verdadera profesional, incluso su rostro se tornó serio.

Samantha la observaba y no podía evitar sonreír ante los gestos y la seguridad que mostraba su hermana, Diana era todo un personaje, era una chica astuta y maravillosa, a veces sentía envidia hacia ella, pero no una mala que pudiera dañarla, sino de deseos de ser como ella, de lanzarse a la aventura sin pensar mucho las cosas. Una vez lo fue, aunque de eso ya hacía mucho tiempo y pertenecía al pasado.

—Pero, no estamos hablando de ellos sino de ti y de Dylan, la semana pasada cuando cenamos en casa de nuestros padres vi cómo te incomodaba que mamá hablase del tema y también que él se defendiese alegando que tú tenías la última palabra, ya sé que es así, pero al menos debió, no sé… decir que estaban hablando sobre ello, que ambos habían decidido esperar o inventar cualquier excusa, no prácticamente decir «Yo se lo propuse y ella me rechazó» —Se mofó de su cuñado, se puso de pie acercándose a su hermana.

Samantha bajó la mirada un tanto avergonzada, ciertamente había sido muy evidente la mirada de reproche que le había lanzado a su novio en ese momento, pero se sintió como si él la estuviera acusando de algún delito y lo peor, delante de su familia. No había notado cuándo Diana se levantó y le tomó la mano para reconfortarla.

—En eso mi espléndido caballero de armadura dorada se equivocó garrafalmente, no te sientas mal, pero comprendo que también se sintiera presionado, teniendo las miradas de una gran abogada y profesora de Derecho, y dos militares sobre él, pues cualquiera se intimidaría —alegó a favor del hombre.

—Sí, el único amable fue Walter, gracias a Dios que sacó a relucir las excelentes calificaciones de Emily y pudimos cambiar de tema. —Mostró media sonrisa y apretó la mano de su hermana, dándole las gracias—. Aún no logro entender cómo llegamos hasta aquí, se supone que habías venido para hablarme de algo ¿o era sobre mi falta de valentía para dar el paso

definitivo?

—¿El paso definitivo? Qué forma de hablar tienes hermanita, nada en esta vida es cien por ciento definitivo, mucho menos el matrimonio, recuerda que si las cosas no llegan a ser como esperabas, siempre existe el divorcio —acotó con aire de superioridad.

—Sí, sí claro, nuestros padres estarían felices si dentro de un par de años de estar casada les anuncio que me voy a divorciar o peor aún lo hago cuando ya tengamos niños —mencionó Samantha sonriendo, pero se notaba tensa.

—¿Y acaso piensas durar tan poco? Es decir, ¿dos años de noviazgo y dos años de matrimonio? ¡Por Dios, Samantha! Eres peor que yo.

—Ya deja el tema de lado y dime ¿qué era eso tan importante que te ha traído hasta aquí? —Le preguntó con impaciencia.

—¡Ah, sí claro! Es que cuándo me meto en mi papel de consejera sentimental olvido todo lo demás, pero es imperdonable con algo como esto, lo que he venido a decirte es maravilloso… estoy tan feliz que apenas puedo concentrarme, déjame buscar el diario.

En ese momento se escucharon unos tacones que se desplazaban apresurados y esto hacía que resonaran con fuerza en el piso de porcelanato negro y brillante como el ónix, ambas enfocaron sus ojos en dirección al vestíbulo y vieron a Jaqueline Hudson que venía casi corriendo a su encuentro.

La hermosa rubia de figura esbelta y vivaces ojos verdes, luchaba contra la apretada falda estilo tubo, que no la dejaba caminar tan rápido como deseaba, sus estilizadas piernas se marcaban contra la tela blanca y su pecho bajaba y subía producto del esfuerzo empleado.

—¡Samantha! ¿Por qué diablos no contestas el teléfono? —inquirió poniéndose una mano en el estómago para recuperar el aire que había perdido por correr con los tacones de quince centímetros que llevaba, mientras la miraba con reproche.

—Si has venido a lo que creo, olvídalo, esa noticia se la daré yo —mencionó Diana levantándose como un resorte.

—¿Alguien puede decirme lo que está sucediendo? —Las interrogó al ver que no terminaban de hablar de una vez por todas.

—Lo haré yo —indicó, Jaqueline, quien acababa de llegar.

—¡No! Lo haré yo, he venido hasta aquí en medio de este espantoso clima, dejando a un espectacular modelo de la última campaña de *Hugo Boss*, tendido en mi cama para darle esta noticia a mi hermana y no vendrás tú a robarme este momento —pronunció señalándola con el dedo de forma amenazadora.

—Es mi deber como su representante darle la noticia, Diana, así que no te comportes como una niña —acotó Jaqueline, mirándola con superioridad.

—Las dos se comportan como niñas, a ver, Di dame ese periódico. —Le exigió cansada del espectáculo que estaban brindando.

Diana se negó a hacerlo, miraba de reojo a Jaqueline esperando el menor descuido, para anunciar la noticia. Por su parte la representante de Samantha estaba igual, se debatía entre hablar o no, temía que si abría la boca la escandalosa de Diana fuera a gritar más alto que ella y se robase la atención, al fin se decidió y en ese mismo instante también lo hizo la pelinegra.

—¡Eres *Best-seller*! —exclamaron al unísono.

Samantha sintió una corriente recorrer su cuerpo, abrió los ojos y después los cerró, sus párpados temblaron. O no había escuchado bien o las dos se habían puesto de acuerdo para hacerle una broma.

—Sam, eres un genio, la gente de la editorial no cabe en sí de la felicidad, no pueden creerlo

en realidad… es decir, confiaban en tu talento, siempre lo han hecho, pero… no esperaban algo como esto y menos tan pronto —informó Jaqueline mientras se acercaba a ella para sostenerla, pues parecía que se fuera a desmayar.

—Tu libro es un éxito, Sam, aunque eso no debería sorprendernos, yo lo sabía, en cuánto lo terminé supe que lo sería, lo tenía todo para ser el mejor vendido de esta temporada, es fresco, hermoso, interesante, adictivo… la literatura no es mi fuerte, pero tratándose de ti es distinto y no porque seas mi hermana, soy completamente sincera, me encantó, como siempre, lo que escribes es maravilloso —mencionó Diana mientras la conducía al sillón en compañía de Jaqueline, su hermana había palidecido e incluso temblaba.

Samantha seguía en silencio, tratando de asimilar la noticia, le habían llegado reportes y el libro había recibido buenas críticas, pero jamás pensó que llegaría a *Best-seller,* y menos en tan poco tiempo, sus libros anteriores habían tardado al menos tres meses en conseguirlo, ése no era su género, ella escribía sobre misterio, ese era su fuerte, lo había aprendido de sus padres.

El amor, bueno el amor era otra cosa, solo se había arriesgado porque quería cerrar un círculo y sabía que si no publicaba ese libro jamás lo conseguiría, verlo en papel era su liberación, simplemente eso, no planeaba que fuera un éxito, incluso estaba preparada para que la crítica lo destrozara y los ejemplares se quedasen en los anaqueles de las librerías llenándose de polvo. Escuchaba las voces de su amiga y su hermana como si estuviesen muy lejos de allí, eran solo murmullos.

—No entiendo… ¿Cómo puede ser? —preguntó cuándo por fin encontró su voz.

—Las ventas se dispararon esta última semana, después que la mayoría de los blogs de literatura hicieran reseñas sobre el mismo y lo recomendaran ampliamente, además la editorial se ha encargado de publicitarlo muy bien, aunque tú no has colaborado mucho con lo de las entrevistas —indicó Jaqueline con un poco de molestia por la negativa de Samantha de asistir a programas de televisión.

—Pero ¿doscientas cincuenta mil? Jaqueline estamos hablando de ¡Doscientas cincuenta mil! En veintiocho días, eso es imposible… debe haber un error ¿quién lo ha anunciado? —inquirió poniéndose de pie, había retomado su postura, necesitaba caminar para calmarse.

—¿Cómo que quién lo ha anunciado? ¡*New York Times*, por supuesto! Estás en su lista amiga, una vez más estás entre los más vendidos de los Estados Unidos de América y déjame informarte que no son doscientas cincuenta mil, en realidad me acaba de llegar el último informe esta mañana, con el corte de ventas que se hizo a última hora de ayer… dame un segundo, aquí lo traigo, hasta lo imprimí para ti —respondió caminando hasta su bolso y sacó un papel de éste, para después alzarlo con una sonrisa.

—¿Son más? —preguntó Diana asombrada.

Jaqueline asintió y le entregó la hoja a su amiga mientras dejaba ver una sonrisa que casi dividía su rostro a la mitad. Samantha tomó la hoja con manos temblorosas y respiró profundamente mientras se preparaba para ver lo que se encontraba reflejado, su estómago se había encogido a causa de la ansiedad que la embargaba, las letras se confundían ante sus ojos, pero logró enfocarlas y encontrar la cifra.

—¡¿Doscientas setenta y tres mil, setecientas veintiocho copias?! —exclamó abriendo mucho los ojos y una sonrisa se adueñó de sus labios—. ¡No puedo creerlo! Solo llevamos veintiocho días en el mercado, esto no puede ser verdad… yo… no sé qué decir —agregó, con la voz ronca por las lágrimas que se habían alojado en su garganta, su temblor se había intensificado.

—No tienes que decir nada princesa, entendemos tu emoción —señaló Jaqueline, abrazándola.

—Sam, estoy tan orgullosa de ti, esto es maravilloso, las personas adoran tu trabajo, puede que

este sea distinto, pero tiene tu sello y eso lo hace genial… ¡Ay hermanita! Yo tampoco sé que decir, solo que estoy muy feliz por ti —expresó casi con lágrimas en los ojos, mientras se acercaba para abrazarla.

—Ustedes también son parte de esto, sin la ayuda y los consejos de ambas seguramente no hubiera logrado ni la mitad de estas ventas —señaló sonriendo, abrazando a las dos a la vez y besándolas en las mejillas, ya las lágrimas bajaban por las de ella.

Ambas sonrieron y la abrazaron formando de esa manera uno de tres, después de eso corrieron a sentarse para leer el artículo que habían dedicado al logro alcanzado por el libro, como era de esperarse todos eran elogios, alabando sobre todo el riesgo que Samantha había tomado al incursionar en el género de romance erótico, que había evitado durante toda su carrera, pero que ahora le había asegurado un éxito rotundo, entrando a formar parte de uno de los más importantes listados del país, al alcanzar el *Best-seller* antes del mes en el mercado.

Su primer libro lo publicó con solo dieciséis años y había sido un éxito, mayor del que hubiera esperado, le costó tanto publicarlo, con el apoyo de una editorial pequeña, a escondidas de sus padres, bajo un seudónimo, había sido toda una hazaña. El segundo rebasó al primero y así uno tras otro, ya llevaba diez en total y sabía cómo lidiar con estas cosas, todos habían sido *Best-seller*, conocía todo lo que acarreaba llegar a ese punto, no debía sentirse intimidada.

La única diferencia es que «**Rendición**» lo había logrado en solo veintiocho días y comenzaba a sospechar a que se debía su éxito, seguramente era por él, todas debían estar enamoradas, pérdidas ante su maravilloso despliegue de seducción… «¡Vaya, tardaron menos que yo!» pensó frunciendo el ceño y una extraña punzada en el pecho la hizo temblar, movió la cabeza para liberarse de esa sensación.

Después de revisar los reportes con más detalle, procedió a responder las felicitaciones de la editorial, los blogs que visitaba, así como de publicar la nota en su página web y también compartir la noticia en las redes sociales, incluso se tomó una fotografía prácticamente obligada por su representante y su hermana, quienes por supuesto posaron junto a ella mostrando con orgullo la nota del *New York Times*; Walter y su cuñada Linda la llamaron para felicitarla, también lo hicieron sus padres y Nick, quien puso el alta voz para que los chicos de su escuadrón le hicieran llegar sus palabras.

No sabía que los marines leyeran novelas de amor, pero al parecer también lo habían hecho, seguramente obligados por su hermano, la verdad es que fueron muy amables. Dylan le envió un correo electrónico, al no poder comunicarse con ella pues su teléfono se había mantenido ocupado desde hacía una hora, pero siguió insistiendo hasta que logró comunicarse, le hizo saber cuán orgulloso se sentía e incluso compartió su mensaje en su cuenta, agregando que era el hombre más dichoso del mundo al tenerla a ella junto a él.

La invitó a cenar fuera para celebrar, pero Samantha prefería algo más íntimo, su novio aceptó encantado y le prometió que estaría en su casa a las ocho, ni un minuto más.

∞∞∞

Contando con la puntualidad de su padre quien era inglés, Dylan cumplió con su palabra, llegó hasta el departamento de Samantha a las ocho exactamente, rebosante de felicidad y con el pecho hinchado de orgullo, todos sus conocidos le habían mencionado el logro de su novia, resaltando el talento y la calidad de Samantha, para él tener una mujer como ella a su lado era una verdadera satisfacción.

Dylan era un hombre apuesto, maduro y elegante, economista graduado en la universidad de Harvard y con varios posgrados en prestigiosas escuelas; a sus treinta y cuatro años tenía más éxito del que muchos hombres de su edad pudieran siquiera imaginar poseer, había conseguido resaltar sin necesidad del aval que representaba ser parte de una de las familias más antiguas y pudientes de Chicago.

Sin embargo, su vida personal se había visto truncada en varias ocasiones, después de algunos noviazgos improductivos y un matrimonio fracasado, se podía decir que no tenía suerte para el amor. Su exmujer era una modelo tan hermosa como complicada, durante muchos años él se cegó ante su egolatría, el día que le pidió tener hijos y ella se negó por no perder su figura las cosas entre los dos cambiaron.

Él intentó lidiar con el egoísmo de su mujer, pero al cabo de unos años se rindió y le pidió el divorcio, deseaba tener una familia y era obvio que Olivia no se la daría. Después de un año conoció a la famosa escritora Samantha Steinberg y su mundo cambió por completo.

—¿Dónde está la mujer más especial y hermosa de este mundo? —preguntó en voz alta para que ella escuchara.

Samantha sintió su corazón llenarse de calidez al ver el brillo en los ojos hazel de su novio, esa mirada mostraba todo el orgullo y el amor que sentía por ella, el que cada día parecía crecer un poco más, ayudando al suyo a hacerse fuerte para luchar contra ese fantasma del pasado que a veces venía a atormentarla, sabía que Dylan lograría liberarla por completo de aquel amor frustrado, quizás se llevara un poco de tiempo, pero al final… lo conseguiría.

Él era un hombre maravilloso, con la madurez necesaria para hacerla sentir cómoda y confiada, además de guapo, tenía unos hermosos ojos que eran una exótica mezcla entre el café y el verde, medía cerca de metro ochenta y cinco, su cabello castaño siempre ordenado y prolijo, tenía una figura atlética gracias a su afición al Polo y a las regatas de veleros, y lo mejor de todo era un caballero que la trataba como a la mujer más hermosa y especial del mundo.

Se acercó envolviéndola con sus brazos para besarla con suavidad en los labios, eso la sacó de sus pensamientos, le gustaba mucho sentir la seguridad que el abrazo de su novio le ofrecía, él hacía que todo fuera sencillo, ordenado, tan perfecto, justo como ella deseaba que fuera su vida, después de interrumpir el beso acarició el rostro de Samantha y mirándola a los ojos habló de nuevo.

—Además, de ser también la dueña de mi corazón, luces tan hermosa princesa, felicidades por tu éxito, estoy seguro de que vendrán muchos más —indicó mientras se alejaba un poco le entregó el ramo de rosas sonriendo.

—Dylan están bellísimas, gracias y gracias también por todo lo que me das, por apoyarme y soportar que te deje abandonado por días, tal y como le dije a Jaqueline y a Di, sin cada uno de ustedes todo esto no hubiera sido posible —mencionó acariciándole la mejilla con ternura.

—Nosotros solo hicimos lo que debíamos, todo lo demás es tuyo, la historia que está vendiendo cientos de ejemplares es absolutamente de tu invención y solo tú debes recibir el crédito por ello… hablando de la historia, he traído una botella de *Perrier-Jouet*, ya sabes que se me da mejor que los vinos, yo no soy un especialista como el famoso Franco, sin embargo, espero que sea de tu agrado —dijo mostrándole la botella, mientras sonreía un poco dudoso de su elección.

Ella se tensó unos segundos, la sola mención del nombre del protagonista de su libro y su destreza con los vinos hizo que un recuerdo llegara hasta ella, pero de inmediato se obligó a sonreírle a su novio y centrarse en el momento.

—El champagne es perfecto, ven, pasemos a la mesa. —Se alejó un poco del abrazo para

buscar un jarrón y poner las rosas, eran preciosas en verdad y su aroma había inundado todo el lugar, le encantaban.

Dylan no le permitió separarse mucho, mostrando una sonrisa le dio un beso en la mejilla, se sentía feliz al saber que había acertado, que al fin parecía haberle ganado una al personaje que tenía a todas las mujeres en el país vueltas locas y a sus pies. Pero también lo estaba por ella, lo llenaba de satisfacción ver a Samantha en la cúspide del mundo, la abrazó de nuevo, esta vez rodeándole la cintura con el brazo, acercándola a su cuerpo.

Puede que el italiano tuviera cientos de admiradoras y que todas soñaran con tener a su lado a un hombre así, o una mujer idealizada como el personaje femenino. Él no necesitaba basar sus sueños en personajes ficticios, él tenía a Samantha que era mejor que cualquiera, incluso que la famosa Priscila que también se había ganado varios fans, la heroína de Rendición era interesante y muy atractiva, pero no era nada comparado con la mujer que caminaba a su lado y de cuyo amor, él era únicamente dueño.

Un beso más, esta vez en el hombro provocó un ligero temblor en ella, la sonrisa de él se hizo más amplia, le encantaba la suavidad de la piel de su novia, lo sensible que era ante cada beso, cada caricia, ella era sencillamente perfecta y él la adoraba.

Caminaron así hasta el comedor y una vez en estese separaron, para cada uno ocupar su puesto, sería una cena especial y una noche maravillosa. Dylan se había propuesto quedarse a dormir junto a su mujer, así consideraba a Samantha, su mujer, y no les hacía falta que un papel o un cura se lo asegurara, en el fondo de su corazón Dylan sabía que ella era suya, como él era de ella.

Capítulo 3

Roma, Italia. Agosto 2012

El cielo se cernía sobre él completamente oscuro, esa noche no había luna, ni estrellas que lo iluminasen, cada espacio a su alrededor estaba en penumbras y todo era frío, envuelto en una espesa neblina que le mostraba las luces de la ciudad a lo lejos, todas difusas, como si fuese una fotografía vieja. Estaba tendido en el diván que tenía en la terraza de su departamento, sin importarle que la temperatura bajara cada vez más, él apenas si lo sentía, porque estaba sumido en sus pensamientos.

Las luces del departamento estaban apagadas, no quería que nadie supiese que estaba allí, el teléfono desconectado, estaba harto de las mismas preguntas o de los reproches de su novia; quería estar solo, justo ahora necesitaba con urgencia estarlo, casi como tres años atrás lo estuvo; pero ahora no podía escapar de nuevo, porque sabía que a donde quiera que fuese eso que lo atormentaba no lo abandonaría.

Ya habían pasado cinco noches desde que se presentó en aquella entrevista, las palabras de Romina se le habían devuelto tal y como ella lo predijo, todo aquel que se le acercó al día siguiente solo estaba interesado en conocer más acerca de la misteriosa mujer que le había roto el corazón, si aún la seguía amando o si todo había sido un truco publicitario, él la invocó y allí estaba ella una vez más.

—¿Si aún te sigo amando? Eso era lo que más les interesaba saber, si aún te seguía amando… cómo si yo mismo no estuviese todo el tiempo negándome esa realidad, cómo si no quisiese mirarlos a los ojos y decirles «Ella, ya es pasado» y hacerlo sin sentir que el corazón se me quiebra a la mitad —susurró cerrando los ojos—. No sé qué fue más… si lo que me diste o lo que me quitaste, lo que te llevaste esa mañana de Toscana o lo que me dejaste y ha permanecido aquí dentro de mí por estos últimos tres años que han sido una eternidad, yo no era así… no lo era, yo era fuerte y arrogante, podía lanzar las cosas al pasado sin pensarlo dos veces… pero contigo todo es distinto, de ti no puedo liberarme y me aterra pensar que solo yo me encuentro en esta situación, que tú sí conseguiste superarlo, dejarme en el olvido y continuar con tu vida, justo ahora creo que se han invertido los papeles señora escritora.

Una corriente de aire se deslizó por el lugar, llegando hasta él y envolviéndolo por completo, metiéndose bajo su piel, llegando a sus huesos y robando de su corazón la calidez que siempre venía acompañando el recuerdo de ella, aunque también le trajera dolor, rabia, frustración… deseo. El deseo que sentía era igual de contundente a aquel que sintió tres años atrás, ése que ninguna otra mujer había logrado despertar en él después de ella.

Un suspiro trémulo escapó de sus labios, se llevó el antebrazo a la cara para cubrir sus ojos, mientras su cuerpo se convulsionaba por los sollozos. Nunca había llorado así antes de ese día, nunca antes que ella lo dejara sin importarle nada, sin importarle que le estuviera destrozando el corazón, que su mirada le estuviera rogando que se quedara, él no tenía que pedírselo, no tenía el derecho a obligarla a dejar todo, pero si ella lo hubiera deseado, si de verdad lo hubiera querido.

—Podías haberte quedado, podías haberlo hecho tanto como quisieras porque yo nunca te hubiera pedido que te fueras, porque no deseaba que lo hicieras, pero tú escogiste tu camino, decidiste y contra eso no podía hacer nada, igual no hubiera servido pues ya tú tenías todo

planeado, desde un principio fue así, me lo dejaste claro: «No podemos enamorarnos»… y yo tan estúpido, tan seguro que tenía todo bajo control, no me di cuenta que ya era muy tarde, ya te amaba… y no sé en qué maldito momento me pasó, no cayó un rayo ni nada que me advirtiera que me había enamorado de ti… Me arruinaste por completo… ¿Para qué carajos quería yo saber lo que era el amor? ¿Para estar sufriendo como un pendejo? ¿Para eso?

Allí estaba ella de nuevo, adueñándose de sus pensamientos, con su hermosa sonrisa, sus ojos oscuros y con ese brillo que lo hechizaba, su piel blanca, suave como el terciopelo, sus cabellos que tantas veces lo cubrieron, en donde tantas veces se perdió. Podía sentirla cerca, respirando a su lado, su calidez, su aroma, la sutil caricia de sus manos cuando le recorría el rostro como si lo dibujara.

—No puedo sacarte de mí, estás en mi corazón, en mi cabeza, en mi piel… pensé que solo sería deseo, que con el tiempo se me pasaría, pero aquí estoy llorándote como un estúpido… aquí me tienes amándote como si apenas ayer nos hubiéramos separado, y sufriendo como lo hice aquella vez, quizás más ahora, ahora que sé que solo yo perdí este juego. —Se llevó las manos al rostro para limpiar las lágrimas y se movió hasta quedar sentado.

Mantuvo los ojos cerrados para no dejarla ir, aunque le doliera no deseaba abrirlos y darse cuenta de que ella no estaba por ningún lado, creía que lo había superado, que al fin había logrado liberarse de su recuerdo, y tuvo que ir de masoquista a leer ese libro. ¿Por qué demonios lo hizo? ¿Por qué no la dejaba ir? ¿Qué ganaba con aferrarse a algo que no tenía futuro?

Una vez más los reproches llegaban hasta él para atormentarlo, para moverlo por dentro y hacerlo sentir completamente expuesto, ahora más que nunca. Y era él el único culpable, no había nadie más, ella solo hizo lo que se suponía se debía hacer, volver a su vida, sus cosas, volvió a escribir y a ser la mujer exitosa que siempre había sido.

—Tú también lo hiciste, Alessandro, tienes mucho más de lo que tuviste alguna vez y eso debe bastarte, era lo que deseabas, incluso le cumpliste la promesa a ella de actuar solo en los papeles que te gustaran, sin dejarte presionar por nadie… ambos retomaron sus caminos, no puedes reprocharle nada, y ella tampoco puede hacerlo contigo, sabes que no lo haría… porque incluso en eso sería generosa, estaría feliz por ti y tú debes estarlo por ella ¡Ya basta de lamentaciones y pendejadas!

Se sentía cansado, como siempre que sus sentimientos lo desbordaban y acababa pensando en ella y todo lo que vivieron, intentaba una y mil veces recordarla con alegría. Pero su realidad siempre lo llevaba a su separación y el dolor que había sentido en todos esos años, jamás pensó que la extrañaría tanto, que su vida sería de esa manera después de ella.

Seguía buscándola en todas partes, cuando por casualidad escuchaba a alguna americana hablar, se volvía de inmediato, aun consciente que su voz no era la de ella, soñaba con verla en alguna plaza, encontrarla caminando por cualquier calle, o sentada en un café observando a las personas pasar, incluso la lluvia se la recordaba, y en esas noches era cuando más la extrañaba. Dejó libre un suspiro, su mirada se perdió en las luces a lo lejos y después en las pocas estrellas que se mostraban en el cielo.

Chicago, USA. Agosto 2012

Una suave llovizna bañaba los cristales del ventanal que le mostraba una vista preciosa de la ciudad, las luces a lo lejos creaban un hermoso espectáculo en cada una de las gotas que se deslizaba por el vidrio, de vez en cuando ella extendía su mano y seguía a una, perdiéndola rápidamente y suspiraba cada vez que sucedía. Estaba envuelta en una gruesa cobija de piel de peluche que la mantenía caliente, así como la chimenea y la taza de té que se había preparado.

Miel, limón y canela.

Le encantaba la lluvia, podía pasar horas allí acurrucada, solo mirándola caer, bañando toda la ciudad, cobijada por esa maravillosa calidez y con esa sensación de paz que la colmaba completamente. Que extraño que se sintiera precisamente así cuando pensaba en él, cuando recordaba aquellas tardes de lluvia que compartieron abrazados, tendidos sobre la gruesa alfombra frente a la chimenea, como amigos o como amantes, eso no importaba, la sensación de plenitud siempre era la misma.

—No nos hacía falta hablar, podíamos pasar horas solo mirándonos y sonriendo, abrazados… ¿Cómo perdimos todo eso? ¿Dónde quedó esa magia? Fuimos felices… ¡Dios, quiero pensar que sí! Que yo te hice tan feliz como tú me hiciste a mí, pero a estas alturas no lo sé, ya no sé nada y no te imaginas cuánto me tortura esta incertidumbre, día y noche… ya sé que no gano nada con seguir preguntándome lo mismo, ni siquiera porqué lo sigo haciendo… o porqué estoy hablando en este momento como si tú pudieses escucharme, ¡Soy tan patética! —Se lamentó llevándose las manos al rostro para cubrir su vergüenza.

Se cubrió con la manta hasta quedar como un ovillo en el sillón, sintiendo unas enormes ganas de llorar, la calidez se estaba desvaneciendo de la misma manera que lo hacía esa sensación de tenerlo cerca, había pasado tres años aferrándose a un sueño, porque eso fue él en su vida, solo un sueño… y ahora que necesitaba desesperadamente dejarlo ir para continuar con esta no podía hacerlo, no tenía la fuerza, todo esto era tan cruel y absurdo.

—¿Qué ganaste con escribir esa historia Samantha? Eres una masoquista, te gusta sufrir, tienes alma de mártir… no… eres una estúpida, sí, una gran estúpida… debiste parar todo esto cuando pudiste, pero no, tú aceptaste el reto, jugaste y perdiste. ¡Supéralo ya! Déjalo ir… déjalo ir… —susurró apretando los ojos con fuerza.

Las lágrimas de nuevo bañaban sus mejillas, luchó, pero no consiguió ganarles, su respiración se hizo pesada y el nudo que se había formado en su garganta apenas si la dejaba respirar, se esforzó por llenar sus pulmones de aire y detener la avalancha, pero un sollozo reventó toda barrera que hubiera puesto, un segundo después se encontraba llorando amargamente.

—Por favor… ya no quiero seguir con esto, si tan solo pudiera verte una vez, solo una y poder cerrar este capítulo como se debe, he hecho tantas cosas y nada parece funcionar, siempre me tropiezo con tus recuerdos, siempre comparando, me has arruinado… me enseñaste que el amor era real y también que era hermoso, maravilloso, pero sumamente doloroso. —Seguía murmurando mientras lloraba y se acurrucaba más para no sentir ese frío que la lastimaba tanto como el recuerdo de su despedida.

Cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas y alejar de su mente la imagen de él. De nada servía luchar contra sus emociones, no había logrado superarlas en todos esos años, no lo haría esa noche, aunque lo deseara con toda su alma, más que nunca Samantha tenía miedo. Miedo de no poder superar ese amor, miedo de no poder sacarlo de su ser, de su corazón, de su alma.

—Me acostumbraste a ti, a tus besos, tus caricias, a tus sonrisas y tus miradas… Dime por favor cómo hago para olvidarte, dime cómo consigo liberarme de ti… no he podido dejarte de amar, ni de extrañarte un solo instante en todo este tiempo. —Un sollozo escapó de sus labios y un nuevo torrente de lágrimas la desbordó.

—Yo no quería enamorarme… no quería esto, sabía que iba perder contigo, lo sabía y aun así continúe… y no puedo decir que me arrepienta porque estaría mintiendo… quiero olvidarte y… y siento que si algo así llega a pasar me quedaría vacía. ¿Qué me hiciste? ¿Qué me hiciste? —preguntó con dolor. Y una vez más lo buscó en sus pensamientos, viajando en el tiempo, justo al

momento en el cual todo comenzó.

Siempre pensó que su vida sería la que tenía hasta entonces y nada más; calmada, organizada, perfecta. Aún era joven, pero se podía decir que había vivido muchas vidas, quizás una por cada uno de sus personajes, había desempeñado tantos roles; no era actriz, pero creaba, daba vida, mundos, conflictos, era una especie de Dios, tenía el poder para cambiar la vida de muchos con el solo movimiento de sus dedos y eso la hacía sentirse poderosa.

En la escritura había encontrado tantas cosas, había tenido aventuras y romances, había sido una heroína, una villana, una mezcla de ambas, tantas y lo que le faltaba, sabía que las posibilidades eran infinitas, tenía el don perfecto para sentirse satisfecha con su vida. Pero algo había estado fallando, su inspiración parecía haberse agotado y necesitaba urgentemente de un cambio, algo que le permitiera plasmar todas esas ideas que revoloteaban en su cabeza y que no lograba sacar, se quedaba mirando la hoja en blanco en el escritorio de su portátil por horas sin lograr escribir una sola palabra.

De seguir así perdería ese mundo que se había creado y también las metas que había alcanzado hasta el momento, había asistido incluso con una terapeuta, la cual no logró ayudarla, pero sí quedarse con una buena parte de su dinero; mientras los personajes en su cabeza clamaban por libertad, girando y girando sin encontrar la salida. Así fue como optó por lo más arriesgado, tenía que alejarse de todo lo que le era conocido, debía atreverse a explorar por sí misma y no a través de sus personajes, tomó sus maletas y se marchó a Europa.

Primero fue Londres, luego París, Bruselas, Edimburgo y así muchas ciudades. Por primera vez en su vida estaba disfrutando del dinero que había conseguido con su trabajo, viviendo experiencias que hasta ese momento solo había tenido a través de sus personajes. O al menos visitó algunos de los lugares donde desarrolló muchas de sus historias, siempre se caracterizaba por tomar dos escenarios en continentes distintos, le encantaba viajar y después de tanto tiempo por primera vez podía hacerlo por cuenta propia.

En torno a eso todo iba de maravilla, pero llegaba el momento de sentarse frente a su portátil e intentaba plasmar en una hoja todas esas ideas que apenas la dejaban dormir en las noches, su peor miedo volvía torturándola. Se bloqueaba de tal manera que ni siquiera escuchar música o ver alguna película hacían encontrar el conector que uniera su imaginación con la realidad, no lograba recuperar el don para escribir y comenzaba a desesperarse.

Así fue como decidió continuar con su viaje, al menos visitar y descubrir los hermosos lugares que Europa tenía para ofrecerle, eso la ayudaba a distraerse, aunque las noches fueran un completo suplicio, sabía que regresar a América no resolvería nada, en el peor de los casos hasta podía terminar complicándolo todo y llenándola aún más de frustración. Sobre todo, si su madre seguía insistiendo en que abandonara todo eso y se dedicara a construir una familia, a entregarle todos sus sueños a un hombre.

Eso jamás lo haría y menos después de su última experiencia, no dejaría de lado lo que la apasionada para dedicarse a un hombre que al final de cuentas no valoraría tal sacrificio. En primer lugar, porque si de verdad la quisiera nunca la pondría a escoger y nunca actuaría como el miserable patán de Francis. Si hubiera sabido que más que dolida, se sintió salvada cuando descubrió que le estaba siendo infiel, el muy idiota le puso en bandeja de plata los motivos para liberarse de él y del absurdo compromiso que su madre deseaba arreglarle.

Además, por supuesto de darle la excusa perfecta para escapar y viajar por toda Europa. Ante sus familias, que convenientemente se enteraron del desliz del rubio, ella se mostró como la víctima, porque en realidad lo era. Durante casi tres semanas rechazó todo intento de reconciliación y al ver que sus padres esperaban que cediera y perdonara el engaño. Se indignó y

sin consultar con nadie compró un boleto de avión, preparó sus maletas y dejó detrás a todos. Tenía la oportunidad de disfrutar de una libertad absoluta y nada en el mundo la detendría.

Así había llegado hasta el lugar que más había deseado conocer desde que era una niña. Italia, recordó todo lo que la abuela de su mejor amiga de la adolescencia Isabella Mazza, le contara. La nona Margarita, era una mujer extraordinaria, tenía un don especial para cautivar cuando hablaba de su adorada Toscana, tanto así que, gracias a ella, sus historias y las hermosas canciones que escuchaban juntas fue enamorándose de ese lugar aún sin conocerlo. La anciana hasta le pronosticó que, si algún día llegaba a viajar a Italia, sería allí donde encontraría al amor de su vida, pues su apego por un lugar que no había visitado nunca, y que nacía del fondo de su corazón debía estar ligado a otro corazón que también la anhelara a ella.

Samantha nunca les dio importancia a las palabras de la señora Margarita, aunque fueron las primeras que llegaron a su mente cuando bajó del avión en el aeropuerto de Roma, y sus ojos se toparon con el apuesto capitán de cabello castaño, piel blanca y atractivos ojos verde oliva; que la ayudó con sus maletas y hasta le consiguió un taxi, una tarea casi imposible para una diminuta turista americana.

Le agradeció, pero lo mantuvo a distancia, conocía bien la fama de casanova de los italianos y ella no había llegado hasta ahí buscando al padre de sus hijos o algo por el estilo, eso era absurdo, había comprobado que el amor y ella no se llevaban bien, en realidad ni siquiera se conocían, pues hasta ahora no había amado a ningún hombre, ya había descubierto el placer de ser mujer entre sus brazos, sin tener que amarlo y no sentía la necesidad de hacerlo. Ella necesitaba inspiración, encontrarla era su principal anhelo, todo lo demás ocupaba un segundo lugar en su vida.

Capítulo 4

Toscana, Italia. Junio de 2009.

El sol brillaba con fuerza en el cielo de un azul celeste tan intenso y espléndido que parecía sacado de una postal. Su mirada ámbar observaba a través de la ventanilla del vehículo el espectáculo mientras se desplazaba por la larga carretera rural bordeada de cipreses, pero el verdadero sueño estaba a ambos lados. Una llanura que descendía entre colinas, todo era verde esmeralda, parecía un manto que hubiera sido tendido con tal perfección que adoptaba cada relieve y pendiente que caracterizaban el paisaje.

Se podía decir que la Toscana se había vestido de gala para recibirla, se encontraba en su máximo esplendor. Samantha sentía su corazón latir emocionado, pues desde que tenía consciencia siempre había soñado con visitar ese lugar, entre más se internaba más hermoso le parecía todo el campo era un espectáculo de colores y aromas, cada árbol era una prueba fehaciente de vida.

El auto se detuvo y de inmediato pudo sentir en su piel el roce de la brisa que también traía hasta ella el aroma de los cipreses, de los olivos, del viñedo y de todas las flores que la rodeaban. Su mirada brillaba ante tanta belleza, seguía pensando que nada de eso podía ser real, pero lo era y sería suyo, completamente suyo. Ese era el lugar perfecto, el que necesitaba para que las ideas fluyeran nuevamente, y en cuanto se vio allí pudo sentirlo, su vida cambiaría en ese lugar.

Se hospedaría en un conjunto de hermosas y pintorescas casas, que mostraban en todo su esplendor el estilo toscano, edificaciones de piedra con acabado rústico, techos de tejas rojas, rodeadas por cipreses. Fue recibida por una amable mujer que no debía tener más de sesenta años, cabellos rubio oscuro, ojos topacios y una sonrisa franca le dio la bienvenida, dejando ver esa personalidad chispeante y llena de calidez que poseían los italianos, se decía que eran las personas más alegres de toda Europa, que todos eran una gran familia.

Un joven que aparentaba tener quince años, de ojos azules como los de la mujer y cabellos castaños se hizo cargo de su equipaje, mientras, Tina, como se presentó su anfitriona la guio hasta la casa que ocuparía; durante el trayecto le explicó a quién pertenecía la propiedad.

Esta había sido desde hacía muchos años uno de los viñedos más famosos de la región, y seguía funcionando, aunque a medias, pues solo se mantenían los cultivos, en temporada llegaban un grupo de trabajadores y hacían la recolección, después se marchaban con las uvas, y regresaban con el vino ya en barricas que ubicaban en las bodegas, allí permanecían hasta que su patrón decidía que era el momento para llevar el producto final al mercado.

Samantha contó cinco casas, cuatro de ellas seguían un estilo parecido, solo una resaltaba entre las demás y la mujer le informó que era la conserjería. A un extremo de la propiedad pudo divisar una capilla hecha en piedra sólida, con un campanario antiguo.

—En ocasiones es usada para festejar alguna boda —mencionó Tina al ver donde estaba la atención de Samantha, después le dedicó una sonrisa para continuar—. Si lo desea podemos ver las bodegas ahora o esperamos a que descanse —señaló sonriendo.

—Me encantaría hacerlo, pero la verdad el viaje resultó un poco agotador, el tren tuvo un retraso de un par de horas y mientras me desplazaba en el taxi el tráfico fue pesado —respondió con el mismo gesto de la dama, mientras caminaban hacia las áreas comunes.

La piscina fue la que más atrapó su atención, seguramente debido al calor que estaba haciendo, sentía que necesitaba una ducha con urgencia para liberarse de todo el cansancio. Cuando se encontró en el interior de la casa que le había sido asignada se quedó sin palabras. Era espaciosa, con paredes blancas e impecables, iluminada por las grandes ventanas que se dispersaban por todo el lugar. Los pisos y los techos le daban un toque de calidez que le encantó, caminó hasta la cocina que contaba con todo lo necesario, pero que probablemente ella no utilizaría mucho, pues era pésima para las labores culinarias.

En realidad, era un desastre para cualquier tarea del hogar, ese había sido el resultado de ser criada rodeada por personas que hicieran todo por ella. Su mano se deslizó por la madera pulida de la mesa del comedor, imaginó que quizás podía animarse a preparar algunas recetas, después de todo, ella sería su única juez.

Cuando entró a la biblioteca se sintió completamente maravillada, era perfecta, tenía vitrinas de madera llenas de libros que iban desde el techo hasta el piso, el olor a roble y nogal se mezclaba con el de la naturaleza que rodeaba la casa, las ventanas estaban abiertas dejando que el sol y los aromas entraran a raudales en la estancia.

Su habitación era encantadora, todos los muebles eran de madera de nogal oscuro y resaltaban en el blanco impecable que lucían las paredes. A un lado dos ventanales que más daban la impresión de ser puertas; Samantha se acercó y quedó muda ante la maravillosa vista del valle que el lugar le ofrecía, acarició con sus dedos el sofá de terciopelo rojo y se sentó, hechizada por la belleza del paisaje.

—¿Le gusta? —preguntó la mujer con una sonrisa.

Ella se volvió para mirarla, asintió y emuló el mismo gesto, con mayor entusiasmo pues a cada minuto que pasaba en ese lugar sentía que era perfecto y que en él encontraría lo que estaba buscando.

El recorrido se llevó varios minutos más, y a cada uno que pasaba Samantha sentía que la emoción dentro de su pecho crecía, nunca se había sentido tan compenetrada con un lugar como lo estaba con ése, era como estar en casa aun a miles de kilómetros.

Había algo en el aire, en el paisaje, en la calidez con que el sol bañaba su piel, que hacía que su corazón palpitara emocionado, una expectativa que corría por sus venas, una sensación que colmaba su pecho y le hacía desear abarcarlo todo. Se quedó ante el ventanal, observando el lugar hasta que la tarde cayó bañándolo todo de naranja y dorado, para después mostrarle el cielo más hermoso que hubiera visto en su vida.

Los dos días transcurridos desde su llegada habían sido maravillosos, se levantaba temprano y salía a correr, disfrutando de una absoluta soledad, de la fresca brisa de la mañana y los cálidos rayos del sol que nacían a medida que ella se adentraba en el paisaje, podía decir que ese paraíso era completamente suyo, pues las demás casas estaban desocupadas, la familia que habitaba en la conserjería apenas si se notaban y desde su llegada no había vuelto a ver un vehículo.

Podía pasar el resto del día en la biblioteca revisando los libros, nadando en la piscina, caminando por el valle o simplemente sentada en el sofá de su habitación observando el paisaje.

∞∞∞∞

Alessandro conocía de memoria el panorama que lo rodeaba, conducía por un largo camino de tierra, en medio de cipreses que lo bordeaban, a ambos lados las colinas y las pendientes suaves se mostraban con inigualable belleza, ese era el típico paisaje que caracterizaba a la región de la

Toscana. El lugar de nacimiento de su madre, quien no dejaba de añorarlo día tras día, a pesar de tener años viviendo en Roma.

Acostumbrado a conducir a alta velocidad y más cuando se desplazaba por esos caminos, Alessandro pisó a fondo el acelerador y le dio absoluta libertad al motor de su *Maserati, Gran Cabrío* para que atravesara la extensa llanura. El auto dejaba tras de sí una nube de polvo que iba convirtiendo el paisaje a su paso y en el interior la voz de Nek y la suya cantaban a coro, *Per non moriré mai.*

Se había propuesto retomar su camino, organizar todo y regresar para deslumbrar a su público y también a sus detractores, sería como el Ave Fénix, cuándo menos se lo esperasen regresaría a Roma y una vez más la tendría a sus pies, completamente renovado sería imparable, no tomaría su carrera donde la dejó. No, haría su entrada con mayor fuerza, sabía que todo el mundo estaría como loco intentando descubrir dónde se encontraba y especulando. Eso podía resultar hasta divertido y beneficioso, crear una gran expectativa que pusiera a todo el país a la espera de cualquier noticia relacionada con su paradero.

Solo esperaba que nadie fuera a arruinar su estadía en ese lugar, que no pudieran dar con él, su madre le aseguró que no lo harían, que ahí nadie lo perturbaría. No era la primera vez que venía, antes le gustaba mucho, pero hacía casi cinco años que no lo visitaba y en ese tiempo él había cambiado, ahora sus gustos eran otros, muy diferentes a los del adolescente que fue, por lo menos ahí tendría todo a su favor para relajarse, eso era lo que deseaba justo ahora, paz, soledad y tranquilidad, ya después tendría tiempo para lo demás.

Había cometido muchos errores y actuado como un estúpido, se dejó engañar por el miserable de su exmánager; solo daba gracias a que fue Lisandro quien le dio una paliza, pues de haber sido él ese cabrón estaría muerto. Después de todo lo que le brindó que se atreviera a pagarle como lo hizo, robándole durante cinco años y drogándolo par que no notara el desfalco, de no haber sido por Lucca habría terminado recluido en un hospital o en el peor de los casos, muerto.

Era consciente de ello, pero no creía que estuviera tan mal, no al grado de ser enviado a ese lugar como si fuera un delincuente o un drogadicto que recluyen en un centro de rehabilitación, sin poder comunicarse con nadie, sin enviar un mensaje a la prensa, quedaría delante de todos como un irresponsable.

Tanto que había luchado por el jodido papel de Antonio Scalzi en la nueva película de Jean Franco Baptista, ese que quizás lo llevaría a ser reconocido en el mundo entero; también a eso tuvo que renunciar, todo por no poder controlarse en aquella maldita fiesta. Pero ya las cosas estaban hechas y debía asumir las consecuencias, aunque seguía pensado que su familia había exagerado, ya no podía hacer nada.

Desde ese momento su familia se convirtió en su prioridad, debía cuidar de esta a como diera lugar, aunque ellos no lo comprendieran del todo, debía demostrarles que aún tenía las riendas de su vida en sus manos, que no se encontraba completamente perdido como pensaban, haría que su hermano se arrepintiera de todo lo que le dijo, haría que sus padres se sintieran orgullosos de él nuevamente y volvería a ser el ejemplo que siempre fue para su pequeña y hermosa Paula; todo eso lo tendría, solo debía ser paciente, solo eso.

∞∞∞

Samantha salió a correr como siempre lo hacía en las mañanas, se había puesto una meta: cada día sumar cinco cipreses a su carrera, había empezado con un tope de cincuenta, hoy debía cubrir

el sesenta y cinco. Con una gran sonrisa se detuvo justo en esa, sintiéndose completamente satisfecha por el logro, cerró los ojos y se apoyó en el tronco, esperando a que su respiración agitada se calmara un poco para emprender el camino de regreso.

Llevaba los auriculares de su iPod, en sus oídos resonaba a todo volumen *Elevation* de U2. Comenzó a seguir la seductora voz de Bono con el entusiasmo y la certeza de estar sola en medio de esa inmensidad que la rodeaba, elevarse como decía la canción.

I and I
In the sky
You make me feel like I can fly.
So high
Elevation…

Una suave brisa le refrescaba el rostro y movía algunos mechones que se habían pegado a su frente, humedecidos por el sudor resultado del ejercicio, llevaba la larga cabellera atada en una coleta, que le llegaba a media espalda, su cabello no era muy largo, pero era abundante, castaño y espeso.

Llevaba puesto su conjunto de hacer ejercicio y sus zapatillas de correr favoritas, había decidido que ese día sería especial, pues desde que despertó se sentía particularmente entusiasmada, con una expectativa que la desbordaba. Abrió los ojos y fue cegada por los rayos del sol, escuchó un sonido extraño que era ahogado por los acordes de las guitarras y la batería de la canción.

Dio un paso al frente para descubrir de dónde provenía el ruido, pero apenas si tuvo tiempo de reaccionar y lanzarse hacia atrás, el movimiento le provocó un traspié haciéndola caer sentada al borde del camino, todo pasó en segundos.

Un auto que se desplazaba a una velocidad demasiado peligrosa había estado a punto de arrollarla, dejándola envuelta en medio de una polvareda que le provocó un ataque de tos. Comenzó a mover sus manos para limpiar el aire, pero era casi imposible, el inconsciente que iba en el auto se creía piloto de fórmula uno.

Logró ver el color y el modelo del auto, era un *Maserati* negro, seguramente modelo del año, una verdadera belleza, pero quien lo conducía debía ser una bestia, aunque esos caminos estuviesen desiertos la mayoría del tiempo, siempre se debía conducir con precaución. Si ella hubiera estado un metro más dentro del camino de seguro la había atropellado, dejándole a la policía la penosa labor de recoger sus restos esparcidos por todo el lugar, pues a esa velocidad, como mínimo la hubiese roto en pedazos.

Llena de rabia contra la persona que conducía, decidió retornar a la villa; estaba echa un desastre, tenía polvo hasta en las fosas nasales, sus ojos irritados, la garganta reseca, solo esa mañana había lavado su cabello, ahora tendría que hacerlo de nuevo, perder dos horas bajo la regadera, sentía la piel grumosa y pegajosa.

—Ruega a Dios que no te encuentre de frente, idiota —murmuró furiosa mientras avanzaba.

Ni ánimos tenía para regresar trotando, suponía que, de sudar más terminaría con una sensación mucho peor, solo quería darse una ducha y recuperar la paz que instantes atrás tenía, todo había sido tan perfecto, pero debía aparecer alguien a dañarlo. Rogaba que la persona que conducía no fuera uno de los huéspedes del conjunto.

—¡Oh, buen Dios! Señorita Steinberg ¿qué le ha sucedido? —Le preguntó Tina, la conserje, en cuanto la vio llegar.

Samantha suspiró y cerró los ojos un instante para controlar la rabia que había aumentado a

cada paso que daba, el trayecto le había tomado quince minutos y ya con el sol en lo alto, el calor había hecho estragos en su cuerpo y también en su estado de ánimo, intentó responderle a la mujer con el tono más amable que podía incluso procuró sonreír.

—No ha sido nada… estaba en el camino y un auto que pasó a toda velocidad creó una nube de polvo, yo quedé bajo esta y… —Se detuvo al descubrir el auto estacionado en el garaje.

La ira se apoderó de ella en segundos y buscó con su mirada a quien pudiera ser propietario, puede que ella estuviera echa un asco, pero quien quiera que fuera la persona que conducía tendría que escucharla.

—Ese es el auto que por poco me atropella, la persona que lo conducía está demente —informó a la mujer.

—Este auto es del señor Bonanzierri, acaba de llegar de Roma y se quedará en la casa junto a la suya…

—¿No estará hablando en serio? —inquirió perpleja.

—Lo lamento, señorita, pero es la verdad, acabamos de dejar su equipaje allí —respondió un poco apenada.

—¡Vaya vecino tendré! Un estúpido que conduce como si no tuviera dos dedos de frente, solo espero por el bien del señor Bonanzierri que no se cruce en mi camino en este instante o de lo contrario… —decía cuando se percató que la mujer le hacía señas.

—¿O de lo contrario? —preguntó una voz, fuerte y grave en inglés, pero con marcado acento italiano.

Un extraño temblor sacudió el cuerpo de Samantha, algo que la desconcertó, de inmediato se volvió para enfrentarse al hombre que había arruinado su perfecta mañana. Elevó su rostro con gesto altivo y se encontró con un par de intensos ojos azules, oscuros como el zafiro, que la miraban con irritación y quizás con algo de desprecio, pero que no lograron simular la diversión que despertó el verla justo como se encontraba, furiosa, despeinada, cubierta de polvo, sudada.

Alessandro había llegado hacía minutos, su madre había hecho la reservación, se había encargado de todo dejándolo sin escapatoria, según ella ése era el sitio indicado para alejarse de la presión que sentía y descansar, tomarse un tiempo para estar a solas con él mismo, meditar sobre su vida y lo que deseaba para el futuro. La combinación de psicóloga y madre de Emilia Bonanzierri era tan peligrosa, que cuándo quiso darse cuenta ya estaba en ese rincón perdido del mundo.

Él hubiera preferido irse a otro lugar más lejos, nuevo, exótico, fuera de Italia y donde su anonimato le brindara la paz que estaba buscando, pero no, ella dijo Toscana y a él no le quedo más que aceptarlo. Cada vez se sentía más frustrado y decepcionado.

Y ahora para colmo, llegaba esa americana histérica a culparlo de tamaña estupidez, y lo insultaba a su antojo; como si él le hubiera dicho que se parara junto a la carretera, además ¿dónde demonio estaba? Él no la vio, de haberlo hecho hubiera reducido la velocidad, no era un inconsciente o un estúpido que no supiera como detener un auto.

Pensaba escuchando las acusaciones, pero cuándo de su boca salió una amenaza ya no pudo seguir calmado y le hizo saber que estaba allí, dispuesto a ver si teniéndolo en frente seguía montando el mismo alboroto. Ella se volvió y clavó su mirada en él con gesto altivo, elevando la barbilla, al tiempo que su postura se mostraba rígida, alerta.

Los ojos de Alessandro se deslizaron por el rostro de la chica, líneas fuertes y sutiles a la vez lo marcaban, labios llenos, suaves y de un rosado natural muy hermoso, las mejillas sonrojadas seguramente debido al ejercicio físico, la nariz era recta, larga, casi como si hubiera sido tallada con especial cuidado, salpicada por una gran cantidad de pecas, apenas apreciables, pero

imposibles de ignorar si se le miraba de cerca, justo como estaba él en ese instante, y a pesar de ello su piel era hermosa, podía casi jurar que debía ser muy suave, su cara estaba lavada, sin una gota de maquillaje y eso le permitía asegurarlo.

Sus cejas eran pobladas y perfectamente delineadas, dándole un aspecto mucho más poderoso a sus ojos, tenía hermosos ojos, de un marrón casi naranja, la luz del sol había reducido su pupila, mostrando el bello tono de sus iris, era brillante y atrayente como el fuego, estaban enmarcados por unas espesas pestañas de una extensión impresionante. Su cabello era abundante, castaño oscuro, con destellos rojizos y suaves ondas, se encontraba sujetado en una coleta floja que dejaba libre algunos mechones que adornaban su frente, dándole un toque juvenil.

Quiso continuar con su inspección, pero los ojos de la americana no lo dejaban escapar, era como si esa llama que los hacía más claro a medida que el sol ganaba altura en el cielo lo estuviera consumiendo, tenía un rostro muy bello, perfecto y como hombre se sentía tentando a ver si esa belleza también se extendía a su cuerpo, pero cuándo sus ojos intentaron bajar para ver figura, supo que no era prudente, ella lucía furiosa y él, bueno, él comenzaba a sentir muy divertido.

Samantha se volvió dispuesta a enfrentar a aquel hombre, a decirle lo irresponsable y grosero que fue conduciendo de esa manera, hacerlo sentir culpable por el deplorable estado en el cual se encontraba. Pero todas las palabras se esfumaron de su cabeza en cuanto sus ojos se posaron en los azules del italiano; un azul profundo y tan hermoso, quedó atrapada por ellos y se encontró sintiendo un extraño deseo de permanecer así, tenían el color del océano y reflejaba quizás el mismo misterio que éste poseía, algo que la tentaba y la asustaba al mismo tiempo, que la invitaba a sumergirse.

La piel del joven era blanca, no al grado de hacerlo lucir pálido, tenía un ligero bronceado que resaltaba gracias al tono oscuro de su cabello; sus pómulos eran fuertes y estilizados a la vez, al igual que su mandíbula y su nariz, tenía una nariz recta, perfecta. Dejó de lado su inspección cuándo sus ojos llegaron a los labios del italiano y tuvo que tragar en seco, no pudo evitarlo; ese hombre tenía los labios más hermosos que hubiera visto, eran llenos, con el tamaño perfecto para ser besados, suaves, sí, debían ser suaves y tal vez; de pronto sintió como su boca se hacía agua y tragó de nuevo.

«¡Samantha Steinberg! ¡Cálmate! Has olvidado que él casi te atropella. ¡Por Dios! Cómo si tú nunca hubieras visto hombres hermosos en tu vida, los has visto y acabas de dejar a uno botado en América, esto es absurdo.»

Se decía en pensamientos esforzándose por retomar su postura y ordenar sus ideas. Apartó su mirada de él para hacerlo, su cercanía y su altura la intimidaban, aunque ella no era de las personas que se encogían ante las demás, menos ante alguien que hacía lo que él hizo.

—¿O de lo contrario, señorita? ¿Acaso se ha quedado muda o ya no se siente tan valiente? —preguntó Alessandro, intentando disimular su sonrisa, pero sus ojos lucían lo divertido que encontraba todo eso, además de seguir deleitándose con ella.

«¡Muda! Le demostraré quien es la muda, estúpido arrogante.»

Pensó sintiendo que la furia crecía de nuevo, su rostro se tornó rojo encendiéndose una vez más, mientras su respiración y sus latidos retomaron el ritmo acelerado que traía minutos antes, no se intimidó ante la altura de él y se irguió para no verse tan diminuta.

—Supongo que eso es lo que esperaba, que me pusiera a temblar de miedo porque me escuchó, pues se equivoca, además de amedrentarme con su auto, también piensa que podrá hacerlo con su actitud, lamento defraudarlo señor… ¡Como sea! Para decirle lo que tengo que decirle no me hace falta ni valor ni saber su nombre, es usted un inconsciente al conducir de esa

manera…

Samantha hablaba en un torrente de palabras, sin darle tiempo a él a responderle, tenía que desahogarse o terminaría explotando, y su rabia crecía a cada minuto al ver el semblante impasible del hombre, como si ella no estuviera digiriéndose a él.

—Alguien responsable se percata de las personas en el camino y toma las previsiones. La verdad, no me extrañaría que la licencia de conducir se la haya sacado en una caja de cereal, es un insensato y en lugar de reconocer su error, se muestra arrogante para tratar de intimidarme o de humillarme aún más, cómo si no fuera suficiente con haberme dejado en este estado, al menos tenga la decencia de disculparse —agregó, estirándose un poco más, intentando parecer más alta, si él pensaba que se encogería como un gusano estaba loco.

—Señorita… ¿A quién le importa? —dijo con toda la intención de cobrarse, el que ella hubiese obviado su nombre, disfrutó de la reacción de ella a su estocada y sonrió, para después continuar—. En primer lugar, si yo me saqué la licencia de conducir en una caja de cereal, usted debería andar acompañada de un perro, esos que entrenan para los invidentes, pues ciertamente parece estarlo, el camino estaba completamente solo…

—No lo estaba, yo me encontraba en allí, pero claro como usted venía como alma que lleva el Diablo no pudo percatarse de ello, lo que me hace pensar que quien necesita al perro entrenado es alguien más, en lugar de tener la libertad de conducir un auto último modelo para andar alardeando de las millas que puede alcanzar por hora. Me encontraba junto al ciprés sesenta y cinco, estaba por salir al camino cuando usted casi me atropella, si no fuera por mi rapidez para reaccionar hubiera salido volando por los aires hecha pedazos, tenga al menos la madurez para admitir que su manera de conducir no era la correcta y disculparse, en vez de estar aquí tratando de hacerme lucir como una loca o una mentirosa.

—No tengo porque hacer ninguna de las dos cosas que me pide, yo estaba conduciendo a una velocidad permitida en estas zonas y sigo en mi posición, usted no estaba por ningún lado, además hasta ahora me entero de que los cipreses tienen números… ¿Le han colocado algún tipo de señalización a estas, señora Tina? —preguntó divertido y se irguió para demostrarle a ella que podía estirarse todo lo que quisiese, pero él era mucho más alto.

—No lo tienen, no sea tonto ¿quién las dañaría de ese modo? —respondió Samantha—. Yo las cuento para plantearme una meta todas las mañanas cuando salgo a correr, y precisamente estaba disfrutando de haber alcanzado la sesenta y cinco, cuando usted y su auto cambiaron el buen sabor de boca que tenía por uno a tierra, pero eso ya no importa y en vista que no se dignará a reconocer lo que hizo, ni mucho menos algo para enmendarlo, no pretendo seguir perdiendo mi valioso tiempo de esta manera, no dejaré que me arruine el resto del día —dijo sin mirarlo, ignorándolo totalmente.

Samantha se sentía cada vez más incómoda, la sensación que el sudor le producía era demasiado desagradable y no seguiría allí sirviéndole de entretenimiento a ese idiota, odiaba perder el tiempo y justo eso era lo que hacía en ese momento, ***«Los sabios pueden cambiar de opinión, los necios jamás»*** recordó una de sus citas favoritas y decidió dejarlo pasar.

Tina se quedó muda sin saber qué decir o hacer, pensando que perdería a uno de sus huéspedes después de ese primer encuentro entre ambos, estaba segura de que algo así sucedería. Sabía que cualquiera que fuera el caso, terminaría lamentándolo, sobre todo si era la americana quien se marchaba, pues le tocaría tener como único huésped al actor y desde la última vez que había estado en ese lugar lo desconocía completamente, en solo minutos había notado que ya no era el joven sencillo y amable de tiempo atrás, sino todo lo contrario.

Por su parte, Alessandro intentaba controlar su sonrisa para no echar más leña al fuego,

mientras detallaba el perfil de la mujer, admirando su altanería. Le gustaba, la mayoría de las mujeres caían rendidas a sus pies en cuanto lo veían, quitándole la oportunidad de ser un conquistador, como su naturaleza de hombre y romano le exigía, le ponían todo tan fácil que se aburría en semanas, meses cuanto mucho, pero ella parecía no saber quién era o si lo hacía, lo disimula muy bien.

Samantha, podía sentir la mirada del hombre sobre ella, su insolencia y esa media sonrisa que se asomaba en sus labios la estaba exasperando a cada minuto, no caería en sus provocaciones, así que decidió terminar con el espectáculo, se volvió y enfocó su mirada en Tina, al ver su expresión se condolió y respiró profundamente.

—Señora Tina, disculpe este momento tan incómodo y no se preocupe por nada, usted ha sido una anfitriona maravillosa, ahora si me disculpa voy a darme una ducha y quitarme toda esta arena que el señor me lanzó encima, con su permiso —agregó girando con rapidez y saliendo de allí sin dirigirle una mirada al recién llegado, ya sentía que no lo soportaba.

Él se quedó parado viendo cómo ella se iba, completamente desconcertado, no podía creer que se hubiera rendido así, sin más, suponía que estaría envuelto en esa batalla hasta que no le entregara las disculpas que pedía, pero no, ella se marchó dejándolo en blanco, quizás esa era su manera de demostrarle que era superior, además de altanera, también era arrogante la señorita.

—Señor Bonanzierri, no sé qué decir, lamento mucho esta situación, la señorita Steinberg es una muchacha muy agradable, no hemos tenido ningún inconveniente desde que llegó hace tres días, supongo que debe ser su estado lo que la puso tan irritable —se excusó la mujer sin saber qué más hacer para salvar la situación.

—No se preocupe Tina, todas las americanas son igual de histéricas que ella, solo basta que vean una de sus causas pérdidas para que dejen salir ese carácter que tienen, la verdad es a usted a quien le debo una disculpa, no esperaba causarle problemas con alguno de los huéspedes, quise rentar el lugar completo, pero mi madre no llegó a tiempo, ya la señorita… ¿Cómo me dijo que se apellida? —inquirió.

—Steinberg, Samantha Steinberg —contestó Tina asombrada por las palabras de Alessandro.

Hasta hacía minutos él se quejaba de todo y ahora le estaba ofreciendo una disculpa, tal vez pensaba marcharse, bueno si ese era el caso, la pérdida en ganancias sería muy grande, pero con tal de tener paz y no a ese par peleándose como perros y gatos, quizás valiera la pena, aunque le apenaba no poder ayudar a su amiga Emilia.

—Al parecer es escritora o algo así, se la pasa con un montón de libros y su portátil de arriba para abajo, el otro día mi nieto me dijo que ella le había regalado uno que llevaba su nombre en la portada, justo ahora Piero anda como hipnotizado con la historia, me frunce el ceño cuando lo envío a hacer algún mandado y debe dejarlo de lado —explicó mirándolo, intentó sonar amable.

—Con que escritora, bueno eso justificaría el comportamiento tan teatral que ha tenido, como le decía cuando mi madre llamó, ya la señorita Steinberg tenía la reservación, así que no pudimos hacer nada, pero le agradecería que mi estadía aquí quedara entre nosotros, he venido buscando un refugio a la avalancha que me estaba cayendo encima y lo último que deseo es que este sitio sea invadido por periodistas o fanáticas. —Le hizo saber, aunque seguramente ya su madre había puesto al tanto a la mujer.

—No se preocupe por ello, señor Bonanzierri, Emilia me pidió absoluta discreción, no tiene nada de qué preocuparse, nadie sabrá que se encuentra aquí, la señorita Steinberg es extranjera y al parecer no lo conoce por su trabajo, así que dudo que exista la probabilidad que alguien se entere por ella, estoy segura de que después de salvado este inconveniente ambos tendrán una estadía maravillosa —dijo con una sonrisa que llegaba hasta sus ojos, rogando porque así fuera.

—Seguramente —contestó el joven de manera escueta.

Aunque dudaba que algo así sucediera, esa mujer parecía tener el carácter de una yegua salvaje y también el de una serpiente, se había marchado en aparente calma, pero sentía que debía estar alerta, era probable que justo en ese instante estuviera planeando cuándo lanzar el zarpazo y cobrarse lo que supuestamente él le había hecho. Pensaba observando la puerta por la cual había desaparecido.

Capítulo 5

Samantha entró a la casa que ocupaba con andar absolutamente tranquilo para hacerle ver a ese hombre que no la había alterado en lo más mínimo; sin embargo, en cuánto cerró la puerta, dejó libre un grito de frustración, sin darle sonido, solo lo esbozó en silencio para que su «vecino» no la escuchase, sentía la necesidad de golpear algo, o mejor dicho a alguien, precisamente a ese italiano arrogante y déspota, no podía creerlo, burlarse de ella de esa manera, la llamó ciega, loca… bueno eso último no, pero lo insinuó y eso la enfurecía.

Subió hasta su habitación con andar enérgico y caminó directamente al cuarto de baño, abrió el grifo para que el agua tomara una temperatura agradable, aunque tenía calentador, al principio siempre estaba helada, se miró en el espejo y se sintió mucho más molesta que minutos atrás, cerró los ojos y se esforzó por olvidar la sonrisa odiosa de aquel hombre, sentía que lo detestaba.

Se quitó su conjunto deportivo con más fuerza de la necesaria, descargando en estela rabia que solo aumentaba a medida que pasaban los minutos, después siguieron sus zapatillas y los calcetines que arrojó al cesto de la ropa sucia junto a las otras prendas.

En ese momento escuchó que alguien llamaba a la puerta, y pensó que seguramente era la señora Tina para ofrecerle sus disculpas por el comportamiento del tal Bonanzierri. La mujer no tenía la culpa de nada y ella no debía hacerla sentir responsable, armándose de paciencia una vez más, se puso una bata de paño en tono lila, cerró la llave y bajó.

—Si alguien debiera disculparse es él, no solo por querer atropellarme sino por ser tan grosero, pero es evidente que no lo hará, es un caso perdido, y pensar que todos los italianos que había conocido me caían bien —hablaba para ella misma.

Samantha abrió la puerta sin mirar antes por el ojillo, se había acostumbrado a que solo estuvieran los conserjes y el nieto de ellos; pero su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con una amplia espalda masculina, que se mostraba sumamente atractiva bajo la camisa azul cobalto que le quedaba a la medida. De nuevo se quedaba muda ante la imagen del italiano, y sintió un calor recorrerle el cuerpo, a medida que su mirada bajaba por la figura del hombre frente a ella, paró de golpe su recorrido, reprochándose por verlo de esa manera y le echó la culpa a la sorpresa de encontrarlo allí, era lo último que esperaba, bajó la guardia un minuto pensando que quizás venía a disculparse, pero igual no se la pondría fácil.

—¿Qué desea? —Consiguió decir al fin, con un tono de voz muy flojo para su gusto, deseaba que fuera cortante y no lo fue.

—Señorita Steinberg… —Alessandro se volvió para mirarla.

Él casi se retiraba al ver que ella no atendía. Cuando se giró sus ojos se posaron en la figura de la ella, esta vez no pudo evitar que sus ojos la recorrieran. Se había quitado la ropa de ejercicio y ahora solo llevaba una mullida bata de paño. La abertura le permitió ver el nacimiento de sus senos, eran turgentes, blancos y suaves a simple vista, hicieron que un deseo primitivo se despertara en él.

Sin embargo, mantuvo su autocontrol, no era la primera mujer con senos hermosos que veía en su vida, aunque eso no limitó su deseo de bajar su mirada para estudiar el resto de la figura femenina, pero el gesto de la mujer al cerrar su bata y la impaciencia reflejada en sus ojos hizo que desistiera de ello, así que se enfocó en lo que debía hacer.

—Le he preguntado qué desea —repitió de nuevo esta vez con un tono glacial, la inspección

de él la había ofendido.

Alessandro dejó ver una sonrisa ladeada disfrutando de las pocas pecas que adornaban el rostro de la americana y se hicieron más visibles gracias al sonrojo que ella mostraba, estaba furiosa y eso de un modo u otro lo hizo sentir contento, le gustaban mucho los retos y ella definitivamente era uno, así que se animó a continuar.

—He venido porque deseo dejar por la paz lo sucedido, usted dice que yo intenté atropellarla y yo sigo en mi postura de no haberla visto en el camino, como evidentemente ninguno de los dos le dará la razón al otro, lo mejor será olvidar este asunto…

—Ya lo he hecho, señor, no pretendo amargar mi día por semejante descuido de su parte, pero le agradecería que la próxima vez tome en cuenta que no puede andar por allí como si el mundo fuera suyo, irrespetando el espacio de los demás, ahora si me permite debo continuar con lo que estaba haciendo —dijo disponiéndose a cerrar la puerta, pero la mano fuerte de Alessandro se lo impidió.

Ella miró primero la mano de él que se apoyaba en la hoja de madera y después buscó los ojos azules, su ceja perfectamente elevada en una curva era una clara advertencia, él ni siquiera se inmutó; por el contrario, la vio de igual manera mostrándose serio y arrogante, como si con eso pudiera intimidarla.

—Veo que ya se ha formado un concepto de mi persona y que es tan obstinada que no lo cambiará, créame no me importa en lo más mínimo, no será esto la causa de mi desvelo —indicó mirándola a los ojos, viendo cómo, aunque deseaba lucir fría y educada, su paciencia estaba pendiendo de un hilo.

Se animó a atizar ese fuego que danzaba en los ojos ámbar un poco más, quería continuar con el juego. Ella se había rendido la vez anterior quitándole a él la diversión, pero ahora no dejaría que eso sucediera, al menos no tan rápido, era un experto en provocar y justo había encontrado con quien hacerlo en ese lugar.

—Sin embargo, usted necesita mis disculpas y que repare de alguna forma el daño, digamos que acepto hacerlo, le pido disculpas por no haberme fijado que se encontraba escondida tras el ciprés sesenta y cinco —dijo con una sonrisa burlona.

Ella suprimió un suspiro de impaciencia, seguramente, pensó Alessandro y disfrutó de ello, era evidente que se estaba esforzando por mantenerse calmada, en vez de americana parecía inglesa, incluso su tono de voz era más grave y formal, quizás había estudiado en Inglaterra o Tina se había equivocado al decirle que era de Norteamérica, eso no importaba, rompería esa capa de hielo pues no pensaba terminar ahí, ahora vendría su estocada.

—Me ofrezco a ayudarla con su baño para quitarle toda la tierra que le eché encima con mi auto —mencionó con naturalidad, poniendo todo su esfuerzo en esconder la sonrisa que deseaba liberar al ver la expresión reflejada en el rostro de ella.

—¿Disculpe? —preguntó Samantha completamente asombrada, mientras lo veía a los ojos—. Creo que no lo he escuchado bien, usted pretende… —decía cuando él la detuvo.

—Lo que escuchó, señorita Steinberg, me estoy ofreciendo a bañarla y dejarla impecable, usted decide… ¿Ducha o bañera? —inquirió, esta vez la sonrisa ladeada y perversa se mostró en todo su esplendor mientras sus ojos brillaban cargados de diversión.

Samantha se quedó mirándolo unos segundos en silencio, decidiendo si golpearlo o mantenerse en su postura y no ceder a su provocación, siempre se había considerado una persona pacífica, madura, pero todo tenía un límite y definitivamente ese hombre lo había cruzado ¿se creía un Dios acaso? Pensaba con el ceño fruncido.

Ella lo vio deshojar los botones de los puños de su camisa y comenzar a remangarlos a la

altura de los antebrazos, unos muy provocativos, a decir verdad, pero era tanta la rabia que sentía que apenas si se fijó en ellos, de verdad estaba completamente convencido que aceptaría su ofrecimiento o quizás deseaba provocarla aún más.

Así que quiso darle a probar un poco de su propia medicina; lo miró de arriba abajo lentamente, evaluándolo con tal descaro como jamás había hecho con otro hombre, dejó ver media sonrisa y posó de nuevo su mirada en los ojos azules, que lucían casi grises, la masculina y gruesa ceja ligeramente levantada exigía una respuesta, así que ella se la dio.

—Acepto sus disculpas, señor… ¿Bonanzierri? —preguntó para confirmar el apellido, él asintió con un gesto casual. Ella continuó, se le había ocurrido una manera de vengarse—. En cuanto a lo otro, tengo una mejor idea, pase por favor. —Le pidió con una sonrisa al tiempo que le hacía un ademán con la mano y lo invitaba a seguir.

Alessandro sintió su corazón acelerarse y golpear con fuerza contra sus costillas, entró al salón con cautela, sin apartar su mirada de la americana, su intención había sido solo molestarla un poco, le gustaba esa actitud que había mostrado y quería disfrutarla, ciertamente había llegado hasta allí para enmendar ese primer encuentro entre ambos, pero las respuestas y la postura de ella le habían animado a continuar con su juego, solo que no esperaba una reacción como esa.

—Espere un minuto por favor, enseguida regreso, si lo desea puede sentarse en aquel sillón y ponerse cómodo —dijo con una hermosa sonrisa y se volvió para subir las escaleras.

Él no supo qué decir, solo asintió y la siguió con la mirada, mientras el sutil y sensual balanceo de las caderas al subir cada peldaño, provocó que sus latidos duplicaran su velocidad y tragó en seco ante la reacción de su cuerpo. Ella debía estar jugando con él, quería provocarlo, intimidarlo, si supiera que podía cambiar ese juego en cuestión de segundos si se lo proponía, la señorita Steinberg no tenía ni idea de con quien se metía, era más seguro jugar con fuego que con él.

Samantha hizo su mejor despliegue de movimientos de caderas mientras subía las escaleras, ya en lo alto se volvió y le dedicó una mirada al hombre parado en medio del salón, él la observaba con intensidad, todo rastro de diversión se había borrado de la expresión del italiano y eso hizo que ella se sintiera muy satisfecha con lo que había hecho. Él quería jugar, bueno debía aprender que la mayoría de las veces, uno conoce el juego, pero no al jugador.

Con una sonrisa de satisfacción entró hasta el cuarto de baño, buscó una bolsa en una de las gavetas del tocador y puso en esta su conjunto de deporte y los calcetines que acababa de quitarse. Cuando su mirada se encontró con el reflejo en su espejo, sintió algo extraño, era como si algo en ella fuera diferente, el brillo en sus ojos que lucía casi perverso o la sonrisa que no podía borrar de sus labios, no lo sabía con certeza, pero le gustaba sentirse así, adoptó una postura erguida y salió de allí.

—Espero no haber demorado mucho, estaba preparando la bañera, me he decidido por esta, creo que sería más cómoda y agradable —habló con naturalidad mientras bajaba las escaleras, minutos después y le sonreía coqueta al italiano.

—Descuide, solo han sido unos minutos, igual no tengo mucho que hacer por el resto del día… más que dedicarlo a usted —contestó Alessandro con una sonrisa mientras la veía con detenimiento.

Esta vez las piernas de la mujer atraparon su mirada, eran delgadas pero torneadas y elegantes, decidió que le gustaban esas piernas moldeadas por el ejercicio. Se lamentó cuando la bata le cortó la visión a la altura de las rodillas, y de nuevo ese deseo primitivo por descubrir más de ella se instaló en él, respondió a la sonrisa de igual manera, intercambiando ese gesto sugerente que prometía mucho.

—Es usted tan amable, señor Bonanzierri, pero no quiero abusar de su buena voluntad, tampoco le quitaré mucho tiempo, con unos pocos minutos será suficiente, tome. —Le extendió la bolsa.

—¿Qué es esto? —inquirió él con recelo, mientras la recibía.

—La ropa que llevaba puesta, como habrá notado quedó hecha un desastre y ya que usted está tan ansioso por subsanar el daño causado, pensé que no tendría ningún problema en lavarla, solo le tomará unos minutos, claro suponiendo que sepa cómo hacerlo —indicó mirándolo con diversión.

Alessandro sintió como si la mujer le lanzara un balde de agua fría que lo empapó por completo. Ciertamente no creía que ella le fuera a permitir que la bañara, eso habría sido correr con mucha suerte y un gran recibimiento, pero jamás pensó que lo pondría a lavar su ropa, ya lo sabía, era astuta como una serpiente la condenada; sin embargo, él no era de los que se dejaba ganar fácilmente.

—He vivido solo desde los veinte años, señorita Steinberg, créame sé cómo hacerlo —expuso de manera casual observando el contenido de la bolsa y dejando ver media sonrisa—. No se preocupe, la tendrá de regreso en un par de horas, ahora me retiro, que disfrute de su baño —agregó y caminó hacia la puerta.

Samantha lo miró desconcertada, no esperaba esa reacción de él, quería enfurecerlo, que saliera de ese lugar deseando no volver a molestarla nunca más; por el contrario, se mostraba tan calmado, algo debía andar mal, o él era una especie de psicópata que en cuanto saliera de aquí comenzaría a planear su asesinato.

«¡Por favor, Sam! No es uno de tus personajes, solo está jugando contigo, no caigas, no lo hagas, actúa con la misma naturalidad»

—Gracias —expresó con una amplia sonrisa.

—De nada… me siento obligado para con usted, pero creo que está olvidando algo, aquí está su conjunto, sus calcetines… no veo su ropa interior, deseo compensarla por completo así que la necesito, si aún la lleva puesta, puedo darme la vuelta para que se la quite y me la entregue —pronunció mostrándose completamente casual, como si le estuviese pidiendo una taza de azúcar.

Samantha sintió que la sangre comenzaba a bullir en su interior, ya sabía que él no se iría así, debía provocarla y lo había conseguido, si fuera una mujer más liberal, arriesgada y desinhibida, como su agente Jaqueline, ni siquiera le pediría que se volviera, delante de él se quitaría el panty y se la entregaría con una sonrisa triunfante, pero no lo era… ¡Ella no era tan descarada! El rostro se le tiñó de un intenso carmín y la rabia se apoderó de su pecho nuevamente, si sus ojos fuesen puñales.

—Entrégueme la bolsa y salga de este lugar de inmediato antes que tenga que lamentarlo. —Su mirada era fría, igual que su tono.

—Usted me ha pedido que lave su ropa y eso haré, que tenga buenas tardes, señorita Steinberg —dijo abriendo la puerta.

—Le he dicho que me entregue eso, vino aquí con toda la intención de burlarse de mí y no se lo voy a permitir…

Él se volvió a mirarla y sus ojos eran serios, su mirada tenía una intensidad que la hizo guardar silencio y retroceder un paso, pero de inmediato retomó su postura desafiante y lo miró a los ojos sin intimidarse, dispuesta a quitarle la bolsa y sacarlo de allí a patadas.

—¿Quién quiso burlarse de quién? No hagas lo que no quieras que te hagan. ¿Sus padres acaso no le enseñaron eso? Mis intenciones eran las mejores, pero usted propuso otro juego, yo solo lo seguí así que ahora no se haga la ofendida, quiere su ropa de vuelta pues tendrá que ir

hasta la casa de al lado y buscarla, si no lo hace vaya pensando en comprar otro. —pronunció con determinación, los iris de sus ojos eran de un azul intenso, ella no dijo nada más y él salió.

Samantha se había quedado congelada, como una estúpida ante la postura y las palabras del italiano, nunca nadie se había atrevido a hablarle así en su vida. ¿Quién demonios se creía él para tratarla así a ella? ¡Precisamente a ella! Lo vio salir y la furia estalló en su interior.

—¡No puede hacer eso! ¡Idiota! —exclamó abriendo la puerta.

Pero ya era tarde, él había salido del lugar dejándola hirviendo de rabia, llevándose su ropa y haciendo con eso que se sintiera mucho más frustrada que minutos atrás.

Capítulo 6

Roma, Italia. Octubre 2012

La elegante y hermosa dama de cabellos castaño, piel blanca como el nácar, hermosos ojos grises, semblante amable y figura con curvas que mostraban el grandioso cuerpo que había tenido en la juventud, se movía entre los altos estantes de madera donde reposaban los libros, siempre que entraba a esos lugares pasaba horas pérdida entre los cientos de títulos que se ofrecían, mientras esperaba a su hijo con quién quedó de verse en el café del frente. Sabía que en cuánto Alessandro llegara y no la encontrara adivinaría que se había trasladado hasta ahí, después de todo esa era su librería favorita.

—Señora Bonanzierri, su hijo la estaba buscando.

Escuchó la voz de la joven de ojos hazel y hermoso cabello rubio oscuro que se encontraba detrás del mostrador, quien era nieta de los dueños, y al igual que a ellos le encantaba leer.

—Pequeña Ivette, te he dicho varias veces que me llames Emilia, te conozco desde que eras una niña y creo que ambas nos hemos ganado esa confianza ¿no es así? —inquirió sonriendo y caminó a la puerta.

Ella asintió tímidamente y después le regaló una sonrisa siguiéndola con la mirada, en cuanto vio que la mujer le daba la espalda su mirada se posó en su verdadero interés, el hombre parado frente al local.

Alessandro había llegado hasta el café cinco minutos atrás, paseó su mirada por este y al no ver a su madre allí, cruzó la calle y se detuvo bajo el toldo de la librería, la vio a través del ventanal tan concentrada en su tarea que prefirió no interrumpirla de momento, en lugar de ello aprovechó para encender un cigarrillo, se lo llevó a los labios y lo encendió, necesitaba entrar en calor.

Definitivamente los inviernos de Roma siempre llegaban antes que en otros lugares mientras en otros rincones del país aún los árboles conservaban su follaje, en este ya la mayoría se encontraban expuestos a las heladas corrientes de aire, así como también lo estaban ellos. Levantó la mirada y vio que su madre le hacía señas, ya lo había descubierto, le dio una última fumada a su cigarrillo, apretó la colilla contra el borde de metal del bote de basura y lo lanzó a esta.

—Buenas tardes, madre luce tan hermosa como siempre. Creo que hoy también tendré que espantarle unos cuantos pretendientes, voy a comenzar a cobrarle a mi padre por ese trabajo —mencionó con una sonrisa mientras la abrazaba.

—No creas que con tus halagos vas a evitar que te reprenda. ¿Cuántas veces te he dicho que odio que fumes? —Lo miró con reproche.

—Solo estaba intentando entrar un poco en calor, afuera hace un frío de los mil demonios. —Se excusó de inmediato.

—En ese caso ponte otro suéter y así no sentirás tanto frío, pero no quiero verte con un cigarrillo en los labios de nuevo, es más… dame esa cajetilla ahora mismo. —Le exigió entendiéndole la mano enguantada en elegante y fino cuero de color terracota.

—Madre esto no es necesario, ya no soy un chico… —intentó alegar, pero solo recibió que ella elevará una ceja y lo mirara como cuando tenía quince años, dejó libre un suspiro—. Está

bien, usted gana, pero sepa que no puede estar dictándome que hacer y que no, ya no soy un niño, puedo tomar mis propias decisiones. —refunfuñaba mientras sacaba el paquete de su bolsillo y se lo entregaba, tenía el ceño profundamente fruncido.

—Jamás te impondría nada lo sabes bien, Aless, pero no puedes evitar que me preocupe por ti, soy tu madre, esto te hace daño mi vida y mientras pueda evitar que los consumas ten por seguro que lo haré… sabes que lo que más me importa en este mundo es el bienestar y la felicidad de las personas que amo —dijo guardando el paquete en su bolso y después le acarició la mejilla.

—No debe preocuparse tanto por mí madre solo tomó uno de vez en cuando, no es algo que deba ver como un vicio —contestó.

—No existe consumo seguro para estas cosas, Alessandro Franco, si quieres que te trate como un adulto comienza a actuar como uno por favor. —Le señaló con la autoridad que ser su madre le brindaba.

—Lo soy, madre, no creo que tenga que recordarle todo lo que me ha llevado a convertirme en un hombre, incluso soy mucho más maduro y responsable que Lisandro. —Se defendió haciendo referencia a su hermano mayor, que en lugar de comportarse como un hombre de treinta y dos años parecía un adolescente.

—Tu hermano ya es caso perdido, tanto tu padre como yo nos hemos rendido, pero al menos él no se mata lentamente con esas cosas, puede que le gusten las fiestas y se crea un chico de veinte, pero no tiene ningún vicio —mencionó retomando su camino por los mesones donde estaban los títulos más recientes.

Alessandro no quiso seguir discutiendo, sabía que no lograría ganarle a su madre, no había quien lo hiciera, ni siquiera su padre lograba convencerla de lo contrario cuando se le metía algo en la cabeza. Solo se limitó a rodar los ojos cuando ella le dio la espalda, supo que fue un gesto muy infantil pero no pudo evitarlo.

Se distrajo observando unos libros sobre vinos, sabía que su madre se tomaba su tiempo cuando entraba a ese lugar y no había fuerza que lograse sacarla del mismo, tomó uno y lo estaba hojeando cuando la escuchó exclamar algo que no logró entender.

—Alessandro, hijo… Es Samantha… Es ella, ¿verdad? —inquirió mirándolo, mientras sostenía un libro con la tapa abierta mostrándole una foto que se encontraba en la contra portada.

Emilia la había reconocido de inmediato, jamás olvidaría el rostro de aquella chica con mirada dulce y sonrisa entusiasta, que salía junto a su hijo en las fotos que encontró esparcidas junto a él, cuando lo vio en la villa de los Codazzi, después de meses separados.

Algo en el tono de voz de su madre lo hizo estremecer ligeramente, incluso antes que formulara la pregunta. Sin embargo, se obligó a mostrarse natural y posó su mirada en la imagen de la contra cubierta, ya esperaba encontrarse con algo como eso, aun así, el verla lo golpeó donde menos quería, dentro del pecho. Apenas consiguió asentir y luego apartó la mirada con rapidez, fingiendo que se concentraba de nuevo en el libro que tenía en sus manos.

—Es… sigue siendo igual de hermosa a como la recuerdo, bueno sé que no ha pasado mucho tiempo y que solo las vi en aquellas fotos que tenías en de ella en Toscana, pero.

Se detuvo al ver que los hombros de Alessandro se tensaban, no quería incomodarlo y sabía que ese era un tema al cual Alessandro le rehuía todo el tiempo, más durante los últimos meses cuando se confesó ante todo el país. Ella misma se sorprendió cuando escuchó de sus labios aquello que por tanto tiempo guardó, deseaba continuar, pero al ver su semblante cambió de idea y se dedicó a leer la biografía, sentía que debía conocer más acerca de ella.

Hasta ahora no había logrado dar con sus libros, había pasado años buscándolos desde que su hijo le contara que ella era en realidad escritora y no una artista plástica como les mencionó en

un principio.

Así comenzó su búsqueda, pero teniendo solo su nombre de pila y sin los títulos, ya que Alessandro no había querido dárselos, se le hizo una tarea casi imposible. Igual no pudo evitar sentirse tonta pues nunca se le pasó por la cabeza buscar imágenes de una escritora llamada «Samantha». Pensó sonriendo y negó con la cabeza mientras se concentraba de nuevo en la biografía de la americana.

Hasta ese instante no había tenido la oportunidad de tocar de nuevo ese tema; después de aquella larga charla que tuviera con su hijo en la villa de Codazzi, ambos habían pactado no mencionar nada al respecto.

Pero cuando su hijo confesó meses atrás que se había enamorado de esa misteriosa chica a todo el país, suponía que a ella también la estaba liberando de su voto de silencio; aunque hasta el momento no le había contado a nadie lo que Alessandro le compartiera hacía tanto, ni siquiera a su esposo, empezaba a sentir que tenía más libertad para hablar de ella.

Su mirada se posó en la imagen de la «extraordinaria mujer» según las palabras de Alessandro, que le había entregado un hijo completamente renovado, un hombre de verdad y no el chico caprichoso que ella despidió en medio de un gran dolor hacía poco más de tres años.

Samantha ayudó a crecer a Alessandro, le enseñó a valorar las cosas que más importaban en la vida, despertó a ese ser maravilloso que fue su hijo de adolescente y que la fama le había robado de su lado, sin siquiera notarlo o como descubrió tiempo después, sin querer darse cuenta de que todas las concepciones que le había hecho fueron lo que más perjudicó a su hijo.

Siempre se había sentido en deuda con ella y ahora deseaba tener mucho más que su imagen entre las manos quería poder darle un abrazo y agradecerle por lo que había hecho por su Alessandro. Aunque sabía que eso era casi un imposible.

Alessandro mostraba un rechazo abierto ante la sola idea de acercarse a Samantha, ya había perdido la cuenta de las veces que le insistió para que la buscara y nunca obtuvo buenos resultados. Él no quería saber nada del tema y hasta le había dicho que contarle había sido un error.

Se molestaba cuando ella le insistía, le decía que era perder el tiempo; la verdad no lo veía de esa manera pues sabía que Alessandro seguía guardando sentimientos muy fuertes, aunque no quisiera demostrarlo, lo instaba a hablarle, pero no conseguía mucho, igual seguía allí pues sabía que él necesitaba desahogarse y se sentía honrada de que lo hiciese con ella.

—¿Nos vamos o piensas comprar algo?

La voz tensa de su hijo la sacó de sus pensamientos, se volvió para mirarlo y le dedicó una sonrisa intentando relajarlo, vio que allí estaba de nuevo esa coraza que se ponía desde que era un niño cada vez que algo del exterior amenazaba con lastimarlo.

—Sí, pienso comprarlo… ahora que al fin puedo tener uno y teniendo su nombre completo, te aseguró que encontraré los demás —le informó con una gran sonrisa.

Alessandro no dijo nada solo frunció el ceño y se encogió de hombros restándole importancia al asunto, no le daría el gusto a su madre de hablar sobre ese tema que para él estaba zanjado y ahora más que nunca. Había dado el paso definitivo para sacar de su vida a Samantha de una vez por todas, se había liberado del secreto.

Ellos habían decidido seguir por caminos diferentes desde hacía mucho y seguir atados a un sueño del pasado era un absurdo, además que solo le había traído tristeza, dolor y problemas, lo que tiempo atrás fue maravilloso se había convertido en una pesadilla y la verdad, en el fondo de su corazón no deseaba que algo así sucediera pues ese sentimiento no lo merecía.

—Llevaré dos —indicó Emilia, al ver que su hijo no protestaba, cuando se mostraba así le

resultaba tan arrogante, quiso sacudirlo.

—¿Piensa regalarle uno a alguien más? —preguntó, sin poder evitarlo picó el anzuelo que su madre le lanzó.

—Sí, te regalaré uno a ti, quizás encuentres algo interesante…

—Ya lo tengo. —Nuevamente había picado.

«¡Demonios, caíste de nuevo imbécil!»

Exclamó en pensamientos al ver la sonrisa de su progenitora, solo dos personas en el mundo lograban hacer que se expusiese con tanta facilidad, y ambas estaban en esa tienda, una en cuerpo presente y la otra en una fotografía.

—¿En verdad? —inquirió, pero esa vez no recibió respuesta, así que continuó—. ¿No me digas que lo has leído? Por favor dime de qué trata —Le pidió rogando a que él se abriera de nuevo.

—Si lo hago le quitaré todo interés para usted, solo le diré que no es su género y que… se le da mejor la trama policial —respondió en un tono impersonal.

Se sintió muy mal por haber mentido, no tanto por su madre sino por haber menospreciado el trabajo de ella, sabía que la novela era excelente desde todo punto de vista. No pudo evitarlo, temía exponerse una vez más y seguir inspirando lástima.

—No importa, me arriesgaré desde hace mucho deseaba leerla y lo sabes —mencionó cuando notó el cambio en su hijo.

Caminó con él hasta el mostrador para pagar el libro solo llevaría uno, confiaba en la palabra de Alessandro y también en aquello que no podía ocultar, aunque intentase.

En cuánto Ivette vio el título que la señora Bonanzierri llevaría se emocionó y no pudo evitar hablar del mismo.

—Señora… perdón, Emilia, este libro es maravilloso, apenas nos llegó hace veinte días, pero en Norteamérica ya es *Best-seller*, también en Inglaterra, lo habían solicitado muchísimo y mis abuelos se mostraban renuentes a pedirlo por toda la publicidad que se ha desatado en torno a él, pero cuando yo compré uno y les leí algunos pasajes se animaron a pedirlo, además que el protagonista, Franco, es romano y la historia se desarrolla en Toscana —decía animada.

—¿Hablas en serio? Yo lo estoy llevando más por la autora, es más deseaba saber si tenías otros de ella, me interesaría tenerlos —dijo con una amplia sonrisa y la mirada brillante.

—Por supuesto, a mi abuelo le gusta mucho y dice que su lenguaje es ligero, pero tiene un estilo que logra atrapar al lector, a mí particularmente me fascina, ojalá tuviera la oportunidad de conocer a la autora en persona —explicó y al ver que tenía toda la atención de la señora sonrió sintiéndose en confianza.

—Ivette, yo deseo exactamente lo mismo, no te imaginas los deseos que tengo de conocer a Samantha Steinberg en persona.

Alessandro sintió que su corazón latía pesadamente a causa de la nostalgia que lo embargó en ese momento; lo que su madre deseaba había estado tan cerca de suceder y aún seguía lamentando que no se diera, pues seguramente ellos sí le hubieran abierto los ojos y ayudado a evitar uno de los errores que más le pesaba en la vida.

—Bueno, quizás usted tenga más suerte y pueda viajar a América a conocerla, o su hijo coincida con ella en alguna entrevista y pueda acordar un encuentro entre ambas.

El comentario de Ivette hizo que su sonrisa se hiciera más amplia, pero pudo ver de reojo que su hijo se había paralizado.

—Ella se nota muy sencilla, he visto un par de entrevistas y se ve que le apasiona lo que hace, conoces cada una de sus historias a detalle —contestó con una sonrisa y buscó las llaves del

depósito—. Permíteme buscar los que tenemos ahora mismo de ella —agregó para salir por el pasillo que llevaba a la parte trasera de la tienda.

Él con disimulo escuchó las palabras de la joven tras el mostrador y no podía más que estar de acuerdo con ella, sabía perfectamente cuanto le apasionaba a Samantha lo que hacía, conocía cada una de sus historias y disfrutaba mucho hablar de ellas.

En ese aspecto ambos eran muy parecidos, pues se les daba mejor hablar de sus trabajos que de sus vidas, sin poder evitarlo una sonrisa afloró en sus labios y los recuerdos lo llenaron de calidez, escuchó los pasos de su madre que se acercaba y endureció su semblante de nuevo.

Emilia se volvió para mirar a su hijo quien se había apartado unos cuantos metros ¡Cobarde! Pensó mientras sonreía, pero estaba muy equivocado si creía que lo dejaría escapar, con pasos lentos se acercó hasta él, quien fingía ver unos hermosos ejemplares con cubiertas de piel del *Cuarteto de Alejandría*, de *Lawrence Durrell*.

—Así que el protagonista es romano y la historia se lleva a cabo en la Toscana… interesante, ¿no te parece? Pero lo más curioso es que ella haya usado tu segundo nombre para nombrar a su protagonista —esbozó con una mirada y una sonrisa traviesa.

—En lo absoluto, y la verdad me da igual, madre, si va a demorar más en este lugar será mejor que yo la espere en el café, tengo unas llamadas que hacer —contestó con gesto adusto.

—Solo serán un par de minutos, ya tengo lo que he venido a buscar, además, no dejarás a tu pobre madre cruzar la calle con semejante clima, podría ser atropellada por un auto o resbalar —dijo mirándolo a los ojos, mientras le acariciaba el brazo, pudo sentir lo tenso que estaba y se conmovió, Alessandro seguía siendo su niño.

Él no pudo evitar sonreír al ver la facilidad con la cual su madre lo manipulaba, la adoraba y eso era fácil de ver para todo el mundo. Era una mujer extraordinaria, enamorada de su esposo, su familia y la vida, todo el tiempo con una sonrisa en los labios, con palabras de aliento y una mano dispuesta a ayudar a quien la necesitase.

Pero también con el carácter para enfocar a quien lo necesitase, para poner en el camino a aquel que se había descarrilado, como fue su caso tiempo atrás, solo en esa ocasión vio a su madre sufrir, y saber que todo había sido su culpa aún seguía haciéndolo sentir miserable y en deuda con ella.

Desde que eran un chiquillo y comenzó a descubrir lo que era el amor, se imaginaba encontrando a una mujer como ella para compartir su vida, pero el tiempo había pasado y él no la había conseguido.

Solo una estuvo cerca, solo Samantha había despertado en él una admiración parecida a la que sentía por su madre, pero la vida le demostró que su destino no era estar juntos y al final todo terminó derrumbándose como la ilusión que era.

Ahora solo se conformaba, ya no creía en ese amor del cual su padre hablaba, consiente que como su madre no existía otra mujer en el mundo.

—Emilia, perdone la tardanza, quise traerle los ejemplares que estaban en el depósito, están exactamente como el día que los trajeron, los que están en los estantes ya han recibido algunas capas de polvo, aunque los limpiamos todos los días es inevitable…—dijo Ivette entrando al lugar.

Traía nueve libros en sus manos y una gran sonrisa en sus labios, los puso todos sobre el mostrador, extendiéndolos para la dama. Alessandro no pudo evitar que su mirada se posara sobre los ejemplares, reconoció de inmediato todas las portadas, pues él ya los había leído, algunos durante su estadía en Toscana la cual compartió junto a la autora y otros después que se separaron.

La voz de la chica lo trajo de nuevo al presente y se alejó para no darle más motivos a su madre a que lo sometiera a un interrogatorio posteriormente.

—Tenía un año sin publicar, pero ha tenido una carrera productiva, ya lleva diez títulos con este, se los recomiendo todos, aunque de sus personajes masculinos Franco es el mejor, es tan hermoso, con carácter y al mismo tiempo tan vulnerable, es en verdad fascinante… tiene muchas mujeres suspirando por él, es un personaje encantador estoy segura de que a usted también le gustará.

—Estoy segura de que sí, muchas gracias querida, por favor cóbralos todos que me los llevo… ¿Alessandro te interesaría alguno para ti? —preguntó mirándolo a los ojos.

—No madre, gracias… o pensándolo bien. Sí, me llevaré éstos —contestó poniendo sobre el mostrador los cuatro ejemplares en cubiertas de cuero de Lawrence Durrell, mientras le sonreía al ver la decepción de ella, parecía una niña—. Por favor, Ivette, cárgalos todos a mi cuenta. —Le pidió extendiéndole su tarjeta de crédito.

Emilia lo miró con reproche por haber jugado de esa manera con sus emociones, aunque después comprendió que su hijo estaba en todo su derecho de olvidar su pasado, más si sentía que ése le hacía daño y ella estaría allí para apoyarlo como siempre había hecho.

—Por supuesto señor Bonanzierri —susurró emocionada.

Tuvo que controlar el suspiro que revoloteaba en su pecho cuando él le entregó la sonrisa más hermosa que hubiera visto en su vida y esa mirada que le dedicó fue como si pudiera ver dentro de ella. Definitivamente no había un hombre más apuesto en toda Italia que Alessandro Bonanzierri y justo en ese momento no existía una joven más afortunada que ella en todo el mundo.

Guardó los libros de la señora Emilia en una bolsa con cuidado y los de él en otra, luego se los entregó con una sonrisa igual de efusiva para ambos y un gesto del joven le recordó al famoso Franco, cosa que no sería tan descabellada pues la autora lo describía idéntico físicamente a Alessandro Bonanzierri.

Él le ayudó con las bolsas a su madre mientras caminaba tomado del brazo con ella, el clima no era el más idóneo para ocupar una de las mesas de afuera, así que decidieron pasar al interior del local.

Ella sintiéndose emocionada, tomó asiento frente a él y extrajo de la bolsa los libros de la americana, los puso amontonados sobre la mesa y los observaba como si fueran sus presentes de navidad.

—¿Cuál fue la primera historia que leíste de ella? —preguntó, llena de curiosidad buscando los ojos de su hijo.

—¿Cómo sabe que las he leído? —cuestionó con un tono de voz impersonal, deseando restarle importancia al asunto.

—¡Por favor, Aless! No me creas tonta que no lo soy, es más puedo jurar que las has leído todas e incluso que lo has hecho más de una vez… Ahora no te hagas el indiferente, no con tu madre, quien te conoce mejor que nadie y responde. —Le exigió, mirándolo a los ojos.

—Ronda Mortal… pero esa, usted no la leerá —respondió, y lo alejó de ella de inmediato.

—¿Por qué? —inquirió desconcertada, intentó recuperarlo.

—Porque es un libro… es un libro con mucho contenido sexual, la carga de erotismo es muy alta, es una buena historia, pero gira en torno a la lucha de poderes de los protagonistas, y ellos usan sus cuerpos como armas, para lograr que uno ceda ante el otro —explicó desviando su mirada de la de su madre y mantuvo el libro de su lado.

—Alessandro Bonanzierri… ¿Acaso recuerdas con quién estás hablando y la edad que tengo?

—cuestionó una vez más.

—Usted es mi madre y sé perfectamente su edad, pero no lo leerá y si no los recoge ahora mismo de la mesa, puedo terminar quitándole la mitad de ellos. —La amenazó elevando una ceja, de la misma manera en la cual lo hacía su padre, cuando intentaba intimidarla.

—¡Te pareces a tu abuelo! Qué hombres tan retrógrados tengo en mi familia, definitivamente ese mal viene de herencia y es de mi parte, tu padre jamás me prohibiría leer algo así, no tiene problema con que lea erotismo… —decía molesta cuando él la interrumpió.

—Prefiero que no entre en detalles con respecto a eso, mejor ordenemos, tengo una cita para una entrevista con un diario dentro de dos horas, y usted debe regresar al trabajo —indicó tomando la carta que se hallaba sobre la mesa.

—Deberías anotar en tu agenda un tiempo para vivir de vez en cuando, últimamente no haces más que trabajar y eso me preocupa mucho, deberías tomarte unas vacaciones, igual la serie ya está por terminar… que te parece si nos vamos al Caribe, con este clima es lo que más se me antoja por el momento.

—Lo pensaré, quizás es lo que esté necesitando también… puede ser algún país de Centroamérica o del Sur —contestó de manera casual.

El nombre de una ciudad no quedaba precisamente en esos lugares, resonó en sus pensamientos, pero lo rechazó y se enfocó en lo que pediría.

Alessandro era como un cristal para su madre, no necesitaba ser adivina para saber lo que pasaba por la cabeza de su hijo en ese momento. Siempre que ella proponía unas vacaciones él era el primero en sugerir alguna ciudad, y buscaba cualquiera que estuviera alejada de los Estados Unidos. Tenía cuatro años que no visitaba ese país, consciente tal vez de su debilidad y de que estando allá, no podría resistirse a la tentación de buscar a Samantha Steinberg.

Capítulo 7

Chicago, USA. Octubre 2012

Habían transcurrido tres meses desde que su último libro entrase en la lista de los más vendidos, después del primer anuncio, los demás había llegado en un torrente, la semana siguiente fue Inglaterra, después España, a esa le siguió Italia, se había sorprendido mucho con la última, pues ellos eran muy poco dados a comprar en masa algo que no fuese creado en su país.

No se trataba solo de los libros, era así en general, con la música, con el cine, el arte, la moda, valoraban muchísimo lo suyo y eso exaltaba su patriotismo, pero allí también llegó a ser número uno «**Rendición**» después de eso le había llegado el turno a Latinoamérica, desde México hasta Argentina, la obra había sido un éxito total.

Y de ese modo su vida calmada y anónima se había vuelto otra vez patas arriba, no pudo seguir negándose a dar entrevistas en radio y televisión, ya había tenido algunas en prensa, pero la gente deseaba verla y escucharla en vivo y directo.

Había viajado constantemente el último mes, asistiendo a compromisos en Nueva York, Los Ángeles, Atlanta, San Francisco, Nueva Orleans y muchas ciudades más, se sentía tan agotada cuando llegó a su casa, que apenas si tuvo tiempo de tomar el baño especial en la bañera que le había preparado Dylan y ponerse su bata de seda para dormir.

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente ya el sol se encontraba en lo alto, podía sentirlo aún a través de las gruesas persianas que cubría el ventanal de su habitación, se movió perezosamente en la enorme cama intentado dormir un poco más, pero su cuerpo parecía no necesitar más descanso, así que se levantó.

Su novio no estaba por ninguna parte, la verdad era que muy pocas veces se quedaba a dormir con ella, no quería ser sorprendido por alguno de sus familiares.

Samantha lo comprendía y, además, lo agradecía, ya que se sentiría realmente incómoda si algo así llegaba a suceder, aunque era una mujer de veintiséis años sentía cierto pudor y respeto para con ellos, pero regresando a la ausencia de Dylan, lo más probable es que se hubiera marchado en cuanto ella se quedó dormida, debió de verla tan cansada que seguro prefirió dejarla sola.

Tomó el control junto a la mesa de noche y pulsó el botón para correr las persianas.

La ciudad de Chicago le regalaba una mañana brillante y sumamente animada para estar en mitad del otoño, se acercó hasta el cristal para saludarla como acostumbraba, el frío comenzaba a acechar en cada rincón, pero el lago Michigan se mostraba hermoso, como un gran trozo de seda aguamarina que se movía de un lado a otro con suavidad.

El sol comenzó a llenarla de calidez, hoy sería protagonista, no dejaría que la lluvia lo desplazara como días anteriores, eso hizo que una sonrisa aflorara en sus labios, cerró los ojos manteniéndose allí por unos minutos, le encantaba esa sensación de paz. Después de eso corrió al baño, debía prepararse para comenzar el día.

—Buenos días, Samantha, ¿dormiste bien? —La saludó con una sonrisa Rose, una de las mujeres que trabaja para ella.

Traía el cabello negro azabache pulcramente recogido como siempre, dejando al descubierto su rostro en forma de corazón, donde resaltaba esos impresionantes ojos azules que parecían

tener el poder para ver a través de las personas; mientras sus labios finos esbozaban una sonrisa amable.

Puso encima de la barra de pizarra negra pulida el desayuno de Samantha y la invitó a tomar asiento con un movimiento de su mano.

—Buenos días, Rose, sí gracias… creo que dormí unas doce horas, no recuerdo ni siquiera el momento en el cual vi el reloj por última vez anoche, solo desperté en la madrugada, pero volví a caer rendida hasta esta mañana —contestó tomando la taza con frutas picadas para comenzar, siempre se había caracterizado por desayunar de manera abundante, pues por lo general no cenaba.

—El señor Dylan nos pidió que te dejáramos descansar antes de irse anoche, se le notaba tan feliz, creo que es por tenerte de regreso —mencionó la mujer con una gran sonrisa.

—Yo también lo estoy, me encanta viajar, pero cuándo es por placer, esto de ir de una entrevista a otra y otra es demasiado agotador, los únicos momentos realmente divertidos era cuándo nos dirigíamos a las firmas de libros. Reencontrarme con todas esas personas que me han apoyado desde el principio, escuchar sus impresiones, ver cómo se emocionaban recordándolo, algunas me preguntaron por Dylan, él no se lo podía creer cuando le dije —comentó con una sonrisa y siguió desayunando.

—Es un gran hombre, nos llamaba cada dos días para comprobar que todo estuviese bien por aquí y saber si necesitábamos algo. Toda la correspondencia que te llegó está en tu despacho, creo que tendrán mucho trabajo el día de hoy revisándola.

Mientras le ponía el plato con tostadas recién hechas al ver que estaba por terminar con la ensalada de frutas, junto a ése la mermelada de melocotón que era su favorita y la mantequilla de maní.

—Gracias, tendré que apurarme con el desayuno entonces para que el tiempo me rinda o antes que llegue Jaqueline dando de gritos desesperada por verlo todo —dijo con una sonrisa, tomó una tostada y cubrió la mitad de mermelada y la otra de mantequilla.

—Nada de eso, toma tu desayuno como corresponde, seguramente apenas comías por estar trabajando en estos viajes, te ves más delgada, si es necesario yo me encargaré de no dejar que tu asistente cruce esa puerta hasta que hayas terminado todo —sentenció con firmeza y depositó ante ella una deliciosa tortilla de huevos y jamón, para después rellenar su vaso de zumo de naranja.

—Gracias Rose, por eso y por mucho más te adoro —expresó lanzándole un beso y se dispuso a continuar con su delicioso desayuno, mientras la mujer se encaminaba al salón sonriendo.

∞∞∞

Una hora después se encontraba junto a su asistente revisando los paquetes que le habían llegado y se habían acumulado. Vestía unos leggins hasta los tobillos de poliéster negro, una blusa de color ciruela, era holgada, muy cómoda y le llegaba a la mitad de los muslos, traía unas zapatillas estilo bailarinas.

Con el cabello recogido en una coleta en lo alto de la cabeza, sin mucha elaboración y apenas brillo de labio como maquillaje, esa era la ventaja de tener la oficina y su estudio dentro del mismo lugar, en el piso que había comprado hacía unos tres años en la torre *Trump* en el centro de Chicago.

Mientras Jaqueline había llegado de punta en blanco como siempre, con un conjunto de

diseñador y maquillada como si fuera a una entrevista televisiva. Su cabello dorado radiante como el sol, siempre se decía que una mujer debía estar preparada para cualquier evento inesperado, claro está, que cuando se refería a “evento inesperado” el verdadero significado era «un encuentro con algún caballero apuesto que pudiese invitarla a salir».

Después de un proceso de divorcio algo traumático y de tener que asumir que debería criar a su hija prácticamente sola, su forma de ver la vida cambio.

Comprendió que entregarse en cuerpo y alma a un hombre no le había servido de nada, que había perdido los mejores siete años de su vida entre las paredes de la jaula de oro donde su exmarido la mantuvo, mientras él se acostaba con la mitad de las mujeres de Los Ángeles, así que una vez soltera de nuevo decidió cambiar los papeles y comenzó a pensar como hombre: cero compromisos.

En otro tiempo Samantha había caído en esa misma rutina, no salía de su casa sin estar impecable, más como una modelo de pasarela que como una escritora, eso le había conseguido muchos admiradores masculinos, que ciertamente se interesaban más por su figura que por sus libros o por su persona.

Ella disfrutó mucho de ser halagada hasta que comprendió que cada palabra que recibía era efímera y que no expresaba un sentimiento verdadero. Casi podía decir que intercambió papeles con Jaqueline, aunque nunca llegó a irse a la cama con la mayoría de sus citas, como ahora hacía su agente.

Si llevó a más de uno a casi rogarle que tuvieran sexo. Confiarle su cuerpo a un hombre le resultó difícil y aún a esas alturas cuando ya había tenido cuatro amantes, solo uno de ellos había logrado que le entregara todo o casi todo.

Pero volviendo a Jaqueline que había dejado de ser la mujer sumisa para tener un despertar sexual ante el cual nunca dejaba de impresionarse. Lucir como lo hacía era parte de su naturaleza y después de diez años de amistad se había acostumbrado, pero aun así no dejaba de sorprenderla, era como si hubiera pasado los últimos días en un spa cinco estrellas y no de aeropuerto en aeropuerto.

La correspondencia era en su mayoría invitaciones a eventos de todo tipo, desde desfiles de moda hasta cenas benéficas, pasando por exposiciones de arte o lanzamientos de algún nuevo libro, junto al ejemplar claro está de otros escritores que trabajaban con su editorial o con distintas, eso no importaba.

Siendo la mujer del momento su asistencia a esos eventos sería publicitado hasta más no poder, eso era lo que deseaban muchas de las personas que enviaban las invitaciones.

Se hallaban discutiendo a cuál debía asistir y cuál no cuándo sonó el móvil de Jaqueline, la rubia lo miró y lo tomó de inmediato, aunque era un número que no conocía.

Samantha evaluaba su situación, aún si quisiera no podía ir a todos esos compromisos y además no tenía el ánimo para hacerlo, apenas había recuperado fuerzas, su mirada se perdía entre las tarjetas cuándo su amiga le hizo una seña pidiéndole que escuchase y puso el teléfono en alta voz.

—Buenos días, señora Hudson, le habla Gary Reynolds de *The Planet Studios*, nos hemos comunicado con el señor Tim Faulkner y este amablemente nos dio su número, cuando le solicitamos hablar con la representante de la señorita Samantha Steinberg —decía una voz de hombre, fuerte y nítida al otro lado de la línea.

Mientras Jaqueline hacía cientos de muecas y se mordía los nudillos para no gritar de emoción. Samantha aún no entendía de qué iba todo esto, conocía a la productora por supuesto, era una de las más grandes del país, pero no sabía por qué pedían hablar con ella.

—Buenos días, es un placer señor Reynolds. Se ha comunicado con ella, usted dirá. ¿En qué puedo serle de ayuda? —inquirió la rubia adoptando una postura profesional, pero su rostro estaba iluminado como el de una adolescente que ha sido nombrada reina del baile.

—El placer es todo mío señora Hudson, verá la estoy llamando porque mi casa productora está interesada en adquirir los derechos del último libro de la señorita Steinberg, llamado Rendición, para llevarlo al cine… —Hubo una pausa por parte del hombre, quizás a la espera de una respuesta inmediata.

Pero Jaqueline estaba dando saltos de alegría por todo el lugar, mientras se tapaba la boca con ambas manos y a veces simulaba gritos de efusividad sin emitir sonido, no le hacía falta que el hombre dijera nada más, el rumor ya venía corriendo con mucha fuerza, la mayoría de los fanáticos estaban creando grupos en las redes sociales para que el libro fuera adaptado al cine y aquí estaba la respuesta a todas sus plegarias, se acercó de nuevo a la mesa.

Samantha por su parte se había quedado congelada, mirando a la nada, su corazón había dado una voltereta y ahora latía de manera desbocaba, reaccionó cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, el cúmulo de emociones que la recorría era demasiado contradictoria.

Por una parte, una felicidad como no había sentido desde hacía mucho, y por otra una nostalgia que no la había abandonado desde hacía tres años cuando la imagen del hombre que deseaba olvidar llegó hasta ella sonriente y radiante, no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla, su amiga vio eso y se acercó a ella corriendo, dándole un beso en la mejilla sin dejar de sonreír.

—Señora Hudson… ¿Se encuentra allí? —preguntó la voz al otro lado de la línea, parecía algo preocupado.

—¡Sí! —exclamó con rapidez y después retomó su postura—. Sí, por supuesto, señor Reynolds, aquí estoy… perdone es que acabo de recibir un correo de la editorial, pero lo leeré después, me decía que estaba interesado en hablar con la señorita Steinberg para la adquisición de los derechos de su obra y hacer la adaptación al cine, ¿no es así? —preguntó para confirmar.

—Eso es correcto, señora, queríamos saber si la autora de la obra estaría interesada en vender los derechos, y si su respuesta es afirmativa, reunirnos para discutir los detalles del contrato, por supuesto no tendría que responder de manera inmediata, sabemos que es un asunto que debe pensarse, le enviaré un correo con todos mis datos, este es mi número de móvil personal, por favor discuta con su cliente nuestra petición, evalúenla y en cuanto haya tomado una decisión, le agradecería se comunicara conmigo o mi asistente para hacérmela saber —mencionó el hombre con tono amable y pausado.

—Hoy tengo planeado almorzar con la señorita Steinberg, para evaluar el resultado de su gira por varias ciudades y otras propuestas, entre las cuales incluiré la suya, muchas gracias por su interés, señor Reynolds, en cuánto tenga una respuesta se la estaré haciendo llegar, que tenga buen día —pronunció con un tono de voz tan casual que tenía a Samantha impresionada.

—Perfecto, nos mantendremos en contacto entonces señora Hudson, ha sido un placer, dele mis saludos a la señorita Steinberg, usted también tenga un buen día. —Finalizó la voz al otro lado.

El móvil quedó encendido unos segundos, hasta que Jaqueline presionó el botón de finalizar en la pantalla táctil, seguía conteniendo la respiración y sus ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas, primera vez en años que Samantha la veía quedarse sin palabras, abría la boca como queriendo decir algo y la cerraba nuevamente.

Al fin se puso de pie y caminó hasta el ventanal, después de un minuto y con la cabeza en su lugar aparentemente se volvió para mirar a Samantha, quien la observaba en silencio.

—¡Sami! ¡Oh, por Dios! ¡No puedo creerlo! ¡No puedo creerlo! —gritaba completamente eufórica, corrió hasta Samantha y la tomó de los hombros para hacerla reaccionar—. ¡Quieren hacer la película de Rendición! Ellos quieren… creo que estoy soñando, si eso debe ser, aún no he despertado y todo esto es un sueño… —decía caminando de un lugar a otro.

—No es un sueño… te acaba de llamar Gary Reynolds de The Planet Studios, interesado en adquirir los derechos de Rendición… para llevarla al cine.

Su teléfono celular vibró en ese momento indicándole que acababa de entrar un correo de parte de la editorial en Nueva York, seguramente estaban desesperados por confirmar la noticia o saber cuál sería la respuesta que darían. Ella lo tomó con rapidez y lo leyó, efectivamente le preguntaba por su conversación con el señor Reynolds, dejando entre ver que sospechaban que se trataba de su interés para adaptar la obra a un guion cinematográfico.

—Jackie… creo que voy a vomitar… o quizás me desmaye —susurró palideciendo y temblando.

—¡No, no, no! Respira… despacio, respira —dijo tomándola por la cintura para sostenerla—. Ven será mejor que te recuestes en la otomana, sí, así está mucho mejor… ¿Cuántas veces te he dicho que debes tomar desayunos ligeros? —inquirió con reproche.

—No ha sido el desayuno —respondió Samantha en un murmullo, cerró los ojos para ordenar su cabeza.

—Lo sé, lo sé… lo siento, soy una estúpida, es que aún no puedo concentrarme, esto ha rebasado todas mis expectativas, pensaba que no volveríamos a tener algo así, después de aquella vez en la cual nos compraron los derechos de ***«Víctima o Victimario»*** para la serie de televisión, y que aunque fue un éxito la quemamos para ser llevada al cine, suponía que no ocurría una vez más, pero… ha sucedido y no sé… cómo reaccionar —decía dejando en evidencia sus nervios mientras la abanicaba con una revista.

—Lo has hecho de maravilla dejando al pobre señor Reynolds con los nervios destrozados hasta que reciba una respuesta —expresó sonriéndole, después dejó libre un suspiro y clavó su mirada en los ojos verdes de Jaqueline, buscando una respuesta en ellos antes de formular la pregunta que la tenía temblando—. ¿Qué haremos?

—Sam… ha hablado de una película, The Planet es una de las casas productoras más grandes del país, cuenta con el presupuesto para llevar Rendición al cine como se merece, sin cohibirse en buscar a los mejores actores, guionistas, fotógrafos, diseñadores… incluso directores de gran renombre, entiendo que quizás te sientas un poco dudosa por lo que ocurrió con el proyecto anterior, aunque nada de eso fue tu culpa, salió bien, bueno no cómo esperábamos, pero el público se sintió complacido. Esta vez todo será distinto, la primera petición será que tú estés presente en cada detalle del proyecto, desde la audición hasta las grabaciones, serás parte del equipo de guionistas, opinarás en todo y tendrán que escucharte. —Le aseguró mirándola a los ojos.

—¿Aceptamos entonces?

—¿Quieres hacerlo? —La respuesta fue otra pregunta.

La más importante de todas.

Samantha sentía su corazón latir con tanta fuerza, como si este les pidiese a gritos aceptar, arriesgarse.

En su cabeza el recuerdo de una velada perfecta años atrás la asaltó, las palabras de Alessandro cuando le decía que algún día ese momento llegaría, que ella vería su obra inmortalizada en la pantalla grande resonaban en sus oídos con una nitidez asombrosa, como si él se encontrara allí junto a ella.

Samantha tembló y un par de lágrimas rodaron por sus mejillas, la nostalgia y la emoción le oprimían el pecho, la liberó y aceptó lanzarse en esa aventura, quería dejarle saber a él que había cumplido su promesa de seguir a su corazón.

Asintió mientras sonreía recordándolo.

Capítulo 8

Roma, Italia – febrero 2013

Sus ojos estaban empañados por las lágrimas y su nariz enrojecida por todas las veces que la había estrujado con el delicado pañuelo de seda en su mano, respiró profundamente para calmarse y así lograr leer cada palabra con claridad y que las letras no se le confundieran. Aunque había vivido muchas emociones a lo largo de la obra, al llegar a ese punto no pudo evitar que las mismas la desbordasen, su corazón latía pesadamente y si bien lo intentó no logró dejar de llorar, sentía tanto dolor dentro del pecho.

—¡Mujer! ¿Por qué estás llorando de esa manera? —preguntó su esposo alarmado al ver el estado en el cual se encontraba.

—Es que… es tan triste Flavio… —respondió y rompió a llorar de nuevo llevándose el libro al pecho.

—¿Qué es triste? —La interrogó de nuevo acostándose a su lado en la gran cama que habían compartido como marido y mujer, durante treinta y cinco años.

—La historia, es muy hermosa, pero… no puedo entenderlo, cómo dejaron que algo así sucediese, de verdad fueron un par de tontos… si no fuese por la hora saldría de esta cama e iría directo a darle un par de nalgadas a ese muchachito a ver si reacciona de una vez por todas —expresó sin ser consciente de sus palabras, ni de la ignorancia de su marido con respecto al tema del cual hablaba.

—Emilia no entiendo absolutamente nada de lo que me hablas, eres consciente que esto que tienes en las manos es un libro y la historia en él es ficticia ¿verdad? —inquirió mirándola.

Ella se sintió un poco apenada y asintió en silencio, esquivando la mirada de su esposo y respiró profundamente para calmarse. Si supiera que la historia allí plasmada era bastante real y que además estaba tan cercana a ellos, para ser más precisa, era la historia de su querido Alessandro, esa de la cual nada más ella tenía conocimiento.

—No pude evitar emocionarme, siento haberte alarmado. —Se excusó regalándole una sonrisa tímida.

—No tienes que disculparte, tampoco me provocaste un ataque al corazón —mencionó con una sonrisa mientras le rodeaba los hombros con el brazo y la pegaba a su cuerpo—. ¿Es la misma autora que has estado leyendo todas estas noches? —inquirió observando la portada del libro en manos de su mujer.

Había notado que ella llevaba casi dos meses leyendo varios libros de la misma autora norteamericana; incluso él se había animado a tomar dos prestados y leerlos en sus ratos libres en la oficina, le gustaba el estilo de la escritora, pero no comprendía que pudo haber encontrado Emilia en ése para llorar de esa manera.

—Sí, es la misma. La verdad es que este era el primero que deseaba leer, él que despertaba mayor interés en mí, pero ya sabes que no puedo luchar contra esta tonta manía de irme siempre a las primeras obras para ver la evolución del escritor a través de los años… **Rendición** es el último, lo sacó a principios del año pasado y es sencillamente hermoso, totalmente alejado de los primeros… —decía cuando su marido la interrumpió.

—¿No es de misterio? —preguntó un poco extrañado.

—No, es de romance… uno muy hermoso y no te diré más porque vas a leerlo también —indicó con la mirada brillante.

—Emilia, pero sabes que a mí no me gustan ese tipo de novelas… me he animado con los otros dos porque son como un rompecabezas y me mantiene atento a cada detalle. Como abogado esos libros me atraen y la manera como los expone, pues logran que desee resolver el misterio y hasta puedo apostar que dentro de su familia alguien estudio Derecho o está muy relacionado con este mundo —mencionó tomando el que tenía junto a su mesa de noche.

—**Ronda Mortal** es muy bueno, aún recuerdo que tu hijo no deseaba que lo leyera porque, según él, era muy erótico —expuso divertida al ver la sorpresa en el rostro de su marido.

—¿Aless o Lisandro? —inquirió un poco desconcertado.

Era verdad que el libro estaba plagado de escenas sexuales bastante explícitas y crudas, pero él sentía que cada una llevaba coherencia con la historia, el arma más letal de la protagonista femenina era su cuerpo y uno de los personajes masculinos, asumía que la suya también lo era, la autora había planteado una lucha de poderes basándose en el sexo. Pero eso no era lo único que poseía la historia, detrás de eso había una trama muy interesante y bien estructurada.

—¡Alessandro! ¿Lo puedes creer? Tan liberal que fue siempre, con tanta confianza que le hemos dado y mira que nos hemos hecho de la vista gorda con el estilo de vida que muchas veces ha llevado… intentando darme sermones a mí, ese hijo tuyo es todo un caso. —Miró divertida a los ojos de su esposo.

—Pues eso viene de tu familia, recuerdo que tu padre apenas si nos dejaba estar solos cinco minutos, cuando no estaba presente él enviaba a una de las muchachas del servicio a que fuera chaperona, eso en nuestra época era absurdo. —El recuerdo lo hizo fruncir el ceño.

—Yo le dije lo mismo, que me recordaba a mi padre… pero bueno igual terminé recuperando mis libros y concuerdo contigo, que tiene una trama excelente. Me encantó como se ocurrió todo al final, no te diré nada más para no quitarle la emoción, pero este también deberás leerlo y después hablaremos sobre la historia y sus personajes, te aseguro que también terminarás llevándote una gran sorpresa —dijo con una sonrisa enigmática.

—Bueno, lo haré para complacerte, solo espero no terminar hecho un mar de lágrimas como estabas hace momentos —esbozó sonriendo y con la mirada brillando llena de diversión.

Ella lo miró con reproche y le sacó la lengua como si fuese una niña y no la mujer de cincuenta y cinco años que era, su esposo dejó libre una carcajada que recibió como respuesta un golpe en su pierna derecha, apenas si se quejó.

Tomó a Emilia por los brazos y la hizo que se sentara sobre él, la mujer luchaba, pero él sabía cómo domarla, no en vano tenían tantos años felizmente casados, acunó la cara entre sus manos y dejó caer una lluvia de besos sobre el rostro de su mujer, dedicándole especial interés a sus hermosos ojos grises, para después tomar sus labios con suavidad, logrando con eso que olvidara su comentario y se rindiera a él.

∞∞∞∞

Los rayos del sol bañaban la terraza en toda su extensión, el cielo estaba complemente despejado, sus nubes eran de un blanco inmaculado pronosticando un día con excelente clima, el invierno casi había abandonado la ciudad, aunque apenas estaban a finales de mes. La suave brisa que recorría a momentos el lugar seguía siendo fría, pero no al grado de incomodar.

Alessandro llevaba una cazadora *Pull and Bear* en tonos tierra que lo protegía del aire fresco,

se encontraba tendido sobre el diván blanco marfil al otro extremo del lugar, justo al lado de la puerta de madera con paneles de cristal que llevaba al interior de su departamento.

Había enviado a crear ese ambiente intentando emular la terraza de la casa que ocupó en Toscana, se decía muchas veces que debía cambiarla, remodelar todo.

Pero no terminaba de reunir el valor para hacerlo, no solo por los recuerdos que le traía, sino porque realmente le gustaba.

La sombra de las enredaderas, junto a una especie de techo de varias vigas de madera, creaban un entretejido que evitaba que los tenues rayos del sol le diesen de lleno en el rostro, apenas delgados se colaban entre estas y creaban un hermoso espectáculo de luz sobre su figura; se encontraba ausente de todo a su alrededor mientras leía una antología de poesía mundial.

«Como para acercarla, mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.
La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz busca el viento para tocar su oído.
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro, sus ojos infinitos.
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y tan largo el olvido…»

A cada palabra que leía sentía como si le estuviesen restregando sal a una vieja herida, una que se negaba a cerrar y que estaba sangrando a borbotones; sus ojos se llenaron de lágrimas respiró profundamente y apretó la mandíbula con fuerza para darles la pelea, se había prometido que no volvería a llorar por ella y lo cumpliría, ya estaba bien de andar por allí dando lástima.

Después de aquella entrevista muchas personas se acercaron a él llevadas por la curiosidad de descubrir quien logró una hazaña tal como romperle el corazón.

Muchas mujeres lo miraban con diversión y otras se ofrecían a consolarlo, había hecho el ridículo justo como le había dicho Romina, mostrándole a todo el mundo aquello que tanto se había empeñado en ocultar, una guerra de años, perdida en la batalla de una noche.

Mientras ella seguía con su vida al otro lado del océano, cosechando éxitos, despertando la admiración y el amor de otros, ella subía como la espuma, imparable, hermosa…

«¡Dios, estaba tan hermosa en esa entrevista!»

Recordó cuando la vio la semana pasada en la sección de arte y espectáculos del noticiero. Al menos esperaba que ese libro fuese un recordatorio de su existencia, para bien o para mal, no importa; quería que ella lo tuviera presente, así como él la tenía a ella, como un molesto fantasma que se empeñaba en aferrarse a su vida.

Miró de nuevo el libro entre sus manos y lo cerró lleno de frustración, lo puso a un lado

«¡Maldito poema! ¿Por qué tenías que ser tan acertado Neruda? Seguramente pasaste por lo mismo y tuviste la fortuna o desdicha de plasmarlo con asombrosa exactitud, ojalá y te hayas sentido como me siento yo en este preciso momento… un estúpido miserable y además masoquista.»

El sonido del timbre retumbó en el interior del apartamento y se extendió hacia la terraza, Alessandro dejó libre un suspiro pesado, se frotó la cara con ambas manos para liberarse de esa sensación de pérdida que lo embargaba, se levantó con lentitud mientras escuchaba que el timbre sonaba una vez más y se dirigió hasta esta.

—Buenos días, que sorpresa verla aquí madre —mencionó desconcertado mirándola y la invitó a pasar

—Mi pequeño, ¿cómo estás? —Llevó una mano hasta la mejilla de su hijo para acariciarla y luego caminó con él hacia la terraza.

—Bien madre, como siempre, pero… ¿Sucede algo? La noto distinta, triste… ¿Acaso le ocurrió algo a mi padre, a Lisandro o a Paula? —De repente se sintió angustiado.

—No, no mi vida, todos ellos están bien… pero no sé si tú lo estés, Aless yo sé que no te gusta hablar de esto; sin embargo, yo quisiera…—intentó, pero no la dejó continuar.

—Madre, por favor si viene con lo mismo… —Dejó libre un suspiro y cerró los ojos un instante.

Después los abrió fijándolos en ella, el azul se notaba más oscuro que de costumbre y Emilia sabía perfectamente lo que eso significaba, ella no quería incomodarlo, solo quería ayudarlo, que confiara, que se desahogara, después de todo era su madre.

—Por favor, yo sé cuán difícil es para ti, pero te aseguro que…—habló una vez más.

—No madre, no lo sabes… ¡Maldita sea, nadie lo sabe! —susurró frustrado y furioso con todo eso, liberó otro suspiro—. Perdone por favor, no debo hablar así delante de usted, es solo que ya estoy cansado, no puedo entenderlo… no puedo entender cómo es que algo que pasó hace tantos años aún siga afectándome de esta manera, cómo pude exponerme así delante de todo el mundo y volverme el hazmerreír de toda Roma…—decía cuando ella lo detuvo tomando el rostro de su hijo entre las manos.

—¡No! Alessandro Bonanzierri te prohíbo que hables así ¿me has escuchado? Te lo prohíbo, tú no eres el payaso de nadie; por el contrario, eres un joven maravilloso, lleno de talento, hermoso, fuerte, inteligente, encantador… —enumeraba con la voz cargada de emoción mientras se ahogaba en esos hermosos ojos azules que su hijo poseía, esos que justo en ese instante tenían el color del zafiro.

—Usted piensa eso porque es mi madre, pero debe admitir que he hecho el ridículo al hablar de aquello, que me mostré tan patético, le he dado ciento de veces vueltas en mi cabeza. ¿Por qué lo hice? ¿Para qué lo hice? Dígame… ¿Qué ganaba yo con hablar de eso en estos momentos? —se reprochaba alejándose del toque de su madre, no quería ver la misma lástima que muchos le dedicaban en la mirada de la mujer que le había dado el ser, no en la de ella.

—Quizás necesitabas hacerlo, era el momento de liberarte Aless, tu corazón ya no podía con más silencio, si te consuela de algún modo yo creo que… que ella también lo hizo, este libro es muestra de ello —dijo sacando de su bolso la novela.

—Bueno me alegra que además de eso también le esté dejando buenos dividendos, es todo un éxito y a decir verdad ella lo merece, yo solo quiero que me deje en paz de una vez por todas, que esto que llevo dentro del pecho termine… que todo termine, y dejar de sentirme tan estúpido. ¿A cuántos hombres conoce que una mujer los haya marcado de esta manera? Dígamelo por favor porque yo no he visto a uno solo… bueno solo el pobre de Neruda que al parecer le sucedió lo mismo, a veces me pregunto si esto ha sido un castigo por haber sido tan arrogante tiempo atrás, si es algún tipo de condena ¡Demonios! Ya no sé ni lo que digo —exclamó frustrado.

—No es un castigo, Aless, es un regalo, te preguntas cuántos hombres he conocido que hayan pasado por esto… para serte sincera, muy pocos, pero esos pocos han sido hombres maravillosos, llenos de virtudes. —Se detuvo al ver que él negaba con la cabeza—. No lo digo porque seas mi hijo, es la verdad mi vida y no soy la única que piensa de esa manera… ella también lo hace, ella cree que eres extraordinario y ha logrado que muchas mujeres lo vean de

esa manera, este personaje no tiene nada de ficticio, tú estás en cada detalle, incluso cuándo te portas como un imbécil, allí están los defectos que tenías, los pocos que aún conservas, pero también está lo mejor de ti, tu entrega absoluta, la intensidad de tus sentimientos, todo está allí Aless.

Él escuchaba atentamente cada palabra de su madre, también lo había notado, incluso había sonreído tantas veces al ver que ella plasmara todos esos detalles que tantas veces la exasperaron, esa era su historia, eran ellos… pero ya no eran los mismos, el tiempo se había encargado de borrarlo todo, menos ese amor que seguía sintiendo, que él guardaba dentro del pecho.

Emilia sabía que su hijo la escuchaba, había llegado hasta ese lugar con una misión y esa era ayudar a Alessandro a desahogarse, comprendía que las cosas no habían sido fáciles para él.

La prensa lo atosigó durante semanas para que dijera más sobre ese amor del pasado, querían hacer de su vida personal la comidilla de Roma y eso lo había lastimado.

Ella lo sabía, por eso quería ayudarlo, pero no podía solo llevarlo a su consultorio y escucharlo como a sus demás pacientes, Alessandro era su hijo y ella no podía ser una psicóloga con él, quería ser su madre y que confiara en ella como tiempo atrás lo hizo.

—Ella no omitió nada porque deseaba que te conocieran tal y como eres, lo malo, lo bueno… con eso y todo has logrado enamorar a tantas mujeres, tantas desearían estar junto a ti, ser las afortunadas poseedoras de ese amor que llevas dentro del pecho, ese mismo del cual ahora te avergüenzas —dijo mirándolo con amor, no con lástima como seguramente él pensaba que lo hacía.

—Muchas mujeres, pero no ella, esa novela es ficción, en el mundo real cuando uno se enamora de esta manera se convierte en un ser débil, dependiente, un títere y yo no he nacido para ello, así que deseo que esto termine y le aseguro que voy a encontrar la manera, aunque se me vaya media vida en ello lo conseguiré —sentenció mirándola a los ojos.

—Yo amo a tu padre y él me ama a mí, hemos sido felices por treinta y siete años, el amor no ha destruido nuestras vidas; por el contrario, les ha dado un sentido que nada más le habría dado, somos fuertes, invencibles cuándo estamos juntos… poderosos, el amor te hace sentir único, especial y con la convicción para superar lo que sea, eso les hizo falta a ambos, la culpas a ella. ¿Pero qué hay de ti? ¿Qué hiciste tú para evitar que ella se marchara? ¿Qué hiciste Alessandro?

Le preguntó y su voz mostraba claramente el reproche que le hacía, al ver que él seguía en silencio dejó libre un suspiro.

—Esa es la respuesta, solo te quedaste callado, inmóvil, ella te había dado tanto y cuando te pidió solo un poco, tú hiciste como si nada hubiera existido, te cerraste por esa maldita manía de hacerte el fuerte, por no depender de nadie… ella se fue es verdad, te dejó. ¿Qué esperabas Alessandro? Ponte en su lugar un instante y piensa en lo que ella debió sentir.

—Ella tampoco me dio seguridad, lo de nosotros era solo… no sé cómo llegamos a eso, yo quería que funcionara, estábamos bien, pero cuándo lo hablamos todo cambió, me dijo que se iba y quiso cambiarlo todo, quería que continuáramos a su manera… y yo no supe manejarlo, comencé a ver amenazas donde no las había, sé que fallé, pero no puede culparme de todo. —Se detuvo incapaz de controlar el torbellino que llevaba en el pecho.

—No lo hago, mi pequeño no lo estoy haciendo, solo quiero que veas dónde te equivocaste y logres al fin superarlo si es lo que deseas, créeme si la tuviera a ella en frente le reclamaría con la misma fuerza sus acciones, no puedo entender cómo se dejaron separar por el silencio de esa manera, se llevaban tan bien en otros aspectos, eran tan amigos y de pronto fue como si se volviesen dos extraños, dejaron que las dudas los consumieran, debieron ser sinceros, allí fallaron desastrosamente y creo que ella lo sabe, por eso cambió el final de su historia para el

libro, sabe que de haberlo hecho tal cual sucedió la decepción de los lectores hubiera sido inmensa porque permitieron que un amor tan hermoso como el que tenían se fuera por un barranco por el simple hecho de no poder domar a sus orgullos —mencionó con la voz ronca y lágrimas a punto de derramarse mientras acariciaba el hermoso cabello castaño de su hijo.

—Ella logró superarlo, lo sé… el hecho que haya publicado ese libro es muestra de ello, además que se le ve tan feliz, tan tranquila y yo sigo atado a su recuerdo, lo he intentado por tres años, y no he conseguido liberarme y ahora viene ella de nuevo con todo su éxito, con su belleza, sus miradas, sus sonrisas… viene a removerlo todo, demostrándome que fue real, que no fue solo un sueño que tuve. La hubiera olvidado madre, estoy seguro, lo hubiera logrado. —Las lágrimas ya descendían por sus mejillas, pesadas y cálidas.

—Puede ser, aunque yo tengo la ligera impresión que ella es una de esas personas que no consigues olvidar, has tenido tantas novias Alessandro y estoy segura de que no recuerdas el nombre de por lo menos diez, pero de ella recuerdas cada detalle y eso es por todo lo que ella te dio, por lo que significa para ti… porque la amas. —Le dijo mirándolo a los ojos.

Él rompió a llorar y ella lo recibió como ese niño de cinco años que fue una vez, cuando se cayó por las escaleras o cuándo tenía doce años y su primer perro murió de viejo. Alessandro era tan especial y ella lo adoraba, también amaba a sus otros hijos, solo que él era su talón de Aquiles y quizás era porque desde su vientre fue un luchador.

Después de un par de horas se encontraban en la terraza, ella había preparado su té especial, canela, limón y miel, para aliviar la tristeza de él, siempre lo hacía con todos sus hijos desde que eran niños.

Continuaron con la conversación y para no llegar a otro momento triste, ella lo sorprendió leyéndose unos pasajes del libro donde sus desplantes y malcriadeces hacían rabiar a Priscila, nombre del personaje femenino, hasta ponerla roja.

De pronto su hijo estuvo riendo con la mirada brillante y ella era feliz de nuevo, sonreía alegre al leer que sus enseñanzas sobre poesía habían creado ese puente que los fue acercando y se irguió orgullosa.

—Eso debes agradecérmelo, la poesía siempre ha unido corazones y los suyos no escaparon de esa magia que posee, de verdad es una historia maravillosa, la leí completa en tres días. Me molestaba cuándo debía dejarla de lado para atender a algún paciente —confesó con una sonrisa y de pronto se sonrojó—. Bueno también lo hice con esa rapidez porque me salté algunas escenas… sobre todo de la mitad en adelante, cuando ustedes… bueno esas partes, ya sabes —esbozó en un murmullo sin mirarlo.

—¡Oh, por favor, madre! —exclamó Alessandro poniéndose de pie sintiéndose como un chico de quince años, demasiado avergonzado para verla a la cara.

—¡No lo hice! —aseguró sintiéndose igual de apenada que él—. Cuando notaba el rumbo que estaban tomando las cosas, saltaba varias páginas y después me enfocaba de nuevo en lo demás. Supongo que debido a eso me he perdido gran parte de la historia… es decir, lo que hablaban, como exponían sus sentimientos en esos instantes tan íntimos, muchas veces son donde nos encontramos más abiertos a mostrar la verdad y la intensidad de lo que sentimos…—decía con tono soñador mientras recordaba.

—No se preocupe, no se perdió de mucho era poco lo que hablábamos. Ahora por favor dejemos el tema de lado, ha hecho que mis mejillas se tiñeran como si viviéramos en Los Alpes. —Le pidió Alessandro tomando asiento de nuevo.

Ella le dedicó una sonrisa divertida al ver que ciertamente sus mejillas habían adquirido un hermoso tono rosa, llevó la mano hasta una y la acarició con ternura, Alessandro la tomó y le dio

un beso, en ese gesto le agradecía ese amor incondicional que, a pesar de todo, siempre le mostraba.

Escucharon el timbre de la entrada principal, era sábado y las señoras que trabajaban para su hijo no se encontraban, así que él tuvo que ir a abrir. Cuando regreso lo hizo en compañía de Romina Ciccone, la novia de Alessandro desde hacía diez meses.

Ella no dejó que el conflicto que había tenido con él, meses atrás los separara, después de unos días de mucho pensarlo, comprendió que había exagerado y que no era la primera vez que se enfrentaba a alguna novia del pasado de Alessandro.

Por el contrario, ese había sido el percance menos relevante por decirlo de alguna manera; aunque ello no evitó que los medios y muchos de sus conocidos le hicieran la vida una pesadilla durante varias semanas, había decidido afrontarlo con entereza y retomar su relación con Alessandro.

No dejaría que un fantasma del pasado le arruinase la felicidad de la cual disfrutaba y menos la posibilidad de atrapar al hombre más apuesto, famoso y talentoso de toda Italia.

—¡Suegra! Que emoción verla aquí, tenía casi un mes sin verla, es que el ingrato de su hijo nunca me lleva a visitarla. ¿Cómo ha estado? —La saludó con la misma efusividad de siempre.

—Romina, es un gusto verte, todo ha estado muy bien ¿tú, ¿cómo te encuentras? —respondió en tono formal.

—De maravilla, con muchísimo trabajo, pero eso es extraordinario, la próxima semana tengo una reunión con unas personas que están organizando un desfile en París, solo estaré como invitada, no voy a participar. Pero esto me brindara la oportunidad de conocer a muchas personas del medio, si todo sale bien estaría viajando a la ciudad luz en un mes aproximadamente —contestó con una amplia sonrisa y se volvió para mirar a Alessandro tomándole la mano—. Amor espero que no me vayas a extrañar mucho —dijo haciendo un puchero.

Emilia pensó que era el colmo de la arrogancia, pero no hizo ningún comentario, solo se limitó a sonreír.

Romina siguió parloteado sobre su trabajo y todas las cosas que haría, nombraba a personas que eran unos completos desconocidos para la mujer y su hijo, pero que por cortesía asentían y mostraban interés.

Después de unos minutos, la madre de Alessandro miró su reloj y se dio cuenta que estaba pronto a oscurecer, el tiempo se le había pasado volando.

—Yo tengo que retirarme, no había notado lo tarde que es…—decía tomando el libro a su lado en el sillón, para guardarlo de nuevo en su cartera, lo trataba como si fuera un tesoro.

—Doña Emilia. ¿No me diga que usted también ha caído en esta moda? —inquirió asombrada observándolo—. Creo que no conozco mujer en Roma que no haya leído el famoso libro, a donde quiera que una voltea están hablando de él. Pero le confieso que usted era a la última mujer imaginaba dejándose atrapar por los extraordinarios dotes del famoso Franco —dijo mirándola aún perpleja.

—No veo por qué te asombra tanto querida, como has dicho todo el mundo habla del libro, en lo particular me parece interesante y la historia de amor es muy hermosa. —Fue cortante.

—No, es que no lo digo por nada malo, es solo que no pensé que usted se fuera a interesar por algo de ese estilo, yo también lo leí por supuesto. Era horrible encontrarme en medio de una conversación sin tener nada que opinar y bueno, puedo decir que me gustó en términos generales, la verdad es que encontré la historia un poco sosa, la protagonista es demasiado condescendiente con el tal Franco, él tiene sus habilidades claro está, pero a momentos actuaba como un chiquillo inmaduro y eso a mi parecer le restaba carácter al personaje, hoy en día una

mujer necesita de un hombre que la represente, que la haga sentir segura y valorada, a nuestra edad y en estos tiempos no estamos para jueguitos como los que plantea el personaje masculino.

Decía con esa postura tan despectiva que mostraba siempre, como si ella fuese más importante que todo el mundo, imponer su voluntad, esa era su especialidad.

Mientras que Emilia le dirigía miradas a su hijo intentando comprender como Alessandro había llegado a involucrarse con alguien como ella. Era hermosa, pero dentro de cánones generales, nada extraordinario, no percibía nada especial que hubiese cautivado a Alessandro, eso la intrigaba porque creía que la etapa donde él basada todas sus relaciones en el plano físico había pasado, a menos que estuviese cayendo de nuevo en eso.

Alessandro evitaba mirarla a los ojos quizás para esconderle lo que realmente sentía por Romina o para evitar que ella viera que sus comentarios le dolían, después de todo a quien estaba tratando de infantil y patán era a él y ambos lo sabían.

Podía ver como tensaba la mandíbula o suprimía esa sonrisa de medio lado que muchos consideraban odiosa y arrogante en él. Ella se devanaba los sesos, quería entenderlo, no sabía si se estaba burlando de su novia o solo estaba dejando que la amargura lo llenara de nuevo ante sus palabras.

La verdad era que Alessandro estaba muy divertido, pero más al ver el enfado de su madre, como defendía lo que para ella era su historia de amor. No le importaba lo que Romina pensaba del personaje de **Rendición**, después de todo ese hombre ya no existía, el joven inmaduro y sarcástico se había quedado en la Toscana o quizás se había ido tras aquella extraordinaria mujer que le había mostrado un mundo nuevo.

Aunque eso último era poco probable pues de haber sido así ella no hubiera hecho su vida de nuevo y él sabía que lo había conseguido, se le veía en paz y feliz, incluso debía tener a alguien más a su lado.

—La verdad yo le hubiera puesto las cartas sobre la mesa desde mucho antes, no me hubiese dejado dominar de esa manera. Porque seguramente usted estará de acuerdo conmigo en esto, una mujer debe darse su puesto y dejarle en claro al hombre que tiene tanto derecho como él a opinar, pero ella siempre se callaba todo y por eso casi lo pierde, solo que al final ocurre la milagrosa reconciliación y él se da cuenta lo idiota que fue —hablaba la rubia completamente inocente de la verdad.

—El amor a veces necesita de esas dificultades para saber hasta dónde puede llegar y todo lo que es capaz de soportar, eso lo fortalece. En resumen, yo lo sigo considerando hermoso. —Emilia se levantó para anunciar su partida.

—Bueno yo agradezco no tener que verme en una situación así, sé que nunca pasaré por algo parecido, mi Alessandro es perfecto —mencionó con una gran sonrisa acariciando la mejilla de su novio—. Pero ya que le gustó tanto debe estar feliz al saber que la autora ha vendido los derechos a The Planet Studios y planean hacer la película, según tengo entendido hasta han abierto la audición, planean comenzar a rodar a principios de la próxima primavera, un amigo me contó que estaban buscando las locaciones en Toscana para esas fechas.

—¿Estás segura de ello Romina? —preguntó Alessandro con la voz ronca y su mirada se desvió solo un segundo a su madre.

—Por supuesto amor, todo el mundo habla de ello, al parecer la autora está metida en todo esto y dijo que debía ser locaciones reales. Imagino que a los actores que seleccionen tendrán un negocio redondo, el libro fue el más vendido del año pasado y se mantiene este año entre la lista de los más solicitados, se espera que con la película ocurra lo mismo, es una verdadera lástima que yo no sea actriz. —Sonrió algo extrañada al ver las reacciones de ambos.

Emilia estaba conteniendo sus ganas de levantarse, y hacer que Romina cerrara su boca parlanchina. Agarrar a Alessandro por los hombros y sacudirlo hasta hacerlo reaccionar, esa era su oportunidad para reencontrarse con Samantha, era el momento perfecto para hacer lo que tuviera que hacer.

Alessandro se había aislado por completo de ese instante, la voz de su novia le sonaba lejana y sobre todo extraña; ni siquiera lograba ser consciente de las miradas que le dedicaba su madre y parecían querer decirle cientos de cosas. Él solo pensaba en algo, o a decir verdad en alguien.

La imagen de Samantha se instaló en su cabeza y fue como si su corazón comenzara a latir con mayor fuerza, había pasado más de tres años luchando contra sus deseos de buscarla, pero en ese momento comprendió que sin importar cuanto de su parte pusiera para mantenerse en su posición ya estaba derrotado.

Buscarla ya no se trataba nada más de acercarse a ella para satisfacer su curiosidad y saber si aún la seguía amando o si los sentimientos en ella eran igual de fuertes que los suyos. Ir hasta América era también arriesgarse tal vez a comprobar que todo no había sido más que una ilusión que él se creó por haber estado solo y necesitado de comprensión, por haberla visto a ella como a su única salvación en medio de la tempestad que azotó su vida tres años atrás.

Ya no se trataba de un deseo sino de una necesidad, necesitaba con urgencia ver a Samantha de nuevo y que el destino decidiera si eso era para bien o para mal.

—Aunque no tanto supongo, jamás me teñiría el cabello de castaño, no me queda, una sola vez lo hice y dure una semana encerrada en mi casa sin mirarme al espejo, hasta que pude teñirlo de nuevo —agregó intentando comprender el repentino silencio.

—Tendrá un éxito seguro si dejan que la autora esté presente durante el rodaje y colabore con la adaptación del guion, espero que escuchen su opinión pues nadie conoce mejor la obra que quien la escribe. Nos acabas de dar una excelente noticia Romina, no te imaginas cuan feliz me siento de saber que posiblemente Samantha Steinberg se traslade hasta el país para mostrarle al mundo las bellezas que poseen los paisajes de Toscana. —mencionó Emilia con la mirada brillante y la voz cargada de esperanza.

La reacción de su hijo no le dejaba, lugar a dudas, quería que ese encuentro se diese, quería verla de nuevo, solo rogaba que esa vez las cosas fuesen como debieron ser tres años atrás.

La mente de Alessandro trabajaba con rapidez, evaluando cientos de posibilidades, al tiempo que un miedo atroz se apoderaba de su pecho, estaba seguro de lo que deseaba y también lo que arriesgaba, pero siempre se había caracterizado por ser impulsivo, había tomado decisiones en su vida que la transformaron, quizás era tiempo de hacerlo de nuevo.

—Dices que han abierto casting, supongo que este lo están llevando a cabo en Los Ángeles, ¿no es así? —interrogó él a Romina una vez más sin mirarla a los ojos.

La rubia asintió en silencio mientras lo observaba con detenimiento, no comprendía el cambio de su novio, podía entender que su suegra estuviese brincando de la felicidad por ver en la pantalla grande la estúpida novelita, pero Alessandro no era de los que se dejaba deslumbrar por noticias como esa, pero de un momento a otro había cambiado, lucía absorto.

Era como si su cuerpo estuviese en ese lugar, pero su mente no y un incómodo peso se alojó en su estómago, provocándole un presentimiento que no le gusto para nada.

Alessandro le dirigió una mirada a su madre, apenas un vistazo, ella lo conocía tan bien que supo lo que eso significaba y asintió en silencio animándolo, entregándole una sonrisa radiante.

Él respondió con el mismo gesto, pero menos efusivo, la verdad era que tenía una mezcla de sentimientos en su interior luchando entre sí.

Sabía que debía tomar una decisión, respiró profundamente armándose de valor y después de

eso salió casi corriendo al interior de su departamento, tomó su celular y marcó el número de su representante mientras su corazón latía como un caballo desbocado.

Capítulo 9

Chicago, USA. Febrero 2013.

Samantha se encontraba repasando la última revisión del guion adaptado que le había hecho llegar Patricia Jitrik, quien junto a ella era la encargada de escribirlo, el mismo era el patrón que los actores debían seguir bajo las órdenes del director, Thomas Whitman.

Todo el personal de producción había sido seleccionado y para su satisfacción era de primera línea, nada más el señor Whitman había sino nominado a los premios de la academia tres veces y se había llevado una estatuilla, era uno de sus favoritos y al ser un talento joven le brindaba a ella el beneficio de opinar con libertad sobre el rodaje de la cinta, incluso se habían reunido en varias ocasiones y la química entre ambos había sido increíble.

Así como con Patricia y también con Marcus Stevenson, productor escogido por The Planet, hasta el momento no habían escatimado en esfuerzos para mostrar una producción de calidad, la diseñadora que estaría a cargo del vestuario había recibido varios reconocimientos por la industria de la moda y su hermana Di, junto a otro fotógrafo italiano que aún no conocía, también estarían.

Una de las personas que más animada la tenía era el compositor, adoraba el trabajo de James Newman, era sofisticado, sutil e innovador, con un gusto tan ecléctico como el suyo, así que trabajar junto a él también sería maravilloso, la semana pasada cuando se reunieron le emocionó ver que muchos de los nombres de la lista de cantantes que James proponía habían pasado por su cabeza mientras escribía.

Cinco de ellos estarían a cargo de las melodías principales, dos debían ser italianos para ganarse a ese público que era tan exigente, y los otros de cualquier país de habla inglesa, las demás melodías serían compuestas por él mismo.

Sin embargo, aún faltaba lo principal de la película: Los actores. La audición se había abierto y muchos nombres surcaban la web posicionándose en el gusto de los fans como sus favoritos, algunos incluso se habían mostrado interesados en representar a los protagonistas del libro, sobre todo los caballeros al saber la legión de fanáticas que el papel les otorgaría de llegar a conseguirlo, por no decir del privilegio que sería trabajar con una producción como la que The Planet había reunido.

Samantha no se había animado a mostrar preferencia por ninguno de los actores o las actrices que se planteaban, para ella tanto Franco como Priscila ya tenían rostro. Evidentemente no podía mencionar aquello, sobre todo porque sería un absurdo proponerse como la protagonista, ella no era actriz y aunque él si fuera actor, sabía que jamás se enteraría de eso y de hacerlo no acudiría; se lo había dejado muy claro cuando ella le planteó mudarse a su país.

Tampoco deseaba revivir aquella vieja historia que más bien buscaba olvidar, pero el destino parecía empeñado en no permitírselo. El tiro le había salido por la culata y en lugar de cerrar ese capítulo en su vida, todo apuntaba a que lo abriría una vez más.

Se llenaba de temor de solo imaginar a otras personas actuando como tiempo atrás lo hicieran Alessandro y ella; sus palabras, sus acciones, se había limitado muy poco en lo que sucedió en Toscana, lo había escrito casi todo, incluso los encuentros íntimos fueron plasmados con tal detalle y belleza, como los recordaba.

Debía armarse de valor y aceptar que después de todo, su historia siempre había sido una película, cuestión de tiempo y que terminaría al igual que esta, solo que la suya duró tres meses y no las dos horas que quizás duraría la cinta. Aunque la grabación tendría un lapso de seis meses y eso lo complicaba todo, el doble del tiempo, el mismo que ella debía pasar en la Toscana, tan cerca de él.

—¡No puedo creerlo! ¡Sam tienes que ver esto!

La voz de Jaqueline la había regresado de golpe de sus pensamientos, dejó caer la pluma que tenía entre los dedos al suelo sobresaltándose, la miró con reproche, pero ella ni siquiera le prestó atención, estaba observando algo en su portátil.

—¡Sam! ¿Acaso no me escuchas? Te he dicho que tienes que venir a ver esto, es uno de los actores que envió su ficha para hacer la audición, lo busqué en la web para conocer un poco más de su trabajo pues es la primera vez que lo veo en mi vida y me ha dejado sin habla —decía emocionada.

—Eso en tu caso es asombroso, debe ser muy bueno, así que confío en tu buen gusto, yo estoy ocupada revisando el guion, debemos entregarlo en dos días a Thomas para que lo haga llegar a los actores que estarán en la audición —contestó enfocándose de nuevo.

—¡Steinberg a veces eres insoportable! No puedo entender cuál es tu negativa a dar tu visto bueno a uno de los actores, es tu personaje, no existe nadie que lo conozca mejor que tú, fue tu mente la que lo creó y son tus ojos los que debe darle un rostro o al menos encontrarle uno entre los candidatos —indicó un poco molesta.

—Y lo haré, cuando estemos en L.A. la próxima semana y ellos tengan el guion en sus manos, no puedo seleccionar a uno sin saber si puede o no representar a Franco o a Priscila y su rostro solamente no me dará esa respuesta, te aseguro que no estoy siendo caprichosa sino profesional.

Se defendió, pero en el fondo sabía porque lo hacía, solo que no podía admitirlo.

—Como quieras, mientras yo sigo deleitándome con este extraordinario ejemplar masculino, tenía años sin toparme con uno así o, mejor dicho, creo que nunca lo he hecho… hasta ahora porque seguramente estará en la audición la próxima semana y me encantará decirte cuando lo veamos: “Ves, te dije que era el perfecto Franco Donatti.”.

Samantha pensó que estaba exagerando como siempre y se concentró de nuevo en su trabajo, pero las últimas palabras de su amiga le habían dejado una extraña sensación en el pecho, su corazón comenzó a palpitar más de prisa y se vio tentada a ponerse de pie y acompañar a Jaqueline. No lo hizo, sabía que terminaría llevándose una gran desilusión, así que prefirió permanecer donde se encontraba.

La rubia suspiraba y sonreía como una adolescente enamorada, evitando de ese modo que Samantha lograra abocarse completamente a su labor, ella dejó libre un suspiro, estaba a punto de levantarse y salir de allí para tomar un poco de aire en la terraza cuando la voz de Jaqueline la detuvo.

—Sonrisa espectacular, ojos azules maravillosos, un cuerpo de infarto, cabello castaño, piel blanca… —enumeraba en voz alta y después dejó escapar un chillido—. ¡Sí! Un inglés fluido y perfecto, pero con ese toque que estamos buscando, eres todo lo que necesitamos guapo. Estoy empezando a sospechar que este hombre no puede ser real, debe ser algún tipo de experimento genético o algo así, es que es demasiado… ¡Hermoso!

Elevó la mirada de la pantalla un segundo y posándola en su amiga, quien repentinamente, se había puesto pálida, pero ella estaba tan entusiasmada que apenas se percató de eso.

—Si no quieres verlo, al menos escúchalo para que te lleves una mega sorpresa, después de todo no necesitas leer, lo entenderás —agregó quitando sus auriculares de la máquina y elevando

el volumen para que lo escuchase con claridad.

El cuerpo de Samantha se convirtió en una masa trémula solo segundos después de que la voz grave y fluida del actor llenase el lugar, no necesitaba verlo para saber de quien se trataba.

Cerró los ojos con fuerza y luchó por mantenerse calmada, pero cada palabra que entraba a sus oídos iba tocando fibras dentro de su ser que hacía mucho tiempo no vibraban de esa manera, una mezcla de miedo, dolor y alegría se apoderó de su cuerpo.

Deseaba ponerse de pie y verlo, había pasado tanto desde que no lo hacía, desde que decidiese abrir su corazón a Dylan. No le parecía honesto seguir pegada a la imagen de otro hombre estando con su actual pareja, se sentía mal, como si lo estuviera engañando.

Por ello se negó rotundamente a buscar algún tipo de información relacionada con él, sabía que había seguido con su vida, había regresado a su mundo y tal como le anunciase lo había conquistado de nuevo, sin mayor esfuerzo, el éxito era una constante para él.

Sus piernas siguieron las órdenes de su corazón, se apoyaron un instante, dudando si eso era correcto o no, perdió la batalla en segundos y su cuerpo terminó irguiéndose, con pasos temblorosos se fue acercando hasta el otro lado del lugar, allí donde Jaqueline había colocado su sitio de trabajo, unos seis metros las separaban a ambas, los mismos que se le hicieron interminables.

Al fin lo consiguió y cuando lo hizo agradeció que su amiga estuviera totalmente hechizada por la imagen del hombre en el vídeo.

Sintió un fuerte estremecimiento recorrerla, todo a su alrededor pareció esfumarse y solo podía ser consciente de él, de su maravillosa voz, de sus ojos, sus sonrisas, sus manos, sus gestos, todo lo abarcaba él; quiso extender su mano y tocarlo, sin importarle que fuese una pantalla la que recibiese su caricia, deseaba hacerlo, pero se obligó a no caer así.

No podía, no en ese instante, ni nunca; sintió miedo, mucho miedo y también deseo, todo ese deseo que se había mantenido dormido estaba corriendo como un río crecido por sus venas, no sabía cuál de los dos sentimientos era más grande.

—Ven, siéntate, Sam, tienes que verlo mejor… es perfecto, te lo digo en serio —mencionó Jaqueline sacándola de sus pensamientos.

Como un autómata ella se dejó guiar sin apartar la mirada de él, se sentó junto a su amiga frente al monitor y sus ojos seguían cada movimiento que hacía, podía escucharlo, pero no lograba concentrarse en lo que decía, solo lo veía y cientos de recuerdos llegaban a su cabeza como olas, una tras otra golpeándola.

Cada sonrisa de él era como un destello que la iluminaba, llenándola de una reconfortante sensación, pero también de nostalgia, sus ojos se llenaron de lágrimas sin siquiera darse cuenta, mientras su corazón mantenía el latido fuerte y constante dentro de su pecho, como si estuviese feliz al verlo nuevamente.

De pronto las palabras de la presentadora captaron su atención, la mujer había empezado a hablar de un hecho en específico que había atravesado él años atrás y ella supo de inmediato a que se refería: cuando abandonó los escenarios. Pudo ver como él se tensaba al abordar ese tema, su lenguaje corporal lo delataba.

Sin embargo, continúo y respondió a las preguntas. Samantha pensó que no revelaría nada más acerca de eso y se sintió a salvo. ¿De qué? Aun no sabía, pero estaba a salvo, su alivio solo duró minutos, de pronto todo el panorama cambió y él estaba confesando…

«Me enamoré…»

Samantha sintió algo quebrarse dentro de ella y cerró los ojos solo un instante, sin percatarse

siquiera de la lágrima que había rodado por su mejilla, su corazón duplicó sus latidos y el temblor se hizo más intenso cuando las siguientes palabras de él calaron en sus oídos.

«…Fue un gran amor, que me salvó, me mostró un mundo diferente y me hizo ver que también formaba parte de este… que podía ser común y disfrutar de las cosas sencillas, me encantaría pensar que yo signifiqué lo mismo para esa persona…»

La poderosa mezcla de sentimientos que la embargó apenas la dejaba pensar, no sabía si gritar de felicidad o de rabia, sentía dolor y frustración, después de todo ese tiempo, de tantas noches en vela llorando y preguntándose ¿qué había significado ella para él?

«Yo no me atreví nunca a decirle que la amaba y jamás supe si ella me quería de igual manera, quizás fue lo mejor, algunos sueños siempre serán mejores siendo sueños, que cuándo son llevados a la realidad; sin embargo, le agradezco cada instante que me dio y todo lo que hizo por mí»

Esa vez la ira le ganó a cualquier otro sentimiento y Samantha se puso de pie rápidamente tumbando sin poder evitarlo la silla donde se encontraba, se alejó arrancando su mirada de él.

«¡Jamás supo que yo lo amaba! ¡Qué descarado eres! Siempre lo fuiste, y yo una estúpida que se cegó ante tus encantos, que se dejó envolver estando en tu terreno de juego, me enamoré de ti estúpido, me enamoré perdidamente. ¿Acaso no fue evidente? ¿No pudiste verlo en mis ojos, sentirlo en mis besos? Le agradezco cada instante que me dio y todo lo que hizo por mí, seguramente estabas hablando de la cantidad exorbitante de veces que me llevaste a la cama… ¿Qué digo cama? Si me llevaste a donde te dio la gana y ¡Sí! Admito que yo también lo disfruté… ¡Muchísimo! Pero cuando te pedí más, huiste como un cobarde, me rechazaste y ahora vienes con ¡Me enamoré! ¡Hipócrita! ¡Miserable hipócrita!»

Pensaba temblando de rabia, se sentía profundamente dolida.

—Samantha… ¿Qué te ocurre? ¿Por qué te has puesto así? —inquirió Jaqueline mirándola desconcertada.

Se puso de pie, pensando que quizás su amiga se había impresionado al igual que ella. Es que podía jurar que, si Franco no fuese un personaje ficticio, diría que era ese hombre, dejó ver una sonrisa animándose nuevamente y se acercó a ella con la carpeta que contenía el material de actor.

—Bueno tengo que admitir que puede resultar impresionante, es decir, es italiano, más propiamente de Roma, idéntico físicamente a como describes a Franco y además ahora resulta que el caballero fue víctima de un amor frustrado, un detalle bastante romántico si lo tomamos en cuenta, ése sería un maravilloso aporte para que nutriese al personaje… —no pudo continuar.

—¡Ya basta! —exclamó Samantha con voz trémula, se volvió y miró a Jaqueline, sus ojos estaban llenos de lágrimas—. No puede ser él, no quiero que sea él… ¡Recházalo! Dile a Martha Wilson que no lo acepto, hay decenas de actores, que se busquen otro, no quiero que Alessandro Bonanzierri esté dentro de la película ¡¿Entendido?! —demandó con determinación.

Jaqueline la miraba como si se hubiera vuelto loca o se hubiese convertido en otra persona, eso la hizo sentir culpable, le había gritado y nada de eso era su culpa, jamás habían tenido una discusión que las llevara a tratarse de ese modo, todo eso era por él, la descontrolaba, la hacía actuar equivocadamente, no lo quería cerca, la sola idea que algo así sucediera la aterraba.

No supo cómo reparar el daño y optó por salir de allí antes que fuera a empeorar las cosas, sin darle tiempo a su amiga de detenerla casi corrió atravesando el lugar, giró con rapidez el pomo

de la puerta y salió dejándola abierta tras ella.

Por su parte Jaqueline seguía sin entender que había sucedido, todo iba bien hasta hacía momentos y de pronto Samantha había actuado como nunca antes, la desconocía por completo. Su amiga era una persona tan calmada, que muchas veces pensó que no tenía la misma capacidad para expresar sus emociones como lo hacían la mayoría, incluso llegó a pensar que tenía más de inglés que Dylan o el padre de su flamante novio.

—¡Sam, espera! —gritó y salió tras ella, alcanzó a verla cuando entraba a su habitación y sin perder tiempo se dirigió a esta—. Samantha abre la puerta por favor, déjame saber qué te sucede. —Pidió y su voz mostraba la preocupación que sentía.

—Todo está bien, Jaqueline… solo estoy cansada…

—¿Cansada? Yo te he visto muerta de cansancio y créeme nunca has actuado así, no me iré a ningún lado hasta que me dejes entrar y me digas por qué actuaste de este modo —indicó con determinación.

—Estoy bien, solo necesito estar sola… por favor.

Había comenzado a llorar y lo último que deseaba era que su amiga la viera en ese estado, que descubriera todo y se diera cuenta de lo estúpida que había sido años atrás, de lo ilusa y fácil que fue, de cómo se dejó engatusar por las habilidades de Alessandro, hasta terminar enamorándose como una tonta niña inexperta, sabía que se lo reprocharía hasta el cansancio.

—Tú estás bien y yo soy china ¡Por favor! Como si no te conociera. ¿Acaso no somos amigas? ¿No hemos confiado la una en la otra durante años? —preguntó sin moverse de la puerta.

—Sabes que sí, pero ahora deseo estar sola… me siento agotada, mañana podemos volver a lo que estábamos haciendo y hablamos si lo deseas, pero en este momento lo único que quiero es dormir un rato —contestó y su voz cada vez mostraba más la ronquera propia de las personas cuando lloran.

Jaqueline dejó libre un suspiro cargado de frustración y cerró los ojos para armarse de paciencia y no lanzar abajo la puerta, tendría que ser idiota para no darse cuenta de que algo había afectado a Samantha y ese algo estaba relacionado con el actor italiano.

—¿Sucede algo, Jaqueline? —La interrogó Rose al verla delante de la puerta de su patrona.

—No… bueno, sí, es que no lo sé —confesó sintiéndose tonta, respiró y procedió a explicarse con la mujer—. Verás Rose, estaba en el estudio junto a Sam como siempre ella metida en sus cosas y yo me había dado a la tarea de revisar el material enviado por la productora sobre los actores que se habían postulado para la audición.

Hablaba en tono bajo para que su amiga no escuchase, la mujer asintió y ella continuó.

—Entre estos, encuentro a un actor italiano, bellísimo el condenado, es más diría que demasiado para ser real. La cuestión es que yo quedé embobada con él, le insistí a Samantha para que lo viera alegando que era el perfecto Franco Donatti. Al fin ella accedió, se acercó y se sentó junto a mí, todo iba bien mientras veíamos una entrevista, de repente él comenzó a hablar de una etapa de su vida donde se tuvo que alejar de los escenarios… algo relacionado con un tiempo que estuvo en Florencia y en el cual conoció a una chica… —Ella se interrumpió de golpe.

Se volvió a mirar a la mujer a su lado con los ojos a punto de salirse de sus órbitas y salió corriendo hacia el estudio de nuevo. Entró con rapidez y puso a reproducir el vídeo adelantándolo y buscando la parte exacta donde el italiano hablaba de lo que al parecer había sido lo más relevante de la entrevista.

Rose había llegado instantes después llevada por la curiosidad y se apostó junto a la rubia, en cuando vio al hombre en el vídeo dejó libre un jadeo lleno de sorpresa y se llevó una mano al pecho.

—¿Qué ocurre? —Se mostró angustiada.

—No es nada… es que, sí se parece mucho a la descripción que hace Samantha de su personaje —respondió lo primero que se le vino a la cabeza para salir del paso.

La verdad era que había reconocido al hombre en ese vídeo, era el mismo que salía en las fotografías que Samantha tenía escondidas bajo llave en su armario, aquellas que ella una vez vio por casualidad, un día que estaba limpiando y sin querer había dejado caer el cofre donde las tenía guardadas que se abrió mostrándolas.

Ella nunca escuchó a Samantha hablar de ese hombre y tampoco le preguntó por él, no le parecía correcto, pues por algo las tenía en aquel lugar tan alto y apartado, donde nadie las encontrara.

Jaqueline se concentró en estudiar cada gesto y palabra del italiano, podía ver cierta tensión en él a medida que la entrevistadora lo acorralaba, para que le diese más información sobre esa etapa que al parecer había sido un misterio para todos.

Al fin llegó el momento de su confesión, pero fue muy poco lo que la rubia logró conseguir de la misma, en ningún momento nombró a la mujer, ni su nacionalidad o hizo alguna descripción.

«Ella estaba pasando por una situación similar»

Si trasladaba eso a Samantha no cuadraba mucho, su amiga nunca se vio en una situación de exceso de fama, la única vez que se tomó un tiempo fue para vacacionar por Europa, viajó por un montón de ciudades y ni una sola vez mencionó que hubiera conocido a alguien… aunque donde mayor tiempo pasó fue en Italia, no recordaba bien, pero casi podía jurar que había sido…

—Rose… ¿Recuerdas en qué ciudad de Italia, Sam pasó aquellas vacaciones hace tres años? —preguntó uniendo cabos.

—No lo recuerdo bien, Jaqueline… creo que fue en Florencia, a las afuera de la ciudad… en la región de Toscana, yo apenas empecé a trabajar con Samantha a su regreso, solo me enteré por comentarios hecho por su hermana —contestó dirigiendo sus pensamientos al mismo punto.

—¿Puede esto ser posible? Es decir… ¿Pudiera ser que Samantha y este hombre se hayan conocido hace tres años y hayan tenido una relación? —inquirió mirando fijamente la pantalla.

La mujer a su lado sintió como su corazón daba un pequeño brinco, afirmando ante aquella interrogante, pero lo disimuló encogiéndose ligeramente de hombros, ella no debía hablar de un tema que quizás su patrona había decidido dejar en el pasado por fuertes motivos, la señorita Steinberg era bastante reservada en ese aspecto y nadie estaba en posición de cuestionarla por ello.

—Por la reacción de mi amiga puedo casi asegurarlo, pero al parecer las cosas no quedaron muy bien, para que ella se haya puesto como lo hizo… no sé, esto no me encaja, además ese silencio que ha mantenido Sam con relación a todo esto… ¿Estás segura de que a ti no te ha comentado nada, Rose? —Se había convertido en una detective, necesitaba respuestas.

—No, no lo ha hecho Jaqueline y creo que es mejor que dejemos las cosas como están, ya viste como se puso Sam… —decía cuando la rubia la detuvo.

—Precisamente por ello deseo saber qué sucedió exactamente, ese hombre se ha mostrado interesado en estar en la película de **Rendición**, ha enviado su ficha para que lo coloquemos dentro de los aspirantes al papel de Franco, y algo me dice que su interés va más allá de obtener el protagónico, si conoce a Samantha está haciendo todo esto es porque quiere verla de nuevo… quiere… ¿Qué sé yo? Un reencuentro o algo por el estilo, ahora la pregunta sería ¿con qué intenciones? ¿Qué busca con ello?

—Jaqueline yo te aconsejaría que dejases de hacer conjeturas a diestra y siniestra, lo mejor

será esperar… si la gente de producción ha dado su visto bueno al actor, serán ellos los encargados de entrevistarse con él, no es necesario que Samantha lo vea… O, ¿sí?

—Ella estará presente en la audición, será quien tenga la última palabra, por lo tanto, quiera o no lo verá, si él viene a la prueba ese encuentro será inevitable —contestó con preocupación.

—¿Y no pueden hacer algo? En el caso que lo que pensamos sea verdad y este hombre venga a perturbar a Samantha… ¿Existe la posibilidad de impedir que algo así suceda? —Rose comenzaba a mostrar la misma angustia de la rubia.

—Sí, por supuesto que existe… La cuestión es que me siento atada de manos, hasta ahora es el actor con mayor parecido que he visto, además, que habla el inglés de manera fluida, con el acento italiano que buscamos, tiene tanto de Franco, sus gestos… sus sonrisas… la gente de producción va a querer verlo en la audición, no se lo perderían por nada del mundo, yo estando en sus pies no lo haría… ¡Ay, Rose! Empiezo a creer que el famoso experto en vinos no es un personaje ficticio —comentó masajeándose las sienes, sentía que un fuerte dolor comenzaba a invadir su cabeza.

—No lo es… es decir, bueno no sé, como dices el parecido es asombroso… en verdad es muy guapo, si en algún momento tengo que darle un rostro a Franco Donatti será el de ese hombre. Pero a lo mejor estamos inventándonos historias sin sentido, creo que por ahora debemos dejar el tema de lado, dudo que Samantha salga de su habitación y aclare todas nuestras dudas, así que no ganamos nada con estar aquí especulando… mi consejo es que la dejemos descansar hoy… ya mañana ella nos dirá algo —indicó en tono casual.

—Tienes razón, yo también me siento agotada… cientos de ideas dan vueltas en mi cabeza y unas son más descabelladas que otras, las respuestas a todas estas preguntas las tiene Sam y solo ella debe dárnoslas, aunque dudo que pueda dejar de pensar en ello, por lo pronto lo intentaré… de todas formas me llevaré esta carpeta y seguiré investigando más sobre el misterioso Alessandro Bonanzierri.

Tomó su bolso, guardando la información y terminó por ponerse de pie.

—Por favor, Rose, si notas algo extraño en Samantha me llamas de inmediato, no sé, que se quede allí por mucho tiempo, que haga algo fuera de lo habitual… cualquier cosa me avisas de inmediato. Es la primera vez que la veo actuar así y me preocupa.

—No te alarmes Jaqueline… cualquier cosa me comunico contigo, pero sigo pensando que lo mejor es dejarla sola, ya descubriremos lo que sucedió —mencionó abriendo la puerta para despedirla.

Jaqueline se fue sintiendo que muchas cosas quedaban flotando en el aire, no le gustaba esa sensación de estar a la deriva y tratándose de su amiga mucho menos.

Con Samantha todo era seguro y hasta previsible, todo a excepción de esto y por supuesto que se sentía intrigada, estaba segura de que había algo y aunque todo apuntaba hacia una sola dirección ella quería tener las pruebas en la mano, como buena abogada que era no se dejaba llevar solo por las apariencias o conjeturas sin fundamento, aunque la actitud de Samantha vaya que les daba base a sus especulaciones.

Rose se había quedado igual de preocupada que la rubia, menos intrigada ciertamente, porque ella tenía más información, pero no estaría en lo correcto si le contaba eso a Jaqueline, si llegaba a enterarse de algo debía ser por su patrona, por nadie más. Su mirada se enfocó unos minutos en el pasillo que daba a las habitaciones, dudando si debía ir a ver cómo estaba o dejarla sola, optó por la segunda pues era a todas luces lo que esta deseaba, estar sola.

∞∞∞

Samantha miraba el techo de su habitación mientras las lágrimas que salían de sus ojos rodaban por sus sienes y morían en su espeso cabello castaño. Sentía una presión dentro del pecho que a cada minuto crecía, acompañada de la ola de recuerdos que invadían su cabeza; cerró los ojos con fuerza para luchar contra esa sensación, pero todo lo que hacía resultaba inútil, no podía alejar sus pensamientos de él.

«Me enamoré»

Escuchaba la voz de Alessandro resonar una y otra vez en su cabeza, mientras su corazón mantenía ese latido lento y doloroso, se llevó las manos al rostro para ahogar sus sollozos.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué justo ahora que he decidido sacarte de mi vida llegas y me volteas el mundo a tu antojo? —cuestionaba en voz alta, llena de dolor y rabia—. Me ha costado tanto dejarte en el pasado Alessandro, conservar lo nuestro como un sueño hermoso y lejano. Pero nada más, no puede existir nada más… ya nos sucedió, ya lo vivimos y entendimos que no estábamos destinados a estar juntos… ¿Qué ganas con todo esto? ¿Qué buscas? Si las cosas quedaron claras entre los dos… si ambos acordábamos seguir con nuestras vidas y lo hicimos, estamos bien. ¿Para qué volver? ¿Para qué encontrarnos de nuevo? —Samantha hacía esas preguntas, como si él estuviese allí presente, quería respuestas, necesitaba respuestas.

«Tú deseabas verlo, por eso hiciste todo eso, por eso escribiste su historia.»

Esas palabras invadieron sus pensamientos y al mismo tiempo un escalofrío le recorrió el cuerpo, llenándola de miedo. Era su consciencia que le mostraba su realidad, una que se había empeñado en disfrazar, pero que ya no podía seguir haciendo y debía afrontarla, debía admitir que era ella quien se negaba a dejar ir el recuerdo de Alessandro, porque lo seguía amando.

Esa sería la noche más larga de su vida, estaba segura de ello cuando los recuerdos comenzaron a llegarle en bandadas, cuando todo un torbellino de emociones la asaltaban sin darle tregua y allí, en medio de la soledad y el frío de su habitación, se rindió a seguir luchando contra cada una de esas remembranzas, a las cuales le había cerrado la puerta un par de años atrás. Ya no tenía caso mantener al margen un pasado que no había logrado superar, y mucho menos cuando este ahora se le venía encima, adueñándose de su presente.

Se envolvió entre las cobijas intentando que estas alejaran el aire helado que envolvía su cuerpo, el mismo que no provenía del exterior sino de muy dentro de ella, de lo profundo de su corazón. Mientras las lágrimas la desbordaban sin el mayor esfuerzo, de nada le valía respirar profundamente y cerrar sus ojos para calmarse, para retener su llanto, tampoco que se tapase la boca intentando ahogar los sollozos, estos salían con fuerza reventando las barreras que les imponía, y también haciendo que el dolor en su pecho fuera agudo, insoportable; sabía que esa avalancha era imparable, había estado conteniéndola por demasiado tiempo y en ese momento que el muro se había roto la arrastraba a su antojo, sin contemplaciones.

—Quieres volverme loca… eso es lo que quieres. ¿Es eso Alessandro? Venir hasta aquí y voltearme el mundo al revés otra vez, ¿qué es lo que buscas? ¿Qué? —preguntaba en medio del llanto amargo, que a cada instante ganaba intensidad.

Lanzó las sábanas lejos de ella en un arranque de rabia e impotencia, se puso de pie y buscó en su armario el cofre donde escondía las fotos del italiano. Volcó todo el contenido sobre la cama, se dejó caer al borde de esta y buscó una al azar con toda la intención de romperla, pero cuando le dio la vuelta para verla por última vez, la sonrisa más hermosa que hubiera visto en su vida y ese par de ojos que la habían enamorado años atrás le impidieron hacerlo.

Contrario a ello, no pudo más que romper a llorar y llevarla hasta su pecho, apretarla con fuerza contra este, al tiempo que los deseos de tenerlo allí junto a ella y abrazarlo, igual como hacía con la fotografía la torturaba, pues solo su mente podía regresar en el tiempo, pero ellos no y fue así como empezó a recordar la historia que vivió en Toscana con Alessandro Bonanzierri.

Roma – Italia. Marzo 2013.

Alessandro no había logrado conciliar el sueño, se removía entre las sábanas sintiéndose extrañamente inquieto, su pecho estaba colmado por una sensación de pena y zozobra que comenzaba a exasperarlo y angustiarlo al mismo tiempo, se puso boca abajo enterrando su cabeza en la almohada, golpeándola un par de veces para darle la forma que deseaba, pero al cabo de un minuto dejó libre un suspiro, se movió hasta quedar sobre su espalda de nuevo y abrió los ojos posándolos en el techo de su habitación, mientras los latidos de su corazón a cada minuto que pasaba cobraban mayor fuerza, de un tirón apartó la gruesa cobija que cubría su cuerpo y se levantó encaminándose hacia la cocina.

Bajaba las escaleras en medio de las penumbras que inundaba el salón de su departamento, sin temor a caerse pues las conocía muy bien.

Las noches seguían siendo frías a pesar de estar en plena primavera y el piso de madera bajo sus pies descalzos se sentía helado; caminaba complemente desnudo, manteniendo su costumbre de dormir y andar así cuando no tenía compañía, al menos no la de alguna amante casual o la de Romina.

Llegó hasta la cocina y encendió la luz para luego dirigirse hasta la nevera, sin darle importancia a la inmensa soledad que lo rodeaba o al silencio que hacía parecer al lugar como un mausoleo. Se había acostumbrado a ambos, ya no necesitaba estar rodeado de personas ni sentirse el centro de atención de todos.

Los que se habían convertido en el centro de su vida profesional y que le eran incondicionales aun desde la distancia y el anonimato, que la mayoría del tiempo lo apoyaban sin esperar nada a cambio era su público, a ellos estaba dispuesto a entregarle todo pues ciertamente eran después de su familia quienes más lo merecían.

Igual había espacios dentro de él que ningún éxito, ni ninguna persona lograba llenar y que justo en noches como esas el vacío se hacía casi insoportable. Cerró los ojos negándose a cederle lugar a la melancolía.

—¡Maldito insomnio! —Se quejó abriendo la nevera, sacó una jarra y se sirvió un vaso con agua, lo bebió solo hasta la mitad.

Después de unos minutos regresó hasta su habitación dispuesto a intentar dormir de nuevo, pero en cuanto vio la cama desordenada y vacía, sintió como la desolación lo golpeaba una vez más dándole un significado a eso que le llenaba el pecho.

El dolor se hizo presente al instante y las lágrimas inundaron sus ojos, pero se obligó a no dejarlas salir, aunque en el esfuerzo la garganta se le reventase por luchar contra el nudo que intentaba asfixiarlo.

Muchas mujeres habían pasado por su cama, decenas, tantas que ya no recordaba a la mayoría, le habían dejado noches de pasión y lujuria, o habían sido simplemente un desahogo, pero muy pocas habían permanecido el tiempo suficiente para que las dejara ocupar su cama y amanecer con él y de todas ellas solo a una extrañaba.

Solo a una deseaba volver a tener en medio de sábanas desordenas, tenderse a su lado, observarla dormir, intentar acompasar su respiración a la de ella, acariciarla, dejarse envolver por su olor, su calidez.

—Samantha, solo tú haces que esta necesidad y este deseo se mantenga en mí, me enamoraste preciosa, hiciste que mi cuerpo solo quisiese dormir a tu lado… ¡Demonios! Puedo tener sexo con otras mujeres y disfrutar de ellas, pero solo puedo dormir bien cuando es en ti en quien pienso, a quien creo tener entre mis brazos… pero hoy estoy solo y complemente jodido.

Se dijo en voz alta al tiempo que apartaba la vista de la cama y la anclaba en la ciudad, dejando que sus pensamientos viajasen en el pasado hasta ese tiempo que fue perfecto, dispuesto a aferrarse al mismo e intentar comprender por qué estaba como estaba.

Capítulo 10

Toscana, Italia – junio 2009

Alessandro llevaba apenas dos días en ese lugar y ya se sentía tan aburrido, que estaba pensando seriamente en regresar a Roma, no soportaba pasar todo el día observando a través de la ventana o caminando sin rumbo fijo, sin saber qué hacer en ese rincón perdido del mundo, donde todo era tan tranquilo que lo exasperaba, el día anterior lo había pasado tendido en su cama, apenas se levantó para comer algo e ir al baño, mientras que las ganas de hacer las maletas y emprender el regreso bullían en él.

La tarde caía cuando su panorama cambió de manera radical, su madre que lo conocía mejor que nadie, seguramente sospechaba de sus deseos de regresar y que no tardaría mucho en obstinarse, por ello envió a uno de los trabajadores de su abuelo con su caballo. La alegría que lo invadió cuando vio al trabajador de la finca, que traía a Misterio en el remolque lo hizo sentirse como un niño de diez años, cuando escuchó los relinchos de su caballo, que como siempre que era sacado de la hacienda, traía un carácter de los mil demonios.

—Está a punto de volcar el remolque del coraje que se trae, pero su señora madre insistió en que lo trajera.

Fueron las primeras palabras del hombre.

—Mi señora madre nos ha relegado a este lugar apartado de todos, créeme es justificado el coraje de Misterio… y el mío también, pero no te tomaré de paño de lágrimas, cuando Emilia Bonanzierri toma una decisión no hay fuerza que la haga desistir de ella, será mejor que llevemos a mi pobre animal a las caballerizas para que descanse y después pasamos a la casa, para que te tomes algo y me hagas compañía, me siento como en un monasterio, todo aquí es tan callado y aburrido… estoy a punto de volverme loco —mencionó caminando con el hombre hasta la parte trasera del remolque.

—Solo puedo quedarme un par de horas Alessandro, debo volver a la hacienda, tenemos a dos yeguas que están por parir y usted sabe que todas las manos dispuestas a ayudar son bien recibidas, sobre todo ahora que el viejo Antonio ya no tiene fuerzas para traer a los potros al mundo, pero no se da por vencido y sigue allí dando órdenes como si fuese un general, los chicos han comenzado a llamarlo Napoleón II, espero que no se entere sino más de una cabeza rodará.

—Es igual de terco y cascarrabias, así que el apodo le queda como anillo al dedo. —Dejó ver media sonrisa y sus ojos se llenaron de emoción cuando vio al bravío ejemplar que se encontraba desesperado por liberarse—. Tranquilo, ya has llegado… no puedo decirte que este lugar vaya a ser de tu total agrado, pero juntos la pasaremos bien… ahora relájate y sal despacio, no vayas a lastimarte —indicó mirando al animal y moviendo sus manos para atraerlo, este relinchó un par de veces como reclamándole por haber sido trasladado hasta allí y después avanzó para salir del remolque—. ¡Eso es! Buen chico… buen chico, ves que no era tan difícil, debes estar cansado, será mejor que vayamos hasta las caballerizas. ¿Le trajiste comida Giuseppe?

—Por supuesto joven, la suficiente para una semana, pero no tendrá problema con ello, ya contacté a una finca cercana y ellos me recomendaron a un proveedor, este lo estará visitando para atender todas las necesidades de Misterio —contestó con una sonrisa al ver lo tranquilo que se había quedado el animal en cuanto su dueño comenzó a consentirlo, vaya que era caprichoso

ese caballo.

Después de dejar al animal en las caballerizas y acondicionar todo para que estuviese cómodo, los hombres entraron en la casa que ocupaba, este preparó café y compartió un rato con Giuseppe, disfrutando de una cena ligera, hasta que el trabajador tuvo que emprender su regreso a la hacienda de los abuelos maternos del joven que quedaba a cuatro horas de ese lugar.

Alessandro había dormido prácticamente todo el día y no tenía sueño, se vio tentando a encender la televisión y enterarse de las teorías que debían estar formando con relación a su repentina desaparición, pero prefirió no hacerlo pues eso solo lo haría sentirse frustrado, se decidió por un libro, buscó en la biblioteca y encontró a uno de los autores favoritos de su madre, Mario Benedetti.

El libro de poesía estaba en italiano, pero le hubiese dado lo mismo si era en el idioma original del autor, ya que su uso del español era perfecto, lo había aprendido de la esposa de su tío quien era uruguaya y también amaba al poeta.

«El amor, las mujeres y la vida ¡Vaya título!»

Pensó Alessandro dejando ver una sonrisa.

—Veamos que tiene el señor Benedetti que decirnos sobre estos tres grandes problemas que enfrentamos los hombres —susurró abriendo el libro y concentrándose en este.

Serían poco más de las cuatro de la mañana cuando se despertó al escuchar los relinchos de Misterio, las caballerizas quedaban alejadas del conjunto de casas, pero él conocía muy bien a su caballo y sabía que se encontraba inquieto al verse en un lugar desconocido.

Se levantó sintiendo su cuerpo algo entumecido pues había caído rendido en el sofá del salón, se topó con el libro sobre la alfombra, lo levantó y lo puso en la mesa de centro, lo había leído casi completo y le había gustado, así que lo dejó cerca para continuar más tarde.

Salió para intentar tranquilizar a Misterio, llegó hasta la caballeriza temblando ligeramente, el aire de la madrugada estaba bastante frío a pesar de que ya se encontraban en verano, recibió con agrado el calor que colmaba el lugar y caminó hasta la cuadra donde se encontraba su animal, haciendo un berrinche de esos que acostumbraba.

—A ver Misterio… ¿Qué te sucede? ¿Por qué tan nervioso? —Le preguntó acariciándole la crin. El caballo respondió con un par de relinchos y se fue calmando de a poco para alivio de su dueño—. Sé que debes sentirte extraño, pero no debes temer, en este lugar estás seguro, yo estoy aquí… creo que te hace falta un poco de compañía, sí, debe ser eso, no es fácil verse tan solo de la noche a la mañana, créeme que te entiendo mejor de lo que puedas imaginar. —Suspiró cerrando los ojos y pegó su frente a la del animal en un gesto de unión que siempre habían tenido.

Debía admitir que no estaba acostumbrado a todo eso, que tanta calma y tanta soledad le hacía más mal que el bien que su madre suponía necesitaba gente a su alrededor, necesitaba sentirse… sentirse como antes, ser el centro de atención, no por vanidad o por falta de autoestima, sino porque esa había sido su vida desde hacía mucho y no podía ni quería cambiarla de la noche a la mañana.

Intentó alejarse del animal y regresar para descansar un poco, aunque el sueño lo había abandonado por completo, pero Misterio no lo dejó avanzar mucho, se puso inquieto de nuevo y a Alessandro no le quedó más remedio que permanecer allí.

—¿Qué tal si vamos a dar una vuelta? Eso nos haría mucho bien a ambos, aún es de madrugada… pero estos terrenos son iguales a los del abuelo, podemos defendernos y la luna está llena, ella nos marcará el camino. —Se encaminó a donde habían dejado su silla de montar.

Después de unos quince minutos ambos se encontraban recorriendo los hermosos parajes de

ese lugar, cabalgando por las colinas con total libertad, el aire helado de la madrugada se estrellaba contra el rostro de Alessandro sacándolo del estado de letargo en el cual se había sumido desde su llegada aquí, le revolvía el cabello desordenándolo, pegando la delgada tela de la camisa naranja que llevaba puesta a su cuerpo, sentía la adrenalina recorrerlo entero y eso le agradaba, le gustaba sentirse así de vivo.

∞∞∞

Tres días habían pasado desde el amargo encuentro con su vecino, Samantha había decidido retomar su rutina, se levantó muy temprano llena de ánimos, se puso uno de sus conjuntos deportivos, tenía muchos de ellos por lo que la pérdida del otro no era algo de lo cual debía lamentarse. Su costumbre de correr todas las mañanas y sus rutinas de Yoga y Pilates la habían llevado a tener un guardarropa donde los pantalones de algodón, lycra, chándal, los sujetadores deportivos, las sudaderas y las camisetas no podían faltar.

Después que estuvo a gusto con su apariencia bajó las escaleras casi corriendo y llegó hasta la cocina, se preparó un desayuno ligero que no se llevara mucho tiempo, eran las cinco y cuarenta de la mañana y no quería perderse el bello amanecer que ese lugar le regalaba.

Cuando salió el aire frío de la mañana la obligó a ponerse la chaqueta de boxeo que llevaba en la mano y que había tomado solo por la costumbre, ya que en Chicago el clima siempre era fresco.

Subió la cremallera hasta su cuello, ajustó un poco la coleta con la cual sostenía su cabello y se puso los auriculares de su iPod, de inmediato seleccionó de la lista de reproducción la carpeta de *Aerosmith*, la voz de Steven Tyler la hizo sonreír satisfecha, respiró profundamente y se dijo que esta sería una mañana perfecta, cuando de reojo pudo ver que su arrogante vecino no se hallaba por ningún lado y todas las luces de la casa se encontraban apagadas.

Esperaba que estuviese durmiendo y que no despertase hasta que ella lograse acabar con su rutina, para así evitarse la molestia de tener que toparse con él en las próximas horas.

El cielo comenzaba a pintarse de violeta a lo lejos y una suave brisa movía las plantas de trigo de un lado a otro, recorriendo después las amapolas que llenaban de color el campo con ese rojo intenso que poseían, embriagándola con su fragancia, trotaba feliz mientras la música la mantenía alejada de cualquier perturbación que pudiese venir del exterior, creando de esa manera un mundo perfecto y ordenado, en dos palabras: armonía absoluta.

∞∞∞

El sol comenzaba a mostrar sus primeros rayos pintando de suaves tonos lilas y rojos el cielo, desplazando el púrpura que cubría los valles de Toscana, en verdad era un hermoso paisaje y se podía apreciar mejor a lomos de su corcel Misterio, que a pie como lo había hecho días atrás cuando salió a conocer los alrededores, en ese momento todo le parecía igual, pero ahora podía ver que estaba lleno de maravillosos contrastes.

Se encontraba en lo alto de una colina y desde allí pudo ver una figura que se desplazaba con rapidez por el camino, enfocó su mirada y descubrió que se trataba de la americana, Samantha trotaba junto a la hilera de cipreses que bordeaban el sendero que llevaba al conjunto de casas, el mismo donde se suponía él casi la había atropellado a su llegada aquí, su ritmo era natural y

bastante fluido, al parecer esa era una rutina que llevaba a cabo con regularidad.

Aunque él no la había visto desde que saliese de su casa llevándose su conjunto de deporte, el mismo que aún se encontraba en la secadora, pues nada más por demostrarle que podía hacerlo, terminó lavándolo. Era evidente que la mujer se estaba empeñando en evitarlo y salió tan temprano para no topárselo.

—Debería darle una sorpresa… ¿Qué dices Misterio? ¿Te gustaría conocer la señorita Steinberg? —Le preguntó al animal con una sonrisa cargada de malicia.

Este relinchó apoyando la idea de su dueño y Alessandro se lanzó cabalgando rápidamente colina abajo para darle alcance, aunque sabía que no iría muy lejos, pero tenía curiosidad por conocer al famoso ciprés sesenta y cinco, la cual había sido testigo de su casi crimen; a medida que se acercaba podía divisar mejor la figura de la americana y esa vez no se cohibió en disfrutar de la misma.

Llevó a Misterio al trote para no delatar su presencia allí, al parecer ella no se había percatado de la misma y él deseaba que continuase de esa manera, al menos los minutos que sus ojos se ocupasen en deleitarse con el cuerpo femenino.

Tal cual lo imaginó tenía muy buena figura, piernas largas y torneadas, un trasero levantado y redondo, además, de fuerte, apenas si se movía ante su marcha y el pantalón negro de lycra que llevaba lo dejaba ver en todo su esplendor, era de esos modelos ajustados que usaban las entrenadoras de gimnasio y se volvían una segunda piel.

De pronto Alessandro se sintió con ganas de apoyarse contra ella, ver que tan bien se sentiría y, ¿por qué no? Masajearlo un poco, podía empezar a tocar desde los tobillos, pasando por las pantorrillas ejerciendo apenas la presión justa para irla dominando, sabía cómo seducir y consentir a una mujer, sabía lo que les gustaba.

La mayoría se derretía ante las caricias y modestia aparte, él era un experto en estas, no había mujer que se resistiese a sus manos, pero volviendo a ella seguiría por sus piernas, los muslos se notaban firmes y estilizados al mismo tiempo, le gustaban las piernas de esa mujer, pero eso no evitaría que continuase hasta detenerse en ese perfecto trasero que había captado su atención.

Samantha seguía feliz y desbordando energía hacia su meta, esta vez sumaria setenta cipreses, aunque tenía energías para continuar más allá, no rompería su rutina, jamás lo hacía, odiaba cuando algo llegaba y trastocaba lo que ya había planeado, le encantaba su vida ordenada, así que tal como hacía siempre. En cuanto llegase hasta esta se detendría a saborear unos minutos su logro y emprendería el regreso hasta la casa, cerrando una mañana perfecta si contaba con la fortuna de no encontrarse con el estúpido arrogante que tenía por vecino.

Cuando al fin alcanzó la señalada mentalmente se detuvo apoyándose contra ella, pero sin dejar de mover sus piernas para no sufrir algún calambre, ya el sol estaba cobrando fuerza por lo que llevó sus manos hasta la chaqueta y la abrió permitiendo con eso que la suave brisa refrescara su torso; necesitaba más así que se decidió por quitársela completamente quedando solamente con el sujetador deportivo que la cubría lo suficiente.

En su iPod sonaba a todo volumen *Jaded* de Aerosmith y no sabía por qué empezaba a encontrarle un significado distinto a esa canción, algo muy cercano a ella, un sentido que antes no había identificado y que estando en medio de ese lugar, alejada de todo lo que había representado su vida segura y organizada, empezaba a cobrar fuerza.

La canción hablaba de una mujer que al igual que a ella, le atraían las nuevas experiencias, pero que al mismo tiempo sentía miedo de dejarse llevar y terminar perdiendo su esencia… o quizás era así como ella se sentía. Se dio la vuelta para regresar y aun distraía en sus pensamientos casi muere del susto cuando vio delante de ella a un inmenso caballo negro que

parecía haber salido del mismísimo infierno, se replegó al ciprés casi hundiéndose en ella mientras la bestia seguía lanzado vapor por las fosas nasales.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó aterrada y de inmediato comenzó a temblar—¿Qué demonios? —preguntó en un hilo de voz, intentando alejarse un poco más.

—Tranquila… no se asuste, Misterio no le hará nada, tiene su carácter, pero es un caballero, jamás lastimaría a una dama.

Se había acercado demasiado a ella sin siquiera percatarse, hipnotizado, disfrutando de la vista que le había entregado también de su espalda cuando se quitó la chaqueta que llevaba puesta, apenas traía un sujetador de esos de ejercicios, del mismo color y material del pantalón, ya con la prenda que traía podía ver que tenía una cintura delgada, pero no pensó que a tal grado y además tan hermosa, parecía tallada a mano, lisa y uniforme, toda su piel se notaba tan suave.

Ahora sus manos habían cambiado sus deseos y quisieron viajar hasta esa cintura, envolverla y quedarse allí un buen rato, se hallaba realmente sorprendido con sus reacciones, como si fuese un chico de quince años que ve por primera vez a una mujer, como si no hubiese visto y tenido para escoger a las mujeres más hermosas de toda Italia.

—¿Usted de nuevo? ¿Pero qué demonios le pasa? Primero me lanza su auto y ahora viene con esta bestia y casi me la echa encima. ¿Acaso tiene un plan concreto para acabar con mi existencia? —Le cuestionó entre molesta y asustada, mirándolo a momentos, puesto que su mayor atención la tenía el animal frente a ella.

—Yo… ¿Un plan para asesinarla? Discúlpeme, señorita Steinberg, pero creo que su imaginación está por las nubes de verdad, ya me enteré de que es usted escritora y supongo que debe escribir mucho pues tiene una creatividad impresionante… al menos en lo que a delirios de persecución se refiere. —Le dijo con toda la intención de hacerla enfurecer, mientras sonreía con inocencia.

—¿Delirios de…? —No terminó la pregunta, no podía crecer que este hombre fuese tan imbécil—. Ciertamente su descaro no conoce de límites… ¿Podría al menos alejar a esa bestia de mí? Siento que va a hacerme daño de un momento a otro —pidió con la voz ronca, pero con ese aire de altanería que mostraba siempre con él.

—Si sigue llamándolo de esa manera, es muy probable que le arranque el cuello de un mordisco, verá es que le molesta que sean groseros con él, mi hermoso amigo tiene nombre y es Misterio, si lo llama por este y le pide con gentileza que se aleje de usted, tal vez lo haga —indicó con petulancia.

—Pero… ¡Es su caballo! Es usted quien debe controlarlo, no yo… si estuviésemos en América lo llevaría a la corte por esto, le pondría una demanda donde lo dejaría hasta sin calzoncillos —esbozó de manera nerviosa al ver como el animal comenzaba a olisquearla.

Alessandro dejó libre una carcajada que lo hizo estremecerse sobre el lomo de Misterio, no recordaba la última vez que alguien lo divirtió tanto como ella, le dedicó una mirada cargada de intensidad a la americana, disfrutando de la furia contenida en la mirada de ella.

—Señorita Steinberg, si lo que desea es quedarse con mis calzoncillos, nada más tiene que pedirlos, no es necesario que lleguemos a una corte e importunemos a un juez para ello. —Hizo que la burla fuese tan evidente en su tono de voz, que vio cómo se puso roja de la ira.

—¡Imbécil! —Le grito e intentó escapar de allí, pero el caballo movió su cabeza obligándola a resguardarse de nuevo.

—Si nos sigue insultando nos pondremos de mal humor y eso no le conviene, mejor intente relajarse que pone nervioso a Misterio. —Le advirtió con una sonrisa que desbordaba arrogancia.

—¡Solo quite a ese animal de mi camino! No me gustan los caballos, me ponen… nerviosa…

por favor —habló de manera entrecortada por el miedo, estaba a punto de llorar.

Alessandro pudo notar el cambio en ella ciertamente se veía temerosa, se sintió un estúpido por haberla intimidado de esa manera, si su madre lo viese le daría el sermón del año, despacio fue alejando a Misterio, un leve toque en los costados del caballo y el sonido de su voz dándole la orden bastaron para que estele dejase el camino libre.

—Gracias —masculló ella y esperó que estuviesen algo alejados para respirar aliviada y salir de su escondite.

—No debe darlas; por el contrario, permítame ofrecerle mis disculpas, no debí jugar con usted de esta manera, siento haberla asustado.

—Está bien. —Se limitó a responder Samantha y comenzó a caminar de prisa, quería correr, pero no podía mostrarse tan cobarde.

Alessandro la siguió con la mirada, manteniéndose en el mismo lugar, seguía sintiéndose apenado con ella, viendo las cosas desde la perspectiva de ella había sido un grosero, pero esa mujer lo exasperaba, saca lo peor de él.

Sin embargo, no debió amenazarla con su caballo, bueno tampoco fue que le lanzó a Misterio a la yugular como dijo, simplemente le pareció divertido asustarla un poco, al parecer a ella no le había hecho nada de gracia, dejó libre un suspiro y golpeó ligeramente los costados de su caballo para ir tras ella.

—Si desea puedo llevarla. —Le sugirió en tono amable.

—No gracias, puedo caminar… se suponía que eso estaba haciendo, pero una vez más… —Samantha se detuvo, no estaba de ánimos para comenzar una nueva pelea con ese hombre.

—Yo la interrumpí, puede decirlo… es la verdad, lamento haberlo hecho, parecía muy entretenida en lo que hacía, puede continuar, yo no tengo ningún problema por ello.

—No es que me detenga por usted, me da igual si está o si no, el problema es su caballo, si comienzo a correr puede descontrolarse y correr tras de mí —confesó sus temores, unos bastante infantiles, pero que la habían perseguido desde hacía mucho.

—A menos que sea usted una yegua. —Alessandro reía mientras ella lo miraba furiosa—. Misterio no la atacará, es un animal con mucho temperamento, pero está muy bien educado y jamás lastimaría a una dama, solo sentía curiosidad cuando la vio, eso es todo, vamos no sea terca, la llevaré hasta la casa —agregó extendiéndole la mano.

—Señor Bonanzierri, muchas gracias por su ofrecimiento, pero la respuesta es no, prefiero seguir caminando, además no me gustan los caballos ya se lo he dicho, ahora por favor podría solo seguir con su camino y dejarme. —Pidió mirándolo seriamente.

—Como desee, haga de cuenta que no estamos aquí, siga con su rutina señorita —pronunció con indiferencia.

Ella lo miró con desconfianza, pero no dijo nada, si él quería que le diese alguna respuesta sarcástica para empezar de nuevo, se quedaría con las ganas, elevó su barbilla con dignidad, se puso la chaqueta de nuevo notando el especial interés que parecían haber despertado sus senos en el italiano, pues de un momento a otro se había quedado en silencio, solo mirándola. Él sonrió ante su gesto, confirmándole que estaba en lo cierto, dejó libre un suspiro y se volvió dando la espalda al tiempo que llevaba los auriculares hasta sus oídos y una vez más la voz líder de Aerosmith la atrapaba.

Se concentró de nuevo en su rutina, poco a poco apresuró el paso hasta que comenzó a trotar de nuevo, pero a medida que la canción avanzaba sentía unas ganas enormes de volverse y averiguar, solo por curiosidad si verdaderamente el italiano la había dejado como ella le había pedido o si seguía tras ella maquinando alguna nueva estrategia para hacerla rabiar. La verdad no

entendía porque se comportaba de esa manera tan infantil, por lo que podía deducir era un hombre adulto, puede que no llegara a los treinta, pero debía tener unos cuatro o cinco años más que ella.

Era tan arrogante y odioso, como si fuese el dueño del mundo, como si tuviese el poder de manejarlo todo a su antojo, era cierto que era bastante atractivo, tenía hermosos ojos y unos labios que incitarían a perderse en ellos, a besarlos y besarlos hasta que pudiese grabar la sensación en su memoria, a sentirlos de nuevo con solo recordarlos… *¡Sam, cálmate!* Se gritó mentalmente.

Solo es guapo, sus rasgos en general eran tan masculinos, pero ella había conocido a hombres igual de guapos que él, no, la verdad era que no había conocido a uno como él. Todas las mujeres que le dijeron que no había hombres más hermosos que los italianos tenían razón, la mayoría eran atractivos, aunque siempre había sus excepciones, pero todo eso palidecía ante la actitud tan déspota e infantil del Bonanzierri.

No pudo resistirse un segundo más y miró por encima de su hombro, pudo ver como él venía a paso lento tras ella y le regaló una sonrisa en cuanto se percató que se había vuelto para verlo.

Samantha intentó ignorarlo y seguir, podía demostrarle que era indiferente a cualquier provocación que pudiese hacerle, pero fue poco lo que duró su convicción, a mitad de camino se volvió completamente.

—¿Qué hace? —preguntó con reproche, llevándose las manos a la cintura y mostrando una actitud desafiante.

—Dar un paseo como hace usted, disfrutar del paisaje, del aire fresco de la mañana, de la vista —enumeró con la misma sonrisa arrogante que siempre lucía, recorriéndola con la mirada.

—Pues váyase a otro lado, el terreno es extenso y seguramente encontrará algo mejor que ver… —decía, pero él no la dejó continuar, haciendo su sonrisa más amplia habló.

—Eso lo dudo, señorita, la encuentro a usted mucho más interesante, pero por favor no se interrumpa por mí, continúe —pidió e incluso hizo un ademán ordenándoselo.

—¿Por qué hace todo esto? ¿Qué gana con incomodarme? —inquirió Samantha con molestia.

—¿La incómodo acaso? —preguntó él elevando una ceja.

—¡Sí! Lo hace y se nota que lo disfruta muchísimo —contestó mirándolo a los ojos, dispuesta a enfrentarlo.

—No disfruto incomodarla, pero no puedo decir que no lo haga intimidándola. —Mostró con esa sonrisa ladeada y sensual.

—¿Intimidarme? ¿Usted a mí? —Lo interrogó sonriendo.

—Sí, yo a usted —dijo sin dejar de sonreír.

—¡Ah, por favor! ¿Quién se ha creído? ¡Marcello Mastroianni! —Expuso mirándolo divertida —. No, quizás se crea ¡Al Capone! —Esta vez reía descaradamente.

—Ni él uno, ni el otro… pero… —Se detuvo para descender del caballo y con paso lento y seguro se acercó a ella—. Debe admitir que la pongo nerviosa, siempre está tratando de huir de mí, no ha salido de la casa que ocupa desde que llegué y lo hizo esta mañana muy temprano para evitar un encuentro conmigo, es demasiado evidente, señorita Steinberg… ahora mi pregunta es… ¿A qué le teme? —inquirió mirándola a los ojos.

Ella comenzó a reír hasta que los ojos le lloraron, tuvo que llevarse una mano al estómago para poder controlarse un poco; el ego de ese hombre estaba por los cielos. ¿De verdad se creía tan irresistible? La palabra intimidación no había pasado por su cabeza en ningún momento, solo le resultaba desagradable su presencia, quería estar sola, le gustaba estarlo, no estaba huyendo de nadie, ni tenía miedo de… ¿De qué? ¿Acaso pensaba que se había mantenido lejos de él por

temor a caer rendida a sus pies?

—¿De qué se ríe? —preguntó un tanto molesto.

—De lo absurdo de sus aseveraciones, créame ,señor Bonanzierri, está usted muy lejos de ser el tipo de hombre que pueda intimidarme, claro en caso que existiese alguno, ese sería mi padre que es militar y tan obstinado que no hay manera de no sentirse intimidada ante él, pero con usted… simplemente no lo sé, lejos de que casi me atropella con su auto y querer lanzarme a su caballo encima, no ha hecho nada que pueda hacerme al menos temblar, lamento enormemente herir su ego… bueno en realidad no lo lamento en lo más mínimo, tal vez así aprenda que no es un Dios, sino un simple mortal como cualquier otro, que como usted hay montones y ponga los pies sobre la tierra, ahora con su permiso tengo que continuar con mi rutina —expresó de manera triunfal con una gran sonrisa.

El rostro del italiano era digno de ser enmarcado, lo había herido donde más le dolía y no sabía aún por qué, pero esta sensación de haberlo puesto en su sitio le gustaba, la llenaba de una gran satisfacción, se sentía vengada, después de todo lo merecía por haberla asustado con ese animal que era igual de arrogante y grosero que él, claro tenía a quien salir.

Ella no era del tipo de mujeres que se dejaba deslumbrar por una cara de portada de revista o un cuerpo de campaña de ropa interior, ya de esos había conocido a muchos e incluso había salido con algunos de ellos, por ejemplo su ex, era un hombre que ponía a temblar las rodillas de cualquier mujer, y si ella: Samantha Steinberg se había dado el lujo de mandarlo al carajo, sin importarle su cuerpazo, su rostro atractivo, ni lo súper dotado que estaba; pues mucho menos le importaba poner en su sitio a ese arrogante italiano.

Ese hombre estaba completamente equivocado si creía que su belleza, aunque innegable, lograría volverla una marioneta, eso jamás le sucedería.

Se volvió mostrando su gran sonrisa triunfadora, había perdido el miedo al caballo, había dejado de sentirse incómoda ante la presencia de ese hombre, se sentía liberada, comenzó a tararear la canción, disfrutando de la voz de Steven Tyler que amenizaba a la perfección el momento con *Crazy*, y una osada idea cruzó su cabeza, giró sobre sus talones y empezó a entonar la canción para el italiano.

—***That kinda lovin' turns a man to a slave. That kinda lovin' sends a man right to his grave… I go crazy, crazy baby, I go crazy. You turn it on, then you're gone… Yeah, you drive me crazy, crazy, crazy for you baby… What can I do, honey? I feel like the color blue.***

Alessandro se quedó pasmado al escuchar como ella lo menospreciaba, como se burlaba de él con tanto descaro, jamás ninguna mujer se había atrevido a hablarle así, él tenía legiones de fanáticas, decenas de actrices que se desvivían por llamar su atención, modelos, cantantes, presentadoras…

Podía pasar todo el día nombrándolas una a una, no, no era un Dios, pero seguramente era mucho mejor que cualquier otro que esa condenada mujer hubiese conocido en su vida, y justo ahora se juraba que se lo demostraría, lo haría y después disfrutaría muchísimo haciéndola tragarse sus palabras, ya vería Samantha Steinberg quien volvería loco a quien.

Tensó la mandíbula soportando la burla y la vio alejarse tan radiante como el sol de esa mañana, completamente feliz y dejándolo a él allí totalmente frustrado. Subió a su fiel amigo con destreza mientras la seguía con la mirada, azotó con un toque y el caballo reaccionó de inmediato a la demanda de su dueño y después de relinchar se lanzó con poderío.

Segundos después pasó junto a ella como una flecha, disfrutando cuando la vio saltar a un lado y al escucharla ahogar un grito, mientras una nube de polvo la envolvía, eso era la guerra y podía asegurar que no sería él quien terminaría perdiéndola, Samantha Steinberg lamentaría haberlo

tratado de ese modo, lo haría o él dejaría de llamarse Alessandro Bonanzierri.

Capítulo 11

Después de pasar casi una semana encerrada en su casa intentando escribir, sin haberlo conseguido, se sentía frustrada, así que pensó en salir a dar un paseo, pero no en Florencia u otras de las localidades cercanas, sino en algunos de los hermosos paisajes que los alrededores le brindaban, había descubierto en uno de sus paseos un hermoso río que atravesaba parte de la llanura que bordeaba la propiedad de los Codazzi, se maravilló ante un puente de piedra que lucía como sacado de un cuento de los hermanos Grimm, era precioso y aprovechó para tomar algunas fotos a éste, desde la hermosa vista que le ofrecía su punto más alto.

Ese día el sol comenzaba a caer y no pudo descubrir que más podría encontrar al otro lado del río, puesto que no era buena idea alejarse mucho ya que no conocía muy bien el terreno, pero de inmediato optó por hacerlo al día siguiente.

Eso la había llevado a preparar una cesta con comida, unos libros, una manta a cuadros que encontró en uno de los armarios y a ponerse su bañador en caso de que encontrase un lugar apropiado para nadar un rato, los días comenzaban a ser calurosos y sumergirse en las frescas aguas de ese río que había descubierto, seguramente le sentaría estupendamente.

Llevaba casi una hora siguiendo el curso de las aguas, cuando estas comenzaron a internarse en el paisaje que había cambiado, ya no eran llanuras extensas, sino pequeños bosquecillos con árboles de una altura considerable, algunas pendientes creadas quizás por el mismo afluente del río, que ahora corrían con mayor fuerza a través de piedras creando hermosos saltos de aguas y pozos poco profundos.

El terreno se volvió aún más irregular y en solo minutos se vio bajando una suave colina, perdiendo de vista el curso de agua, pero cuando sus ojos lo encontraron de nuevo, quedó maravillada ante el espectáculo, una serie de cascadas caían desde una altura que no debía poseer más de diez metros y creaban una laguna de aguas bastante calmadas, por lo que Samantha pensó que no debía ser peligrosa y podía perfectamente nadar un rato en esta.

Con una gran sonrisa se acercó un poco más y para ubicar un lugar donde pudiese dejar las cosas mientras se bañaba, lo encontró muy cerca de la orilla, era un espacio bastante plano y limpio de maleza, seguramente alguien lo había acondicionado de esta manera, lamentaba no ser la descubridora de ese regalo de la naturaleza, pero agradecía a quien lo había limpiado.

Después de acomodar la cesta sobre un tronco tumbado junto a una gran piedra que debía servir de mesa, tendió la manta con cuidado y se quitó las sandalias, entusiasmada como una niña, deseaba meter sus pies en el agua.

—¡Está helada! —exclamó estremeciéndose un poco, pero rápidamente se acostumbró entre chapoteos.

Sacó su ejemplar de ***La cartuja de Parma***, de *Stendhal*, que había comenzado a leer dos días atrás y tomó un melocotón de la cesta, se acomodó para reposar un rato antes de meterse al agua.

«La duquesa no volvía de su asombro; de haberle visto pasar por la calle no le habría reconocido; le encontraba lo que efectivamente era, uno de los hombres más guapos de Italia; sobre todo, tenía una fisionomía encantadora»

Samantha dejó ver una sonrisa ante esas líneas, la misma que se borró al ser consciente que la imagen que se atravesaba en su cabeza no era otra que la del actor, el hermoso y arrogante

Alessandro Bonanzierri, esa misma que le había entregado días atrás cuando paseaba con su imponente caballo negro.

Cerró el libro de golpe y también los ojos mientras movía su cabeza en señal de negación para liberarse del recuerdo del italiano; era cierto que cuando lo vio cabalgar con tal destreza sobre el semental. Sus ojos no pudieron evitar quedarse prendados en él y hasta un suspiro arrancó de su pecho, sería una gran mentirosa si negaba que en ese instante el hombre le pareció sumamente atractivo e interesante, pero de allí a compararlo con Fabricio del Dongo, había mucho trecho.

—Sam, por favor no vayas a salir ahora con que te está gustando ese hombre, eso sería lo último que puedes permitirte… ¿Te imaginas cuánto crecería su ego si algo así sucede? Quedarías en ridículo delante de él… no, eso no. ¿Puedes siquiera imaginar cuánto disfrutaría sabiendo que logró su objetivo de hacerte caer rendida a sus pies? —Se cuestionó en voz alta—. ¡No! definitivamente tienes que desechar esa idea de inmediato, más después de haberle bajado el ego de golpe como lo hiciste, no puedes decirle un día que no te atrae en lo absoluto y después andar suspirando por él, en Italia hay miles de hombres guapos y seguramente más modestos, sin ese aire de presunción que él posee, si vas a fijarte en un italiano que sea cualquier otro, pero menos Alessandro Bonanzierri —sentenció con firmeza a su subconsciente.

Se puso de pie y se quitó la ropa, luego se acercó el agua le llegó a las rodillas, comprobó que estaba helada, su piel se erizó y su cuerpo se estremeció, hizo varias respiraciones para aclimatarse un poco, mientras sus ojos comenzaron a pasearse por la laguna, estudiando cual era el mejor lugar para lanzarse, aunque la caída enturbiaba un poco el agua y no podía calcular con exactitud qué tan profundo estaba, eso tampoco le infligía temor, pues era una nadadora experta.

Sin embargo, quedaban los remolinos que podían apreciarse en la superficie, pero no eran de gran tamaño, así que respirando profundamente se metió un poco más topándose con una gran piedra que estaba enterrada en el suelo, se subió para tener mejor impulso, planeaba lanzarse rápidamente para hacer menos incómodo el impacto que le provocaría la temperatura del agua.

—Vamos, Sam, no eres una niña de cinco años, tampoco es que estas sean las cataratas del Niagara. —Se dijo para infundirse valor.

Inhaló profundamente llenando sus pulmones, pensaba que quizás no era tan conveniente lanzarse a nadar sola en ese lugar, pero no desistiría de hacerlo, nunca había sido una cobarde y no empezaría ese día, estaba por lanzarse cuando una voz a su espalda la detuvo.

—¿Piensa meterse al agua o se quedará como una estatua?

Alessandro llevaba unos diez minutos en el lugar, pero se había mantenido escondido junto a Misterio, contaba con la suerte que su caballo era igual de curioso que él y más parecía un felino entre la maleza cazando una presa, que un equino cualquiera. Pudo disfrutar con total libertad del espectáculo que le ofreció la americana mientras se desvestía, y a cada pedazo de piel que ella dejaba al descubierto, los latidos de su corazón aumentaban.

Le resultaba absurdo sentirse así o el solo hecho de estar allí espiando a esa mujer, como si fuera un adolescente que por primera vez ve a una mujer desvestirse. Sin embargo, no podía apartar su mirada de ella, ni controlar esa sensación que lo recorría, era deseo, podía identificarlo perfectamente, pero no podía creer que solo esa visión lo despertara en él.

Tenía que tomar la situación en sus manos, así que le dejó ver que se encontraba allí y la mejor manera de hacerlo fue escudándose en el sarcasmo, por nada del mundo le haría notar que su imagen lo había perturbado como si fuera un estúpido mocoso, un hombre de su experiencia jamás se portaría así, en realidad un hombre como él la seduciría y justo eso planeaba hacer, quizás y había llegado la hora de tener ese baño juntos.

Samantha se sobresaltó al ser consciente de la presencia del italiano allí, logró mantener el

equilibrio sobre la piedra, pero el tono burlón de él había hecho que su estómago se encogiera en una sensación bastante desagradable, o al menos eso quiso hacerse creer. La verdad era que esa voz ronca le provocaba muchas cosas, menos desagrado. Pensó que primero muerta antes que demostrarle que eso le ocurría, así que aferrándose al fastidio que le provocaba encontrarlo de nuevo elevó el rostro al cielo y dejó libre toda su molestia.

«¡Dios! ¡Por favor, señor, dime que esto no es verdad! No puedo creerlo, de verdad no puedo creerlo ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Acaso este condenado hombre no tiene nada más que hacer que intentar arruinar mis vacaciones? ¿Vino hasta aquí con ese único fin? ¿Cómo demonios me encontró?»

Igual no podía dejar de sentirse frustrada y juraba que se pondría a llorar y hacer berrinches como una niña de un momento a otro, respiró tomando todo el aire posible y lo soltó lentamente armándose de valor, abrió los ojos y se giró despacio para no resbalar y terminar cayendo aparatosamente al agua.

—*Buongiorno, signorina.* —Saludó con una amplia sonrisa.

Samantha se quedó muda unos segundos mientras lo veía, esa sonrisa hizo que algo revoloteara dentro de su estómago, una sensación como aquella que sintiese cuando su profesor de historia y de quien se creyó enamorada durante la adolescencia, le producía cada vez que le sonreía en clases cuando ella daba una respuesta correcta. Pero había algo más, la postura gallarda de Alessandro Bonanzierri que lo hacía lucir tan guapo, también había hecho que su corazón comenzase a latir rápidamente y su respiración se agitase a consecuencia de ello.

Él llevaba una camisa verde, los antebrazos estaban al descubierto mostrando los músculos que los marcaban, ese tendón que resaltaba creando un relieve muy masculino, y a Samantha le atraía tanto en los hombres, el jean desgastado también le daba una visión privilegiada de las largas y gruesas piernas del italiano, finalizando con unas botas estilo militar que eran el broche de oro de la vestimenta.

Traía el cabello ligeramente desordenado seguramente por haber cabalgado, su tono de piel comenzaba a tomar un bronceado muy atractivo por el tiempo de exposición al sol que había tenido desde su llegada, haciendo resaltar el castaño de su cabello y el azul zafiro de sus ojos, así como el blanco perfecto de su dentadura que justo ahora se mostraba como la de un modelo de anuncio de dentífrico.

Él no fue ajeno a la reacción que provocó en ella, después de todo había pasado toda su vida provocando reacciones de ese tipo en las mujeres, consciente de sus armas sabía perfectamente cómo usarlas, así que preparó toda su artillería. La sonrisa en sus labios se congeló al ser consciente que no había traído con él, un maldito preservativo.

—¿Cómo me…? ¿Qué hace usted aquí? —inquirió ella una vez que encontró su voz, aunque no sonaba tan segura como deseaba, por el contrario, era como si se hubiese atragantado.

—Lo mismo que usted, disfrutando de mis vacaciones, claro está que yo no soy un cobarde que pasa media hora pensando si lanzarse al agua o no —respondió con toda la intención de molestarla.

Puede que no pudiera tener sexo con ella hoy, pero al menos se aseguraría de abonar la mitad del terreno, le daría algunos besos, primero en esa boca tan hermosa que tenía y que lo había retado con descaro, después lo haría en el cuello, los senos, los hombros.

Sintió como su cuerpo comenzaba a reaccionar a sus fantasías y decidió parar en ese momento, debía ir despacio para no dejarle clara sus intenciones a la escritora o terminaría rebotándolo una vez más.

—Yo no soy ninguna cobarde y no tengo media hora parada aquí no sea exagerado, mi

pregunta era… ¿Cómo logró dar con este lugar? Está muy alejado de la propiedad de los Codazzi.

—Lo encontré hace dos días y la distancia no es mucha, yo llegué aquí en veinte minutos con Misterio, pero supongo que a usted le llevo más tiempo por hacerlo a pie… —contestó con media sonrisa.

La misma que ocultaba su mentira, en realidad había salido con toda la intención de seguirla, no deseaba admitir que se había sentido preocupado, cuando ayer en la tarde veía que se acercaba la noche y ella aún seguía fuera, incluso se había hecho a la idea de tener que salir a buscarla junto al esposo de Tina y su nieto si llegaba a oscurecer.

La americana lo había mantenido durante varios minutos asomándose por las ventanas a la espera que apareciera, y cuando al fin la vio llegar con semblante feliz, cámara fotográfica en mano y ese gracioso sombrero que usaba, respiró aliviado. Sin embargo, ella nunca se enteraría de eso, nadie nunca se enteraría de eso, porque había sido lo más ridículo que él había sentido en su vida, preocuparse por una persona tan antipática y arrogante como ella era una completa locura. Alejó de su cabeza el recuerdo y prosiguió con su respuesta.

—En cuanto a lo primero, sigo pensando que tiene miedo o de lo contrario ya se habría metido al agua, el día está demasiado caluroso como para permanecer fuera de ella por mucho tiempo —contestó llevándose las manos a los botones de su camisa para deshojarlos.

—¿Qué hace? —preguntó Samantha al ver algo que era evidente, pero que ella se negaba a creer.

—¿Qué cree usted señorita Steinberg? —inquirió con una sonrisa ladeada mientras abría su camisa y movía sus hombros para quitársela.

Ella tembló ante esa imagen, fue apenas perceptible en el exterior, pero por dentro estremeció cada fibra de su ser, no podía despegar sus ojos del torso desnudo y hermoso del italiano.

—Este río debe tener varios kilómetros de largo y usted viene precisamente a bañarse en este lugar… no, la verdad no me lo puedo creer. —mencionó frunciendo el ceño, retomando su postura.

—Es un sitio hermoso. ¿No le parece? —preguntó paseando su mirada por la figura de ella, sin siquiera disimular, al tiempo que sonreía.

Y excitante hubiera agregado con gusto, pues se refería más a ella que al lugar, en verdad tenía una figura capaz de volver loco a cualquier hombre, pechos firmes y llenos, cintura delgada, caderas anchas y unas piernas por las que mataría con tal de que lo envolvieran.

Una vez más la imagen de Samantha Steinberg aferrada con sus piernas a él, envió descargas directas a su entrepierna.

—Sí, lo es—contestó mirando el torso desnudo del italiano, que era sencillamente perfecto, la había dejado alucinada como chica de quince años, una vez más se recompuso y se irguió en una actitud arrogante—. Sin embargo, hay seguramente muchos lugares como este a lo largo de todo el río y teniendo usted un medio para moverse más deprisa, creo que sería muy gentil de su parte si me dejara disfrutar de la soledad tal como planeaba —agregó con altivez.

—Lamento no poder complacerla señorita, pero he decidido quedarme aquí, he recorrido gran parte del cauce del río y no he visto uno igual, así que no pienso prescindir de éste… tampoco Misterio se ve muy dispuesto a hacerlo, así que si tiene algún tipo de problema con nuestra presencia puede marcharse, es su decisión —lanzó el reto, sabía que ella lo aceptaría, se quitó las botas y las dejó sobre una piedra.

Samantha se quedó muda ante la desfachatez de aquel hombre, ella había llegado primero allí, tenía todo dispuesto para pasar un día agradable en la única compañía de su libro y ahora él venía

una vez más a arruinarlo todo, se sentía tan furiosa que quería gritar, pero en lugar de ello respiró profundamente y se dispuso a salir del agua, no tenía por qué verse obligada a soportarlo solo porque él lo deseara; con pasos seguros se dirigió hasta donde se encontraba.

Alessandro se sintió desconcertado, suponía que ella aceptaría su juego, pero la muy condenada lo estaba dejando una vez más allí, con la palabra en la boca y esas ganas de tomarla entre sus brazos y besarla hasta que le rogara para que nunca más dejara de hacerlo. Que lo jodieran si se lo permitía, esta vez no se le escaparía como había hecho las dos veces anteriores.

—¿Siempre se rinde tan rápido? —Le preguntó, cuando pasó a su lado sin siquiera mirarlo.

Ella se dio media vuelta y lo enfrentó con esa actitud retadora que extrañamente parecía agradarle mucho a él, pues siempre andaba provocándola, se llevó las manos a la cintura y aguardó en silencio a que él dijese algo más, pero también se mantuvo callado y sin dejar de mirarla a los ojos se despojó del jean que traía.

Samantha estaba teniendo una lucha a muerte contra su instinto de mujer que le exigía bajar la mirada y ver al italiano, ciertamente una parte de ella se moría por hacerlo y para su desgracia eso comenzaba a ir más allá de la curiosidad, la actitud arrolladoramente segura de él la atraía, la seducía, pero su orgullo la hizo mantener la mirada clavada en los ojos de ese azul tan intenso que él poseía.

Mientras se desvestía pensaba en la posibilidad de robarle un beso, sería la primera vez que lo hacía, jamás se había visto en la necesidad de obtener de esa manera un beso de una mujer, la mayoría prácticamente se lo rogaba, pero tratándose de la americana y solo por doblegar su orgullo, esa sería una primera vez que disfrutaría mucho, antes de ello quiso atizar un poco más el fuego en esa mirada.

—Ya decía yo que era una cobarde. —Mostró esa sonrisa de medio lado que sabía era uno de sus rasgos más provocadores.

Samantha no dijo nada, no caería en su juego, pero tampoco dejaría que él siguiese burlándose de ella a su antojo, pasó una vez más a su lado empujándolo con su cuerpo para abrirse camino, apenas fue consciente de ese toque casi eléctrico que sintió cuando sus pieles se rozaron un segundo, y se metió de nuevo en el agua, esa vez no evaluó nada, no pensó en si sería seguro o no, se subió a la piedra y después de inhalar profundamente se lanzó al agua.

¡Condenada mujer! Pensó cuando vio que ella una vez más se le escapaba quitándole la posibilidad de tener de una vez por todas esa pequeña y deliciosa boca. Su reacción fue tan rápida que apenas le dio tiempo a él para sentir el roce de su piel y disfrutar de su imagen mientras se acercaba al agua, antes de verla lanzarse.

Su molestia por haberla perdido se esfumó y una sonrisa se dibujó en sus labios, después de todo ella había aceptado su reto, animado se metió también al agua, dispuesto a ir por el segundo asalto.

Samantha se estremeció ante el impacto que le produjo la temperatura del agua, la entumeció y apenas la dejó pensar, sintió como todo su cuerpo se contraía y buscó de inmediato salir a la superficie que para su suerte no estaba muy lejos, la laguna no era profunda, unos dos metros, tres cuando mucho.

—¡Demonios! ¡Está helada! —exclamó más por instinto que para informarle al italiano.

Mientras movía sus manos para mantenerse a flote y tomaba aire, sus labios se pusieron más rojos y sus mejillas se sonrojaron, además sintió como sus pezones se endurecían ejerciendo presión contra la tela del traje de baño. Se volvió para no clavar su mirada en el hombre frente a ella que la observaba con una gran sonrisa, apenas un vistazo al cuerpo de él y sintió como algo se estremecía en su interior, una reacción completamente absurda pues no era la primera vez que

veía a un hombre así y tampoco era que él estuviese desnudo, llevaba un short a cuadros que le llegaba a mitad de los muslos, igual tuvo que admitir que tenía de que alardear.

«¡Está buenísimo! Condenado abdomen se gasta y las piernas… ¡Que rabia no pude verlo bien! Con razón se cree aquello de "Todas se derriten al verme" pero no le daré el gusto de ser una más de la lista, aunque ¿Qué perderías Sam? "El orgullo no lo es todo en la vida", recuerda las palabras de tu abuela favorita, quizás… es decir, si lo analizas bien… ¡No! ¿Qué demonios estás pensando?»

Se cuestionó en silencio y se sumergió una vez más, queriendo con eso no solo rechazar la idea, sino también evitar que el actor descubriese lo que rondaba su cabeza; no podía quedarse toda la vida bajo el agua así que tuvo que salir a la superficie de nuevo, pero esta vez lo hizo un poco más lejos de la orilla.

—¿Le parece que el agua está helada? —preguntó Alessandro que se había parado en la misma piedra que ocupase ella minutos atrás, Samantha no respondió y él dejo que su sonrisa se hiciese más amplia —. Pobre señorita Steinberg, ojalá nunca le toque bañarse en las del Piamonte, esas sí que son frías… estas están prácticamente como agua de tetera —agregó burlándose de ella de nuevo.

Samantha no supo que la hizo actuar de esa manera, pero comportándose exactamente como una niña, comenzó a lanzarle agua al italiano para que viese que ciertamente estaba fría y que ella no exageraba. De inmediato él se estremeció ante el choque del agua con su cuerpo, puso las manos por delante para evitar el ataque, pero fue muy poco lo que pudo hacer, ella lo hacía con saña y lo había empapado casi por completo.

—¡Basta! ¿Acaso quiere ahogarme? —Le reclamó mostrándose serio y al ver que ella seguía, se agachó hasta quedar de cuclillas y también empezó a lanzarle agua con ambas manos para tomar más cantidad.

—¿Quién era él que decía que era agua de tetera? Se estaba poniendo morado. —Reía escapando del ataque.

—Se cree muy graciosa, ¿verdad? —inquirió Alessandro mientras se retiraba el agua del rostro y se acomodaba el cabello.

Ella solo se encogió de hombros y le entregó una amplia sonrisa, no estaba preparada para un ataque más frontal y eso justamente era lo que el actor haría segundos después cuando se lanzó al agua, ella intentó escapar, pero él la tomó por el tobillo sumergiéndola.

Samantha sintió el fuerte y seguro jalón que la llevó muy profundo en la laguna, pero de inmediato su sentido de supervivencia la hizo reaccionar luchando contra él y nadó hacia la superficie, Alessandro la dejó libre y ella logró tomar aire.

—Las personas inteligentes siempre saben a cuáles adversarios enfrentarse y a cuáles no señorita Steinberg —dijo con arrogancia.

—Y las astutas no le temen a ningún adversario, por muy fuerte que este sea o parezca ser. —Ella mostró la misma postura.

Antes que Alessandro pudiera descubrir el próximo movimiento de Samantha, ella se había sumergido haciendo que la perdiera de vista, cuando quiso descubrir donde se encontraba, ya se estaba colgando de sus hombros y lo estaba sumergiendo, poniendo todo su peso en él.

Alessandro se vio llevado a lo profundo de la laguna en solo segundos, y aunque era mucho más fuerte que ella, el factor sorpresa había actuado en su contra, dándole ventaja a ella, pero no por mucho, cuando logró concentrarse la jaló de los brazos y la llevó frente a él, la envolvió en un fuerte abrazo y de ese modo ambos salieron una vez más a la superficie.

—Con que muy astuta ¿no? —cuestionó haciendo más fuerte la presa alrededor de ella—.

Pues déjeme decirle señorita Steinberg que muy pocas veces la astucia le gana a la fuerza bruta y esta no es una de ellas —agregó con toda la arrogancia de la cual podía hacer gala.

Cerró sus brazos en torno a ella, aunque luchara no podía escapar, la calidez y la suavidad de su piel le agradó, pero mucho más lo hizo tenerla tan cerca, sentirla vibrar, a momento, deseando que fuera por él y no por la temperatura del agua, a decir verdad, sí estaba fría.

—¡Usted empezó! —Le reprochó aún consciente que estaba sonando como una niña malcriada.

—Y usted continuó, así que creo que estamos a mano. —Señaló con su mirada en la de ella y después bajó a sus labios.

—Bien, ahora suélteme. —Su voz sonó demandante y no sumisa, quizás por eso él la mantuvo igual.

Samantha sentía los brazos de aquel hombre como una camisa de fuerza alrededor de ella, no era que alguna vez hubiese usado una, pero siendo escritora suponía que esa debía ser la sensación, sentirse oprimida, asfixiada, sofocada… pues a pesar de lo fría que estaba el agua ella comenzaba a sentir una especie de calor que la estaba sofocando. Su respiración se aceleraba a cada minuto, así como los latidos de su corazón, y podía jurar que entraría en pánico si él no la dejaba libre en ese instante.

—Lo haría, si no me sintiese tan cómodo, este pequeño pero maravilloso sentido de poder sobre usted es realmente agradable, desde que nos conocimos siempre se la ha pasado rehuyendo y ahora que al fin la tengo justo donde quería y que sé que no puede escapar, lo último que haré será soltarla —respondió con un brillo perverso en la mirada.

—Señor Bonanzierri le advierto que, si desea dejar descendencia, será mejor que me suelte ahora mismo, recuerde que soy hija de un militar y sé muy bien cómo defenderme. —Lo amenazó clavando su mirada en los ojos azules para que supiese que hablaba en serio.

—Buen punto… aunque no creo que tenga la libertad suficiente para asestarme un golpe. Sin embargo, un hombre siempre debe cuidarse y más uno como yo, que aprecia mucho lo que tiene, imagínese el desconsuelo que algo así ocasionaría en las mujeres.

La sonrisa arrogante que acompañó esa declaración fue la estocada final, pudo ver cierto sonrojo en ella que le encantó y ahora podía asegurar que terminaría teniendo a esa mujer, había lanzado el anzuelo y Samantha Steinberg lo había picado, tener sexo con ella solo sería cuestión de tiempo, quizás horas, días a lo sumo.

Samantha abrió la boca sorprendida ante el grado de arrogancia de ese hombre, de verdad no tenía límites y si creyendo que con esas insinuaciones captaría su atención, cada vez estaba más equivocado, arqueó una ceja en un descarado gesto de incredulidad y desinterés.

—Por lo tanto, cederé a su petición, solo una cosa… piense en los hermosos hijos que no tendrá, si hace algo como eso —dijo en un gesto espontáneo, sinceramente no pensó antes de hablar.

Ella notó algo de turbación en él, como si no desease decir algo así, o se hubiese sorprendido por ello. Igual ella tampoco esperaba la reacción que tuvo su cuerpo ante eso, de pronto sintió que el pecho se le oprimía, pues ciertamente sería una lástima que ese hombre no dejara descendencia, al segundo siguiente recobró la cordura y contraatacó.

—Usted está loco, no me queda la menor duda… suélteme ya o ciertamente no verá a sus hermosos hijos. —Lo amenazó moviéndose para liberarse, se sentía entumecida y al mismo tiempo sus senos estaban muy sensibles, era como si el calor que parecía brotar del pecho del italiano los hubiese despertado o algo por el estilo.

—Es usted tan graciosa señorita Steinberg —pronunció alejándose de ella muy despacio.

—¿Me está llamando payasa? —inquirió elevando una ceja.

—No, solo que no me había topado nunca con una mujer tan particular como usted, es… como decirlo sin ofenderla…

—¡Mejor no lo diga! Por su bien y ya dejé de burlarse de mí, para ser un hombre de su edad actúa como un niño de cinco años. —Le reprochó moviendo sus brazos y piernas para alejarse de él.

—No me burlo de usted, pero no puedo negar que me resulta muy entretenida y cuando dice un hombre de mi edad ¿a qué se refiere? ¿Qué edad cree que tengo? —preguntó con una sonrisa.

—Pues no sé… unos veintisiete… quizás veintinueve —contestó.

—¡Tan viejo me cree! —Se quejó con dramatismo.

—No puede ser menor a eso ¿qué edad tiene? —Lo miró bien, estudiando sus rasgos y la verdad, era que le parecía más joven.

—Veinticinco, en agosto cumpliré los veintiséis… pero usted me puso casi de treinta —respondió sintiéndose ofendido.

—Bueno ahora entiendo su comportamiento tan infantil, aunque muy poco habitual en un hombre que pasó la adolescencia, claro que dicen que algunos hombres jamás maduran y creo que es usted uno de ellos —mencionó intentando no sonreír al ver como fruncía el ceño y la miraba con reproche.

—Eso no queda nada bien viniendo de una mujer que se puso a lanzarme agua como una niña altanera, su comportamiento es mucho más cuestionable… es decir, para una mujer de veintiocho años…

—¡Tengo veintitrés! Me faltan nueve meses para cumplir los veinticuatro y para su información dudo que las mujeres que ha conocido sean más maduras que yo, es solo que… que usted me saca de mis casillas, se la pasa provocándome y no soy de piedra para no reaccionar, si se portase como un hombre de su edad pues yo también me portaría como una mujer de mi edad —sentenció elevando la barbilla con altivez.

—Una niña grande —mencionó sonriendo.

—¡Una mujer adulta! —Le aseguró ella.

—Una mujer —concedió él, al tiempo que le sonreía y se alejaba entrando bajo la cascada.

Ella se quedó mirándolo como una idiota, algo en el tono de voz del italiano la hizo estremecerse, más que sus palabras, fue el tono que había utilizado y su actitud, era como el canto de las sirenas que atraían y del cual resultaba imposible escapar. Supo que no debía seguir allí, eso no estaba nada bien, exponerse de esa manera no le convenía, se sumergió para alejarse del lugar, emergió casi en la orilla, se disponía a salir, pero la voz del hombre la detuvo.

—¿Se va tan pronto? —inquirió, mirándola con intensidad.

Haberse alejado para controlar su deseo y dejar que la cascada lo bañara para aplacar el fuego en su interior apenas lo había calmado, la sensación de la cual disfrutó al tenerla entre sus brazos había reforzado la ida de hacerla suya, después de tres semanas de abstinencia tener a una mujer como ella sería todo un deleite.

—Fue suficiente por este día —respondió, en tono casual.

—Aún es temprano, venga conmigo, deseo mostrarle algo… solo será un segundo —pidió extendiéndole la mano.

No la dejaría escapar teniéndola tan cerca, debía retenerla a como diera lugar o jamás avanzaría con ella, solo esperaba que su próxima jugada fuera acertada, se sentía como en un maldito juego de ajedrez.

Samantha dudó en aceptar, no debía hacerlo, su corazón había comenzado a latir de manera

repentina y cada vez que se encontraba cerca de este hombre hacía y decía cosas que no acostumbraba, su parte más racional le decía que saliese de allí e ignorase aquella invitación, pero su otra parte, aquella pasional y que pocas veces dejaba en libertad le rogaba que aceptase la invitación del italiano.

—Vamos, yo no muerdo… bueno, no si no me lo piden. —Sonrió provocadoramente—. No tenga miedo no le haré nada, palabra de caballero, las bromas pensadas terminaron por hoy, es solo que acabo de descubrir algo que deseo compartir con usted, estoy seguro de que le gustará —explicó mirándola a los ojos.

Puso su mejor máscara de inocencia, de algo le tenía que servir ser tan buen actor después de todo, y no dejarle ver a ella la malicia que se escondía detrás de sus palabras.

En realidad, era consciente que no tendrían sexo allí, jamás había ante puesto su bienestar a nada, eso lo aprendió desde que era un joven, y aunque ella parecía una mujer sana, muchos de sus conocidos se habían quedado con dolorosos recuerdos por dejar que sus entrepiernas dominaran a sus cabezas, a él eso no le sucedería, ya bastante mierda había estado pasando las últimas semanas para agregar más a su vida.

Samantha dejó libre un suspiro y se rindió a la petición de él, sentía curiosidad y más que eso, era porque sencillamente en ese preciso momento, Alessandro Bonanzierri le resultaba completamente irresistible, aunque le costase admitirlo ese hombre era hermoso. Tenía una piel tan suave y fuerte al mismo tiempo, se recordó sujetando sus hombros, entre sus brazos y su corazón se aceleró un poco más, pero ya iba hacía él, no podía salir corriendo sin verse como una cobarde.

—Tenemos que atravesar la cascada. —Le hizo saber cuándo estuvo junto a él y le rodeó la cintura con un brazo.

—No… no me parece buena idea, allí debe haber animales peligrosos, serpientes, arañas… mejor regreso a la orilla —mencionó tensándose sin poder ocultar su miedo.

—No hay nada de eso, yo acabo de atravesarla y no vi animales, confíe en mí, le gustará —le pidió una vez más sonriendo.

Samantha asintió, respiró profundamente y se armó de valor para atravesar la caída de agua, no sabía porque sentía que podía confiar en él, que está vez no estaba intentando burlarse de ella. Cerró los ojos para evitar que el agua los lastimase, sintiendo como caía con fuerza sobre su cabeza, aguantando la respiración, un segundo después se encontró al otro lado del lugar, pero aún no se animaba a abrirlos, pudo sentir la respiración de él tras su nuca y se estremeció.

—Ya estamos aquí, no le pasó nada… —Alessandro elevó un poco la voz ya que el fuerte sonido que hacía el agua al caer la ahogaba, la tomó por los hombros y la giró lentamente—. Abra los ojos Samantha.

Ella quedó maravillada ante lo que veía, era una especie de cueva con una cortina de agua tan hermosa y entre la caída se podía apreciar con claridad un pequeño, pero mágico arcoíris.

Se sintió tan emocionada, comenzó a reír como una niña, posando sus ojos en los destellos que la luz del sol que atravesaba la cascada creaba sobre ellos, era como si todo junto pintase sus cuerpos con los colores del arcoíris, incluso su cabello que parecía una manta de seda oscura sobre el agua tenía destellos de luz en tonos rosado y violeta.

—Es hermoso. —Extendió su mano hacía este.

—Sí, lo es —respondió Alessandro que mantenía su mirada fija en ella, su voz se había tornado más ronca.

Algo se estremeció en su interior y se volvió a mirar al hombre a su espalda, sintiéndose completamente atrapada por la mirada azul que justo ahora parecía un par de zafiros, cargada de

intensidad y brillo, su corazón pareció detenerse un instante y al siguiente se lanzó en una carrera desbocada dentro de su pecho.

Alessandro se acercó a ella y Samantha sintió que se mareaba, que sus pupilas incluso se dilataban, todo su campo visual lo acaparó él y su perfecto rostro, ese que parecía tallado a mano, como hecho en mármol de carrara, pero mucho más hermoso porque era real.

«No vayas a suspirar… no lo hagas, por favor, Samantha… no suspires, no eres una quinceañera, no te rindas así… si lo haces él sabrá que ha ganado y ciertamente lo habrá hecho.»

Se decía en pensamientos al tiempo que luchaba por no fijar su mirada en los labios del italiano, se enfocó en sus ojos, porque no tenía nada más que ver, no podía distraerse con nada, él la abrumaba.

Alessandro se sentía como hechizado por ella, era cierto que el lugar era hermoso, pero era Samantha Steinberg quien hacía que fuera mágico, era hermosa y a cada minuto él lo comprobaba, mientras su deseo aumentaba. Llevó sus manos por sobre los hombros de ella y las unió tras su cabeza, creando de esa manera una cascada que moría en el cuello de ella, apreciando como el agua se deslizaba por sus dedos, las palmas de sus manos, corría por sus antebrazos hasta llegar al cuello blanco y terso de la americana y perderse cuesta abajo entre sus senos, que lucían tan hermosos.

Y ella suspiró, no pudo evitarlo, no pudo seguir luchando, él la había desarmado por completo y ni siquiera la estaba tocando, esperaba ver una sonrisa arrogante, una mirada de triunfo, algún gesto que le demostrase que él se sabía victorioso, pero nada de eso llegó.

—Esta no la ahogara —pronunció sonriendo y después se tornó serio, su mirada más intensa, pero al mismo tiempo había algo parecido a la ternura allí—. Es como si el arcoíris la bañara, como si lo hiciera con ambos, usted hace que sea aún más hermoso —confesó y una vez más se le había escapado.

Samantha se sintió aterrada y extasiada al mismo tiempo, su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que rogaba para que el sonido de la cascada ahogara el retumbar del mismo, sus brazos estaban caídos a ambos lados de su cuerpo y apretó las manos en dos puños para controlar los deseos que tenía de tocar el torso de Alessandro Bonanzierri, la energía que circulaba entre ambos era casi palpable y la empujaba hacia él con fuerza, sentía que estaba caminando hacia un abismo.

Pero al borde tuvo la suficiente fortaleza para sumergirse cuando vio que Alessandro se acercaba con toda la intención de besarla, se llenó de pánico como si fuese una niña a la cual le van a dar su primer beso y salió huyendo, dejándolo a él completamente desconcertado.

Nadó con toda la rapidez de la que fue capaz y cuando sintió que la orilla estaba cerca salió a la superficie rogando que él no la hubiera seguido, miró sobre su hombro y lo encontró saliendo apenas de la cascada, seguramente se había quedado pasmado ante su reacción.

Alessandro se quedó con el beso prácticamente en los labios, dejándolo caer en el espacio vacío donde se supone debió encontrarse la americana, el fuego que le llenó el pecho fue el preludio de la rabia que le produjo que ella hubiera escapado de nuevo, estaba comenzando a cansarse del maldito juego del gato y el ratón.

Se armó de valor una vez más, respiró profundamente y salió tras ella, estaba loca si creía que podía dejarlo así, cuando salió al otro lado de la cascada, vio que ella salía hacia la orilla.

—¿Qué ocurrió? —La observaba desconcertado.

—Nada… tengo que irme —contestó saliendo del agua y caminó hasta donde había dejado sus cosas, sin volverse a mirarlo.

—Pero… ¿Por qué? ¿Acaso hice algo malo?

—No —respondió intentando sonar impersonal y segura, mientras se secaba con la toalla que había llevado, lo más rápido que le era posible, quería salir de allí antes que viese que estaba temblando.

—¿Entonces por qué se va? —La interrogó, había logrado salir y ahora se encontraba parado delante de ella.

Samantha sentía que los nervios se multiplicaban, no se atrevía ni siquiera a mirarlo a los ojos, pero su mirada que era una traicionera se fijó una vez más en el torso desnudo del italiano, por el cual bajaban hilos de agua y cuyo destino la hizo estremecer, ella quiso seguirlos con sus dedos, deseaba sentir su piel otra vez, sentir su fuerza envolviéndola, quería que él…

«¡Basta, Steinberg! Toma tus malditas cosas y sal de este lugar ahora mismo, por favor… por favor o de lo contrario terminarás no solo dejando que te bese a su antojo, sino que tú misma lo besarás cómo estás deseando justo ahora, no eres de ese tipo de mujeres que se acuesta con cualquiera… y aunque este hombre no pueda denominarse como cualquiera, apenas lo conoces y representa todo eso de lo cual debes alejarte, contrólate ¡¿Que diría tu madre si te ve así?!»

—Tengo que hacerlo, si se hace de noche puede resultar peligroso y la casa está más o menos a una hora, no quiero tener que correr para llegar antes que el sol se oculte —explicó alejándose de él.

—El sol no cae sino hasta después de las nueve, los días son más largos en verano, ayer era mucho más tarde cuando regresó a la villa y si ese es el problema yo podría llevarla…

—¿Para que desea que me quede? —Le preguntó algo que, la verdad, era sumamente evidente.

La sombra que había cubierto los ojos del italiano, el tono de su voz que se notaba más grave y la tensión que podía apreciar en él, eran muestra palpable de sus deseos, ni siquiera tenía que bajar su mirada para saber que él estaba excitado, debía estarlo, porque, aunque odiase reconocerlo ella lo estaba, sentía que sus pezones dolían y estaban como piedras y otras partes de su cuerpo también se habían tensado a la espera de eso que él le prometía, pero que ella rechazaba.

Alessandro se mantuvo en silencio, se había quedado mudo de repente pues ella lo había dejado sin argumentos, sabía que si decía una mentira la americana terminaría descubriéndolo al instante y decirle la verdad resultaba aún más peligroso, se devanaba los sesos buscando una respuesta que fuese convincente.

—No —respondió ella cuando lo vio abrir la boca—. Estaré bien no se preocupe, siga disfrutando del río, después de todo yo estuve más tiempo aquí que usted. —Tomó la cesta y le dio la espalda.

—Se va porque tiene miedo y todo esto me resulta tan absurdo; sobre todo, si tomamos en cuenta que me aseguró que era una mujer adulta, yo no soy un sádico, ni un abusador… simplemente me dejé llevar y ¡Sí, lo admito! Intenté besarla, pero usted no es una niña y tampoco creo que no haya sido besada nunca ¿O sí? —inquirió sin poder ocultar su molestia, aunque quiso sonar burlón.

—No sea ridículo, quizás no tenga la experiencia del tipo promiscuo al que seguramente pertenece, pero le aseguro que he besado muchas veces y no estoy marchándome porque le tema sino porque…

Se interrumpió antes de confesar que temía por su propia reacción, porque estaba sintiendo cosas que la descontrolaban.

—Es asunto mío, yo no vine a este lugar buscando una aventura amorosa, señor Bonanzierri, las razones que me trajeron fueron otras muy distintas, quizás usted lo único que busca es un

amor de verano, alguien que le caliente la cama por el tiempo que permanecerá aquí… estoy segura de que candidatas no le faltarán, así que mejor búsquese otra y déjeme a mí continuar con mis cosas.

Alessandro sintió como si ella lo hubiera abofeteado, no sabía nada de su vida, pero aun así se lanzaba a juzgarlo de buenas a primeras como si lo conociera, como si tuviera el derecho. No deseaba tener nada con él, había dicho, pues entonces que se jodiera, ahora él tampoco quería tener nada con ella, era una arrogante y mojigata moralista que se creía mejor que él, que se fuese al diablo con todo y sus ínfulas. Se prometió no buscarla de nuevo.

—Tiene razón en todo, buenas tardes, señorita Steinberg, ojalá no se pierda en el camino —mencionó con un tono aún más helado que el agua donde ambos habían nadado minutos atrás.

Ella se quedó mirándolo varios segundos a la espera que el actor dijese algo más, pero él solo le dio la espalda y se metió de nuevo al agua, dejándola a ella complemente desconcertada y preguntándose.

«¿A qué se refería cuando le decía que tenía razón en todo?»

Sintiéndose extrañamente derrotada se marchó de ese lugar.

Capítulo 12

El aire se encontraba cargado de los penetrantes olores del cigarrillo y el vino, mientras que la música a todo volumen hacía vibrar los cristales de las ventanas y apenas permitía que Alessandro escuchase sus propios pensamientos.

Tendido en el sofá del salón tarareaba la canción que había repetido ya unas cinco veces, la había declarado su himno en cuanto el vino comenzó a hacer efecto en él; embargado por la rabia, la frustración, la soledad y el dolor, había tomado ya dos botellas y aún sobre la mesa dos intactas lo esperaban, mientras la cajetilla de cigarrillos estaba llegando a su final.

Horas antes hastiado de la rutina, la soledad y pasibilidad que lo envolvían en ese lugar había decidido darle un giro al mismo, se había arreglado para ir hasta Florencia y disfrutar de una velada distinta, tenía ganas de pasar una noche como las que viviese semanas atrás, rodeado de mujeres hermosas, buen vino y una exquisita cena, ser atendido como se merecía, que le diesen su justa importancia.

Feliz ante toda la expectativa que eso generaba en él, tomó las llaves de su auto y estaba por abandonar la casa cuando recibió una llamada; era de su madre, quien lo llamó para decirle que lo extrañaba mucho, que los periodistas no los dejaban en paz y se lamentaba en medio del llanto haberlo descuidado como lo hizo, por haber permitido que el miserable de su exagente lo llevara a ese abismo y ella no se hubiera percatado de todo lo que ocurría antes que llegaran a ese punto.

En resumidas cuentas, se culpaba por la vida de desenfreno que él había llevado hasta el momento y de la cual el único responsable era él.

Todo eso hizo que Alessandro se sintiera como un verdadero miserable y el peor de los hijos, su madre había sido la mejor del mundo, lo consentía hasta más no poder, incluso había descuidado a sus dos hermanos por atenderlo a él y no suficiente con ello, ahora también se responsabilizaba por las estupideces que había cometido.

Debía reaccionar de una vez por todas y dejar de seguir actuando como un imbécil, no tenía ningún derecho a hacer sufrir a su madre de esa manera, ni a Lisandro y a Paula, tampoco a su padre quien siempre había sido un ejemplo para todos, un hombre serio, honesto y tan comprensivo, que en lugar de imponerle una carrera como hicieran la mayoría de los padres de sus amigos, solo había procurado que fuera feliz y siguiera el camino que deseaba en la vida, sin importarle que ese no tuviese el renombre o el prestigio de ser un abogado o un médico.

Él había pasado de ser el joven exitoso, inteligente y gentil que fue en un principio, a un maldito arrogante y malagradecido, los había decepcionado a todos y estaba a punto de hacerlo de nuevo, pues era seguro que en cuanto pusiera un pie en Florencia y empezara a relacionarse con mujeres la noticia correría como pólvora, toda la prensa se volcaría sobre esa ciudad y no descansaría hasta dar con él.

Un nuevo torrente de vino inundó su boca para estancarse unos segundos en esta y después fluir hacia su garganta, al tiempo que Alessandro cerraba los ojos y dejaba que las lágrimas corrieran por sus sienes hasta perderse en la cabellera castaña, mientras una vez más la canción iniciaba y él la entonaba a viva voz por séptima vez.

—I used to rule the world, seas would rise when I gave the word now in the morning, I sweep alone… Sweep the streets I used to own.

El tono grave de su voz se había tornado mucho más ronco debido a los efectos del alcohol,

aun así, la letra de la música era perfectamente comprensible y la fluidez de esta no tenía nada que envidiarle a la que mostraba el cantante.

Alessandro tenía un sinfín de talentos entre los que estaban el canto, desde que era un niño lo desarrolló, pero ese no lo había apasionado tanto como la actuación. Sin embargo, había trabajado en perfeccionar su técnica y eso le daba la confianza de cantar con el mismo entusiasmo ya fuera en la soledad o frente a un numeroso público.

∞∞∞∞

Samantha se removía en su cama intentando conciliar el sueño, pero le era completamente imposible, mientras que la espantosa música que su vecino había puesto a todo volumen siguiera envolviendo el lugar jamás conseguiría hacerlo.

Aunque sus casas quedaban a unos pocos metros de distancia, el hecho de encontrarse en un lugar donde el espacio abierto era lo predominante y el silencio la mayor de las características de éste, solo bastaba con que alguien produjese un poco de bulla para que la misma se esparciese por el lugar con rapidez y asombrosa nitidez, lo que hacía que no necesitara estar dentro del salón de la casa que ocupaba el italiano para escuchar por séptima vez con claridad, la sosa voz de Chris Martin que cantaba su famosa *"Viva la vida"*

Mientras ella sentía que se la llevaban los demonios y estaba luchando con todas sus fuerzas para no ir hasta allá y exigirle que parara la condenada música o al menos tuviera la decencia de bajarle volumen. Estaba segura de que se aprovechaba de la ausencia de los conserjes para hacerle la vida imposible, se había tardado mucho.

Después del episodio de la cascada no se le había acercado en tres días, lo veía salir temprano en su caballo y regresar entrada la tarde o pasar todo el día encerrado en su casa, pero la estaba ignorando totalmente y no es que eso le molestara; por el contrario, se sentía aliviada, pero esa actitud de ahora solo gritaba que se estaba vengando.

—Por favor, Señor haz que apague la música o al menos que cambie la estúpida canción, porque si no lo hace juro que terminará decapitado igual que Luis XVI —pronunció con los dientes apretados por la rabia que la invadía y se cubrió con una almohada la cabeza.

Pero cuando las notas de la misma canción empezaban a sonar por octava vez no pudo contenerse más, soltó un grito y se levantó, con rapidez se puso la bata de su camisón de seda fucsia con encajes negros, se la amarró con fuerza innecesaria y después de eso salió con paso apresurado de la habitación para dirigirse hacia las escaleras.

Solo le tomó un par de minutos caminar hasta la casa del actor, la molestia apenas le permitió percatarse del efecto que el choque del aire frío de la madrugada tuvo en su cuerpo tan solo cubierto por las delgadas capas de seda. Estaba por llegar hasta la puerta principal cuando al pasar ante una ventana pudo ver al interior de la casa a través de esta, que tenía las cortinas abiertas y la misma daba al salón.

Recorrió con su mirada el lugar encontrándose al actor tendido sobre el gran sofá frente a la chimenea, ante él había dos botellas de vino encima de la mesa, un cenicero colmado de colillas de cigarro y dos botellas más en el suelo; ella intentó hacerle una seña para que se pusiera de pie y abriera la puerta, pero él tenía los ojos cerrados, Samantha pensó que se había quedado dormido y por eso la canción se repetía una y otra vez.

Dejó libre un suspiro controlando su rabia, ella no pasaría toda la noche escuchando la misma canción, así que lo lamentaba mucho pero no tenía más opción que despertarlo, después de todo

él apenas la había dejado dormir.

Se disponía a golpear el cristal con sus nudillos cuando vio que él se estremecía y se llevaba las manos al rostro como cubriéndolo, de inmediato comprendió que estaba llorando, no estaba dormido pues incluso lo vio comenzar a entonar la canción, aunque no podía escucharlo pues su voz era ahogada por la del vocalista de *Coldplay*.

Era obvio que le gustaba mucho y hasta parecía desgarrarse en algunas notas, lo vio abrir los ojos e intentar levantarse. Ella se movió rápidamente para ocultarse; no quería que él descubriera que lo estaba espiando, aunque solo había sido una testigo casual, pero en el estado en el cual se encontraba el italiano no le parecía conveniente exponerse de algún modo, menos estando los dos solos en ese lugar.

Escuchó un ruido de cristales rompiéndose y se asomó de nuevo, pensando que tal vez se había herido, pero afortunadamente no fue así, regresaba de la cocina y traía una botella en la mano, las otras dos no se encontraban ya en la alfombra, lo que la hizo pensar que quizás fueron esas las que se rompieron cuando las lanzó en la basura; lo vio beber un gran trago de la botella que llevaba como si se tratara de agua. Supo que lo más sensato era regresar a su casa e intentar dormir y ya después hablaría con el actor, cuando estuviera sobrio, de hacerlo en ese momento lo más seguro es que terminaran en una acalorada discusión o en el peor de los casos ella siendo su paño de lágrimas.

Debía admitir que la había trastornado un poco verlo así, un hombre tan fuerte y que siempre se mostraba arrogante, nunca pensó descubrirlo tan vulnerable ¿qué le habrá sucedido? ¿Por qué estará en ese lugar? Se preguntó con preocupación y después negó con la cabeza alejando cualquier sentimiento de compasión, definitivamente se estaba volviendo estúpida. Sin más remedio le tocó regresar hasta su casa.

∞∞∞∞

Si había algo que ponía de mal humor a Samantha era no poder dormir con tranquilidad, odiaba que un acto tan sagrado se viera profanado y, aunque la noche anterior, cuando regresó a su casa intentó comprender al italiano y darle su espacio para que se desahogase si así lo necesitaba, todo se fue al demonio esa mañana cuando al ser despertada por los rayos del sol que atravesaban las ventanas. Un espantoso dolor de cabeza le martillaba las sienes, se removió entre las sábanas buscando la más mínima posibilidad de dormir de nuevo, pero no logró hacerlo, al parecer el aire frío de la noche la había resfriado.

Se levantó sacando a relucir a todos los antepasados de Bonanzierri, de manera no muy halagadora y se encaminó hasta el baño. Cuando vio su imagen en el espejo quiso matar al italiano, lucía horrible, el cabello desordenado, el rostro demacrado y unas ojeras que la hacían lucir como un mapache. Abrió el grifo y se lanzó agua en la cara para refrescarla un poco, se lavó los dientes y después de eso buscó un par de pastillas para el malestar en el botiquín que siempre llevaba consigo, bajó hasta la cocina con pasos lentos, abrió la nevera y sacó de esta un jugo para tomarlas acompañadas.

—Samantha solo a ti y al coyote les pasa esto ¿acaso fui quien se bebió las cuatro botellas de vino? —Se preguntó en voz alta llevándose las manos a la cabeza y suspirando—. Espero que el dolor de cabeza que tenga él sea mucho, pero mucho peor, se lo merece por imbécil… o quizás —agregó y al final dejó ver una sonrisa traviesa.

Se terminó el vaso de jugo y caminó con rapidez hasta su habitación de nuevo, se metió a la

ducha donde tardó unos quince minutos, después de eso buscó entre sus prendas las más usadas, esas que no le importaría perder cuando se manchasen de pintura, se las puso con rapidez, se hizo un moño de bailarina en lo alto de la cabeza y sin ponerse calzado se encaminó de nuevo a la planta baja.

Comenzó a rodar algunos muebles y buscó todos los materiales que había comprado días atrás en Florencia, los ubicó en un buen lugar, extendió el plástico protector y cuando todo eso estuvo listo se acercó hasta el teatro en casa, no lo había utilizado hasta ese momento, le subió todo el volumen con una sonrisa perversa y puso su iPod, después deslizó el dedo por la pantalla buscando a una cantante en específico.

—Bueno, señor Bonanzierri, usted tuvo fiesta anoche, yo la tendré hoy, veamos si le gusta que lo atormente, después de todo le estoy pagando con una mejor moneda, Pink es mejor su Chris Martin.

De inmediato las notas de la guitarra colmaron el lugar y segundos después la voz de la rubia cantando *Just like a pill* a todo volumen se expandían por el mismo. Pero para darle una mayor eficacia a su objetivo Samantha abrió todas las ventanas y la puerta del salón; caminó hasta el lugar donde había dejado el lienzo y las pinturas para iniciar los ejercicios de expresión libre que le había sugerido la psicóloga que trató su problema de «falta de enfoque»

Comenzó a lanzar colores con los pinceles sin ningún orden específico, solo trazando líneas al azar, mientras bailaba al compás de la música y la cantaba como si se encontrase en un concierto de la famosa rubia, en esos lugares donde se perdía entre miles y podía actuar sin preocuparse por las opiniones de los demás, ser libre para gritar si así lo quería.

Cuando comenzó a escribir pensó que al fin podía hacer lo que se le diese la gana, que podía ser independiente, arriesgada, pero la fama se convirtió en otra cadena, porque después de ello no solo debía responderles a sus padres por las cosas que hacía sino también a millones de personas, quienes de la noche a la mañana entraron a su vida, algo que, si bien la llenaba de felicidad, a veces también le hacía sentir que ya no tenía control sobre nada a su alrededor.

Estaba tan entretenida en esa tarea ni siquiera recordaba que todo eso lo había hecho solo para cobrarle a Alessandro Bonanzierri por la mala noche que le había hecho pasar, deseaba que, así como ella no pudo conciliar el sueño él tampoco lo hiciera, y con la resaca que debía tener todo fuera mucho peor, pero completamente enfocada en su rutina, el italiano había pasado a un último plano dentro de la lista de sus ocupaciones de ese día.

∞∞∞

Alessandro había caído casi en coma después de beber cuatro botellas de vino, ni siquiera la luz del sol que entraba a raudales por el gran ventanal en su habitación había logrado despertarlo, pero no pudo decir lo mismo de la endemoniada música que invadió el espacio en segundos y lo hizo levantarse sobresaltado, se llevó las manos a la cabeza que sentía iba a estallar en mil pedazos mientras cerraba los ojos.

—¡¿Qué demonios?! ¿Quién carajos pone esa música a todo volumen a esta hora? —preguntó llenándose de ira.

Se incorporó una vez más intentando hacerlo despacio para no empeorar el dolor de cabeza que lo estaba matando, dio un par de pasos para acercarse a la ventana y los fuertes rayos del sol hirieron sus pupilas. Parpadeó un par de veces para acostumbrarlos, pero aun así no lograba enfocar la mirada con claridad, de inmediato buscó la casa de su gentil vecina, pues no tenía que

ser adivino para saber que el escándalo provenía de ese lugar.

—¡Apague esa música! ¿Acaso se ha vuelto loca? ¿No ve la hora que es? ¡Señorita Steinberg! —gritó desde donde se encontraba.

Como era de esperarse no recibió ninguna respuesta, ella no apareció para excusarse con él, ni siquiera para mandarlo al diablo. Así que convertido en una fiera decidió bajar e ir hasta allá y exigirle que apagara el aparato antes que lo hiciera él por sus propios medios.

Cuando llegó hasta la casa que ocupaba la americana tuvo entrada libre pues ella había dejado la puerta principal abierta, por lo que sin anunciarse siquiera pasó al salón; la vio de espaldas a él y todas las palabras que traía para decirle se fueron por un barranco, cuando el diminuto short de jean que llevaba ella, le dejó la mente en blanco.

Las piernas de Samantha Steinberg eran un verdadero espectáculo, pero sin duda no tan tentador como lo era el perfecto culo que tenía, aunque ya la había visto en traje de baño días atrás, había algo sumamente erótico en esa imagen que ahora le ofrecía. Apenas si alcanzaba a cubrir las nalgas, lo que la mostraba como un pedazo sumamente diminuto de tela, más si tomaba en cuenta que la camiseta que traía se encontraba enrollada a la altura de la cintura.

Su respiración pasó de ser acelerada a sosegarse de poco y volverse pesada a medida que su mirada se paseaba por la figura de la mujer frente a él, tragó en seco cuando la vio doblarse con esa maravillosa flexibilidad que poseía para meter un pincel dentro de uno de los recipientes de pintura frente a ella.

Hasta el momento no había notado nada de eso, tenía un verdadero desastre allí, pero verla tan entusiasmada lanzando pinturas a diestra y siniestra lo hizo sonreír. Sin embargo, recordó el motivo que lo había llevado hasta allí cuando una nueva canción dio inicio, estaba por hablar, pero ella comenzó a entonar la canción.

—I guess I just lost my husband… I don't know where he went, so I'm gonna drink my money… I'm not gonna pay his rent (Nope) I got a brand new attitude and I'm gonna wear it tonight,

I wanna get in trouble… I wanna start a fight…

Alessandro elevó una ceja cuando escuchó aquel primer estribillo, sabía quién era la cantante e incluso había escuchado un par de veces la canción, pero debía decir que no era de sus favoritas. Sin embargo, a la escritora sí parecía gustarle mucho y como además tenía buena voz la dejó continuar, sobre todo porque le gustó ver sus «movimientos rockeros» y esa faceta de ella tan desinhibida y atractiva lo había sorprendido gratamente incluso se había olvidado un poco del dolor de cabeza que minutos atrás le martillaba las sienes. Mientras la veía iba tejiendo el plan más adecuado, para vengarse por esa afrenta y una sonrisa ladeada apareció en sus labios, cuando lo tuvo concretado.

Samantha seguía cantando, absorta en su labor, creando un cuadro que no podía encajar en otro estilo que no fuera el abstracto, aunque tenía más pinta de absurdo, admitió, soltando una carcajada y negando para después continuar con una de sus canciones favoritas y que justo le quedaba como anillo al dedo. Pues si bien no se enamoró de Francis, al menos, merecía algo mejor y no ser engañada por aquel estúpido, pero como decía la letra, al fin y al cabo, ella estaría mucho mejor sin él porque ni para satisfacerla en el plano sexual le sirvió.

Había tenido mejor desempeño Charles, con todo y lo complicado que era poder estar con el canadiense, sin que su familia se enterara o ella dejara atrás el fantasma de un embarazo no deseado que su madre le había sembrado en el cerebro, y le impedía muchas veces relajarse para poder disfrutar y entregarse por completo.

—***Na Na Na Na Na Na Na***… —esbozaba finalizando la canción, dejó libre un suspiro y una

sonrisa afloró en sus labios.

—¡Bravo! ¡Grandiosa actuación! —mencionó el italiano tras ella, mientras aplaudía con efusividad.

Pero su tono de voz no mostraba la más mínima señal de alegría; por el contrario, era amenazador y frío. Samantha se sobresaltó al escuchar la voz y con rapidez se volvió para mirarlo, había olvidado que todo eso lo había hecho por él. Se sorprendió muchísimo y más cuándo lo vio ante ella, llevando solo un pantalón negro que le quedaba a la altura de las caderas, dejándole una vista privilegiada de su abdomen plano y perfectamente tallado, y la delgada línea de vellos que se perdían tras la pretina, hizo que todo pensamiento desapareciera de su cabeza, así como el oxígeno de sus pulmones.

—Yo… yo… ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo entró? —preguntó, recuperando su cordura, luego de que dejó de mirar el torso desnudo.

—Por la puerta, la misma que usted dejó abierta…

—¿Y eso le da derecho a entrar sin anunciarse? —preguntó exponiendo el reproche en su voz.

—Estaba a punto de hacerlo, pero no quise interrumpir su espectáculo, se notaba tan inspirada, ahora entiendo su actitud… Una engañada amargada que no confía en ningún hombre solo porque uno la abandonó —mencionó con toda la intención de herirla.

La voz de Alessandro estaba tan cargada de sarcasmo y burla que Samantha empezó a sentir unos deseos inmensos de lanzarle uno de los recipientes de pintura, el muy miserable se atrevía a llamarla amargada, abandonada, cornuda ¿Qué demonios sabía él de su vida?

—Primero ahórrese la sátira, segundo a usted no le importa absolutamente nada lo que tenga que ver conmigo. Pero para su información, no fui abandonada; todo lo contrario, y le aseguro que eso no me ha hecho desconfiar de los hombres, ni meterlos a todos en el mismo saco. Tengo dos hermanos maravillosos, no soy una mujer amargada, solo soy inteligente, precavida y sé perfectamente a quienes debo evitar… ahora si no tiene nada más que hacer aquí, bien puede regresar por donde vino y dejarme continuar con mis cosas. —Se mostró realmente molesta, esta vez no disimularía.

—Si se refiere a mí, cuando habla de los hombres que debe evitar, entonces debería empezar por dejar de provocarme…

—¡¿Provocarlo?! Ahora sí se ha vuelto loco —exclamó asombrada ante la desfachatez de ese hombre.

—¿Cómo demonio le llama a esto que hace? Puso esa música a todo volumen con el único objetivo de molestarme —respondió y una vez más la rabia estaba instalada en él.

—¿No le suena mejor venganza? Por si no lo recuerda… bueno lo más probable es que no, con semejante borrachera que tenía… —indicó lanzando el pincel a uno de los envases de pintura y este salpicó a su lado, ella no se percató de ello—. Anoche no me dejó dormir repitiendo una y otra vez la misma estúpida canción y no fue nada considerado en cuanto al volumen, sabía perfectamente que yo me encontraba aquí y eso le valió mier…—Se detuvo antes esbozar algo que la hiciera rebajarse como dama, suspiró y continuó—: No le importó en lo más mínimo y violando toda ley de convivencia, abusó de la ausencia de nuestros conserjes para hacer lo que se le viniera en gana… así que ahora salga de aquí con todo y sus estúpidos reclamos, antes que sea yo misma quien lo saque a patadas.

—¡Bien! Ya se vengó de mí, ya hizo que me despertara con un dolor de cabeza que amenaza con hacerla estallar, ahora quite la maldita música o me veré en la obligación de hacerlo yo. —Alessandro no se dejó amedrentar en ningún momento, estaba dispuesto a darle la pelea.

Ella se cruzó de brazos y elevó una ceja permaneciendo quieta en el lugar, su actitud era la

viva estampa de la provocación.

Él la miró entrecerrando los ojos para hacerla sentir intimidada a tal punto que ella cediese, pero eso no ocurrió así que caminó hacia donde se encontraba la consola con el iPod dispuesto a desconectar el aparato.

—¡Ni se le ocurra tocarlo! —Le gritó, asombrada ante su osadía.

Cuando fue a dar otro paso, resbaló con la pintura que se había derramado sobre el plástico que protegía el piso y sin poder evitarlo, cayó encima de su trasero sobre el lienzo bañado en colores.

Él se volvió a mirarla de inmediato cuando escuchó el golpe y el grito de la muchacha, sintió su corazón dar un brinco ante el susto que le produjo imaginar que ella se había hecho daño. Afortunadamente no parecía haberse lastimado, aunque seguramente había recibido un buen golpe en las nalgas, pues fueron estas las que lo recibieron.

Y aunque la verdad era una pena, se sintió un poco vengado, después de todo si él no podía darle una buena tunda por altanera, indirectamente la había recibido, al menos debía respirar aliviada por tener un buen soporte que evitó que la caída fuera más dolorosa, pensaba intentando no reír ante la imagen.

Capítulo 13

Samantha apenas había reaccionado al choque cuando empezó a sentir el dolor que se expandía por su trasero y caderas, incluso sus manos habían salido lastimadas cuando intentó amortiguar la caída con ellas. Pero las lágrimas que inundaron sus ojos no fueron por el dolor que la caída le provocó, sino por la vergüenza, había sido tan estúpida. Ese hombre la hacía actuar de manera impulsiva y había tardado en hacer el ridículo, estaba segura de que él estallaría en carcajadas de un momento a otro, haciendo su situación más bochornosa aún.

—¡Maldición! —exclamó Samantha ante el dolor del golpe, la rabia y la frustración que le dio verse de ese modo.

—¿Se encuentra bien? Déjeme ayudarla —pronunció, se acercó a ella extendiéndole la mano.

Alessandro se sintió mal después de ver el estado de la Samantha, no era de las personas que se burlasen de situaciones como esas, por el contrario, le molestaba aquellas que tomaban situaciones, así como algo para divertirse a costa de la humillación de los demás, si bien podía reírse de alguna que otra caída era siempre que la víctima de esta lo tomaba de forma relajada. Sin embargo, siempre procuraba ayudarlas e intentar darle la menor importancia al episodio, así que no haría la carga con Samantha Steinberg, aunque ella lo mereciese por ser una grosera y malcriada, ante todo era una dama y él un caballero.

—¡No! Déjeme en paz… —Su voz se quebró, sentía que las lágrimas inundaban su garganta, intentó levantarse, pero sus manos también estaban llenas de pintura por lo que resbalaron en el plástico.

—Puede lastimarse si sigue intentándolo, no sea terca y deje que la ayude a ponerse de pie. —Le pidió poniéndose de cuclillas.

—No es necesario, puedo hacerlo sola… además, lo mancharé todo de pintura —alegó sin mirarlo, no soportaría verlo aguantar la risa.

—No lo hará… le rodearé la cintura para levantarla, igual no puede salir de allí y subir al segundo piso sin mancharlo todo, lo mejor será buscar algo para que limpie sus pies —comentó en tono mediador al tiempo que buscaba la mejor manera para levantarla.

La vio morderse el labio y dudar, así que, sin esperar una respuesta, pasó sus brazos por la delgada cintura y en un movimiento rápido la atrajo hacia su cuerpo, el roce de sus pieles desnudas hizo que una extraña corriente los recorriera. Aunque él mantuvo el aplomo, ella jadeó ante esa sensación, pero lo disfrazó de sorpresa, procuró no apoyarse en él para no mancharlo y en cuanto estuvo de pie se movió para alejarse del contacto; el olor a vino en el aliento de él la había mareado un poco, aunque no tanto como su cercanía, como el calor de su piel o esa conocida sensación de deseo que se expandía por todo su cuerpo y empezaba a tensar sus espacios más íntimos.

Alessandro se sintió desconcertado ante la reacción de su cuerpo en cuanto la tomó en brazos, el contacto tibio y suave de la piel de esa mujer le hicieron la tarea bastante agradable, todo lo contrario del fastidio que lo invadió al ver la renuencia en ella o saber que quizás terminaría como payaso de circo después de ayudarla.

—Gracias —susurró Samantha sumamente apenada por la situación, todo era tan bochornoso y apenas si se animaba a mirarlo.

—No tiene que darlas, en parte todo ha sido mi culpa, tiene razón en cuanto a lo de anoche le

pido disculpas… no pensé que fuera a incomodarla, es que estoy acostumbrado a contar con un espacio para mí solo —mencionó, alejándose un poco de ella y su mirada se fue a las piernas que aún cubiertas de pintura lucían hermosas.

—Igual yo no debí seguir el juego, todo esto fue muy inmaduro de mi parte, aunque lo tiene merecido… pero de un momento a otro me olvidé de todo y solo me concentré en esto que hacía. —Giró encontrándose con el lienzo completamente arruinado.

—No sabía que además de escribir también pintaba —mencionó él para distraerla del desastre que había hecho sobre el lienzo al caer.

—No lo hago… la verdad esto es solo una tonta terapia que me recomendó mi psicóloga, dice que debo encontrar otras maneras que me ayuden a dejar fluir mi creatividad y después de ello enfocarlas en objetivos específicos… desde hace unos meses se me hace prácticamente imposible plasmar al menos una idea sobre una hoja en blanco, estoy bloqueada —confesó antes que pudiese detenerse.

—Comprendo, pero no debe desanimarse, eso es bastante común a todos en algún momento no ha sucedido…

—¿Le está sucediendo a usted? —inquirió llena de curiosidad, llegando a esa conclusión por la escena de la noche anterior.

—No, no precisamente… pero he pasado por ello. —El tono de su voz cortó todo avance que pudiera hacer, liberó un suspiro apenas perceptible y continuó—. Bueno la verdad no está del todo arruinada, puede ser un nuevo estilo, ya sabe que el arte aprueba la innovación… y si usted quería una obra de arte ya la tiene. —Indicó con media sonrisa desviando su mirada del lienzo a las piernas y sin ningún disimulo también a las nalgas erguidas y redondas.

Samantha miró el lienzo, pensando que él hablaba enserio y que no estaba completamente perdido, la verdad poco le importaba, pero le estaba gustando mucho como iba quedando y haberlo arruinado la entristecía. Cuando vio donde estaba la mirada la del actor, no supo si sentirse molesta o alegre por haber captado de esa manera su atención; ciertamente eso elevaba su autoestima, pero no por ello dejaría que ese hombre la mirara a su antojo, fingió una carcajada.

—¿Siempre es tan gracioso? —preguntó riendo y en un gesto que aparentaba ser espontáneo posó las manos en su pecho, las retiró de inmediato, dejando una marca perfecta de ambas y después abrió los ojos con asombro—. ¡Oh! ¿Pero qué he hecho? Miré como lo he dejado…— Intentó ocultar su sonrisa cuando él la miró entrecerrando los ojos, ella tuvo que morderse el labio para no soltar una carcajada.

—Deseo pensar que esto ha sido un gesto involuntario —pronunció bajando la mirada para ver su pecho.

—Absolutamente… yo jamás le haría algo así a propósito —Indicó afirmando con su cabeza.

—¿Por qué está conteniendo la risa entonces? —inquirió mirándola a los ojos y acercándose más a ella.

—No estoy… es decir, estoy nerviosa por todo esto y cuando me pongo así se me da por reír… pero no es porque me esté burlando de usted. —Le aseguró manteniéndole la mirada.

—No es la impresión que me da, pero digamos que le creo… ¿Cómo va a hacer para subir a su habitación y lavarse? —preguntó observando a su alrededor en busca de algo que sirviese.

—No lo sé… si camino dejaré la marca en todos lados y arruinaré también el piso, tal vez me serviría ponerme un par de bolsas en los pies… —sugería, pero él la interrumpió.

—Eso sería peligroso, puede resbalar de nuevo y desde las escaleras sería desastroso. La llevaré en brazos, es mejor que lo haga a su habitación que a un hospital —indicó inclinándose

para cargarla.

—No, no espere… —Estaba por negarse, pero la mirada de él le hizo saber que no aceptaría la negativa, cerró los ojos un instante pensando rápidamente qué hacer, al fin se le ocurrió algo—. Si me lleva en brazos terminará todo manchado y su pantalón se arruinará, mejor me trae un paño de la cocina y con eso me quitaré la pintura de los pies.

—Ya estoy manchado y por el pantalón no se preocupe, igual ya no sirve ayer le cayó vino por lo menos dos veces… déjeme llevarla así podrá limpiarse completamente, si sale de allí igual terminará salpicando el piso la pintura está empezando a gotear de su short —mencionó indicándole con una mano para que ella lo notase.

—¡Oh, por Dios! Que desastre… —Se sintió apenada una vez más y se le ocurrió algo para despedir al actor—. No quiero causarle más molestias lo mejor será que regresé a su casa, yo me encargo de esto sola, usaré mi ropa para limpiarme, también la daba por pérdida.

—¿Por qué le cuesta tanto dejarse ayudar? No es ninguna molestia yo me siento responsable por lo que le sucedió y deseo reparar el daño… —Se detuvo al ver que ella elevaba la mirada, quizás recordando igual que él la última vez que se ofreció a reparar algo, negó con la cabeza para aclararle que no sería igual y continuó—. Le prometo que esta vez no intentaré nada que la haga enfurecer, solo la llevaré hasta el baño de su habitación y después regresaré a mi casa.

—Lo dejaré que me lleve al lavadero puedo quitarme la pintura de los pies allí, lo demás lo haré después con más calma, igual tengo que regresar para limpiar esto antes que manche el piso.

Alessandro asintió, comprendía la renuencia ya que él mismo sabía que se exponían a mucho permitiéndose estar a solas con ella en su habitación. Samantha Steinberg lo descontrolaba como no había hecho ninguna otra, lo excitaba con solo mirarla y se podía perder en esos ojos color café que tanto le gustaban.

Había aprendido a ver dentro de ellos descubriendo las pequeñas vetas miel que los hacían lucir más claros cuando se les miraba de cerca, las mismas que parecían destellos de un fuego que estaba seguro podía volverse intenso y feroz si se avivaba con maestría. Ese pensamiento no fue el más indicado, además se había prometido no buscarla de nuevo. Se dobló para tomarla en brazos.

—Primero busque algo con lo cual pueda retirar un poco de la pintura, o igual terminaré dejando un rastro por todo el camino. —Le pidió intentando ganar tiempo y así poder controlar el temblor que se había apoderado de su cuerpo de un momento a otro.

—Bien, espéreme aquí…—pronunció, caminando a la cocina.

No pasó un minuto cuando estuvo de vuelta, le entregó dos paños de cocina y aunque se vio realmente tentado a ayudarla en su tarea, prefirió meter sus manos en los bolsillos del pantalón e intentar controlarse con ese gesto. Sin embargo, seguía el movimiento de las manos de ella sobre sus piernas, al ver que daba un traspié y estuvo a punto de caer nuevamente se acercó con rapidez rodeándole la cintura con un brazo, le ofreció una mano para que se apoyase mejor.

Ambos notaron de nuevo ese calor que se deslizaba por sus cuerpos haciéndolos vibrar, era la sensación más extraña y placentera que hubiera tenido hasta el momento, no mencionaron ni una sola palabra temiendo que sus voces fueran a delatar el estado en el cual se encontraban. Pero después de un minuto ella había limpiado mucho la pintura de sus piernas, aunque su short seguía empapado.

—Bien, déjeme cargarla ahora… —indicó doblándose un poco.

—Intente no mancharse más y tenga cuidado de no pisar la pintura sería desastroso que los dos terminásemos sobre el lienzo —mencionó en un tono tan casual que la había sorprendido, la verdad era que estaba sumamente nerviosa.

—No se preocupe, no sería nada que no pueda quitarse con un poco de agua y jabón. —Sonrió y se dispuso a levantarla en brazos.

Samantha contuvo la respiración cuando los fuertes brazos del actor la elevaron, para él era como si ella no pesase nada y eso la verdad la asombraba un poco. No era un hombre corpulento, tenía buena figura y sus músculos estaban definidos, no eran para nada grotescos; por el contrario, estaban bastante estilizados, como los que mostraban las estatuas romanas, una mezcla entre la suavidad y la dureza propia del mármol, solo que contaba con un atractivo extra, la calidez de la cual carecían las esculturas.

El andar de Alessandro era firme y ágil lo que le indicaba que ciertamente no le estaba costando llevarla, aunque su respiración se había tornado un poco irregular, pero al menos él respiraba pues ella había dejado de hacerlo.

Él luchó por permanecer impasible, como si esa cercanía que tenía con la americana no fuera nada del otro mundo, algo tan casual como si estuviera llevando a su hermana Paula en brazos. Sin embargo, su cuerpo se empeñó en llevarle la contraria, su corazón se aceleró y su respiración lo siguió, mientras sentía que sus manos comenzaban a sudar, el calor que producía el contacto de sus pieles comenzaba a extenderse por todo su cuerpo y aunque mantenía su mirada al frente, de vez en cuando se desviaba hacia los labios o los senos.

—Listo, aquí estamos… vio que no fue tan difícil. —Señaló bajándola despacio junto a la llave del agua, sus palabras habían sido contradichas por el tono ronco de su voz.

Ella solo sonrió, ni siquiera se atrevía a agradecerle en voz alta, solo intentó disimular el temblor que recorría su cuerpo cuando posó sus piernas en el suelo, despacio se alejó de él y se acercó hasta la manguera que se hallaba enrollada en un extremo del lugar, abrió esta con rapidez para empezar a lavarse y terminar con esta situación tan incómoda. El agua salió con fuerza y ella gritó con sorpresa pues estaba helada.

—Parece una gata siempre le anda huyendo al agua fría, para venir de una ciudad como Chicago es algo bastante extraño —mencionó él con una sonrisa.

—No esperaba que estuviera tan fría, el día está caluroso y suponía que la temperatura del agua fuera más cálida… —Se excusó alejando un poco la manguera de ella, recordando las últimas palabras de él se llenó de sorpresa—. ¿Cómo sabe de qué ciudad soy? —inquirió desconcertada mientras lo miraba a los ojos.

—Lo leí en el libro que usted le obsequió a Piero, él llegó hasta la casa para llevar unos pedidos que le había hecho a Tina y traía el libro consigo, lo dejó mientras me ayudaba a acomodar las compras en los gabinetes y aproveché para echarle una hojeada. Pero apenas si pude leer parte de su biografía, el muy egoísta me lo arrebató de las manos y me dijo que se lo había regalado y que además lo había autografiado especialmente para él. —El tono que había utilizado también lo hacía ver a él como un niño malcriado al cual le habían arrebatado el juguete.

—Es verdad, se lo regalé a los pocos días de llegar, se ha mostrado muy amable y me ha ayudado con las cosas de la casa e incluso me ha indicado varios lugares para visitar, hasta se ofreció a acompañarme para que no me pierda —acotó con una sonrisa y nuevamente dejaba que el agua se deslizara por sus piernas llevándose parte de la pintura.

—Supongo que para él sería genial acompañarla, de seguro vivirá esperando a que usted le pida que lo haga, es evidente que lo trae loco… los chicos a esa edad son fáciles de impresionar, sobre todo por una mujer mayor, hermosa y que además representa toda una novedad por ser extranjera —comentó mostrándose indiferente, pero sentía que un fuego se había instalado en el centro de su pecho.

—¿Qué está queriendo decir? —preguntó alarmada, sin querer dar crédito a lo que había escuchado, mirándolo con reproche.

—Justo lo que dije, que Piero está deslumbrado por usted…

—¡Pero es apenas un niño! ¿Qué edad puede tener? Y yo no soy ninguna pedófila… jamás intentaría… si hasta el libro que le di fue de los primeros que escribí, para público adolescente. —Se defendió.

—No estoy diciendo que usted haya alimentado las ilusiones de Piero, son cosas bastante comunes a los diecisiete años. Para usted, es apenas un niño, pero para él no es ninguna enferma que desee aprovecharse de su inexperiencia, en caso de que no haya tenido relaciones con alguna muchacha, lo que probable por la manera en cómo se comporta cuando la tiene cerca… —Dejó ver media sonrisa ante su asombro, pero continuó—. Usted es una especie de Diosa que ha venido expresamente a enseñarle todas las artes del placer, jamás se sentiría abusado; por el contrario, feliz estaría si algo así sucediese.

Alessandro sabía perfectamente de lo que hablaba pues él también había caído rendido ante los encantos de una mujer igual de hermosa que Samantha Steinberg, con esa sensualidad innata que desbordaba a cada momento. Tenía la misma edad de Piero cuando se acostó con aquella famosa dama que, además, había sido su compañera en la segunda serie que protagonizara, quien por cierto tenía la misma edad de la americana cuando estuvieron juntos.

Eso lo hizo tensarse un poco ante la sola idea que algo parecido sucediera entre la escritora y el nieto de Tina, sintiendo que el fuego en su pecho se hacía más intenso negó con la cabeza para alejar esos pensamientos y se prometió que no dejaría que algo así ocurriera, lo lamentaba mucho por el Piero, ya le llegaría su turno, pero si alguien iba a gozar del cuerpo de la mujer frente a sus ojos, ese sería él.

—Pues que se olvide de sus fantasías, yo nunca me involucraría con un niño y menos en una situación como esta, hasta presa podría ir por algo así, en América esto es un delito muy grave… —explicaba aún aturdida porque ella también había caído en cuenta de muchas cosas.

—Aquí no… bueno, claro si los padres llegan a enterarse de algo así pueden tomar medidas legales, pero lo más probable es que el padre del chico termine sintiéndose orgulloso, al descubrir que debutó con una mujer como… —No llegó a terminar la frase.

—Si vuelve a insinuar que algo así puede pasar lo voy a bañar con la manguera. —Lo amenazó alzándola.

—Solo le comentaba ya sé que no es una mujer de ese estilo, usted es muy conservadora, pero tampoco es tan ingenua como para no haberse dado cuenta de las aspiraciones de Piero.

—Pensé que se trataba de una ilusión, algo platónico —explicó.

—A esa edad los jóvenes no desean nada platónico se lo puedo asegurar, ni a esa edad ni los años que siguen… nuestros instintos son básicos y como tal deben ser saciados por algo concreto y real, lo imaginario no nos satisface. —Se acercó a ella como atraído por una fuerza que no podía controlar—. Si la deseo no me conformaré con solo imaginarla, mi objetivo será tenerla, seducirla hasta conseguirlo y saciar mis ansias… —susurró mirándole los labios.

Vio como temblaron ante sus palabras y tuvo que obligarse a sonreír para no tomarla allí y besarla hasta que ambos quedaran sin sentido, porque justo eso era lo que le provocaba esa mujer. Seguir negando que él deseaba intensamente a Samantha Steinberg era un absurdo.

La mirada de ella se ancló en los labios del actor y sintió como la decepción la barría completamente, esperaba mucho más de esa cercanía, pero él solo se complació en provocarla y nada más.

Incluso tuvo que enderezarse cuando él se alejó, pues ella se había inclinado ligeramente, se

reprochó en pensamientos haberse dejado llevar de esta manera, se preguntaba ¿qué demonios tendría ese hombre que la atraía tanto? Mientras respiraba profundamente para calmar el latido de su corazón.

—Pero como mis deseos no son los suyos y ya usted me lo ha dejado claro, también debo ser consciente que está en todo su derecho de negarse… jamás la forzaría a nada que no desease ¿por qué no lo hace, no es así? ¿Usted no se siente atraída por mí? —inquirió con media sonrisa mirándola a los ojos.

—¡Por supuesto que no! —chilló escudándose de inmediato—. Es decir, usted es un hombre atractivo… y si fuese otra la situación o yo me encontrase interesada en entablar una relación…

—Yo le resultaría irresistible. —No era una pregunta sino una afirmación y se acercó de nuevo a ella.

—Aceptable —acotó ella con aire de dignidad, sabía que él estaba jugando de nuevo y por una extraña razón, eso le gustaba.

—¡Que duro golpe para mi ego! —exclamó con fingido pesar.

—Digamos que… ¿Atrayente? —preguntó mirándolo y dejó libre una carcajada cuando Alessandro frunció los labios, no muy contento con el término escogido.

Él sintió una agradable sensación esparcirse por su pecho al escucharla. Mostró una sonrisa ante el gesto de Samantha, le gustaba esa risa de niña traviesa, ese aire juvenil y encantador que desbordó, casi siempre estaba seria. Cuando ella se detuvo, él asintió aprobando la denominación, aunque más lo hacía por esa sonrisa que ella le regaló, se veía más hermosa y él sintió unos deseos enormes de hacerla sonreír con más frecuencia para disfrutar de ese espectáculo.

—En ese caso, podemos al menos ser amigos, sería agradable encontrarnos y no terminar discutiendo todo el tiempo —sugirió cambiando su táctica, debía hacerlo si quería conquistarla —. ¿Qué me dice? ¿Le gustaría ser mi amiga señorita Steinberg? —inquirió extendiéndole la mano con una gran sonrisa.

—Bien, seamos amigos —contestó sonriendo, una placentera sensación la recorrió y en ni ningún momento sintió recelo de la propuesta del italiano, además ella también deseaba dejar de lado esa tonta rivalidad que existía entre ambos—. Pero lo primero que debe hacer es llamarme Samantha, todo el mundo lo hace incluso personas con las que nunca he intercambiado palabras.

—Perfecto, Samantha, yo también me sentiría mejor si me llamas Alessandro. —Indicó él con esa sonrisa que hacía suspirar.

—Ok, Alessandro —mencionó y le estrechó la mano.

Él imaginó como se escucharía su nombre saliendo de esos hermosos labios mientras tenía a Samantha bajo su cuerpo, unido a ella, muy profundo, acompañado de gemidos y temblores, también se imaginó llamándola a ella por su nombre, en verdad era hermoso. Eso hizo que una corriente le bajara por toda la espina dorsal y terminara de golpe justo en su entrepierna haciéndolo temblar ligeramente, ella lo sacó de sus ensoñaciones de golpe.

—¡Oh, mira lo que he hecho de nuevo! —exclamó retirando su mano del agarre con rapidez, sumamente apenada con él al ver que lo había llenado de pintura y esa vez sin intención.

—No te preocupes, una mancha más no me hará daño. —Su voz se había tornado ronca y sabía que era a causa del deseo que lo recorrió.

—De verdad no fue mi intención, déjame lavarte la mano. —Pidió acercándole la manguera.

—¿Solo la mano? —inquirió mirando su pecho.

—Alessandro… —Le advirtió ella y tuvo que luchar férreamente contra su instinto de mujer que la arrastraba al torso del italiano.

—Bueno, solo decía… esta mancha es mucho mayor —alegó en su defensa mientras se acercaba a ella, para que el agua limpiara la pintura fresca de su mano.

En ese movimiento quedó muy cerca de nuevo, pero ella tenía la cabeza gacha y aunque no pudo deleitarse con su rostro, si lo hizo con la suave melena, inspiró para identificar el olor y notó que era a flores, alguna exótica pues era la primera vez que la olía, pero le gustó mucho, sus pensamientos estaban a punto de traicionarlo nuevamente.

Samantha sintió la respiración de Alessandro junto a su oído, algo dentro de ella se tensó y un calor la barrió como si fuese una ola que colmó cada rincón de su cuerpo, esa sensación fue tan nueva como desconcertante, por lo que se retiró con rapidez mientras se ocupaba en lavarse de nuevo, haciéndolo desde la cintura para abajo.

—Puedes lavar lo demás en tu casa y así no irás por allí mojándolo todo a tu paso —comentó de manera casual.

Después de unos minutos Samantha había quedado prácticamente bañada, lavó todo su cuerpo desde el cuello hacia abajo y Alessandro lamentó profundamente que llevase puesto brasier, de lo contrario le hubiese ofrecido un espectáculo memorable, pero poco recomendable para su auto control.

Mientras la veía se recordaba que debía ir despacio, seducirla hasta que ella misma se rindiese a él, después de eso estaba seguro de que podía desbocarse, que a Samantha le encantaría que lo hiciera, era hermosa y consciente de sus atractivos, así que también lo sería de su sexualidad, algo le decía que lo enloquecería de placer.

—Está soplando, será mejor que entres ya a la casa, puedes enfermarte y además no te queda un rastro de pintura —mencionó cuando la vio temblar ante la corriente de aire que recorrió el lugar.

—Aún estoy empapada, esperaré para secarme aquí afuera —respondió temblando una vez más.

—Y ganar un resfriado, que es lo más seguro, cuando inventaron la terquedad tú estabas de primera en la fila para recibirla toda ¿verdad? —preguntó divertido al ver como ella fruncía el ceño.

—No es terquedad… bueno sí, tú ganas puedo resfriarme, pero no lo creo, no soy una mujer que se enferme con frecuencia así que por un poco de aire fresco no me pasara nada, no soy una niña. —Indicó elevando la barbilla en un gesto altanero.

—Bien… ¿Tu habitación queda en el segundo piso? —inquirió y ella asintió un poco desconcertada—. ¿Qué puerta es? —preguntó de nuevo poniéndose de pie pues se había sentado.

—¿Para qué quieres saberlo? —Le cuestionó ella con desconfianza.

—Para entrar hoy a medianoche —contestó él, para provocarla y dejó ver una sonrisa cuando ella abrió los ojos, alarmada—. Para ir a buscarte una toalla y así puedas secarte —acotó mirándola.

—¡Ah! Sería estupendo es la segunda puerta de la derecha.

—Ahora regreso —pronunció él alejándose.

Samantha se lo quedó mirando y por primera vez podía verlo con total libertad, tuvo que luchar por retener un suspiro al ver la hermosa espalda que tenía, recordó su encuentro en la cascada y como ella había subido sobre esos hombros. Todo su cuerpo tembló y esta vez no fue una corriente de aire lo que la envolvió, sino el deseo de tocar a Alessandro, sus ojos descendieron y tuvo que admitir que ese hombre también tenía un trasero espectacular, bien

formado, redondo pero masculino, con el tamaño perfecto para el resto de su cuerpo y sus manos también querían tocarlo.

—¡Basta! Le acabas de decir que no te resulta tentador, pero aquí estás deseando tocarle todo… bueno, no había pensado en todo… hasta ahora —susurró sonrojándose.

Cerró los ojos mordiéndose el labio para esconder la sonrisa que se apoderó al imaginar a Alessandro desnudo, los abrió de inmediato cortando de golpe la visión antes de llegar más allá de donde debía encontrarse en toda su gloria el miembro del joven. Aún no se había fijado en esa parte de él, suponía que debía seguir la misma perfección del resto de su anatomía, no era del tipo de mujeres que se dejara llevar por eso, pero tratándose de ese hombre, se desconocía, y allí estaba de nuevo imaginando lo que no debía, no pudo controlar la ola de calor que la barrió completamente y provocó que liberara un jadeo.

—Samantha pareces una ninfómana, no puedo creer que te comportes de esta manera… solo has pasado siete meses sin tener relaciones sexuales… ¡Tampoco es para tanto! Ni el italiano es tan irresistible… ¿No? —se preguntó y una vez más la imagen de Alessandro llegaba hasta ella, con esa sonrisa arrebatadora, con ese cuerpo de escultura romana, con esos ojos que eran los más hermosos que hubiese visto, todo eso le dio la respuesta de inmediato—. Sí, lo es… el condenado lo es. —Se sintió desesperada pues sabía lo peligroso que también podía llegar a ser.

Él prácticamente le había confesado que la deseaba, que si ella le daba al menos una señal que el sentimiento era recíproco no descansaría hasta tenerla, eso la hizo temblar. Algo dentro de ella gritaba que le confesara que le gustaba, que había soñado ya un par de veces con él y se había despertado necesitando una ducha de agua fría, que lo espiaba mientras cabalgada y sus pensamientos no eran nada castos. Pero eso sería irse mucho a los extremos y ella no podía, no debía; eso no estaba en sus planes y ella jamás se salía de sus planes.

∞∞∞∞

Alessandro encontró rápidamente la habitación pues esa casa era idéntica a la suya, caminó hasta el baño no sin antes fijarse en la cama perfectamente tendida de Samantha, mientras recordaba que la suya era un desastre, aunque no habitualmente. También se caracterizaba por ser ordenado, pero Samantha parecía rayar en la obsesión, entró al lugar y tomó un albornoz de los que se hallaban en el perchero, les echó un vistazo a sus cosas, intrigado por descubrir cuál era el olor del champú que ella usaba, tenía un montón así que desistió.

Salió y cuando estaba por abandonar la habitación vio una gaveta entreabierta, sabía que no debía acercarse, que si lo hacía estaba invadiendo la privacidad de su vecina y él odiaba que invadieran la suya, pero por más que luchó no pudo evitar mirar dentro de esta. Los ojos de Alessandro se iluminaron al descubrir que era la lencería de la escritora, sin tener control sobre sus manos, tomó la prenda.

—Me harías un hombre muy feliz si solo pudiera verte con esto, Samantha —susurró, mirando el delicado panty de encajes y seda en colores negro y rosa, tragó en seco ante la reacción de su cuerpo y se regañó—. Alessandro das vergüenza, te estás comportando como el nieto de Tina, hace mucho que dejaste estos juegos atrás, en realidad nunca los tuviste, no vengas con que ahora empezarás con la americana.

Respiró profundamente y dejó la prenda en su lugar, luego salió para volver con ella antes que empezase a sospechar qué lo había entretenido en su habitación. Cuando llegó hasta el lugar, Samantha estaba sentada en una banca con la mirada perdida en el paisaje y aún toda mojada y

desaliñada como estaba le pareció una mujer muy hermosa, se acercó a ella con una sonrisa.

—Te he traído esto, espero que te sirva —mencionó extendiéndole la bata de tela de paño en tono lila.

—Es perfecto, gracias… —contestó ella recibiéndola y después torció un poco la boca, al notar que debía desvestirse—. Creo que hay un pequeño inconveniente, para ponérmela debo quitarme primero esta ropa y no puedo hacerlo estando tú aquí.

—Mensaje recibido. Regreso a mi casa ahora que sé que no tendrás más problemas… ¿Puedo dormir un par de horas antes que pongas de nuevo a la escandalosa de Pink? —preguntó elevando las cejas.

—Sí, tranquilo y Pink no es escandalosa, solo canta con sentimiento y no tiene culpa de tener mejor voz que Chris Martin.

Alessandro puso los ojos en blanco objetando su observación, ella dejó libre una carcajada y él la acompañó con una sonrisa, una vez más esa sensación de satisfacción por escucharla reír lo colmaba, su mirada se perdió en la de ella y tuvo que cortar el contacto visual antes que los deseos de lanzársele encima y besarla le ganaran.

—Bueno me voy, suerte con tu obra maestra. —Indicó para provocarla una vez más antes de irse.

—Gracias. —Samantha se negó a caer en su truco y elevó la voz para agregar algo más antes de perderlo de vista—. ¿Me dejarás dormir esta noche? —preguntó y después se arrepintió diez veces por el doble sentido que podía tener esa interrogante.

—Cuenta con ello —respondió él volviendo medio cuerpo mientras sonreía al ver el sonrojo en ella.

«Desafortunadamente, tendré que hacerlo, Samantha, a menos que la providencia haga un milagro y me dejes entrar a tu habitación, te dejaré dormir como a una niña.»

Pensó cruzando para tomar el camino hasta su casa mientras sonreía al recordar ese encuentro, que había sido distinto a los demás y le había dejado una agradable sensación recorriéndole el cuerpo. Su sonrisa se hizo más amplia cuando las marcas de las manos de Samantha en su pecho atrajeron su atención y de inmediato el recuerdo llegó hasta él llenándolo de alegría.

Capítulo 14

Una extraña sensación de alegría se había apoderado de Samantha desde la última vez que vio a Alessandro, se sentía a la expectativa todo el tiempo y a la espera de cualquier acto de presencia de Alessandro, pero sabía que eso era algo que no podía permitirse. Por ello decidió salir temprano, al día siguiente. Iría hasta Florencia y se distraería en algún museo, plaza, librería, lo que fuera; pero debía poner distancia de por medio pues no le gustaba esa ansiedad que la había embargado por no verlo durante el resto del día.

Caminaba por uno de los pasillos de la librería más grande que había encontrado en Florencia, era una verdadera belleza, un local de dos pisos repleto de libros, muchos clásicos que aún no había leído, pues en la universidad solo tocaron los más populares. Intentó concentrarse en los títulos y dejar de lado una vez más la imagen del actor, estar lejos de él le había permitido aclarar un poco sus pensamientos y hasta ese momento sentía que podía controlarlo todo, asegurándose que solo se sentía atraída por la personalidad rebelde y arrogante del italiano, que era todo lo opuesto a lo que ella había conocido hasta el momento.

Seleccionó dos títulos al azar sintiéndose frustrada al ver la dirección de sus pensamientos. Bajó las escaleras apreciando sobre ella la mirada de varios de los hombres y una sonrisa afloró en sus labios, le gusta atraer la atención de ese modo, pues a todas les agradaba que la hicieran sentir hermosas de vez en cuando.

Salió y paseaba por la acera, observando las hermosas construcciones, cuando de pronto su atención fue captada por la imagen en la portada de una revista, su corazón comenzó a latir rápidamente y sin poder evitarlo llegó hasta el kiosco de periódicos donde se encontraba. En un movimiento espontáneo tomó la publicación y sin lograr despegar la mirada de la deslumbrante sonrisa de Alessandro Bonanzierri, buscó en un bolso un billete y se lo extendió a la señora que atendía el lugar.

Pudo notar que ella le decía algo quizás relacionado con él, pero no supo a cabalidad lo que fue, había quedado atrapada por la estampa que mostraba su famoso vecino en aquella fotografía, así que solo sonrió a la mujer al tiempo que recibía el cambio, respiró profundamente para enfocarse de nuevo en la realidad, desvió la mirada de la imagen y la posó en un pequeño café al otro lado de la calle.

Cuando llegó pidió una mesa en el exterior, el día estaba fresco y ella necesitaba distraerse con algo, lo mejor era el paisaje; pero falló garrafalmente cuando después de un par de minutos se encontró buscando la revista de nuevo para leer la nota en el interior de esta. El encabezado resaltaba la extraña desaparición de Alessandro, el artículo hacía especial énfasis en el hermético silencio que había mostrado su familia respecto a eso, así como del sorpresivo despido del agente del actor, quien se negó a dar declaraciones cuando fue abordado por varios medios en la terminal de vuelos internacionales de Roma.

La misma especulaba sobre cientos de cosas, entre las cuales se encontraban la posible reclusión en un centro de rehabilitación, hasta un trágico accidente que hubiera dejado al actor imposibilitado para continuar con los compromisos pendientes, el último de ellos y el más importante: el protagónico en la próxima película del aclamado director Jean Franco Baptista.

Samantha sabía que no se trataba de algo tan grave, pero ciertamente debía ser muy serio para que él decidiera dejar todo sin dar explicaciones. La verdad no sabía qué creer pues apenas se

conocían, pero no parecía ser un hombre que estuviese metido en problemas de drogas o… bueno, aunque viéndolo tomar como lo hizo la otra noche, seguramente estaba acostumbrado a la bebida. Sin embargo, ella había conocido a personas dependientes y Alessandro Bonanzierri no tenía aspecto de ser así; aturdida por toda esa información continuó con su lectura encontrándose con las declaraciones de algunos compañeros de trabajo que daban versiones distintas de lo que pudo haber sucedido, incluso de su antigua pareja, la cual debía acotar se sentía más despechada que cualquier cosa, pues prácticamente se mostraba feliz por la desaparición de Alessandro.

Su preocupación por no conocer la verdad a cabalidad menguó un poco cuando su mirada se paseó por la galería de fotos donde se podía apreciar a Alessandro en diferentes etapas de su carrera, desde que era apenas un chico, incluso lucía menor que Piero. Dejó ver una sonrisa ante esa imagen que le resultó tierna, siguió hasta encontrarse con la más reciente donde se mostraba justo como estaba en ese momento.

—Es todo un misterio, señor Bonanzierri… —De inmediato el interés por él creció aún más dentro de ella.

La sonrisa se borró de sus labios y negó con la cabeza ante la posibilidad de inmiscuirse más con ese hombre, se suponía que debía cortar con todo eso, pero su curiosidad siempre había sido uno de sus mayores defectos, y sabía que por más que se esforzase no lograría estar tranquila hasta qué descubriese que había llevado al actor a abandonarlo todo e internarse en la villa donde ambos se encontraban.

Para empeorar su situación pudo ver en el televisor que se encontraba dentro del café que anunciaban una serie donde él trabajaba, sin siquiera analizar lo que hacía se puso de pie tomando sus cosas y se encaminó al interior, indicándole al mesero que cambiaría de lugar y que su apetito se había despertado. El hombre la guio hasta una de las mesas ubicadas frente al aparato y le ofreció la especialidad de la casa: La *Panzanella*. Ella tenía una vaga idea de lo que llevaba la ensalada, aunque no la había probado hasta el momento, se dispuso a disfrutar de su almuerzo y de la imagen de Alessandro Bonanzierri.

Intentó comer despacio para tener la excusa de permanecer allí y ver el capítulo completo, la verdad no tuvo que hacer mucho esfuerzo pues cada vez que su vecino salía en pantalla ella solo podía mirarlo, en verdad se veía tan hermoso. La trama se desarrollaba a finales de mil setecientos, en pleno auge de la revolución francesa, el vestuario era simplemente impecable, así como las locaciones y las actuaciones, pero era el porte que él mostraba, su manera de manejarse, su actitud en cada escena que protagonizaba lo que tenía a Samantha pegada a la pantalla y más de un suspiro escapó de sus labios cuando lo vio sonreír o simplemente enfocaba su mirada en la cámara.

Al fin el capítulo terminó y ella salió de allí con la cabeza colmada de imágenes de Alessandro, si el día anterior no había logrado dejar de pensar en él, dudaba mucho que después de eso pudiera conseguirlo, menos cuando memorizó el nombre de la serie para buscarla más adelante y seguirla en la televisión que tenía en su casa. Deambulaba por las calles de Florencia sin tener un rumbo fijo, no deseaba regresar todavía a la villa. Cientos de teorías que intentaba descubrir qué había llevado a Alessandro a estar donde estaba, le llenaban la cabeza y lo mejor era aclarar sus pensamientos antes de verlo nuevamente.

—¡Samantha!

Escuchó que alguien pronunciaba su nombre, pero fue la voz que lo hizo la que provocó que ella pensara que se encontraba en medio de un sueño o definitivamente se estaba volviendo loca. Cerró los ojos un instante y continuó con su camino sin prestar atención, estaba por cruzar la calle cuando un flamante auto negro modelo del año se detuvo ante ella bloqueándole el paso y

atrayendo su mirada.

—Hola, Samantha. ¿Paseando por la ciudad? —preguntó el hombre en el interior del vehículo mientras le sonreía.

Ella se quedó mirándolo un instante hasta que al fin reaccionó y descubrió que se trataba del mismísimo Alessandro Bonanzierri. Los nervios la invadieron de inmediato haciéndola sentir como si hubiera sido descubierta haciendo algo incorrecto, paralizada en medio de la acera no lograba dar con las palabras que pudieran sacarla de esa situación, solo atinó a elevar su mano en señal de saludo y después de ello se obligó a decir cualquier cosa.

—¿Qué haces aquí? —Esa fue quizás la pregunta más tonta que pudo haber formulado, pero al menos fue algo, así logró que su lengua recuperarse el movimiento.

—Necesitaba comprar unas cosas… ¿Cómo has estado? —La saludó un poco desorientado por la actitud de ella.

—Muy bien, gracias. ¿Tú? —inquirió con amabilidad.

—Bien ¿vas a la villa? Ven sube, yo te llevó… —Le indicó antes de recibir una respuesta mientras abría la puerta del auto desde el interior.

—Yo… bueno la verdad es que, no tenía pensado regresar aún…

—¿Y a dónde ibas? Parecía que estuviese caminando por inercia —acotó y en ese momento se quitó los lentes de sol que llevaba.

—¿Siempre eres tan observador? —Se le escapó a ella sin poder evitarlo, pero habló rápidamente para salir del paso—. La verdad es que… solo caminaba me gusta hacerlo y necesitaba distraerme un poco, estaba aburrida de estar todo el tiempo en la casa —explicó intentando ser lo más casual posible.

—Entiendo, bueno aún tengo algunas cosas que hacer si no te importa podrías acompañarme, así te distraes y después regresamos a la villa. —Insistió una vez más y le dedicó una de sus mejores sonrisas, debía aprovechar esa oportunidad.

Samantha dudaba en aceptar y dos voces dentro de su cabeza le gritaban atormentándola, una le decía que se alejara de ese hombre y la otra que aceptara, que no tenía nada de malo, además que podía investigar un poco más sobre lo que le había ocurrido. Suprimió un suspiro y cuando vio que algunas chicas miraban el auto con interés, una alerta se activó en ella, se suponía que no debían saber que se encontraba aquí o al menos eso podía deducir de la actitud bajo perfil que había mostrado desde que llegó, hizo a un lado la voz que le advertía que no aceptase la invitación del actor y subió al auto.

—Bien, te acompañaré —sentenció una vez dentro y con suavidad cerró la puerta, pero esta no quedó asegurada.

—Con un poco más de fuerza, permíteme hacerlo yo. —Se acercó casi cubriendo el cuerpo de Samantha con el suyo, sintió como ella se replegaba al asiento y solo dejó que su sonrisa se hiciera más amplia, provocativa, estiró la mano para agarrar la palanca, abrir la puerta y cerrar una vez más ejerciendo mayor presión—. Listo, bueno ahora en marcha —acotó acomodándose en su asiento, pisó el acelerador moviéndose con destreza por las calles de la ciudad de Florencia.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella sin mucho énfasis.

—Necesito comprar algunas cosas… y verte a ti ha sido casi un milagro. Llevaba al menos media hora pensando en cómo entrar a una tienda de abarrotes, comprar todo lo que necesito y salir sin que alguien pudiera reconocerme, pero creo que esta gorra y los lentes de sol no serán suficientes… —decía cuando ella lo interrumpió.

—¿Qué hay de malo si alguien se da cuenta de quién eres? —preguntó disfrazando su interés

como si fuera solo curiosidad.

—Que se armaría un alboroto grandísimo y no deseo eso. Solo he venido para comprar algo de comida, en la casa tengo, pero estoy cansado de lo mismo y olvidé pedirle a Tina algunas cosas antes de que se fuera, se suponía que ella me ayudaría con todo esto y en vista que no está no me queda más remedio que hacerlo yo o seguir comiendo panes, pastas y quesos acompañados de agua o vino… extraño los jugos de tomate y arándano, también algo de verdura —respondió con naturalidad mientras giraba en una esquina.

—Ok… y entonces yo sería algo así como ¿tu niña del mandado? —preguntó ella elevando una ceja mientras fijaba su mirada en él.

—¡Por favor! No lo veas así… es algo sencillo, incluso por aquí tengo una lista —contestó extendiendo su mano para buscar en el compartimento del tablero.

—¿En serio? —La asombró su desfachatez—. Jamás en mi vida he hecho mandados a nadie y tú no serás el primero, Alessandro Bonanzierri, así que olvídalo —sentenció, cruzándose de brazos.

—Por favor, Samantha… ¡Puedo morirme de hambre! —exclamó con un muy mal actuado pánico.

—¡No, de ninguna manera! —expresó frunciendo el ceño.

—Bueno, en ese caso te tocará invitarme a tu casa a comer todos los días o quedará en tu conciencia si muero de inanición —dijo encogiéndose de hombros mientras se detenía en una señal de tránsito.

—¿O sea que tengo que hacer esto o sino deberé cocinarte a diario? Sinceramente te has vuelto loco, no haré ninguna de las dos cosas… por lo mismo no me he casado. —Soltó una carcajada, perpleja ante su actitud cada vez más osada y además porque ella apenas si sabía cocinar.

Alessandro puso su semblante de estar profundamente herido, incluso hizo que sus ojos fuesen colmados por la humedad que delata a las lágrimas, clavó su mirada en ella para hacerla sentir culpable.

Samantha cayó sin remedio ante su actuación, no parecía que tan solo minutos atrás hubiera descubierto lo gran actor que era, se dejó engañar y él consiguió su objetivo, ignorando su juego dejó libre un suspiro cargado de frustración y dio su brazo a torcer.

—¡Dame la condenada lista! —exclamó sintiéndose atrapada.

—No es necesario, yo me encargaré de ello, no te sientas obligada y puedes ahorrarte los maltratos. —La miró de reojo.

—No te estoy maltratando, no actúes como un mártir y dame esa lista de una buena vez antes que cambie de idea —exigió mirándolo, él se mantuvo en silencio con la vista al frente—. ¡Vamos! Alessandro, dame la lista… a ver ¿dónde está? —preguntó presionando el botón para abrir el compartimento frente a ella y buscar dentro el papel.

Él dejó ver una sonrisa, no lo pudo evitar, ella era tan… no tenía una palabra para definirla, solo que le encantaba. Lo hacía sentirse alegre y relajado, olvidarse de muchos de los problemas que lo agobiaban, incluso la rabia que se había apoderado de él cuando vio el titular en una revista minutos atrás se había esfumado en cuanto ella subió a su auto, le gustaba compartir con la americana.

—¡La tengo! Bueno… veamos cuales son los gustos y las exigencias del señor —mencionó de forma burlona.

—Los gastronómicos, encontrarás solo algunos de mis gustos gastronómicos, tengo muchísimos otros que no aparecen en esa lista, pero que tal vez te diga más adelante —mencionó

en tono sugerente.

—Solo me interesan estos y porque es algo de fuerza mayor, además, ya conozco muchos otros —pronunció sin darse cuenta concentrada en la lista que tenía en sus manos y estaba en italiano.

—¿Sí? A ver dime alguno, me gustaría escuchar cuáles de mis gustos conoces, Samantha. —Le pidió con una sonrisa.

—En realidad… no son «muchos» solo algunos que he descubierto por casualidad, por ejemplo, te gusta conducir muy de prisa y también cabalgar de igual manera… te gusta el vino, leer, disfrutas en hacer enfurecer a las amables turistas americanas y adoras la melancólica música de Coldplay. —Finalizó antes que fuera más evidente que ella se interesaba por las cosas que él hacía.

—Me sorprendes, pero tengo un par de objeciones, yo no disfruto en hacer enfurecer a las amables turistas americanas, solo me gusta provocar a una que no tiene mucho de amable que se diga —mencionó con una sonrisa, dejando clara su provocación, ella solo dejó libre un suspiro y no pudo evitar reír también, él continuó—. Y la segunda, no me encanta Coldplay, es una buena banda, me gustan la mayoría de sus canciones, pero no es que me desviva escuchándolas todo el tiempo. Mis gustos son bastante variados por decirlo de algún modo… lo de la otra noche fue algo que no hago con frecuencia, en realidad nunca he escuchado la misma canción más de dos veces seguidas —explicó desviando la mirada un par de veces del camino para posarla en ella, que lo escuchaba atenta.

—Bien, pues díselo a Chris Martin que fue él que terminó con la garganta desgarrada. —Bromeó sintiéndose sumamente cómoda.

—Te prometo dejarlo descansar por un par de semanas.

—¡Vaya! No te imaginas lo agradecidos que estaríamos los dos —se burló de él de nuevo—. Mira allí hay un supermercado, detén el auto en aquel estacionamiento. —Señaló el lugar y guardó en su bolso la lista con las cosas que él necesitaba.

Alessandro estacionó justo donde ella le había indicado, buscó en el bolsillo de su chaqueta la billetera, la abrió y sacó un par de billetes, pero al darse cuenta de la denominación supo que no alcanzarían para todo lo que estaba anotado en la lista. Posó sus ojos de nuevo en la cartera de cuero y lo único que encontró fueron su identificación, el permiso de conducir, el carné del seguro clínico y sus tarjetas bancarias suspiró intentando no perder del todo las esperanzas y se dispuso a examinar sus demás bolsillos.

—¿Qué sucede? —preguntó Samantha al ver lo que él hacía.

—Nada, buscó algo —contestó sin entrar en detalles, pero empezaba a sospechar que tendría que decirle—. ¡Demonios! Esto era lo único que me faltaba… no traigo suficiente efectivo.

—¿Cuál es el problema? —cuestionó ella elevando las cejas, desconcertada por su enojo y al ver que él solo fruncía más el ceño habló de nuevo—. No tienes que preocuparte, yo pagaré la cuenta…

—De ninguna manera, no dejaré que pagues mi cuenta ni loco.

—Espera un momento… ¿Qué hay de malo en que yo haga algo así? ¿No me digas que eres de ese tipo de hombres machistas y retrógrados que se siente ofendidos porque una mujer les pague la cuenta? —inquirió asombrada.

—No se trata de eso, simplemente no puedo dejarte hacerlo, ya me estás ayudando mucho con hacer las compras por mí.

—No, ¿sabes qué? Se trata precisamente de eso, por favor de verdad pensé que eras un hombre de pensamientos menos anticuados, Alessandro, tenemos un problema aquí y una

solución, no hay nada más. Tú no tienes efectivo para pagar, yo no puedo hacerlo con tus tarjetas… a menos que quieras que me detenga la policía y no queda de otra que pagarlo con la mía, ya después pasaremos por un cajero para que retires dinero y me pagues lo que voy a prestarte…

—Aguarda un momento, iré contigo —dijo él extendiéndose de nuevo sobre ella para cerrar la portezuela, hablándole muy cerca.

—¡Esto es increíble! ¿A ver quién es el terco ahora? —preguntó sintiéndose realmente molesta por la actitud de él y al mismo tiempo nerviosa por la cercanía que habían tenido.

—Estamos a mano, señorita Steinberg. —Sonrió mientras buscaba la gorra y se la acomodaba mirándose en el retrovisor.

—¡Vas a pasar completamente desapercibido! —exclamó con todo el sarcasmo que pudo.

—No pierdo nada con intentar, seguramente podré engañar a unos cuantos, solo debemos actuar con naturalidad.

—Sí, claro —murmuró ella mientras abría la puerta de nuevo.

Bajaron del auto y era evidentemente que Samantha se encontraba más nerviosa que él por el riesgo que alguien los descubriese, aunque era una tontería porque ella no tenía nada que perder. Igual no pudo evitar mirar a todos lados antes de encaminarse hacia la tienda.

Alessandro le dedicó una sonrisa para hacer que se relajara y estuvo a punto de tomarla de la mano, pero pensó no sería lo más adecuado, al menos no todavía.

—Creo que debí seguir tu ejemplo y vestirme como un turista —mencionó detallando la ropa que ella llevaba.

—¿Quién ha dicho que visto como turista? Este es un conjunto casual… no veo que lo haga lucir diferente a la ropa que tú llevas —dijo echándole un vistazo a su conjunto: camisa de cuadros escoceses blanco y rojo, un jean azul, unos botines rojos de gamuza y un bolso rojo del mismo material de los zapatos, todo de la casa *Tommy Helfiger*.

—Samantha… solo te falta un cartel de neón en el pecho que diga «soy americana» —expuso riendo—, ni siquiera necesitas hablar para que las personas lo sepan, es demasiado obvio, pero eso nos puede ser de ayuda, no pongas mala cara —agregó mostrándole una de sus mejores sonrisas, esas que sabía cautivaban.

—Muchas gracias, me siento muy halagada de ser una coartada perfecta —murmuró aún molesta, se detuvo antes de cruzar las puertas de cristal y respiró profundamente—. Haremos esto rápido… ¿Ves las cajas que atienden aquellos ancianos? Escogeremos esa.

—Hablas como si fuésemos a asaltar la tienda —acotó luchando por no soltar una carcajada.

—No seas idiota, solo te cuido la espalda, ahora vamos.

Él asintió, mirándola sin poder ocultar su diversión, la vio respirar profundamente y adoptar una actitud completamente casual.

Capítulo 15

Samantha caminaba delante de él como si fuesen dos personas comunes, igual al resto de los que allí se encontraban, tomó uno de los carritos y él se ofreció a llevarlo, ella puso los ojos en blanco ante su insistencia por hacer esa estúpida diferencia de géneros, pero para no caer en una discusión accedió; se quedó a su lado y se digirieron al fondo de la tienda, donde se encontraban las legumbres y hortalizas.

Samantha sacó la lista para ir seleccionando las que estaban anotadas, pero la buena memoria de Alessandro le ganó la partida, él comenzó a escoger lo que necesitaba, así que ella se limitó a buscar un bolígrafo en su bolso e ir tachando las que ya tenían, pero no se sentía bien haciendo solo eso, debía ocupar su mente en algo y dejar de seguir cada movimiento que él hacía.

—Déjame ayudarte, así será más rápido. —Le pidió una bolsa para tomar ella los tomates y las cebollas.

—Claro, si deseas puedes llevar para ti también —dijo poniendo en el carrito papas y zanahorias.

—No es necesario, yo tengo en la casa… compré hace algunos días, solo me faltan algunas cosas, pero como el señor no me dejará pagar mi cuenta, mejor espero a venir sola otro día. —Se giró dándole la espalda para caminar hasta otra de las estaciones.

«Altanera, si esto no fuese más que una actuación te llevarías una buena nalgada por andar de contestona, voy a tener que anotar cada una de tus malcriadeces, Samantha, pues pienso cobrármelas todas, ya lo verás… ya lo verás.»

Pensaba siguiendo el andar enérgico de ella, le encantaba como se movía al caminar, le fascinaba ese trasero redondo y firme que tenía, ese mismo que se llevaría unas cuantas caricias y azotes de sus manos en cuanto tuviera la oportunidad.

—Que afortunado es —comentó el italiano, un minuto después.

—¿Quién? —preguntó ella, sin comprender.

—Tu exnovio, no todos corren con la suerte de liberarse de una mujer como tú. —indicó con toda la intensión de darle una estocada.

—Pues déjame informarte que él no pensó lo mismo, de haberlo hecho no hubiera gastado una fortuna en regalos y cientos de ramos de rosas, pidiéndome una segunda oportunidad —dijo con arrogancia mientras dejaba dos paquetes de verduras dentro del carrito—. Ahora. ¿Qué puedes decir tú de tus exnovias? —preguntó recordando el gran «cariño» que le tenía la última de ellas.

—No acostumbro a hablar de las mujeres, no es de caballeros hacerlo, pero para satisfacer tu curiosidad solo te diré que todas han quedado devastadas después de la separación —expresó en el mismo tono engreído que había utilizado ella.

—Eres un gran arrogante, ¿te lo han dicho? —preguntó sin poder ocultar su sentir.

—Sí, ya lo han hecho antes, pero temo decirte que ambos sufrimos del mismo mal, tú no te quedas atrás, Samantha, eres igual o más arrogante que yo —respondió mostrándole una amplia sonrisa.

Ella abrió la boca para decir algo, pero no tenía argumentos para refutar eso, ciertamente se había mostrado bastante arrogante con él, aunque no era así con las demás personas. Pero había algo en la actitud de Alessandro que le hacía querer demostrarle que ella era más que él, más famosa, más madura, más centrada y educada, no sabía por qué tenía ese afán por querer resaltar,

cuando menos lo pensaba se encontraba enfrascada en esa lucha, justo como en ese instante.

—Ok, punto a tu favor… dejemos el tema de lado y continuemos.

—¿Sí entiendes lo que está escrito allí o solo estás adivinando? —preguntó para pincharla una vez más.

—Para tú información hablo, leo y escribo el italiano muy bien, podría decir que perfectamente, pero siendo extranjera conozco mis limitaciones, al menos a la hora de pronunciarlo —contestó sin mirarlo.

—¿En serio?… entonces ¿por qué has empacado moras, si yo no las puse en la lista? —inquirió una vez más intentando no reír.

—Porque necesitas alimentos altos en vitaminas, las moras son excelentes, déjame decirte que si tu dieta solamente se basa en lo que está aquí escrito estás muy mal, también llevaremos uvas, espinacas, remolachas y naranjas… luces… bastante pálido y esto hará que ganes color —mencionó con una naturalidad asombrosa.

—¿En qué momento se ha metido mi madre en tu cuerpo? —preguntó entre sorprendido y divertido.

—No lo ha hecho, esto es algo que todo el mundo debería saber y si ella te ha sugerido deberías hacerle caso, no se trata solo de unas pocas verduras y unas cuantas frutas, debes crear un balance perfecto —explicó mientras llenaba el carrito de todas las cosas que había mencionado y otras más que no había hecho.

Alessandro solo atinaba a mirarla y no sabía si sentirse molesto porque ella le estuviese indicando lo que debía comer, o feliz al saber que le importaba su bienestar. Quizás solo lo hacía por ser amable con él, pero aun así no dejaba de ser un avance importante, después de todo era la primera mujer después de su madre y su abuela que escogía frutas y verduras para él, sabía que, si algún día algunas de las dos llegaban a enterarse de eso, proclamarían a Samantha Steinberg como la mujer indicada para que fuese su esposa.

«¡Para! Aquí nadie ha hablado de matrimonio, solo porque ella sea una compradora compulsiva de frutas, no significa que debas llevarla al altar y jurarle amor eterno, debes estar claro en lo que deseas de esa mujer Alessandro y proponerte conseguir solo eso, nada más.»

Pensaba sintiéndose alarmado de repente por la dirección que habían tomado sus pensamientos, él era un hombre que creía en el compromiso, pero también era consciente que aún le faltaba mucho para dar un paso tan importante como ese. El matrimonio no era una cosa con la cual se pudiese jugar, él no caería en aquello que en su mundo se veía con mucha frecuencia: matrimonios de un par de años.

Samantha se concentró en escoger un montón de cosas y evitar mirarlo, mientras se reprochaba internamente por lo que estaba haciendo y diciendo, hasta hacía unos minutos se negaba rotundamente a hacerle un mandado y ahora no solo estaba allí, sino que además escogía frutas y verduras para él como si fuese su…

«¿Esposo? ¡Perfecto! Ahora si te has vuelto loca, llevas menos de un mes conociéndolo y ya estás actuando como la perfecta ama de casa, lo único que te falta es ofrecerte a cocinarle… ¡Idiota! Deja ya esas cosas ¿a ti qué te importa si tiene anemia, se resfría o se enferma de cualquier cosa? Ese es su problema, es un hombre lo bastante grande como para atenderse solo y saber lo que le conviene comer y lo que no… y no vengas que lo haces porque te recuerda a tu hermano menor, porque Nick es todo lo opuesto a ese hombre.»

Pensaba furiosa con ella misma, debía terminar con todo eso antes que acabase diciendo o haciendo alguna otra estupidez, se volvió para mirarlo y él estaba con la mirada pérdida en las verduras, como si analizase cuidadosamente algo, al menos no se burlaba de ella.

—Alessandro… ¡Alessandro! —Lo sacó de sus cavilaciones.

—Dime —mencionó él en respuesta.

—¡Ay! Perdona que te distraiga del tortuoso dilema de escoger entre los pimentones verdes o los rojos, pero ¿podrías darte prisa? —preguntó elevando ambas cejas y después le dio la espalda.

—Es insoportable —susurró entre dientes y metió en la bolsa de los dos colores con una fuerza innecesaria.

—Tranquilo… ya te acostumbrarás, siempre terminaba con ganas de ahorcar a mi esposa cuando salíamos de la tienda, pero con el tiempo llegas a saber lo que desean incluso antes de pedirlo, eso es lo que hace que un matrimonio dure… ya llevamos veinte de casados —comentó un hombre de unos cuarenta y tantos años a su lado, mientras le ofrecía otra bolsa—. Van por separados, los rojos en una y los verdes en otra. —Indicó con una sonrisa amable.

—Muchas gracias —mencionó en inglés pues el hombre era británico y no lo reconoció, para su suerte.

—No hay de qué y recuerda: la paciencia es la clave —acotó palmeándole la espalda, para después alejarse.

Alessandro lo vio acercarse a una hermosa dama que lo recibió con una sonrisa cuando le entregó los dos paquetes y el hombre aprovechó para darle un beso en la mejilla, después de eso siguieron con su camino. Él suspiró y salió en busca de Samantha que estaba en la carnicería y casi había acabado con su pedido allí, lo vio llegar y Alessandro le extendió las dos bolsas con los pimentones separados.

—Perfecto, me gustan ambos…—Los recibió con una sonrisa y un poco sorprendida, los dejó con las demás cosas—. Bueno ya casi tenemos todo, solo nos faltan estas cosas y terminamos, las personas no se han fijado en ti, supongo que lo último que esperan es ver al actor del momento haciendo compras en un supermercado.

—Ciertamente, ni siquiera mi madre se imaginaría algo así, cuando se lo cuente es muy probable que no me crea, gracias por ayudarme, Samantha —dijo mirándola a los ojos.

—No tienes que agradecerme nada, en el fondo me gusta hacer cosas como estas y en América casi nunca puedo, allí soy yo la que debo llevar lentes y prendas que me oculten —comentó en tono casual.

Alessandro la escuchó con atención, pues le gustaba mucho ir descubriéndola, ella se iba abriendo a él sin darse cuenta, dándole información que aparentaba ser bastante común, pero que sentía clave, pues eso los acercaba. Él también había dejado escapar algunas cosas y a diferencia de otras veces, no se lamentaba, era como si pudiese confiar en ella, después de todo no eran tan diferentes, aunque sus vidas viniesen de mundos prácticamente distintos.

La molestia que la había embargado minutos atrás se había esfumado, sinceramente se notaba agradecido por lo que estaba haciendo y no se aprovechó de eso para insinuar que ella tuviese algún tipo de interés romántico. Eso era lo que más temía, que él fuese a basarse en esos detalles para hacerla sentir incómoda.

Ella no mostraba interés por un hombre de manera desmedida, siempre esperó a que fuesen quienes dieran el primer paso, sabía que en ocasiones había actuado como una tonta, porque cuanto más le gustaba un chico, más se alejaba. Quizás eso mismo le estaba pasando con Alessandro, pero ahora más que nunca se negaba a reconocerlo, primero porque la eterna guerra que se traían no lograría acabar en nada bueno, segundo porque por ningún motivo elevaría más el ego del actor, ya lo tenía por las nubes. Además, le había dejado claro que no estaba en busca de ninguna relación, así que no podía venir ahora y decirle que había cambiado de opinión, debía

mantener su postura.

Una vez que tuvieron todo, Samantha respiró profundamente armándose de valor y avanzó hacia la caja que había señalado antes.

—Buenas tardes, ¿esta caja está abierta al público? —preguntó en italiano con un tono gentil.

—Por supuesto, señora… continúe por favor.

—Gracias —ella respondió con el mismo gesto y ayudada por Alessandro comenzó a poner las compras en la correa.

—¿Es norteamericana? —preguntó el hombre y ella asintió—. Pues se dará un festín bastante italiano, espero lo disfrute —acotó el hombre pasando las compras a donde el actor ya las recibía para empacarlas junto a un niño de no más de diez años que lo ayudaba.

«Me daría un festín italiano si fuese mi vecino el plato principal… ¡Ok, ya está bien! Samantha, por favor contrólate.»

Pensaba sonriendo, luego se mordió el labio para controlar los deseos que habían despertado en ella, viendo lo guapo que lucía con ese conjunto informal, que en él se veía tan atractivo y elegante, una camiseta cuello redondo de algodón blanca, el jean azul desgastado, la gorra blanca y las gafas oscuras estilo aviador.

—No tiene problema en que pague con la tarjeta de mi esposo ¿verdad? —preguntó una vez que el hombre le dio el monto.

—Por supuesto que no, señora, si el titular está presente y autoriza —mencionó lo que indicaba la normativa.

—Claro, amor, me pasas tu tarjeta y tu identificación por favor —pidió mirando a Alessandro y sintiendo que todo el cuerpo le temblaba, había llegado la prueba final.

—Aquí tienes, cariño —mencionó él en inglés.

Arriesgándose y modulando la voz de tal manera que ellos no fuesen a sospechar que era italiano, al menos que pensasen que tenía familia aquí, pero que era extranjero, le entregó a Samantha lo que le pedía y contuvo la respiración a la espera que el anciano no pidiese la identificación, afortunadamente la mujer se había retirado.

—Perdone, señora, pero me podría dictar el número de identificación, es que he dejado las gafas en la oficina y sin ellas no puedo ver números tan pequeños —pidió el hombre con una sonrisa.

—¡Por supuesto! —expresó ella de inmediato, estaba apostando por eso desde que llegó a la caja y no vio las gafas del hombre por ningún lado—. Permítame… —Buscó en la tarjeta y aunque la imagen de Alessandro la distrajo un momento, pues hasta en su tarjeta de identificación salía guapo, logró enfocarse y dictarle el número.

El hombre lo introdujo y la maquina emitió el tique al segundo siguiente, Samantha se lo extendió a Alessandro para que lo firmase y ella buscó la manera de distraer al caballero.

—Mi esposo tiene familia aquí y ellos me han dado varias recetas, por eso llevo todas estas cosas, quiero hacerlas antes de regresar y perfeccionar lo que no me salga bien a la primera, así para cuando regrese a América pueda lucirme preparándolas. —Lo distrajo notando que eso había sido del interés del hombre.

—Estoy seguro de que le saldrán bien, sino está él para ayudarla a conseguir el toque italiano. —Mostró con una gran sonrisa desviando su mirada a Alessandro y después la posó en ella—. Muchas gracias por su compra, que tengan feliz tarde.

—Igual para usted, muchas gracias —mencionó ella.

—Gracias, muy amable. —Alessandro que ya esperaba.

—Estefano, ve con los señores y trae el carrito de regreso.

Asintió con una sonrisa al ver la confianza que su abuelo depositaba en él, irguiéndose para parecer más alto, salió detrás de Samantha y Alessandro. Entre los dos comenzaron a guardar todas las cosas.

—¿Puedes con él? —Le preguntó Alessandro en italiano.

—Claro, señor —contestó el niño con seguridad.

—Bueno, muchas gracias por ayudarnos, cuídate —indicó al tiempo que le entregaba un billete.

—Gracias, señor, no es necesario.

—Por favor recíbelo, para que compres un dulce —dijo Samantha.

—Bien, muchas gracias—contestó y recibió los veinte euros.

Lo vieron alejarse rebosante de alegría, ellos también lo estaban por haber superado esta prueba, él le abrió la puerta del auto y ella subió dedicándole una sonrisa, Alessandro caminó para hacerlo de su lado.

—¡Vaya! No puedo creer que lo hayamos hecho… fue genial —rio emocionada y antes de analizar lo que hacía se acercó y le dio un beso en la mejilla, pero de inmediato se alejó—. ¡Oh, Dios! ¿Qué hice? —preguntó alarmada llevándose las manos a la boca mientras lo miraba.

—Me besaste… bueno, no sé si llamar a eso un beso, fue demasiado rápido, dame otro y podremos averiguarlo —dijo con una sonrisa.

—¡Olvídalo! Fue todo producto de la emoción, no te preocupes, no volverá a pasar —mencionó alejándose y esquivándole la mirada, pues se moría por besarlo, pero no en la mejilla sino en los labios.

Él dejó libre una carcajada que retumbó dentro del auto e hizo que muchas cosas dentro de Samantha se estremecieran, se quitó las gafas y la gorra liberando el hermoso y sedoso cabello castaño, se pasó la mano para acomodarlo un poco y encendió el auto. Antes de salir se volvió a mirarla, apreciando el hermoso rubor que había cubierto las mejillas de ella, sintió una extraña emoción colmar su pecho, al tiempo que pensaba que en verdad era preciosa.

—Bueno, si yo no merezco otro beso por mi actuación, al menos déjame darte uno a ti por la tuya… de verdad me sorprendiste, Samantha Steinberg, tienes muchos dotes para la actuación esposa mía —pronunció volviendo medio cuerpo para quedar de frente a ella, mientras su mirada que ahora lucía gris y brillante la veía.

—No es necesario… y fue lo primero que se me ocurrió, no parecemos hermanos para decir que seamos familia… y cuando ven a dos personas haciendo compras todo el mundo supone que son esposos o pareja —se excusó sin volverse para verlo, pero sintiendo sobre ella la intensa mirada de él.

—De todos modos, fue una actuación magistral —mencionó y antes que Samantha fuera a salir corriendo para impedir que la besara, posó un par de dedos en la barbilla de ella para fijarla en esa posición y le depositó un beso suave y lento en la mejilla.

Ella dejó escapar un suspiro ante el suave roce y luego la presión que ejercieron los labios de Alessandro contra su mejilla, pero luchó por no cerrar los ojos y mantenerse inmóvil.

Él se deleitó con la suave piel de ella y tuvo que aferrarse a todo su autocontrol para no bajar hasta la comisura de la boca de Samantha y dejar caer un beso allí también o más aún, no volverla para atrapar esa pequeña y sensual boca con la suya y besarla hasta quedarse sin aliento.

—Gracias —susurró al oído de ella reuniendo toda su cordura para alejarse, se había propuesto seducirla lentamente y lo conseguiría.

Ella sintió como si ese susurro que se coló por su oído hubiera bajado esparciéndose por

todo su cuerpo, tensando espacios que no debían hacerlo, su vientre fue preso de un temblor apenas perceptible y sus pezones también reaccionaron a ello, incluso su respiración y su corazón sufrieron los estragos de esa palabra susurrada, así como de la voz grave y sensual de Alessandro. Notando que había quedado como una tonta, solo le dedicó una sonrisa y fijó su mirada en el estacionamiento, mientras él ponía el auto en marcha.

—Tengo una idea —dijo Alessandro minutos después para romper el silencio—. Te invitó a cenar esta noche y así te agradezco como se debe el que me hayas ayudado hoy. ¿Qué dices? —preguntó sintiendo que debía seguir ganando terreno.

—No creo que resista otro estado de tensión como él de hace minutos, corrimos con suerte en el supermercado, pero dudo que suceda lo mismo si vamos a un restaurante —contestó con tono impersonal, buscando quedarse en un lado seguro.

—No tendremos que ir a ninguno, cenaremos en mi casa, cocinaré para ti —le explicó mirándola y dejó ver una sonrisa ante su cara de sorpresa, ella no se esperaba algo así.

—¿Sabes cocinar? —cuestionó sin disimular su asombro.

—Sí y además lo hago muy bien, si vienes esta noche a mi casa podré demostrártelo —respondió con una sonrisa.

—Yo… —Samantha sabía que no debía aceptar, que eso significaba exponerse demasiado, pero como siempre no logró controlar su curiosidad y la hizo dar una respuesta—. Bien, iré y espero de corazón no terminar en un hospital intoxicada… sino pobre de ti Alessandro —dijo en un tono jocoso, para aligerar la sensación de tensión que se había apoderado de su cuerpo.

—Perfecto, no te arrepentirás, te lo prometo —Le dedicó una mirada fugaz y una sonrisa efusiva.

Ella respondió al gesto de él con menos entusiasmo, sentía que ya se estaba arrepintiendo, eso era como meterse a la boca del lobo, lo sabía, lo sabía muy bien, pero aun así accedió, comenzaba a preocuparla esa estúpida manía de no poder negarse a lo que él pedía.

Capítulo 16

El desorden que reinaba en la cama de la Samantha era de proporciones épicas, más tratándose de alguien fanática del orden como lo era ella. Casi todas sus prendas estaban esparcidas por esta e incluso algunas habían ido a parar al piso mientras ella se miraba en el espejo llevando un short naranja, una camiseta blanca y una chaqueta de algodón también naranja.

Pensó que así lucía bien, era algo casual y bonito, pero un vistazo a sus piernas le dejó claro que debía cambiarlo, era demasiado corto. Salió en busca de otro y todo fue en vano, todos sus shorts eran muy sugerentes para llevarlos en esa ocasión. Optó entonces por una falda quizás eso podía funcionar, pero terminó desistiendo al comprobar que tampoco haría mucha diferencia, además, Alessandro podía terminar pensando que se la había puesto para provocarlo.

Comenzó a frustrarse por no encontrar que ponerse, miró el reloj y aún le quedaba poco más de una hora, antes que él pasara por ella, cosa que le parecía absurda pues solo debía caminar unos cuantos metros hasta la casa vecina, pero él insistió y ella terminó cediendo para no caer en una nueva discusión. Se le haría tarde si no se decidía de una buena vez, aún debía darse una ducha y maquillarse un poco, tampoco iría con la cara lavada. Dejó libre un suspiro y cerró los ojos para focalizarse, los abrió de nuevo y recorriendo con la mirada el desorden que había en su cama, al azar tomó un vestido de esos que usó para pasear por la Riviera Francesa cuando la visitó.

—Será este y no se habla más, Samantha… ¡Por Dios! Esto es increíble, das vergüenza de verdad —esbozaba mientras se desvestía.

Se puso el vestido y caminó hasta quedar frente al espejo, suspiró pensando que tal vez podía resultar muy elegante por el largo, pero no tenía de otra, vestir uno más corto podía enviar el mensaje equivocado al actor. Con el escote no podía hacer nada, tener senos voluptuosos no se ocultaría con nada, ni siquiera con un suéter de cuello alto, al menos este le ofrecía una vista menos insinuadora, incluso se veía relajada y despreocupada, como si no se hubiera esmerado en su arreglo para impresionarlo.

—Sí, es perfecto, bueno ahora a recoger este desorden y apurarme… o llegará y me encontrará sin vestirme aún. —Se dijo quitándose el vestido, lo dejó sobre el diván de terciopelo color musgo que se encontraba junto a la ventana.

Sin poder evitarlo echó un vistazo a la casa vecina, buscó con la mirada a Alessandro y lo vio salir por la puerta trasera. Ella se escondió tras las cortinas para que él no fuera a descubrirla. Desde dónde se encontraba pudo ver que se dirigía a la bodega de los vinos y minutos después regresaba hasta su casa llevando dos botellas en las manos.

—¡Dos botellas es demasiado vino! —exclamó, nerviosa.

Una alarma se había activado en ella no tanto porque sospechara que Alessandro hubiera planeado todo eso para emborracharla y llevársela a la cama, eso era tan probable como que la tierra era redonda, sabía que él jugaba al seductor de vez en cuando y conseguía trastocarla. Igual el verdadero problema y a lo que más temía era a que ella misma terminase dándole pie a él para que algo así sucediera, porque ya había admitido que ese hombre le gustaba mucho, que incluso lo deseaba y estando los dos solos en ese lugar todo estaba a favor que terminaran pasando la noche juntos.

—Samantha… Samantha, solo a ti se te ocurre aceptar algo así se supone que eres una mujer

adulta y que puedes controlar una situación como esta… pero no actúas igual cuando te encuentras frente a él, por el contrario, haces todo mal… así que piensa bien lo que haces porque puedes terminar donde juraste que nunca harías.

∞∞∞∞

Alessandro bajaba las escaleras mientras se abrochaba los botones de la camisa, dejando los primeros sin cerrar, no porque tuviese un objetivo con ello, sino porque le gustaba usarlo de esa manera y aunque la noche se encontraba bastante fresca, algo le decía que hoy tendría mucho calor en cuanto Samantha pusiera un pie en su casa. Mientras caminaba se repetía que debía ser paciente, que seguramente ella estaría a la defensiva y rechazaría todo tipo de acercamiento que él quisiera tener y se mantendría en esa estúpida e infantil postura de «No deseo una relación en este momento»

Ella había mencionado que fue quien dejó al exnovio y que no se encontraba despechada por ello. Pero no lo parecía, su desconfianza debía estar afianzada en algo por el estilo, todas las mujeres eran iguales; después de un fracaso les costaba volver a confiar y debía admitir que la mayoría tenían motivos para hacerlo, pues el supuesto caballero que se supone viene a sanar sus corazones solo piensa en una cosa: Llevárselas a la cama. Aunque claro está, hay muchos otros que se tomaban su tiempo y en el camino construían una relación más o menos «bonita» y que las hacía sentir seguras y amadas.

Él podía contarse entre ese grupo, pues con el corazón roto o no siempre le gustaba crear un ambiente donde sus amantes se sintieran valoradas y deseadas, no podía decir amadas, pues hasta ese momento no lograba asegurar haber amado a ninguna. El problema estaba cuando aspiraban a más porque todo se complicaba y terminaba todo en un jodido desastre.

En cuanto a la mujer que ocupaba sus pensamientos, solo podía decir que quizás ella no había entendido el mensaje de que, él tampoco quería una relación en ese momento no estaba en una posición donde pueda darse ese lujo, pues su vida fuera de ese lugar era un completo caos. Primero debía demostrarle a su familia que estaba centrado y podían confiar en él de nuevo, pero eso no lo conseguiría diciéndoles, que tenía a una nueva novia en menos de un mes, claro mucho menos si les contaba que no era novia, sino una aventura de verano.

Igual ellos no tenían por qué enterarse, si llegaba a un acuerdo con Samantha donde los dos como personas adultas asumiesen eso de manera natural. Él lo que deseaba era contar con su compañía, disfrutar de su cuerpo, dormir con ella algunas noches, por qué; vaya que le hacía falta el calor que brotaba de un cuerpo femenino, quería salir a pasear, escucharla reír, enseñarle a cabalgar, nadar juntos, conversar.

Cosas tan simples como esas, no algo que debiera implicar un compromiso, solo un acuerdo que sería sencillo y beneficioso para ambos debía admitir que le estaba costando, pero no desistiría ni loco, ella se había vuelto en su único interés en ese lugar.

Tenían casi un mes juntos ahí y ella seguía en la misma postura, había avanzado, pero era muy poco y lo más probable era que esa noche no tuviera la oportunidad de acostarse con ella; sería un milagro si lo consiguiese, pero al menos podían llegar a un beso o algunos cuantos, no estaba de más alimentar sus esperanzas.

Con esos pensamientos llegó hasta la puerta principal de la casa que ella ocupaba, liberó un suspiro y ensayó su mejor sonrisa, mientras elevaba la mano para golpear con los nudillos la puerta un par de veces, pasaron unos segundos y repitió la acción.

—Hola… perdona estaba apagando las luces de la cocina —mencionó ella abriendo la puerta al tiempo que le sonreía.

—Hola… —respondió él posando su mirada en Samantha.

Alessandro solo atinó a observarla lucía muy hermosa, el cabello recogido con un ganchillo sin mucho esmero se había puesto maquillaje en el contorno de los ojos delineador y brillo en los labios, el rubor de sus mejillas lucía natural. Llevaba un vestido blanco con estampado de flores en tonos rojo, pero lo que más atrapó su atención fue el escote, era profundo y sutil al mismo tiempo mostrándole un par de senos bellos y sensuales, los mismos que deseó tomar en ese instante y comprobar si eran tan suaves como lucía y también lo que su sentido de percepción le decía: que encajarían perfectamente en sus manos.

—Luces preciosa —agregó y no mentía, era cierto.

—Muchas gracias, pero no es nada especial… tú también luces muy apuesto… dame un minuto que creo que olvidé apagar la luz del baño y odio desperdiciar energía. —Intentó parecer casual mientras se daba la vuelta y salía con rapidez hacia la escalera.

—Claro, no hay problema, te espero aquí —contestó Alessandro posando su mirada en la figura de ella ahora de espaldas.

La vio subir con rapidez las escaleras y por un instante se sintió tentado a ir tras ella, encerrarla junto con él en su habitación, quitarle ese precioso vestido y tener sexo durante toda la noche. En verdad estaba poniendo a prueba su cordura con todo eso, era la primera vez que una mujer le atraía de ese modo y comenzaba a sentirse molesto por el poder que ejercía sobre él, como si se tratara de un adolescente.

Samantha corrió hasta su habitación, una vez allí cerró la puerta y se apoyó, dejando libre un jadeo al recordar lo apuesto que lucía Alessandro. Su conjunto era sencillo pero ese hombre podía verse igual de arrollador llevando harapos, ciertamente no era justo para los demás hombres pues con solo el hecho de existir ya los insultaba a todos.

—Bueno, ya basta… respira y contrólate que tampoco es que sea Sean Connery, es un hombre tan corriente que hasta son vecinos y tus exparejas tampoco es que han sido los peores de su género, has tenido buenos partidos… Además, simplemente amigos… aunque él haya dejado claro que quiere algo más y en el fondo tú también… ¿Por qué te es tan difícil ceder, Samantha? Es decir… ciertamente ¿Qué estarías perdiendo si te vas a la cama hoy con ese hombre? —Se preguntó en un susurro y después se mordió el labio inferior.

Cerró los ojos negando con la cabeza, no podía hacer algo como eso, ella no era del tipo de mujeres que se lanzaba a una aventura así ¡Si había perdido la virginidad a los diecinueve años! Cuando todas sus amigas lo hicieron entre los quince y los dieciséis.

Ya una vez había accedido a ese tipo de presiones a dejarse llevar porque era lo que la mayoría haría estando en su lugar, y la verdad, aunque no se arrepentía de ello, tampoco podía decir que haberle entregado su primera vez a un joven, a quien no amaba, era algo de lo cual podía sentirse orgullosa. Simplemente había asumido las cosas como se dieron, pero algo le decía que con Alessandro Bonanzierri, todo sería distinto, con él no era solo pasar un par de noches y actuar después como si nada hubiera sucedido.

—Te convertirías en la amante de ese hombre, eso harías y quizás no todo sea tan sencillo como imaginas. Sam no puedes complicarte la vida de esa manera en estos momentos, necesitas enfocarte de nuevo en tu carrera eso es lo que realmente importa. —Se aseguró y tomó aire para llenar sus pulmones, después lo exhaló muy despacio y regresó a al salón—. Perdona la demora… —dijo abriendo la puerta.

—No te preocupes admiraba la noche, la luna se ve espléndida desde aquí ¿no te parece? —

preguntó él ofreciéndole el brazo.

—¿Estás usando los diálogos de algún personaje del siglo pasado? —Lo interrogó con una sonrisa y le fue imposible negarse a su ofrecimiento. Eso le había resultado encantador, apoyó su mano en el antebrazo de Alessandro y pudo sentir la firmeza de sus músculos.

Él soltó una carcajada, negando con la cabeza, la condujo hasta su casa y sin soltarla abrió la puerta para después llevarla hasta el interior.

—Bienvenida —Se paró tras ellas y le ayudó a quitarse la delicada chaquetilla de algodón—. ¿Me permites? —Ella asintió, mirándolo por encima de su hombro.

No pudo evitar rozar la piel de los hombros de Samantha mientras lo hacía, justo como había imaginado era muy suave y cálida, sintió el temblor que la recorrió y una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se deleitaba con el blanco y delgado cuello deseando depositar un par de besos justo debajo de su nuca. Ese pensamiento hizo que una parte al sur de su cuerpo se estremeciese y optó por alejarse recordándose que debía tener paciencia.

—Gracias —contestó ella cuando pudo y se alejó paseando su mirada por el lugar, aunque no era mucho lo que podía descubrir.

—La cena está casi lista podemos empezar con una ensalada caprese que hice, mientras los bistecs a la florentina se cocinan, deben servirse al momento de bajarlos de la parrilla.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —preguntó, acercándose hasta él viendo que ya había puesto la mesa.

—No, no es necesario… lo tengo todo bajo control, toma asiento por favor —pidió y tomó una de las botellas de vino, llevaba un sacacorchos en su mano derecha.

—¿No te parece mucho dos botellas de vino? —inquirió ella.

Minutos antes se había asegurado de que no diría nada al respecto, solo se limitaría a no beber más de dos copas, pero allí estaba haciendo todo lo contrario, mientras se reprochaba por ello.

—Para una cena… sí es mucho, solo beberemos una y debemos escoger cual —contestó acercándolas a ella—. Estas son dos botellas de *Chianti* de excelente cosecha, seguramente ya has probado uno de los dos, ambos van perfectamente con la *Bistecca allá Fiorentina* que he preparado. Este de aquí es un Chianti clásico y este otro es un *Colli Fiorentini*, los dos son de esta región y los viñedos del señor Codazzi están entre los mejores productores, son vinos de gran calidad los que tienes antes tus ojos —explicó con toda la soltura de un experto.

Samantha se quedó mirando las dos botellas, no tanto por no saber escoger una, sino por lo sensual que le resultó escuchar a Alessandro, hablar con tanta propiedad sobre el vino. Ella también tenía conocimientos sobre estos, aunque muy básicos, ya que su padre era un amante del brandy y su madre apenas si soportaba el licor.

—Podemos probar los dos si gustas y después escogemos él que mejor te haya parecido —acotó él, al notar el silencio en ella.

—No, sería un desperdicio abrir una botella y no beberla…

—¿Acaso propones beber ambas? —preguntó divertido y no esperó a que ella le diera una respuesta—. Porque si es así déjame decirte que yo estoy acostumbrado a tomar vino y puede que tenga más resistencia que tú, así que no me haré responsable por lo que te pase o si de camino a tu casa terminas en medio de la piscina —pronunció, en un tono ligero, para relajar la tensión que veía en ella.

—Bueno para tu información yo también tengo buena resistencia, pero no lo comprobaremos esta noche. Mejor abramos la de Colli Fiorentini, no lo he probado aún y me gustaría hacerlo —pidió con una sonrisa posando su mirada en las manos de Alessandro.

—Excelente elección. —Tomó la botella para abrirla, mostrando gran destreza.

A Samantha le parecía que además de la rapidez también lo había hecho con elegancia, hasta ese momento no se había fijado bien en las manos de Alessandro. Eran tan hermosas como todo en él, dedos largos y finos como de pianista, blancas y suaves, no había nada áspero o burdo en ellas, eran simplemente perfectas.

—Señorita Steinberg. —La llamó, al tiempo que le entregaba la copa llena hasta la mitad, después de haberla aireado un poco.

—Gracias —contestó ella y esperó a que él se sirviera una también.

—Por esta velada —dijo Alessandro acercando la copa a la de ella para chocarla y la miraba directamente a los ojos.

—Por la cena, que me muero por probar. —Rozó su copa.

Sonriendo para no dejarle ver la reacción que había tenido su cuerpo ante la intensidad de su mirada, sentía que la atrapaba de tal forma que no podía escapar, era una invitación vedada, lo sabía.

Él dejo ver una hermosa sonrisa y ella respondió de igual manera, ambos se llevaron las copas a los labios y le dieron un sorbo, mayor en el actor que en ella. Quien lo vio degustar el vino unos segundos y después pasarlo, notando como se movía su manzana de Adán al hacerlo, entregándole a Samantha un espectáculo sumamente sensual y masculino mejor a cualquiera que hubiera visto antes.

Alessandro notó la mirada que ella le dedicó, pero no hizo ningún comentario, no quería espantarla, debía dejarla que fuera entrando en confianza, que poco a poco empezara a ser consciente de él y de todo lo que tenía para ofrecerle. La vio apartar la mirada y llevarse la copa a los labios de nuevo, esta vez no pudo evitar sonreír ante el gesto. La ponía nerviosa y eso era muy bueno, los nervios de ese tipo en una mujer siempre estaban asociados a la excitación, él lo sabía bastante bien y se aprovecharía de ello, tanto como pudiera.

—Te daré un truco… —pronunció, sentándose frente a ella cuando la vio a punto de beber, dejando su copa de lado—. Toma un gran trago, pero solo la cantidad que puedas mantener en tu boca y déjalo allí por unos segundos antes de pasarlo, saboréalo y verás cómo lo aprecias mejor —señaló posando su mirada en los labios de ella que lucían tan suaves y provocativos—. Hazlo, Samantha, te prometo que lo disfrutarás. —Su voz se había tornado grave en cuestión de segundos, solo le bastó ver como ella mantenía la copa cerca de su boca y fijaba la mirada en él.

Samantha lo hizo sin dejar de mirarlo no podía escapar de esa mirada zafiro que parecía hechizar, no tomó un trago muy grande para no ahogarse pues apenas podía respirar, sentía que su corazón latía muy rápido y no era por la bendita prueba con el vino. Tal como él le indicó paseó el líquido por su boca unos segundos apreciando un toque ácido y después uno dulce, muy suave, no para empalagar, pero si para hacerlo bastante agradable, dejó que se deslizara hasta su garganta y después se pasó la lengua por los labios sin poder evitarlo.

—Es… —Ella se detuvo, no sabía cómo definirlo.

—Exquisito —mencionó él, más refriéndose a ese último gesto que ella le entregó, que al vino en sí.

—Hay un sabor dulce al final… es como… no lo sé con precisión, pero estoy segura de haberlo probado antes, no forma parte de las uvas o de la barrica… —exponía buscando la palabra.

—Son ciruelas, el vino Chianti se caracteriza por ello, por tener pequeñas notas de ciruelas que le dan ese gusto, que va de la acidez a un toque dulce bastante suave —explicó tomando otro trago.

—Sí, exactamente así lo sentí. ¿Eres un experto en vinos? ¿Estudiaste para ello? —preguntó realmente interesada.

—No estudié para ello y estoy muy lejos de ser considerado un experto. Pero sí me gustan mucho, he probado de todas las regiones de Europa y digamos que puedo denominarme un catador promedio —contestó levantándose para empezar a servir.

—Entiendo, lo haces muy bien… gracias por el truco —contestó, dándole otro sorbo a su copa, ya que podía apreciar mejor los sabores.

—De nada… pero deberías ir despacio, o te acabarás la botella y no nos quedará para cuando nos sentemos frente a la chimenea —comentó Alessandro colocando una bandeja en medio de la mesa.

Samantha casi se ahoga con el vino que tenía en la boca ante la sola mención que se sentarían frente a la chimenea, eso no era una cita ni nada por el estilo solo era una cena entre amigos. No había que terminar tomando vino, uno delicioso, además, sentados en un cómodo sofá frente al fuego, además ¡Estaban en verano! ¿Quién encendía la chimenea en verano? La noche estaba fresca, pero no para que ellos tuvieran que estar junto al fuego.

Se disponía a protestar cuando él puso ante sus ojos una apetitosa ensalada caprese, la presentación era sencillamente hermosa, tres rodajas de tomate con trozos de queso mozzarella y hojas de albahaca encima, bañados por una mezcla de pimienta, sal y aceite de oliva, todo se veía tan exquisito que la boca se le hizo agua.

—Ok, ya… dime dónde está el chef que hizo todo esto. —No podía creer que él supiera de verdad cocinar y que además presentase los platos así, ni ella lograría todo eso.

—Lo tienes frente a ti —contestó irguiéndose con gesto altivo.

—No, habló en serio… o al menos dime cuantos tutoriales viste en internet para poder hacerlo —cuestionó de nuevo.

—Ninguno, aprendí de mi padre… Flavio Bonanzierri, además de ser un gran abogado es el mejor chef no titulado que haya conocido en la vida… es algo así como yo con los vinos, a ambos se nos dan bien estas cosas —contestó tomando asiento cerca de ella—. Vamos pruébala, te aseguro que sabe tan bien como luce —agregó dejando la servilleta sobre sus piernas mientras le dedicaba una sonrisa para animarla, sintiéndose ansioso por obtener su respuesta.

Ella cortó un pequeño trozo de la hermosa presentación y se la llevó a la boca, la suave mezcla se esparció por su paladar al tiempo que la textura de la hoja de la albahaca bailaba sobre su lengua. Su sabor se apreciaba exquisito y luchó por no gemir, pero su rostro debió mostrar cuanto le había gustado, porque Alessandro tenía una gran sonrisa.

—¿Qué tal? —preguntó después de probar la suya.

—Sí, está deliciosa… —respondió tomando un poco más y después de saborearla otro más—. Tienes que enseñarme a prepararla, se ve sencilla pero las veces que he intentado hacerla no queda ni de lejos como esta. —Le pidió sintiendo que su apetito realmente se había despertado mientras veía que él también disfrutaba de la comida.

—Cuando gustes, la próxima la hacemos juntos ¿te parece?

—Claro, me encantaría —afirmó y le regaló una sonrisa.

—Bueno, yo terminé, voy a servir ahora el plato principal en el horno, hubiera quedado mejor en la parrilla, pero sería más trabajo, creo que debí llamar a una agencia de mesoneros.

—¿Te ayudo con algo? —preguntó ella a punto de levantarse.

—No, eres mi invitada y no debes hacer nada más que permitir que te atienda, yo me encargaré de todo, continua con la ensalada aún te falta —respondió con una sonrisa y se encaminó a la cocina.

Después de unos minutos Alessandro había terminado con el bistec y había retirado los platos de la mesa, para hacer la segunda presentación. Un suculento corte de solomillo con papas horneadas y rodajas de limón, que estaba aún más delicioso que el primer plato. Samantha no dudo que hubiera sido Alessandro el creador, pues lo había comprobado al verlo meter la carne al horno, esperar a que estuviera y después ponerla en los platos junto a los contornos.

—Me has sorprendido gratamente, Alessandro Bonanzierri, no puedo más que decir que me encantó la cena, estuvo exquisita —dijo Samantha un minuto después de haber terminado.

—Muchas gracias, pero aún no termina, falta el postre. —Señaló poniéndose de pie para retirar los platos.

—Oh, pero no puedo con nada más, he quedado satisfecha —dijo mirándolo con pesar no quería rechazar su esfuerzo.

—No hay problema, en ese caso, vamos al sofá y dejamos el postre para después. —Tomó la botella de vino y su copa en una mano.

Mientras que con la otra agarraba la de Samantha para guiarla al sillón, dedicándole una sonrisa al ver la sorpresa reflejada en los ojos café por su gesto. Incluso él se había sorprendido, pero todo fue tan espontáneo, tan rápido. Era como si no fuera la primera vez que la tomaba de la mano, se sentía muy bien con esa unión, como si lo llenara de calidez y seguridad, una sensación que solo le habían entregado pocas personas en su vida, aquellas a las cuales él le importaba y las que se podía decir eran parte fundamental en su vida: Su familia.

Capítulo 17

Samantha se sorprendió tanto ante el gesto de Alessandro que no pudo esconder su reacción, todo su cuerpo se tensó cuando la tomó de la mano, lo miró a los ojos como pidiendo una explicación, pero le rehuyó la mirada de inmediato. Inhaló intentando hacerlo de manera disimulada, buscando con eso controlar los latidos de su corazón, sentía que los metros que dividían el comedor del salón se le hacían eternos.

Tomaron asiento y un incómodo silencio se apoderó de ambos, él quiso hacer el momento menos embarazoso, llenando de nuevo sus copas de vino, le ofreció la de ella con una sonrisa, para después tomar la suya y beber un largo trago mientras buscaba las palabras en su cabeza que acabaran con el mutismo que los embargaba.

«¡Alessandro di algo! ¡No eres un estúpido mocoso! Vamos di algo hombre, lo que sea, estás quedando como un idiota ¿qué demonios tiene esta mujer que te hace actuar así? Ni que fuera la primera que has invitado a cenar… ¡Música! La música siempre te ha funcionado bien.»

Pensaba mientras degustaba su trago de vino, viendo que ella al parecer también trataba de sacarlos de ese momento de silencio, tenía la mirada puesta en las llamas de la chimenea como si buscara algo en ellas, él sonrió y dejó la copa sobre la mesa junto a la botella, estaba a punto de pararse cuando Samantha habló impidiéndoselo.

—Hoy vi un capítulo de una serie donde trabajaste —comentó de repente, no pretendía contarle nada, se le había escapado en vista que se habían quedado callados, se volvió a mirarlo y él la veía fijamente, como intentando comprender, así que continuó—. Entré a almorzar en un café y estaban pasando un capítulo de La conspiración, esa que está ambientada en mil setecientos, donde tú hacías de un sargento del ejército francés que ocupaba la región del Piamonte —explicó al ver que él la veía como si no supiera de que le hablaba—. ¿No la recuerdas? No pudo haber sido grabada hace mucho… —decía cuando él la detuvo negando con la cabeza.

—Sí, la recuerdo muy bien… tienes razón no fue hace mucho, solo un par de años no sabía que la estuvieran retransmitiendo —mencionó pensativo y después cambió radicalmente mostrándole una sonrisa a Samantha, se puso de pie y caminó hacia la consola encima de la chimenea donde reposaba su iPod—. Pongamos un poco de música, algo suave que nos permita hablar tranquilamente, veamos… —decía mientras encendía el aparato y buscaba.

—Lo haces muy bien… —mencionó ella, poniéndose de pie.

De pronto sintió que él la estaba esquivando y eso despertó aún más su interés, se acercó atraída también por los portarretratos encima de la estructura de piedra y madera donde el fuego crepitaba, obviamente se trataba de su familia. En las fotografías había una chica, que no tendría más de quince años, le recordó a su hermana Diana, también un hombre que lucía mayor que Alessandro, seguramente sus hermanos por el parecido, y los que debían ser sus padres. Una elegante dama de cabellos oscuros como los de él, ojos claros y sonrisa amable junto a un señor que seguía siendo muy apuesto.

—Sí, bueno eso parece… —dijo viendo que ella se había parado a su lado y veía las fotografías de su familia.

—Son hermosas… —señaló las fotografías—. ¿Puedo? —preguntó acercando su mano a una para tomarla.

—Por supuesto, es mi familia… mi madre insistió en que las trajese conmigo —contestó y su tono mostraba que estaba un poco apenado.

—Yo también tengo de la mía, pero están guardadas en la portátil, mi madre no envió a enmarcar ninguna para mí o me dio de las que tenemos en la casa… quizás pensó que no los echaría mucho de menos o no quiso parecer muy sentimental —mencionó Samantha en un tono de voz que intentó ser impersonal, para ocultar la envidia que había sentido por el gesto que había tenido la madre de Alessandro.

—Quizás pensó que podías extraviarlas en el viaje —comentó él notando que el semblante de ella había cambiado, como si algo la entristeciera—. Yo vine aquí en mi auto no había manera de perderla, pero tú seguramente tuviste que agarrar un par de aviones e incluso el tren y un auto que te trajera a este lugar —agregó buscando la mirada de Samantha, sintiendo una gran necesidad por animarla.

—Sí, es probable… igual tengo varias conmigo, más adelante te las mostraré, tienes una hermosa familia, Alessandro. Tu hermana es muy linda y tu hermano es muy apuesto, creo que tienen de quien heredarlo, se ven tan unidos y felices —indicó sonriendo.

Fijó la mirada en el hermano de Alessandro, sentía como si ya lo hubiera visto antes, su sonrisa le resultaba conocida, quizás porque era parecida a la del actor, había algo más en él que intentó descubrir.

—Seguramente porque fui yo quien tomó la fotografía y no estaba en esta; de lo contrario, todos hubieran salido con caras de amargados —acotó intentando parecer divertido pero su sonrisa no reflejaba la alegría que quería demostrar.

—Bueno, no lo pongo en duda, si yo hubiera tenido que posar al lado de alguien tan arrogante como tú, tal vez hubiese puesto mala cara también —comentó de manera casual intentando no reír.

—Dime algo ¿apareces en las fotos con tu familia? —preguntó mirándola fijamente, ella asintió con una gran sonrisa—. Me muero por ver esas imágenes, seguramente serás la única que sonríes —agregó pulsando un botón en la pantalla del iPod.

Ella liberó la carcajada que tenía atorada en la garganta, le gustaba verlo en ese plan de niño malcriado, se veía tan guapo que Samantha tuvo que atrapar un suspiro antes que se escapara dejándola en evidencia. Se concentró en la música que había puesto, no reconocía las primeras notas de esta, pero en cuanto la voz del intérprete se dejó escuchar supo de quien se trataba y eso la llenó de sorpresa, miró a Alessandro elevando una ceja.

—¿Joe Cocker? —inquirió escuchando la voz áspera del británico, que cantaba *I put spell on you*.

—Es un genio, a pesar de todos los problemas que ha tenido y haberse quedado en ese estilo de los ochenta, su música es muy buena y mi padre lo admira mucho, gracias a él lo conocí y gracias a su música también he podido desarrollar un manejo excelente del saxofón —contestó invitándola con un ademán al sillón de nuevo.

—¿Tocas el saxofón? —preguntó aún más sorprendida.

—Sí, desde hace años… desde que era un chico. Tengo un tío que toca en una banda que ofrece espectáculos en cruceros, mientras estaba en Roma, venía todas las tardes a la casa y me enseñaba, es hermano de mi madre y ella se sintió feliz que yo aprendiera pues era muy poco lo que lo veía, así que escucharme practicar era como estar cerca de él también… el tío Paolo también es fanático del señor Cocker y de todo esto nace mi preferencia por la música del británico.

—Entiendo… entonces además de cocinar exquisitamente, de ser un catador de vinos, de

cabalgar, actuar… también tocas un instrumento musical, todo un dechado de virtudes, señor Bonanzierri, aunque no te lo crea del todo, también tienes defectos y muchísimos.

—En eso estamos de acuerdo, soy un conjunto bastante complejo de muchas cosas a la vez, pero tengo muchas más virtudes de las que has mencionado. Solo que no me gusta alardear, mejor esperemos a que las descubras una a una, Samantha. —Su voz mostraba una clara insinuación.

—Bueno siendo amigos, seguramente así será —acotó ella saliéndose de la encrucijada que le había puesto Alessandro de manera tan evidente que pudo ver como él sonreía, pensó en agregar algo rápidamente—. Ok, te comentaba que te vi actuando y lo haces muy bien, en realidad todas las actuaciones son impecables, pero siendo completamente sincera la tuya destaca… ¿Actúas desde muy joven? —inquirió apegándose a ese tema que los alejaría de esos juegos de doble sentido que él se traía.

—Empecé desde los dieciséis años… una serie, con un papel secundario muy pequeño, pero que tuvo una conexión muy buena con el público porque la gente de inmediato comenzó a apoyar mi trabajo y después de ello… casi no he parado, o mejor dicho no lo había hecho hasta ahora. La serie que viste es de veinte capítulos, relativamente larga para el patrón que utilizamos en Italia, en cuanto la acabé me fui a protagonizar una película, después estuve en una obra de teatro y luego volví a otra serie. —Frunció el ceño entendiendo que de verdad había renunciado a su vida personal para dedicarse solo a la laboral.

—Conozco personas adictas al trabajo, pero tú has marcado nuevos estándares… aún estás muy joven ¿por qué sobre exigirte de esa manera, Alessandro? —lo cuestionó alarmada.

—No lo sé… en realidad no pensaba que lo hacía, simplemente me gustaba mi trabajo y quería estar todo el tiempo envuelto en éste…

Vio que ella apretaba los labios en una línea recta y entrecerraba los ojos como escudriñándolo, conocía muy bien ese gesto, era la típica cara que ponían todos los psicólogos cuando sus pacientes le revelaban algo que ellos identificaban como la raíz de todos sus traumas, si lo sabría él que era el hijo de una de las mejores de toda Italia, se apresuró a aclarar su punto.

—No intentaba evadir mi realidad ni nada por el estilo, me siento bien con quien soy fuera de un set de grabación o un escenario de teatro. Amo a mis padres, a mis hermanos, no me siento mal conmigo mismo, solo quería demostrarle a mi público que tenía el talento suficiente para saltar de un personaje a otro y hacerlo además con maestría, quería que los imbéciles de los críticos que me tildaban de ser solo «una cara bonita más» se tragasen sus palabras y me dieran el crédito y el puesto que merecía —explicaba dejando fluir sin notarlo un gran resentimiento.

Samantha vio como de un momento a otro su expresión cambiaba, como su semblante era cubierto por la tensión que es producto de una gran molestia, de la rabia y la impotencia acumulada, podía comprender perfectamente el punto de Alessandro.

Ella había pasado por cosas similares, entendía que no estuviera satisfecho con algunas cosas, pero de allí a sacrificar el mundo que podía tener junto a su familia, como un joven normal de su edad, por jornadas interminables de trabajo había un gran trecho, era evidente que eso le hizo y le seguía haciendo mucho mal.

Él sentía que por fin podía desahogarse como deseaba, ni siquiera le importaba que apenas conociera a Samantha, parecía comprenderlo y le agradecía por ello. Quizás el hecho que no lo tuviera sobrevalorado como lo tenían sus fanáticas, o gran parte del público que veía su trabajo, y al mismo tiempo que no estuviera al tanto de todas las críticas que había recibido por parte de algunas personas del medio o de unos tantos de sus colegas, hacía de ella una persona imparcial y justo eso era lo que necesitaba Alessandro, así que continúo con su confesión.

—Detesto cuando hacen eso, cuando intento hacerles ver que más allá de toda esta apariencia tengo mucho talento y ellos me responder «Que si he llegado a donde me encuentro, no ha sido gracias a mi talento sino a las fanáticas locas que apoyan cualquier idiotez que haga delante de una cámara»

La rabia que recorría a Alessandro era palpable, pero Samantha no se sintió en ningún momento amenazada, escucharlo hablar era como escuchar sus propios pensamientos cuando alguien menospreciaba su trabajo, aquellos que ella jamás se animaba a esbozar por no caer en un conflicto con los críticos más reconocidos de su país, siempre buscaba llevar la fiesta en paz. Ahora que veía a Alessandro, se decía que ojalá ella también tuviera ese tipo de valentía de vez en cuando para mandar al infierno a unos cuantos.

Él continuó hablando, sintiendo que le estaba resultando más fácil hablar de eso con la escritora, que incluso con su propia madre quien era psicóloga y quien varias veces había intentado abordar el tema.

—En realidad me enfurece que desprestigien mi trabajo, pero más me llena de ira que actúen contra esas chicas solo porque me ven como a un Dios, ya sé que no lo soy… ¡Ni que fuese tan estúpido! Pero merezco al menos que le den el crédito a lo que hago. Siempre que sale una serie, película, obra, lo que sea que haga, viene el mismo grupo de críticos imbéciles a decir que no he cambiado el mismo patrón y que jamás llegaré a la calidad de los grandes actores italianos, les importa un carajo que me haya llevado casi todos los premios a los que un actor puede aspirar, no les vale eso… creo incluso que todo lo hacen por venganza o alguna maldita revancha, son unos frustrados de…

Decía cuando se detuvo de nuevo antes de cometer alguna imprudencia, se había dejado llevar por la rabia reprimida hasta ese momento.

—Lo siento… Samantha, de verdad, siento mucho toda esta descarga de cosas que ni siquiera te importan, se suponía que esta velada sería agradable y la he arruinado con mi fastidioso drama de divo herido, como me dicen esas personas. —Se excusó sintiéndose apenado mientras se llevaba la copa de nuevo a los labios.

—Pues te equivocas en todo, no has arruinado nada y todo lo que has dicho me interesa y me siento identificada contigo… eres la primera persona que conozco que se abre conmigo de esta forma, Alessandro. Mis colegas jamás harían algo así, ellos dicen que «primero muertos que demostrar que les afecta la crítica» yo no soy de ese tipo, a mí sí me afecta, en realidad me jode muchísimo que unos cuantos se crean los dueños de todas las verdades del universo y quieran arruinar lo que tanto esfuerzo ha costado… sé lo que cuesta preparar a un personaje y esperar que el público lo valore… incluso que lo odien a muerte, cuando se trata de un malvado que las personas de verdad lleguen a detestarlo es un logro, pero que alguien venga a destrozarlo no porque los haga rabiar sino porque lo creen sin fundamento es… es… quieres matarlos, los personajes son parte de ti y a todos lo quieres, buenos, malos… todos son importantes —dijo mirándolo a los ojos, sintiendo que compartía parte de la emoción que al actor lo invadía, se dejó llevar igual que él lo hizo.

—Mi afán por demostrarles que soy un verdadero profesional me ha llevado a hacer de estrella de rock, de sacerdote, de médico, de nerd… lo único que me falta es hacer desnudos integrales o de homosexual… y hasta eso lo haría, puedo separar perfectamente la realidad de la ficción no tengo problemas con medírmele a cualquier papel y esa cuerda de imbéciles siguen en su postura… ¿Acaso necesitarán un condenado Oscar para aceptar que soy un buen actor?

—Yo también me he preguntado si necesitaré un Nobel, lo más probable es que jamás lo consiga, el género literario que manejo no es del gusto de los jueces del galardón. Solo puedo

recomendarte que no te dejes presionar de esa manera, de verdad, Alessandro, hay situaciones que jamás cambiarán ni personas que darán su brazo a torcer, lo mejor es ignorarlos y reírse de ellos, entre menos vean que pueden afectarte, más iracundos se sentirán y más frustrados también, debes intentar bloquear todas las cosas que te hagan daño, que no te nutran ni como profesional ni como persona —mencionó acercándose a él y le tomó la mano para animarlo al tiempo que le regalaba una hermosa sonrisa.

—Gracias… gracias de verdad por tus palabras, ¿segura que mi madre no se ha metido en tu cuerpo? Hablas igual a ella, mi hermosa doña Emilia siempre tiene las palabras adecuadas para calmar las aguas cuando amenazan con desbordarme. Lamento haberte traído recuerdos desagradables con todo esto, supongo que tú también tienes tus propios demonios. —Cerró su mano entorno a la de ella y sintió de nuevo esa placentera calidez de minutos atrás.

—Bueno… sí, algunos como los tenemos todos, pero hasta ahora tampoco me he visto en la necesidad de hacer desnudos o escribir sobre relaciones lésbicas… aunque tuve un personaje masculino que era gay. Todo un caso porque era precisamente el asesino, pero su candidez y su aparente amor por todos escondía años y años de resentimiento… ¿En verdad has hecho de sacerdote? —preguntó divertida al ver el semblante de Alessandro un poco contrariado.

—Sí, era una serie de suspenso, un cura que fue enviado a un pueblo al norte de Italia porque casos extraños empezaron a suscitarse en éste, uno de mis mejores papeles y por el cual confieso no pude dormir durante muchas noches… la carga psicológica era tal que mi madre tuvo que ayudarme a desligarme del personaje y los eventos que lo rodeaban —contestó de manera casual.

—Vaya… me hubiera gustado verla, soy fanática de las series de suspenso y terror, aunque mi trabajo está centrado en la temática policíaca, lo sobrenatural me ha tentado muchas veces… pero no sé qué tan buena pueda ser para ello, es un reto para el cual no me siento lista aún —confesó mirándolo a los ojos y cuando se dio cuenta que sus manos seguían unidas las separó con disimulo.

—Deberías animarte, a veces correr riesgo es lo que hace que sintamos que estamos viviendo realmente. Las emociones y las sensaciones que te dejan superar un reto que creías imposible son indescriptibles e intransferibles, nadie puede hacértelo sentir a través de palabras… por ejemplo, lo que siente un alpinista cuando corona la cumbre del Everest o la de un nadador cuando cruza el Canal de la Mancha, la de un equipo de fútbol cuando se convierte en el campeón de un mundial, son experiencias muy íntimas de cada ser humano a las cuales todos tenemos derecho… ¿Dime que sentiste cuando viste tu primer libro publicado? —preguntó con su mirada en la de ella.

—Yo… bueno, no lo sé, emoción… eso fue algo que, aún no puedo describir con exactitud, me faltarían las palabras, me sentía realizada, valiosa, feliz… tal como te dije, los libros son como hijos y aunque aún no sé lo que significa ser madre y algunas mujeres me dirán que son cosas que no pueden compararse, que hasta que no tenga un bebé mío en brazos no lo sabré… o si alguna vez llegó a ganar el mayor premio literario o uno de mis libros es llevado al cine, supongo que son muchas cosas y pocas las palabras —contestó sosteniéndole la mirada, él le dedicó una sonrisa y ella le devolvió el gesto sentía que él podía comprenderla, que la escuchaba.

—Espero que las descubras todas, los premios, que hagan alguna de tus historias película… que tengas un bebé —mencionó Alessandro.

En el instante que dijo las últimas palabras algo dentro de su pecho se estremeció, fue una sensación muy extraña que se intensificó cuando su mirada se ancló en la de Samantha y el silencio los envolvió a ambos.

Ella no supo qué responder pues había sentido una sensación parecida a la de él, algo que no

lograba identificar, que la llenó de miedos y de ilusiones al mismo tiempo, de pronto quiso que sus palabras se hicieran realidad, quiso tener todo eso.

—Bueno… mejor dejemos que el tiempo se encargue de ello, no hay porqué apresurar las cosas, mi abuela decía que para todo hay un tiempo justo, si rompemos ese equilibrio intentando conseguir algo antes, las cosas no salen bien —pronunció ella segundos después desviando la mirada de los ojos de Alessandro.

—Es una mujer muy sabia tu abuela… pero temo que uno de mis mayores defectos es la impaciencia, no soy de las personas a las que les guste quedarse de brazos cruzados viendo la vida pasar, eso no es para mí, me gusta más participar en esta, ser protagonista de mi propia historia y no un testigo casual... todo esto… —indicó paseando su mirada por el lugar—. Este silencio, esta tranquilidad nada de esto está hecho para mí, me ha costado un mundo poder permanecer aquí y conformarme con lo que tengo ahora… Los primeros días sentí que estaba a punto de perder la cordura que en cualquier momento saltaría por la ventana —dijo con una sonrisa, o al menos lo que parecía pues su tono de voz estaba cargado de tristeza.

—¿Por qué estás aquí, Alessandro? —Le preguntó de pronto tomándolo por sorpresa, incluso ella se sorprendió por haberle formulado esa interrogante así, a quemarropa.

—Yo… no quiero hablar de eso. —Esquivó la mirada de Samantha de inmediato.

—Perdona… perdona, no debí hacerte una pregunta como esa, es solo que hay cosas que no entiendo, todo este misterio con relación a tu estadía aquí, como tuvimos que actuar hoy en esa tienda… no es necesario que me respondas, de verdad perdona. La curiosidad también es uno de mis defectos, el mayor y el que más le molesta a mi madre… dice que soy demasiado curiosa y tiene razón —se detuvo sintiéndose estúpida por estar hablando incoherencias.

—Está bien Samantha, no tengo nada que perdonarte, es natural que desees saber por qué me encuentro aquí y porqué todo este misterio, pero ahora no deseo hablar de ello… quizás más adelante me sienta con ánimos de hacerlo, pero no esta noche.

—Ok, bien lo entiendo… tienes razón, no es el momento, es decir, apenas nos conocemos y no existe la confianza suficiente entre ambos para revelar cosas así, yo me extralimité, por favor disculpa.

—No se trata de eso, no es por falta de confianza o que apenas nos conozcamos, pero sí me gustaría que al menos en esto me dieras un tiempo, por favor… te prometo que yo mismo te contaré todo, no tendrás que enterarte por nadie más —le pidió aún con su mirada puesta en los ojos café de Samantha, intentaba hacerla sentir segura, había notado que algo había cambiado, quizás ella tenía miedo de él.

—No quiero hacerte sentir presionado, ni siquiera estás en la obligación de contarme nada… —decía y al ver que él se disponía a interrumpirla de nuevo se apresuró a agregar algo más—. Pero en vista que deseas hacerlo solo procura no tardar mucho… verás, no voy a quedarme toda la vida aquí —indicó en un tono divertido para relajarlo.

—Lo tendré presente.

Ella le devolvió el gesto haciéndolo sentir más tranquilo, ambos se quedaron mirándose fijamente, como en esos retos para ver quien esquivaba la mirada primero, pero eso no era un reto era más una unión, era como si ninguno de los dos lograse escapar del magnetismo que brotaba de sus ojos.

—¿Quieres bailar conmigo, Samantha? —preguntó él rompiendo el silencio, su voz fue apenas un murmullo.

—Yo… ¿Qué? —inquirió ella aún aturdida por esa conexión especial que había sentido con Alessandro.

—Te pregunté si querías bailar —contestó con una sonrisa mucho más amplia, de esas radiantes que arrancaban suspiros.

Vio que ella dudaba o parecía no entender lo que él le pedía y eso le resultó bastante divertido, era evidente que la señorita Steinberg no era inmune a sus atributos, la había perturbado tanto como ella lo había hecho con él, solo que Alessandro tenía una ventaja, era actor y su mayor destreza era disimular sus emociones.

Capítulo 18

Sentía su corazón latir muy rápido y todos sus sentidos estaban hechos una maraña, incluso dejó de respirar ante las palabras de Alessandro, podía entender perfectamente lo que él le pedía, pero algo en su cerebro no terminaba de funcionar, permitiéndole esbozar una respuesta.

—Es lo que sigue, tuvimos una cena exquisita, hemos disfrutado de un buen vino mientras entablábamos una conversación bastante animada sobre críticos desgraciados y egos heridos… lo siguiente es un baile, espero sepas bailar, si no te enseño es muy sencillo…

—Sé bailar… —Fue lo primero que esbozó y pensó que era lo más estúpido que había dicho, se obligó a concentrarse—. Entiendo perfectamente tu punto… y bueno, supongo que es lo más natural, ¿no es así? —inquirió mirándolo, los músculos en su vientre se encogieron.

«¿Y qué después de esto, Alessandro? ¿Qué deseas después de ese baile? ¡Por favor, Samantha, es evidente lo que desea! La pregunta sería ¿Qué deseas tú? ¿Cuándo llegamos a este momento? ¿Cuándo pasó el tiempo para encontrarme ahora en este punto?

Pensaba Samantha sintiendo que los latidos de su corazón iban en aumento, temerosa que no pudiera disimular su turbación.

Él le dedicó una sonrisa para animarla, podía ver de nuevo las dudas que inundaban su mirada, todo había cambiado de golpe, y no había sido su intensión, no quería que se sintiera presionada, en realidad él no deseaba apresurar las cosas, la deseaba y la tendría, pero cuando ella misma le diera la libertad para hacerlo, no antes, después de todo él era un caballero; despacio se puso de pie y le extendió la mano.

—Espera un momento… ¿Qué canción vamos a bailar? Ni sueñes con que me harás bailar *You can leave your hat on* —Había optado por un comentario divertido para alejar los nervios que sentía.

—¡Acabas de destrozar todas mis ilusiones! —Se quejó con exagerado pesar, luego rio al ver que ella elevaba una ceja—. Samantha, relájate, no será esa… ven tengo otra. —Le pidió con una sonrisa acercando un poco más la mano hacia ella.

Samantha no dijo nada solo aceptó la invitación y no pudo evitar sonreír al ver el entusiasmo de Alessandro, le gustaba esa sensación que recorría su cuerpo cuando sus manos se unían, cuando él sonreía, le agradaba mucho todo eso. Él se acercó hasta la consola y deslizó el dedo por la pantalla del iPod buscando una canción, dejó ver una gran sonrisa cuando la encontró y de inmediato las notas de la guitarra inundaron el lugar, con suavidad la atrajo a su cuerpo.

Samantha sintió como su corazón parecía haberse detenido un instante y después se había lanzado en una carrera desbocada, conocía esa canción y era la única que verdaderamente le gustaba del británico, despacio se dejó guiar por Alessandro quien deslizó su mano libre por su costado haciéndola estremecer ligeramente, apoyándola en su cintura y luego subiendo para dejarla a mitad de su espalda.

Mientras ella tímidamente apenas buscó poner la suya sobre el hombro de él, sintiendo la tensión de sus músculos bajo la delgada tela de la camisa, también el calor que irradiaba de su cuerpo. Se aproximaron hasta quedar muy cerca, tanto que ella podía sentir el aliento tibio de Alessandro estrellándose en su mejilla, todo le resultaba tan íntimo, tan sutil y hermoso, se preguntaba. ¿Cuándo había experimentado todo eso con alguien más? Y la respuesta le llegó de inmediato: Nunca. Ella nunca había bailado de esa manera con otro hombre, no con esa

intimidad que era tan mágica y perfecta.

Por su parte, Alessandro, se deleitaba con la suavidad del roce del vestido de Samantha sobre su piel, pudo apreciar que ella no llevaba sujetador, lo que hizo que su cuerpo casi se convirtiera en una llama cuando el calor lo recorrió concentrándose en lugares donde no debía en esos momentos. Deslizó su mirada a sus senos, comprobando que la firmeza que había visto en ellos era natural, su mirada subió encontrándose con esos labios rosa, suaves y tentadores que cada día deseaba más, él sí suspiró, no se esmeró en evitarlo, no tenía por qué.

Abrió su mano en la espalda de Samantha abarcando más espacio y con lentitud hizo que la distancia entre los dos fuera menor, quería más de eso, más de su calidez, de su suavidad, de ese maravilloso perfume que parecía brotar de cada uno de sus poros, le gustaba sentir el leve aliento de ella chocando contra su garganta, haciendo que los latidos de su corazón aumentaran.

—***You are so beautiful… to me*** —susurró Alessandro cuando la canción ya terminaba.

Samantha elevó la mirada, sintiéndose sorprendida y al mismo tiempo cautivada por la actitud y la voz de Alessandro, buscó sus ojos y él le regaló una sonrisa, eso provocó que una emoción muy parecida a la felicidad la recorriese. Él la hacía sentir cosas nuevas, agradables y eso le gustaba, así que le devolvió el gesto, las últimas notas de la canción sonaban, pero la magia que los envolvía seguía intacta, hasta que el fuerte sonido del saxofón y las trompetas rompió esa burbuja de golpe.

Él soltó una carcajada al ver el semblante desconcertado de ella cuando escuchó la canción que daba inicio, la que precisamente se había negado a bailar, intentó disimular su diversión, pero no pudo.

—¿Esto fue casual? —preguntó elevando una ceja, al ver la actitud de él.

Alessandro asintió y al segundo siguiente rompió en una carcajada, la que no paró ni siquiera cuando ella lo golpeó en el hombro para hacerle pagar sus burlas, tampoco pudo evitar reír al verlo tan divertido, dejó libre un suspiro y esquivó la mirada azul temerosa por lo que estaba sintiendo.

—No sabía que seguía dentro de la lista de reproducción, por lo general no la escuchó mucho… no deseo poner en mi mente imágenes de mis padres que me conmocionarían, ya que a los dos parece gustarles mucho —mencionó poniendo cara de espanto.

Ella dejó libre esa risa de niña que a él tanto le gustaba, esa misma que le provocaba envolverla entre sus brazos fuertemente y desear verla siempre así, estuvo a punto de dejarse llevar en ese momento y robarle un beso. Su sentido común fue mayor que su deseo y desistió, hacer algo como eso lanzaría por el suelo todo lo que había ganado, se apartó de ella despacio para crear un lugar seguro entre ambos, uno que no lo tuviera en una tentación constante.

—Así que también cantas —comentó Samantha de manera casual, él sonrió y asintió—. ¿Y existe algo que no sepas hacer?

—Bueno… soy un desastre jugando al fútbol, bailando ritmos tropicales. En el futbol no atino ni hacer un pase bien y en cuanto al baile, una vez fui de vacaciones a República Dominicana con mi familia y en el hotel dictaban cursos, me gustaba el ritmo y pensé que podía hacerlo, que era fácil… estaba completamente equivocado, parece que nací con dos pies izquierdos para la salsa o el merengue.

—Bueno, igual no puedo decir que te gane en ello, yo también soy malísima para ese tipo de música, lo intenté en Puerto Rico, pero después de un día de clase comprendí que sería imposible. Ahora, adoro el tango y con este sí tuve un mejor desempeño… quizás eso me ponga a un punto sobre ti —mencionó con suficiencia.

—Interpreté a uno de los mejores bailarines de tango para una obra de teatro sobre Carlos

Gardel… fui Casimiro Ain —expuso sin poder esconder la sonrisa que se asomaba a sus labios.

—¡Eres insoportable! ¡Me voy! —exclamó, frustrada.

—Samantha, por favor… no seas infantil, a ver… seguro hay un montón de cosas que tú sabes hacer y que yo no —decía intentando no reír pues no quería que se sintiera mal.

—Sí, por supuesto… sé hablar italiano ¡Pero tú también! Sé también hablar francés ¡Pero seguro que tú también! Habló inglés ¡Y tú también! —exponía en una actitud completamente inmadura.

—Eso es excelente, tenemos muchas cosas en común… esto no es una competencia, Samantha, no tienes por qué sentir que te he ganado, yo jamás busco competir con nadie más que no sea conmigo mismo…

—Eso es ser muy arrogante ¿Lo sabías? Es lo que dicen todos los que se consideran mejores que los demás «no compito con nadie» significa «nadie para mí es competencia» —Indicó mirándolo.

—¡Vaya! Un gran análisis gramatical, señorita Steinberg —dijo sonriéndole y se acercó de nuevo—. Tienes una gran ventaja sobre mí en este preciso instante, te ves aún más hermosa cuando estás molesta… yo de seguro pareceré un ogro. —Le acarició la mejilla tentando por ese tono rosa que las había teñido en solo segundos.

Samantha sintió que se derretía ante ese gesto, cerró los ojos, pero los abrió rápidamente porque cayó en cuenta que si se mostraba así le dejaría ver que estaba rendida a sus pies, no es que lo estuviera, pero poco le faltaba, respiró profundamente para calmarse.

—Yo también canto… —susurró y se alegró de ver que él le sonreía. Pero no de que alejara la mano de su mejilla.

—Lo sé… lo haces muy bien te escuché el otro día, aunque me hubiera gustado hacerlo con algo menos estridente que la música de Pink. —Señaló sonriendo al ver que ella ponía los ojos en blanco.

—Que malo eres para apreciar la buena música… pero ya que me has hecho pasar una velada tan agradable, te voy a complacer… —calló al notar lo peligrosa que podía resultar esa frase, lo supo por la sombra que había cubierto los ojos de Alessandro, buscó reparar su error y caminó en dirección a la consola—. Hay una canción de Joe… quizás no la tengas, es bastante vieja, pero es hermosa… ¿Puedo? —Se volvió para pedirle permiso de buscar en su iPod.

—Por supuesto, tengo un amplio repertorio de su música, como te dije es la que uso para tocar el saxo —contestó, manteniéndose en su lugar. Las sensaciones que ella había comenzado a despertar en su cuerpo lo desconcertaban un poco, reconocía el deseo, pero en el fondo había algo más, algo que hasta ahora él no había sentido.

—Aquí está… —dijo escuchando las primeras notas, lo buscó y la cara de Alessandro era un poema, ella tuvo que luchar para no soltar una carcajada y empezar con la canción—. ***Who knows what tomorrow brings. In a world few hearts survive? All I know is the way I feel. When it's real, I keep it alive***. —Dejó ver una sonrisa ante el ceño profundamente fruncido de Alessandro, le extendió la mano para invitarlo a seguirla, él negó con la cabeza y está vez fue ella quien lo invitó a bailar mientras le sonreía.

Él no pudo luchar contra el encanto que le entregaba Samantha, lucía tan hermosa y cómoda que se dejó llevar, le gustaba verla así. Se concentró en la canción.

La conocía de memoria por un motivo muy especial, era una de las favoritas de su madre, la habían cantado juntos desde que él era un chico una infinidad de veces, dejó ver una sonrisa y se rindió a la petición de Samantha, así que en cuestión de segundos los dos se encontraban cantado a coro.

Love lift us up where we belong
Far from the world we know.
Where the clear wind blows.

—La verdad no pensé que tuvieras esta canción en tu lista de reproducción, mucho menos que la conocieras —comentó ella.

—Es una de las favoritas de mi madre y solíamos cantarla juntos en ocasiones, ella también tiene muy buena voz, creo que he heredado parte de eso… pero tú no te quedas atrás tienes una voz hermosa, Samantha —dijo mirándola a los ojos.

—Aceptable, no es la gran cosa… aunque para no haber estudiado nunca y perfeccionar una técnica, supongo que está bien, mi hermana Diana siempre me alaba y mi abuela también, incluso mi padre dice que es mi mejor virtud… pero bueno, es mi padre así que no le demos mucho crédito —indicó sin querer sonar pretenciosa.

—Debo decir que estoy de acuerdo con él, aunque supongo que hay más virtudes en ti —indicó con una sonrisa.

—Ya las irás descubriendo poco a poco. —Tomó las palabras que él mencionara antes y las puso en su boca.

Alessandro fijó de nuevo la mirada en ella y la intensidad que desbordaba la envolvía una vez más, invitándola a sumergirse en ese par de iris que se le hacían tan hermosos como enigmáticas, con tanto poder que le resultaba muy difícil escapar, pero se obligó a hacerlo, desvió su mirada que se topó con el reloj colgado en la pared, la sorpresa se reflejó de inmediato en su rostro.

—¡Es casi medianoche! Tengo que irme —dijo, separándose de él.

—¿Por qué tan rápido? ¿Acaso está a punto de romperse el hechizo, Cenicienta? —preguntó en tono de broma.

—No, tonto… —respondió riendo y después continuó—. Casi siempre me voy a dormir temprano, en realidad a esta hora ya debería estar profundamente dormida, mañana tengo que levantarme a correr. —Le explicó mientras caminaba hacia la puerta, seguida por él.

—Bien, déjame acompañarte hasta tu casa…

—No es necesario, Alessandro, no voy a perderme en cien metros y no tomé tanto vino como para terminar en medio de la piscina.

—Insisto, eres mi invitada —pidió de nuevo.

Ella se llenó de dudas, había encontrado la excusa perfecta para salir de allí y evitar que la tentación la hiciera ceder a algo que se había empeñado negarse toda la noche. Samantha también lo deseaba, quería tenerlo, sentirlo; le gustaba su cercanía, su calidez, la seguridad que le transmitía, su voz, todo en él la atraía y él quizás viendo su último recurso a punto de escaparse de sus manos, no quería dejarlo ir, bueno ella tenía el suficiente autocontrol para manejar esa situación dejaría que la acompañase y después lo despediría frente a la puerta de su casa.

—Bien, aceptó —pronunció al fin.

Él dejo ver una gran sonrisa y le abrió la puerta haciéndole un ademán para que continuara, esta vez hicieron el trayecto sin estar unidos, caminaban uno junto al otro, pero sin llegar a tocarse, igual sentían esa corriente que vibraba entre los dos. Alessandro casi podía adivinar lo que ella pensaba, se había tensado de nuevo y no tenía que ser adivino para saber el motivo de su cambio.

Ella pensaba que él estaba utilizando su último recurso para llevársela a la cama, bien, debía confesar que la deseaba, pero a su modo, ya lo tenía claro y decidido, que ella se entregase a él por su voluntad y no bajo presión, quería tenerla tan rendida a él, que cuando el momento llegara pudiera asegurar que Samantha no sería suya solo una noche, serían muchas y no habría culpas

ni remordimientos.

—Llegamos —susurró ella y abrió la puerta a medias.

—Sí, bueno ahora que te sé sana y salva donde te recogí, regreso a mi casa, muchas gracias por esta velada, Samantha, de verdad la disfruté mucho —mencionó mirándola a los ojos.

—Yo también la pasé muy bien… que descanses.

—Igual tú… —Se acercó a ella para depositar un beso lento y suave en su mejilla, después viajó a su oído—. Buenas noches, Samantha, que duermas bien. —Su tono era tan íntimo como seductor.

Una vez más ella sentía que el aire abandonaba por completo sus pulmones y la voz de Alessandro se colaba llegando a rincones que la hicieron estremecer, esta vez no pudo evitar cerrar los ojos y suspirar, sintió que él se alejaba de ella, cuando su mejilla fue rozada por la corriente de aire frío que colmó el lugar, y la volvió a la realidad.

No pudo más que asentir y dedicarle lo que creyó era una sonrisa, él respondió al gesto guiñándole además un ojo, reaccionó al fin cuando lo vio darse la vuelta para marcharse.

—Alessandro, espera —pidió caminando hacia él, sus miradas se encontraron un instante antes que ella desviara la suya, acercó sus labios a la mejilla elevándose para alcanzarlo y apoyando su mano en la cintura de él para mantener el equilibrio, dejó caer un beso suave, un toque que duró mucho más que aquel que le había dado en la tarde, sintiendo que esta vez ambos se estremecían ligeramente—. Gracias, todo estuvo maravilloso… buenas noches. —Su voz era un murmullo, algo que no hizo por querer sonar sensual o provocativa, sino porque su voz estaba cargada de las emociones que la recorrían.

Ahora fue quien no pudo hablar, solo asintió y le dedicó una sonrisa, luego se marchó sintiendo que su corazón latía lleno de un extraño gozo que no había experimentado hasta ahora; algo que no comprendió porque en lugar de sentirse insatisfecho o frustrado por no haber terminado con Samantha en su cama. Se sentía feliz y hasta complacido de haberla dejado en su casa, pero consciente que sus deseos por ella cada vez eran mayores y que no los saciaría con solo una noche, quería a esa mujer para mucho más y podía jurar que lo conseguiría.

∞∞∞

Samantha entró a su casa, cerró la puerta y se apoyó de espaldas al tiempo que liberaba un gran suspiro, no pudo esconder la sonrisa que se había dibujado en sus labios, cerró los ojos y la imagen de Alessandro sonriéndole se apoderó de su mente, provocando que su corazón latiera más rápido, se llevó las manos al rostro para ocultar su emoción.

—¡Te gusta! Sam, te gusta muchísimo… que diferente es a todo lo que creí de él, es tan… tan… no sé cómo explicarlo, pero tiene algo que me gusta mucho, algo que va más allá de su belleza, está lleno de cualidades y sorpresas… ¡Dios, hablo como si lo quisiera para prospecto de marido! Samantha Steinberg, contrólate… Solo son amigos y aunque él te hace insinuaciones a cada instante no quiere decir que esto vaya a terminar en algo serio, solo es un juego… —Se recordó, intentando actuar como una mujer adulta.

Igual no podía dejar de sonreír y de pensar en él, en realidad, no lo hizo hasta que el sueño se apoderó de ella un par de horas después, cuando al fin sus emociones fueron sobrepasadas por el cansancio.

Capítulo 19

Los dos días siguientes de aquella agradable cena, se les fueron como agua entre los dedos para Samantha y Alessandro. En vista de que ella llevaba ventaja sobre él, pues ya había tenido la oportunidad de ver su trabajo, quiso poner las cosas parejas, le obsequiaría uno de sus libros, el último que había escrito y del cual se sentía sumamente orgullosa puesto que había logrado reseñas excelentes.

Cuando lo escogió se decía que no estaba intentando impresionar a Alessandro, solo quería que tuviera un libro cercano a lo que parecía ser de su gusto, pero en el fondo sabía que lo que realmente deseaba era que él descubriera que era muy buena en lo que hacía. Sin embargo, tenía dudas porque ***Ronda Mortal*** era una historia para público adulto, era la que contaba con la mayor cantidad de escenas sexuales, la protagonista jugaba sus cartas basándose en su belleza para poder poner el juego a su favor, su punto fuerte era manipular con sexo.

Aunque había sido un personaje difícil de lograr, Samantha, jamás se había sentido en la disyuntiva de presentarlo ante otra persona, le encantaba hablar de Deborah Wallis, no le apenaba en lo más mínimo exponerla tal cual la había creado, pero tratándose de Alessandro, comenzó a sentirse nerviosa, quizás él podía tomar todo eso como una insinuación de su parte, lo cual no era cierto.

Estando frente a la puerta de la casa que ocupaba el actor con el libro en mano estuvo a punto de regresar y buscar otro, pero él abrió de repente, sorprendiéndola y sorprendiéndose al verla allí parada. Cuando el desconcierto inicial pasó, Alessandro, le sonrió y la saludó con un beso en la mejilla, desde la otra noche ese tipo de acercamiento había quedado permitido, posó su mirada en el libro y habló.

—Hola, Samantha… ¿Cómo estás hoy? —preguntó viéndola.

—Eh, bien… bien, pasaba a traerte algo —mencionó, sintiendo que su corazón se desbocaba, ya no tenía escapatoria, debía entregarle ese libro o él sospecharía que algo sucedía, respiró profundamente y le extendió el ejemplar—. Toma… es mi último libro, llevó un par conmigo y quise entregarte uno… por aquello que me dijiste ayer que no estábamos a mano porque tú no habías leído nada escrito por mí —agregó con algo de timidez.

—Qué casualidad, precisamente iba a Florencia a ver qué maniobras hacía para encontrarlo y empezar a leerlo, la verdad no me gusta estar en desventaja… y confieso que me moría de curiosidad por hacerlo, muchas gracias, Samantha, de verdad me interesa. —Mostró media sonrisa mientras lo observaba.

—De nada, tengo… tengo otros por si gustas empezar por los anteriores y dejar este para después, por lo general, algunas personas hacen eso —pronunció, intentando persuadirlo de manera sutil para que no leyera ese, no mientras estuvieran juntos.

—No te preocupes me quedaré con este, me resultaba atractivo el título, además de la portada que es bastante interesante… ya tendré tiempo para leer los demás, créeme aquí lo que me sobra es tiempo y soy rápido para las lecturas —mencionó con una sonrisa.

—Qué bien —apuntó sonriendo de manera forzada.

—Bueno, también te tendré algo en un par de días, le envié un correo a mi madre para que me enviara la serie de suspenso de la que te hablé, Varese es el nombre del pueblo donde fue filmada y el mismo que se le dio a la serie, muchas personas del gobierno local nos pusieron un montón

de trabas para realizar las grabaciones, señalando que la serie le traería mala fama al lugar, pero afortunadamente fue todo lo contrario. Después que los primeros capítulos salieran al aire, la localidad se convirtió en un destino que todos en Italia querían visitar. Es curioso como el ser humano siempre anda en busca de algo que lo saque de la rutina, así que no dejarían escapar la oportunidad de al menos tentar a su suerte visitando las locaciones, a ver si conseguían tener algún tipo de experiencia sobrenatural.

—Gracias por tomarte la molestia, estaré encantada de verla… quizás también me anime y termine visitando el pueblo.

—Si gustas puedo llevarte, para publicitar aún más el pequeño poblado que estaba atravesando una crisis económica, mis padres decidieron comprar una hermosa propiedad a orillas del lago… pero antes de hacerlo deberás ver la serie completa o al menos la mitad de los capítulos —indicó y la picardía bailaba en su mirada.

—¿Deseas aterrorizarme primero? —preguntó elevando la ceja derecha y apoyando una mano en su cintura.

No había notado la doble intensión en la propuesta de Alessandro, aunque claro, llegado el momento lo más obvio es que la tendría, pero por ahora solo veía a un hombre que se portaba como una adolescente que invita a su… a una chica a ver una película de terror.

—Tienes que sentir el efecto cuando llegues al pueblo, si no conoces la historia para ti será como visitar otro pueblo más al norte de Italia, pero si ves la serie todo será diferente —contestó.

—Cuando vea la serie decidiré si acepto tu invitación o no, quizás termine negándome rotundamente —acotó mirándolo a los ojos.

—No lo harás, tu curiosidad es más fuerte que tú y no te puedes negar ante un reto… después que veas la serie te retaré a que me acompañes un fin de semana a Varese y visitemos algunas de las locaciones que usamos para filmar —dijo con una sonrisa.

—¿Pretendes que vayamos juntos? A ver, señor Bonanzierri ¿Cómo piensa viajar sin que alguien lo reconozca? —cuestionó, escudándose en ello para hacerlo desistir.

Un viaje y una estadía en la casa de sus padres en otra ciudad para los dos solos era exponerse demasiado, no lo decía precisamente por él, sino por ella, había soportado de manera estoica hasta ahí, pero no debía jugar con su suerte y sus deseos de esa manera.

—Fácil, viajaremos en mi auto y tengo una maravillosa, creativa y hermosa esposa que me cubrirá mientras tengamos personas alrededor. En Varese las cosas son distintas, allí no tendremos problemas las personas nos trataran como a un par de turistas más, yo me encargaré de todo llegado el momento —respondió con confianza mientras la miraba a los ojos para evaluar su reacción.

—Creo que te convenció demasiado mi papel del otro día, pero déjame advertirte que no soy actriz y puedo equivocarme, eso podría resultar arriesgado —comentó mostrándose insegura, lo estaba.

—Lo sé y asumiré cualquier riesgo, no te preocupes —reafirmó de nuevo su postura sin dejar de mirarla.

«Valdrá la pena, Samantha, si aún no he logrado avanzar en los planes que tengo de aquí a allá, en Varese no te podrás resistir, estaremos los dos solos bajo el mismo techo y si la serie juega a mi favor, te tendré durmiendo junto a mí la primera noche que pasemos allí, aterrada ante los recuerdos y al ambiente, pero no te preocupes, me encargaré de hacerte olvidar todo, de eso puedes estar segura.»

La media sonrisa que adornaba los labios de Alessandro era un esbozo de lo que en su mente se tejía, cada vez se convencía más de sus deseos y de que debía satisfacerlos. Solo tenía que ser

sutil y caballeroso con Samantha, ella era una mujer hermosa, inteligente y merecía ser tratada como tal, el buen vino esperaba mucho dentro de una barrica, capturando sabores, esencia, cuerpo y cuando salía de esta era solo para deleitar a quienes lo degustaban, justo así sería su relación con Samantha: un deleite para ambos.

—Allá tú, después no quiero escuchar quejas… —dijo sintiendo los nervios hacerle un nudo en el estómago, se encogió de hombros para parecer despreocupada—. Bueno nos vemos después, solo pasé para entregarte esto… tengo algunas cosas pendientes.

—Claro, muchas gracias por el libro, Samantha, lo comenzaré de inmediato… —decía hojeándolo y vio que faltaba algo—. No le has puesto dedicatoria, así no podré restregárselo a Piero —indicó frunciendo el ceño, pero no hablaba en serio.

—Se suponía que tú no competías con nadie, Alessandro… y menos con un chico de dieciséis años… tu dedicatoria la tendrás cuando lo termines, ese es el orden que casi siempre seguimos los escritores… con Piero fue una excepción porque es apenas un niño —aclaró mirándolo y no pudo evitar sonreír.

—Solo bromeaba, no te preocupes… pero igual la quiero, en cuanto lo termine te lo haré saber, gracias de nuevo —dijo mostrándose relajado nuevamente.

—De nada, disfruta de la lectura.

Se dio la vuelta y regresó con andar tranquilo hasta su casa, sintiendo unas enormes ganas de ver la reacción de Alessandro cuando leyese la presentación del libro que se encontraba en la parte de atrás del mismo y justo ahora él veía. Lo sabía pues ella lo había interrumpido para despedirse antes que continuara, respiró profundamente para no ceder ante su curiosidad y entró a su casa rápidamente, obligándose a no seguir pensando en el actor.

Alessandro la vio alejarse concentrado en ese andar que tanto le gustaba, pocas veces se había fijado en el caminar de una mujer, al menos, en uno que le gustara tanto como el de ella. Sencillamente no podía evitarlo, su mirada se iba sola tras ese culo redondo, erguido y hermoso que ella tenía, aunque ese día no llevara un short de jean corto como la otra vez, sino unos beige de lino, un poco más formal y que le llegaba a medio muslo, igual su trasero lucía espléndido.

—Bien, comencemos a descubrir otra de las interesantes facetas de la encantadora, señorita Steinberg. —Se dijo, abriendo la puerta de su casa mientras observaba la portada del libro.

Subió a su habitación para cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo, acababa de desayunar por lo que, no pensó en volver a bajar y preparar algo para el almuerzo, sino que se sentó en el sillón junto a la ventana y subió los pies apoyándolos sobre el marco, como había adoptado por costumbre, mientras se recostaba buscando comodidad y abría el libro; lo primero que vio fue la fotografía de Samantha en la cubierta interior.

Sin importar que la hubiera visto varias veces en persona, se dedicó a detallar esa imagen, en la misma ella lucía como toda una niña buena. El cabello recogido en una coleta, el abundante flequillo hacia un lado, un maquillaje natural que permitía ver las hermosas pecas que adornaban su nariz, un lindo tono rosa que cubría sus mejillas y el rojo tenue que era natural en sus labios, acentuado apenas por un poco de brillo, mostraban una sonrisa a medias, tímida, pero muy bonita, la misma que dejaba ver apenas la blanca dentadura.

La verdadera sonrisa de Samantha no estaba allí, sino en sus ojos, esos lucían hermosos, con esas vetas que los hacían ver casi miel, pero donde el marrón predominaba aún más, seguramente alguno de sus padres los debía tener claros, pues ella había heredado destellos.

—Eres hermosa, Samantha… muy hermosa —susurró deslizando su dedo por la imagen y un suspiro escapó de sus labios.

Sonrió y negó con su cabeza sintiéndose algo tonto por todo lo que estaba sintiendo, un

hombre como él, suspirando por una chica como Samantha Steinberg, una perfecta muñequita de porcelana, a la que le gustaba vivir dentro de una burbuja, donde todo era ordenado, planeado y sencillo. Que ganas tenía de poner ese mundo patas arriba, que deseos tenía de hacerla vivir de verdad, o que ella le diera un poco de orden a su vida, podía pasar, después de todo, él no se negaba a ninguna posibilidad, no cuando a esas alturas de su vida ya sentía que lo había vivido todo y que nada podía sorprenderlo.

Un par de horas después llevaba diez capítulos, la lectura se le había hecho bastante fluida, Samantha sabía cómo mantener al lector deseoso de continuar. Hasta ese instante quien más había despertado su interés era el personaje femenino; deseaba descubrir hacia donde iban sus intenciones, develar el misterio que la envolvía, y aunque la descripción física y la forma de actuar, no eran nada parecidas a las de Samantha, él no podía dejar de asociar a Deborah Wallis, con su famosa vecina.

∞∞∞

Samantha no había dejado de pensar en lo que Alessandro estaría tejiendo en su cabeza mientras leía, qué asociaciones estaría haciendo o si, al menos, había empezado la lectura. Después de entregarle el libro no lo había visto, tampoco era que estuviera pendiente de él, pero, aunque odiase admitirlo, quería encontrárselo y preguntarle, sin mostrar mucho énfasis, claro está, si había comenzado el libro, o si; por el contrario, lo había lanzado a un rincón.

Sus pensamientos vagaban de un lugar a otro, mientras intentaba prepararse el desayuno, había llegado hacía una hora de correr, se había duchado y cambiado de ropa. Tenía pensado retomar la escritura, aunque fuese una escena que le diera la idea principal de su próximo libro, se sentía con entusiasmo y las ideas estaban fluyendo bien dentro, claro cuando no se estrellaban con los recuerdos de Alessandro que a decir verdad le llegaban muy a menudo.

—Señorita Steinberg, es usted muy diestra con los huevos. —Se dejó escuchar la voz de Alessandro.

Samantha casi deja caer el recipiente de vidrio que tenía en las manos, donde la mezcla de dos huevos parecía estar a punto de nieve y no en una tortilla, logró mantener el recipiente y el batidor en sus manos, disminuyó un poco la energía que le imprimía, e intentó hacer lo mismo con los latidos de su corazón, que se habían desbocado, cuando sus ojos captaron a Alessandro en el umbral de la puerta.

—Hola. —Lo saludó con una sonrisa.

—Hola, estuve llamando y como no recibí respuesta, pero escuché la música, pensé que estarías entretenida y por eso no escuchabas, perdona que haya entrado así —mencionó él, sin avanzar de donde se encontraba, pero paseó la mirada por el lugar.

—No te preocupes, estaba distraída…

—Ya veo, parece que buscabas darles forma a esos huevos, creo que los harás crecer el triple como sigas moviéndolos así —decía, con doble intención, pero ella parecía no captarlo.

—No, es decir, solo deseo hacer una tortilla, siempre lo hago de esta manera, es cuestión de práctica —mencionó, con la mirada en el tazón, notando que ya no había que seguir batiendo.

—¿Cuestión de práctica? ¿Tienes mucha práctica batiendo huevos? ¡Vaya eso me sorprende! Viniendo de una mujer que me llamó… a ver, déjame recordar ¡Ah, sí! Un actor promiscuo —indicó con una gran sonrisa, mientras veía como el tono carmín se adueñaba de su rostro.

—Yo… yo no… no hablaba de ese tipo de práctica, no puedes hablar nunca en serio de verdad

eres insoportable. —Se quejó dándose la vuelta para ocultar su sonrojo.

—Bueno, quieres que te diga algo en serio, me gusta mucho tu libro… aún no lo término, pero de verdad me tienes atrapado, Samantha —pronunció, acercándose a ella y le echó un vistazo a las piernas femeninas, que lucían más blancas, gracias a la prenda de color rojo intenso que llevaba puesta.

—¿En serio? —Se volvió para mirarlo emocionada.

—En serio… y, aunque suene como mi hermana Paula que solo tiene quince años, Deborah me trae loco —contestó, posando su mirada en los labios de Samantha, pues para él, la mujer ante sus ojos y el personaje ficticio estaban relacionadas estrechamente.

—A todos les ocurre lo mismo —dijo ella riendo de manera traviesa, sin imaginar lo que ese gesto provocaba en él—. Pero dime, aparte de estar rendido ante los encantos de Deborah, ¿qué más te ha gustado del libro? —preguntó entusiasmada.

—Bueno… si me invitas a desayunar te cuento, ayer me acosté muy tarde y tengo pereza de cocinar —respondió, apoyándose en la encimera mientras paseaba su mirada por el rostro de Samantha.

—Perfecto, serás mi invitado… toma asiento mientras me encargo de todo y me vas contando que te pareció, pero… no te daré ningún adelanto, ni alguna pista, así que no intentes sacarme información. —Le advirtió en tono serio, pero su mirada lucía brillante, llena de emoción. Se acercó a la nevera para sacar más tocino y dos huevos.

—Aceptó, veamos si eres tan buena cocinando como escribiendo.

Ella dejó ver una amplia sonrisa y comenzó a desenvolverse en la cocina como toda una experta, no respondió a la provocación de él con palabras, simplemente le demostró que sabía lo que hacía, aunque solo fuera eso, ya que en lo demás, era un completo desastre.

Alessandro empezó a contarle su impresión en los primeros capítulos, aunque ella se mostraba impasible cuando él formulaba posibles teorías, había gestos que la delataban. Algo le decía que todo estaba centrado en el personaje de Deborah. Hicieron una pausa cuando el desayuno estuvo listo y él se levantó para ayudarle a servir, aunque ella había deseado atenderlo, Alessandro no la dejó y se encargó de poner la mesa, después disfrutaron de la comida.

—Punto a tu favor, la comida estuvo deliciosa… aunque claro, una tortilla con tocinos y una rebanada de pan tostado a cualquiera le sale bien, tampoco es una tarea muy relevante el zumo de naranja…

—Sí, bueno, señor experto, te voy a lanzar por la cabeza el tazón donde batí la tortilla para que tengas una mejor apreciación.

Alessandro comenzó a reír llevándose una mano al estómago, había quedado satisfecho con el desayuno, la verdad era que había estado muy rico, pero a él le encantaba molestar a Samantha de esa manera, además que ella se lo merecía por no querer darle ningún adelanto o una pequeña pista.

—Solo estoy jugando contigo, las mujeres a veces son tan susceptibles, no soportan una broma, bueno para que veas que no hablaba en serio te diré que me gustó tanto el desayuno que quizás mañana regresé a la misma hora —acotó, mirándola a los ojos.

—Procuraré tenerlo presente para buscar el veneno para los insectos que me trajo Piero —comentó de manera casual.

Él la miró con asombro al tiempo que la sonrisa se le congelaba y ella dejó ver una disfrutando de esa sensación de haberlo sorprendido.

—No me extrañaría nada con esos personajes tan malvados que creas, algo de perversidad también debe haber en ti, esa cara de niña buena no me termina de convencer, Samantha

Steinberg —dijo, entrecerrando los ojos para analizarla.

—Tú no tienes cara de niño bueno, así que jamás me convencerás de que eres uno —contestó, encogiéndose de hombros—. Pero a ver, dime, ¿por qué parte del libro vas a hora? Quizás me compadezca y te dé algunas pistas, no quiero ser la culpable de tu insomnio —agregó, echándose hacia delante y apoyando sus codos sobre la mesa, para después apoyar la mejilla en una de sus manos y concentrarse en él, o mejor dicho en lo que le diría.

—Está bien… veamos, voy por una parte muy interesante.

Ubicó el punto donde tenía señalizado con un separador, no había leído la escena aún, pero sabía que cada vez que ese par se encontraban, lo que seguía a continuación era una escena de sexo desenfrenado, aunque muy bien descrito y nada vulgar sino excitante.

—«Deborah y Diego habían quedado en verse en el jardín esa noche; ella no visitaría el invernadero para no levantar sospechas, sabía que el viejo Dominic la estaba vigilando de cerca. Aunque estaba furiosa con el imbécil de su cómplice y amante, no podía cometer ningún error, debía ser más inteligente que todos ellos, debía ser quien moviera las piezas de ajedrez a su antojo. Salió de la casa llevando solo el delicado conjunto de dormir de seda rosa palo, el cabello suelto y unas zapatillas, si debía volver a la casa corriendo lo mejor era ir vestida de esa manera, diría que solo había bajado a la cocina…» —Alessandro leía con voz nítida y firme, como era natural para alguien que tenía por profesión la actuación.

Samantha estaba tan cautivada por la voz del italiano que no se percató de la escena que estaba leyendo, lo dejó continuar con la misma, al tiempo que se deleitaba en observar cómo sus labios se movían al pronunciar cada palabra, o como sus ojos azules se paseaban por las líneas plasmadas en las hojas frente a él.

—«Diego estaba impaciente, había fumado tres cigarrillos, uno tras otro mientras su mirada se paseaba por el lugar, en busca de la figura de Deborah, aún no entendía por qué ella había decidido citarlo allí, por qué no encontrarse en la privacidad del invernadero como venían haciendo, comenzaba a exasperarlo esa situación, no quería seguir haciendo el papel del títere de esa condenada mujer, por mucho que disfrutara del sexo que compartían, ella no era su dueña…»—No pudo seguir con lo que seguía, pues Samantha lo interrumpió.

—Bien… hasta allí fue suficiente, tienes razón vas por una parte interesante, esa lucha de poderes que Diego cree ganar, pero que en realidad no es así —mencionó, acercando los platos hasta ella para lavarlos, hizo una pila y se puso de pie después.

—Puedo seguir mientras lavas los platos —sugirió Alessandro que intuía como continuaba la escena.

—No es necesario, la conozco de memoria —puntualizó ella acercándose al lavaplatos mientras buscaba los guantes de hule para comenzar con su tarea sin mirar a Alessandro.

—Entonces no tienes problema en que la lea en voz alta, a menos que te incomode escuchar como solucionan ese par su conflicto. —Tanteó el terreno, ella no respondió y él supo que le rehuía, así que se lanzó de nuevo—. ¿No me digas que no te gusta escuchar las escenas sexuales que escribes, Samantha? O ¿Acaso eres virgen y todo esto es mera inventiva de tu mente y por eso te apena exponerla ante los demás? —la voz de Alessandro mostraba claramente el reto.

—¡Por favor! Claro que no, puedo asumir perfectamente lo que escribo y para tu información tengo conocimiento práctico del tema que planteo, no soy ninguna mojigata, Alessandro. —Se defendió sintiéndose un poco indignada ante la aseveración de él.

Se irguió para parecer más alta, quizás más mujer ante los ojos del actor, demostrarle que tenía los atributos suficientes para haber hecho que un hombre se fijara en ella e hiciera de todo para convencerla de tener sexo. Claro está, que ese no fue su caso, lo hizo, sobre todo, porque ya

estaba obstinada que sus amigas siguieran burlándose de ella por continuar siendo virgen casi hasta los veinte. Y porque pensó que, con Charles no tendría complicaciones pues era muy maduro, groso error, resultó no siendo así. Igual no le dejaría ver a Alessandro que su vida sentimental era un desastre porque a él no le interesaba ese aspecto, sino el plano sexual y aunque solo había tenido dos amantes, eso podía ser tomado como experiencia ahí o en la China.

—Sí, pues demuéstralo, ven aquí y siéntate mientras te leo. —La retó de nuevo mirándola a los ojos.

Le encantó la actitud de Samantha al defenderse de esa manera, no todo era frío y mesurado en la señorita Steinberg, también había pasión en ella y se encontró deseando que toda fuera suya.

—Perfecto, comienza a leer —dijo acercándose a él.

En un acto de osadía en lugar de tomar asiento en la silla de nuevo como era lo más lógico lo hizo sobre la mesa, quedando de lado frente a él y balanceó un poco sus piernas.

Capítulo 20

Alessandro contuvo la respiración ante el gesto que no se esperaba, Samantha se veía sensual, desinhibida, tentadora y lo estaba retando con sus mismas armas. Él le había planteado un juego, pero ella había sacado sus propias cartas; sentada sobre la mesa, le daba una vista privilegiada de sus hermosas piernas, con las palmas de las manos apoyadas al borde de esta, mientras su barbilla descansaba en el hombro derecho y lo miraba fijamente, con un aire de inocencia y al mismo tiempo una rebeldía que le salta por los poros.

Soltó el aire lentamente que había estado conteniendo, y luego tuvo que respirar profundamente, hacer acopio de todo su autocontrol para no ponerse de pie, y adueñarse de ella en ese mismo instante, encerrarla entre sus brazos, apoderarse de su boca, besarla hasta tenerla rendida, la recorrió con la mirada y cuando llegó hasta los ojos marrones de Samantha dejó ver una sonrisa cargada de picardía.

«Veamos quien intimida a quien, Samantha, no deberías jugar con fuego, si no estás dispuesta a quemarte.»

Pensó observando fijamente a la escritora, con sus ojos anclados en los de ella a la espera que Samantha reaccionara, le diera cualquier excusa como habitualmente hacía y bajara de esa mesa, pero nada de eso sucedió, ella se mantuvo en la misma postura e incluso con un ademán lo urgió a continuar. La sonrisa de Alessandro se hizo más amplia mientras bajaba la mirada al libro y retomó la lectura, con un tono de voz natural y nítido fue exponiendo los diálogos de los personajes, de vez en cuando elevaba la mirada para descubrir a Samantha, que lo veía y escuchaba atentamente, casi imperturbable, aunque cuando dio inicio la siguiente escena, él vio que algo cambiaba.

—«Diego la sujetó con fuerza enroscando su mano áspera y gruesa en el delicado cuello de Deborah, la aprisionó contra el árbol tras ellos, utilizando su cuerpo como arma contra la pelinegra, ejerciendo una fuerza brutal para dejarle claro que no tenía escapatoria, ni mucho menos el control de la situación, aprovechó el jadeo mezcla de asombro y dolor que liberó la mujer para apoderarse de su boca, un beso salvaje e invasivo que lastimaba los suaves y voluptuosos labios, los mismos que cedían ante los ataques del moreno…»

Mientras Alessandro leía comenzaba a sentir como esa escena se mostraba ante sus ojos como si de una película se tratara, una ola de calor lo recorrió de pies a cabeza y tuvo que detenerse unos segundos para no demostrar su turbación, inhaló profundo y continuó.

Samantha no podía escapar de la voz grave y sensual de Alessandro, no había escuchado hasta ese momento, ni esa, ni ninguna otra escena con contenido sexual en la voz de un hombre, solo en la de su agente, su hermana o alguna de sus fans más cercanas que con complicidad se acercaban a ella para comentarle porque les había gustado. Pero ningún hombre se había tomado la libertad de hacerlo, estaba experimentando todo por primera vez, y quizás eso, era lo que hacía que sintiera ese calor que empezaba a cobrar vida en su vientre, o como su respiración y los latidos de su corazón habían aumentado, tomó aire tal como hiciera él para controlarse y no darle un sentido equivocado a todo eso.

—«Jadeantes se separaron, ella más necesitada de oxígeno que él, lo miraba llena de furia, con lágrimas inundando sus ojos, apretó con fuerza los dientes para evitar que se derramaran y terminaran mostrándola vencida y a él victorioso. Diego intentó besarla de nuevo, pero Deborah

apartó el rostro dejando ver una mueca de desprecio, eso no lo intimidó; por el contrario, lo excitó aún más, le gustaba cuando ella se hacía la difícil, la señorita de la casa, educada, elegante e inalcanzable. Utilizando una vez más su fuerza, llevó la mano con la cual aprisionaba el cuello de la pelinegra hasta la quijada de ella y la apretó, obligándola a abrir la boca, después de eso su lengua lasciva, pesada, caliente y húmeda se deslizó por los labios de la mujer, entrando y saliendo en un acto bastante obsceno…»

La voz de Alessandro fue ganando gravedad a medida que leía. No era del tipo de hombre que le gustara forzar a una mujer para tenerla, pero tal y como describía esa escena, Samantha, y consciente que al personaje femenino también le gustaban ese tipo de juegos, comenzaba a sentirse excitado, algo que no había vivido nunca antes, ni siquiera cuando fue protagonista de escenas sexuales.

Dos deseos luchaban dentro de ella, uno le exigía detener todo esto allí mismo, y el otro prácticamente rogaba para que dejara a Alessandro seguir leyendo, ella conocía la escena y aunque había sido una de las más difíciles de escribir, también había sido una de las más excitantes, no era que fantaseara con un hombre que la sometiese de ese modo, pero el poder que ejercía Diego, le resultaba tan sensual e imponente que no pudo evitar desearlo… una vez, hace tiempo cuando escribió la escena, y quizás ahora, que el italiano la leía para ella.

Su cuerpo no escapaba a la excitación que se había adueñado de su mente, las reacciones cada vez más se hacían presentes, curvó un poco la espalda echando sus hombros hacia adelante, para que sus pezones erguidos no se mostrasen a través de la delicada tela de su blusa blanca y se pasó la lengua por los labios resecos.

—«La mano de Diego que le cerraba el paso a Deborah, abandonó el árbol y viajó hasta el nudo de la bata de seda, emulando la lentitud con la cual su lengua se paseaba por el interior de la boca de ella, fue desatando la cinta, abrió el salto de cama y la corriente de aire frío que golpeó a Deborah la hizo estremecer, él se separó de ella para deleitarse con el espectáculo, los pezones cobraron vida de inmediato captando su atención. Sin miramientos llevó la mano hasta uno de ellos y lo acarició por encima de la seda, para después exponerlo ante sus ojos, el tono rosado se mostraba intenso contra el nácar de la piel femenina, llevó un dedo hasta su boca humedeciéndolo y después lo metió a la de Deborah hurgando hasta sacarlo brillante de saliva, dejando ver una sonrisa ante la protesta de ella por haber terminado con la invasión y descendió por el cuello dejando un rastro húmedo hasta el pezón que estaba al aire, comenzó a hacer círculos presionando cada vez más, sacando primero gemidos y después jadeos.»

Alessandro se removió en la silla consciente que su cuerpo comenzaba a despertar a todos estos estímulos, que su miembro cada vez ganaba mayor rigidez, su mirada buscó a Samantha y al menos ella tampoco se mostraba ahora tan natural como minutos atrás, eso le gustó, que pagara por su osadía.

Ella sentía que estaban entrando a un terreno minado, las sensaciones en su cuerpo se lo dejaban ver, una leve humedad comenzaba a embargarla y los temblores en su vientre se volvían más frecuentes, su respiración era pesada, sus latidos acelerados, debía terminar con eso ya, debía hacerlo.

—Alessandro… creo que… —decía cuando él la detuvo.

—Aún no termina, espera solo me falta una página más para acabar el capítulo —mencionó en un tono tan casual que él mismo se sorprendió, pero su voz se notaba más grave.

«O para acabar lanzándote sobre esa mesa y rogarte que me dejes tenerte de una vez… ¡Maldición, Samantha, me tienes como un estúpido mocoso! Y tú relájate, amigo, no me vayas a hacer pasar una vergüenza por favor.»

Pensó inhalando de nuevo para retomar la lectura, sabía que se estaba comportando como un masoquista, pero no podía detenerse, quería que ella sintiera la misma necesidad que él, que descubriera lo doloroso que era no poder satisfacer un deseo solo por mantenerse escudada tras el orgullo, tenía que debilitar sus murallas.

—«Deborah quien se había mantenido en una actitud pasiva, llevó su mano hasta la nuca de Diego, se aferró con fuerza al cabello y lo jaló para hacer que elevara el rostro, él lo hizo dejando ver una mueca de dolor, pero al mismo tiempo una sonrisa ante la necesidad que podía ver reflejada en el rostro de su amante, con brusquedad bajó el escote de la bata, exponiendo ambos senos al aire, luchó contra la presión que ejercía la mano de Deborah en su nuca. Bajó hasta sus pechos y sin compasión se apoderó de ellos, succionando con fuerza, mordiendo los pezones, presionándolos con sus labios, enloquecido ante los jadeos que brotaban de los labios de la pelinegra, sus manos viajaron hasta los muslos para levantarla en vilo y con absoluto descaro empezó a frotar su miembro contra la intimidad de ella, creando una fricción maravillosa gracias a la humedad que traspasaba la seda…»

Alessandro se detuvo para tomar aire y después buscó con la mirada a la escritora queriendo jugarle una broma.

—¡Samantha Steinberg! ¿Qué cosas son estás? —Le preguntó fingiéndose horrorizado.

—Ese no es el fuerte de la historia… no es… es solo, tengo que justificar de algún modo esa relación y la de ellos se basa en el sexo, mejor ya deja de leer… así no comprenderás la naturaleza del relato… ya comprobaste que soy capaz de asumir lo que escribo… —decía evidentemente nerviosa cuando él la interrumpió.

—¡Ni loco! Esto cada vez está mejor…déjame continuar. —Pidió volviendo la mirada al libro.

—¡Alessandro! —le reprochó, sonrojándose.

Él elevó una mano en un gesto que indicaba que no lo distrajera, no la miró solo abrió mucho los ojos para hacerla sentir aún peor, mientras leía las siguientes líneas después dejó ver una sonrisa cargada de picardía. La verdad, debería parar, eso le decía la razón, pero su lado animal e irracional que disfrutaba haciendo pagar a Samantha, por haberlo desafiado le exigía continuar, se dejó llevar y lo hizo.

—«Ella se mordía el labio inferior ante las sensaciones que hacían estragos dentro de su cuerpo, sentía que su piel se quemaba, que no podía continuar luchando contra el deseo que crecía veloz y ardiente, con posesión envolvió sus piernas en las caderas del moreno, ejerciendo mayor presión al roce, invitándolo a entrar en ella. Diego no se hizo esperar pues ya la tenía justo donde deseaba, bajó con rapidez su pantalón de chándal liberando su erección, la misma que encontró su guarida en el interior de Deborah, con un movimiento certero y brusco la penetró haciéndola liberar un pequeño grito que ella ahogó en su cuello, el desenfreno se apoderó de los dos, como animales salvajes luchando uno contra el otro, él dando, ella recibiendo, él exigiendo, ella entregando. Sus mentes estaban completamente nubladas por el deseo y el placer, el sudor que cubría sus cuerpos era producto del fuego que ardía en su interior y que ni siquiera la brisa fría de la noche podía aplacar; los gemidos y los jadeos de Deborah se confundían con los bramidos y los gruñidos que brotaban de Diego, y a momentos todos eran opacados por el sonido que producían sus cuerpos al chocar…»

Alessandro sentía como su respiración se había tornado pesada, era ridículo sentirse excitado por la escena sexual de un libro. Sin embargo, tuvo que detenerse unos segundos para poder asegurar su autocontrol. La imagen se mostraba tan nítida en su cabeza que sus manos temblaron y su voz se quebró, pero estaba a punto de terminar y no lo dejaría hasta conseguirlo, llenó sus pulmones de aire y continuó.

—«Deborah sentía como la corteza del árbol le lastimaba la espalda, pero no le daba importancia, tampoco se la daba a los dedos de Diego que se le clavaban en la piel de los muslos y seguramente le dejarían marcas espantosas, solo quería sentirlo, mantenerlo en su interior, retenerlo allí tanto como le fuera posible y que ese instante de placer nunca acabara…»

Sus ojos volaron a las piernas de Samantha imaginando como se verían sus dedos apretándolas con fuerza y eso lo hizo poner aún peor, se removió de nuevo en la silla intentando disimular su erección, esa que ya no podía seguir negando.

Samantha luchaba por no cruzar sus piernas y no dejarle ver a él cuán excitada estaba, tampoco podía bajar de esa mesa porque sabía que el temblor de sus piernas la delataría, solo apretaba el borde de la mesa con sus manos, y aprovechaba cuando Alessandro no la veía para morderse el labio inferior y drenar un poco las ganas que hacían estragos dentro de su cuerpo.

—«Diego arremetía con mayor fuerza contra Deborah, la penetraba como si desease traspasarla, como si quisiese quedarse en ella, marcarla como suya, hundiéndose tan profundo y con tanta desesperación que no le importaba si ella se quejaba, estaba seguro que era mayor el placer que el dolor, la sintió temblar y luego tensarse, después un jadeo y un grito ahogado, supo que se había corrido, de inmediato él buscó su propia vía de liberación, una secuencia de embistes rápidos, un beso voraz y posesivo lo llevaron a dejarse ir, se desahogó en ella con una serie de espasmos y jadeos que rompían su voz, todo su cuerpo tembló cuando el último lo sacudió, después se relajó por completo y su vista se nubló. Hundió su rostro en el cuello de Deborah dándose el tiempo adecuado para que su respiración se normalizara y sus sentidos volviesen a cada sitio al cual pertenecían, el fuego se había extinguido, solo por ahora.»

Allí finalizó el capítulo que Alessandro se había propuesto terminar contra todo pensamiento racional. Cerró el libro dejando el separador en su lugar, miró la portada y deslizó su dedo por el nombre de Samantha, después la buscó, aún seguía sobre la mesa y aunque no quisiera demostrarlo, el aturdimiento que la envolvía era absolutamente visible, y antes que sus deseos y su mente lo traicionaran se puso de pie.

Samantha se agitó aún más ante el movimiento de Alessandro, una alerta se activó en su cabeza y las murallas se irguieron de inmediato, pero no lograron mantenerla alejada del par de zafiros que la miraban fijamente y justo en ese instante lucían tan intensos que le hicieron perder el poco aire que conservaban sus pulmones. Como pudo reunió el valor para bajar de un salto de la mesa, rehuyendo de la mirada de Alessandro, se volvió rápidamente buscando algo de lo cual sujetarse con disimulo e intentó salir de ese incómodo silencio con algún comentario casual, pero a su mente no se le ocurría nada.

—Eres… —Su voz era un murmullo, deslizó su mirada por el rostro sonrojado y agitado de Samantha, sus labios se abrieron de nuevo para continuar—. Increíble… eso eres, tienes un don, Samantha, tienes el poder de transmitir emociones… sin siquiera tener que tocar a quienes te leen. —dijo eso porque en realidad lo sentía así, muestra de ello era lo excitado que estaba, esa mujer ni siquiera lo había rozado y había despertado un deseo en él tan ardiente que lo tenía aturdido.

—Gracias… yo, bueno no sé qué decir. —Ella tenía la voz más grave de lo habitual, intentó sonreír, pero sus labios al igual que la mayoría de su cuerpo temblaban.

—No digas nada… —Él posó la mirada en los labios de ella que lucían más oscuros y tuvo que cerrar los párpados ante esa imagen, inhaló profundamente, los abrió de nuevo—. Tengo que irme… nos vemos después, muchas gracias por el desayuno, Samantha —agregó con rapidez acercándose a la puerta que llevaba al jardín de la casa.

—De nada… gracias a ti por la compañía, nos vemos. —Su cuerpo le exigía retenerlo para que

calmara el incendio que le había provocado.

Dio un par de pasos, pero se congeló cuando cayó en cuenta de lo que estaba a punto de hacer, se obligó a permanecer inmóvil y dejar que se marchara, lo contrario a eso sería una locura, ella no podía exponerse de esa manera.

Sabía que él tampoco había salido ileso de esa situación, por discreción y también por su estabilidad no miró un solo instante la entrepierna de Alessandro, pero solo le bastaba ver sus ojos y escucharlo hablar o tomar aire para saber que también se había excitado, si se marchó dándole una muestra de respeto y caballerosidad, ella no quedaría como una desesperada yendo tras él para rogarle por una sesión de sexo desenfrenado.

Se pasó la mano por la frente notando la ligera capa de sudor que la cubría, la secó cerrando los ojos e inhalando profundamente, queriendo negarse las reacciones de su cuerpo, culpando al ambiente, al verano, a lo que fuera; pero terminó por reconocer que quien la había puesto de esta manera había sido Alessandro, nadie más que él.

Caminó hasta la nevera se llenó un vaso de agua helada y lo bebió en un solo trago, sintiendo como se deslizaba por su garganta y aplacaba en parte la hoguera que se desataba en su interior, caminó hasta la ventana y vio a Alessandro entrar a su casa con paso apresurado, sin poder evitarlo una sonrisa se asomó a sus labios.

—Creo que no soy la única que necesita apagar un incendio, señor Bonanzierri. —Dejó el vaso y salió disparada a su habitación.



Solo le tomó un par de minutos llegar hasta su casa, despojarse de su ropa y entrar al baño. Abrió la regadera y aun a sabiendas que el agua estaba helada los primeros segundos que salía, se metió y se estremeció ante el choque del líquido gélido y la temperatura que poseía su cuerpo.

—¡Demonios! ¡Qué imbécil más grande eres, Alessandro! —Se reprochó llevándose las manos a la cara para apartar un poco el agua que caía con fuerza.

Sus ojos buscando la prueba más fehaciente de su excitación y sus manos atraparon la erección segundos después, con un movimiento brusco comenzó a frotarla, necesitaba drenar esa necesidad que lo consumía, necesitaba liberarse. Pero, la imagen de Samantha sobre la mesa en lugar de hacer más fáciles las cosas se las dificultaba, porque no era su mano la que podía darle el alivio que anhelaba, sino el cuerpo de la mujer que había dejado minutos atrás en aquella cocina.

—Te has portado como un pendejo… ¡¿Por qué no la tomaste allí?! ¡¿Por qué demonios no le hiciste ver cómo te había puesto?! Sabes que ella estaba igual o más excitada que tú, su cuerpo te lo gritaba… vamos genio, ahora dinos ¿cuándo volveremos a tener una oportunidad como esta? Si hubieras actuado y no te hubieras mostrado como un mocoso, no tendrías que estar aquí masturbándote, estarías con ella… ¡Estarías haciéndola gemir y disfrutar! Lo estarían haciendo los dos ¡¿Qué coño pasa contigo, Alessandro Bonanzierri?! Deseas a esa mujer… te trae loco… ¿Qué te impide entonces tenerla? —Los reproches que él mismo se hacía eran lanzados cada vez con mayor rudeza.

Los minutos pasaban y él continuaba con su lucha individual, su pecho subía y bajaba llevando el movimiento agitado de su respiración, su mano seguía y seguía, ejerciendo presión,

concentrándose con su pulgar en la cima, justo en ese que era su punto más sensible, deseando tenerla allí. Deseaba que fuese el interior de Samantha el que frotase ese lugar, queriendo escucharla gemir, jadear, pronunciar su nombre, sentirla tibia, húmeda, temblando y mirar sus ojos hasta perderse en ellos y besarla… ¡Dios cuanto deseaba besarla, cuanto! Quería hacerlo con ternura, con pasión.

Apoyó el antebrazo en la pared frente a él y dejó descansar su frente, liberando el aire en bocanadas mientras sentía como el placer que era preludio al orgasmo hacía espirales en su abdomen, como temblaba ante cada roce que su mano le brinda a su hombría erecta como pocas veces la había sentido. Los dedos de sus pies se curvaban, el calor lo recorría como si fuesen lenguas de fuego que se concentraban en su columna, en su pecho, en sus testículos que a cada minuto que pasaba se ponían más duros, amenazando con estallar de un momento a otro, nunca había sido cautivo de tantas sensaciones mientras se masturbaba, ni de adolescente inexperto, ni de hombre ya adulto con experiencia.

—Samantha… no te voy a dejar… dormir en días… cuando te tenga, no lo haré… Samantha… —esbozaba temblando y de manera entrecortada segundos antes de liberar un gemido ronco y profundo.

Su mano se movió con mayor rapidez sintiendo como el calor que se había adueñado de su cuerpo, ahora tenía como único epicentro a su entrepierna que se había convertido en un volcán a punto de hacer erupción, una vez más su imaginación hizo de las suyas y se la mostró desnuda y entregada a él justo como deseaba tenerla.

Se recreó levantándola en vilo tal como hiciera el personaje de su novela, buscando esa fricción que estuvo a punto de volverlo loco incluso plasmado en papel, quería tenerla y saber si ella también se mojaría de esa manera con solo besarla y acariciarla, con apoderarse de esos senos hermosos y perfectos.

La corriente que le recorrió toda la columna vertebral lo llevó a presionar con mayor fuerza, concretándose en su glande, de inmediato su cuerpo se volcó en expulsar su simiente de manera descuidada, cayó sobre el piso y la pared en la cual había apoyado su brazo.

Cerró los ojos captando la última visión de esta deslizándose hasta llegar al piso y perderse en medio del agua, preso aún del temblor que le invadía el cuerpo se irguió un poco para que le fuese más fácil respirar. Sentía los hombros tensos, todo el cuerpo tenso, había disfrutado de su liberación. Sin embargo, no se sentía totalmente relajado y era que sabía que eso no se podía comparar con lo que hubiera sido hacerlo acompañado de Samantha, con la experiencia de haberla tenido en cuerpo presente y no solo en su imaginación, definitivamente esa mujer iba a volverlo loco.



En la casa vecina la situación no era muy distinta, después de unos minutos de caminar en su habitación e intentar drenar las sensaciones que la colmaban pensando en algo más, no le quedó más remedio que entrar al baño. El agua fría logró hacer mella en el fuego que la consumía, todo su cuerpo clamaba por algo o mejor dicho por alguien, en su cabeza el nombre de Alessandro se volvió una letanía y los vagos intentos de sus dedos por darse placer no lograban satisfacerla, justo ahora se lamentaba por no seguir nunca los consejos de Jackie de comprar un vibrador.

Pensó que ese tipo de cosas no le harían falta a ella, que se entendía perfectamente con su cuerpo, lo conocía y sabía cómo auto complacerse, pero tarde vino a darse cuenta de que estaba equivocada, incluso debía admitir que aun teniendo uno, su cuerpo no dejaría de reprocharle que no hubiera calmado su ansiedad con quien la originó.

Se dejó caer despacio contra la pared a su espalda, cerrando los ojos, acariciando sus senos, mordiéndose el labio inferior, ejerciendo presión sobre su punto más sensible, ese que vibraba ante cada roce, deseando que no fuese su mano la que estuviese allí sino la de su guapo vecino, esas manos que tanto le gustaban. La imagen hizo que Samantha se estremeciera con fuerza, los dedos largos y finos de Alessandro se mostraron con tal nitidez en su mente que ella liberó un jadeo y se deslizó un poco contra la pared cuando sus piernas flaquearon un instante, se aferró a la pared con su mano libre mientras la otra seguía el ataque sin piedad que se ofrecía.

—Alessandro… te necesito… ¡Cuánto te necesito!

No se atrevía a abrir los ojos para no encontrarse allí completamente sola, quería seguir imaginando que lo tenía frente a ella, que era él quien la acariciaba de esa manera, quien estaba a punto de darle un orgasmo maravilloso, se mordió el labio inferior con fuerza cuando hundió su dedo índice lo más profundo que pudo dentro de ella, otro jadeo acompañado de un exquisito temblor que la hizo elevar el rostro, su cabello mojado dejaba caer gruesas gotas sobre las curvas de sus nalgas; se irguió un poco poniéndose de puntillas como si con subir de esa manera pudiese encontrarlo a él.

Quería besarlo, quería beber de esa boca, sentir su lengua, sentir sus labios presionando y succionando, nunca había deseado a un hombre así, con tanta urgencia, como si fuera vital tenerlo o se volvería loca, eso le hacía sentir, Alessandro Bonanzierri, así lo hacía desearlo y ya no aguantaba más. Desesperada por ese orgasmo que pendía sobre su cabeza y amenazaba con hundirla bajo su peso cuando al fin le cayera encima, obligó a su mente a recrear la escena entre Deborah y Diego.

Su mente se perdió en la fantasía, su cuerpo lo siguió a ciegas y solo bastaron unos segundos en los cuales sus manos estrujaban su cuerpo e invadían al mismo tiempo su interior, para materializar al actor junto a ella, con esa sonrisa que tanto adoraba, con su mirada intensa que la quemada, solo un roce de labios que su mente recreó lo mejor que pudo y la ola llegó arrastrándola con una fuerza asombrosa.

No pudo atajar el grito que salió de su garganta, apenas pudo disimularlo cuando se perdió y se apoyó contra la pared, mientras temblaba íntegra e intentaba conseguir oxígeno desesperadamente.

Alessandro y Samantha sin saberlo cayeron juntos en el mismo abismo, aunque separados en un plano físico, sus mentes habían luchado sin saberlo para que ese orgasmo que experimentaron los envolviera y elevara al mismo tiempo. Sin embargo, sabían que la próxima vez que se encontraran las cosas no serían iguales, algo se había resquebrajado dejándolos expuestos sin querer, ellos podían seguir jugando a resistirse, pero sus cuerpos los habían traicionado y nadie aseguraba que lo que ahora se dio por separado, la próxima vez fuese una labor en conjunto.

Capítulo 21

Después de aquel episodio en la cocina, Samantha decidió que debía hacer lo que fuera para evitar que algo como eso volviera a ocurrir, había optado por tomar un poco de distancia, esa era su estrategia cuando sentía que las cosas se le salían de las manos y la situación con Alessandro, definitivamente se le estaba saliendo de las manos.

Agradeció que el italiano no se acercara a su casa esa tarde, ella se encerró en el estudio para intentar escribir algo, pero lo único que llegaba hasta su mente era él, el movimiento de sus labios cuando leía, la excitación que le había mostrado antes de marcharse, esas últimas palabras que retumbaban en su cabeza a cada instante.

«Tienes el poder de transmitir emociones sin siquiera tocar a quienes te leen.»

Quizás era cierto o solo lo dijo por entregarle un cumplido, pero si ese era el caso, él también tenía el poder de crear emociones en ella sin tener que tocarla. Había quedado tan aturdida que de habérselo encontrado de frente no hubiera sabido cómo reaccionar.

Al día siguiente salió muy temprano hacia Florencia con la excusa de comprar algunas cosas que le hacían falta, algo absolutamente falso, pues Alessandro, casi la había obligado a compartir lo que compraron. Cuando se lo encontró esa mañana lo saludó rápidamente y subió al taxi; luego pasó casi todo el día en la ciudad, huyendo de él.

Ahora estaba la soledad de su habitación, había dejado de luchar, ya no tenía caso intentar dejar de pensarlo, siempre que llegaba a ese punto no podía hacer nada más que dar vueltas y vueltas en medio de su cama, empezó a imaginar lo que sería tenerlo junto a ella y de esa manera, una vez más él invadía su espacio, sus pensamientos, su vida.

Giró y lanzó las sábanas lejos de su cuerpo sintiendo que solo avivaban el fuego que parecía haberse apoderado de ella desde esa mañana, respiró hondo y cerró los ojos, intentando conciliar el sueño una vez más, pero a los pocos minutos se puso de pie y caminó hasta el ventanal, corrió las cortinas y lo abrió de par de par.

El aire nocturno la refrescó, sin poder evitarlo su mirada se desvió a la casa que ocupaba Alessandro, las luces del salón estaban encendidas, dándole a entender que él estaba despierto, eso no le extrañaba pues había descubierto que acostumbraba a dormirse muy tarde y levantarse casi siempre a media mañana.

Dejó libre un suspiro cuando se descubrió de nuevo pensando en él, cerró los ojos y negó con la cabeza envolviéndose con sus brazos, cuando una corriente de aire colmó el lugar haciéndola estremecer ligeramente. Había optado por acostarse llevando lo mínimo de ropa ya que el calor empezaba a resultar agobiante por las noches, sobre todo, para alguien que había vivido toda su vida en Chicago.

Le dedicó una última mirada a la casa de Alessandro y después de eso regresó hasta la cama, se tendió quedando boca arriba, sus ojos se fijaron en el movimiento que hacía el ventilador del techo sobre ella.

Poco a poco el aire fresco de la noche y las vueltas de las aspas la llevaron a un estado de letargo, que terminó por sumergirla en un sueño, no tan profundo como hubiera deseado, pero al menos era algo que agradecía, pues de cierto modo la mantenía alejada de la imagen del italiano.

∞∞∞

Alessandro estaba en medio de un ir y venir de emociones, su corazón latía frenéticamente y una sonrisa se dibujaba en sus labios, al mismo tiempo que el asombro se reflejaba en sus ojos. Tendido en el sofá, seguía leyendo el libro, desde que llegó a los capítulos finales se olvidó de la hora, el calor que lo había agobiado y de todo lo demás, incluso se había olvidado de la mujer que había escrito lo que lo tenía completamente atrapado y tan emocionado.

El final llevó a Alessandro a un estado de shock, con un cúmulo de emociones contradictorias. Abrió el libro buscando la foto de Samantha y no podía creer que de verdad ella hubiera escrito todo eso, ella con su cara de niña buena, con ese semblante de muñeca de porcelana y esa manía por el orden.

—¿Quién eres realmente Samantha? ¿La femme fatale o la chica sumisa, intelectual y controlada que me has mostrado? ¿Quién eres? —se preguntó con la mirada fija en esa imagen, dejó ver una sonrisa y se levantó—. No tienes ni idea de cuánto me gustará descubrirlo, como diría el poeta ***«Una mujer desnuda es un enigma y siempre es una fiesta descifrarlo»*** — Alessandro citó a Mario Benedetti y suspiró.

Después de pensarlo solo un minuto se armó de valor y salió en busca de Samantha, sabía que era tarde, que seguramente estaría durmiendo, pero necesitaba verla y no podía esperar hasta que amaneciera, con esa resolución se dirigió a su casa.

∞∞∞

Comenzó a sentir que algo desde el exterior perturbaba su plácido sueño, se puso boca abajo hundiendo un poco su cabeza en la almohada para alejar eso que intentaba despertarla, eran murmullos que provenían del exterior; pensó que quizás era un pájaro o algún animal andaba por el jardín y ella había dejado la ventana abierta.

Se levantó de inmediato con un movimiento brusco, el mismo que le provocó un mareo, cerró los ojos mientras intentaba controlar el aturdimiento y se enfocaba en la situación. Se puso de pie despacio tanteando a su alrededor, aunque la habitación estaba iluminada por la luz de la luna, ella aún estaba adormilada, se enfocó en su alrededor y caminó hacia la ventana.

—Si es un animal y anda por el jardín puede entrar, será mejor que cierre la ventana… — dijo y escuchó de nuevo los murmullos.

Se detuvo en seco mirando a todos lados buscando algo que le sirviera para defenderse en caso de necesitarlo, no encontraba nada hasta que sus ojos se toparon con sus zapatillas de correr, tomó una y con sigilo se acercó a la ventana, estaba por asomarse cuando escuchó algo que la llenó de terror.

El murmullo provenía del exterior y había esbozado claramente su nombre, el miedo que la invadió le impidió reconocer a quien pertenecía la voz y el sonido se repitió un par de veces.

Ella respiró profundamente mientras se armaba de valor para acercarse a la ventana y ajustarla nuevamente, tenía los ojos cerrados, pero se vio en la obligación de abrirlos pues no encontraba los manubrios.

—¡Samantha! Soy yo… ¡Alessandro! —exclamó un poco más fuerte al ver la escena que ella protagonizaba, entre sorprendido y divertido ¿por qué tiene los ojos cerrados? Se preguntó.

—¿Alessandro? —cuestionó en un susurro buscándolo con la mirada para comprobar que era él, el miedo fue reemplazado de inmediato por una gran rabia, la había hecho comportarse como

una tonta niña miedosa—. ¡Qué demonios! ¿Qué haces allí? ¿Por qué me estás llamando? —preguntaba en susurros dejándole ver su molestia.

—Necesito hablar contigo —contestó él, con una sonrisa.

—¿Te has dado cuenta la hora que es? —inquirió desconcertada.

—Sí… son… —Consultó el cielo, había aprendido de su abuelo a calcular la hora por la posición de la luna y el sol, después la miró a ella—. Son cerca de las tres de la mañana —confirmó.

—¡Exacto! ¿Acaso no podías esperar hasta que amaneciera? —Le cuestionó una vez más, frunciendo el ceño.

—No, por favor, ya estás despierta no me hagas rogarte y baja. —Le pidió con una sonrisa de esas que deslumbraban.

—Te has vuelto loco definitivamente, no bajaré… —Estaba negándose, cuando él la detuvo.

—Samantha Steinberg necesito hablarte de esto —indicó mostrándole el libro que llevaba en sus manos.

—¡Oh, Dios! ¿Y ahora qué? —mencionó para sí y después de meditarlo unos segundos le respondió a él—. Ve por la parte de enfrente, bajaré en un minuto y más te vale que valga la pena. —Le advirtió, sin dejarse cautivar por la radiante sonrisa del italiano.

Samantha intentó mantener la calma mientras cerraba la ventana, después de correr las cortinas salió disparada hacia el baño, encendió la luz y miró su reflejo en el espejo. Tenía el cabello desordenado por la cantidad de vueltas que había dado para dormir, con rapidez se lo acomodó, pensó en sujetarlo con una coleta, desistió pues él podía darle un sentido equivocado a eso.

Abrió el grifo, llenó sus manos de agua y se lavó rápidamente la cara para aliviar un poco la hinchazón, después buscó el enjuague bucal hizo un par de gárgaras con el líquido sabor a menta y se dispuso a salir.

—¿Para qué haces todo esto? Ni que fueras a besarlo o algo por el estilo, solo le preguntarás qué desea y después lo enviarás de regreso a su casa. —Se decía caminando hacia las escaleras, pero cuando estaba por bajarlas se detuvo en seco—. ¡Samantha mira lo que traes puesto! —exclamó y corrió de nuevo a su habitación.

Una vez en allí abrió el armario y rebuscó entre su ropa de dormir algo que le sirviera, encontró un kimono de satén a rayas blancas y rosa pálida, se vistió con rapidez ajustando la cinta de modo que no fuera a soltarse y ocultara su escote.

Respiró profundamente para calmarse, sentía que el corazón le latía demasiado rápido, después de echarse un último vistazo en el espejo y ver que lucía presentable y relajada decidió bajar, encendió las luces del salón, caminó hacia la puerta tomándose su tiempo, quitó los seguros y abrió.

—A ver Alessandro Bonanzierri. ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar hasta que amanezca? —preguntó con mal humor, saliendo al exterior pues no lo dejaría pasar.

—¡Esto! —contestó él, al tiempo que la abrazaba y le daba un beso en la mejilla, en realidad muy cerca de la boca—. Eres increíble en verdad, felicitaciones por tan espectacular historia —agregó separándose un poco para mirarla a los ojos, pero aún con sus brazos rodeándole la cintura.

—Yo… no sé… —Ella se había quedado congelada.

No entendía nada o mejor dicho la reacción de Alessandro no la dejó hilvanar una idea coherente. Esa muestra de efusividad por parte de él la había tomado desprevenida y las sensaciones que despertó en su cuerpo solo empeoraron su situación, nada más conseguía mirarlo

a los ojos mientras su corazón latía desbocado.

—Acabo de terminar el libro y quería darte mis impresiones —Se alejó para darle un poco de espacio al notar que su cercanía la perturbó.

Eso le gustaba, mentiría si decía que no. Pero no había llegado hasta allí con planes de conquista, bueno, no del todo.

—¿Y por eso vienes a mi casa, casi a las tres de la mañana y en pijama? —preguntó, sin salir de su asombro observándolo.

—Sí y no… bueno ya sé que es muy tarde, pero no pude irme a dormir, antes deseaba terminar el libro o mejor dicho este no me dejó soltarlo hasta acabarlo… y no estoy en pijama esta es la ropa que uso cuando estoy solo en casa y deseo estar cómodo… para dormir no uso nada, lo hago desnudo —mencionó con una sonrisa, que se hizo más amplia cuando Samantha abrió los ojos con asombro.

«¿Por qué demonios me dices eso? ¡Oh, por favor! Esto nada más me pasa a mí ¿ahora cómo haré para sacar esa imagen de mi cabeza?»

Su cuerpo fue recorrido por una ola de calor que terminó en un estremecimiento y llegó hasta los rincones más profundos dentro de ella, negó con la cabeza obligándose a retomar su postura, si él buscaba distraerla no lo conseguiría.

—Alessandro… —suspiró armándose de paciencia o más bien, intentando no demostrar cuanto la había afectado su comentario anterior, continuó sintiendo centrada—. ¿Sabías que tengo una página web y un blog donde puedes dejar tus comentarios sobre la novela? En realidad, eso es lo que hacen todas las personas que la leen… —decía, y una vez más él la interrumpía.

—¿Y para qué voy a hacer algo como eso, si tengo a la escritora justo en la casa de al lado? —preguntó elevando una ceja.

—Pues porque es lo más habitual y porque la escritora merece dormir en paz toda la santa noche… casi me matas de un susto, pensé que era… —Se detuvo antes de confesar lo tonta que había sido—. No tiene importancia. ¿De verdad te costaba mucho esperar hasta el amanecer? Ya sé que Deborah te trae loco, pero… ¿Hasta el punto de acosarme de esta manera? —inquirió mirándolo a los ojos.

—En realidad… si supiera que Deborah se encuentra en esta casa, créeme esto no sería nada comparado, con lo que estaría dispuesto a hacer —respondió, con su mirada clavada en la de ella y una sonrisa traviesa, esa misma que usaba para conquistar.

Samantha sintió como su vientre temblaba y un vacío se apoderó de su estómago, parecido a aquel que se siente cuando se está en una montaña rusa. Desvió la mirada de los ojos de Alessandro y los suyos captaron que una luz en la casa de los conserjes se encendía.

—Creo que la señora Tina o su marido se han despertado, quizás nos escucharon hablando… —susurró, sintiéndose igual de nerviosa que una adolescente pescada en una travesura por sus padres.

—Déjame entrar… —Le pidió Alessandro y al ver que ella dudaba se apresuró a agregar—. Si nos ven aquí afuera se pueden hacer ideas erróneas, en cambio si salen y no ven a nadie pensarán que fue su imaginación o qué sé yo, cualquier cosa —indicó mirándola.

—Bien… pero si te ven entrar pensaran que tú y yo… —decía una vez más y de nuevo él la detenía.

—¡Samantha por favor! Somos adultos, pareces una chiquilla a la que están a punto de atrapar dejando entrar a su novio a medianoche a su casa —mencionó intentando no reír.

—No es gracioso —dijo ella viendo que él contenía la risa, dudó unos segundos y después

habló—. Ven, entra rápido antes que se den cuenta y todo esto se convierta en un desastre. —Le ordenó abriendo la puerta que había cerrado tras su espalda, dejándolo entrar a él primero para después hacerlo ella.

—¿Por qué tendría que ser un desastre? —inquirió Alessandro divertido mientras ella apagaba las luces dejándolos a oscuras.

—Guarda silencio, es el señor Jacopo está mirando para acá —contestó Samantha en un susurro, observando por un pequeño espacio que había dejado en las cortinas.

—No tienes que hablar en ese tono, no puede escucharnos —indicó el italiano cada vez más divertido.

Se acercó supuestamente interesado por observar también, pero lo que en realidad deseaba era tener cierta proximidad, llevó una mano hasta la cortina para abrir un poco más el espacio actuando con tanta inocencia que Samantha no podía reprocharle nada, aunque la sintió tensarse cuando sus cuerpos se rozaron ligeramente, un simple toque y ya sentía que el fuego regresaba a él, justo como la mañana anterior.

—Ya se fue… y acaba de apagar las luces —dijo un tanto aliviada y se alejó de él en un movimiento que aparento ser casual.

La verdad era que estaba huyendo, pudo sentir el calor que transmitía el cuerpo de Alessandro a su espalda, eso la hizo cerrar los ojos un instante y suprimir un suspiro, él no estaba jugando limpio.

—Perfecto, ahora podemos continuar con nuestra charla. Como te decía me has dejado asombrado, jamás esperé que al final todo acabara de ese modo, me ha dolido en el alma lo que le hiciste a mi hermosa Deborah, pero igual no puedo más que aplaudirte… ¿Siempre pensaste en ese final o en algún momento se te ocurrió cambiar las cosas? —preguntó mientras la mirada.

—Bueno, veo que vas en serio… así que me rindo, vamos a sentarnos y me sometes a tu interrogatorio —dijo ella con resignación mientras lo guiaba a la parte de atrás de la casa.

En ese lugar las luces quedaban encendidas por la noche y desde la casa de Tina no se podía observar la pequeña terraza, por lo que no había riesgo si los conserjes salían, verían que todo seguía igual. Quitó los seguros, abrió la puerta y salieron, después de eso Samantha se dirigió hacia el juego de sillas de madera, con hermosos cojines forrados en telas con motivos florales, le indicó a Alessandro que se sentara en la de dos puestos mientras ella lo hacía en la individual.

—Hablas como si yo fuera el detective Dorta.

—¡Pues lo pareces! —señaló ella, con el ceño fruncido.

—A la única que verdaderamente él sometió a un interrogatorio fue a Deborah, claro bastante sutil, pero lo hizo. Y en esa escena la tensión sexual fue increíble… —Vio que ella se disponía a protestar y no la dejó—. Ni se te ocurra negarlo Samantha Steinberg porque sabes que tengo razón —agregó, mirándola.

—No iba a ser referencia directa a aquel interrogatorio, sino a este que no es para nada sutil, pero empecemos. —Dejó libre un suspiro y buscó durante unos segundos las palabras para responder—. Eventualmente mientras una escribe se plantea muchas cosas, hay escenas que van surgiendo en el camino y que complementan a las principales, aquellas que ya tienes en la mente, esas casi siempre son intermedias. Cuando piensas en una historia lo haces desde un inicio y ya conoces el final, es lo más básico, lo principal que debes tener para empezar a escribir... así que no pensé en cambiar el final, algunas veces me sentí tentada a hacerlo, no te lo niego, pero entonces cuando lo visualizaba sentía que perdía peso, esencia… no era así como deseaba que acabara la historia sino como había imaginado en un principio —explicó mirándolo, completamente cómoda al hablar de su trabajo, le encantaba hacerlo.

—¡Demonios olvidé traer una libreta! —expuso riendo como un niño y al ver que ella ponía mala cara aclaró—. Es que suenas tan profesional, que me haces sentir como un periodista, nunca he entrevistado a nadie, ni en la vida real ni en la ficción, se siente un poco extraño estar al otro lado. Es decir, siempre he respondido las preguntas, nunca las he formulado —explicó con una sonrisa, ella le respondió con el mismo gesto comprendiéndolo y Alessandro prosiguió—. Se nota que te gusta lo que haces puedes hablar de eso con convicción y soltura… en ese aspecto nos parecemos bastante, siempre que se trata de mi carrera hablo sin parar. Pero volviendo al tema, de verdad es un gran libro y déjame decirles a esos críticos son unos imbéciles porque tú no necesitas de ningún premio, ni nada de eso para sentirte orgullosa o para que tu trabajo sea valorado, es muy bueno —agregó mirándola a los ojos, mostrándole que era sincero.

—Bueno, quizás debamos decírselo al profesor que me entregó el título en la universidad, no te imaginas lo pesada que fue la cadena que tuve que arrastrar, solo porque tenía un par de libros entre los más vendidos cuando entré a esta. En un principio nadie me tomaba en cuenta, pero cuando se enteraron de lo que había publicado y del género en el cual me desenvolvía, me trataron como a una tarada, menospreciaban todo lo que hacía, y en lugar de tener las cosas fáciles por contar con experiencia como escritora ya, me ponían todo cuesta arriba… —Samantha no sabía cómo había llegado a ese punto, pero era tan fácil desahogarse con él, era como si pudiera confiar en Alessandro sentía que él podía entenderla mejor que nadie.

—Lo confirmo, cuerda de amargados y frustrados, pues imagino que le habrás dejado claro que no podían mancillar tu trabajo ¿no es así? —preguntó Alessandro mirándola.

—En realidad soporté estoicamente todas sus burlas, continué con mi trabajo e incluso publiqué tres libros más estando allí… —mencionó mirándolo a los ojos y dejo ver una sonrisa que develaba que estaba a punto de compartirle algo más—. Pero el día de mi graduación cuando el director de la escuela de literatura me hacía entrega del título, me dijo estas palabras: “Steinberg, espero que ahora sí comience una carrera de manera profesional, que lo que le enseñamos aquí le sirva para escribir de verdad y deje de perder el tiempo con esas novelitas que hace” —decía mofándose de la voz del hombre, no pudo terminar porque Alessandro se puso de pie.

—¡Qué viejo más miserable! Por favor dime que le pegaste en la cabeza con el título o le respondiste como merecía —pidió, sintiéndose de repente furioso por la humillación que ella había sufrido de parte de aquel estúpido.

—En realidad, bueno no pude pegarle con el título no me hubiera servido de nada, quizás la medalla sí le habría dejado una hermosa cicatriz en la espantosa calva que tenía o mejor dicho tiene, aún vive… pero tampoco lo hice, solo respiré profundo, lo miré a los ojos y le entregué la mejor de mis sonrisas para después decirle: “Le prometo profesor que aplicaré cada uno de los conocimientos que he recibido aquí de ahora en adelante y también le prometo que todos los libros que escriba serán número uno en ventas igual que los cinco que he publicado hasta el momento y seguiré manteniendo la atención de los millones de lectores que hoy día me siguen, incluso puede que alcance más” —finalizó con una gran sonrisa.

Alessandro la observó en silencio mostrando una gran sonrisa, sus ojos brillaban llenos de emoción, se sentía feliz por algún motivo que aún no alcanzaba a comprender pero que le provocaba una emoción muy satisfactoria, tomó asiento de nuevo y extendió su mano para tomar la de Samantha.

—Eso me hace sentir muy orgulloso de ti… sé que apenas nos conocemos, Samantha, pero de haber estado ese día allí me hubiera puesto de pie para aplaudirte —expresó con sinceridad.

Ella sintió como una pequeña luz se encendía dentro de su pecho. ¿Cuántas personas le habían

mencionado alguna vez que estaban orgullosos de ella? en realidad, podía contarlas con los dedos de sus manos y seguramente le sobraría alguno. Alessandro que apenas tenía unas semanas conociéndola se lo había dicho y además lo hacía con verdadera emoción, eso la hizo sentirse feliz e importante.

—La verdad… ha sido lo más valiente que hecho en mi vida y después que lo dejé completamente perplejo y furioso, me sentí… no lo sé, me sentí muy bien, satisfecha… —dijo mientras sonreía y guiada por la emoción que la embargaba apretó más la unión de sus manos, buscó la mirada de Alessandro—. Gracias… por tus palabras, por la emoción que demuestras por mi trabajo, por brindarme la oportunidad de conocer tu opinión… aunque sea a las tres de la madrugada —agregó riendo y sin saber a ciencia cierta qué la llevaba a actuar de esa manera, se levantó y fue a sentarse junto a él.

Alessandro se quedó mirándola sin saber cómo reaccionar, sin saber qué sentido darle ese gesto de Samantha, le dedicó una sonrisa y se acomodó haciéndose hacia un lado para que ella tuviera más espacio. Su cercanía era una clara invitación, evidentemente no a que pasaran la noche juntos, pero sí a su mundo, de cierto modo ella cada vez se abría más a él, así como él lo hacía en ocasiones con ella, cuando le había contado de sus desavenencias con los críticos, de los gustos de su madre, de la casa en Varese, esa especie de puente que poco a poco iban construyendo le gustaba mucho, era una novedad, era cierto, pero se sentía cómodo dentro de ella.

—¿Puedo seguir con mi interrogatorio señorita Steinberg? —preguntó ampliando su sonrisa.

—Puedes y, además, será un placer responderte —contestó recostándose en el espaldar de la silla para ponerse cómoda y crear un espacio seguro entre ambos.

—No te irás a quedar dormida. ¿Verdad? —inquirió al ver la posición que ella tomaba.

—No… no lo creo, tú no dejarás que eso suceda y si por casualidad llegará a ocurrir… ya sabes dónde queda mi habitación, no soy tan pesada para que no puedas llevarme —respondió con una sonrisa, pero de inmediato esquivó la mirada de él.

Alessandro sintió que su corazón comenzó a latir más rápido a causa de esas palabras, un sutil temblor le recorrió las extremidades hasta concentrarse en su entrepierna, se removió un poco en la silla a causa de eso, pero lo disimuló con una sonrisa, abrió el libro y se centró en hablar de este con Samantha.

Después de un par de horas ambos reían y hablaban con soltura sobre la trama, el aire fresco de la noche los había envuelto creando un ambiente mágico entre ambos, la luz de la luna que se reflejaba en los hermosos relieves del campo toscano, el olor de las flores, del trigo, de la lavanda, del olivo y las uvas, todo era tan perfecto, ella lo observaba en silencio mientras él le leía el final del libro.

Ver su emoción ante cada palabra hacía que Samantha se sintiera realmente orgullosa, valorada, incluso importante, era como si Alessandro le estuviera entregando todo eso que desde hacía mucho estaba pidiendo y hasta ahora nadie le ofrecía, no en la forma que él lo hacía, era el primer hombre que veía realmente interesado en su trabajo, no como los otros que solo fingían para congraciarse con ella.

El canto de un gallo a lo lejos les hizo notar que estaban cerca del amanecer y que el tiempo se les había pasado volando. Él supo que no podía seguir extendiendo ese encuentro, aunque lo deseaba no estaba bien, ella debía descansar, pero algo en su interior no quería dejarla ir, no quería separarse de Samantha, todas esas emociones a veces despertaban un profundo miedo en él.

Uno que no había sentido y eso lo confundía, lo hacía cuestionar sus acciones. Por primera vez

en muchos años empezaba a sentir que alguien le importaba nuevamente, al grado de desear cuidarla y hacerla sentir segura, confiada, respetada, eso lo llevó a ponerse de pie.

Debía marcharse, debía actuar con calma, sentía la necesidad de hacerlo con ella, le dedicó una sonrisa y la ayudó a levantarse ofreciéndole su mano con un gesto galante, después le extendió el libro de vuelta, Samantha negó con la cabeza.

—Es tuyo, mañana tendrás la dedicatoria…

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla muy suave, lento, eso la hizo disfrutar de la calidez que poseía la piel de Alessandro, de la suavidad y al mismo tiempo, de la singular sensación que la barba de dos días le brindaba, quiso quedarse allí, pero cuando sintió que él suspiraba se retiró con una mezcla de miedo y alegría, intentando disimular su reacción buscó su mirada.

—Gracias de nuevo… me agradó mucho compartir contigo Alessandro —agregó con una sonrisa tímida y aunque lo deseó no pudo escapar de sus ojos.

—Yo también disfruté mucho de este encuentro Samantha, perdón por haberte molestado tan tarde… la próxima vez procuraré terminar de leer a una hora más decente —indicó con una sonrisa traviesa, se acercó a ella y depositó un beso en la mejilla.

Alessandro se tomó el mismo tiempo que ella, disfrutando de esa sensación tan placentera que nacía en su pecho y se esparcía a través de todo su cuerpo. Le encantaba tenerla así, ella era tan suave y dulce, su aroma era embriagador, exquisito y antes que sus deseos lo llevaran más lejos se obligó a alejarse, le entregó una de sus mejores sonrisas, de esas que le salían espontáneas, sin actuarlas, verdaderas.

Desear buenas noches sería algo absurdo y ambos los sabían, por ello cuando estuvieron a punto de hacerlo rompieron en una carcajada, ella asintió mientras él se encaminaba a la parte trasera del jardín que compartían, le dedicó una última sonrisa y ella no pudo evitar suspirar ante ese gesto.

Se dio media vuelta y antes de cerrar la puerta posó su mirada de nuevo en él, lo vio alejarse con su pijama que no era ningún pijama, recordando lo que él le había confesado, no pudo evitar reír y sonrojarse mientras caminaba a su habitación para intentar conciliar el sueño nuevamente.

Capítulo 22

Todas las sensaciones y emociones que había descubierto y estaba viviendo en los últimos días, eran tan maravillosas como aterradoras para Samantha, sentía que estaba siendo arrastrada por una corriente tan fuerte, que le resultaba imposible luchar contra esta, sobre todo si ese torrente la llevaba al océano que eran los ojos de Alessandro, esos de los que no podía escapar por más que lo intentara y sabía que si al final naufragaba en ellos, lo haría sintiéndose inmensamente feliz.

Se encontraba en el estudio, intentando avanzar de la tercera página que había escrito después de meses sin lograr plasmar nada, pero cuando intentaba concentrarse, a su mente solo llegaban los recuerdos de sus encuentros con el italiano, éstos se empeñaban en mantener su cabeza saturada de imágenes de Alessandro, sus sonrisas, sus miradas, sus gestos tan particulares.

Había descubierto el significado de varios, cuando se ponía nervioso por algo se frotaba el tabique, cuando dudaba movía sus pupilas con rapidez y siempre terminaba desviando la mirada, cuando se molestaba tensaba la mandíbula y el tono de sus ojos se oscurecían, también lo hacían sus labios, pero su piel se tornaba pálida. Él era un excelente actor, pero ella tenía un talento especial para descifrar el lenguaje corporal de las personas, eso lo había heredado de su madre y de su padre la suspicacia.

—Samantha debes intentar controlarte, pareces una adolescente, tienes veintitrés años, eres un mujer adulta y centrada… no puedes dejarte dominar de esta manera, es genial que sean amigos, él es un chico extraordinario, muy distinto de lo que te imaginaste en un principio… pero no por ello debes pasar día y noche pensando en él o esperando la más mínima oportunidad para verlo… —Se decía cuando su mirada captó la hora en el reloj de su portátil, abrió los ojos alarmada—. ¡Ya empezó el capítulo de La conspiración! —exclamó poniéndose de pie con rapidez, guardó el documento y dejó la máquina en reposo, antes de salir habló de nuevo como si alguien estuviera allí escuchándola—. Regresaré luego a continuar con esto, el anterior quedó demasiado emocionante, ya quiero saber lo que continúa. —Se justificó saliendo.

Casi una hora después Samantha estaba hipando mientras una abundante cantidad de lágrimas tibias y pesadas descendían por sus mejillas, sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá, tenía un cojín en su regazo que apretaba para drenar un poco la impotencia que sentía, al ver esas escenas tan injustas y crueles.

Sentía que el corazón se le saldría del pecho, que las emociones que la embargaban eran muy poderosas, aunque era consciente que todo eso era ficción, que ella misma formaba parte de ese mundo que los escritores y guionistas se inventaban. ¡Era una de ellos, por Dios! Cómo no podía separar la realidad de la fantasía, lo que sucedía en esa pantalla era solo actuación. Sin embargo, no lograba soportar como el personaje de Alessandro era golpeado salvajemente.

—¡El condenado es tan buen actor que mira cómo te tiene Samantha! —Se reprochó sorbiendo las lágrimas, después se pasó las manos por ambas mejillas para secarlas.

Aprovechó cuando enviaron a publicidad para correr hasta su habitación y buscar la caja de pañuelos desechables estaba segura de que los necesitaría, todo parecía indicar que el personaje que interpretaba Alessandro llegaría a su fin, que gusto el de los europeos por tener finales trágicos. Pensaba mientras bajaba las escaleras con rapidez y cuando llegó aún daban propagandas.

Lo que sería la última parte del capítulo de ese día inició, los franceses que tenían en cautiverio a *Raoul*, nombre del personaje de Alessandro, habían decidido llevarlo a la horca para crear escarmiento entre los revoltosos.

La imagen del orgulloso sargento estaba tan maltrecha, que la cara de rabia e impotencia de los demás personajes era muy parecida a la que tenía Samantha en ese momento; de nuevo las emociones la rebasaban al verlo, con el cabello desordenado, el rostro tan maltratado, la ropa desgarrada y sucia. Sin embargo, la llenaba de orgullo ver que aún mantenía su habitual soberbia, esa que tantos enemigos y admiradoras le había conseguido.

Samantha sentía el corazón latiéndole en la garganta a momentos, contenía la respiración y un insistente dolor de cabeza, provocaba una molesta pulsación en sus sienes. Respiró profundamente preparándose para la escena que tendría lugar a continuación.

Cerró los ojos y sus párpados temblaron cuando vio como subían a Alessandro al entablado, donde ya colgaba la soga que le quitaría la vida, se reprochó por ser una cobarde, abrió los ojos de nuevo cuando ya tenía el lazo alrededor del cuello y el verdugo se disponía a ejecutarlo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó asombrada al ver como el rostro del joven enrojecía y se transformaba, debido a una aterradora expresión.

De pronto saltaron a otro plano mientras Alessandro se convulsionaba luchando contra la soga que intentaba arrebatarle la vida, todo se volvió un caos, tres hombres encapuchados subieron al entablado, disparándole a los guardias que se encontraban cerca, dos que subieron después se encargaron de rescatarlo de lo que parecía una muerte segura.

El pobre quedó tan mal que tuvo que ser llevado en la espalda de uno de los rebeldes como si fuera un saco de papas, fuertes denotaciones de disparos, el relinchar de los caballos, los gritos de pánico de la muchedumbre; la escena estaba tan llena de energía y bien trabajada que ella casi se sentía dentro de esta.

Samantha estaba tan emocionada al saberlo a salvo que estuvo a punto de aplaudir, no supo donde terminó la caja de pañuelos, ni el cojín que había soportado todas sus angustias. Estaba eufórica y se puso de pie rogando porque lo sacaran de ese lugar cuanto antes.

El capítulo terminó y ella aún se sentía agitada, llena de zozobra, pero sobre todo feliz, de pronto una emoción distinta se disparó dentro de su pecho al escuchar que llamaban a la puerta de la cocina.

—¡Samantha! —Escuchó la voz de Alessandro que la llamaba.

Entró en pánico y no supo qué hacer los primeros segundos, después corrió para tomar la caja de pañuelos y con rapidez se limpió el rostro, se sacudió la nariz y se acomodó el cabello que también estaba desordenado, inhaló y exhaló lentamente para retomar la tranquila, sintiéndose más calmada se encaminó hasta la cocina.

—Hola —esbozó con la voz ronca y con disimulo se aclaró la garganta antes de hablar de nuevo—. ¿Cómo estás? —Lo saludó intentando sonreír mientras lo hacía pasar.

—Hola… bien, vine a traerte algo que te había prometido —mencionó observando el rostro enrojecido de ella, se preocupó de inmediato—. ¿Estás bien, Samantha? —preguntó con seriedad.

—¡Sí! Claro estoy bien… es que… algo me dio alergia, pensaba buscar un antialérgico —contestó intentando sonar convincente y desvió enseguida la conversación—. ¿Qué has traído para mí? —Lo interrogó entusiasmada.

—Ah, es la serie que deseabas ver… —decía y ella lo detuvo.

—¿La trajo tu madre? —preguntó deseosa de conocerla.

—No, no pudo venir ella, lo envió con alguien, aún tienen el circo montado por mi

desaparición, siguen a cada miembro de mi familia a donde quiera que va… La trajo un buen amigo, estuvimos conversando un rato. Me hubiera gustado presentártelo, pero estaba con prisa debía volver a Roma hoy mismo y el camino desde aquí es un tanto difícil en días de semana —respondió detallando el rostro de Samantha, ella le estaba mintiendo, no tenía una simple alergia.

«¿Acaso tendría problemas en América?»

Se preguntó en pensamientos.

—Qué lástima… bueno, ya tendremos oportunidad de conocernos más adelante… —hablaba cuando él la interrumpió.

—¿Quieres que veamos un capítulo ahora? —Le propuso Alessandro con una sonrisa.

—Eh… me gustaría es solo que… —Ella se quedó en silencio, se mordió el labio inferior.

«No creo que esté lista para verte sufrir de nuevo tan rápido, es mejor que me recupere de este episodio de hoy.»

Pensaba Samantha y después se devanó los sesos buscando una excusa para darle, algo que fuera convincente, que no despertara sospechas en él, pero que tampoco lo hiciera sentir rechazado.

—¿Qué sucede? —Le cuestionó Alessandro sin poder controlarse.

—Nada… es… ¡Ok! Me rindo, estaba viendo un capítulo de La conspiración… acaba de terminar —mencionó, y él la miró como si no comprendiera, ella suspiró, cerró los ojos y los abrió después sintiéndose más calmada—. Son los capítulos finales donde descubren que eras el líder de la rebelión y te toman prisionero, tuve que ver durante media hora como esos desgraciados te golpeaban y torturaban… —decía, y los sentimientos se le revolvían de nuevo, desvió la mirada de Alessandro.

Él la miró con ternura y sintió una cálida emoción extenderse por su pecho, ella había llorado por verlo sufrir, por eso tenía los ojos ligeramente hinchados y enrojecidos, no era ninguna alergia. De inmediato sintió crecer dentro de él una imperiosa necesidad por consolarla, quería abrazarla y decirle que no había razón para llorar.

—Samantha es solo actuación, esos golpes no eran reales…

—Lo sé… sin embargo, no pude evitar sentirme angustiada por lo que te ocurría, es algo tonto ya lo sé, pero… es que lucías tan mal, las actuaciones fueron tan reales y cuando te llevaban a la horca tu rostro se veía horrible… —pronunció con voz ronca y sin poder evitarlo una lágrima se escapó de su ojo derecho.

—Bueno… gracias por el cumplido —indicó él con una sonrisa para animarla.

Llevó su mano a la mejilla de ella para secar la lágrima, esa misma que hizo que su corazón diera un brinco dentro de su pecho, emocionándolo y desconcertándolo ¿qué poder tenía ella para moverlo de esa manera? ¿Para despertar tantas emociones dentro de él? Cavilaba observándola con ternura casi con devoción.

Ella le regaló una sonrisa que se confundió con la lágrima que se derramó de su ojo izquierdo, inhaló profundamente para no seguir llorando. Sintiéndose apenada por semejante escena, se dio la vuelta y caminó hacia la nevera, para servirse un vaso con agua al tiempo que lo invitaba a tomar asiento con un ademán.

—¿Cómo hiciste para lograr ese efecto en tu rostro cuando quedaste pendiendo de la horca? Puedo jurar que fue tan… —Se detuvo estremeciéndose un poco al recordarlo.

—¿Real? —completó la frase sin terminar de ella. Samantha asintió mirándolo mientras se sentaba en una silla cerca de él. Alessandro suspiró y continuó—. No lo actué… eso fue real, bastante real para ser más exactos… —No pudo continuar porque ella lo veía horrorizada.

—No… no entiendo… ¿te iban a ahorcar de verdad? —inquirió.

—No era lo planeado… habíamos ensayado la escena un par de veces yo no quería un doble y todo había salido perfectamente, pensamos que no existían riesgos así que empezamos a rodar, me subieron al entablado, me pusieron la soga y yo me subí a un pequeño banco de madera que debía sostenerme… lo que siguió después fue muy rápido, no sé cómo rayos este cedió y yo me quedé suspendido en el aire, sujetado apenas por la soga alrededor de mi cuello, tenía las manos atadas y así que no podía hacer nada, excepto patalear desesperado al sentir como me asfixiaba… —decía recordando la escena y la horrible sensación que lo invadió en aquel entonces cuando estuvo a punto de morir.

—¡Qué horrible! ¡Por Dios, Alessandro! ¿Cómo pudo suceder algo así? ¿Qué hicieron tus compañeros, el director, el resto del equipo? —preguntó sintiéndose angustiada de nuevo.

—Ellos actuaron con rapidez después de recuperarse de la primera impresión, Francesco Lotti quien hacía el papel del verdugo fue quien me salvó, me tomó de la cintura y sostuvo mientras que soltaban la soga, las cámaras grabaron toda la escena en un primer plano de mi rostro. —Vio como Samantha espabilaba con rapidez, evidentemente sin poder creer lo que le contaba.

Samantha sentía que el aire se había quedado atascado en su pecho, su corazón latía tan rápido que no dudaba que él pudiera escucharlo, no ponía en tela de juicio lo que le había sucedido a Alessandro, había observado la escena y eso ciertamente no había sido actuación, pero le parecía increíble que la dejaran tal cual.

—Después de una hora cuando el miedo nos había abandonado y el doctor había certificado que no había tenido lesiones graves ni nada por el estilo, retomaron el trabajo. Como era de esperarse, a mí me dejaron descansar ese día, al siguiente le pedí a Aldo que me enseñara la escena y ambos concluimos, que había quedado tan bien que sería un desperdicio no ponerla en la edición final —dijo con una sonrisa para aligerar la mortificación que vio en el semblante de ella.

—Eso es un poco morboso, ¿no te parece? Es decir, debió ser horrible ver esa escena nuevamente, para ti seguramente fue espantoso revivir todo eso —comentó ella, asombrada.

—En cierto modo, pero más espantosa fue la marca que me dejó la soga, la misma que tuve que ocultarle a mi familia por semanas, la muy desgraciada parecía no tener intenciones de borrarse —comentó de manera casual y dejó ver una sonrisa ante el rostro de ella.

—¿Tu madre no se enteró de nada de eso? —Le preguntó otra vez.

—No, aún a estas alturas no lo sabe y no pienso contárselo, si se hubiera enterado en aquel entonces le hubiera dado un ataque, y si lo hace ahora pasará días llorando… Lo has hecho tú que apenas me conoces y a duras penas me soportas —contestó con una sonrisa.

Samantha se sonrojó ante el comentario de él, ciertamente había actuado de manera exagerada, después de todo era solo una serie y como él había dicho apenas se conocían, no había llorado así por ningún actor… bueno solo por *Leo DiCaprio* en *Titanic*, pero era tan solo una chiquilla cuando vio esa película.

—Bueno admito que exageré un poco… pero ahora que me cuentas todo esto creo que mi percepción de la historia está justificada, de verdad las actuaciones son maravillosas y tú eres un genio improvisando. —Soltó una pequeña carcajada, al ver el asombro reflejado en su rostro.

—Ya intuía cuán malvada eras Samantha Steinberg. —La acusó.

—Pero después me puse feliz cuando te rescataron. —Se defendió de inmediato, mirándolo a los ojos.

—Bueno igual la «improvisación» valió la pena, ese año me llevé el mayor premio otorgado a un actor de televisión aquí en Italia, además de otros reconocimientos por parte de la crítica, incluso el grupo de imbéciles que siempre me ataca, tuvo que reconocer que mi actuación había

sido «destacable» —acotó encogiéndose ligeramente de hombros, como para restarle importancia, pero el brillo en su mirada dejaba ver que eso le había agradado mucho.

—Pues para mí, en realidad fue magistral y ya me muero por saber cómo termina —confesó emocionada.

—Bueno ahora me toca a mí vengarme, no intentes sonsacarme información porque no te diré nada… soy una tumba —mencionó dejando ver una sonrisa ante el puchero que ella hizo.

—¿Ahora quién es el malvado? —preguntó frunciendo el ceño.

—Solo te estoy pagando con la misma moneda —indicó con esa sonrisa ladeada que lo hacía lucir tan perverso y atractivo.

Ella se quedó mirándolo embelesada en su belleza, en esos hermosos ojos azules que cada día le gustaban más, estuvo a punto de suspirar, pero se controló y con rapidez retomó la conversación.

—Bueno, al menos tendré algo con lo cual entretenerme y no terminaré comiéndome las uñas mientras espero. —Sonrió y extendió la mano para tomar el estuche con los discos de la serie, que Alessandro había dejado sobre la mesa.

—No tan rápido, señorita. —La tomó antes que ella, mostrándole una amplia sonrisa y sus ojos se habían iluminado con un brillo especial producto de los planes que tenía para ambos—. La serie viene con una condición… bueno digamos que es más una propuesta —agregó observándola detenidamente.

—¿Cuál? —preguntó ella, entre impaciente e intrigada.

—Que la veamos juntos… no es justo que yo me aburra como una morsa en mi casa solo, mientras tú te mueres del terror y la angustia aquí sola —contestó mirándola a los ojos—. ¿Qué me dices? ¿Aceptas? —La convidó elevando una ceja.

—Bien… trato hecho —respondió extendiéndole la mano con rapidez, dejando ver una sonrisa tímida.

Pero cuando su mano sintió el cálido y firme apretón de la de Alessandro, algo en su interior se estremeció, provocando un fuego que estalló en su vientre, ese simple roce fue tan poderoso y exquisito, que ella se sintió atrapada por él y una voz en su interior le decía, que acababa de firmar una especie de sentencia, una muy peligrosa, además.

—Trato hecho —confirmó Alessandro con una sonrisa—. Pero usted misma me ha confesado que uno de sus mayores defectos es la curiosidad, así que me llevo la serie y la traeré de regreso esta noche —indicó levantándose, no confiaba en esa aceptación tan rápida.

Ella siempre buscaba negociar por cualquier cosa y ahora no había hecho ni siquiera el intento.

—Eso no es justo, Alessandro… ¿Acaso no confías en mí? —lo cuestionó sintiéndose ofendida.

—No lo tomes como algo personal —contestó con una sonrisa.

—Bien y para que veas que no soy rencorosa, la cena corre por mi cuenta… —esbozaba cuando él la detuvo.

—Estás siendo muy generosa Samantha, eso es aún más sospechoso —señaló con una sonrisa ladeada.

—Considéralo un acto que nos dejará a mano… bueno me deberías un desayuno, pero tomando en cuenta tus horas de levantarte podría aceptarte un almuerzo —mencionó con aparente indiferencia encogiéndose de hombros.

—No tendrás que hacerlo, te prometo que tendrás tu desayuno… más adelante —pronunció en un tono de voz más ronco.

«La primera mañana que despertemos juntos, prometo hacerte el mejor desayuno que hayas

probado en tu vida, te consentiré tanto que no vas a querer dejarme nunca.»

Pensó con la mirada brillante y dedicándole una hermosa sonrisa, la misma que afloraba en sus labios sin ningún esfuerzo, al imaginar lo que sería tenerla de una vez por todas, cuando esos deseos que lo estaban torturando día y noche al fin fueran saciados.

Samantha sintió que un temblor estalló en su vientre de nuevo, podía percibir que había mucho más tras las palabras de Alessandro, algo que la llenó de miedo y excitación en la misma medida.

Capítulo 23

Samantha estaba en el salón de entretenimiento de la casa horas después, disfrutando del fresco aroma de la naturaleza que entraba a raudales a través de los ventanales que había abierto, este se mezcló con el exótico olor del incienso que había encendido. La gran luna en medio del cielo atrapó su mirada cautivándola al instante y le prometía una noche rebosante de luminosidad. El sonido del timbre la sacó de golpe de su ensoñación, sintió como su corazón se disparaba en una carrera alocada, odiaba que le pasara eso cada vez que era consciente de la presencia de Alessandro, inhaló profundamente para calmar su agitado palpitar y se encaminó a la entrada.

—Hola, Samantha. —La saludó, mostrando esa hermosa sonrisa que era tan natural en él como respirar y se deleitó observándola.

Ella tenía el cabello recogido en una coqueta cola de caballo, el rosa de sus labios había sido acentuado por un brillo labial que los hacía lucir más voluptuosos y provocativos, sus ojos apenas mostraban algunos toques de maquillaje oscuro que resaltaba la miel de sus iris.

Su ropa era sencilla, fresca y en ella lucía muy bien, pantaloncillo corto de algodón y poliéster, en color blanco, una blusa manga tres cuartos con escote en V color verde pálido, que dejaba ver el nacimiento de sus senos de manera muy provocativa, y unas zapatillas de bailarina en el mismo tono, la detalló de pies a cabeza sin disimular, le encantaban las piernas de Samantha y ella no se limitaba en complacer a su vista, siempre usaba pantalones cortos.

—Hola, Alessandro, pasa por favor —pidió, notando que la miraba con interés, ella también quiso deleitarse con la imagen de su vecino.

Llevaba un jean gris plomo que se ajustaban a sus piernas mostrándolas perfectas y muy masculinas, la camiseta de algodón blanca en cuello V también resaltaba sus atributos, sus pectorales y sus hombros lucían fuertes, siempre se veía atractivo. Suprimió un suspiro girándose y caminó guiándolo al comedor.

—Por favor toma asiento, esta noche serás mi invitado —le dijo con una sonrisa amable.

Caminó hacia la cocina y regresó con una bandeja refractaria de porcelana blanca, la dejó cerca de los lugares que ellos ocuparían, vio que esta había captado la atención de Alessandro, dejó ver una sonrisa y no respondió a la pregunta reflejada en la mirada azul, salió de nuevo hacia la cocina y trajo con ella una botella de Chardonnay.

Alessandro se había concentrado en descubrir lo que a todas luces parecía una especie de pastel o alguna pasta, la presentación de esta lucía impecable y muy apetitosa, el contraste del queso gratinado, las ramas de perejil y lo que intuía podía ser jamón o tocineta le hizo la boca agua, su mirada se posó después en el vino blanco que Samantha traía en sus manos.

—¿Vino? —preguntó en un tono muy coqueto que la sorprendió, pues no sabía de donde lo había sacado.

—Por supuesto —respondió el actor de inmediato, complacido ante su tono de voz, le extendió la copa para que ella lo sirviera.

Samantha vertió en esta solo una pequeña cantidad, dedicándole una mirada llena de expectativa, indicándole que deseaba que le dijera si su elección había sido la correcta; lo vio llevarse la copa a los labios, tomar toda la cantidad en su boca y catarlo. Ella juró que su corazón se detuvo, al ver como Alessandro dejaba que el vino bajara por su garganta, provocando que la

manzana de Adán se moviera de arriba abajo, y después en un leve movimiento, rozase con la punta de la lengua sus labios, apartó la mirada sintiendo que sus manos y sus piernas temblaron, intentó calmarse distrayéndose en su propia copa.

—Está exquisito, pero me siento sumamente deseoso de descubrir que nos has preparado para cenar —indicó con una sonrisa ladeada.

—Eh… en realidad solo tendremos un plato, este de por sí ya es lo suficientemente pesado para una cena —contestó disponiéndose a cortar un trozo y servirlo en el plato de Alessandro.

—Pude notarlo, es pasta ¿verdad? —preguntó apreciando el delicioso aroma que había soltado el platillo cuando ella lo cortó.

—Sí… bueno, ya sé que debes ser un experto en pastas, que ustedes los italianos son los reyes de esta, pero no existe nadie en este mundo que sepa más de macarrones con queso que nosotros.

—¿Macarrones con queso? —inquirió Alessandro, divertido.

—Sí, son exquisitos, uno de mis platos favoritos y te demostraré que nadie los hace mejor que los americanos —reafirmó viéndolo.

—Bueno… supongo que no me queda de otra que arriesgarme, al menos quedaran bien con el vino. —Frunció los labios.

—¿Está intentando provocarme, señor Bonanzierri? —Le preguntó sirviendo una porción de los macarrones en su plato.

—¿Yo? ¡Claro que no! Solo… bueno confieso que temo un poco por mi salud —dijo de nuevo intentando no sonreír.

—Una palabra más y te quedarás sin cenar esta noche. —Lo amenazó mientras tomaba una porción para ella.

Él soltó una carcajada ante ese comentario, sorprendido, y de una manera extraña también emocionado por el regaño, hacía mucho que nadie le hablaba así y no es que fuese un masoquista, pero de vez en cuando ese tipo de cosas hacían falta. Quiso aproximarse a su lado, abrazarla y darle un beso, Samantha, podía hacer que una maravillosa sensación de alegría colmara su pecho y lo hiciera olvidar de todos los problemas que giraban en torno a él en el mundo exterior, lejos de ese lugar, solo le bastaba con ser ella misma, sabía que su madre disfrutaría mucho de ver como la americana lo retaba.

Fue sacado de sus pensamientos por el sonido que hicieron los cubiertos contra la porcelana, Samantha tenía el ceño fruncido y separaba con rudeza la pasta, parecía una niña furiosa por su broma, dejó ver una sonrisa traviesa y se dispuso a probar los famosos macarrones con queso.

—Samantha… en verdad están muy buenos… —mencionó tomando varios bocados seguidos.

—No tienes que mentir y ser amable —murmuro ella con rabia, sin volverse a mirarlo, concentrada en su plato.

—No lo digo por ser amable, es la verdad… Samantha mírame.

Le pidió, pero ella no se inmutó, Alessandro casi había acabado lo que le había servido, se estiró para alcanzar el refractario y tomó otra porción llevándola a su plato.

—¿Qué haces? —preguntó ella molesta, no había querido ser grosera dejándolo allí o pidiéndole que se marchara, pero que se burlara de ella fingiendo que le gustaba la comida no lo toleraría.

—Quiero más, ya terminé el mío y supongo que tú no te acabarás todo, así que yo te ayudo para que no lo desperdicies, sería una pena —contestó con una sonrisa mirándola a los ojos.

—No es necesario que finjas que te gusta, Alessandro… —decía cuando él la detuvo buscando su mirada.

—No estoy fingiendo, Samantha, en verdad me gustan, tienes razón ustedes son los mejores para elaborar esta receta, y la verdad estoy muy complacido de haber probado al fin los famosos macarrones con queso de los americanos —aseguró, ella aún lo miraba dudosa, él dejó ver una sonrisa y se dispuso a seguir comiendo—. Si has perdido el apetito me llevaré lo que queda en la bandeja a mi casa… eso me ahorraría el trabajo de cocinar mañana. —Se quedó callado viéndola, descubriendo la molestia en su mirada.

Puso la servilleta de lado y también su tenedor, cerró los ojos un momento y dejó libre un suspiro que denotaba un poco de cansancio, ella lo llevaba a extremos tan contradictorios; por una parte, lo hacía reír, lo emocionaba, lo relajaba, incluso llegaba a sentir que con ella todo era más sencillo, y por la otra solo era cuestión de un minuto para terminar exasperándolo.

Lo hacía sentir como un idiota y eso lo molestaba muchísimo, era como si lo golpeara en el centro del pecho, todo pasaba de ser una agradable reunión, a un ambiente en el cual apenas podían soportarse el uno al otro, en verdad estaba cansado de ser siempre el malo de la película, que le adjudicaran ese papel sin miramientos…

«¿En qué había fallado? ¿En hacerle una pequeña broma con la estúpida pasta? ¿Por qué demonios se tenía que tomar todo tan a pecho?» Su mirada buscó la de ella de nuevo, pero una vez más Samantha lo había esquivado.

Ella se había tensado al notar el silencio y la actitud de él, repasaba lo que había ocurrido y empezaba a caer en cuenta que tampoco era para que mostrara una actitud como esa, es decir, ella conocía a Alessandro, sabía que le gustaba jugar bromas todo el tiempo, además eso no debería afectarla tanto.

«¿Por qué lo hacía? ¿Por qué debía importarle si a él le gustaba la cena o no? Si le gustaba bien y si no pues también ¡¿Cuál era su gran conflicto?!» De pronto se sintió furiosa consigo misma, con sus reacciones, con sus palabras, con lo que sentía, no podía entenderse y eso la sacaba de sus casillas, elevó la mirada para buscar los ojos de Alessandro y hacerle ver que no pasaba nada, pero él habló primero impidiéndoselo.

—Lo siento, no debí jugarte una broma, es que a veces eres tan susceptible y en otras eres tan… tan… ¡No sé ni cómo definirlo! —exclamó frustrado, sin comprenderla y sin comprenderse él mismo.

—Pues se suponía que hice todo esto para agradarte, ya sé que no me pasé toda la tarde en la cocina preparando una cena especial, que apenas me tomé unos pocos minutos en hacerlo… quizás no fue el mismo esfuerzo que tú empleaste, pero… —Se detuvo sintiéndose estúpida, debido a esa sensación de ahogo que le producían las lágrimas que se alojaban en su garganta, se llevó la copa de vino a los labios y acabó todo lo que quedaba en esta de un trago.

—Samantha… el esfuerzo que hayas invertido y el tiempo es lo de menos, ¡Por Dios! Yo solo te preparé una sencilla ensalada y un pedazo de carne en el horno, tampoco fue la gran cosa y no me pasé toda la tarde haciéndolo… esto no es una competencia, quiero que dejes de lado esa idea de una vez por todas, quiero ser tu amigo no tu rival… —La miró a los ojos sintiendo una extraña presión en su pecho, al ver como las gemas cafés, que tanto le gustaban, se habían opacado por… ¿lágrimas? Eso lo sorprendió mucho más.

—No es competencia, sé que a veces me muestro muy infantil, yo no soy así, no sé lo que me sucede… tampoco me entiendo y eso me hace ofuscarme, no quise hacerte sentir mal, tampoco es que importé demasiado… es solo que… —Se detuvo mordiéndose el labio inferior, que tembló ante la nueva ola de lágrimas, que buscaba ahogarla hasta hacer que las desbordara.

—Sí importa y mucho… Samantha, me encantó todo lo que hiciste, todo esto, la cena, el vino… tu compañía —susurró tomando la mano de ella que descansaba sobre la mesa, la apretó

con suavidad para captar su atención, sintiendo de nuevo esa necesidad de consolarla, odiaba verla así—. Mírame, por favor —pidió observándola.

Ella se negaba a levantar la cabeza, Alessandro quería borrar esa sombra, la quería alegre y retadora de nuevo, se levantó de la silla y se puso de cuclillas a su lado, buscando sus ojos, llevó un par de dedos hasta su barbilla, girándola despacio.

—Todo está bien —pronunció ella, con la voz estrangulada.

—No, no lo está… perdóname, en verdad me encantó la comida, no quise arruinarla, solo quería molestarte un poco, me porté como un imbécil, lo siento… ¿Me disculpas? —preguntó, con la mirada llena de remordimiento.

—Sí… yo también exageré, pero las cosas a veces son tan complicadas contigo, no sé por qué actúo así…—admitió apenada, liberó un suspiro sintiendo que si no lo hacía empezaría a llorar.

—Bueno, al menos no me lanzaste el refractario en la cabeza. —Las palabras que le había mencionado Samantha lo llevaron de nuevo a ese vórtice de emociones que no lograba comprender, ahora solo necesitó de unos segundos para alegrarlo.

Samantha dejó libre una carcajada y sus ojos se iluminaron de nuevo, él también comenzó a reír, le acarició la mejilla, disfrutando de ese sutil roce. Su mirada se fijó en los labios de ella y una vez más un intenso calor colmó su pecho, se alejó y regresó a su asiento controlándose.

Después de haber superado ese momento incómodo que los había desconcertado a los dos, se dispusieron a continuar con la cena, esta se había enfriado por lo que Samantha se ofreció a calentarla, pero fue Alessandro quien se levantó y lo hizo, mientras se servía otra copa de vino. El Chardonnay estaba delicioso en verdad, la cosecha era del dos mil dos, por lo que conservaba esos toques dulces de la uva que no son fermentadas durante mucho en las barricas.

Una vez más el trato entre ambos era cordial, ella sonreía ante algún comentario gracioso de Alessandro y él la escuchaba atentamente cuando ella hablaba de su trabajo o de su familia, había descubierto que sentía especial cariño por su hermano menor. Nick era su cómplice, quien la defendía de los idiotas que buscaban colgarse de su fama de escritora o de su apellido, le confesó su miedo por su decisión de entrar al ejército para complacer a su padre, ya que su hermano mayor Walter había retado al señor Steinberg, resolviendo estudiar medicina en lugar de seguir los pasos de este dentro del mundo militar.

En parte que ella también había seguido el ejemplo de Walter al escoger la literatura en lugar de las leyes, como habían sido los deseos de su madre quien hubiera sido una de las mejores abogadas de su estado, pero su decisión de formar una familia y entregarse a esta por completo la había llevado a quedarse como profesora entregando sus conocimientos en las aulas de clase en lugar de los juzgados.

De su hermana menor, Diana, solo podía decir que era todo un personaje, extrovertida, alegre, relajada y rebelde, la habían declarado la oveja negra de la familia, ni siquiera su padre, el estricto coronel Joseph Steinberg, había logrado dominar a aquella chiquilla, incluso su madre quien era mucho más conservadora y recta que su padre o al menos eso había sentido ella siempre, pudo dominar el carácter de Diana.

—Y bien… ¿Qué me cuentas de tu familia? ¿Cómo son tus hermanos, tus padres? —preguntó Samantha mostrándose muy interesada, mientras lo miraba a los ojos con una linda sonrisa.

—Bueno… mi familia está loca, pero tenemos la fortuna de tener una madre psicóloga, la mejor de toda Roma, así que ella sabe controlarnos… te contaría en detalle de cada uno, pero si lo hago nos dan las tres de la mañana, ya te desvelé la otra noche y nos hemos olvidado de nuestro principal objetivo hoy —mencionó en tono casual, intentando que ella no notase que le estaba rehuyendo al tema.

Nunca le había tocado hablar de su familia, así que no sabía cómo hacerlo, en Italia todo el mundo los conocía, ellos habían estado casi de la misma forma que él bajo el ojo de la opinión pública, su padre un prestigioso abogado, su madre una maravillosa profesional, incluso Lisandro era reconocido de cierta manera y la pequeña Paula también.

—¡Tienes razón! Lo había olvidado… será mejor que vayamos de una vez o si no terminaremos de verla tardísimo… —decía poniéndose de pie mientras reunía los platos.

—No la veremos completa hoy, eso sería hacer trampa, señorita Steinberg, no tendrá tiempo de analizar lo que va sucediendo y el efecto no será el mismo —indicó con seriedad él, acompañándola a la cocina para ayudarla a lavar lo que habían utilizado.

—Pero… yo pensé que la veríamos toda hoy o al menos la mitad, no tengo mucha paciencia para estas cosas, Alessandro, cuando un libro o una serie me gusta no la suelto hasta acabarla. —Le hizo saber entregándole un plato para que él lo secara.

—Yo soy igual, pero hay ciertas cosas que debemos tomarnos con calma o no las disfrutaremos. —Posó su mirada café, sonriendo al ver que ella le esquivaba la mirada y continuó—. Hoy es jueves, la serie solo tiene doce capítulos, si vemos uno diario la terminaríamos a finales de la próxima semana.

—Intentaré dominar a mi curiosidad, pero no te prometo nada, vamos al salón de entretenimiento… —Caminó para apagar las luces de la cocina y después volvió a la mesa para dejar todo ordenado—. Aún queda media botella de vino, ¿me ayudas a ponerle el corcho de nuevo por favor? —Le pidió extendiéndosela.

—Mejor la llevamos quizás nos hace falta, trae las copas por favor. —respondió Alessandro, mirándola a los ojos, vio que ella se tensó, él le dedicó una sonrisa para hacerla sentir confiada, tomó la botella y el estuche que contenía los discos de la serie—. ¿Vamos? —preguntó.

—Sí, sí claro —contestó ella con una sonrisa nerviosa.

Caminó adelantándolo para guiarlo hasta el salón, sentía que su cuerpo era presa de un ligero temblor, su corazón latía muy rápido y cientos de ideas revoloteaban chocando unas contra otras. Necesitaba actuar normal, hacerle ver a Alessandro que su presencia no la intimidaba, que era lo suficientemente adulta como para controlar esta situación, solo eran amigos, podían comportarse como tal.

Cuando entraron al salón el aire colmado del dulce y exótico aroma de las rosas y el sándalo los envolvió de inmediato; sin embargo, la tensión que se podía casi palpar entre ambos había hecho que se sumergieran en un incómodo silencio. Él se acercó hasta la mesa para dejar la botella de vino y el estuche con los discos, sacó donde se encontraban los primeros dos capítulos.

—Huele muy bien ¿Qué es? —preguntó para romper el silencio, mientras caminaba hacia el centro de entretenimiento.

—Es… es un incienso que he puesto, me gusta mucho el aroma y tengo la costumbre de encender uno todas las tardes en algunos lugares de la casa —respondió dejando las copas en la mesa, se aproximó a las ventanas para cerrarlas, pero dejó las cortinas abiertas.

Alessandro notó lo que ella hacía, ese acto tan deliberado por evitar que ese ambiente fuese más íntimo sabía que dejar las cortinas abiertas le brindaría cierto sentido de no encontrarse a solas con él, apelando a la presencia de Tina y su familia. Bueno él tenía sus propias jugadas y estaba dispuesto a ponerlas en práctica de inmediato, una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios, al tiempo que sus ojos se iluminaban, dejó el capítulo pausado, se encaminó al interruptor de las luces al lado de la puerta y apagó estas.

—¿Qué haces? —inquirió Samantha sorprendida, estaba por sentarse, pero se detuvo al ver la acción de él.

—Crear un ambiente idóneo ¿acaso ves películas o series de terror con las luces encendidas, Samantha? ¿Tan cobarde eres? —La interrogó con la clara intención de provocarla.

—Por supuesto que no… es decir, bueno no creí que fuera necesario hacerlo en este momento, pero por mí no hay problema —respondió, poniéndose cómoda en el sillón, mientras tomaba varios cojines y los colocaba en medio de este.

Un gesto casual que no debía enviar ningún mensaje, ella no le tenía miedo a las películas o las series de terror; por el contrario, le gustaban, y tampoco le demostraría que él la ponía nerviosa, si acaso era lo que buscaba, sonrió y lo invitó a sentarse con un ademán. Después posó su mirada en la televisión para hacer de cuenta que él no estaba allí, que no la perturbaba su cercanía, cruzó las piernas y apoyó la espalda en el sofá, mostrándose inmune a la presencia del actor.

Alessandro tomó asiento en el otro extremo del sillón, agarró uno de los cojines que Samantha había puesto entre los dos, se lo llevó a la espalda y lo acomodó allí, intentaba mostrarse tan casual como ella, tomó el control y reinició el capítulo, dispuesto a disfrutar de las reacciones de Samantha, la serie ya se la conocía de memoria.

—Comencemos —anunció con media sonrisa.

Samantha asintió y lo miró de reojo, él se veía casi feliz por estar compartiendo con ella o quizás por ser consciente del poder que ejercía su cercanía, a lo mejor era porque deseaba atemorizarla con la serie; bueno, sin importar lo que fuera se obligó a concentrarse en las imágenes que se paseaban en la televisión, una de las primeras la sorprendió muchísimo, no pudo controlar el impacto que le generó ver a Alessandro vestido de sacerdote, dejó ver una sonrisa y esta vez no se limitó en mirarlo de soslayo.

—Te ves muy bien con sotana. —Ella se mostró divertida.

—Muchas gracias —contestó él sonriéndole.

Cuarenta y cinco minutos después, Samantha, se había olvidado de la presencia de Alessandro a su lado, de donde se encontraban, de la hora, de todo. Solo era consciente de la serie y como la tenía atrapada, el ambiente oscuro y frío de la ciudad de Varese la había trasladado a sus calles, solitarias y calladas, a sus casas taciturnas y casi tétricas, era un lugar tristemente hermoso; el marco perfecto para que se desarrollara una trama como la que la serie planteaba.

—¿Terminó? —interrogó a Alessandro a su lado, cuando vio los créditos, lo miraba confusa, parpadeando un par de veces.

—Sí, ese es el final del primer episodio —contestó él, con una sonrisa al ver la reacción de Samantha.

—Pero… pero… ¡No puedes dejarme así! —exclamó, al ver que él se ponía de pie, y se encaminaba hacia las luces.

—¿Qué propones, Samantha? —preguntó volviéndose para verla, con una sonrisa ladeada y una mirada cargada de intensidad.

—Yo… bueno…

Samantha tragó para pasar el nudo que se había formado en su garganta, respiró para calmar los latidos de su corazón y no darle mayor importancia al estremecimiento que la había recorrido entera cuando él le hizo la pregunta, dejó ver una sonrisa amable, pero no seductora.

—Bueno, si no te molesta quizás podamos ver un capítulo más, aún es temprano… una hora más una hora menos no hará mucha diferencia ¿no te parece? —inquirió con una actitud muy sumisa.

—¿Me estás pidiendo que me quede entonces? —Le cuestionó una vez más, caminando hacia ella de nuevo.

—Si deseas, si no… me puedes dejar la serie y te prometo que solo veré un episodio más esta noche, y la continuamos mañana —aclaró su punto mientras lo miraba a los ojos.

—Sabes que soy un hombre de costumbres nocturnas, no tengo ningún problema en quedarme y complacerte. —Se sentó de nuevo mientras la miraba a los ojos.

—Bien, perfecto… —De pronto ella se sintió estúpidamente nerviosa, sonrió para relajarse, él se acercó a la mesa y Samantha pensó que tomaría el control remoto.

Pero grande fue su sorpresa cuando vio que las manos de Alessandro agarraban la botella de vino, se había olvidado de esta por completo, él llenó las dos copas con lo que restaba del líquido, las elevó ofreciéndole una a ella y tomando la otra para él.

—¿Vino? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Gracias. —Fue lo único que pudo pronunciar mientras recibía la copa, le dio un pequeño sorbo al vino y lo mantuvo en su mano.

—Bueno, segundo capítulo de hoy, señorita Steinberg, espero lo disfrute —mencionó él tomando el control.

Samantha se sentía feliz por haber conseguido su objetivo de continuar con la serie, pero dentro de su cuerpo había otra emoción burbujeando, una sensación que le resultaba sumamente placentera. La tensión de momentos atrás estaba empezando a dejar de ser incómoda; por el contrario, le gustaba sentir como su cuerpo parecía cobrar vida cada vez que era consciente de la cercanía de Alessandro.

Él la miraba de vez en cuando, estudiando su perfil, la manera en cómo fruncía el ceño cuando estaba concentrada, como sus pupilas se movían siguiendo la acción en la pantalla, como su rostro reflejaba las emociones que iba experimentando, le encantaba verla sorprenderse o sonreír por cualquier situación, estaba embelesado con ella.

—¡Alessandro, no! —Se quejó cuando minutos después el capítulo había terminado dejándola mucho más intrigada que la vez anterior.

Él soltó una carcajada que retumbó en todo el lugar al ver su semblante de niña malhumorada, se mordió el labio inferior para no seguir riendo cuando vio que ella cruzaba los brazos sobre su pecho y su cara exponía sin sutilezas su enojo y frustración. De nuevo esos deseos de abrazarla y llenarla de besos se hacían presente en él, negó con la cabeza para alejarlos, pero de inmediato pensó que podía utilizar esa situación a su favor y sacar algún provecho.

—Es todo por hoy, Samantha, la noche se te pasará volando, mañana volveremos para ver un par de episodios más, no pongas esa cara… —decía relajándose un poco más en el mueble, apoyando su brazo en el espaldar y elevó su mano abriéndola en su mejilla, para inclinar ligeramente su cabeza y observarla en detalle.

—Qué afán él de ustedes por dejar los capítulos siempre así, lo mismo me sucedió con La conspiración… ahora tendré dos razones que me impedirán conciliar el sueño —mencionó molesta mirándolo por encima de su hombro, vació de un trago el vino.

—No tienes ni idea de cuánto me satisface saber que los dos motivos que te desvelaran esta noche están relacionados directamente conmigo —acotó en un tono de voz lento y grave, muy sensual.

—Pues no debería satisfacerte mucho… porque no serán precisamente agradables los pensamientos que tenga contra el protagonista de esas series que me dejan en ascuas, si tengo pesadillas esta noche será por tu culpa —señaló saliéndose por la tangente, se puso de pie para escapar del par de ojos azules.

—Me gustaría más que fueran otro tipo de sueños de los cuales seamos protagonistas, Samantha. —La observó mientras ella se encaminaba hacia las ventanas y cerraba las cortinas.

«No debiste hacer eso, Samantha Steinberg, no debiste.»

Se dijo en pensamientos poniéndose de pie él también, aún las luces de la habitación estaban apagadas, esta había quedado iluminada apenas por la luz de la televisión, se acercó a ella quedando a su espalda, dejándose envolver por la fragancia que usaba.

—¡Alessandro! ¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó cuando se volvió y lo encontró tras ella, tuvo que sostenerse de los brazos del actor para no perder el equilibrio y caer.

—Lo siento… —Se excusó divertido al ver como ella había palidecido, esa no había sido ni de lejos su intención.

—Si estás intentando aterrorizarme pierdes tu tiempo, no soy tan fácil de sorprender, creo que eso ya deberías saberlo —puntualizó alejándose de él y caminando hasta el interruptor de las luces.

—Ahora que lo mencionas me gustaría saber qué puede causar impresión en ti ¿dime qué necesito para impresionarte, Samantha?

—¿Impresionarme? —inquirió entre desconcertada y nerviosa, se volvió para mirarlo sintiendo de repente que una alerta se activaba en ella, pero esta no le decía si debía huir o acercarse—. ¿Impresionarme en qué aspecto? Es decir, ¿Con qué objetivo? —Lo interrogó, elevando su ceja derecha y escudriñándolo con la mirada.

Él dejó ver una sonrisa peligrosa, felina, de esas que podían decir más que decenas de palabras, su mirada se centró en los labios de Samantha y después se deleitó con el temblor que la recorrió y ella no pudo ocultar, se acercó despacio paseando su mirada de los labios a los ojos que estaban muy abiertos, expectantes.

—Creo que mejor me encargaré de descubrirlo por mi cuenta, será un verdadero placer hacerlo —susurró cerca de su rostro, llevó una mano hasta la cintura y con esta le impidió que se alejara, se aproximó un poco más para depositarle un beso suave y lento, muy cerca de la comisura derecha—. Buenas noches, Samantha, que duermas bien —agregó en el mismo tono, dejando que su aliento denso, tibio y cargado de las notas de vino se estrellase sobre los labios llenos de la escritora.

—Alessandro Bonanzierri… deja de mostrarte así, ¿a qué estás jugando? Esto no era lo que habíamos acordado… —Ella intentó centrarse, pero su voz no le ayudó en nada; por el contrario, tenía las emociones a flor de piel.

—¿Tenemos alguna especie de tratado, Samantha? —inquirió fingiéndose sorprendido, pero sin perder su actitud seductora.

—Somos… acordamos ser amigos, solo amigos, nada más —contestó sintiendo que sus piernas temblaban y su corazón latía muy rápido, tanto que no dudaba que él lo escuchase.

—¿Y quién lo dijo? ¿Quién dictó esa cláusula? Porque, a decir verdad, yo no la recuerdo. —Le cuestionó con la mirada en sus labios, buscó sus ojos después y llevó su mano libre hasta su cuello, la abrió extendiendo cuatro dedos en la nuca y con su pulgar le rozó la barbilla.

Samantha no podía escapar, estaba allí clavada en ese lugar, sintiendo como esa simple caricia que Alessandro le daba le estaba calentando todo el cuerpo, su corazón que ya latía rápido se había desbocado, sus piernas estaban a punto de flaquear, mientras sentía como se apretaban y se dilataban sus músculos más profundos, al tiempo que el deseo subía y subía.

—Alessandro… —Ella intentó hablar, pero no lo consiguió, él la cayó posando el pulgar sobre sus labios, éstos temblaron ante el roce.

—¿Qué pasaría si yo deseo algo más, Samantha? —Le preguntó con la voz tan ronca, que parecía un murmullo.

Ella sintió que el suelo bajo sus pies se desvanecía, que todo el mundo que la rodeaba

desaparecía dejándola colgada del hechizo y la fuerza que se desprendía de la mirada de Alessandro. Cerró los ojos solo un instante para escapar de esta, evitar perderse por completo, lo sintió acercarse muy despacio, como si todo estuviera sucediendo en cámara lenta, abrió los párpados y el primer plano del rostro de Alessandro la dejó sin aliento.

—¡Es medianoche! Samantha, no había notado lo tarde que era, debo irme —dijo, alejándose de ella.

—¿Qué? —preguntó, sintiendo como su cuerpo se estremecía, aturdida y desamparada no lograba ordenar sus ideas.

—Buenas noches, Samantha, nos vemos mañana, que descanses.

Alessandro había jugado sus cartas dejándola tal y como quería, ansiosa, deseándolo, casi suplicándole con la mirada que se quedara, que la besara; tuvo que aferrarse a todo su autocontrol para no ceder ante Samantha y salir de allí, debía hacerlo, así era el juego.

Capítulo 24

Cuando los primeros rayos del sol entraron a su habitación, ya Samantha estaba mirando las aspas del ventilador del techo, apenas había logrado dormir en lo que restó de la noche, despertó desde hacía un par de horas, pero no se había sentido con ánimos de salir a correr.

Su mente aún estaba colmada de los recuerdos de la noche anterior, el que se repetía con mayor insistencia era ese último, donde creyó que Alessandro la besaría. Se había sentido tan desconcertada y molesta cuando él abandonó la casa, que ni siquiera tuvo la cordura para despedirlo como debía, solo se quedó parada como una estúpida.

—¡Perfecto! ¡Perfecto, Samantha! Ahora él debe estar pensando que te tiene comiendo en la palma de la mano, te mostraste como una verdadera idiota, debiste seguirle el juego, demostrarle que habías entendido su broma y que además te reías de ella… —Se decía en voz alta, suspiró y de nuevo el calor del aliento de Alessandro parecía estrellarse contra sus labios—. ¡Debiste haberlo seducido también!... ¡No! Bueno, tampoco era necesario llegar a eso… ¡Ay! ¿Qué voy a hacer cuando lo vea de nuevo? —Se cuestionó llevándose las manos al rostro sintiéndose desde ya apenada.

No tenía caso seguir allí reprochándose lo que no había hecho la noche anterior, no ganaba nada con ello, lo que tenía que hacer era pensar con mayor calma las cosas y actuar de manera natural. Lo más probables, era que Alessandro ni siquiera le hubiera dado importancia a su jueguito, y en todo caso si él quería sacarlo a acotación, ella podía fingirse amnésica o hacer de cuenta que había sido todo tan insignificante, que en pocos minutos lo había olvidado.

Después de una hora estaba inmersa en su práctica diaria, en cuanto salió de su casa, buscó el concierto de una de sus cantantes favoritas y lo puso para que le ayudara a relajarse, todo iba de maravilla hasta que *Joss Stone* comenzó a cantar *Don´t Know How*, la letra de esta canción no era precisamente lo que ella necesitaba sí quería dejar de pensar en Alessandro, pero todo lo que decía era tan parecido a lo que le estaba ocurriendo con él. Esa disyuntiva entre querer escapar de ese sentimiento que cada vez se apoderaba más de ella, que la hacía sentir tan viva, y la llenaba de miedo. La verdad era que no sabía cómo lidiar con lo que le estaba sucediendo, la canción terminó e inició otra que resultó igual de peligrosa para Samantha.

—Sí, justamente esta es la más indicada para el momento, Joss, como si no hubiera sido suficiente con la anterior, pero la culpa no es de ella es tuya. Definitivamente, Samantha, tienes un tino para escoger las canciones últimamente que me sorprendes. —Se reprochó sintiendo una mezcla de frustración, rabia y alegría colmarle el pecho.

Se detuvo junto a un ciprés apoyándose de espaldas, en esta aún con los ojos cerrados, mientras negaba con la cabeza y sonreía, siguiendo en su mente la letra de *Put your hands on me*, se rindió ante la misma pues le encantaba, comenzó a cantarla y moverse al ritmo de esta, y así evitaba que su cuerpo se entumeciera.

Put your hands on me baby
You got me flipping
One more time
Put your hands on me, baby
Put your hands on me, baby now

One taste I'm tripping
Just kiss me, baby, tell me you're mine
Put your hands on me, baby now.

—Si me lo pides de esa manera juro que será imposible negarme.

La voz que llegó hasta ella en medio de la melodía que seguía sonando, y la sacó del plácido lugar a donde había viajado. Samantha abrió los párpados asombrada y lo primero que vio fue el hermoso rostro de Alessandro, sus ojos brillantes y de un clarísimo azul, que casi lucían celestes por los reflejos de la luz sobre ellos, tenían una mirada cargada de diversión y su sonrisa era sencillamente deslumbrante, mucho más que el intenso sol de Toscana en esos momentos.

Ella se quedó literalmente sin aire, su voz desapareció y sentía su rostro arder como si estuviera expuesto a una gran fogata, no, lo sentía mucho peor, sabía que debía estar sonrojada hasta los cabellos, pero con todo eso no lograba escapar de la mirada del actor, su corazón golpeaba desesperado dentro de su pecho, su vista comenzaba a nublarse mientras sentía sus piernas flaquear.

«¡Oh por Dios! ¡No! Una baja de presión no, ahora no…»

Fue el primer pensamiento coherente que llegó hasta ella, llevó sus manos al árbol para sujetarse y cerró los ojos un momento para aclarar su mente, inhaló profundamente y el aroma de la naturaleza que la rodeaba junto con la esencia masculina de Alessandro la embriagó, sintió como él apoyaba la mano sobre su mejilla y tembló.

—¿Te sientes bien, Samantha? —preguntó con preocupación, ella se había puesto pálida de pronto, posó su mano en la mejilla y su piel estaba fría, algo extraño tomando en cuenta el calor que hacía y que ella había estado trotando, de inmediato cayó en cuenta lo que había sucedido—. Tienes una baja de presión… fue por detenerte de golpe, será mejor que te quedes aquí un rato, ven apóyate en mí… —decía rodeándola con sus brazos y acercándola a su cuerpo.

Llevó una mano a la cabeza para moverla, hasta dejarla apoyada sobre su pecho, no pudo evitar sonreír ante la sensación que esa cercanía provocó en él, le gustaba, en realidad le encantó tenerla así.

—No… no es necesario, Alessandro, se me pasará rápido —intentó negarse, pero débil como estaba no pudo liberarse de sus brazos.

Sintió como su cuerpo traicionero se relajó, casi buscó hundirse en él, no podía negar que se sentía muy placentero y eso le gustó mucho, incluso podía escuchar el latido fuerte y acelerado del corazón, sentir el calor que traspasaba la tela de su camiseta, su aroma, que percibía con mayor intensidad por la cercanía, un suspiro escapó de sus labios, y tuvo que luchar contra ella misma para no terminar hundiendo aún más su rostro contra el pecho de Alessandro.

—Por favor, Samantha, deja la terquedad para otro momento… después de todo, te estoy complaciendo, pedías que pusiera mis manos sobre ti… —acotó mientras sonreía con picardía.

—Solo estaba cantando y… ¿Quién te ha dicho que quería que fueran tus manos las que estuvieran sobre mí? —Le preguntó con altanería mientras se recuperaba.

—Ah, ¿no? Entonces... ¿Las de quién deseabas? —La interrogó elevando su ceja izquierda, se arrepintió de haber hecho esa pregunta, pero ya era muy tarde, solo debía esperar una respuesta de ella, mientras una extraña sensación muy desagradable, además, le oprimía el pecho.

—Las de Brad Pitt —contestó seria, pero estuvo a punto de romper en una carcajada, cuando vio el rostro descompuesto de Alessandro.

—¿Disculpa? —Le preguntó frunciendo el entrecejo pensando que había escuchado mal, ella no parecía ser del tipo de mujeres fans de estrellas de Hollywood, debía estar bromeando.

—Como escuchaste… no creo tenga que volver a repetirlo —respondió elevando la barbilla

con dignidad.

—Entiendo, te resulta divertido burlarte de mí… bueno, digamos que te sigo el juego, es una verdadera lástima entonces que no sea él quien esté aquí en estos momentos, sino yo, tendrás que conformarte conmigo… puede que resulte mejor que él, es decir, es casi un anciano —acotó con toda la intención de irritarla.

Samantha abrió la boca un par de veces para protestar y refutar semejante barbaridad, pero la sonrisa ladeada de Alessandro, y ese intenso brillo que hacía lucir tan hermosos sus ojos, la dejó sin palabras nuevamente, ni siquiera se había dado cuenta que tenía sus manos apoyadas en la espalda, hasta que él con suavidad le acarició la piel de su cintura al descubierto y la hizo estremecer.

—¡Por favor! No hagas comparaciones… tú y Brad son abismalmente distintos, y sí, me encanta, ha sido el amor de toda mi vida, no pongas esa cara de espanto. —Le replicó para molestarlo más aún, mientras fingía que su cercanía no la perturbaba, no actuaría como la noche anterior, ese día no.

—Sí, tienes razón, solo compartimos la misma profesión, pero nada más, él está en los cuarenta y tantos y yo apenas tengo veinticinco. ¿Sabes algo? Existe algo más que compartimos…y eso nos dejaría a mano a nosotros dos, de tener que escoger entre Angelina y tú, terminaría quedándome con ella… —Dejó ver una gran sonrisa cuando el semblante de Samantha palideció y después se sonrojó lleno de rabia—. A ver, ¿cómo se siente ese golpe en su ego, señorita Steinberg? —inquirió con sorna mientras sonreía perverso y se acercaba más a ella para intimidarla, debía vengarse.

—¡Idiota! —Fue lo único que alcanzó a esbozar.

Ciertamente la había ofendido, aunque ¿qué le importaba a ella si él escogía a Angelina o no? Después de todo le resultaría hasta provechoso, es decir, se libraría de su constante acoso y era eso lo que deseaba… o al menos eso quería creer. Quiso alejarse, darle un empujón por ser tan estúpido, pero esa no sería la reacción de alguien que deseaba mostrarse indiferente, aunque la enfureció mucho más que él comenzara a reír con desenfado.

—¡Tonta! —contestó Alessandro mientras reía.

Ella parpadeó asombrada, él la había insultado, la había… ¿Qué demonios le ocurría? ¿Cómo se atrevía a llamarla tonta? Definitivamente estaba fuera de sus cabales no era de caballeros tratar a una mujer así, no era. Samantha vio como seguía riendo y notó cuán absurda e infantil era toda esta situación, era bochornoso estar discutiendo de esa manera, no logró evitar comenzar a reír contagiada por su entusiasmo, se estaban comportando como unos chiquillos de preparatoria que defienden a sus «ídolos».

—Ya me siento mejor —susurró Samantha para salir del silencio que los había envuelto, estaba pérdida en los ojos de Alessandro.

—Lo sé, ya estás contradiciendo todo lo que digo, eres una mala perdedora, Samantha, jamás das tu brazo a torcer. —Sabía que ella había hecho ese comentario para que la soltara, pero él no quería hacerlo, debía, pero no quería.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de repente cayendo en cuenta.

—Lo mismo que tú —respondió de manera casual encogiéndose ligeramente de hombros, le regaló una sonrisa y seguía con sus brazos alrededor de ella, complacido con esa cercanía.

—Pero tú no corres, no te he visto hacerlo un solo día desde que llegaste aquí —comentó desconcertada.

—No me había animado a hacerlo, pero para tu información yo también me ejercito, Samantha —señaló mirándola a los ojos.

—Claro, eso puedo notarlo… —mencionó antes de poder detenerse y después quiso esconderse bajo la tierra, debía hablar para aclararlo—. Es decir, es evidente que te mantienes en forma… es natural debido a tu profesión —acotó intentando parecer indiferente.

—En parte es por mi profesión… pero lo que más me motiva es mi salud, toda mi familia práctica deportes desde siempre, mis tíos, mis primos, mis abuelos —explicó con una sonrisa.

—Ya veo… —Se mordió ligeramente el labio inferior cuando recordó la vez que lo vio en el río, de pronto sintió que el aire en torno a ambos se hacía más pesado y caliente—. Está haciendo un poco de calor… ¿No? —preguntó posando su mirada en el paisaje, pero consciente que él la tenía puesta en ella.

—Sí —contestó Alessandro en un susurro, le encantaba verla sonrojarse e intentar disimular la atracción que sentía por él.

—Deberíamos regresar —mencionó ella con la voz ronca, las emociones volvían a causar estragos en su cuerpo.

—¿Por qué tanta prisa? —Le cuestionó con una sonrisa traviesa.

Sus manos seguían en la cintura de Samantha, así que podía sentir como ella suspiraba, como su cuerpo ganaba calor e incluso esos pequeños temblores que apenas se podían apreciar, ella estaba nerviosa y él se sentía feliz de ser el responsable. Quería besarla, recorrer con sus labios esa mejilla tersa y sonrojada, llegar hasta el pabellón de su oreja y dejar caer un par de besos allí, seguir por su barbilla, por su garganta y su cuello, escucharla gemir, susurrar su nombre, después seguiría hasta sus senos, que lucían tan hermosos.

Las pupilas de Alessandro se dilataban siguiendo su recorrido, el deseo y la excitación comenzaban a ganar terreno dentro de su cuerpo, pero la voz de ella lo paró en seco.

—No quiero terminar convertida en una barbacoa y el sol cada vez está más intenso, si tú no deseas hacerlo aún, puedes quedarte, yo sí lo haré —dijo encontrando las palabras para responder, además, el tono adecuado que no demostrara cuanto la estaba afectando él.

Samantha se volvió a mirarlo, de nuevo los ojos de Alessandro estaban vestidos de esa sombra de deseo que la hacía estremecer, apretó los dientes con fuerza para no jadear, ni suspirar, ni mucho menos esbozar alguna tontería. Se veía tan guapo así concentrado, sus rasgos se hacían más fuertes, más atractivos, tan masculinos que ella tuvo que refrenarse y no lanzarse a besarlo.

—¿Regresamos entonces? —inquirió una vez más, su voz estaba mucho más grave, la veía a los ojos impidiéndole esconderse.

Samantha apenas consiguió asentir con la cabeza, su mirada estaba anclada en la de él y la emoción le había robado la voz.

—Bien —esbozó tan bajo, que pareció más un murmullo.

Se acercó a Samantha con la clara intención de besarla, una vez más ella se mantuvo tal como hiciera la noche anterior, no le rehuyó como la vez de la cascada. Él dejó ver una sonrisa al notar cuanto había avanzado, consciente que cada vez estaba más cerca de conseguir lo que deseaba, el marrón de sus ojos era ahora casi miel, hermoso y cálido, esta vez no se alejaría, la besaría.

—¡Oh, Dios! Había olvidado que debía conectarme hoy con mi hermana, debe estar esperando —exclamó de pronto rompiendo el hechizo que se había posado sobre ellos.

Llevó una mano al pecho de Alessandro empujándolo un poco, para crear un espacio que le permitiera salir de esa trampa que él había creado, mientras temblaba mitad emoción por haberse vengado y mitad excitación, por lo cerca que estuvo de besarlo.

—¿Qué? —inquirió Alessandro completamente desconcertado.

No pudo retener a Samantha, ella se le había escapado en segundos, mientras pensaba que eso no podía ser posible, debía estar jugando con él, le gustaba llevarlo al límite. ¿Qué le ocurría

ahora?

—Mi hermana, Diana… quedamos en chatear hoy, debe estar esperándome, me voy… nos vemos luego, Alessandro —contestó y comenzó a caminar alejándose de él. La venganza era deliciosa.

—¡Espera! —Le exigió sintiéndose turbado y molesto, cuando ella se volvió a mirarlo y pudo notar que estaba controlándose para no sonreír, su molestia se transformó en furia—. Te acompaño —señaló con los dientes apretados, no le daría el gusto de verlo disgustado si ella quería jugar, bien, jugarían.

Samantha apresuró el paso, a los pocos minutos su cuerpo se movía con agilidad y precisión mientras trotaba, su cabello también lo hacía de un lado a otro, su cintura mostraba la tensión que sus músculos sufrían ante cada paso firme que daba, su trasero apenas se movía ante su ritmo, el ejercicio de años lo había fortalecido de tal modo que era una verdadera obra de arte.

Al menos eso pensaba Alessandro, que se había quedado un poco rezagado para disfrutar de la vista a sus anchas, aún seguía molesto con ella por ser tan cobarde, por no afrontar de una vez por todas que se moría por besarlo, tanto como él se moría por tenerla entre sus brazos, y no parar hasta que estuviesen desnudos saciando las ganas que los torturaban, que eran igual de intensas en ambos.

—¿Fuera de práctica? —preguntó Samantha, mirándolo por encima del hombro con una sonrisa.

—¿Eso crees? —Le contestó con otra interrogante, elevando una ceja con arrogancia.

Ella se encogió ligeramente de hombros y el gesto en su cara lo decía todo, dejó ver una sonrisa tan prepotente, que él quiso acortar la distancia entre ambos y darle un buen azote por insultarlo de ese modo; contrario a ello, solo mostró una sonrisa y apresuró el paso rebasándola con rapidez.

«Así es, señor Bonanzierri, no crea que será el único que va a disfrutar de la vista, yo también quiero hacerlo, no sea egoísta y muéstreme que tan en forma está.»

Pensó ella con una gran sonrisa mientras lo veía adelantarla, entregándole una sonrisa sexy y desenfadada, Samantha le respondió de igual manera, aprovechando que él había esquivado la mirada. Se mordió el labio inferior ante el espectáculo que le brindaba el trasero del italiano, enfundado en aquel pantalón deportivo, era sencillamente perfecto, como todo en él. Suspiró con satisfacción imaginando cómo sería sentirlo entre sus manos, la imagen la hizo estremecer y bajar el ritmo de su trote.

—Necesito agua —susurró más para ella misma que para él, sin embargo, Alessandro la miró por encima del hombro y también comenzó a ir más despacio para no dejarla rezagada.

Samantha sacó la botella de su koala y la abrió con rapidez, se la llevó a los labios y dejó que el agua la refrescara, lo requería con urgencia, un gran trago de agua bajó por su garganta mientras evitaba ver a Alessandro, elevó la mirada y vio que él la observaba atentamente, también estaba sudado, un poco agotado y se notaba sediento, no supo si deseaba que fuera de agua o de algo más.

—Toma… la necesitas o terminarás deshidratado —mencionó ella extendiéndole la botella notando que él no traía una.

—Gracias —se acercó a Samantha aceptándola, primero porque en verdad tenía sed y segundo porque quería de una formar indirecta probar sus labios, aunque fuera por la bendita botella de agua.

Él jaló con sus dientes el dispositivo para que el chorro de agua fuera más abundante, cubrió con sus labios la boquilla y absorbió un gran trago mientras la miraba. Vio como Samantha

inspiró con fuerza y tuvo que esforzarse por no sonreír, alejó la botella de sus labios, elevándola un poco y abrió la boca para que el agua cayera y la llenara, había aprendido de su hermano que de esa manera era mejor, y en realidad era mucho mejor, porque la reacción de Samantha fue digna de ser enmarcada.

«¡Maldita sea, Alessandro no hagas eso! ¿Por qué demonios tiene que ser tan sensual y hermoso? Juro que o lo terminó matando por tentarme de esta manera o me muero yo de tanto desearte.»

Los pensamientos de Samantha eran tan elocuentes como sus reacciones, tuvo que alejar su mirada de la imagen del italiano antes que fuera a salir corriendo para lanzársele encima y besarlo hasta que no quedara cordura en ella, decidió retomar su ritmo de trote dejándolo atrás, pero no había avanzado mucho cuando sintió la mano de Alessandro posarse sobre su hombro. Ella se volvió para mirarlo y él le dedicó una sonrisa al tiempo que le entregaba la botella de regreso, intentando que no viera el temblor en sus manos.

Él había notado su reacción y eso lo llenó de felicidad, Samantha lo deseaba y aunque se empeñara en intentar ocultarlo cada vez era más evidente, ya no le quedaban dudas de que antes que acabara el verano él tendría a esa mujer en su cama.

Lo haría y además lo disfrutaría mucho porque a cada instante que pasaba junto a Samantha Steinberg, se convencía un poco más que ella sería una amante perfecta. Una vez más Alessandro se replanteaba la situación y sus deseos hicieron que lanzara al olvido la molestia que lo embargó minutos atrás por ver sus ganas de besarla frustrados.

Capítulo 25

Samantha caminaba sintiendo como la suave brisa movía sus cabellos y acariciaba su piel, sus ojos se perdían en las espesas y hermosas formaciones de nubes que a lo lejos adornaban el cielo, sintiéndose como si estuviera dentro de una pintura gracias al contraste de colores de este, cada tono era tan brillante y vivo que parecía irreal.

Sus sandalias se hundían en la mullida grama acariciándole las partes desnudas de sus pies, humedeciéndolas con el rocío que permanecía de la mañana, el aroma fresco de la naturaleza la embriagaba, la sonrisa en sus labios era permanente, hermosa y espontánea. Se sentía como una niña que salía de excursión, feliz de tener todo este espacio para ella sola, bueno, en realidad debía compartirlo con Alessandro, pero él no parecía tener problema en dejárselo.

Alessandro caminaba sin fijarse mucho en el paisaje, para él no era nada novedoso, había visitado la Toscana desde que era un niño, sentía que la conocía bien, que no había espacio que lograse sorprenderlo, era como pasear por las calles de Roma, había algo rutinario y monótono en visitar lugares que conocía y no podía experimentar nuevas emociones. Por esa razón quizás le sorprendía ver a Samantha, realmente fascinada con el paisaje, como si lo viera por primera vez y no hubiera paseado ya una infinidad de veces por el mismo. Sabía que ella había recorrido estas colinas o, al menos, eso pensaba, claro que suponía que siendo extranjera todo la cautivaba de un modo especial, así lo viera una y otra vez.

Él le había propuesto realizar ese paseo para compensarla por su actitud durante la última semana, había estado muy distante, aunque todas las noches compartían la cena y los capítulos de Varese, sus pensamientos se habían enfocado en Roma y toda la situación que estaba atravesando su familia. Era muy poco lo que su madre le contaba, pero él había encontrado que el hombre que le traía el alimento a Misterio, le trajera también unos diarios.

Los titulares y las imágenes de su familia siendo acosada lo llenaron de tanta ira que poco le faltó para regresar hasta Roma y presentarse ante todos, anunciar que estaba bien, que estaba vivo y exigirles que lo dejaran en paz a los suyos y a él. Una llamada de su abuela lo hizo entrar en razón y también el hecho que, al dejar ese lugar, dejaría a Samantha.

—¡Aquí! Este lugar es perfecto. —Samantha se detuvo de repente, se volvió a mirarlo y sus ojos brillaban llenos de emoción.

—Pensé que no escogerías uno nunca —mencionó él bromeando.

Dejó en el suelo la cesta donde llevaba los bocadillos que habían preparado, las frutas y otras cosas que Samantha había insistido que llevasen como bloqueador solar y repelente.

Él le había ofrecido pasar un día en el campo, hacer un picnic, algo que le permitiera disfrutar de su compañía, de una buena comida y el clima que era excelente para sus planes, pero Samantha creyó que se iban de excursión a la selva amazónica o algo por el estilo, pensó recordando cuando le entregó todo aquello y volvió a sonreír.

A un lado de la cesta ubicó el bolso térmico donde habían dejado las bebidas y unas tartaletas de arándanos que Samantha había preparado la noche anterior, de esas sí quería tener docenas pues le habían quedado deliciosas.

—No te quejes, he escogido uno de los más hermosos, mira nada más la impresionante vista, desde aquí podemos ver la casa… —acotó volviéndose en dirección a la construcción, después lo hizo al otro lado—. Podemos ver el viñedo en toda su extensión, también el río y la carretera, las

otras colinas cercanas… podemos verlo todo —expuso entusiasmada y le entregó una de sus mejores sonrisas.

Lo ayudó con las cosas, quitándole el bolso de lona que debía llevar ella, pero que había terminado cargando él, sacó la manta de cuadros rojos, blancos y azules, la extendió sobre la grama en un movimiento ágil y perfecto, mientras sonreía.

—No me estoy quejando, pero mientras tú jugabas a *La novicia rebelde*, yo cargaba con todo y lo creas o no tu cesta con comida para una semana, pesa —indicó moviendo sus dedos que mostraban la marca roja que le había dejado cargarla.

—Déjame verlas. —Le dijo tomándole la mano, pasó sus dedos por la piel enrojecida con suavidad, buscando con eso darle alivio.

—Siempre que mi madre hacía eso terminaba dándoles un beso —acotó en un tono que intentó ser divertido, pero resultó muy tentador, suave como una caricia.

—¡Sí, claro! Supongo que tendrías cinco años cuando lo hacía, pero ya estás bastante grande para cosas como esas… ya se aclararon, de todas formas, te mereces un beso por tu monumental esfuerzo —señaló con una sonrisa, subió rápidamente antes que él fuera a procesar sus palabras y le dio un beso en la mejilla, un toque que solo duró un par de segundos—. Gracias, Alessandro… me encantó jugar a La novicia rebelde. —Le guiñó un ojo y se alejó de él casi disparada.

Alessandro sonrió ante las ocurrencias de su hermosa vecina, la verdad era que había disfrutado mucho del espectáculo que Samantha le ofreció, era gratificante verla tan libre de poses y dispuesta a hacer lo que deseaba sin cuestionarse tanto, sin importarle mostrarse de esa manera ante él. Eso significaba que empezaba a confiar y no había nada más valioso en este mundo que la confianza, al menos eso sentía él, por ello se encontraba justo en ese lugar, por demostrarle a su familia que podían volver a confiar en él, que sería el mismo de antes y no ese desgraciado en el cual se había convertido.

—De nada, señorita Steinberg, me encantó verla —mencionó tomando asiento sobre la manta, donde ella ya sestaba acomodando las cosas y le dedicó una sonrisa tímida, Alessandro le respondió con el mismo gesto—. Bueno me estoy muriendo de hambre. ¿Qué tienes para ofrecerme, Samantha? —Su voz mostró un matiz sugerente, aun cuando se refería realmente a la comida.

—Lo que ves… —Le contestó queriendo jugar el mismo juego de él y después bajó la mirada —. En la cesta, Alessandro, puedes servirte lo que desees, los emparedados de mantequilla de maní están deliciosos —comentó de manera casual tomando uno para ella.

De nuevo la sonrisa ladeada de Alessandro hizo que los músculos de su vientre se contrajeran, comenzaba a gustarle mucho tentarlo, jugar con sus mismas armas y, sobre todo, le encantaba ver que podía hacerlo, que ella movía en él las mismas sensaciones que la recorrían cada vez que Alessandro se mostraba seductor.

Después de unos minutos y con sus estómagos satisfechos por el festín de emparedados, tartaletas y jugos que se dieron, ambos se encontraban observando el paisaje, ella había sacado su iPod y jugaba buscando canciones.

Mientras Alessandro tomaba el libro que estaba por finalizar y lo abrió donde lo tenía señalizado, a salvo de repetir una escena como la del otro día, pues ese libro de Samantha no tenía escenas sexuales, un par de ellas que apenas si contaban, pues no fueron narradas con tanto detalles como las de Ronda Mortal.

Ella se sentía cómoda y disfrutaba mucho de la compañía que Alessandro le brindaba, podía sentirse igual de bien si se dedicaban a conversar o cuando se quedaban callados, los silencios entre los dos no eran pesados, ni se sentía en una necesidad agobiante de llenarlos. Sencillamente

cada uno mantenía su espacio, que por extraño que pudiera parecer, resultaba siendo el mismo; era la primera vez que compartía de esa manera con un hombre, siendo realmente amigos.

—Si comienzas ahora podrás terminarlo antes de medianoche y no te verás en la obligación de ir a despertarme en la madrugada… —decía con sorna mirándolo de reojo.

—Samantha Steinberg ¡Supéralo! Eres una mujer adulta, eso te permite desvelarte de vez en cuando, ¿lo sabías? —inquirió elevando su ceja derecha con arrogancia.

Ella soltó carcajada y se tendió sobre la manta quedando de cara al cielo, entrecerró los ojos ante el deslumbrante brillo del sol que justo ahora la bañaba con sus rayos. La calidez que le brindaban era agradable, pero lo era mucho más esa que crecía en su interior y que era provocada por Alessandro, esa que su sola presencia le brindaba. Se puso los auriculares dejando la reproducción de las canciones en aleatorio y cerró los ojos, sintiéndose tan relajada y confiada, que no notó la imagen que le ofrecía a él.

Alessandro se quedó mirándola unos minutos, luchando con sus ganas de besarla, sus anhelos de hacer mucho más que eso, pensado que quizás eso era lo que ella deseaba, que se había al fin puesto en sus manos, que se había rendido. Pero por otro lado su instinto le decía que debía esperar, que ese no era el momento, de empezar algo estando los dos allí apartados de todo, podían terminar dejándose llevar, y él como el gran estúpido que se había convertido de unos días a la fecha, no había tenido la precaución de llevar consigo un miserable preservativo, comenzaba a estar fuera de práctica.

Consciente de ello buscó distraerse con la lectura, alejando su mirada de Samantha, aunque parecía imposible, pues ella allí tendida, hermosa y dispuesta, era la imagen más perturbadora y excitante que había tenido en semanas. Inhaló profundamente y se concentró en las letras que, durante unos minutos, no hacían más que danzar ante sus ojos, desesperándolo aún más, después de un minuto logró hacerlo.

El esfuerzo le duró poco, ya que, transcurrida media hora, apenas había logrado avanzar unas cinco páginas, ni siquiera la mitad de un capítulo, ella no lo dejaba concentrarse y la odiaba por mostrarse tan relajada, como si él no estuviera allí, como si su presencia no la afectara en lo absoluto, mientras él se moría por besar cada espacio de su piel, comenzar por la que estaba expuesta para después ir descubriendo lentamente todas las demás.

—Samantha… ¿Te quedaste dormida? —probó, a ver si contaba con suerte, si ella ciertamente se había dormido quizás podía hacer algo, lo que fuera con tal de calmar lo que lo atormentaba.

—No, estoy escuchando música.

Agradeció que su voz sonara casual, pues no había dejado de sentir sobre su piel la intensidad de la mirada de Alessandro, que la calentaba mucho más que los rayos del sol, hacía vibrar su interior, latir su corazón con fuerza y aunque la música distrajo su mente por algunos instantes, su cuerpo no podía escapar de él y su poderosa presencia. Abrió los ojos y sus pupilas se contrajeron ante el choque de la luz contra ellas, parpadeó con rapidez para evitar que los hirieran.

—¿Qué escuchas? —preguntó de nuevo, posando su mirada en la de ella, que ahora lucía un hermoso tono miel.

—De todo un poco… justo ahora está sonando una canción de *Giorgia*, es una cantante italiana… —decía cuando él la detuvo.

—La conozco, es buena… ¿Te gusta la música italiana? —inquirió de nuevo, interesado en conocer la respuesta.

Se tendió de costado en la manta para estar más cerca de Samantha, apoyó su brazo de manera que su cabeza pudiera descansar en la palma de su mano para poder observarla desde arriba, pero

fue poco lo que pudo disfrutar de esa cercanía porque Samantha se levantó quedando sentada, mantuvo las piernas extendidas para no dar la imagen de que lo había hecho adrede, quizás.

—Sí… bueno conozco poco, escuchar canciones en italiano me ayudó mucho cuando estaba estudiando el idioma, desde allí me sentí cautivada por varios intérpretes —explicó mirándolo a los ojos.

—Una buena táctica, a mí también me funcionó, pero hasta ahora no te he escuchado cantando en italiano, hazlo, quiero escucharte. —Le pidió con una sonrisa, de esas amplias que mostraban su perfecta dentadura y creaban pequeñas arrugas en los contornos de sus ojos.

—No lo sé… yo… —Ella dudaba, se mordió el labio inferior buscando en su cabeza las palabras adecuadas para negarse.

—¡Por favor, Samantha! Hace un par de horas te vi correr como si acabaras de salir de una prisión, créeme no me sorprenderá en lo absoluto que desafines un poco o no pronuncies de manera correcta algunas palabras… vamos canta para mí. —La animó sentándose para quedar junto a ella, pero mirándola de frente.

—Bien, lo haré para que compruebes que no desafino y que mi pronunciación es muy buena, mi maestra siempre me elogiaba por ella… será una de Giorgia… —decía buscando en el aparato.

—Canta la que escuchabas hace un momento, no hagas trampa quiero saber cuál era. —Le exigió, tomándola por sorpresa.

Samantha se sintió aprisionada, no podía cantarle esa porque él podía darle un sentido equivocado, aunque no tenía por qué, era algo casual, ella no había escogido esa canción a propósito había sido al azar, sentía su corazón latir con fuerza y sus ojos no lograban enfocar las letras en la pantalla del iPod, no podía demostrarle que eso la ponía nerviosa, debía actuar de manera natural, dejó de analizarlo y pulsó para iniciar *Parlami d´ amore*.

E adesso spiegami tu cosa vuoi da me?
tu che lo sai quanto ho
amato e sofferto io, mi sfiori mi chiedi corpo e anima, ma se mi vuoi dovrai convincermi e stringermi... parlami d' amore parlami di te, soffiami sul cuore che bruciava ma già vuole te... parlami d' amore, e io ti ascolterò se è vero che mi vuoi non ti deluderò e di volerti io non smetterò

Las primeras palabras de Samantha hicieron que el corazón de Alessandro se estremeciese, le resultó imposible ocultar la sorpresa que reflejó su rostro, estaba seguro. Ella apenas posaba su mirada en él unos instantes, aun así, podía sentir que esa canción que había escuchado ya varias veces tenía un significado distinto, era su voz y su actitud al cantarla la que lo emocionaba.

Samantha procuraba no pensar en lo que debía estar imaginando Alessandro en esos momentos, solo deseaba que la tierra se abriera y se la tragara con iPod y todo, en el mundo entero no pudo encontrar otra canción para cantarle, tenía que ser esta ¡Precisamente esa! Sentía que el corazón se le atoraba en la garganta y de un momento a otro la terminaría ahogando, se sentía estúpida y tan expuesta que apenas podía mirarlo a los ojos, no quería hacerlo aterrada a que él viera algo que ella misma se negaba a aceptar, debía terminar ahora.

—Listo ¿complacido? —Le preguntó, con toda la calma que pudo reunir, obligándose a mirarlo a los ojos.

—Mucho, pero aún no termina la canción, continua por favor. —Le pidió, con una sonrisa que acompañaba el brillo de sus ojos.

—Alessandro… ya la conoces… y seguramente la has escuchado cientos de veces… —decía

nerviosa, intentando escapar.

—Sí, pero me gusta escucharla en tu voz, es muy hermosa y tu maestra tenía razón, tu pronunciación es perfecta, vamos, Samantha, no seas tímida, sigue. —La animó de nuevo, deseando que esa sensación que le colmaba el pecho no acabara.

Ella suspiró, era imposible negarse a él, movió su pulgar en la pantalla y retomó la canción donde la había dejado, intentando restarle poder a los sentimientos que la embargaban y a la mirada de Alessandro que la tenía temblando, se concentró en seguir la letra y rogar porque la bendita canción terminara rápido.

Alessandro no podía ocultar la sonrisa que se empeñaba en aflorar en sus labios, debía confesar, al menos, para él, que Samantha Steinberg, le gustaba como no le había gustado otra mujer. Ella le estaba dando un sentido nuevo y extraordinario a sus sentimientos, algo que lo hacía sentir especial y vivo, por primera vez estaba dispuesto a hablarle de amor a una mujer, a hablarle de él.

La canción acabó dejando en el ambiente un aura mágica que los mantuvo en silencio, solo observándose, ninguno de los dos se atrevía a hablar, sus sentimientos estaban demasiado a flor de piel y cualquier comentario que hicieran, los podía exponer de una forma que no les dejaría escapatoria; sin embargo, sus miradas hablaban por ellos.

Samantha sentía como su corazón había triplicado sus latidos, como todo su cuerpo vibraba preso de nuevos e intensos deseos que se despertaban dentro de ella, sintió que estaba cayendo en un abismo y una mezcla de felicidad y miedo la embargó, alejó la mirada de los ojos de Alessandro y vio en el libro a un lado su salvación.

—¿Por dónde vas? —Le preguntó de pronto, rompiendo de manera abrupta la burbuja donde se encontraba.

Alessandro se quedó unos segundos en el aire, no comprendió la pregunta de Samantha, aún se encontraba envuelto por esa aura que ella había creado en torno a él cuando la escuchó hablar, negó con la cabeza dándole a entender que no sabía a lo que se refería, ella señaló con su mirada algo en la manta y él descubrió el libro, sonrió ante la rapidez que tenía para escapársele, lo tomó y lo abrió.

—Casi al final, me faltan unos cinco capítulos y aún no descubren al asesino, pero tengo mis teorías —contestó, frunciendo el entrecejo, concentrado repasándolas mentalmente.

—No lo descubrirás hasta el final, aunque si eres bueno con las pistas puede que lo hagas antes, pero la verdad… lo dudo. —Intentó encontrar un momento divertido, algo que alejase de ella esa sensación que la cubría de pies a cabeza.

—¿Estás queriendo decir que no soy lo suficientemente inteligente para descubrir y manejar las pistas que vas dejando a lo largo del libro? —cuestionó, sin poder creer la osadía de ella, en ocasiones anteriores algo así le hubiera molestado; por el contrario, le pareció divertido, se sintió dispuesto a aceptar el reto.

—Suele suceder… —respondió encogiéndose de hombros con despreocupación, como si su comentario no fuese ofensivo.

—¿Sí? Y dime, Samantha… —decía, dejando el libro de lado mientras su mente maquinaba la venganza que merecía—. ¿También suele suceder que la autora del libro sea torturada por ofender a su lector y no darle al menos una pista? —La miró a los ojos.

—No, la tortura no está permitida contra la autora —contestó, con una sonrisa pícara al tiempo que negaba con la cabeza.

—Ah, ¿no? Pues yo creo que sí, sobre todo si la tiene merecida —acotó, su mirada y su sonrisa se volvieron amenazantes.

Vio como Samantha tembló ante su actitud y antes que lograra escapar como adivinó haría, se le lanzó encima acorralándola contra la manta, la sorpresa y el peso de su cuerpo jugaron a su favor, mientras sus manos ágiles y despiadadas se encargaron de atacar la cintura haciéndole cosquillas. Alessandro sintió como el cuerpo de ella se tensaba consciente del peso del suyo, pero en cuanto él comenzó a «torturarla» percibió que de inmediato empezaba a sacudirse buscando un modo de escapar.

—¡Alessandro! —exclamó, abrumada por la sorpresa y su cercanía, mientras se removía debajo de él.

En un principio se sintió pérdida y atrapada, una sensación de sorpresa que fue reemplazada rápidamente por un deseo que le recorrió todo el cuerpo. Sentir el peso de él sobre ella, su calor, su fuerza, el poder que tenía para dominarla fue demasiado excitante; su respiración se aceleró y nada tenía que ver con lo que las manos de Alessandro hacían en su cintura, él estaba despertando algo más dentro de ella, nerviosa y víctima de las cosquillas, comenzó a reír.

—Pagarás por lo que has dicho —mencionó él, sin darle tregua.

—¡Por favor! Esto no es justo… debes terminar… —decía, de manera entrecortada, sintiendo como toda su piel se calentaba y en algunos lugares se erizaba al contacto con la de él.

—Lo haré… pero antes te daré un castigo por arrogante. —Él intentaba mostrarse serio, pero no podía dejar de sonreír, se detuvo manteniéndola prisionera bajo su cuerpo, la miró a los ojos y habló de nuevo—. A menos que me ofrezcas algo a cambio —lanzó la invitación, con la mirada azul zafiro clavada en la de ella, la sintió temblar y eso lo hizo sonreír.

Samantha fue golpeada con fuerza por el deseo que se esparció por su vientre y la hizo temblar, suprimió un jadeo apretando los labios, pero sus ojos dilatados y de un tono café de nuevo, la hicieron presa fácil del juego de Alessandro.

Se cuestionó en pensamientos. ¿Qué sucedería si ella ahora aceptaba su invitación? ¿Si se ofrecía a darle a cambio cualquier cosa que él le pidiera con tal de obtener su libertad? Más aún… ¿Quería ella escapar de él? Su cabeza era una maraña y sus sentimientos no estaban menos enredados; sin embargo, esa sonrisa triunfante de Alessandro la hizo ponerse en guardia de nuevo, le demostraría que no había ganado.

—Eso es chantaje… no te daré pistas —pronunció, saliéndose por la tangente como acostumbraba, intentando parecer calmada.

—¿Y si cambio de táctica? ¿Si intento convencerte de otra manera? —probó de nuevo, disfrutando de seducirla lentamente.

—¿Cómo? —Se escuchó Samantha preguntar en un susurro, con una voz que no parecía la suya, sintiendo como todo su cuerpo temblaba y el calor de minutos atrás se hacía más intenso.

Esa justamente era la pregunta que Alessandro estaba esperando, sus labios mostraron esa sonrisa felina, sensual y peligrosa que podía derretir en cuestión de segundos a una mujer.

Samantha no fue la excepción, ella también lo hizo bajo su cuerpo, incluso sintió como contenía el aliento y como sus ojos se abrían expectantes, se sintió hechizado, completamente perdido en las pupilas oscuras y los iris miel; terminó acercándose despacio a esos labios que se moría por atrapar con los suyos.

Capítulo 26

Samantha solo podía ser consciente de Alessandro, de su exquisito peso sobre su cuerpo y lo agradable que le resultaba, pues en lugar de sentirse oprimida se sentía protegida, abrigada por el calor que brotaba de su cuerpo y aumentaba el suyo. Suspiró cuando sintió su mano deslizarse con suavidad por su costado, creando una maravillosa caricia aun sobre la tela de la camisa que llevaba puesta.

La mirada de Alessandro abandonó los ojos de Samantha y bajó hasta esos labios rosados que se habían adueñado de sus pensamientos desde hacía semanas, queriendo beberse el suspiro que ella había liberado. Se acercó mientras le acariciaba la cintura, se detuvo al ser consciente de que estaban a punto de llegar a su seno, sintió con claridad el movimiento que ella hizo al tomar aire y la aproximó más a él, buscó sus ojos y vio que el deseo se había apoderado de la mirada café, con un gesto estudiado ignoró el seno y llevó su caricia hasta el hombro, deslizando sus dedos por la base del cuello.

Samantha sentía que no podía seguir resistiendo lo que hacía espirales en su interior, que no podía seguir negándose lo que deseaba. Hasta ese momento se había mantenido inmóvil, con los brazos tendidos a ambos lados de su cuerpo, pero una imperiosa necesidad de tocarlo la invadió. Elevó una de sus manos y la apoyó en la parte baja de la espalda de Alessandro, no lo acarició, solo la posó en ese lugar sintiendo el calor que traspasaba la delgada tela de su camiseta.

Él la recompensó acariciando con su pulgar la piel de su garganta, ella cerró los ojos y suspiró, al tiempo que, echaba la cabeza hacia atrás exponiendo el cuello para él. Los dedos de Alessandro se deleitaron en ese lugar que tanto había deseado tocar, pero quería más, así que, con lentitud recorrió la línea de su mentón, imaginando lo que se sentiría hacerlo con sus labios, era tan suave, toda su piel era como el terciopelo, sus dedos se deslizaban con tanta facilidad que no recordaba si otra mujer le entregó esa misma sensación antes.

Todo parecía nuevo y mejor con ella, sus caricias llegaron hasta los labios de Samantha, la punta de su pulgar apenas rozó el inferior que tembló y se abrió de inmediato, creando un pequeño espacio entre ambos, eso fue su perdición, supo que no existiría nada que le impidiera besarla, al fin saciaría esos deseos que lo enloquecían.

Samantha pudo sentir como el tibio aliento de Alessandro se estrellaba contra sus labios, mezclándose con el suyo y embriagándola, podía jurar que incluso alcanzaba a saborear las notas de las ciruelas que él había comido minutos atrás. Eso la hizo abrir la boca, deseando tener un poco más, se humedeció con la punta de la lengua los labios.

En medio de las sensaciones que le nublaban la razón, pudo escuchar que él gemía y la excitación se disparó dentro de ella con una velocidad asombrosa. Animada deslizó su mano en una caricia lenta por la espalda de Alessandro, hasta posarla en su omoplato y su otra mano se animó viajando al pecho, apreciando el ritmo de su respiración en el movimiento acompasado que poseía, y los latidos de su corazón.

—Mírame —le pidió Alessandro en un susurro, y su voz grave delató el estado de sus emociones.

Ella ni siquiera había notado que continuaba con los ojos cerrados, se había concentrado en sus demás sentidos, mientras apreciaba como su cuerpo parecía flotar junto al de él. Abrió los ojos despacio y la imagen de Alessandro, hermoso y seductor le robó el poco aliento que aún

conservaba, fijó su mirada en los iris azules que tenían el brillo y el tono más hermoso que había distinguido en ellos.

—Eres preciosa —esbozó con una sonrisa y con absoluta sinceridad, mientras deslizaba sus dedos por su mejilla.

Las palabras de Alessandro hicieron que su corazón se hinchara de emoción, sabía que era una mujer dentro de los parámetros que muchos consideraban de belleza, desde pequeña había sido consciente de ello y de adolescente cautivó las miradas de muchos de sus compañeros de clases. No había nada de especial en que alguien le dijera que era hermosa, no hasta ese momento, no hasta que lo hizo él y todo su mundo pareció brillar con una luz diferente, sintió como si viniendo de él tuviera un significado distinto.

Le regaló una sonrisa de esas que podían enamorar a cualquier hombre, la que sabía, tuvieron poder sobre los afortunados a quienes se la entregó, una sonrisa coqueta y espontánea que iluminó su mirada. Alessandro no fue la excepción, pudo ver como el brillo en sus ojos se hacía más intenso y en sus labios se dibujaba una sonrisa igual de cálida y hermosa. Samantha liberó un suspiro y esa fue su respuesta a la petición en la mirada de él.

El tiempo de esperar por algo que ambos habían deseado desde hacía mucho había llegado a su fin, sus labios se unieron en un primer toque suave y cálido, pero con una fuerza que los hizo estremecer, que hizo estallar esa nueva emoción que les colmaba el pecho.

Alessandro acunó el rostro de ella entre sus manos, mientras Samantha llevó las suyas a su espalda en una caricia lenta e íntima, mientras una mezcla de nervios y excitación la recorrían entera, su instinto clamaba por más de eso que él le entregaba y ella se lanzó a buscarlo, separando sus labios devolvió el roce haciéndolo con la punta de su lengua, que tímida se ofrecía a él.

Alessandro aceptó gustoso la invitación, abrió más su boca y su lengua salió al encuentro de la de Samantha, ahogando el gemido que ella soltó cuando sintió como él entraba en su boca, como rozaba con lentitud sus labios y lengua al mismo tiempo, como sus alientos se volvían uno solo, compartiendo la misma humedad y calidez que de sus bocas brotaban, degustando dos sabores que eran distintos, pero igual de excitantes para ambos. Cada roce, cada gemido y jadeo iban aumentando el calor que cubría sus cuerpos y enrojecía sus pieles, mientras sus manos ávidas por expresar mediante caricias lo que sentían, se movían con soltura en cada espacio que tocaban.

Samantha paseaba sus manos por la cabellera castaña, sintiendo la suavidad, deleitándose en aquello que había soñado hacer desde hacía mucho, gimiendo sin poder controlar las sensaciones que el beso iba creando en su interior y bullían con una energía que estaba a punto de desbordarla. No quería analizar que había de diferente en Alessandro a los otros hombres que la besaron antes, solo deseaba sentir, seguir disfrutando de su lengua tibia, suave y pesada que danzaba sobre la suya, entorno a la suya, que la invitaba a seguirlo en cada paso, a entregarle lo mismo, solo quería que la siguiera besando, que sus manos no abandonaran su cuerpo, que eso no terminara nunca.

Él no recordaba la última vez que besó a una mujer de esa manera, con un deseo tan poderoso que le exigía más a cada momento, Samantha le estaba provocando sensaciones que creía olvidadas, esa necesidad de no querer acabar nunca un beso. La que sintió cuando apenas era un chico y daba sus primeros pasos en esos terrenos, pero ahora, contando con la experiencia de haber besado muchas bocas, todo le resultaba más excitante y placentero.

Su lengua se paseaba con maestría por la boca de Samantha, sus labios presionaban y succionaban los de ella, mientras sus dedos se deslizaban por las mejillas y los pómulos, viajando hasta el sedoso cabello del que brotaba ese exquisito olor, que tanto le gustaba y se

había convertido en su favorito en los últimos días.

Ambos estaban tan sumidos en disfrutar de las sensaciones que los embargaban, que no se percataron del viento frío que comenzó a envolverlos, confundiendo los temblores que les producían las corrientes de aire con los que les provocaban ese beso que deseaban prolongar. Sus respiraciones agitadas por la falta de oxígeno no eran motivo suficiente para separarse, solo por momentos sus bocas lo hacían, pero continuaban en contacto con sus leguas o sus labios, que se brindaban toques suaves, húmedos y sensuales que iban avivando la hoguera en su interior.

A lo lejos un relámpago surcó el cielo gris, iluminándolo solo un instante y después retumbó en todo el lugar, pero ellos apenas si lograron ser conscientes de este. Sus manos habían viajado a otros rumbos en sus cuerpos y la pasión los tenía cautivos del cúmulo de sensaciones que los recorrían, mientras sus labios y lenguas seguían esa entrega cargada de intensidad, que a cada minuto los acercaba más al borde de una situación que quizás no podrían controlar.

Sus cuerpos vibraban ante cada roce, Samantha se movía debajo de Alessandro deseando estar más cerca, mientras él buscaba casi fundirse en ella, abriéndose espacio entre sus piernas, gimiendo de placer al sentir la suavidad y la tibieza que le brindaba estar justo allí. Disfrutó del jadeo que liberó al sentir la dureza de su erección que no se molestó en disimular; por el contrario, quería que ella sintiera lo que había provocado en él, les imprimía a sus caderas un movimiento cadencioso que se había convertido en la más exquisita de las torturas para ambos.

Una humedad proveniente del exterior comenzó a bañarlos, estrellándose helada e invasiva contra sus cuerpos calientes que temblaron ante el choque, pero no consiguieron reaccionar y separarse. La lluvia que se apoderó del lugar de manera intempestiva, apenas si fue percibida por los jóvenes que seguían en medio del beso, hasta que las gotas pesadas y dispersas se convirtieron en un diluvio.

—¡Esto no puede ser! —exclamó Alessandro, con la voz rasposa.

—¿Está lloviendo? —preguntó Samantha, aún envuelta en las sensaciones del beso.

Sintió como él hundía el rostro en su cuello, liberando un suspiro que le hizo cosquillas mientras asentía, eso provocó que una sonrisa se dibujara en sus labios. De pronto el agua comenzó a golpear su cara, se sentía maravillosamente bien, completamente relajada, pero de inmediato recordó donde se encontraban

—¡Alessandro, nos vamos a mojar! —Se movió debajo de él para intentar incorporarse.

—Ya lo hicimos… —decía él, mirándola a los ojos mientras le entregaba una sonrisa, feliz de verla así.

—¡Sí, pero debemos recoger todo!… ¡El libro! —Su voz hubiera sido un grito, pero todavía no se recuperaba de los besos compartidos.

—¡Demonios! —exclamó él, levantándose con la rapidez que pudo. Sentía su cuerpo laxo, como si hubiera dejado muchas energías en ese beso, que la verdad, le pareció muy corto para ponerlo así.

Samantha también se incorporó y tomó la manta para envolver el bolso de lona donde se encontraba su iPod, dando gracias que este tenía un forro impermeable y no debía preocuparse por él. Tomó el libro que Alessandro le entregó, lo sacudió un poco y después lo guardó, mientras él tomaba la cesta y la cava térmica en una mano.

Alessandro paseó su mirada por el lugar para comprobar que no se les quedara nada, vio que ella se disponía a salir corriendo, así que llevó la mano que tenía menos ocupada a la parte de atrás de su cintura y la atrajo de nuevo, plantándole un beso en los labios. Ella se sorprendió, pero abrió su boca para que Alessandro tuviera más acceso, de nuevo el roce de sus lenguas la hizo gemir y ponerse de puntillas.

Sin embargo, antes de que pudieran dejarse llevar una vez más por la pasión, el sonido de un nuevo trueno los hizo conscientes de la realidad, y un par de toques de labios finalizó el beso. Se entregaron sonrisas cargadas de complicidad, luego él la tomó de la mano y de ese modo salieron corriendo en dirección a la villa.

Cuando estuvieron cerca de las casas, estaban empapados y jadeantes por el esfuerzo de bajar la pendiente corriendo, así como por luchar contra el fuerte viento que acompañaba a la lluvia. Primero divisaron la casa de Alessandro, él pudo sentir como ella se tensaba, aun así, la llevó consigo, dedicándole una mirada que la llenara de seguridad. Sabía que todo lo ocurrido había menguado un poco el deseo que embargaba sus cuerpos, pero no lo había extinguido.

—Entremos a mi casa, Samantha —le pidió apretando la unión de sus manos y rozó con suavidad el dorso de la de ella con su pulgar.

Ella no logró ni asentir, estaba alterada por todas las emociones que giraban en espirales dentro de su cuerpo, por las sensaciones que aunado al temporal que los envolvía le impedía pensar con claridad. Solo se dejó llevar sin querer ser completamente consciente de a lo que accedía entrando a la casa que ocupaba Alessandro.

Él abrió la puerta que daba al jardín, entraron a la cocina chorreando agua y temblando de frío, se acercó a la mesa y dejo allí las cosas que llevaba. Luego caminó hasta ella y le ayudó con la manta y el bolso, intentó mirarla a los ojos, pero Samantha tenía la cabeza gacha y estrujaba con fuerza la tela de su camisa.

—Creo que es mejor si te la quitas… —sugirió, mientras él se despojaba de su camiseta, quedando solo con el pantalón.

Ella elevó la mirada sorprendida ante sus palabras, sabía que era lo más lógico y que su consejo a lo mejor no tendría una doble intención, al menos, eso pensó por el tono de su voz, pero la sola idea de quitársela y quedar en brasier frente a él la hacía temblar. Quizás no tanto como lo hizo verlo a él con el torso desnudo, no sabía cómo explicarlo, pero había algo hermoso y excitante en ver a Alessandro así, su cuerpo tenía el poder de calentarle la piel en cuestión de segundos.

Lo vio extender la camiseta en el espaldar de una silla después de exprimirla en el lavaplatos, se sacudió el cabello con las manos para retirar el exceso de agua y solo esa imagen hizo que el deseo resurgiera en ella con poderío. Se mordió el labio inferior controlando sus impulsos de tocarlo y cuestionándose si debía seguir su ejemplo o no, después de todo, no llevaba una ropa interior muy reveladora y él ya la había visto en traje de baño, que era básicamente lo mismo.

«¡Samantha te has vuelto loca! Estás evaluando desnudarte frente a él ¿sabes lo que sucederá si haces algo como eso? ¿Lo sabes?»

Lo sabía, lo sabía muy bien y estaba planteándose hasta donde estaría dispuesta a llegar, si en verdad deseaba continuar con lo que había empezado junto a Alessandro en la colina. Lo deseaba, de eso no le quedaban dudas, el sentimiento era demasiado contundente para seguir negándolo. Sin embargo, había algo que le impedía entregarse por completo, una extraña sensación que le oprimía el pecho y la bloqueaba, la forma en como había regresado a la realidad había sido muy abrupta y la tenía confundida.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó Alessandro, en tono sugerente mientras se acercaba a ella, y le posaba las manos en las caderas para pegarla a su cuerpo.

—No… —esbozó en medio de un jadeo al sentir la corriente que la atravesó cuando sus cuerpos se encontraron de nuevo. Verlo y tenerlo tan cerca era demasiado abrumador—. Estoy bien… no es necesario, esta tela seca rápido. —Dio la excusa más estúpida que podía en un momento como ese, cerró los ojos y tembló cuando Alessandro deslizó sus manos hasta los

botones inferiores de su blusa.

—No me gustaría que te resfriaras, Samantha —susurró, soltando uno de los botones, dejando su aliento en la mejilla de ella.

La blusa de lino crudo se había pegado al cuerpo de Samantha y el tono verde agua se había transparentado, permitiéndole apreciar la piel y el brasier que cubría sus senos. Su mirada se fijó en ellos al tiempo que se prometía que esta vez no se limitaría en tocarlos, deseaba hacerlo tanto como deseaba besarla de nuevo.

Los dedos de Alessandro la torturaban rozando su piel a medida que abría los botones, era una sensación tan dulce y maravillosa que, aunque quisiera, no podía alejarse de él. Se sentía aprisionada entre la pared a su espalda y el torso desnudo, el aire a cada minuto se volvía más denso y caliente, mientras el aroma masculino que brotaba de sus poros la estaba embriagando.

Su mirada seguía el movimiento de esas manos que tanto le gustaban, eran perfectas, y aunque lo intentaba no podía disimular el ritmo de sus pechos, su respiración agitada por la carrera, ahora se encontraba acelerada de nuevo por su cercanía. Cerró los ojos cuando el último botón saltó del ojal y liberó un suspiro cuando la tela comenzó a desprenderse de su cuerpo, lo escuchó gemir y eso hizo que los músculos de su intimidad se contrajeran.

Alessandro recorría con su mirada las hermosas y perfectas colinas que eran los senos de Samantha, aún no los veía en una desnudez total, pero lo que le dejaba ver el brasier había hecho que su miembro se tensara aún más, el deseo por acariciarlos lo estaba volviendo loco. Las transparencias del encaje verde agua los hacían lucir tan sensuales y provocativos que incluso su boca se hizo agua.

Se pasó la lengua por los labios y despacio acercó su mano hasta el derecho, deslizó primero un par de dedos por la curva donde nacía hasta llegar al centro, en ese espacio donde los dos se unían, la sintió temblar al tiempo que sus oídos eran deleitados al escuchar un jadeo.

—La lluvia… —Samantha intentó retomar su cordura, probando con decir algo que los distrajese, estaba al borde del abismo y si no detenía todo en ese instante no podría más adelante —. Todo fue tan repentino… este clima está muy loco, ¿no crees? —preguntó, intentando captar su atención, aunque no deseaba que dejara de tocarla.

—Lo está… y, además, es un desgraciado inoportuno o quizás debería agradecerle pues nos trajo de regreso y siendo sincero, necesitaba volver… —Se detuvo posando su mirada en los labios de ella y una sonrisa se adueñó de los suyos—. Igual no le perdono que nos haya lanzado este baño de agua fría, aunque a fin de cuentas no ha cambiado nada. ¿Verdad? —inquirió rodeándole la cintura con las manos, para elevarla y apoyarla en la pared, mientras creaba con su propio cuerpo un soporte.

Se ubicó en medio de las piernas de Samantha una vez más y sin darle tiempo a reaccionar, atrapó su boca en un beso voraz y absoluto, aprovechando el jadeo que ella liberó para ubicarse con su lengua dentro de la boca, de inmediato el baile que llevaban minutos atrás continuó. Alessandro pudo sentir como ella se relajada de nuevo después de pasada la primera impresión de su asalto, sus manos se aferraban a él, para tener mejor equilibrio y sus piernas lo envolvían, haciendo la unión más estrecha.

Samantha se sumergió en el placer que Alessandro le provocaba, quería acallar a su consciencia que le decía que eso no estaba bien, que ella no era de las mujeres que se dejara llevar por las ganas y se entregaba a un hombre sin pensar en las consecuencias, quería que la voz de su madre reprochándole lo que estaba haciendo la dejara en paz. Subió sus manos hasta el cuello de él y lo sostuvo mientras era quien lo besaba con desesperación y anhelo, sintió como sus caricias ascendían por sus costados y se apoderaban de sus senos.

Él ahogó un gemido de satisfacción dentro de la boca de Samantha, mientras su lengua se hundía aún más en ella y sus manos en la suavidad de sus senos, ambas abarcaban a la perfección el par de pechos más hermosos que hubiera tocado hasta ahora. Había estado con muchas mujeres y había comprobado que los senos en general eran bastante parecidos, pero de nuevo Samantha le hacía sentir que todo era distinto.

Sus dedos se hundieron en la tierna piel nívea y ella se alejó de su boca liberando un gemido, con los ojos cerrados y el rostro sonrojado, lucía mucho más hermosa de lo que llegó a imaginar.

Samantha estaba sintiendo como el placer hacía espirales en su interior, y ya no podía más que rendirse. Apoyó su cabeza en la pared tras ella y arqueó la espalda, para que Alessandro tuviera más libertad, mientras sus manos descendían por los hombros suaves y cálidos que mostraban la tensión por mantenerla en vilo.

Él una vez más le dejaba ver que a pesar de no ser una mujer liviana, podía sostenerla sin ningún problema, abrió los ojos encontrándose con el hombre más hermoso y sensual, que hubiera visto en su vida. Jadeó cuando él estrujó sus senos con fuerza, pero sin llegar a ser rudo, el dolor fue delicioso y fluyó a través de su cuerpo como electricidad; él tenía la mirada fija en sus pechos, parecía hipnotizado por su movimiento y su boca entreabierta dejaba ver la punta de su lengua, esa que ella deseaba devorar.

—Alessandro… —susurró, sintió que algo en su interior se derretía y una cálida humedad la invadió ante esa imagen.

Su voz era ronca y sensual, casi una súplica y solo escucharla decir su nombre lo había llevado al borde del delirio, movió sus caderas pegando su pelvis a la de ella para hacerla consciente de esa erección que estaba tan tensa que dolía, la sintió temblar y lo hizo de nuevo, gruñendo cuando Samantha hundió las manos en su cabello.

Eso captó su atención que estaba concentrada en el ritmo que movía sus senos, ella se lanzó hacia él para envolverlo con sus brazos y comenzó a apretar su espalda con fuerza, casi sentía como le clavaba los dedos en la piel, hundió el rostro en su cuello y acercó sus caderas haciendo el roce más estrecho, él gimió y ella lo acompañó.

Ella deseaba más de eso que él le brindaba, nunca había deseado a un hombre con tanta fuerza y desesperación. Siempre imaginó que de llegar a ese punto las cosas serían muy satisfactorias, porque le gustaba más de lo que le gustó otro en el pasado, pero ni en sueños llegó a creer que sería tan extraordinario, que su cuerpo se sentiría tan vivo, que vibraría ante cada roce por más mínimo que fuera, nunca había estado tan excitada, tan húmeda y sensible a cada estímulo.

Le dio un par de besos en el cuello, disfrutando de hacer eso que muchas veces imaginó, su piel era suave, cálida y su olor era tan exquisito y masculino, ella suspiró dándole un par de besos más, lo sintió temblar y eso le gustó mucho, la hizo sentir poderosa. Sonrió traviesa y dibujó con sus labios un camino en la perfecta mandíbula que la llevó hasta su boca, él la miraba embelesado y deseoso de probar la suya de nuevo. No lo hizo esperar, abrió su boca dándole un sutil vistazo de su lengua y despacio la acercó, invitándolo a tomarla.

Alessandro sentía que se estaba volviendo loco de tanto deseo, una de sus manos abandonó el seno de Samantha y subió hasta el cuello de ella envolviéndolo en un gesto posesivo para apoderarse de su boca y desahogar las ganas que lo torturaban. El baile de sus lenguas fue rudo y sensual, provocativo y tan excitante, que después de unos minutos debieron separarse para tomar aire; él acarició el labio inferior de Samantha con su lengua al notar que se había pintado de carmesí y estaba ligeramente hinchado.

Grande fue su sorpresa cuando ella, en lugar de hacer lo mismo, le regaló una sonrisa cargada de malicia y mordió ligeramente el suyo, el delicioso dolor que eso le provocó se esparció por

todo su cuerpo y terminó concentrándose en su punto más sensible en ese momento; supo entonces que debía llevársela arriba, que debía tenerla en su habitación, en su cama, desnuda debajo de él.

—Samantha… —susurró, mirándola a los ojos.

Ella le soltó el labio e hizo lo mismo que él segundos atrás, aliviando la marca que sus dientes habían dejado, Alessandro no pudo evitar gruñir intentando controlar a la fiera en su interior que le exigía tomarla allí mismo, sobre la mesa, sin importarle una mierda el preservativo. Cerró los ojos ante esa imagen y negó con la cabeza para ordenar sus pensamientos, inhaló profundamente.

—Me estás volviendo loco… —confesó y después abrió los ojos encontrándose con la mirada de Samantha que estaba bañada por una luz especial, ella no le respondió y él se arriesgó a continuar—. Te deseo y no pienso seguir negándolo, me gustaste desde la primera vez que te vi, con tu pose altanera y tu afán de creerte la dueña de la verdad… por retarme como lo hiciste… —Ella no lo dejó continuar.

—Alessandro… mi cabeza es un desastre en estos momentos… y la verdad, no sé si mañana o pasado me reproche esto que estoy haciendo, pero lo único que sé es que ahora mismo te deseo y me rindo, no puedo seguir negándolo tampoco… —Lo miraba a los ojos y después lo esquivó, sonrojándose por su confesión.

—Me aseguraré de que no sea así, no te vas a arrepentir de esto nunca, Samantha… no te arrepentirás de nada —mencionó con convicción, atrapando su mirada con la de ella.

Después de eso la besó con ternura, sin la prisa de minutos atrás, quería hacer que Samantha confiara en él, terminó el beso y la miró a los ojos de nuevo.

—Déjame hacerte mía… te necesito, Samantha, te necesito —pronunció, con la voz cargada de deseo y urgencia, una mezcla que lo recorría entero.

Ella asintió mientras le entregaba una sonrisa tímida, sus mejillas se habían sonrojado, lo podía adivinar por el calor que cubrió su rostro, el mismo que le bañó toda la piel. Lo abrazó buscando sus labios de nuevo, emocionada sintió como Alessandro la separaba de la pared y la llevaba aún en brazos fuera de ese lugar, despojándola en el camino de su camisa que lanzó en la escalera, sin dejar de besarla un solo instante.

Capítulo 27

Sus corazones latían desbocados y sus respiraciones eran aceleradas cuando llegaron a la habitación, no habían dejado de besarse en todo el caminó. Alessandro la bajó con suavidad en el suelo para comenzar a desvestirla, hasta ahora solo le había quitado la camisa, la sostuvo por la cintura al sentir que sus piernas flaqueaban, le dedicó una sonrisa al ver que se sonrojaba y se mordía el labio antes de esquivarle la mirada.

Samantha sentía su corazón latir tan fuerte que juraba iba a dejarlos sordos a ambos, aunque podían sentir el ritmo acelerado de Alessandro también porque sus manos estaban apoyadas en su pecho, pero creía que el suyo hacía mucho más escándalo. Inhaló hondo para intentar calmarse, estaba temblando mucho más que la primera vez que se acostó con un hombre y no quería mostrarse como una inexperta.

Primero porque no lo era y segundo porque deseaba hacer que él también disfrutara de ese momento, aunque su experiencia fuera poca comparada con la que debía tener Alessandro, no le importaba, quería hacerle sentir cuanto lo deseaba y que estaba dispuesta a disfrutar de ese encuentro sin cohibirse por tontos prejuicios, o sus dudas sobre si eso estaba bien o no, quería solo vivirlo mientras le durara.

Él acunó el rostro de Samantha y continuó besándola, esta vez tomándose su tiempo, con roces suaves y húmedos, debía calmarse si no quería terminar portándose como un inexperto. Siempre le había gustado seducir a sus amantes, ir minando sus fuerzas de a poco, llenarlas tanto de placer que terminaran rogándole por tenerlo dentro de ellas, y se juraba que con Samantha no sería distinto; por el contrario, deseaba darle más y hacerla rendirse por completo ante él.

Los labios de Alessandro eran tan suaves y provocativos que Samantha podía jurar que jamás había besado unos parecidos, su calidez y la humedad que le impregnaba su lengua eran tan maravillosas y dulces, no quería dejar de besarlo pues necesitaba mucho más de eso que le prometía en cada toque de labios, caricia y gemido.

—Me encanta besarte… me encanta que me beses, se siente tan bien —susurró, contra los labios de él, con los ojos cerrados.

De pronto sintió como una sonrisa se dibujaba contra su boca y como los brazos de él la envolvían con mayor fuerza. Abrió sus ojos descubriendo que él la miraba con emoción, se acercó y le acarició la nariz con sus labios para terminar de nuevo en su boca, vio esa sonrisa traviesa y arrogante que tanto provocaba dentro de ella.

—¿Lo dije en voz alta? —preguntó temerosa, la actitud de él se lo gritaba; sin embargo, no pudo evitar interrogarlo.

—Sí —respondió triunfante y le acarició las mejillas con los pulgares para disfrutar del calor que las cubrió—. Y debo culparte por no haberlo hecho antes, pero te prometo que pondré todo de mi parte para recuperar el tiempo perdido, Samantha —agregó con voz suave y sensual, se acercó al oído de ella—. Besaré cada espacio de tu cuerpo porque me encanta tu piel, me encanta sentirte temblar y juro que te besaré hasta que caiga rendido en ti. —Mientras decía estas palabras la despojaba con destreza del brasier.

Samantha suspiró y tembló ante esa declaración y al sentir sus senos al aire, cerró los ojos un instante, luego los abrió y posó su mirada en Alessandro, él tenía la suya puesta en sus senos, pero sin llegar a tocarlos. Sin embargo, ella quería que lo hiciera, así que llenándose de valor

tomó su mano y la acercó, él la miró a los ojos antes de rozarlo.

—Acaríciame… quiero que lo hagas, quiero sentir tus manos. —Le pidió con algo de timidez, y al mismo tiempo en su mirada sobresalía la convicción que la pasión despertaba en ella.

—Deseo hacer mucho más que acariciarlos, Samantha —susurró contra sus labios, mirándola a los ojos.

Tomó ambos en una caricia lenta y posesiva, llenándose las manos con ellos mientras se bebía el gemido que ella liberó, deleitándose en masajear las dos colinas que adornaba su torso, eran suaves y firmes a la vez, tan hermosos, naturales y turgentes, sencillamente perfectos.

Se separó de los labios de Samantha que seguía gimiendo ante sus caricias, posó su mirada de nuevo en los senos y el rosa intenso de los pezones lo volvió loco de deseo, no lo pensó dos veces y antes que ella pudiera anticiparse a lo que haría, la tomó por la cintura una vez más y la elevó hasta que sus senos estuvieran a la altura de su boca para poder beber de ellos.

La ola de placer fue tan poderosa que Samantha solo consiguió liberar un jadeo y cerrar los ojos mientras su cabeza caía hacia atrás en un movimiento espontáneo y muy sensual, que terminó ofreciéndoles sus senos a Alessandro con total libertad. Se le aferró a su cuello para no caer al piso y sus piernas rodearon la fuerte cintura masculina de nuevo, sintiendo como el goce hacía de las suyas en su interior, como su interior se tensaban y se dilataban con fuerza con cada movimiento.

La lengua de Alessandro la estaba enloqueciendo, ese ritmo lento y pesado con el cual recorría sus pezones, viajando entre uno y el otro, como sus labios se cerraban y después succionaban con fuerza, como si deseara verdaderamente beber de ellos.

—Alessandro… —Suspiró acercando su cabeza a la de él, apoyando su mejilla sobre los cabellos castaños que aún se encontraban húmedos, mientras sus brazos envolvían aquellos hombros que tantos sueños le habían robado.

—Samantha, eres deliciosa… —susurró contra sus senos, con la respiración agitada y su aliento se estrelló contra la humedad que había dejado su lengua sobre el pezón.

Subió su rostro para verla y la imagen que Samantha le regaló lo hizo estremecer, era tan hermosa y sensual que su erección de por sí ya firme, se convirtió casi en una columna. Llevó una mano hasta la nuca de ella y la atrajo hacia él para besarla con ardor, sintiendo que entre más tenía de su boca más deseaba.

La bajó de nuevo, esta vez con la firme decisión de desnudarla por completo, ya no podía seguir dándole largas a sus ganas, la necesidad lo estaba torturando, le mordió el labio con suavidad llevando a la vez sus manos al botón que mantenía el short de Samantha en su lugar, este cedió con facilidad y la cremallera hizo exactamente lo mismo. Lo deslizó rozando el magnífico trasero que tanto había anhelado tocar, apoyó ambas manos en las nalgas redondas y firmes de ella para pegarla a su cuerpo, Samantha jadeó y él gimió ante el contacto de sus pieles desnudas, una sensación casi eléctrica los recorrió a ambos.

—Desnúdeme, señorita Steinberg. —Le pidió con voz ronca y sensual, apretando el trasero de ella.

Samantha le dedicó una sonrisa coqueta, le dio un beso en el cuello y con destreza llevó sus manos hasta el pantalón, repitiendo la misma acción de él lo despojó de la prenda y no se limitó al momento de imitarlo y apoderarse de los glúteos bien formados de Alessandro. Con satisfacción hundió sus dedos en estos y se mordió el labio inferior con fuerza, cuando lo atrajo hacia ella pegándolo a su cuerpo, sintiendo por primera vez el calor y la rigidez de su erección, que aún a través de su prenda interior, podía sentir a la perfección.

—Vamos a la cama, Samantha —esbozó él con urgencia. La envolvió entre sus brazos y

caminó con ella hacia la gran cama a un extremo de la habitación.

Los nervios que la habían invadido al principio regresaron de nuevo e intentaron desplazar a su excitación, pero ella se negó a darles cabida, en ese momento solo quería disfrutar de Alessandro. Buscó su boca y lo besó sintiendo como de pronto caía sobre la cama en un movimiento muy rápido, se sorprendió y dejó libre un jadeo separándose del beso.

—Lo siento… no salió como en las películas —mencionó travieso y le acarició el rostro apartando el cabello que lo había cubierto ante la caída. Le dio un beso más y con suavidad la movió sobre las sábanas azul marino que cubrían el lecho.

Ella compartió su sonrisa, no podía no hacerlo cuando le encantaba que él jugara para ayudarla a relajarse, quizás había notado sus dudas, podía sentir que él también estaba nervioso y eso, de cierto modo, le encantaba, así que quiso seguirle el juego.

—Espero que el resto de su actuación sea destacable, señor Bonanzierri… —Le dijo en contraataque por su broma.

—Lo será, mi hermosa escritora… lo será, vas a quedar tan complacida que seré el dueño de toda tu admiración —indicó mostrándose seguro, mientras bajaba para besar sus senos otra vez.

—¿Dónde dejaste a modesto? —preguntó ella, elevando una ceja.

—Nunca viene conmigo —contestó, regalándole una sonrisa sensual, hermosa, después se adueñó de sus cimas una vez más.

Samantha suspiró cerrando los ojos y entregándose al placer, ya había sido besada de esa manera, pero había algo en el modo de hacerlo de Alessandro, que sencillamente la hacía sentir como si fuera la primera vez. Todo era tan intenso y erótico, sus labios no solo eran perfectos besándola en la boca, también lo eran sobre sus senos y no pudo evitar imaginar cómo serían besando su intimidad. Eso la hizo estremecer y cruzar sus piernas sin poder evitarlo, llevó su mano a la espalda de Alessandro para acariciarla, le encantaba como todo en él, aunque aún le quedaba algo por ver.

Él aprovechó la rendición de Samantha para despojarla de la última prenda que quedaba en su cuerpo, ella le facilitó el trabajo elevando sus caderas al tiempo que le entregaba un cálido suspiro y lo besaba en la sien. Alessandro sentía su pecho llenarse de una emoción distinta a cualquier otra que hubiera experimentado. Su corazón latía con fuerza y todo su cuerpo estaba tan sensible, que el más simple roce que ella le entregaba lo estremecía; no solo en el exterior, sino dentro, allí donde nacían sus sentimientos y sensaciones, la besó en medio de los senos, la besó en el estómago y lo hizo también en el vientre, con los ojos cerrados, sintiéndola temblar y gemir.

—Alessandro… por favor… termina con esta espera de una vez, no puedo soportarlo más —confesó sintiendo como su piel se quemaba y su centro ardía, como dolía por no tenerlo dentro de ella.

—Espera un minuto —le respondió separándose.

Se puso de rodillas sobre la cama y terminó de quitarle el panty, sonriendo ante la hermosa prenda de encajes y algodón, recordando cuando había deseado tenerla con solo algo así puesto, ahora la tenía mucho mejor, estaba completamente desnuda y en su cama. Era sencillamente preciosa, su cuerpo era perfecto, mejor de lo que se había imaginado, la sola imagen hizo que su corazón se desbocara en latidos, casi lo lleva a quitarse lo que aún mantenía encima y tomarla así sin más, pero sabía que eso no era lo correcto.

Debía ser responsable, no sabía si Samantha se estaba cuidando o no y aunque quizás, no corría el riesgo de una enfermedad de transmisión sexual, pues ella parecía una mujer sana; él jamás había fallado en eso y no lo haría ahora, antes que las ganas estaba su salud. Se levantó de

la cama dándole un beso, solo un toque de labios y caminó hasta el baño, revisó en las gavetas creyendo que allí había puesto los paquetes de condones.

—Alessandro… ¿Está todo bien? —preguntó ella, sintiéndose un poco desconcertada, irguiéndose sobre la cama.

—Sí, todo bien, solo estoy buscando algo —contestó de inmediato y suprimió una maldición al no dar con los preservativos.

—¿Necesitas que te ayude? —inquirió de nuevo, al caer en cuenta de lo que él buscaba.

Una alarma se activó en su mente en cuestión de segundos, ella jamás había estado con un hombre sin preservativos, sin importar todas las peticiones que le hiciera su ex Francis para que tuvieran relaciones sin protección, alegando aquello de que eran una «pareja estable» o sus deseos de probarlo con Charles cuando inició su vida sexual, nunca se tragó el cuento de que ellos los olvidaban.

Así que ella siempre tenía consigo, pero desde hacía muchos meses no había necesitado de estos y tampoco se estaba cuidando con anticonceptivos. Eso solo indicaba algo, que con toda la frustración que eso implicaba, si Alessandro le decía que no tenía, lamentablemente tendría que dejar las cosas así y salir de ese lugar.

—No te preocupes, Samantha, yo me encargo… —dijo saliendo de su habitación y caminó hacia el armario.

—¿No tienes preservativos? —Ella formuló la pregunta, pero su tono indicaba más una afirmación.

—Sí tengo… solo que no recuerdo dónde los dejé, pero estoy seguro de que traje conmigo… siempre llevo varios paquetes… —contestó, revolviendo sus objetos personajes en el armario.

Samantha se levantó sintiendo una especie de decepción alojarse en su estómago, en verdad deseaba tener sexo con él, pero siempre había antepuesto su propio bienestar a todo lo demás, incluso a su instinto de mujer, y aunque debía aceptar que nunca se había sentido tan atraída y excitada por un hombre como con Alessandro, sabía que no podía acostarse con él sin protección, no disfrutaría, se bloquearía.

Respiró profundamente con la determinación de acabar con eso, se envolvió en una sábana para acercarse a donde había quedado tirada su ropa y estaba por recoger su panty, cuando él se volvió en un movimiento rápido que la hizo sobresaltar.

—¡La maleta! Están en la jodida maleta… —exclamó con una gran sonrisa que se congeló en sus labios al ver a Samantha de pie y con semblante serio, se acercó a ella sintiendo el corazón oprimido—. ¡Hey! ¿Pensaba abandonarme, señorita Steinberg? —Le preguntó buscando la mirada café que le rehuía, pero después lo miró.

—Yo… Alessandro quiero que dejemos algo en claro, hace mucho que no tengo relaciones sexuales con nadie y no me estoy cuidando, además, que tengo por regla tener sexo, siempre y cuando, sea con preservativos. Sé que para muchos hombres esto resulta incómodo, pero son mis términos, si te parece bien podemos continuar si no… bueno, supongo que terminamos aquí. —Le hizo saber con determinación, manteniéndole la mirada.

—No tengo problemas con usar protección, Samantha, por lo general, siempre lo hago y comprendo tu inquietud, créeme yo también soy consciente de lo importante que es cuidarse, no estaba intentando fingir que no tenía preservativos; en realidad, no recordaba donde los había dejado, y sí, sé que muchos hombres juegan a eso, pero no soy de ese tipo, si quiero tener sexo con una mujer sin usar condón se lo consulto a ella antes, no me aprovecharía nunca del momento —aseguró con seriedad, mirándola a los ojos.

Las palabras de ella y, sobre todo, su actitud lo había hecho sentir molesto, pero no podía

culparla por mostrarse así, él sabía muy bien la cantidad de trucos que muchos se inventaban y la famosa excusa de olvidar los preservativos para persuadir a las mujeres de tener sexo sin protección. Quizás a ella le había sucedido y por eso se mostraba a la defensiva, después de comprender mejor su actitud se sintió agradecido, pues eso indicaba que Samantha era una mujer muy centrada y precavida, que podía confiarle su cuerpo sin ningún problema porque ella no le causaría daños.

—Siento si te hice sentir juzgado… Es solo qué… para una mujer a veces no resulta sencillo tener que luchar contra cosas de este tipo… —decía sintiéndose de repente apenada.

—Lo sé, no tienes que disculparte; por el contrario, me alegra saber que también te preocupas por cuidarte… Solo quiero pedirte algo, en este momento estás conmigo, Samantha, y quiero que dejes atrás todas las malas experiencias que hayas tenido, permíteme empezar de cero contigo, déjame demostrarme tal y como soy, trata de no hacer comparaciones… y yo te prometo que intentaré no hacerlas tampoco, ¿está bien? —le preguntó mirándola a los ojos, apoyando sus manos en los hombros de ella para hacerla sentir confiada.

—Bien… gracias por comprender —respondió entregándole una sonrisa tímida y una mirada cargada de agradecimiento.

Él asintió mientras le sonreía, le tomó el rostro entre las manos y la acercó para besarla, primero un roce de labios y después un beso cargado de intensidad, se separaron un par de minutos después sintiendo que de nuevo la pasión estaba instalada en ellos.

Alessandro buscó la maleta en el armario y sacó de uno de los bolsillos internos de esta, cinco pequeñas cajas en colores negro y púrpura, cuyas letras en plateado resaltaba su función: «extra sensitivos», cada una traían tres preservativos.

—Bueno… aquí tenemos para unos tres días, señora escritora, quizás menos, pero ya después nos las arreglaremos para encontrar más —indicó sonriendo con picardía mientras se los enseñaba.

—Pero hay quince… eso mínimo nos da para una semana —mencionó, asombrada por las palabras de él.

—No conmigo, y muchos menos si los voy a usar contigo, Samantha, me prometí que no te dejaría dormir en días cuando te tuviera y créeme estoy más que dispuesto a cumplir esa promesa —le dijo con una sonrisa y la tomó en brazos para llevarla a la cama.

Ella comenzó a reír con entusiasmo, él la dejó en la cama y estaba por quitarse la ropa interior cuando ella lo detuvo, se puso de rodillas sobre la cama y después de dejar caer varios besos sobre el pecho fuerte y hermosamente masculino, deslizó con agilidad el bóxer hasta dejarlo caer a los pies de él. Sintió una maravillosa sensación recorrerla entera cuando al fin lo vio completamente desnudo, era la máxima expresión de perfección, había imaginado como sería su miembro, pero nada se comparaba con verlo en un plano real.

Él también la despojó de la sábana que la envolvía y esta vez pudo disfrutar de su total desnudez, de su vientre plano y blanco, de sus caderas redondas y provocativas, de su pubis cubierto apenas por una delgada capa de vellos en tono castaño, un hermoso y pequeño triángulo producto de una depilación cuidada, sumamente sensual.

La imagen hizo que su erección recobrara la firmeza que había perdido en la búsqueda de los condones, con su mano acarició la sedosidad de los finos vellos, no pudo controlar sus deseos de ir más allá y despacio frotó un par de dedos en la humedad de Samantha, gimiendo al comprobar que estaba muy excitada.

Un jadeo escapó de sus labios ante la invasión de Alessandro, arqueó la espalda y cerró los ojos disfrutando de sus movimientos, ella no quería quedarse atrás, así que mostrándose osada

llevó sus manos hasta la masculinidad de él. La envolvió con suavidad y decisión al mismo tiempo, arrancándole un jadeo que le supo a gloria, deseando más de eso terminó ofreciéndole su lengua mientras lo besaba y continuaba con la caricia, que a cada minuto se hacía más intensa, justo como la que le estaba brindado él a ella.

—Deseo estar dentro de ti… ahora, Samantha. —Se separó del beso, pero siguió acariciándole los labios con la lengua.

—Pensé que jamás lo dirías —pronunció mostrando una sonrisa triunfante, algo le decía que él esperaba que ella se lo pidiera.

Alessandro la miró divertido llegando a la misma conclusión que ella, sin duda lo había vencido, pero el triunfo no le duraría mucho. Tomó el paquete con el preservativo que había dejado sobre la cama, rompió el sobre metálico, tomándose su tiempo para hacerla desesperar a propósito, aunque en su acción él se estuviera muriendo.

—Déjame hacerlo —le pidió Samantha adivinando su juego.

Lo recibió emulando la sonrisa que él le dedicó, respiró profundo para controlar el temblor que de un momento a otro se había adueñado de sus manos, lo llevó hasta el glande de Alessandro y se concentró en deslizarlo despacio hacia la base de su pene. En verdad era hermoso y lo mejor de todo de un tamaño ideal, estaba segura de que con él disfrutaría mucho y no se vería expuesta a la tortura que sufría con Francis, quien estaba demasiado dotado y más que darle placer, la mayoría de las veces terminaba haciéndole daño.

—¡Listo! —expresó emocionada al ver que lo había hecho bien.

—¿Segura? —inquirió Alessandro, elevando su ceja derecha, solo buscaba provocarla y que lo tocara un poco más.

—Sí, está perfecto —contestó con una sonrisa deslizando dos de sus dedos por la longitud tensa y ardiente.

—¿Qué está perfecto? ¿El preservativo o mi pene? —preguntó de nuevo, la quería sonrojada y excitada.

—Ambos —respondió con seguridad, complaciéndolo cuando sus mejillas se pintaron de carmín, se mordió el labio antes de besarlo.

Alessandro le entregó una seductora sonrisa antes de dejarse envolver por un nuevo beso. La espera se le había hecho interminable, pero por extraño que pudiera parecer el afán de minutos atrás había casi desaparecido, ahora deseaba hacerla suya con dedicación, le acarició el cuerpo sintiendo con satisfacción cómo su piel se erizaba bajo el toque de sus dedos y ella se estremecía.

—Ven —le susurró Samantha, tomándolo por la mano.

Él apoyó una rodilla en la cama y en cuestión de segundos ya se encontraba encima de esta, la ayudó a tenderse despacio disfrutando de su imagen sobre las sábanas oscuras que hacían resaltar el tono nácar de su piel. Lentamente la cubrió con su cuerpo, quedando perfectamente alineados, sintiendo el maravilloso roce de sus pieles que se colmaron de calor, se miraron a los ojos en silencio, dejando que sus miradas hablaran, ninguno de los dos fue consciente de lo que le expresaron al otro, solo las dejaron en libertad.

Samantha suspiró relajándose por completo mientras le acariciaba la espalda a Alessandro, rindiéndose a la magia que desbordaban sus hermosos ojos azules; fue abriendo sus piernas para él, creando el espacio perfecto para que pudieran al fin unirse, elevando su pelvis en una invitación silenciosamente sensual, gimiendo al sentir como él acompañaba su gesto con suaves toques de labios y su cuerpo fuerte y cálido se ubicó en medio del suyo.

La sensación del miembro de Alessandro rozando su vientre fue tan excitante que la hizo gemir y apoyarse en sus hombros para elevar sus caderas y pedirle un poco más. Al tiempo que

le ofrecía su lengua rozándole los labios con un gesto tan erótico, que vio como el tono índigo del iris de Alessandro se cubría de la sombra del deseo, regalándole un par de zafiros que brillaban con intensidad.

Alessandro acarició con la punta de su lengua la de ella y después la atrapó entre sus labios, deleitándose con el gemido que le entregó, mientras rozaba su miembro en la cálida humedad que desbordaba de ella, su respiración se aceleró cuando se posó justo en la entrada. Llevó una mano hasta su punto más sensible y con dos de sus dedos acarició un par de veces, sintiéndola vibrar ante el roce, ella jadeó apretando su glande, intentando meterlo en su interior, pidiéndole que la penetrara.

—He soñado durante semanas con esto —pronunció, antes de empezar a hundirse en el interior cálido y húmedo.

Ella se arqueó liberando un gemido, sintiendo como se abría paso lentamente entre sus entrañas, tan despacio que podía jurar la hacía consciente de cada centímetro que conquistaba y la hacía expandirse. Era la sensación más deliciosa que hubiera experimentado hasta ese momento, podía sentir que él se contenía y la maravillaba su auto control, elevó una mano para acariciarle el rostro, para demostrarle cuanto valoraba que la tratara de esa manera.

Alessandro le regaló una sonrisa y con sus labios le recorrió la mejilla, dibujando un camino hasta su oreja, liberando un suspiro que la hizo estremecer y le provocó cosquillas pues la escuchó reír, él también lo hizo y después terminó por deslizarse por completo en su interior, deleitándose en lo estrecha que estaba.

Recordó que le había dicho que hacía mucho no tenía sexo, le fue completamente sincera y por una razón que no lograba explicarse lo hizo feliz comprobarlo, cada roce era tan intenso que apenas si notaba que tenía puesto un condón. La forma como ella lo envolvía y lo aprisionaba lo tenía al borde del delirio, sus deseos de lanzarse en un ritmo desbocado luchaban contra su anhelo por prologar el encuentro.

Habían pasado un par de meses desde que tuviera sexo, las ansias acumuladas aunado al deseo que había despertado Samantha, lo estaba haciendo sentir como la primera vez que se acostó con una mujer, no quería llegar al mismo final con ella, eso sería vergonzoso, por eso procuraba ir despacio, respirar profundamente y concentrarse en darle todo el placer que pudiera, lograr que al menos tuviera un par de orgasmos antes que él se desahogara.

Samantha temblaba y gemía perdida en ese mar de placer que Alessandro había creado para ella, a cada segundo que pasaba sentía como crecía esa emoción que precedía al orgasmo, como sus músculos se tensaban alrededor de él buscando sentirlo aún más. Los besos que él dejaba caer en su cuello eran tan excitantes que solo se limitó a sentirlos, y sabía que eso era un poco egoísta de su parte, que también debía participar de igual manera, pero era la primera vez que un hombre se dedicaba por completo a su placer y no quería desaprovechar ese instante, ya después lo complacería a él.

—Me encanta tu olor… —pronunció él, en la base de su garganta y pasó la lengua por el declive, ella se estremeció con fuerza y él repitió la acción esta vez más despacio—. Y me encanta tu sabor… eres tan dulce, Samantha —agregó en un susurro, dejó que su aliento cubriera el rastro de humedad que su lengua pintó.

—Siento… siento que estoy ardiendo… me estás quemando, Alessandro… no puedo más… no puedo más —esbozó entre gemidos aquello que sentía, no se cohibió en hacérselo saber, él lo merecía, por todo ese placer que le brindaba se merecía eso y más.

En respuesta a sus palabras, él aumentó el ritmo de sus caderas, llegando más profundo dentro de ella, sintiendo como su punto más sensible rozaba un lugar especial dentro su cavidad y como

los labios vaginales alcanzaban a tocar la base de su miembro. Samantha lo tomaba completamente creando una unión perfecta, como nunca había tenido con otra mujer, se deslizaba exquisitamente entre la calidez y la humedad que parecía aumentar a cada segundo.

—Deseo fundirme en ti… eres perfecta, Samantha… tú también me quemas… me estás volviendo loco, preciosa —pronunció contra sus labios bebiéndose su aliento tibio y dulce como la miel.

Puso sus brazos por debajo de ella y apoyó sus manos en los hombros para sostenerla, mientras aumentaba la rapidez de sus penetraciones, sus caderas se lanzaron en una carrera frenética que buscaba llevarla a ella al orgasmo y así poder liberarse también, sentía que ya no podía seguir aguantando más el remolino en su interior, sus testículos se tensaban reteniendo la eyaculación.

—¡Oh, Dios! —exclamó Samantha en medio de un jadeo ahogado que casi la hizo estallar, el cambio de ritmo de Alessandro la había tomado por sorpresa llenándola de un inmenso goce.

Sentía como los movimientos de sus caderas la hundían en el colchón, eran tan deliciosamente contundentes, que no podía seguir aguantando su liberación. Buscó los labios de él para besarlo con ímpetu mientras le daba rienda suelta a sus caderas para que lo acompañaran en esa danza tan extraordinaria.

Un segundo después sintió como su cuerpo se tensaba de pies a cabeza, abandonó la boca de Alessandro y hundió su rostro en el cuello de él; ahogando el grito que prácticamente le desgarró el pecho, uno que jamás había expresado, casi convulsionó bajo su cuerpo, unida a él, apretándolo con tanta fuerza que lo sintió detener sus embistes y respirar con dificultad.

Samantha sintió como si el aire abandonara por completo su cuerpo dejándola jadeante, agotada y temblorosa, mantenía sus ojos cerrados con fuerza, mientras sus manos crispadas se aferraban a la espalda de Alessandro. Aún sentía como suaves vibraciones le recorrían el cuerpo y se concentraban presionando su miembro que seguía profundamente dentro de ella, el sudor que cubría el cuello de Alessandro se mezclaba con aquel que perlaba su propia piel.

Inhaló profundamente para regresarle el oxígeno a sus pulmones y todo el aire cercano a ella estaba impregnado del aroma masculino, eso provocó que los latidos de su corazón, que empezaban a calmarse, se lanzaran cuesta abajo en la pendiente que apenas subía, y ella se dejó arrastrar sin oponer resistencia, pues deseaba continuar disfrutando de esa sensación tan dulce y placentera, que por primera vez experimentaba en su vida.

Él la dejó recuperarse del orgasmo, sintiendo su pecho colmado de felicidad y orgullo por haber conseguido mantenerse, mientras ella era arrastrada por el clímax; sentía su respiración entrecortada a un lado de su cuello, los temblores que aún la recorrían y esa maravillosa presión que seguía ejerciendo en torno a su pene, las sensaciones que Samantha le entregaba eran tan intensas que empezó a cuestionarse.

«¿Qué había de distinto en ella? ¿Por qué sentía como si todo con ella fuera nuevo? ¿Por qué esta felicidad que parecía desbordarlo?»

No quiso analizar nada en ese momento, pues las pulsaciones de su erección lo instaban a retomar su marcha. Buscó el rostro de Samantha y pudo jurar que era lo más hermoso que había visto hasta ahora; estaba sonrojado y sus labios aún temblaban, tenía los ojos cerrados y las largas y tupidas pestañas descansaban en sus pómulos.

—Si pudieras ver lo preciosa que luces en este momento —expresó con emoción, apoyando su frente en la de ella.

Samantha abrió los ojos, parpadeando para ajustar su mirada al entorno, aún sentía la vista nublada, en realidad sentía que toda ella se encontraba envuelta en una nube. Llevó su mano

trémula hasta el cabello de Alessandro apartándolo un poco de su rostro. Le gustaba que fuera tan manejable, entrelazó sus dedos y le dedicó una sonrisa radiante, pues se sentía muy feliz y satisfecha, se acercó a sus labios para besarlo al tiempo que se movía de nuevo debajo de él, queriendo con ello que retomara el camino de su propia liberación.

—Llévame ahora contigo, Samantha. —Le pidió posando una de sus manos en la cadera de ella y acariciándola con un gesto sugerente.

Ella comprendió lo que le pedía sin que tuviera que esbozarlo o hacerlo él mismo; la sintió doblar sus piernas haciéndole más espacio y luego cómo las manos de ella abandonaban sus hombros, para deslizarse por su espalda en una caricia maravillosa hasta llegar a su cintura. Se detuvieron un poco dudosas, pero después de darle un beso intenso y absoluto, se animó a posarlas en sus glúteos, apretándolos con decisión para luego usarlos de apoyo y elevar su pelvis llevándolo hasta el fondo de su intimidad y haciéndolo gemir de placer.

Un gemido que Samantha compartió y que no solo fue provocado por sentirse colmada por Alessandro, sino por la extraordinaria sensación que la recorrió al satisfacer sus deseos de tocarlo de esa manera. Lo había anhelado en varias ocasiones y aún le parecía increíble que todo eso estuviera sucediendo entre los dos, que estuvieran al fin unidos así. Se reprochó tantas veces por dejar a sus pensamientos volar, pero justo ahora todo eso le parecía tan absurdo, había sido una idiota por negarse lo que vivía en ese instante, se prometió que nunca más lo haría, no con él.

Alessandro supo que estaba perdido, que ya nada lograría retener el orgasmo que pulsaba en su interior y pendía de un hilo; acarició las piernas de Samantha antes de lanzarse de nuevo en esa carrera desbocada, que había tenido minutos atrás. Sus penetraciones cada vez eran más profundas y rápidas, la sintió apretar sus caderas para hacerse más estrecha y eso lo hizo liberar un gemido ronco, que salió de lo profundo de su pecho, no disminuyó un solo instante sus movimientos, ya no podía parar, necesitaba liberarse.

Olas de placer lo golpearon con tanta intensidad que apenas logró mantenerse cuando ella comenzó a temblar de nuevo, esta vez no pudo solo esperar a que el orgasmo de Samantha pasara. Se dejó ir con fuerza, vibrando igual o más que ella, sintiendo que eso era lo más extraordinario que hubiera experimentado nunca, algo dentro de él crecía y recorría su ser con asombrosa contundencia, rompiendo con todo lo que vivió anteriormente, haciéndolo consciente que eso sencillamente era más. Mucho más.

Capítulo 28

La explosión de sus cuerpos los dejó apenas con fuerzas, ambos respiraban agitadamente, manteniendo sus ojos cerrados, abrazados y temblando, mientras sentían como la unión que hacía de sus cuerpos uno solo, seguía provocando estremecimientos dentro de cada uno.

Samantha soportaba todo el peso de Alessandro que había caído desmadejado sobre ella, se sentía oprimida, pero no incómoda, aunque apenas lograba conseguir aire para llenar sus pulmones, no quería que él se alejara, quería estar así un poco más, poder sentir el calor y la humedad que cubrían su piel. Sus manos se deslizaban por cada músculo de su espalda, que ahora se sentían sumamente relajados.

Él envolvía a Samantha aún en sus brazos absorbiendo toda la calidez que su piel le regalaba, era consciente que debía liberarla del peso de su cuerpo, pero quería mantener su unión por más tiempo. Rozó con los dedos su pierna y la sintió estremecerse, se maravilló ante lo sensible que seguía, eso lo hizo sonreír y con lentitud abandonó su cuello y apoyó el rostro sobre sus senos.

—Déjame quedarme así… solo un instante, Samantha —le pidió, frotando su mejilla en la suavidad de sus pechos.

—Puedes quedarte todo lo que desees —contestó, liberando un suspiro ante las caricias de él y después una sonrisa.

El movimiento que hizo Alessandro al descender había separado sus sexos inevitablemente, pues él era mucho más alto que ella; sin embargo, la sensación de mantenerse unidos seguía gracias al estrecho abrazo. El lado derecho de su cadera ahora descansaba contra el pubis húmedo y cálido de Samantha, mientras su falo que iba perdiendo la tensión que lo mantuvo erecto, rozaba la suave piel del interior del muslo de ella. Suspiró frotando una vez más su mejilla en los voluptuosos senos, llevó una mano a su pene para retirar el preservativo; apenas se irguió un poco para alcanzar a divisar la cesta de la basura y lanzarlo, metiéndolo en esta con asombrosa puntería.

Samantha lo observaba entretenida y celebró su acierto entregándole una hermosa sonrisa, luego le dio un suave beso en los labios, le acarició la espalda llevando su mano hasta su cabellera y la apoyó en su nuca para instarlo a bajar de nuevo, disfrutando de la exquisita sensación de su barba rozando la delicada piel de sus senos.

—Es muy generosa, señorita Steinberg —sonrió contra su piel, llevó la mano a su pierna para extenderla y masajearla.

—No tienes ni idea, de cuán generosa puedo ser, Alessandro —esbozó, en un tono sugerente y ronco por los orgasmos vividos.

—Me muero por descubrirlo… —susurró cerca del pezón de ella que estaba frente a sus labios y sin poder controlar su deseo extendió su lengua para rozarlo—. Me encanta tu piel… es tan suave, tu olor es exquisito, Samantha… y tu sabor… te prometí que besaría cada rincón de tu cuerpo, ahora más que nunca puedes creer que lo cumpliré… te iré descubriendo despacio, degustándote como al mejor de los vinos… estoy seguro de que terminaré embriagado de ti —expresó, dejando libre ese lado seductor que en él era tan natural y esta vez no lo hacía solo para deslumbrarla, cada palabra que le decía era verdad.

Samantha no supo qué contestar a sus palabras, sentía que la emoción que la embargaba era tan poderosa que la estaba ahogando; esa presión dentro de su pecho apenas la dejaba respirar, y

sus ojos se humedecieron al tiempo que, una mezcla de miedo y alegría libraba una batalla dentro de su corazón. Tomó aire para intentar controlarse y ordenar sus ideas; debía responderle, decir algo casual, lo que fuera, pues el silencio empezaba a resultarle abrumador y solo habían pasado unos segundos, pero lo sentía como horas, dejó de lado las palabras y prefirió demostrarle con acciones.

Llevó su mano hasta la barba de Alessandro y la acarició con suavidad para después elevarla un poco, pidiéndole con ese gesto que la mirara, él lo comprendió pues se dejó guiar por ella. Samantha le dedicó la mejor de sus sonrisas y con la punta de sus dedos comenzó a dibujar su rostro, primero su poblada ceja, después siguió por el tabique perfectamente recto que culminaba en una peculiar y atractiva punta, no era cuadrada, sino un poco redonda, un rasgo que solo había apreciado en él y que hacía su nariz única. Eso la hizo sonreír pues, por lo general, no considera a ningún hombre único; sin embargo, no podía decir que Alessandro fuera alguien común. Su belleza era casi perfecta, como las de las esculturas romanas que habían sido desde siempre el patrón para designar lo que es hermoso, exquisito y sublime.

Él la observaba con intensidad y ella sentía su corazón latir con rapidez mientras su piel se calentaba de nuevo y sus pupilas se dilataban perdidas en su rostro. Despacio continuó con su recorrido, esta vez le tocó el turno al surco entre su nariz y el labio superior; la sombra de la barba, que cubría la mitad de su cara, en este pequeño espacio era más fuerte, era tan masculino, tan elegante y suave al mismo tiempo, pudo sentir el soplo de su respiración y eso la hizo sonreír de nuevo.

Siguió deslizando su dedo por la curva del labio superior, lo acarició un par de veces y después se deleitó delineando el inferior, siguiendo el suave contorno. Se sentía pérdida en la suavidad de esa boca que era pequeña y al mismo tiempo tan masculina y poderosa, tembló recordando cómo la había enloquecido, cómo estaba derritiéndola de nuevo. Él suspiró ante sus caricias y cerró los ojos, ella quedó prendada de su imagen, que aún, ocultando tras sus párpados las preciosas gemas que eran sus ojos, seguía conservando su atractivo.

Alessandro estaba completamente hechizado por las caricias y la imagen de Samantha, no podía controlar los leves estremecimientos que lo recorrían a cada toque de ella. ¿Desde cuándo había sido tan sensible? ¿Desde cuándo una simple caricia podía hacerlo temblar? Se cuestionaba cerrando los ojos despacio, suspirando y relajándose completamente gracias la magia que ella desbordaba, lo tenía completamente rendido, y por primera vez no le importó ceder todo el poder, sin siquiera notarlo subió su rostro pidiéndole un beso.

Samantha no pudo resistirse ante esa petición, acercó sus labios para unirlos lentamente con los de él; al principio los roces eran suaves, apenas toque de labios, pero sentía la necesidad en él por profundizarlo, así que abrió su boca. La sensación era tan deliciosa que la hizo suspirar contra la boca de Alessandro, ahogando en ella ese sonido y el pequeño soplo de aire que salían de lo más profundo de su pecho.

Él sentía los deseos renacer dentro de su cuerpo, asombrándose ante las ansias que Samantha le provocaba, cómo un beso podía excitarlo de esa manera y querer estar dentro de ella una vez más. Sabía que debía darle tiempo a su cuerpo, que no era un adolescente que pudiera tener una erección en cuestión de minutos. Se dejó llevar por el deseo y atrapó su boca en un beso profundo, al tiempo que llevaba la mano a su nuca para acercarla más; despacio enredó sus dedos en el cabello castaño, bebiendo el gemido que le entregó y feliz al comprobar que ella también lo deseaba con la misma intensidad.

—Alessandro… sigue besándome… no dejes de hacerlo, no lo hagas por favor —suspiró al sentir que él besaba su cuello.

Le brindó una caricia empezando en su espalda, subiendo a su hombro y deslizándose por su brazo, disfrutando de los músculos que se dibujaban perfectamente bajo su cálida piel, gimiendo ante los besos suaves y húmedos que él depositaba en su cuello, los mismos que bajaban hasta sus senos y la estaban llevando a la locura de nuevo.

No había pasado una hora desde que el deseo hiciera estragos en ella, pero allí estaba de nuevo, calentándole la sangre, estremeciendo su cuerpo que ya rogaba por tenerlo en su interior una vez más.

—Samantha… te deseo, ya… ahora —pronunció con voz grave, mucho más de lo habitual gracias a las emociones que lo recorrían.

Con suavidad se dejó caer de espaldas sobre la cama mientras movía a Samantha para ponerla encima de su cuerpo, invirtiendo sus posiciones para que ella estuviera más cómoda. Se estaba esmerando en complacerla, mientras le daba tiempo a su cuerpo para que recobrara sus fuerzas; por suerte, podía sentir que no tendría que esperar mucho pues a cada minuto ganaba mayor rigidez.

Sin embargo, no se limitó a solo esperar, le dio riendas sueltas a sus manos para que se encargaran de satisfacer muchos de los deseos que lo habían torturado durante días y noches. Deslizó sus dedos por la espalda de Samantha, deleitándose en la suavidad y posándolos justo en la curva de sus glúteos, la acarició lenta y posesivamente, evaluando la reacción de ella para decidir si continuar o quedarse allí.

—Quiero más de esto… quiero sentirte… me estás volviendo loca, Alessandro, todo lo que haces me encanta —expresó, acariciándole el pecho y los hombros.

Llevada por el deseo entrelazó los dedos en su cabello y se dispuso a beber de su boca, su lengua ahora masajeaba la de él, sus labios presionaban y succionaban, mientras movía sus caderas a un ritmo acompasado y sumamente excitante. Rozando con su intimidad el miembro de Alessandro que poco a poco se erguía llenándola de expectativas y aumentando su necesidad.

Él sentía que no podía contener sus deseos, su cuerpo solo acataba los mandatos de ella, solo quería satisfacerla y entregarle lo que llevaba dentro. Sus fuerzas, sus ansias, su pasión; esta vez todo era mucho más intenso, mucho más erótico porque ambos sabían cómo complacer a sus cuerpos, o al menos, qué camino seguir para alcanzar un orgasmo igual de intenso a ese que tuvieron casi al mismo tiempo.

—Samantha… pásame un preservativo, por favor —le pidió señalando con su mano la caja sobre la mesa de noche.

Ella no titubeó ante su solicitud, tomó lo que le pedía y sacó el paquete metálico que contenía el condón. Dejó la caja donde estaba y con cuidado abrió el empaque, extrajo la goma y se la extendió a él, ya listo para ser puesto.

—Hazlo tú… lo pones de maravilla —mencionó él, sin recibirlo.

Ella le dedicó una sonrisa cómplice y se movió encima de él, acomodándose para quedar sentada sobre sus muslos, llevó su mano hasta el pene y antes de ponerle el preservativo se esmeró en acariciarlo.

Disfrutaba de la sensación aterciopelada que percibía en sus dedos, mientras se deslizaban con suavidad desde el glande hasta llegar a la base, podía sentir como el calor iba en aumento, así como la firmeza. Nunca le había resultado tan placentero tocar a un hombre como, había algo en él que la impulsaba a complacerlo, a dar lo mejor de sí en cada momento; siguió ayudándolo a que ganara un poco más de tensión, debía tenerla si deseaba que ella estuviera arriba esta vez.

Alessandro se concentró en disfrutar de las caricias y la imagen de Samantha tocándolo, viendo como el suave ritmo de sus manos a momentos provocaba que sus senos se movieran

ligeramente, como se mordía el labio cada vez que su falo le entregaba pulsaciones que le hacían saber que estaba haciendo un excelente trabajo. No pudo evitar imaginarla acercando esa hermosa boca hasta él y tomándolo, envolviéndolo con su exquisita y tibia lengua, succionándolo con esos labios que lo volvían loco.

La imagen hizo que Alessandro jadeara de placer, que su pecho se estremeciera con fuerza; deseaba eso, sí lo deseaba, pero no se lo pediría, dejaría que fuera Samantha quien tomara la iniciativa, y ya había notado que tenía una buena relación con su miembro, así que, quizás eso no se llevaría mucho tiempo, esa certeza lo hizo estremecer. Ella se detuvo y lo miró dudosa, quizás pensando que había hecho algo mal, pero él le demostró que había sido todo lo contrario, cuando elevó un poco más su pelvis al tiempo que sonreía.

—Se suponía que no tenías mucha experiencia en este tipo… de prácticas —comentó juguetón, al recordar el episodio en su cocina.

Llevó sus manos a los muslos de ella para acariciarlos, empezando desde sus rodillas y ascendiendo, haciéndolo con la misma lentitud con la que ella deslizaba el preservativo por su miembro, disfrutando de la exquisita sensación que le provocaban las manos de Samantha. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro lento, cargado de satisfacción cuando se supo completamente cubierto por el látex.

—Digamos que tengo especial interés en hacer que… su mejor amigo se levante. —Se sonrojó, no podía creer que hubiese dicho eso.

Se llenó de vergüenza y estuvo a punto de salir corriendo para esconderse en el baño, cerró los ojos reprochándose por mostrarse de esa manera, como si fuera una mujer con una amplia experiencia, tan desinhibida y descarada. Ella no era así, estaba de acuerdo en ofrecerle a él una imagen más desenvuelta, pero no a tal punto solo para impresionarlo. Nunca había necesitado de eso para captar la atención de un hombre, no quería que Alessandro se formulara una idea errónea y terminara pensando que, así como actuaba con él, lo hacía con los demás, porque no era cierto.

—Samantha… deja de analizar todo lo que haces o dices, intenta actuar según lo que sientes y lo que deseas —mencionó Alessandro, cerrando la delgada cintura de ella con sus manos.

Él fue consciente de la tensión que la embargó de un momento a otro, su cambio fue demasiado evidente y no porque hubiera detenido sus caricias, sino porque su semblante gritaba que se estaba reprochando internamente, quizás por pensar que se mostraba muy desinhibida, cosa completamente absurda pues él no pensaba así.

—Yo… no estoy analizando y por eso digo lo que digo —contestó para defenderse y de nuevo se reprochó ser tan espontánea.

—Ven aquí… dame un beso. —La instó a que descendiera mientras le sonreía y la ayudaba a bajar con sus manos.

Como esperaba Samantha lo hizo con facilidad, ya le había demostrado cuán flexible era, mantuvo una mano en la cadera y con la otra recorrió su espalda hasta posarla en su nuca, entrelazando sus dedos en la sedosa cabellera y unió sus labios con un toque sutil, lento.

—Me encanta que seas una mujer inteligente y que siempre pienses las cosas antes de decirlas, que cuentes con un criterio propio y muy bien formado… pero en ocasiones debemos dejarnos llevar, ser menos dogmáticos, más naturales… decirle a nuestro lado racional que guarde silencio y le permita expresarse al otro… Ese que me mostrarte hoy en la colina, te quiero así, libre y alegre, no te pido que no pienses, solo que no lo hagas con tanto ahínco cuando estamos así, cuando te tenga en mis brazos desnuda y hermosa, te quiero sintiendo, no pensando —pronunció mirándola a los ojos, dejando que no solo sus palabras expresaran sus deseos, sino que también

lo hiciera su mirada.

Ella una vez más se quedaba sin saber qué responder ante lo dicho por Alessandro, solo podía sentir como su corazón latía emocionado y todo el cuerpo le vibraba, sintiendo, además, que algo en su interior florecía haciéndola muy feliz, tanto que no disimuló su estado y en respuesta a las palabras de él, le entregó un beso.

Uno lento y hermoso, cargado de sentimiento, de ternura y que, poco a poco se fue convirtiendo en una descarga de pasión que le cubrió el cuerpo. Se separó de Alessandro con la respiración agitada, uniendo sus frentes como hiciera él antes, con los ojos cerrados, temblando y confundida por todo lo que estaba sintiendo.

—Me gustas… me gustas mucho, Alessandro —susurró contra sus labios, sin animarse a abrir los ojos, deslizó su rostro hasta el cuello de él, intentando esconder su sonrojo.

—Nos gustamos, Samantha, tú también me gustas a mí… me gustas mucho y eso ya lo sabes… —esbozó él, moviéndose para mirarla a la cara, ayudándose con la mano para volverla, le dedicó una hermosa sonrisa cuando lo consiguió—. ¿Lo sabes verdad? —preguntó, sintiendo el golpeteo de su corazón que se había hecho pesado, a la espera de su respuesta.

La vio quedarse en silencio y su ansiedad aumentó, quería darle tiempo, pero la paciencia no era una de sus virtudes. Sin embargo, no la presionó con palabras, lo hizo con caricias, llevó su mano a la mejilla y de allí bajó hasta el cuello, siguió con su mirada el recorrido que hacía.

—Lo sé… —dijo ella, estremeciéndose ante el toque de Alessandro sobre uno de sus senos.

—Sería el colmo que no lo hicieras, Samantha Steinberg, he pasado los dos últimos meses insinuándotelo —mencionó divertido y aliviado.

Por alguna extraña razón deseaba que ella supiera cuanto le gustaba, mostró una hermosa sonrisa al ver la picardía en sus ojos. Samantha comenzó a reír contagiada por su buen humor, él también lo hizo, pero después de un minuto se quedó mirándola y había tanta intensidad en sus ojos que Samantha se sintió temblar. Lo deseaba ardientemente, como no había deseado a otro hombre, hizo lo que él le pedía, dejó de pensar y lo besó de nuevo; esta vez lo hizo con pasión.

Alessandro elevó su cadera para buscarla, deseando estar dentro de ella en ese preciso momento, sus manos se anclaron en la cadera de Samantha y muy despacio la fue bajando. El roce de sus sexos fue el detonante para que ambos perdieran los estribos y se dejaran envolver por la pasión, gimieron en sus bocas al tiempo que se unían. Una vez más llegó muy profundo dentro de ella, escuchándola jadear junto a su oído y sintiéndola estremecer entre sus brazos, expresando las mismas sensaciones que a él lo atravesaban con fuerza.

—Te entrego las riendas, Samantha… déjame verte, déjame sentirte… hazme lo que desees, preciosa, desde ahora soy todo tuyo —expresó, acariciándole la espalda.

El placer hizo espirales dentro de su cuerpo cuando las palabras de Alessandro se colaron en sus oídos, esa había sido la manera más sensual que había escuchado en su vida, en la que un hombre le pedía que adoptara una posición sobre él. Excitada como si fuera la primera vez que lo tenía en su interior, acercó su boca para darle apenas un toque húmedo, con los labios abiertos y su lengua en medio. Le mordió el labio inferior con suavidad pues no pudo evitar caer la tentación y después lo acarició con su lengua, Alessandro gimió y le apretó las nalgas, ella también se quejó, pero no de dolor sino de placer.

Con un movimiento diestro y sensual, Samantha se posó encima de Alessandro, lentamente para mantener la unión de sus intimidades, dobló sus piernas a cada lado de sus caderas y apoyó sus manos en el pecho que mostraba la respiración agitada.

Hizo todo eso sin dejar de contemplar su rostro, sintiéndose orgullosa al ver como él paseaba la mirada por su cuerpo y su semblante mostraba que lo que le gustaba mucho lo que veía.

Finalmente, movió sus caderas para anclarse en el pene erguido y perfecto de él, disfrutando de esa sensación de tenerlo por completo dentro de ella, pulsando a momentos, pero inmóvil a la espera que ella iniciara el ritmo que los llenaría de placer a ambos.

Alessandro sentía que la espera lo torturaba, pero no apresuraría las cosas, deseaba que esta vez fuera ella quien llevara el ritmo, la deseaba completamente dedicada a darle placer. Se movió bajo ella buscando comodidad y le acarició las caderas con lentitud, complacido ante la suavidad de su piel. Sentía cómo el interior de Samantha creaba una sensación maravillosa al tensarse y relajarse entorno a su miembro, intentaba mantenerse inmóvil y acompasar su respiración a la de ella, mientras el deseo se acumulaba en su interior.

Samantha disfrutaba de su imagen desde esa posición, recorriendo con su mirada el rostro de Alessandro, todos aquellos espacios que sus manos habían tocado, sintiendo como él le calentaba la piel, como encajaban a la perfección. Nunca se había sentido tan bien teniendo a un hombre dentro de ella, ya antes lo había disfrutado, pero con él las cosas sencillamente era extraordinarias y quería más, mucho más.

Con esa resolución en la mirada y dedicándole una sonrisa sensual, él pudo ver que ella se disponía a comenzar; sin embargo, nada lo preparó para lo que sintió cuando Samantha elevó sus caderas con suavidad, y después se movió hacia delante apretándolo con fuerza, para seguido de ello hacerse hacia atrás con un movimiento más ágil, él jadeó sin poder evitarlo, contuvo la respiración y la miró con deseo.

Una vez más Samantha marcaba el ritmo, esta vez con mayor rapidez metiéndolo en su interior con contundencia, clavándole las uñas en el pecho mientras él se hundía en lo más profundo de sus entrañas. Allí donde el placer hacía explosión y le recorría todo el cuerpo, lo sintió temblar a él también y eso le encantó, la hizo sentir dueña del momento. Se irguió quedando sentada con la espalda recta y apoyando la punta de los dedos en el abdomen de Alessandro, sintiendo como los músculos se tensaban cada vez que ella subía y bajaba con un movimiento acompasado, que a cada minuto ganaba más fuerza, pues la necesidad en ella crecía.

Los jadeos y los gemidos que ambos emitían se hicieron más constantes, los que liberaba Alessandro eran música para sus oídos; no podía evitar sonreír feliz al ver cómo el placer se reflejaba en el rostro del hombre debajo de ella, cómo sus labios se encontraban ligeramente separados para tomar aire, y cómo la mirada azul oscura y brillante seguía el movimiento que hacían sus senos, a consecuencia del que llevaban sus caderas. Las mismas que ahora marcaban una danza mucho más enérgica y sensual.

Comenzó a rotarlas con suavidad, pero cuando subía y bajaba lo hacía con premura sintiendo que se encontraba justo a las puertas de un orgasmo maravilloso. Se dobló de nuevo apoyando sus manos en los hombros de Alessandro y se concentró en empujar sus caderas contra las de él, buscando su liberación, sintiendo cómo sus senos brincaban con la misma energía que impulsaba sus caderas, y la punta de sus pezones rozaban en el vaivén, el pecho de Alessandro.

Él llevó sus manos a la cintura de Samantha, solo apoyándolas allí, no para indicarle un ritmo, no era necesario pues ese que ella llevaba era absolutamente extraordinario y lo estaba enloqueciendo. Por lo general, se sentía más cómodo siendo quien llevaba las riendas, aun cuándo ellas estaban arriba. Desde abajo marca su propio ritmo y nunca había logrado tener un orgasmo estando en esa posición, pero algo le decía que esta mujer podía cambiar eso en cuestión de segundos. Le llevó la mano al cuello y la atrajo hacia él, quería beberse el grito que ella liberara cuando llegara a la cúspide del placer.

—¡Samantha! —exclamó cuando ella cambió el ritmo, gracias a la posición que había adoptado para besarlo—. Por todos los cielos… mujer me vas a matar… justo así, preciosa, hazlo

justo así —le pidió acariciando su nariz con la de ella y mirándola a los ojos.

—Alessandro… me voy a ir… no puedo más… no puedo contenerlo… ¡Oh, Dios mío! —le hizo saber de manera entre cortada, mientras temblaba y apuraba sus movimientos.

—Hazlo, Samantha… déjate ir, yo te recibo, yo estoy aquí —expresó, dándole suaves toques de labio.

El orgasmo la hizo tensarse hasta el punto de que creyó que se quebraría en pedazos, liberó un jadeo ronco y entrecortado; para después ser víctima de una serie de espasmos que la recorrieron completa, no supo de ella por varios segundos. Sintió cómo si todo a su alrededor hubiera desaparecido y su cuerpo quedara suspendido en el aire. Luego se desplomó completamente exhausta sobre el pecho de Alessandro, siendo apenas consciente del sudor que lo cubría y escuchando el eco de su corazón a lo lejos, como si estuviera dentro de una burbuja que la alejaba de la realidad.

Capítulo 29

Alessandro le acarició la espalda con suavidad, intentó darle tiempo para recuperarse, aunque su propio cuerpo le exigía continuar; apoyándose en sus manos se levantó llevándola con él hasta quedar sentados, acunó el rostro de Samantha y comenzó a besarla, buscando traerla de regreso. Sin embargo, los temblores de ella y las contracciones que su vagina producía en torno a su pene no le ayudaban en nada, aprovechó que el cuerpo de ella estaba tan relajado que le dejó moverlo a su antojo, su hermosa escritora parecía una muñeca de trapo.

Tomó los brazos de Samantha y los puso por encima de sus hombros, para que ella pudiera sostenerse mientras sus manos viajaban a sus piernas y las estiraban a cada lado de sus caderas, dejándola en la misma posición que él tenía. Sonrió al ver que ella parpadeaba intentando entender quizás, lo que se disponía a hacer.

Le acarició los labios sin llegar a besarla y con suavidad la tomó de las caderas para acercarla a él, se movió desde abajo haciendo su unión más estrecha. Ella liberó un gemido al sentirse invadida una vez más y cerró los ojos, Alessandro se sintió feliz al ver que disfrutaba de tenerlo dentro de ella, tan profundo como estaba en ese instante.

—¿Lista para la segunda vuelta, señora escritora? —preguntó con picardía, con la mirada radiante y una sonrisa ladeada.

—Sí… lista para usted, señor actor —respondió con la voz rasposa y moviendo su cabeza en señal de afirmación. Aún se sentía conmocionada, pero lo deseaba con locura y contra eso no podía hacer nada más que entregarse a él—. Bésame, Alessandro… bésame. —Su voz era casi una súplica y su mirada, que justo ahora lucía un hermoso tono miel, solo expresaban lo mismo.

Él enredó sus manos en el cabello castaño y se adueñó de su boca con un beso ardoroso y sensual, necesitado, salvaje, uno que buscaba drenar lo que ella le estaba provocando; todas esas sensaciones nuevas y maravillosas que le recorrían el cuerpo. Se hundió aún más dentro de ella, ahogando con su lengua el gemido que le entregó y que lo excitó tanto, que estuvo a punto de eyacular en ese momento, pero contrajo sus testículos para evitarlo.

Ella se deslizó un poco más y empezó a mover sus caderas de nuevo contra él, sintiendo como fuerte y poderoso, el miembro de Alessandro prácticamente la empalaba. Nunca había hecho esa posición y era sencillamente exquisita; recogió sus piernas flexionándolas a ambos costados de él. Luego le dio libertad a su pelvis que subía y bajaba creando una penetración perfecta, y el roce que se producía con cada una, era tan intenso y mágico sobre su clítoris, que se sintió temblar de nuevo, no podía creer que su cuerpo ya estuviera listo para vivir otro orgasmo, terminaría desmayada si algo así sucedía.

Alessandro estaba completamente extasiado y rendido ante los movimientos, los besos y la imagen que ella le ofrecía, ante el aroma que brotaba de su piel, el sudor que la cubría, el sonrojo que teñía su figura de un matizado carmín y el sonido que producía la unión de sus cuerpos. Todo era tan excitante y sublime a la vez que no quería que eso terminara, pero una cosa era lo que él quería y otra la que le rogaba su cuerpo, se decidió por complacerlo pensando que ya tendría tiempo más adelante para repetir todo, pues de algo estaba seguro y era que tendría a Samantha junto a él tanto como pudiera.

Despacio bajó sus manos en una caricia por la espalda hasta anclarla en la curva de su trasero, tal como ella hiciera con él, la apretó con suavidad y después la usó de apoyo para empezar a

moverse con contundencia dentro de ella. Rápido y certero se movía en su interior, deslizándose en la tibia humedad que lo envolvía y que casi podía sentir aun llevando el preservativo, sintió una vez más que ella lo apretaba con intensidad y no pudo contenerse más.

Comenzó a expulsar su simiente con fuerza, apretando sus dientes y dejando que el aire saliera de su garganta en una especie de gruñido que ahogó en el cuello de Samantha, estremeciéndose ante cada descarga y, aunque esta vez sentía que fue mucho menos que la primera, no pudo evitar aferrarse a ella y cerrar los ojos con fuerza, dejándose envolver por ese rayo de luz fugaz que lo golpeaba con poderío.

Samantha escuchó el gruñido ronco que salió de los labios de él, para segundos después sentirlo temblar y pulsar con fuerza en su interior, eran claras señales que había tenido un orgasmo, uno muy bueno por la forma en cómo se apretaba contra ella y seguía gimiendo. Eso la hizo sentir maravillosamente bien porque sabía que era la responsable, que ella había hecho que un hombre tan hermoso y sensual como él, se corriera con tanta fuerza y de paso lo hiciera sintiéndose satisfecho.

Esa certeza hizo que ella también apreciara su propio orgasmo bullir en su vientre, tomó el rostro de Alessandro entre sus manos y lo besó con pasión mientras le imprimía mayor fuerza al ritmo de sus caderas, sintiendo que aún seguía erecto a pesar de haber eyaculado, abandonó la boca de Alessandro y le apoyó las manos en los hombros para subir y bajar sus caderas con rapidez.

Él mantuvo sus brazos rodeándole la cintura mientras sentía los vestigios del orgasmo abandonarlo lentamente; su corazón latía desbocado y su respiración era agitada. No recordaba cuando fue la última vez que se sintió así o si alguna vez lo había hecho, lo único de lo que estaba seguro era que había sido maravilloso.

Dejó que Samantha jugara con su boca a su antojo, mientras intentaba seguirle la marcha, recuperándose de los estremecimientos que le recorrían el cuerpo, y que ella seguía provocando con el extraordinario ritmo de sus caderas. Una vez más le cedió todo el poder y con suavidad se dejó caer hacia atrás para darle a ella libertad de movimientos, acariciándole las piernas en casi toda su extensión, tanto como lo había deseado. Se concentró en hacerlo desde sus tobillos hasta sus rodillas mientras Samantha seguía subiendo y bajando sus caderas, metiéndolo y sacándolo de ella con rapidez.

La vio deslizarse hacia atrás también y apoyar las manos sobre sus pantorrillas, eso la dejó sensualmente expuesta para él; no perdió la ocasión de deleitarse con la imagen de la unión de sus sexos y los senos de ella, que se movían acompasados con sus caderas, dándole un cuadro sumamente erótico.

Ella tenía los ojos cerrados con fuerza, mientras le daba rienda suelta a sus caderas para que la ayudaran a alcanzar el maravilloso clímax que el cielo le prometía. No pudo más que seguir el ejemplo de Alessandro y tratar de dejar ir un poco de su peso en una postura más relajada. Las piernas de él eran perfectas para ello, pues le brindaron estabilidad; jadeó y se mordió el labio cuando él comenzó a acariciar las suyas, se contrajo alrededor de su pene y lo sintió palpitar de nuevo. Eso la hizo feliz porque aún después de haber eyaculado, él le seguía perteneciendo, gimió y se concentró en contener unos segundos el orgasmo.

Sus deseos fueron en vano, el orgasmo estalló con fuerza cuando lo sintió darle un beso en el tobillo; para después acariciarlo con su lengua y succionarlo. El estremecimiento que eso le produjo subió por su pierna y golpeó con fuerza su centro. Ella se liberó dejándose caer completamente hacia atrás, quedando en medio de las piernas de él, absolutamente perdida en ese mundo maravilloso, que había descubierto de la mano de ese hombre y del que no deseaba

salir en lo que le quedaba de vida.

Alessandro sintió como su pecho se llenaba de una extraordinaria emoción al ver a Samantha perdida por completo en el placer, cómo su cuerpo se contraía y sus labios se abrían ligeramente para permitir el paso del aire, cómo sus párpados cerrados temblaban y la piel de sus mejillas se pintaba de un rosado más intenso al habitual. El movimiento de sus senos y el temblor que a momentos estremecía su vientre también era un verdadero espectáculo, uno que por primera vez se deleitaba en presenciar en todo su esplendor.

No se había dedicado a observar las reacciones que el orgasmo provocaba en una mujer, solo disfrutaba de ellos por el momento que duraban y lo hacían sentir satisfecho con su desempeño, pero más allá de eso, no se fijaba en las reacciones que este causaba, pero le fascinó presenciarlas por primera vez.

Ella seguía sumergida en su plácida y perfecta laguna de felicidad, sintiendo cómo el aire iba llenando sus pulmones lentamente, y cómo su corazón volvía a retomar sus latidos normales. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción que no podía borrar de sus labios, aunque lo deseara. Su cuerpo estaba tan sensible que podía sentir cómo el aire que se colaba de algún modo en la habitación le refrescaban la piel, suspiró y abrió los ojos fijándose que el ventilador de techo estaba encendido. Ni siquiera notó cuando Alessandro lo encendió; era una pieza igual de hermosa a la que estaba en su habitación, un objeto más decorativo que útil pues sus aspas, apenas si se movían.

—Estoy verdaderamente exhausto… me ha dejado fuera de combate, señorita Steinberg, lo más probable es que necesite un buen descanso para reponer fuerzas, hasta entonces deberá prescindir de mis servicios —buscó sonar divertido, mientras le acariciaba una pierna.

La verdad era que estaba siendo sincero, ella lo había dejado sin fuerzas y no se avergonzaba de admitir, cuando una mujer lo dejaba fuera de juego. Después de todo, era igual a los demás, no tenía súper poderes y no le gustaba alardear de cosas que sabía eran imposibles para cualquier ser humano, sería mucho más vergonzoso intentar hacerla suya de nuevo, cuando apenas podía levantar la cabeza.

Ella comenzó a reír ante sus palabras, su pecho se estremecía y sus ojos se llenaban de lágrimas, mientras negaba con la cabeza; disfrutando de esa felicidad que la recorría y burbujeaba en cada rincón de su ser. Suspiró e intentó parar de reír, pero no lo consiguió, solo el cansancio fue menguando de a poco su risa, acarició la pierna derecha de Alessandro y notó que estaba algo tensa.

Él había gozado en un principio de la risa de ella; sin embargo, al ver que no paraba pensó que se estaba burlando, eso lo quisiera o no había herido su orgullo masculino, lo había molestado y estuvo a punto de cuestionarle a Samantha. ¿Qué era eso que la divertía tanto? Para ver si él también disfrutaba del chiste.

—Yo necesitaré de lo que resta del día… —confesó y dejó libre un suspiro—. Necesito ponerme de pie e incluso pensar en ello me cansa, así que cuenta con toda la tarde libre, Alessandro… por hoy me doy por vencida —agregó mientras sonreía.

Allí estaba una vez más Samantha volteándole el ánimo en cuestión de segundos, haciéndolo ser ahora el hombre más orgulloso y capaz del planeta; solo unas palabras y provocaba que la molestia se esfumara de su pecho como por arte de magia. Ella tenía ese poder y quizás por ello era por lo que le gustaba tanto, quiso disfrutar de su recién adquirida victoria, se levantó quedando de rodillas sobre la cama, y apoyó sus manos a ambos lados de los hombros de ella.

—Pensé que eras una mujer con mucha resistencia, no vas a desilusionarme ahora, ¿dónde quedaron las energías que usas para correr varios kilómetros todas las mañanas? —preguntó

provocador.

—Una cosa es correr varios kilómetros en dos horas, y otra muy distinta es tener cuatro orgasmos, en el mismo lapso de tiempo… —decía en su defensa, cuando él la detuvo.

—Bueno esta vez solo fueron cuatro… la próxima te prometo que intentaré darte más —mencionó con absoluta convicción.

Samantha se mordió el labio sintiendo como esa promesa le recorría el cuerpo y se concentraba en lugares que aún le palpitaba; sintió el deseo de besarlo, pero sabía que, de empezar de nuevo nadie los pararía y juraba que, si no se desmayó antes, esta vez sí lo haría. Le dedicó una sonrisa, buscó una salida rápida y que la dejara bien parada, se movió haciéndole ver que necesitaba levantarse.

—Acepto tu promesa, Alessandro, pero para otro momento, ahora me urge ir al baño… ¿Puedo? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Por supuesto… —contestó, dejándose caer de costado en la cama para darle libertad.

Ella se puso de lado para abandonar la cama y él no pudo controlar el deseo de acariciarla, deslizó su mano por la curva de la cintura y el trasero perfecto de Samantha, sintiéndola temblar bajo su toque. Sonrió cuando ella lo miró por encima del hombro; y se sintió complacido al ver que en respuesta le sonreía tímidamente. Él quedó absorto en las hermosas y torneadas piernas femeninas, cuando ella se levantó, vio que flaquearon, así que se movió para atajarla cuando estuvo a punto de caer a su lado.

—¿Necesita ayuda, señora escritora? —inquirió divertido.

—No, estoy bien… —contestó ella, irguiéndose orgullosa, dedicándole apenas una mirada y después se volvió para alejarse.

Alessandro siempre había disfrutado de ese instante, tenía cierta debilidad por ver el andar de una mujer desnuda y de espaldas después de haberla hecho suya; había cierto sentido de posesión, algo que le aseguraba que esa mujer le había pertenecido. Al menos, mientras estuvo en sus brazos, existía algo excitantemente erótico en esa imagen, y la silueta perfecta de Samantha, le estaba entregado uno de los mejores cuadros que hubiera visto, todo en ella parecía ser especial.

Quizás porque había pasado casi dos meses tratando de tenerla, ahora se aplaudía por su valentía y paciencia; la verdad, había valido la pena. Ella era increíble, era sensual y hermosa, además, que se movía como una diosa, nunca había estado tan cerca de desahogarse teniendo a una mujer encima como lo estuvo con ella.

Se dejó caer de espaldas trayendo a su mente el recuerdo de esa imagen y la sonrisa en su rostro se hizo mucho más amplia; así como la sensación de plenitud y goce que invadía su pecho. Suspiró y cerró los ojos, extendiendo sus brazos a ambos lados y estirándose cuán largo era para relajarse. Se giró una vez más y abrió los ojos, posando su mirada en la puerta cerrada del baño; pensó en ir a acompañarla, pero después fue consciente de su limitación, cuando vio su miembro flácido y completamente derrotado.

—Bueno… no puedo culparte, hoy te portaste como un campeón, te felicito, mereces un descanso… igual no la dejaremos ir, ¿verdad? —preguntó, dirigiéndose a su entrepierna y con una sonrisa cargada de picardía, asintió en un gesto firme.

Se puso de pie deshaciéndose del preservativo, lo amarró y lo lanzó en la papelera junto con el otro; después caminó para intentar organizar la habitación. Recogió sus prendas, las dobló y las acomodó en un extremo del armario que no tenía ocupado, después de eso regresó hasta la cama; removió las sábanas cubiertas de sudor y las cambió por unas limpias, solo le tomó cinco minutos dejarla presentable de nuevo.

Samantha cerró la puerta apenas entró al baño, necesitaba de unos minutos de privacidad; giró dentro observando que Alessandro tenía todo perfectamente organizado. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando el espejo le entregó su reflejo, se notaba distinta, su mirada era brillante y sus mejillas rebosaban de color, parecía irradiar luz o algo por el estilo, no sabía cómo definirlo, pero nunca se había visto ni sentido de esa manera y debía admitir que le encantaba.

—¡Qué desastre! —exclamó de pronto, cuando su mirada captó lo desordenado que estaba su cabello, podía jurar que tenía un enredo enorme, se sonrojó avergonzada—. Hermosa como te mostraste ante Alessandro, como una completa loca… bueno solo espero que su cabello también esté igual —esbozó, con una sonrisa traviesa.

Pasó a la ducha para retirar el sudor de su piel y lavarse, aún sentía sus piernas temblar a momentos y recordar que había provocado todo eso, la hacía sonrojarse. Esta vez no huyó del primer chorro de agua que salía de la regadera, necesitaba que enfriara su piel; en realidad, que apagara la hoguera que aún ardía tenuemente en su interior, que hacía que sus músculos se tensaran deliciosamente.

Tomó el gel de baño, puso una cantidad generosa en su mano y lo deslizó por su cuerpo sintiendo cuán sensible estaba su piel, como vibraba al más simple roce. Sabía que no debía tardar mucho, pues Alessandro podía entrar en cualquier momento deseando bañarse él también, aún no se sentía lista para que compartieran un baño.

Necesitaba un poco de tiempo, ir ganando confianza y que eso fuera algo espontáneo y no forzado; liberó un suspiro y cerró los ojos un instante imaginando lo maravilloso que sería tenerlo allí. Sin poder evitarlo sus manos viajaron por su piel cubierta de espuma, pero un ruido la sacó de sus cavilaciones de golpe, de inmediato dejó las caricias que se brindaba y se concentró en terminar.

Salió y las gotas de agua se deslizaban por su cuerpo para terminar perdiéndose en la alfombrilla bajo sus pies, caminó hasta el armario y tomó una toalla, disfrutando del olor a sándalo que se desprendía de esta. La pasó con rapidez por su cuerpo para retirar el exceso de agua, y después se envolvió con ella. Había recogido su cabello atándolo con algunos de sus propios mechones para evitar que se mojara mientras se bañaba, se miró al espejo y lo soltó, necesitaba arreglarlo.

Tomó un cepillo y antes de comenzar dejó libre un suspiro cargado de frustración, adivinando que no sería sencilla la tarea que le esperaba.

De pronto escuchó un par de toques en la puerta y al segundo siguiente, la imagen de Alessandro aparecía ante sus ojos, sonrió al ver que ciertamente, su cabello parecía un nido de pájaros.

—¿Puedo pasar? —preguntó con una sonrisa.

—Claro, pasa… —contestó mientras intentaba controlar su cabello.

La mirada de Alessandro se ancló en la figura de Samantha, que a pesar de estar cubierta por una toalla seguía luciendo provocativa; su piel blanca estaba salpicada por pequeñas gotas de agua, lo que lo hizo sentir sediento de repente, quiso beberlas y se acercó a ella, sin pesarlo mucho le dio un beso en el hombro, secando con sus labios varias gotas a la vez. La sintió temblar y eso lo hizo sonreír, le dedicó una mirada intensa a través del espejo y ella solo le dio una tímida.

Samantha consiguió terminar lo que hacía, no supo cómo había logrado dominar su cabello, pero lucía bastante bien, al menos, mucho mejor que el suyo, se pasó los dedos intentando acomodarlo también, se veía como si acabara de escapar del psiquiátrico.

Volvió sus ojos a la piel de Samantha y lo sorprendió caer en cuenta que, a pesar de tener

muchas pecas en el rostro, apenas si tenía algunas en la espalda, generalmente las personas que tienen pecas en la cara también tienen los hombros y la espalda cubiertas de estas.

—Voy… a la cocina por un vaso de agua. —Samantha luchó para su voz sonara normal, y no demostrar lo que ese beso de Alessandro había causado en ella.

—Bien… estaré contigo en unos minutos, puedes tomar lo que desees —mencionó, con su mirada fija en ella.

No había sido su intención darles un doble sentido a sus palabras. Pero de inmediato sintió como el aire se cargaba de electricidad y los ojos de Samantha se oscurecían; quizás los suyos también lo habían hecho, pues vio como ella abría la boca para hablar y se quedaba sin decir nada, solo lo miró.

Samantha asintió con un movimiento rápido y salió del lugar luchando por mostrarse casual, sin lograr creer en el poder que tenía Alessandro para hacer que sus entrañas parecieran tener vida propia, y acatasen solamente su voz. Miró a su alrededor fijándose que él había organizado todo, buscó su ropa por los muebles, pero la encontró por ninguna parte. Se acercó de nuevo al baño, dispuesta a preguntarle donde había dejado sus prendas, no pretendía andar en toalla por toda la casa y la necesitaba para regresar a la suya.

Él había dejado la puerta abierta y eso le permitió escuchar, antes de asomarse para su fortuna, el sonido de agua cayendo constante y abundante; y que no sonaba para nada como la regadera. Eso la hizo detenerse en seco, sonrojándose hasta el cabello, al comprender lo que él hacía, giró sobre sus talones y salió disparada de ese lugar.

∞∞∞∞

Minutos después observaba como la lluvia bañaba los cristales, la tormenta seguía siendo fuerte, a momentos relámpagos surcaban el cielo y el estruendo del trueno se dejaba escuchar a los lejos, pero sus vibraciones se podían sentir en los cristales de la ventana y en las baldosas frías que pisaba. Estaba descalza y acariciaba con la punta de sus dedos el piso, se había tomado ya un vaso de agua y había llenado otro para beberlo también pues en verdad estaba sedienta, pero después de beber medio lo dejó así.

—¿En qué piensas?

Escuchó la voz de Alessandro en su oído, mientras sentía que sus brazos fuertes y cálidos le rodeaban la cintura, el gesto la sorprendió y se tensó unos segundos, pero después se relajó contra el cuerpo de él.

—En nada… solo veía la lluvia, me gusta hacerlo —confesó acariciándole los brazos, disfrutando de su calidez.

—Siempre me ha parecido un poco melancólica, no sé… como llena de nostalgia, gris —acotó, dándole un beso en el hombro.

No sabía que le pasaba, sencillamente no lograba tener sus labios lejos de esa mujer; en realidad, no conseguía estar cerca de ella sin tocarla, había algo que lo atraía con fuerza, como el canto de las sirenas a los pescadores.

—Sí… lo es, pero también es hermosa y para muchas personas representa todo lo contrario, el agua es vida… si le preguntas a las personas que viven en países desérticos, es quizá el acontecimiento más feliz del año —comentó, con una sonrisa.

—Bueno, para mí ha sido el acontecimiento más feliz que he tenido en meses… fue mi cómplice para tenerte conmigo, justo como te tengo ahora —expresó, sin notar cuanto revelaban

sus palabras.

No lo hizo hasta que un minuto de silencio lo hizo analizarlas, quiso aligerar el momento y optó por darle un beso en el cuello y hacerle cosquillas con su barba que ya empezaba a percibirse.

Samantha había sentido de nuevo esa emoción que le colmaba el pecho, cada vez que él hablaba así, que le decía cosas que en otros hubiera considerado solo adulaciones para llevársela a la cama, pero que, en Alessandro las sentía diferentes, especiales y tan hermosas que no pudo evitar suspirar cuando él le besó el cuello, para comenzar a reír al minuto siguiente, al ser víctima del roce de su barba.

—Pensé que habías terminado con la tortura… —Lo miró y se asombró al ver cómo estaba—. ¡Alessandro estás desnudo! —Le reprochó, sonrojándose.

—Sí… ¿Qué tiene de malo? —preguntó, mostrándose inocente.

—¡Todo! No puedes pasearte por la casa sin ropa, las cortinas están abiertas y pueden verte… —decía, él no la dejó continuar.

—Aquí no hay nadie que me vea, Samantha… Tina debe estar en su casa encerrada junto a su familia, y dudo mucho que la vista les alcance para ver hasta acá, con la neblina y la fuerza de la tormenta, relájate… y por si no te has dado cuenta no es que tú vayas muy decente —dijo, señalando con un gesto de sus labios, la toalla que la cubría y que para su suerte era de talla mediana.

—Yo… estaba buscando mi ropa, pero no la vi… pensaba esperar a que salieras del baño para pedírtela —alegó, mirándolo.

—La acabó de poner en la lavadora junto a la mía, ya debe estar lista para la secadora, pero con este clima dudo mucho que pueda secarse pronto —indicó, en tono casual.

—¿Y que se supone que voy a hacer yo mientras tanto? —preguntó desconcertada, no esperaba una respuesta así.

—Dormir conmigo, igual está lloviendo mucho para que te vayas hasta tu casa. Ya te mojaste lo suficiente hoy y puedes terminar resfriándote si no te cuidas, es más… prepararé un té para ambos, es la receta especial de mi madre, la aprendió de mi abuela. —Caminó por la cocina, absolutamente cómodo con su desnudez.

—¿Podrías al menos cubrirte con algo? —inquirió ella nerviosa.

—¿Deseas que me ponga un delantal? —preguntó divertido y sumamente provocativo, disfrutando de ver como ella se mordía el labio y se mantenía en silencio—. O quizás desees prestarme la toalla que llevas puestas —agregó, caminando hacia ella.

—¡Alto ahí! —exclamó Samantha, corriendo para escudarse tras la mesa—. No te daré mi toalla, yo no soy una exhibicionista para andar por allí paseándome desnuda, mejor ve a buscar una.

—¡Por favor, Samantha! Tampoco es para tanto, solo tengo que poner a hervir un poco de canela, exprimir un par de limones… Tú podrías ayudarme con los limones… —dijo en tono sugerente, esta vez con toda la intención de intimidarla.

—¡Alessandro Bonanzierri, ya deja de jugarte así! —Sintió como una mezcla de excitación y frustración luchaban en su interior, queriendo convertirla en una marioneta.

—¿Jugarme cómo? Estoy hablando en serio, los limones están en el refrigerador… ¿O acaso estabas pensando en algo más? —inquirió, elevando una cena y mirándola fijamente.

—No te soporto —susurró y se volvió dándole la espalda.

—Están en la última gaveta… y ten cuidado con la toalla cuando te dobles, no vaya a ser que peques de exhibicionista —comentó casual, mostrando esa media sonrisa ladeada que era tan

sensual.

Ella lo miró por encima del hombro furiosa, al menos, eso quería demostrar, pero por una absurda cuestión que no podía entender, no lograba estarlo completamente. Se ajustó la toalla y la bajó tapando un poco más de sus piernas, pero la condenada era muy corta para que lograra bajar sin dejar al descubierto su trasero.

Suspiró, sintiendo sobre ella la mirada de Alessandro, quizás era estúpido mostrarse así delante de él después de todo lo que habían vivido, igual no podía evitarlo, así que optó por bajar completamente hasta quedar de cuclillas, con cuidado de mantener el equilibrio y sacó los benditos limones, saliendo airosa de la tarea. Cuando Samantha se volvió a verlo con una gran sonrisa, él tenía puesta una cara de pesar, cual máscara de teatro griego, y la cabeza ladeada, donde se había quedado a la espera de vislumbrar algo más de su desnudez.

Ella pasó a su lado erguida y altanera; él no pudo evitar cobrarle la afrenta, le rodeó la cintura con el brazo pegándola a su cuerpo y le dio un beso intenso en el cuello. El asalto la había tomado por sorpresa haciéndola jadear, por suerte logró mantener los limones en sus manos y la cabeza en su lugar, él la soltó con suavidad dedicándole una sonrisa perversa y después se dedicó a su tarea, que no le llevó quince minutos.

Transcurridos estos, se encontraba de nuevo en la habitación, recostada en la cama junto a Alessandro, disfrutando del té más deliciosos que hubiera probado en su vida. Así se lo hizo saber a él, quien sonrió complacido, agradeciéndole el halago a través de un beso, tibio y húmedo con notas a limón, canela y miel.

Capítulo 30

Lentamente el sueño fue liberándola de aquel estado de inconsciencia, que había sido placentero y renovador; lo primero que percibió aún sin abrir los ojos, fue la calidez que brotaba del cuerpo de Alessandro, la intensidad de su presencia y lo fuerte de su figura acoplada a la suya le resultó algo imposible de ignorar. Una sonrisa adornó sus labios en cuestión de segundos; las emociones y sensaciones que horas antes la embargaban, regresaron con una fuerza abrumadora.

No se atrevía a abrir los ojos, ni a volverse o mover su cuerpo; quería seguir disfrutando del calor de Alessandro, de su respiración acompasada y el peso de su brazo que colgaba de su cintura. No comprendía aun porque actuaba así o sentía todo eso, por el momento no deseaba analizar ni cuestionar nada, solo quería sentir y vivir plenamente esa experiencia que era nueva para ella y la hacía sentir feliz.

Después de un minuto abrió sus ojos despacio, parpadeando para ajustar sus pupilas a la oscuridad que reinaba en la habitación; se sorprendió al ver que la noche había caído, pero no le dio importancia. Solo se dedicó a disfrutar del hermoso contraste que mostraban las gotas de lluvia que corrían en el cristal de la ventana, y como la luz de la luna se reflejaba en ellas haciéndolas lucir como cristales preciosos.

Soltó un suspiro lírico sin percatarse de ello y sus dedos viajaron a los de Alessandro que descansaban en su vientre, le gustaba estar así, envuelta por ese sentido de protección y posesión que él le mostraba aún en sueños, sonrió ante la ola de recuerdos de cómo se dio todo.

Alessandro estaba en medio de ese estado donde se puede creer que se está dormido, pero se puede sentir lo que ocurre fuera de ese manto frágil que es el sueño. Escuchó el suspiro de Samantha como si ella lo hubiera liberado muy lejos de allí, aunque no lo suficiente para que él no disfrutara del mismo, después la sintió moverse un poco y al final como rozaba con los dedos de su mano los suyos, y un nuevo suspiro que esta vez escuchó con mayor nitidez.

—Alessandro… ¿Estás despierto? —preguntó, en un susurro.

Sintió que él se movía a su espalda y la mano en su cintura la acercaba más a su cuerpo, pegándola para hacerla consciente de sus pieles desnudas y el exquisito roce de estas. Él no respondió, solo gimió hundiendo el rostro en su cabello, después bajó hasta la nuca para darle un suave beso justo allí, sintiéndola estremecerse; le encantaba que fuera tan sensible a sus caricias, deslizó la mano que se apoyaba en su vientre por la cintura y la cadera.

—No… aún estoy dormido, justo ahora tengo un hermoso y placentero sueño, no vayas a despertarme, por favor —expresó, con voz ronca por haber dormido tanto, sin abrir los ojos.

Samantha sintió que se derretía contra su cuerpo, envuelta en el delicioso calor que de él brotaba, en la fuerza de su presencia, en su voz suave y con ese toque sensual que tanto le gustaba. Una sonrisa se apoderó de sus labios y los latidos de su corazón iban galopando con fuerza, cargados de una emoción nueva.

—¿Qué hora es? —preguntó él, un minuto después, aspirando el dulce aroma que brotaba del cabello de Samantha.

—Ya es de noche… no lo sé con exactitud, pueden ser las ocho o medianoche, y me estoy muriendo de hambre.

—Yo también… estoy famélico, Samantha —susurró, junto a su oreja, la pegó a su cuerpo, disfrutando de su suavidad, calidez y aroma.

—Alessandro, hablo de comida —indicó, intentando no mostrar lo complacida que se sentía por tenerlo tan cerca, envuelta en su calor.

—Yo también. —Se defendió, dándole un beso en la nuca.

Ella suspiró dejándose derrotar, no podía luchar contra él, ni contra eso que estaba sintiendo, mentiría si decía que no le encantaba su manera de tratarla y que no deseaba prolongar ese momento; percibió como él sonreía contra la piel de su cuello y eso la hizo estremecer.

—Vamos, te voy a preparar algo para que comas, no quiero que después te quejes diciendo que soy un tirano adicto al sexo —comentó divertido apretándola en un abrazo estrecho contra él.

Samantha soltó una carcajada y luego sintió como Alessandro abandonaba la cama con agilidad, llevándose parte de la sábana que los cubría. Lo había hecho a propósito, su sonrisa cargada de malicia cuando ella chilló ante su gesto, se lo había confirmado.

Minutos después estaban en la cocina, Alessandro había tenido la decencia de vestirse, también le había prestado ropa a ella, en vista de que la suya seguía húmeda. Ella se lavó la cara y usó enjuague bucal, no se atrevió a tomar el cepillo de dientes de Alessandro, pues nunca había hecho algo como eso. La verdad, todo eso era de cierto modo nuevo para ella, nunca pensó que terminarían compartiendo de esa manera, imaginaba que después de tener sexo cada uno continuaría como hasta esa mañana, él aquí y ella en su casa, podía atribuir que aún continuaban juntos gracias a la lluvia que no había cesado.

Eso le ayudaba y no dejaba que las tontas ilusiones que a minutos revoloteaban en su cabeza hicieran nido. Sabía que todo era algo casual, que no representaba una relación de noviazgo o algo por el estilo entre los dos, ni siquiera habían hablado de los términos en los que quedarían en adelante. Obviamente el más lógico era el de amantes, los dos habían disfrutado mucho como para negarse vivir de nuevo la experiencia, además, que no había motivos para privarse la compañía del otro mientras estuvieran allí.

—¿Por qué tan callada? —Le preguntó Alessandro, en tono casual.

—Me distraje… suele suceder con frecuencia, mi mente parece no descansar nunca, ni siquiera mientras duermo. Es un mal de los que escribimos. —se excusó, en un argumento que él sintiera válido.

—¿Y qué maquinaba ahora tu mente perversa? ¿Quién será el asesino de tu próxima novela o a cuántos asesinarás? —inquirió, de nuevo con una sonrisa ladeada.

Mientras ella estaba sumida en sus pensamientos, él había preparado todo para hacer una sencilla pasta a la carbonara, era una receta rápida y muy sabrosa, además que, modestia aparte, Alessandro sabía que las pastas eran su especialidad. Una vez más se había descubierto deseando complacerla, ya eso se le estaba haciendo una costumbre, y aunque muchas veces se refrenaba para no perder su horizonte, casi siempre terminaba como en ese momento. Él también había estado pensando en la denominación que debía tener de ahora en adelante su relación con Samantha, solo una saltaba a la vista, la más natural y adulta; sin embargo, no sabía cómo exponerla ante ella.

La mayoría del tiempo Samantha era muy sensible a ciertas cosas, y quizás terminaba sintiéndose ofendida si él hacia algún tipo de alusión a tenerla como su amante. Sabía que como caballero le correspondía hablar con honestidad, pero habían tenido una tarde perfecta y no deseaba arruinarla con una conversación cargada de tensiones, así que prefirió enfrascarse en consentirla un poco más y al día siguiente vería cómo manejar la situación.

—Bueno… mi mente perversa aún no piensa en un asesino, pero una de sus víctimas podría ser un actor italiano que se la pasa provocándome —lo amenazó y se encogió de hombros

ligeramente, como si eso fuera algo cotidiano, como el estado del tiempo.

Alessandro comenzó a reír al ver que su provocación había surtido efecto, le encantaba verla así, dispuesta a retarlo todo el tiempo; no era como las otras mujeres que había conocido y que siempre se esmeraban en complacerlo en cualquier aspecto. Incluso en quedarse calladas cuando él le hacía ese tipo de juegos, no llegaban a comprender lo que buscaba; sin embargo, con Samantha todo era tan espontáneo, solo una chispa hacía falta para encenderla.

—¿Qué cocinas? —preguntó, sintiéndose curiosa al verlo sofreír cebolla y panceta en una sartén.

—Una pasta a la carbonara, ¿me ayudas a batir los huevos?

—Te gustan mucho los jueguitos de palabras, ¿no es así? —Le cuestionó, acercándose a la mesa donde estaban dos huevos, un batidor y un pequeño tazón de vidrio.

Él la miró con tal inocencia que Samantha no pudo evitar sonreír, pero después lo vio hacerlo también con picardía, lo que provocó que lo castigara dándole un pellizco en el brazo con suavidad, se dedicó a ignorarlo y a hacer su tarea. Vio como él se movía con agilidad por la cocina con la destreza de alguien que ha preparado esa receta un montón de veces. Ella no deseaba quedarse atrás y como ya conocía lo que debía hacer lo ayudó a terminarla, era la primera vez que cocinaban juntos y la sensación de trabajar con Alessandro en equipo le gustó.

Después de la cena y de llevar un par de horas compartiendo junto a la chimenea con unas copas de buen vino, Samantha se arriesgó a tocar de manera indirecta, el tema al que le había estado rehuyendo.

—Ya no llueve tanto… debería aprovechar para macharme a mi casa —dijo sin mirarlo a los ojos.

Alessandro se estaba devanando los sesos entre dar un paso y hablar sobre lo ocurrido o mantenerse en silencio, se sintió sorprendido ante sus palabras y de inmediato comprendió que no deseaba dejarla ir.

—Samantha… quédate esta noche aquí, quédate conmigo… —Le pidió en un susurro, buscando su mirada.

—Alessandro, no puedo necesito… —Se puso de pie para alejarse.

Lo que necesitaba era pensar con claridad y estando a su lado no podía hacerlo, él la hacía sentir confundida, sus emociones eran contradictorias y desconocidas. Pensó en una respuesta rápida.

—No puedo quedarme, necesito mis cosas… mi cepillo de dientes, por ejemplo —pronunció algo que creía válido.

—Usa el mío —dijo él con rapidez, manteniéndose sentado para no presionarla, pero mirándola directamente a los ojos.

—No puedo… es algo tuyo, personal… —alegó viéndolo.

—Samantha… —susurró su nombre mientras sonreía con sensualidad y se puso de pie para acercarse—. Tu lengua ha estado en mi boca mucho más tiempo que mi cepillo de dientes, ¿qué tiene de malo que lo comparta contigo por una mañana? —preguntó mirándola con intensidad, disfrutando de su sonrojo.

—No tiene nada de malo… supongo —murmuró, sintiendo como su boca se humedecía al recordar sus besos, tragó para pasar la sensación y se enfocó de nuevo—. Pero necesito al menos mi ropa, no puedo andar así… —se excusó en algo que creía válido.

—¿Así cómo? Yo te veo hermosa… esa ropa te queda muy sexy —comentó con una sonrisa observando la camiseta de algodón blanca y el pantalón en cuadros azules y blanco. La rodeó con sus brazos para usar sus armas de seducción y convencerla—. Samantha, quédate esta

noche… Es absurdo que con el frío tengamos que dormir entre sábanas heladas, si podemos hacerlo juntos y brindarnos calor —susurró cerca de sus labios, pero sin llegar a tocarlos.

—Es que… yo nunca he… —Ella se mordió el labio inferior, llena de vergüenza por tener que decirle eso a él.

—¿Tú nunca? Vamos, Samantha… dime. —La instó a continuar.

—Nunca he pasado una noche entera junto a un hombre… ni siquiera había dormido tanto junto a uno, como lo hice esta tarde contigo y no sabría cómo hacerlo… como… —Se detuvo al ver que él la miraba sin entender, dejó libre un suspiro y cerró los ojos.

—¿Nunca has dormido con nadie? ¿Ni siquiera con alguno de tus novios o las parejas que has tenido? —inquirió procurando entender.

—No —respondió ella, sonrojándose ferozmente—. Yo… solo he tenido a Francis que fue mi novio oficial, y Charles un amigo con el que… No importa, la cuestión es que solo he tenido relaciones con ellos y nunca pasamos una noche juntos… solo algunas horas.

Samantha sentía que se moría de vergüenza y el calor en su rostro le anunciaba que debía estar roja como una cereza madura, respiró profundamente para terminar con eso de una vez.

—Alessandro… todavía vivo con mis padres… y ya sé que es algo vergonzoso y hasta inmaduro, que siendo una mujer independiente económicamente y de veintitrés años debería hacerlo ya por mi cuenta, quizás sea por comodidad, no lo sé… me gusta vivir así, me gusta el cobijo que vivir bajo su techo me brinda.

Levantó la mirada buscando sus ojos, los suyos incluso se habían cristalizado por su confesión, hubiera preferido no hacerlo pues el semblante de Alessandro hizo que la sensación de pena fuera peor, él parecía tener una sonrisa en sus labios, pero su mirada lucía desconcertada, no soportaba más ese silencio.

—¡Por favor, Alessandro, habla! Di lo que sea, búrlate de mí si quieres, lo merezco, lo sé… soy una pobre niña mimada a la que la aterroriza vivir bajo su responsabilidad y una mojigata que nunca se animó a pasar una noche fuera de su casa, por miedo a sus padres. —Su voz se tornó ronca por el nudo que se formó en su garganta.

Alessandro no se quedó callado para hacerla sentir mal, había sido la sorpresa de conocer que Samantha, solo había tenido dos amantes en su vida lo que lo había trastocado. No podía creer que una mujer con tan poca experiencia sexual lo hubiera hecho disfrutar tanto, que lo tuviera ahora mismo rogándole para que pasara la noche junto a él.

Ella era extraordinaria, era hermosa y sensual, ¿qué carajos les había pasado a esos hombres para dejarla escapar? ¿Acaso eran idiotas o no le gustaban las mujeres? No podía entenderlos, entre más buscaba una explicación menos podía justificarlos. Quizás no deseaban hacerla sentir presionada o no sabían cómo convencerla, pero era absurdo que no desearan pasar una noche completa con ella, que no insistieran para ello. Eso la hubiera hecho sentir segura y no tan frágil como la notaba justo en ese momento, su imagen le causó una molesta presión en el pecho, no quería verla así, no tenía nada de qué avergonzarse.

—¿Por qué tendría que burlarme de ti? Eso es absurdo, no veo el motivo para ello… —decía y vio que ella se disponía a protestar, por lo que, con rapidez continuó—. ¿De qué te avergüenzas? ¿De vivir aún con tus padres? Bueno… apenas eres una chica de veintitrés años y créeme conozco a muchos que viven con sus padres hasta los treinta… ¿De no sentirte capacitada para hacerte responsable de ti misma? Eso es estúpido… ¿Qué se supone que estás haciendo aquí? No he visto a tus padres cuidando de ti; por el contrario, estás en un país extraño, muy lejos del tuyo, con un idioma y unas costumbres diferentes y hasta ahora no he visto que tengas problemas para desenvolverte, tomando en cuenta todo eso. ¿Dónde está la niña mimada que es incapaz de vivir

por su cuenta? Siendo sincero, no la veo por ningún lado… ¿Quieres saber lo que yo veo? —preguntó mirándola a los ojos.

Samantha permanecía en silencio, solo consiguió asentir con su cabeza, mientras un cúmulo de emociones galopaban dentro de su pecho y luchaba por contener las lágrimas, por mostrarse valiente. Pero le estaba costando un mundo, quizás porque nunca se había abierto con nadie de ese modo, siempre fue reservada con sus sentimientos, desde pequeña, ese fue el ejemplo que recibió de sus padres.

—Veo a una mujer independiente, valiente, hermosa y decidida… Samantha yo veo… —Se quedó en silencio.

Alessandro sintió que un nudo se atoraba en su garganta impidiéndole continuar, mientras una marea de sentimientos e ideas giraban dentro de su ser. De pronto sintió que debía huir, que se encontraba al borde de un precipicio y algo muy poderoso se empeñaba en arrastrarlo al fondo; estaba bloqueado y no lograba escapar de la mirada de Samantha, ella era la fuerza que intentaba hacerlo caer.

Samantha esperaba esas palabras que parecían estar luchando por salir de la garganta de Alessandro, una necesidad inmensa por conocer lo que pasaba por su cabeza en ese preciso instante la agobiaba. Su mirada estaba anclada en la azul que se notaba turbada, como si hubiera descubierto algo y eso lo llenara de miedo. Ella también experimentaba lo mismo, por alguna extraña razón sentía que debía salir de allí, que debía alejarse en ese momento, pero no lograba dar un paso, ni siquiera mover un dedo, estaba congelaba, atrapada en su mirada.

Alessandro sentía que estaba a punto de quebrarse, que algo en el interior de su pecho pujaba por salir, por liberarse con tanta fuerza que apenas podía controlar el latido desbocado de su corazón, tampoco le estaba resultando sencillo respirar y para empeorarlo todo; la mirada de Samantha lo desnudaba, era como si ella estuviera adentrándose en él, como no lo hizo nunca ninguna otra mujer, como si pudiera ver más allá de lo que otras habían visto.

Actuó por impulso y la tomó entre sus brazos para después apoderarse de sus labios con desesperación, aprovechó el jadeo que ella liberó ante su arrebato para entrar en su boca sin permiso, sin delicadeza, necesitaba tenerla, sentirla, todo su ser clamaba por ello con tanta fuerza que sentía que su cuerpo dolía, su pecho dolía. Llevó una mano a la nuca mientras saqueaba su boca, la otra se deslizó en una caricia posesiva que se ancló en la parte baja y la pegó a su cuerpo, ella tembló y gimió al tiempo que él también lo hacía.

Samantha no supo cómo interpretar ese arranque de Alessandro, todo había sido tan rápido y hasta de cierto modo violento; sin embargo, una inexplicable sensación de alivio la embargó, al sentirlo tan compenetrado, rebosante de la misma necesidad que corría por sus venas, se había llenado de miedo de un momento a otro. Aunque no lo sabía a qué le temía, pero lo que vio en la mirada de él la había aterrado y su corazón había comenzado a latir como cuando se tenía un presentimiento o cuando se estaba frente a algo que podía cambiar la vida de un momento a otro, justo así se sentía antes de que Alessandro la envolviera con ese beso ardoroso y apasionado.

Se separaron con las respiraciones agitadas y los latidos de sus corazones enloquecidos, las miradas oscuras y brillantes producto del deseo que los habían atrapado en cuestión de segundos. Esta vez se guardaron las palabras, y temiendo que sus miradas pudieran revelarles algo para lo cual no estaban preparados, decidieron dejarse llevar por la pasión que habían desatado.

Él la tomó por la cintura para elevarla como hiciera esa misma tarde en la cocina, se sintió satisfecho al ver que Samantha comprendía perfectamente lo que deseaba, lo envolvió de inmediato entre sus piernas y pasó los brazos alrededor de su cuello. La aseguró apoyando sus brazos en la delicada espalda femenina y buscó una vez más sus labios, dejándose arrastrar por el

deseo a un terreno que le resultaba mucho más seguro que el que había pisado instantes atrás.

Llegaron hasta la habitación que estaba iluminada apenas por los rayos de la luna que entraba por las ventanas, pintándolo todo de azul y plata, salpicado por las gotas que se deslizaban por el cristal. El ambiente en la misma era frío, pero el calor que hacía estragos en sus cuerpos no les permitía sentirlo, estaban demasiado perdidos el uno en el otro como para percatarse de nada más.

Samantha liberó un gemido trémulo cuando la mano de Alessandro le recorrió la columna en una caricia lenta y posesiva por debajo de la suave tela de la camiseta. Ella no llevaba brasier por lo que él no tuvo obstáculos para llegar a su nuca y presionarla exigiéndole hacer el beso más profundo; cedió temblando cuando lo sintió rozar su lengua pesada y caliente contra la suya, que apenas lograba seguirle el ritmo.

Todo iba demasiado rápido, demasiado abrupto, pero no tenía la fuerza para controlarlo, tampoco deseaba hacerlo, nunca la habían tratado de esa manera, no le habían demostrado tanta necesidad, era como si de esos besos dependiera de que el mundo siguiera girando.

En cuestión de segundos estuvieron desnudos sobre la cama, Alessandro no conseguía dejar de besar y tocar a Samantha, cada gemido, cada jadeo y temblor que ella le entregaba lo estaba llevando a la locura. A veces su conciencia le gritaba que fuera con calma, que podía terminar asustándola; respiraba profundo y lo intentaba, pero al recordar el sentimiento que lo embargó en el salón, todo su autocontrol se iba al carajo y no podía evitar lanzarse de nuevo desesperado y famélico de eso que ella le había entregado esa tarde.

Le dieron riendas sueltas a la pasión que los envolvía, sus cuerpos parecieron no saciarse hasta entrada la madrugada. Si Samantha había pensado que lo vivido horas antes había sido intenso, todo lo que le entregó Alessandro esa noche lo fue mucho más.

Sus cuerpos parecían entenderse a la perfección, era como si sus manos y sus labios supieran el punto exacto que debían tocar o besar, el éxtasis hizo de las suyas en varias ocasiones y para Samantha pasar una noche completa junto a Alessandro, fue la experiencia más gratificante y sensual que había vivido hasta ese instante.

Capítulo 31

Los rayos de sol iluminaban la habitación cuando los párpados de Alessandro comenzaron a moverse con pesadez, no quería despertar pues se sentía exhausto y sus músculos, aunque relajados, mostraban la ligera y dolorosa tensión del ejercicio realizado. Había hecho suya a Samantha casi hasta quedarse sin fuerzas, su período de abstinencia obligada le había pasado la cuenta, nunca había tenido una jornada de sexo tan extenuante y al mismo tiempo tan placentera.

Sonrió cuando volvió la cara y sus ojos captaron a Samantha que dormía profundamente a su lado, boca abajo, con el rostro apoyado sobre una almohada, se le veía tan hermosa y tranquila, el cabello le caía con descuido sobre la mitad de la espalda, creando un hermoso contraste con su piel blanca y tersa. Se acercó llevado por la tentación y deslizó un par de dedos por la espalda hasta llegar a la curva de su trasero, justo donde la sábana blanca comenzaba a cubrir su cuerpo.

La sintió removerse y su sonrisa se transformó en una traviesa, al tiempo que sus iris casi celestes, por la claridad que reinaba en el lugar; se movía creando una caricia que acompañaba sus dedos. Suspiró extasiado por la imagen que le entregaba, no solo era hermosa, podía jurar que era perfecta, su piel era maravillosa y su cuerpo era un pecado, tan natural y armonioso, sentía que no se cansaría nunca de disfrutarlo.

Se acercó despacio y dejó caer un beso sobre la punta de esa hermosa nariz colmada de pecas. Sonrió al ver que movía los labios formando un mohín muy gracioso y a la vez atractivo, se alejó para no caer en la tentación de atrapar su boca, y calmó su deseo dándole un beso en el hombro. Consciente que no podía prologar más ese momento se puso de pie, salió de la cama dejando que los rayos del sol bañaran su desnudez; estiró su cuerpo tensando sus músculos y sus huesos crujieron como si fuera un anciano artrítico, sonriendo ante el efecto. Se dirigió al baño para prepararse y media hora después bajaba a la cocina, dejando que ella descansara un rato más.

—Manos a la obra, Alessandro, tienes que hacer el mejor desayuno de tu vida, recuerda que lo prometiste —mencionó en voz alta.

Comenzó la labor con agilidad y procurando ser silencioso para que Samantha no despertarse, deseaba sorprenderla llevándole el desayuno a la cama; trataba de no darle mucha importancia al hecho de que era la primera vez que hacía algo como eso para una mujer. Solo era un gesto amable de su parte, además, ella se lo merecía después de haberle dado una de las mejores noches de su vida. Había sido complaciente, tierna y apasionada, no se había quejado una sola vez; por el contrario, había mostrado su mismo deseo, su misma necesidad, así que suponía que ambos estaban claros en las reglas de ese juego.

Después de unos cuarenta minutos había terminado, hizo una atractiva presentación con pan ciabatta, queso mascarpone, mantequilla, jamón ahumado, brioches, mermelada de frutos rojos. Con cuidado tomó la bandeja y se dirigió hacia la habitación, había dejado la puerta abierta por lo que entrar no fue un problema; dejó el desayuno sobre el escritorio y se acercó a la cama para despertarla.

Alessandro comenzó a besarle la espalda, apenas toques de labios que iban cayendo en la piel cálida y suave. La sintió suspirar una vez más y después removerse, demostrando que aún deseaba seguir durmiendo y él gustoso la dejaría; si no fuese porque el desayuno se enfriaría, subió hasta su oreja y le dio un par de besos.

—Samantha… preciosa despierta —susurró, acariciándole la cintura, allí estaba de nuevo esa

necesidad por tocarla.

—Tengo sueño… y, además, estoy de vacaciones —murmuró ella, hundiendo su rostro entre las almohadas.

—Lo sé… pero sería una verdadera lástima que te perdieras el mejor desayuno que alguien te haya hecho —Le hizo saber, dándole un beso en el cuello y al sentir que se estremecía sonrió contra este.

Eso captó la atención de Samantha de inmediato, sobre todo porque su estómago al escuchar la palabra «desayuno» se había revelado contra sus deseos de dormir; de pronto se sintió hambrienta, se movió con lentitud procurando mantener la sábana en su cuerpo, la jaló hacia ella para cubrirse los senos y se giró quedando de espaldas sobre la cama.

Sintió como su corazón daba un brinco ante la imagen que Alessandro le entrega esa mañana, había reconocido ya que él era un hombre muy apuesto, pero eso no la salvaba de sentirse deslumbrada al verlo. La sonrisa en su rostro era amplia, hermosa y genuina de esas que llegaban a su mirada y creaban pequeñas arrugas en los contornos de sus ojos la sombra de la barba se notaba mucho más que el día anterior, fortaleciendo sus rasgos de por sí muy masculinos y resaltando el bronceado de su piel.

La mirada de Alessandro estaba pérdida en la belleza completamente natural de Samantha, su piel nívea salpicada de pecas, sus labios llenos y rosados, sus ojos marrones que lo veían como si intentaran descubrir algo dentro de él, brillantes y de pupilas danzarinas, cargadas de curiosidad, mirándolo de la misma manera que él la veía a ella. Tenía el cabello ligeramente desordenado, algunos mechones rebeldes intentaban restarle protagonismo a su rostro, algo prácticamente imposible, bueno, al menos que fuera su cuerpo el rival.

Mostrando una sonrisa bajó su mirada para encontrarse con los bellos y turgentes senos apenas cubiertos por la sábana blanca, aún debajo se podían apreciar los pezones erguidos; recordándole que la noche anterior ese maravilloso cuerpo había sido suyo, que había sucumbido a él tantas veces que no logró contar, aún recién levantada ella parecía ser la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida.

Empezaba a creer que era imposible que una mujer a la que apenas conocía, a la que había considerado solo para tener una aventura de verano, le despertara tantas sensaciones y emociones, solo habían pasado dos meses desde que se conocieran de aquella manera tan desastrosa y divertida. Sentía que ahora todo era distinto, que incluso algo en él había cambiado desde esa época al momento, la principal: Había llegado a conocer a Samantha Steinberg a tal punto, que no tenía problemas en admitir que le encantaba.

—Si no te levantas de esa cama en cinco segundos, juro que no te dejaré salir de ella en todo el día —dijo mirándola con intensidad.

Samantha sintió como una vez más todos los músculos de su intimidad se contraían, regresaban a la vida con solo escuchar la amenaza de Alessandro, vibrando y cargados de expectativas como si tan solo, horas atrás no hubiera quedado absolutamente satisfecha. Se sorprendió ante su propia reacción, y antes que él pudiera atraparla allí, se movió para salir de la cama tan rápido como su cuerpo laxo y algo adolorido le permitía.

—Dame cinco minutos y estoy de regreso, muero de hambre y creo que me comeré todo lo que veo en esa bandeja… lo peor es que hoy no salí a correr, voy a engordar y todo será tu culpa —mencionó, intentando ocultar su turbación, con un comentario casual.

—No te preocupes por ello —contestó él, y antes que Samantha abandonara la cama, le besó la espalda, después subió y le dejó caer otro en el cuello—. Yo me encargaré de hacer que pierdas todas las calorías que ganes. Ya lo dijiste ayer, los orgasmos te dejan más agotada que

tus carreras en las mañanas, así que, por cada comida sustanciosa, haré que tengas tres orgasmos… ¿Qué te parece mi proposición? —preguntó en un tono sensual, ronco, cargado de malicia.

—Creo que tendremos que llenar al doble las despensas —respondió con picardía, le dedicó una sonrisa al ver que él le entregaba una también, mostrándose complacido.

Se levantó, pero antes de avanzar un par de pasos, Alessandro la tomó por el brazo y la sentó en la cama de nuevo; Samantha jadeó ante la sorpresa y la pequeña descarga de dolor que le recorrió las caderas. Vio que él llevaba las manos hasta la sábana y con rapidez la sacaba de su cuerpo, provocando que un estremecimiento la cubriera de pies a cabeza al quedar completamente desnuda.

—¡Alessandro! —protestó, intentando cubrirse de nuevo.

—He pasado semanas esperando para verte así, para verte caminar desnuda después de haber dormido contigo y aunque tenga que esconder todas las sábanas, no pienso negarme este placer, Samantha… —dijo, mirándola con tanta intensidad que podía notar como su piel se sonrojaba, le gustaba tener ese efecto sobre ella—. Ahora sí, señora escritora, puede levantarse y deleitarme con ese andar tan sensual que posee —agregó, tendiéndose con comodidad en la cama.

—¡Estás loco! Y además de exhibicionista, también eres voyerista. —Se quejó, sin más remedio que ponerse de pie y caminar hacia el baño, antes de prenderse en llamas bajo su mirada.

—Despacio, no hagas trampa, Samantha. —Le advirtió, al ver que apuraba el paso.

No había más de cuatro metros de distancia entre la cama y el baño, pero quería disfrutar cada paso, ella se volvió y le sacó la lengua en una actitud muy infantil que le encantó. Soltó una carcajada, al ver su cara malhumorada y para irritarla un poco más agrego.

—Y usa mi cepillo o me harás entrar y lavarte los dientes como a una niña de cinco años… —Ella lo detuvo, mirándolo con impaciencia.

—Lo haré… ¡Bien! Deja de ser tan mandón, pareces un viejo cascarrabias —comentó, indignada por su falta de madurez y sus burlas, pero sentía que le era imposible molestarse con él.

—Bien… Me alegra que entendieras el punto, tú has estado en mi boca y yo en la tuya, no tienes que cohibirte por un simple cepillo de dientes. Ahora cumple con tu palabra o te castigaré sin besos por lo que resta del día. —La amenazó, mostrando una sonrisa perversa.

—Siempre cumplo lo que prometo, lo usaré, pero no por tu amenaza; la verdad, es que dudo mucho que puedas llevarla a cabo, te mueres si no me besas —indicó triunfante, volviendo medio cuerpo para mirarlo y mostrándole una sonrisa prepotente.

—¿Dónde dejaste a modesta? —preguntó, sorprendido ante su arrogancia, odiando que tuviera razón, ya deseaba besarla.

—En mi casa… y como no me has permitido ir a buscarla debes soportar a la Samantha altanera y arrogante —respondió con altivez.

—¿Así? Bueno… tendré que tomar medidas para hacer de esa Samantha, una criatura dócil y complaciente. —Le amenazó de nuevo, y con rapidez se movió para bajar de la cama.

Samantha descubrió sus intenciones y acortó la distancia que la separaba del baño en una carrera. Entró y cerró la puerta casi en las narices de Alessandro, mientras se mordía el labio y sonreía como si fuera una niña traviesa, sintiendo su corazón latir de prisa y su pecho colmado de una emoción que la hacía sentir viva.

—Te salvas por ahora… pero ya me las cobraré —dijo Alessandro, intentando mostrarse serio, pero su sonrisa y el entusiasmo que lo recorría lo contradecía; de pronto recordó algo—.

¡Demonios, olvidé el café! —exclamó y salió corriendo, pero antes logró escuchar la carcajada que liberara Samantha desde el baño.

Ella se dio una ducha que la renovó y al salir se envolvió en un albornoz de paño, que para su fortuna era de su talla, la había encontrado en uno de los armarios del baño, se recogió el cabello como el día anterior, luciendo radiante y hermosa. Debía reconocer al menos para ella misma, que el efecto de Alessandro la hacía casi flotar.

Mientras desayunaban pudo notar que él también se veía distinto, sonreía con frecuencia y sus ojos tenían un brillo especial, haciéndolos ver mucho más hermosos, todo eso la hacía sentir satisfecha.

—Samantha… aún no me has dicho que te pareció la primera noche que duermes junto a un hombre —comentó él, intentando parecer casual, pero su corazón latía lentamente a la espera de esa respuesta.

Ella permaneció en silencio intentando asimilar sus palabras, y no ahogarse con el cappuccino que justo en ese momento acababa de tomar. Esquivó su mirada y se concentró en no demostrar la turbación que se apoderó de su cuerpo, solo con recordar algunas de las imágenes que habían tenido lugar en esa habitación la noche anterior, respiró profundo para calmar los latidos de su corazón.

—Bien… —Su voz sonó ahogada, como si le hubiera sacado el aire, se aclaró la garganta simulando que era por la comida y agregó algo más—. Fue agradable dormir junto a ti… aunque no fue toda la noche, es decir… no nos quedamos dormidos sino hasta ya entrada la madrugada —explicó, mirándolo a los ojos de vez en cuando.

—«Bien» «agradable» ¡Vaya, señorita Steinberg! Qué manera tan eficaz tiene para herir el ego masculino —mencionó, procurando sonar despreocupado. No sabía por qué le había jodido que ella usara esas palabras para describir la noche anterior. Desvió la mirada a la ventana pues ninguno de sus dotes de actor le sirvieron para ocultar su molestia.

—Alessandro… no fue mi intención restarle importancia a lo que ocurrió, es solo que no sé cómo explicarlo sin parecer una tonta inexperta… Lo de anoche fue maravilloso, me encantó sentir tu cuerpo cerca del mío y como tu calor me envolvía alejando el frío que colmaba la habitación… ¡Por Dios, quedé rendida! Apenas si recuerdo la última vez que mantuve los ojos abiertos antes de esta mañana… Alessandro, mírame por favor —le pidió tomándole la mano.

Alessandro sabía que se estaba portando como un estúpido adolescente herido solo porque la mujer con la que había pasado, la que consideraba una de las mejores noches de su vida, le dijera que para ella solo había sido «agradable». Era absurdo que un hombre como él se sintiera afectado por algo así, pero no podía evitarlo, se sentía furioso; sin embargo, cuando Samantha le tomó la mano y pudo notar en su actitud verdadera angustia, le brindó la oportunidad de explicarse.

Samantha buscó sus ojos, quería que la viera y supiera que no había sido su intención menospreciarlo; para ella había sido la mejor noche de su vida, pero… ¿Cómo decirlo sin esperar que él le diera un sentido equivocado? Ella no entendía su reacción, pues él no parecía ser de los hombres que esperan ser alabados por su desempeño después de una noche de sexo, eso lo hacían los inseguros y de baja autoestima que alardeaban de ser excelentes amantes y en el fondo eran pésimos, un ejemplo: Francis Walton.

Alessandro era distinto, él irradiaba seguridad, era arrogante con más que motivos para serlo, su desempeño había sido impecable, el mejor que hubiera vivido hasta entonces ¡Casi la había dejado en coma! ¿Qué esperaba que le dijera? ¡Todo eso! Se cuestionaba mientras pensaba en una respuesta adecuada, se sentía atribulada por haberlo herido, sabía que lo había hecho y se

sintió estúpida. No pensó que un comentario así fuera a afectarlo de algún modo, pero obviamente se había equivocado, y ahora no sabía cómo repararlo.

—Lo poco de lo que soy consciente antes de quedarme dormida es de ti… de ti y la manera tan hermosa y sutil como me abrazabas, de tus labios dándome un beso de buenas noches en la mejilla y tu voz susurrándome que descansara… Nunca había experimentado algo así, nunca me había puesto en las manos de un hombre de esta manera… yo… —Samantha no pudo más, su voz se esfumó mientras su corazón galopaba desbocado, y una extraña sensación le oprimía el pecho.

Él se quedó en silencio mirándola, esperando algo más, aunque esas pocas palabras fueron más que suficientes para hacer que su corazón se llenara de una emoción que no había sentido. Todo se llenó de color de nuevo, de la calidez que se había esfumado en cuestión de segundos, él apretó con suavidad la unión de sus manos.

—Gracias… —esbozó, rompiendo el silencio mientras llevaba una mano a la barbilla de ella, para hacer que elevara el rostro.

—¿Por qué? —preguntó Samantha, mirándolo a los ojos, desconcertada por su cambio.

—Por confiar en mí de esa manera, por ponerte en mis manos…y permitirme ser el primero que te ve dormida. No quise hacerte sentir presionada, Samantha… solo tenía curiosidad y puedes llamarme tonto, por mostrarme como un niño caprichoso al que no le aplauden la gracia, lo merezco —contestó, dedicándole una sonrisa mientras deslizaba el pulgar por su mejilla.

—No, yo fui la tonta… me encantó lo que vivimos anoche, nunca me había sentido así y me gustaría… —Lo miró dudosa.

—¿Quieres que durmamos juntos de nuevo esta noche? —preguntó él, lo que podía ver que ella no se animaba a decir. Una sensación de esperanza y regocijo lo colmó, nunca había ansiado estar junto a una mujer tanto como lo deseaba con Samantha.

—Sí, y prometo que esta vez estaré más atenta a cada detalle —respondió con una sonrisa, y su mirada se iluminó al ver que él también esbozaba una—. Puede ser en mi casa, si te parece bien… podemos crear un calendario con el que ambos estemos más cómodos.

—Haremos lo que tú desees, no tengo problema si es aquí o en tu casa, o si algunas veces deseas dormir sola… Quiero que seas sincera y que no hagas las cosas solo por complacerme, te prohíbo que te cohíbas porque te aseguro que yo no lo haré. Si deseo tener sexo aquí, en la cocina, en el salón… donde se me antoje te lo pediré, pero todo depende de ti, quiero que tengas eso muy claro, Samantha, la última palabra siempre la tendrás tú, puedo parecer un imbécil a veces, pero fui criado por un caballero para seguir su ejemplo y ser uno también —pronunció, mirándola a los ojos, siendo completamente sincero.

Ella le dedicó una hermosa sonrisa sintiéndose feliz por el significado y el poder que tenían esas palabras, era la primera vez que la tomaban en cuenta de esa manera, que ponían en sus manos el derecho a elegir verdaderamente cuándo, cómo y dónde se entregaba. Sus experiencias anteriores no habían sido traumáticas, pero tampoco habían sido las más placenteras; incluso en su última relación llegó a sentir que solo cumplía con un deber, y no que lo hacía por satisfacción propia, no la mayoría de las veces.

—Gracias —dijo y le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

Se puso de pie y acortó la distancia entre ambos, lo miró a los ojos anticipándole lo que deseaba. Él pareció comprenderlo y dejó ver una sonrisa mientras le indicaba con una mano una de sus piernas para que ella se sentara.

Samantha mostró una sonrisa más amplia, hermosa y cargada de entusiasmo, se apoyó en su pierna y él le rodeó la cintura con un brazo pegándola a su torso, provocando que una agradable

calidez la recorriera. Se acercó mirándolo coqueta, pero no lo besó como Alessandro esperaba; desvió su rostro y sin saber que la había llevado a ello, apoyó la cabeza en el hombro de él, dejando su boca muy cerca de su oído para poder hablar, sin que la viera a la cara.

—¿Sabes? No recuerdo mucho lo que sucedió un par de minutos antes de quedarme dormida, pero sí puedo recordar con una nitidez impresionante todo lo que ocurrió antes…

—¿Sí? Bueno… dicen que los escritores tienen muy buena memoria, pero nosotros los actores no nos quedamos atrás, será que tus recuerdos se asemejan a los míos —mencionó con tono travieso.

—No lo sé… tal vez; por ejemplo, recuerdo lo mucho que me gustaron tus caricias, tus besos, como me hacías temblar cada vez que tu lengua rozaba la mía o cuando te movías dentro de mí… Me encanta como lo haces… despacio y después te lanzas con poderío, como si quisieras fundirte en mi interior —susurró, acariciándole el pecho, lo sintió temblar y eso le gustó, pues ella misma ya estaba excitada.

—A mí también me gusta mucho como te mueves, Samantha, la pasión que desbordas… la intensidad de tu mirada cuando me hundo en ti, eres tan extraordinaria y preciosa… me encanta el sabor de tu boca, el roce de tu lengua, el calor de tu piel y me fascina lo rápido que te excitas, lo sensible que eres. Yo también recuerdo todo, pero confieso que me gustaría más revivirlo… y acabo de notar que terminaste todo tu desayuno, lo que me hace estar en deuda contigo —mencionó, con la voz ronca y sensual, baja y tan suave como una caricia, mientras la acomodaba sobre sus piernas para mirarla a la cara.

Con una mano la sostuvo por la mejilla y con la otra deslizó la abertura de la bata para llegar hasta uno de sus senos, con lentitud dibujó el recorrido de su dedo hasta llegar al pezón.

—Alessandro… tengo que… —susurró Samantha, sintiendo el calor concentrarse justo donde él la tocaba y más abajo.

—Lo sé… debes regresar a tu casa. —Él liberó un suspiro pesado y le acarició el seno con suavidad, después cerró la bata.

—Pero estaré deseosa de hacerte cumplir tu promesa esta noche, antes debemos descansar un poco y recuperar fuerzas… —Se interrumpió, notando que él iba a protestar—. Está bien macho cabrío, yo necesito descansar… y me aseguraste que no eras un adicto al sexo, empiezo a ponerlo en duda. —Le dijo, poniendo los ojos en blanco.

Él frunció el ceño, y ella lo besó justo en el entrecejo para relajarlo, le gustaba cuando actuaba como un niño malcriado.

—No digo que no me sienta agotado, pero tratándose de ti, te aseguro que sacaría fuerzas de donde no las tengo. Pero te dejaré descansar, así que es mejor que vayas a buscar tu ropa para que te cambies o terminaré manteniéndote cautiva aquí todo el día. —La tomó por la cintura para ponerla de pie frente a él.

Ella le sonrió y le dio un beso en los labios que él intentó hacer más profundo, pero Samantha tuvo la fortaleza para terminarlo lentamente. No era que no lo deseara, se moría por estar de nuevo entre sus brazos, por sentirlo dentro de ella y vivir una vez más los orgasmos maravillosos que Alessandro le brindó. Pero debía admitir que estaba un poco maltrecha, sus caderas dolían, sus piernas y sus brazos también, aunque en menor grado, además, su sexo estaba algo inflamado. Había pasado mucho tiempo sin tener relaciones y haberlas retomado de esa manera tan intensa, apenas dándole descanso y tiempo a su cuerpo para recuperarse, le había pasado la cuenta.

∞∞∞

Quince minutos después, estaba junto a Alessandro estaban en el salón de la casa, él la tenía rodeada con sus brazos y la besaba con ternura; prologando tanto como le era posible la separación. Sintiéndose tentada a quedarse, pero consciente que si lo hacía nada evitaría que terminaran desnudos en la cama de nuevo. Ambos parecían no poder saciarse el uno del otro y aunque le gustaba mucho, también empezaba a parecerle algo exagerado; sin embargo, no se enfocó en ello, no quería arruinar el momento.

—Ya déjame ir… solo serán pocas horas… te espero esta noche.

—Yo te dejo ir… si tú dejas de besarme. —Le hizo saber él, con una sonrisa, pegándola a su cuerpo.

Samantha apenas había notado que era ella quien rozaba los labios de él una y otra vez, se sonrojó y cerró los ojos negando. Él la hacía perderse por completo, y apenas habían pasado una noche juntos, no quería ni pensar lo que sería de ella después. Con lentitud se movió para alejarse, le acarició la espalda, los brazos y para no quedarse con las ganas lo besó una vez más, un último beso intenso y profundo que los dejó jadeando a ambos.

—Te veo esta noche —susurró Alessandro y la tomó de la mano.

Al fin llegó la despedida, ella salió por la puerta de la cocina que daba al patio que sus casas compartían, de ese modo no tendría que enfrentarse a Tina, su esposo o Piero, no se sentía preparada para asumir lo que había ocurrido entre Alessandro y ella, con alguien más.

Capítulo 32

Alessandro llegó hasta la casa de Samantha cerca de las siete y el sol aún brillaba con fuerza en el horizonte, como era propio en los días de verano. Una cálida brisa le rozaba la piel, el ambiente de lluvia había pasado y de nuevo la humedad hacía de las suyas, anunciando que esa noche sería bastante calurosa.

—Hola, Alessandro —lo saludó Samantha. Tenía una gran sonrisa y la mirada brillante, en cuanto abrió la puerta y lo vio en el umbral, casi había corrido apenas escuchó los golpes.

—Hola, preciosa —respondió él, devolviéndole la sonrisa, se acercó a ella deseando besarla.

—Pasa —le pidió haciéndole un ademán, deteniendo su acción para evitar que alguien pudiera verlos.

Alessandro no comprendió ese cambio y pensó que algo había sucedido durante el tiempo separados, temiendo que quizás ella se hubiera llenado de dudas y ahora quisiera terminar con lo que habían empezado, de corazón esperaba que no fuera nada de eso.

—¿Sucede algo? —preguntó sin rodeos, mirándola con el ceño fruncido, sintió como su rostro se tensaba, dejó el bolso donde llevaba ropa y algunos objetos personales junto a la puerta.

—Nada… es solo que no quiero que los demás se den cuenta de lo que hicimos… al menos, no por ahora —mencionó, sonrojándose, al recordar que le había dicho, muchas veces, a Tina que Alessandro no era para nada su tipo, ahora quedaría como una mentirosa.

—¿Crees que no lo saben ya? —inquirió de nuevo, con esa sonrisa ladeada y sensual que creaba un atractivo especial en él.

—Bueno… supongo que sospechan algo —le contestó, mordiéndose el labio y esquivándole la mirada.

La sonrisa de Alessandro se hizo perversa y su mirada se llenó de intensidad, tomó la barbilla de Samantha entre sus dedos y le elevó el rostro para que lo mirara a los ojos.

—Anoche las luces de tu casa estuvieron todo el tiempo apagadas y siendo tan rutinaria como eres, algo así jamás se te pasaría por alto, a menos, que no hayas dormido en tu casa… Créeme, Samantha, ellos saben perfectamente donde pasaste la noche y no son tan tontos como para no concluir haciendo qué. —Le apretó la barbilla y ella abrió ligeramente los labios, él pasó el pulgar por el inferior.

Ella se estremeció ante el roce, fue simple, pero tuvo la contundencia de una ola cuando se estrella contra los riscos, el deseo le recorrió todo el cuerpo y se concentró en su vientre, dejó libre un suspiro incapaz de poder contenerlo.

—Le dije a Tina que no eras mi tipo… siempre que ella me insinuaba algo… yo le decía que no tendría nada contigo —confesó mirándolo a los ojos, sintiendo su corazón latir muy rápido.

Él soltó una carcajada arrogante que retumbó en el salón, sintiendo como el pecho se le llenaba de esa nueva emoción que Samantha le provocaba. Tomó el rostro de ella entre sus manos y miró el par de ojos marrones, que lo veían con una mezcla de desconcierto y molestia.

—Estamos a mano, yo le decía que apenas podía soportarte y que prefería hablar con Misterio así terminara loco, que hacerlo contigo porque eras exasperante… —expresó sonriente, divertido ante el cambio que habían dado las cosas.

Liberó un suspiro controlándose para no besarla, no antes de aclararle a Samantha como lo había afectado ahora, pues pudo ver como su semblante se había tensado.

Samantha se sintió contrariada por la reacción de él, algo dentro de su pecho se encogió pensando que quizás para él, todo eso no había sido más que un juego; un reto que se dio el gusto de alcanzar y que ella como la más grande de las estúpidas, se lo había puesto en bandeja de plata, quiso esquivarle la mirada, pero le resultó imposible.

—Le dije todo eso… y sé que debe estar burlándose en grande de mí, pero no me importa, Samantha, he aprendido que uno no debe darle mucho peso a lo que los demás opinen, deberías hacer lo mismo de vez en cuando. Después de todo, es tu vida y nadie debe decirte como llevarla o como no; sé que Tina no nos reprochará lo que hicimos o por haber lanzado a un barranco nuestras palabras, no es de ese tipo de personas y aún si lo hace… ¿Qué importancia tiene?

—No es tan sencillo, no puedes hacer solo como si no te importaran lo que los demás dijeran o pensaran de ti. La sociedad no se maneja de esa manera, Alessandro, debemos rendir cuentas de nuestros actos… a nuestras familias, nuestros amigos, a las personas con las que convivimos a diario —respondió, intentando que la comprendiera y no la juzgara por querer hacer las cosas bien.

—No estoy de acuerdo, Samantha, no puedes regirte siempre por lo que los demás esperan de ti, nadie te conoce mejor que tú, y nadie sabrá con certeza que es lo que verdaderamente deseas o necesitas porque no tienen la capacidad de ponerse en tu piel; por lo tanto, solo tú tienes derecho a vivir tu vida como mejor te plazca, sin darle el poder a los demás para que decidan por ti, puedes aceptar consejos, incluso pedirlos cuando los necesites, pero al final la única que tendrá el poder de elegir serás tú… eso es ser responsable, asumir con entereza las consecuencias que tendrán tus decisiones, aprender de tus errores para evitar cometerlos de nuevo sin echarle la culpa a los demás. —Alessandro se había dejado llevar y sin darse cuenta estaba hablando de por sus propias experiencias.

Ella no sabía cómo responder a sus palabras, solo se quedó observándolo, él se veía tan convencido de cada una de ellas, su tono no dejaba lugar a dudas, y de pronto se descubrió deseando tener la misma fortaleza de Alessandro para asumir las riendas de su vida, para tomar decisiones sin consultar, solo hacerlo y ya, las pocas veces que lo había hecho sintió una gran satisfacción, pero siempre acompañada de un sabor amargo, porque debía enfrentarse a su madre, quien la mayoría de veces era la que se oponía.

Lo hizo antes que ella publicara su primer libro, alegando que era perder el tiempo, lo hizo cuando decidió estudiar Literatura en lugar de Leyes, como ella esperaba que hiciera, imponiéndole una carrera que no le gustaba y a la cual ella se negó. También cuando terminó su relación con Francis, pues esperaba verla casada con él y que formara una familia, pidiéndole que dejara de lado sus metas, y lo último fue cuando les informó de sus deseos de emprender este viaje por Europa, cada una de las decisiones importantes que Samantha había tomado en su vida fueron cuestionadas por su madre.

—Alessandro… me gustaría tanto hacer las cosas de esa manera, actuar sin pensar en lo que los demás opinen de mí, pero a veces siento que me falta el valor, no lo sé, quizás me siento mejor complaciéndolos, creando un ambiente libre de tensiones… ¿Te imaginas lo desagradable que sería estar todo el tiempo en enemistad con las personas que te rodean? Mis padres por ejemplo y no es algo que desee para mi vida —comentó, intentando zafarse de la charla.

—Creo que valdría la pena si con ello consigues que te acepten tal y como eres, después que lo hayas conseguido te aseguro que no será para nada desagradable convivir con los demás, por el contrario te sentirás mucho mejor, liberada de prejuicios y más dueña de tus actos, no digo que sea sencillo, Samantha… pero no pierdes nada con intentarlo y por el contrario ganarías muchísimo si consigues hacerlo —indicó mirándola a los ojos, podía ver los miedos en ella, la

mirada atormentada por encontrarse en una encrucijada, pero también sus deseos de actuar como él le indicaba—. Podemos empezar por restarle importancia a lo que pueda decir de nuestra relación, Tina o los demás, esto nos concierne solo a nosotros, y por mi parte no me importa confesar que me hiciste tragar cada una de mis palabras y que ahora apenas puedo estar lejos de ti —agregó, con una sonrisa.

Ella también sonrió y le rodeó el cuello con los brazos para apoyarse en él, subió los labios pidiéndole un beso, disfrutando de ese primer roce que Alessandro le brindó y la animó a abrir la boca y rozar su lengua, sintiendo como temblaba y gemía de placer al tenerla de nuevo haciendo fiesta en su interior.

—Ya te confesé que me encanta besarte y que me beses, que me sentí de maravilla con todo lo que me brindaste anoche, me gusta mucho estar contigo, me gustaba desde antes… al menos le había dicho que ahora que empezaba a conocerte me parecías un chico agradable, igual puedo alegar que me sedujiste, que me envolviste de tal modo que me fue imposible escapar de ti, puedo echarle toda la culpa a tu fama de casanova —esbozó cuando el beso terminó, mientras le acariciaba el cuello con la punta de los dedos.

—Bien, esa será tu excusa, ¿cuál será la mía? —preguntó, con una hermosa sonrisa, emulando las caricias de Samantha, pero en la cintura, moldeándola con lentitud.

—No lo sé… puedes decir que descubriste que era una mujer excepcional, inteligente, sensible… además muy comprensiva y tierna —contestó conteniendo la risa, pues era algo que ni ella misma se creía.

—No estaría usando excusas falsas, estaría diciendo la verdad —Disfrutó del gesto de sorpresa que vio reflejado en las gemas oscuras.

—¿Y acaso yo he usado excusas falsas? —Le preguntó ella con actitud provocativa, rechazando la emoción que le provocó escuchar a Alessandro resaltar cualidades que sabía no poseía.

Nunca había sido tierna, puede que comprensiva, pero tierna nunca, su familia era casi como un témpano de hielo, los abrazos y las muestras de afecto era muy escasos, solo se daban en fechas especiales, como cumpleaños o la época de navidad y año nuevo. Ella había sido criada de esa manera y sabía que carecía del sentimentalismo de las demás personas, amaba a su familia, pero le costaba mucho demostrar esos sentimientos la mayoría de las veces.

—Yo no te seduje, en todo caso lo hicimos ambos, asumo que fui quien te insinuó siempre mis deseos de llegar a este punto, que te llevé a mi casa y fui quien te propuso que tuviéramos relaciones… —Se interrumpió al ver que ella arqueó una ceja, él suspiró—. Está bien, prácticamente te rogué para que tuviéramos sexo, pero si hablamos de seducción ¿dónde dejas la manera como respondiste a mis besos y mis caricias? Tú también tomaste partido en esto, me volviste loco de deseo, tu cuerpo, tus miradas, tus sonrisas… tu boca —esbozó de manera seductora mientras le tomaba el rostro y le rozaba los labios, sintiendo como cada roce era una descarga que recibía su entrepierna.

—¿Me estás confesando que te traigo loco? —inquirió, con picardía y la mirada brillante, aprovechando tener el juego a su favor para acariciarle el pecho y acercarle los labios, quería provocarlo.

—¿Por qué no hacerlo? Ya tú me confesaste anoche que te traía loca. —Le dijo con una sonrisa perversa y arrogante.

—¿Yo? ¡Claro que no! ¿En qué momento hice algo así? No recuerdo haberlo hecho, Alessandro —le cuestionó asombrada.

—Me aseguraste que tenías muy buena memoria, no te preocupes, me encantará

recordártelo… —Le hizo saber haciendo su sonrisa más amplia, le acarició los costados, sintiendo su temblor—. Anoche me lo dijiste al menos unas tres veces… «Alessandro, me vuelves loca» eso me decías cuando te besaba los senos y acariciaba ese precioso…— Samantha posó la mano en su boca y evitó que dijera clítoris.

—Ya… recordé —susurró con el rostro encendido por el sonrojo que lo había cubierto. Respiró con dificultad al recordar cómo los dedos de Alessandro le habían dado uno de los tantos orgasmos que tuvo la noche anterior, luchó por retomar la compostura, inhalando profundamente —. Pues eso no cuenta mucho, era un momento de debilidad —Se defendió, algo que era absurdo, aun así, lo hizo.

—¡Por favor, Samantha! Es más que evidente que ambos estamos locos el uno por el otro ¿dime qué ganas con negar que me deseas tanto como yo te deseo a ti? —le preguntó negándose a dejarla escapar.

—Alessandro… para mí no es fácil admitirlo, pero contigo no puedo controlarme, parece que me hechizaras y todo lo que me das es tan intenso que apenas puedo pensar las cosas que digo, y arriesgándome a que tu ego rebase la estratosfera… ¡Demonios! —Samantha explotó de una manera que muy pocas veces hacía.

Se sentía expuesta ante él, cerró los ojos y contuvo el aliento unos segundos, para después liberarlo con pesadez, ya no le quedaba más que continuar, después de todo era su culpa ella había propuesto este juego y ahora él le había mostrado una mejor jugada.

Alessandro sentía el corazón martillarle contra el pecho, estaba seguro de que el sonido retumbaba en todo el lugar como el tambor de una banda marcial, había dejado sus manos quietas en la cintura de Samantha y la miraba fijamente, la emoción que sentía apenas lo dejaba respirar, mientras la expectativa crecía a cada segundo.

—Me tienes cómo quieres, Alessandro, es cierto, pero debes tener claro algo y es que esto no te asegura nada, igual puedo cambiar de opinión mañana y no querer ni verte como te vuelvas a portar tan arrogante como antes, me gusta este Alessandro que veo ahora, no él que me encontré la primera vez, aquel idiota y soberbio o él que intentó seducirme cuando apenas me conocía en el río, déjalo fuera de juego o perderás todo lo que has conseguido… ¿Entendido? —expuso sus reglas con claridad, temblando ante lo que él pudiera responderle, y al mismo tiempo luchando por mostrarse segura y tajante.

—Perfectamente y te prometo que intentaré no ser como aquel Alessandro, por la sencilla razón que no soy realmente así y porque no quiero perder esto que tenemos, ni tampoco tu amistad. Samantha, me encanta tener sexo contigo, pero también me gusta la complicidad que tenemos, eres la primera amiga mujer que tengo en años y quiero conservarte —mencionó con su mirada clavada en la de ella.

Las palabras de Samantha habían tocado punto claves dentro de su ser, era la primera mujer que se atrevía a hablarle de esa manera, siendo tan honesta con él, cada vez le gustaba más y cada vez deseaba más tenerla a su lado, ganársela a pulso, estaba empezando a desear más, ella lo hacía aspirar a más que una simple aventura.

—Hablando de ello… ¿En qué términos quedaremos, Alessandro? —se animó a preguntarle eso que la atormentaba. Él se quedó en silencio y ella se aventuró a continuar—. Ya sé que quizás es demasiado evidente y que yo estoy haciendo el papel de tonta preguntándolo, pero quiero que dejemos las cosas en claro. —La confesión de minutos atrás la había molestado y necesitaba empezar a construir una muralla que la protegiera de él, y todo lo que empezaba a sentir.

—Ok, Samantha… esta mañana cuando te dije que tú tenías la última palabra hablaba en serio,

entonces, ¿dime tú cómo quedamos? —preguntó él que había notado la tensión y la incomodidad en ella.

Le había confesado que lo deseaba, pero casi a regañadientes. Sabía que la había presionado, sin embargo, no pensó que al grado de recibir una respuesta así de ella, intentaba ser amable y ella se alejaba… ¿Qué demonios le pasaba?

—¿Yo? Pero… no puedes dejarme toda la responsabilidad de esto a mí, lo acabas de decir, esto es una cosa de dos, creo que ambos estamos en la misma situación… —decía alarmada, cuando él la detuvo, apoyándole una mano en el hombro.

—Yo te acabo de decir lo que deseo, no quiero perderte, ni como amante ni como amiga, para mí eso es lo más importante, debemos tomar esto como dos adultos, siendo conscientes que nuestro tiempo aquí es limitado… yo… propongo que lo disfrutemos al máximo. Que intentemos pasarla bien, como lo veníamos haciendo hasta ahora y trasladar eso a la cama, anoche la pasamos de maravilla, estuvimos tan compenetrados… como una pieza que encaja perfectamente en otra, ¿deberíamos tener motivos para negarnos a vivir esto que el destino pone ante nosotros? —preguntó en un tono tan casual e impersonal que él mismo se sorprendió.

—No, en lo absoluto, somos un hombre y una mujer sin compromisos, adultos y responsables, podemos manejar esta situación sin ningún problema… Y si sentimos que algo comienza a cambiar debemos hablarlo, creo que lo más importante es que seamos sinceros, y así no tendremos motivos para arrepentimientos más adelante —pronunció ella con un tono igual de frío.

Alessandro asintió, de pronto las ganas por tener a Samantha entre sus brazos se habían enfriado, ella había conseguido que eso sucediera con su actitud, pensó que después de lo ocurrido anoche las cosas entre los dos serían distintas, más cálidas y agradables, no solo como amigos, sino en un aspecto más íntimo. Había perdido la cuenta de las veces que le había hecho el amor hasta ahora, unas cinco o seis, seguía deseándola con locura, pero justo en ese momento, la sentía como un iceberg entre sus brazos; sin embargo, no le daría la satisfacción de demostrarle cuanto lo había afectado su actitud.

Samantha había sentido como si el corazón se le hiciera un puño cuando escuchó la manera tan descarada, en la que él le proponía una aventura de verano, estaba consciente que esto no sería nada más, pero oírlo con tanta ligereza le causó un extraño malestar en el pecho. Se impidió pensar un solo instante en que podía cambiar lo que Alessandro le proponía por lo que ella deseaba, pues ni siquiera sabía lo que quería en realidad. ¿Qué ganaba con apostar por algo que solo duraría un par de meses cuando mucho? Seguiría su ejemplo, lo disfrutaría mientras lo tuviera y nada más.

—¿Cenamos? —preguntó, fingiendo una sonrisa.

—Por supuesto —contestó él, mostrándose de la misma manera.

Caminaron hasta la cocina y Samantha sacó del horno los dos submarinos que había puesto en este para mantenerlos calientes, igual que la vez anterior se había esmerado en hacer algo del gusto de él, pero ahora no le importaba si lo complacía o no. Sentía que una parte de esa pieza, que según él era los dos y que encajaba a la perfección, se había quebrado, apenas lo miraba a los ojos mientras cenaban y las palabras se limitaron a monosílabos.

—Otro gran acierto, estuvieron muy ricos los emparedados, Samantha —dijo él, levantándose para ayudarla con los platos, como ya tenía por costumbre.

—Gracias. —Ella fingió una vez más su sonrisa.

Le entregó un plato para que él lo secara, evitando mirarlo pues sentía que si lo hacía no podría seguir callando eso que la estaba ahogando, ni las lágrimas que intentaban doblegarla,

respiró profundamente para armarse de valor y hablar.

—Creo que deberíamos dejar el final de la serie para otro día…

—¿Quieres que subamos ya a la habitación? —preguntó sintiéndose esperanzado, imaginando que quizás ella planeaba dejar atrás el incómodo momento que habían tenido.

—No… yo… —Dejó libre un suspiro tembloroso.

—Bien, entiendo. —Alessandro puso el plato en su lugar, sintiendo como el corazón se le encogía y su cuerpo se tensaba por completo, algo se había dañado entre los dos.

Se obligó a mantener ese suspiro de derrota que lo estaba ahogando dentro del pecho. No era de los hombres que se dejara vencer con facilidad, pero mucho menos era de aquellos que se pasara rogando por un poco de atención, sobre todo porque jamás lo había necesitado, Samantha le gustaba ¡Bien! Pero no por ello iba a permitirle que le pusiera el pie encima cada vez que quisiera.

No se molestó en mirarla una vez más, se dio media vuelta y comenzó a caminar para salir de ese lugar. Mujeres era lo que le sobraban, solo le bastaba con hacer un par de llamadas para tener a una docena en su casa, todas dispuestas a darle lo que deseara y más.

Samantha lo vio alejarse y la presión en su pecho se hizo más intensa, tragó para pasar el nudo que se había formado en su garganta. Parpadeó con rapidez para alejar las lágrimas, sabía que si lloraba en ese momento quedaría como una idiota delante de él, tomó aire y se quitó los guantes de hule con fuerza demás.

—No entiendes y no lo harás tampoco. —Esas palabras escaparon de sus labios, cerró los ojos reprochándose por ello.

—¿Sabes qué? ¡No! No lo entiendo… y como es evidente que tú no te dignarás a explicarme nada, es mejor que me vaya, no voy a quedarme aquí a la espera que decidas ser sincera conmigo.

Dio un par de pasos hacia delante, pero en un impulso giró y regresó hasta ella. La miraba con rabia, con resentimiento, sentía que ella lo había lastimado y no se iría de allí hasta hacerle sentir lo mismo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que te molesta? ¡Háblame!

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió ofuscada, mirándolo a los ojos, sintiendo que las piernas le temblaban.

—Quiero que me digas lo que sientes, que me digas por qué estás así y por qué cambiaste de un momento a otro, cuando llegué estabas feliz de verme y ahora me insinúas que deseas estar sola, me rechazas sin hacerme saber ni siquiera el motivo y me dices que no entiendo nada… ¡Por supuesto que no entiendo nada! Qué carajos voy a entender si tú no me ayudas a hacerlo. —Le reprochó con dureza.

—¡Pues no quiero nada! Y a ti tampoco debe importante lo que desee o lo que no, después de todo esto no será más que la aventura de un verano, ¿no? Siéntete satisfecho con eso, Alessandro, y no me exijas nada más —le contestó llena de rabia y dolor, al ver lo ciego que él estaba, como si fuera tan difícil concluir que la había herido.

—¡Perfecto! —exclamó él, sintiéndose más furioso todavía.

Era la primera vez que una mujer lo hacía enojar de esa manera, que lo sacaba de sus cabales, respiraba con dificultad y su mandíbula estaba tan tensa que dolía, tenía la mirada clavada en ella, como buscando respuestas, pero no halló nada. Le dio la espalda y se alejó con andar impetuoso, no dijo nada más, ni siquiera se despidió de ella, solo abrió la puerta de un jalón. Salió de la casa y lanzó la hoja de madera haciendo que se estrellara contra el marco, con un fuerte estruendo que retumbó en todo el lugar e hizo temblar los cristales de las ventanas.

Ella se quedó clavada justo en el lugar donde estaba, no se atrevió a moverse y solo percibió como su cuerpo tembló a causa del golpe que pareció estremecer toda la casa, sus ojos se llenaron de lágrimas, el nudo en su garganta se apretó con tanta fuerza que sentía estaba a punto de asfixiarla, se mordió el labio trémulo para retener el llanto.

—Ni se te ocurra llorar, Samantha Steinberg… —Se dijo con decisión, al tiempo que cruzaba los brazos, inhaló profundamente para pasar la presión en su pecho, y eso fue el detonante para sus emociones—. ¡No! Te dije que no lloraras… no llores, Samantha ¡Por Dios, ni que fuera para tanto! —Se reprochó sintiendo como las lágrimas le llegaban en oleadas luchando por desbordarla, intentó tomar aire de nuevo—. Te prohíbo que llores… tú no eres así, no lloras por los hombres, ninguno te ha hecho llorar y él no será el primero… no seas tonta… no llores, por favor. —Había pasado de exigir a rogarse a sí misma guardar la compostura.

No pudo hacer nada, las lágrimas ya bajaban tibias y pesadas por sus mejillas, se sintió fatal por mostrarse tan débil, por permitir que Alessandro la afectara de ese modo, negaba con la cabeza luchando por parar de una vez, pero todo parecía inútil, entre más intentaba dejar de hacerlo, más lágrimas salían de sus ojos.

Capítulo 33

Decepción y furia, eran quizás las más poderosas de todas las emociones que corrían por su cuerpo y acentuaban su andar enérgico, llegó hasta su casa y una vez entró lanzó la puerta con la misma fuerza que azotara la otra, le importaba una mierda si alguien se molestaba por ello, en esos momentos no podía ni le daba la gana de ser razonable o mesurado. Su respiración agitada era la muestra fehaciente de la rabia que lo colmaba, se sentó en el sillón apoyando los codos en sus rodillas, para intentar calmarse, pero nada menguaba lo que sentía; se levantó de nuevo y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Ella no quiere nada… bien, entonces no tendrá nada, hasta aquí llegué contigo, me cansé de buscarte, me cansé de tener que aguantar tus arranques y que te hagas la importante siempre, de tus silencios y tu arrogancia, me obstiné de que seas tan caprichosa, que siempre tenga que ser yo quien deba ceder… ¿Por qué no lo haces tú? ¿Por qué no haces algo para variar? —cuestionó en voz alta, caminó hasta la cocina, abrió la nevera y se sirvió un vaso con agua que bebió de un solo trago.

Apoyó las manos en la pieza de mármol que era parte de la isla en medio de la cocina, sus nudillos se pusieron blancos debido a la presión que ejercían; suspiró intentando controlar la rabia que lo recorría, cerró los ojos y hasta su mente llegó la imagen de Samantha. En su cama desnuda bajo su cuerpo, entregada a él, a sus caricias y sus besos, tan hermosa y complaciente, después llegó la de minutos atrás, esa fría y distante que le bajó las ganas en minutos, negó con la cabeza para liberarse de los recuerdos, no le resultó sencillo; por el contrario, entre más se empeñaba en no pensar en ella, más presente estaba.

—¡Maldita sea! Hasta dejé el bolso en su casa… ahora no tengo ni siquiera un estúpido cepillo de dientes, pues me tocará quedarme así hasta que Tina pueda ir por otro… no pienso regresar allá, no voy a permitir que crea que me ha ganado, ya está bueno de ser tan pendejo, Alessandro Bonanzierri. —Se irguió cuán alto era.

Se llevó una mano a la nuca para masajearla y darle alivio a la tensión que se había adueñado de él, caminó para salir de la cocina, apagó las luces y luchó contra sus deseos de asomarse por la ventana y mirar hacia la casa de Samantha, dejó el salón también en penumbras y se disponía a subir las escaleras.

—¡Demonios! Te desconozco, Alessandro, de verdad das pena hombre… puedes tener a la mujer que desees entre tus brazos con solo proponértelo… Y estás evaluando en verdad ir a hablar con ella, ¿puede eso ser posible? ¿Qué carajos te pasa? —Se preguntaba sin animarse a subir las escaleras.

∞∞∞

Samantha estaba en medio de un llanto amargo y de severos reproches que se hacía a sí misma, sorbía por la nariz con fuerza, al tiempo que se llevaba las manos a las mejillas y se limpiaba las lágrimas con brusquedad, se sentía tan estúpida, tan molesta con Alessandro, pero sobre todo con ella, por actuar de esa manera, por exponerse así y darle a él el poder para lastimarla. Se puso de pie y caminó hasta la cocina, se sirvió un vaso con agua, el gélido líquido

le refrescó la garganta y la ayudó a calmarse, cerró los párpados que aún temblaban y respiró profundamente, los latidos de su corazón comenzaron a sosegarse de a poco, mientras su mente luchaba por bloquear las imágenes de Alessandro que llegaban hasta ella.

De pronto un par de golpes en la puerta la hicieron sobresaltarse, abrió los ojos posando su mirada desconcertada en la hoja de madera, el sonido se repitió y supo que era él, ya había logrado diferenciar su manera de llamar, cayó en cuenta de su estado y desesperada abrió el grifo para lavarse la cara, buscó una servilleta y la secó con rapidez, después caminó a la puerta mientras se arreglaba el cabello.

—Dejé algo olvidado y lo necesito. —Fueron las palabras de él en cuanto Samantha le abrió.

Ella se quedó pasmada, ni siquiera la dejó hablar, pensó que había regresado para pedirle disculpas por su comportamiento e intentar conciliar las cosas, pero no, era evidente que nada de eso le interesaba, seguía en la misma postura arrogante e intransigente, provocando que la rabia en ella resurgiera de nuevo.

—¿De qué hablas? —le preguntó con rudeza, sin atreverse a mirarlo directamente, no quería que notara que había llorado.

—Traía un bolso conmigo cuando llegué, lo dejé junto a la puerta… lo necesito ¿puedes pasármelo por favor? —contestó en el mismo tono, no pensaba dar su brazo a torcer.

Alessandro sentía que ya bastante estúpido había sido en llegar hasta allí con la tonta excusa del bolso, quedaría delante de ella como un pelele que venía a rogarle por una oportunidad, pues no le daría el gusto, tomaría el bolso y saldría de aquí dejándole claro que todo había terminado y que la única culpable había sido ella.

—Claro —mencionó con parquedad y se volvió para buscarlo.

Solo había llegado hasta allí con el único propósito de molestarla, ¿acaso no podía esperar hasta mañana? No se había conformado con haberla dejado como la dejó. Sino que ahora venía de nuevo con la barata excusa del bolso, quizás esperando que ella le rogara para que se quedara, pues estaba muy equivocado, se decía mientras buscaba, al fin logró dar con un bolso de mano hecho en piel oscura, lo tomó y se volvió para entregárselo.

—Gracias —dijo Alessandro recibiéndolo, y por primera vez la miraba a los ojos.

—De nada —pronunció ella, esquivándole la mirada.

El silencio se adueñó del lugar, ninguno de los dos se atrevía a decir nada o a moverse para terminar con la tensión que los invadía y ese incómodo momento. Él no se dio la vuelta y se marchó como tenía planeado, y ella no se alejó y cerró la puerta como también había pensado en cuanto le entregó el morral.

—¿Por qué lloras, Samantha? —Le preguntó, haciéndola sobresaltar al verse descubierta.

—No estoy llorando —se defendió de inmediato, pero no lo encaraba; por el contrario, bajó un poco más la cabeza.

—No, en este momento no, pero lo hiciste, ¿o me vas a decir que era una alergia? —Le cuestionó y con decisión llevó un par de dedos hasta su barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Alessandro, por favor —susurró, luchando contra la presión que ejercían los dedos de él, bajo su mentón.

—Mírame —le ordenó, pero al ver que ella no cedía, liberó un suspiro y se alejó dándole su espacio, después continuó—. Por favor, Samantha… necesito que me mires y me digas qué es lo que sucede, en verdad me vas a volver loco y ya estoy harto de ser yo quien siempre tenga que estar detrás de ti, intentando comprenderte y sacándote las palabras —mencionó con voz pausada.

Ella sabía que él tenía razón, debía admitir que desde que se conocieron le había puesto todo cuesta arriba a Alessandro, que había sido él quien siempre buscó un acercamiento con ella, le ofreció su amistad, la escuchaba cuando necesitaba hablar, le prestaba atención, le tenía paciencia y cuando se sentía desanimada él buscaba la forma de hacerla sentir bien.

Mientras que ella nunca se había preocupado por él, no le había insistido en que le contara sus problemas. Ser consciente de todo eso hizo que el cúmulo de emociones dentro de ella se revolviera de nuevo trayendo una oleada de lágrimas consigo.

—Lo siento… de verdad, Alessandro, lo siento mucho, he sido una tonta, una desconsiderada y no sé por qué actúo de esta manera, pero no puedo evitarlo, me desconozco… yo no soy así, siempre he sido tan complaciente y amable con todo el mundo, pero hay algo en ti que me hace ser diferente, que me exaspera y me trastorna…que hace que le dé demasiada importancia a todo lo que dices o haces por mínimo que sea… —Samantha se detuvo para tomar aire, dejó libre sus pensamientos en un torrente.

Algo muy parecido a la felicidad comenzaba a colmar el pecho de Alessandro, y tuvo que luchar contra la sonrisa que pretendía aflorar en sus labios. La miraba sin poder creer que ella se estuviera confesando de esa manera, allí estaba la Samantha que le gustaba, la que se arriesgaba a decir lo que pensaba sin analizarlo mucho.

—Ya sé que no me soportas… al menos, tienes la decencia de decírmelo —mencionó mostrándose serio.

—Eso no es verdad y lo sabes —le refutó, mirándolo a los ojos, atreviéndose a hacerlo, aunque los suyos estaban anegados.

—No, no lo sé, Samantha. —Volvió contraatacar.

—¡Me acosté contigo! Jamás me hubiera acostado con un hombre al que no soportara… al que no deseara y a ti te deseo, te quedó claro ayer, Alessandro… Así que no me presiones… no hagas esto porque lo odio, si no me quieres creer no lo hagas, si no quieres aceptar mis disculpas, pues bien, ya cumplí con dártelas. —Se sintió acorralada de nuevo y empezó a elevar sus murallas.

—Bien, lo hago… te creo y recibo tus disculpas, no te presionaré, pero te faltó decir que fuiste una altanera, soberbia e insoportable… Samantha yo no soy adivino, ni psíquico para saber lo que pasa por tu mente, si no me dices lo que piensas y sientes me resultará muy difícil comprenderte y quiero hacerlo, en verdad quiero hacerlo…

—Pues no tengo la culpa que seas tan ciego, sabes perfectamente lo que hiciste … ¿Cómo se te ocurre decirme que tengamos una aventura y que la aprovechemos tanto como nos dure? ¡Ya sé que eso será lo que tendremos! Pero… ¿No pudiste encontrar una manera más sutil de exponerlo? ¿Cómo te hubieras sentido si en lugar de ser tú, hubiera sido yo quien te dijera eso? —Le cuestionó, dolida y con rabia.

Él se quedó en silencio analizando cada una de sus palabras y cuando al fin logró entender el punto de ella, no pudo más que sentirse un estúpido. Samantha tenía razón en sentirse ofendida y reprocharle por su actitud, no había tenido el más mínimo tacto para proponerle que fuera su amante durante el tiempo que estuvieran aquí.

—Fui un imbécil lo admito, pero tú empezaste con todo esto, de un momento a otro casi te convertiste en un témpano de hielo, levantaste una pared entre los dos, Samantha. —Le dijo viéndola.

—Yo no hice nada de eso… —calló al ver que él elevaba una ceja y la miraba fijamente, suspiró y cerró los ojos, sintiéndose derrotada una vez más—. ¡Bien, lo hice! Alessandro, no me gusta que me presionen y tú siempre lo estás haciendo, estás intentando cambiar mi manera de pensar y de actuar, yo soy como soy y me siento bien con ello… Si de verdad, no te gustaba con

todas mis manías y defectos, debiste pensarlo mejor antes de llevar esta relación a otro nivel, debes tener claro que no pienso cambiar solo por complacerte.

—Samantha… tú me gustas tal y como eres, no estoy intentando cambiarte, ni mucho menos quiero que actúes para complacerme, si haces eso te aseguro que perderé todo mi interés en ti —expresó apoyando ambas manos en el cuello.

Ella se estremeció ante el contacto, no pudo evitarlo, las manos de Alessandro parecían enviar descargas eléctricas a todo su cuerpo, un simple roce, la ponía alerta y a la espera de más caricias, toques o besos, siempre anhelándolo.

—Me gustas porque eres diferente a todas las chicas que he conocido, porque no tienes miedo de expresar tu opinión, aunque sea contraria a la mía, ni hacerme enfurecer como hace unos minutos, es verdad me porté como un patán y merecía que me dieras una patada y me echaras de aquí… no supe cómo manejar la situación, en este preciso momento me estoy devanando los sesos por brindarte las palabras adecuadas y no es nada sencillo, Samantha —confesó.

—Yo solo quiero dejar las cosas en claro, ya sé que lo que tendremos será una relación de «amigos con derecho» pero quiero saber a qué atenerme mientras esto dure… Apenas nos conocemos y no me gustaría llevarme una sorpresa, como que un día llegue alguna de tus antiguas conquistas y verme relegada a un segundo plano, o que decidas salir y regreses con otra mujer… —Samantha hablaba sin mirarlo a los ojos y sintiendo como sus mejillas se sonrojaban.

Alessandro comprendía cada uno de sus puntos y debía admitir que ella tenía razón, que estaba alegando argumentos que no podía refutar, quizás había tenido acceso a su pasado y por ello deseaba poner las cartas sobre la mesa y ser directa con él. Algo más para admirar en ella, porque demostraba lo centrada que era y ahora entendía su actitud, solo buscaba asegurar que su orgullo no saliera lastimado y estaba en todo su derecho.

—Ya sé que todo esto es un poco exagerado y hasta pretencioso de mi parte, pero si voy a aceptar el papel de ser tu amante mientras estemos aquí, quiero que me des al menos un poco de seguridad. Te prometo que de mi parte la tendrás… —explicó y esta vez su mirada estaba anclada en la de él.

—Quizás te resulte difícil creerme, pero no haría ninguna de esas cosas, jamás te humillaría de ese modo, no después de la manera en la que te me has entregado, ya antes te lo dije, puedo ser un imbécil a veces, pero también soy un caballero y puedo comportarme como tal y darte tu lugar, el valor y la consideración que mereces… estoy seguro de que recibiré lo mismo de tu parte, confió en ti y quiero pedirte que también lo hagas en mí —le pidió mirándola a los ojos, confirmando con su mirada las palabras que de sus labios salían.

—Lo haré… —mencionó y se mordió el labio, nerviosa por la rapidez con la que le había respondido, pero no podía hacer nada para evitarlo, en verdad confiaba en él.

—No te daré motivos para no hacerlo… además que no puedo salir de aquí, eso juega a tu favor, en cambio yo estaré maldiciendo a cualquiera que se atreva a acercarse a ti cuando no estemos juntos… y será algo que no pueda evitar, los italianos tenemos cientos de motivos para crearnos la fama de Casanovas, sé que cuando vayas a Florencia más de uno va a querer conquistarte. —Sintió de pronto, que un fuego se encendía en su pecho.

—Todos perderán su tiempo, ya un italiano ha atrapado mi atención y es al único que pienso dedicarle todo mi tiempo —comentó ella, con una sonrisa, acariciándole el pecho.

—Igual no harías mal en mantenerlos a todos a raya, incluso al desubicado de Piero —indicó con seriedad.

—¿A Piero? Eso es ridículo, Alessandro. —Se mostró divertida y asombrada por la petición.

—No lo es y sabes perfectamente porque lo digo, ahora mismo debe estar detestándome aún

más de lo que lo hacía antes, pero no pienso cederle un solo instante contigo —expuso con ímpetu.

—Al parecer es usted un hombre muy celoso, señor Bonanzierri —dijo ella burlándose, mientras le acariciaba el cuello.

—En extremo, señorita Steinberg, y sumamente posesivo, así que es mejor que sepa a qué atenerse conmigo, y yo sabré a qué atenerme con usted, pues me acaba de demostrar que también es celosa —acotó con arrogancia, no dejaría pasar por alto esa debilidad de ella.

—La verdad, no lo había visto desde ese punto… nunca he sido celosa, creo que lo dije para evitar un momento incómodo, nada más… lo digo en serio, la mayoría de mis amigas piensan que hay algo extraño en mí, pero nunca me he visto presa de un sentimiento como los celos… me parecen algo inseguro y estúpido, irracional —explicó mostrándole que decía la verdad.

—¡Qué lástima que no podamos probarlo! Mi tiempo de deslumbrarme por las mujeres mayores ya pasó y Tina no es mi tipo, me gustan las de cabello oscuro —indicó en tono divertido.

—Muy gracioso, ojalá y no te escuche el señor Jacopo o te sacará de aquí a punta de escopetazos —dijo, siguiéndole el juego.

—Tengo habilidad para escapar de las balas. —Se defendió irguiéndose orgulloso.

—Claro… las de salva —comentó ella, con una sonrisa traviesa.

Alessandro la amarró entre sus brazos con fuerza y la elevó unos centímetros del suelo, apretándola para hacerla pagar por su atrevimiento. Samantha se quejó entre risas y apoyando sus manos en los hombros de él bajó para darle un beso.

—¿Me invita a pasar la noche en su habitación, señorita Steinberg? —Le preguntó con la voz ronca y sensual, para después terminar succionándole con suavidad el labio inferior.

—¿Y mis dos capítulos de hoy? Solo nos quedan estos dos.

—¿Aún deseas verme en sotana después de todo lo que hicimos? —cuestionó, dejando ver media sonrisa y su mirada se intensificó ante el sonrojo de Samantha, le acarició los labios con los suyos.

Samantha sintió todo su cuerpo temblar ante ese único roce, era tan sutil y sensual al mismo tiempo, Alessandro podía despertar su piel y hacer que lo deseara como a nada en este mundo y eso la hacía sentir extraña, como si antes de él no hubiera existido ningún otro hombre.

—Casi puedo escuchar tu cerebro trabajando como la máquina de un reloj, Samantha… ¿en serio quieres verme vestido de cura de nuevo? Porque si es así, déjame decirte que eres una pecadora y que te irás al infierno por tus perversos pensamientos —dijo para provocarla.

—Solo serán dos capítulos y actúas tan bien que ni siquiera recordaré lo que hicimos ayer… te creeré el papel del padre Giuseppe a la perfección —mencionó mirándolo a los ojos—. Vamos no me dejes así o la curiosidad no me dejará concentrarme en nada más y te aseguro que me vas a querer muy concentrada. —Le acarició el pecho y le besó el cuello, no pudo evitarlo al ver la piel expuesta.

—Bien… solo porque no quiero tenerte pensando en todo lo que puede pasarle al «padre» la veremos, pero voy a pedirte algo a cambio —contestó mirándola a los ojos.

—¿Qué? —preguntó Samantha intrigada.

—Que aceptes venir conmigo a Varese.

—¿Quieres llevarme allá para aterrorizarme? —inquirió perpleja.

—No, quiero llevarte allá para que conozcas la casa de mis padres y veas lo hermoso que es el pueblo, quiero compartir eso contigo y distraernos, me gusta este lugar… pero siento que si no salgo dentro de poco voy a terminar volviéndome loco… ¿Qué dices, aceptas?

—Sí, me encantaría y no sé cómo haremos para que no te descubran, pero iré contigo —respondió, con una sonrisa.

—Ya nos las arreglaremos, después de todo recuerda que tengo una esposa muy talentosa y maravillosa a la hora de improvisar. —Se mostró seguro y le dio un beso en los labios.

—¡Será emocionante! Ya quiero que llegue ese día, por lo pronto y aceptada tu condición, es hora de que me acompañes a ver el final de la serie y después de ello no volveré a verte nunca más con sotana —le dijo con picardía mientras le tomaba la mano.

Llegaron al salón y en menos de dos minutos estaban sentados en el sofá, esta vez Samantha estaba prácticamente acostada sobre Alessandro, apoyando la espalda en su pecho, mientras él le acariciaba los nudillos de una mano con sus dedos, cómodo con el liviano peso de ella y la calidez de su cuerpo. Era la primera vez que estaba de esa manera con una mujer, acostados en un sillón y concentrados en ver la televisión, bueno ella concentrada en la serie, pues él lo estaba en Samantha. Parecía un tonto novio adolescente que apenas descubría lo placentero que era el contacto del cuerpo de una mujer junto al suyo.

«Quién te viera en estos momentos Alessandro Bonanzierri, en lo que has quedado, viendo tus viejas series solo por pasar un rato junto a una mujer… aunque Samantha no es una mujer más, no, ella es especial y eso lo compruebas a cada instante que pasas a su lado, te tiene embelesado la americana y tanto que renegabas… ¿Qué dices ahora? ¿Qué dirían tus exnovias o tu hermano Lisandro?»

Sus pensamientos eran muy elocuentes, pero no podía negar que tenían razón, no era ni la sombra de lo que se había convertido en los últimos meses antes de llegar ahí y conocerla, debía admitir al menos para él, que fue un desgraciado arrogante con muchas de las mujeres que tuvieron la fortuna o la mala suerte de cruzarse en su camino.

Al principio era atento y discreto en sus relaciones, pero cuando empezó a sentirse como el trofeo que todas las mujeres de Roma querían lucir y que les valía muy poco lo que él sentía, se unió a su juego y comenzó a portarse como un imbécil, las usaba y las desechaba como si fueran platos de cartón, le daba igual si algunas eran sinceras o no.

—¡Alessandro, me encantó!… estuvo increíble ese final, inesperado, genial —mencionó Samantha, con una gran sonrisa.

Se volvió para mirar a Alessandro y él parecía no comprender lo que le decía, se sintió desconcertada y se disponía a explicarle cuando él le dedicó una sonrisa, después dejó caer un par de besos en sus labios, solo toques mientras le acariciaba la mejilla.

—¿Satisfecha? —preguntó sonriente de verla tan entusiasmada.

—¡Mucho! Me encantó, fue imprevisto, el tipo de finales que me gustan, La conspiración fue un poco predecible, pero igual me dejó muy contenta, sobre todo al ver morir a aquellos desgraciados que te maltrataron… Eres un gran actor y aplaudo tu trabajo, me gustaría ver más —contestó, levantándose para quedar sentada—. Si te parece bien claro está, por ahora te has ganado una gran recompensa, borraré de mi memoria tu imagen en sotana… Y en su lugar la reemplazaré por otra… mucho más atractiva.

—Eso suena muy interesante, dime ¿qué propones? —preguntó acariciándole las piernas, disfrutando de la suavidad de su piel.

—Ve conmigo, subamos a mi habitación… —susurró contra sus labios y sus ojos estaban cargados de un brillo especial.

—¿Estás dispuesta a compensarme por ser tan generoso contigo? —inquirió llevando las manos a su cintura, subiendo la tela de su blusa y recorriendo con sus dedos los costados.

—Sí… te lo mereces y yo lo deseo.

Él dejó ver una amplia sonrisa y la tomó por la cintura haciéndola poner de pie, le dejó caer un beso en el vientre lento, húmedo, sintiéndola temblar y sonrió complacido.

—Alessandro… te encanta torturarme de este modo —susurró ella, después de liberar un gemido y apoyar sus manos en la cabellera de él, sintiendo como sus piernas se estremecían.

—No, me encanta darte placer de este modo… de este y muchos más… —suspiró contra su vientre y después la besó de nuevo, hechizado ante la suavidad, el sabor y el olor de la maravillosa piel de ella—. Quiero darte placer de tantas formas, Samantha, de esta y todas las que te imaginas y las que no también… deseo grabarme en tu piel, dejar mis labios en ella, besarte hasta quedarme sin aliento… —Le encantaba sentir como ella se erizaba y se abandonaba a sus caricias.

—Yo deseo darte lo mismo… darte esto y mucho más, incluso aquello que no conozco, quiero aprenderlo contigo, deseo hacerlo… vamos, Alessandro… no nos hagamos esperar más.

Alessandro la besó con pasión y estuvo a punto de tomarla allí mismo, poseerla en el sofá sin importarle nada más, Samantha, había hecho que se volviera un adicto a ella. Salieron del estudio encaminándose al salón, él tomó su bolso y subió las escaleras guiado por ella, disfrutando de la excitante imagen que le ofrecía el cuerpo de Samantha con su sensual y acompasado andar, solo dos escalones por encima de él.

Capítulo 34

Samantha la abrió lentamente la puerta y de pronto unos nervios tontos se apoderaron de ella, no podía creer que estuviera luchando por no temblar y parecer una niña inexperta delante de Alessandro. Tan solo la noche anterior habían tenido relaciones con desenfreno y pasión, por lo que no debería existir pudor en ella en este momento.

Él se sentía ansioso y de algún modo extraño, una emoción que no lograba identificar se apoderaba de su cuerpo y reclamaba más terreno a cada segundo, podía percibir cierta tensión en Samantha y quizás por eso también se sentía nervioso, como si fuera la primera vez que entrara en la habitación de una chica. Sonrió ante semejante absurdo y se acercó a ella, suspiró disfrutando de la suavidad de sus curvas cuando se apoyó en ella, rozando con su pelvis el sensual trasero.

Ella se estremeció al sentir la presión del miembro de Alessandro, que la hacía consciente de cuan despierto estaba, esperando para complacerla y hacerla alcanzar la gloria una vez más. Respiró profundamente e intentó relajarse contra él, apoyando sus manos en los brazos que le cerraban la cintura, cerró los ojos y dejó caer la cabeza en su hombro, suspirando al sentir que podía confiarle plenamente su cuerpo, pero cuando él subió una mano para acariciarle un seno, ella se sobresaltó y abrió los ojos de golpe.

—¿Qué sucede Samantha? ¿Por qué estás tan tensa, preciosa? —preguntó en un susurro al oído de ella.

Llevó la mano que había intentado apoderarse de su seno, al cuello para acariciarla y relajarla, sintiendo la tensión en los músculos, una que no percibió la noche anterior en ningún momento, eso activó una alarma en él, la volvió para mirarla a los ojos y descubrir lo que ocurría.

—¿Estás nerviosa? —inquirió una vez más.

Observando divertido como ella se sonrojaba y se mordía el labio inferior, negó con la cabeza y su cabello se movió provocando que caprichosos mechones castaños le enmarcaran el rostro.

—No… no lo estoy, es solo que… —se interrumpió esquivándole la mirada y suspiró—. No sé porque me siento así, Alessandro, es tan tonto, después de todo lo que vivimos anoche… ¿Qué lo diferencia de esta noche? —preguntó desconcertada.

—Tal vez sea… que es la primera vez que llevas a un chico a tu habitación y lo invitas a pasar la noche allí —contestó sonriente.

Samantha abrió los ojos de manera desmesurada, no podía creer que eso fuera lo que la tenía así, pero sus palabras parecían mostrar en luces de neón la verdadera razón de su nerviosismo. Sonrió sintiéndose tan infantil y apenada, bajó el rostro para que él no viera su sonrojo hundiéndolo en el pecho masculino.

Alessandro mostró una amplia sonrisa ante el gesto de ella, le encantaba esa timidez que le entregaba, pensaba que a esas alturas de su vida y después de todo lo que había vivido, no encontraría a una mujer que se sonrojara con tanta facilidad, que además luciera tan deliciosa y sensual como lo hacía Samantha. Emocionado llevó una de sus manos al rostro para elevarlo de nuevo hacia él y besarla.

—No tiene lógica… —mencionó Samantha antes que él capturara sus labios, lo miró a los ojos sintiéndose perdida.

—¿Qué no tiene lógica? —preguntó él, con una sonrisa.

—Que me sienta nerviosa por traerte aquí a pasar la noche conmigo, esta no es la casa de mis padres, en este momento es prácticamente mía y puedo hacer en ella lo que me plazca.

—Bueno, pero quizás tu subconsciente no lo ha asimilado, si fuera otra la situación de seguro estarías temblando de miedo y yo estaría sumamente divertido, la excitación sería mucho mayor sabiendo que tus padres nos pueden descubrir, ¿puedes imaginarlo? Si ellos estuvieran en la habitación de al lado y nosotros aquí a punto de tener una noche de sexo salvaje —mencionó con una sonrisa sensual y traviesa, acariciando las caderas y atrayéndola a él.

—La verdad… —Apretó sus labios en una línea y gimió negando con la cabeza—. Dudo que estuvieras tan divertido, lo más probable es que estuvieses temblando más que yo… ¿Sabes? Uno de los mayores tesoros de mi padre es una Colt Python 357 Magnum, con cañón de quince centímetros elaborado en plata, es una verdadera belleza —comentó casual mientras iba deshojando los botones de la camisa.

—¿Está intentando intimidarme, señorita Steinberg? —Elevó una ceja, dejando ver esa sonrisa ladeada y arrogante.

—¿Yo? Claro que no, es solo un dato que tal vez te interese saber, en caso claro que desees meterte a mi habitación, teniendo a mi padre en la de al lado. —Expuso ante sus ojos el pecho seductoramente fuerte de Alessandro y suspiró al acariciarlo.

—Ya veo… bueno, creo que hay situaciones ante las cuales vale la pena arriesgarse y terminar enfrentándose a una Colt Python, y esta, señorita Steinberg, definitivamente lo vale —dijo, al tiempo que la tomaba por la cintura y la elevaba para caminar con ella hacia la cama.

Samantha dejó libre un grito ante la sorpresa y se aferró a los hombros firmes de Alessandro, después le dedicó una sonrisa hermosa y sensual, bajando sus labios para buscar la boca de él y fundirse en esa que ahora era su más exquisita perdición.

Él la dejó de rodillas sobre la cama, mientras acunaba su rostro y la besaba con pasión, jugando con la lengua en el interior de su boca, acariciando, succionando y avivando el fuego que crecía en ambos, bebiéndose los gemidos y los suspiros de Samantha, hasta que lentamente fue bajando el ritmo del beso.

—De pie, señora escritora… usted me prometió ser muy complaciente esta noche y justo ahora acabo de recordar algo que deseo hacer desde hace mucho. —La ayudó a que se parara sobre la cama.

—Suponía que sería yo quien te ofrecería una recompensa —indicó sintiéndose nerviosa y excitada al mismo tiempo.

—Digamos que me resulta más placentero tomarla yo mismo, me gusta llevar la voz cantante… Creo que pudiste comprobarlo anoche, Samantha. —La miró a los ojos mientras desabrochaba los botones de su blusa, le dio un beso en el abdomen que la hizo temblar, eso le gustó mucho y repitió la acción, ella suspiró y él sonrió—. Claro, eso no quiere decir que de vez en cuando no te deje a ti llevar las riendas, pero en la cama me gusta ser quien manda, quien te conquiste y te haga rendir con besos y caricias —susurraba, besándole el vientre, al tiempo que, la despojaba del pantalón corto que llevaba.

Samantha se limitó a observándolo y ahogar gemidos, sintiendo como todo su cuerpo parecía ser barrido por lenguas de fuego cada vez que Alessandro dejaba caer un beso en su piel, como los músculos de su intimidad se contraían y comenzaba a bañarse de una tibia humedad. Cerró los ojos cuando él le quitó el pantalón que traía, ella enredó sus manos en la sedosa cabellera castaña, liberando ese jadeo que no pudo controlar cuando él le apretó con fuerza el trasero y la acercó a su rostro, para después comenzar a bajar su ropa interior.

—Alessandro… —susurró, temblando ante el delicado roce de sus dedos y la suavidad del

algodón que descendía lentamente.

—¿Sí? —preguntó él provocándola.

Dejó caer la prenda a los pies de Samantha y la instó a moverlos para sacarla de su cuerpo, subió la mirada recorriéndola despacio, disfrutando de la vista que su cuerpo semi desnudo le entregada, de ese leve temblor que sus dedos podían percibir y como su piel se erizaba.

Alessandro siempre había sido consciente de su atractivo y del poder que ejercía sobre las mujeres, como cualquier otro hombre eso le gustaba, lo hacía sentir confiado y lo animaba a querer ir más allá, a probar cosas nuevas, se podía decir que había tenido excelentes maestras y buenas alumnas que dejaban que él disfrutara de ellas. Sin embargo, ninguna lo animó a entregarle todas sus artes tanto como Samantha, quería demostrarle lo que había aprendido, sobre todo, deseaba aprender cosas nuevas junto a ella, experimentar, descubrir, la deseaba como no había deseado a ninguna otra y no descansaría hasta haber saciado todos sus instintos junto a ella.

Samantha lo veía como si estuviera hechizada, su respiración irregular movía sus senos a un ritmo acompasado, sus labios temblaban a momentos y debía morderlos para evitar mostrarle cuanto la dominaba. Estaba desnuda de la cintura para abajo y se sentía tan expuesta ante la mirada cargada de intensidad de Alessandro; apoyó la mano en su hombro para mantener el equilibrio, sus piernas empezaron a temblar cuando él rozó el interior de sus muslos.

Sintió el calor de sus dedos acercarse lentamente a su intimidad, los músculos internos se contrajeron con fuerza y la humedad se hizo aún mayor, así como el calor que recorría todo su cuerpo, y se concentraba allí como si fuera el centro de la hoguera. Los latidos de su corazón se aceleraron, su respiración agitada era la muestra fehaciente de lo excitada que estaba, así como el color de sus ojos que había pasado de un caramelo a un castaño oscuro, denso y brillante.

Él subió el rostro para mirarla, al tiempo que le quitaba la ligera blusa rosada y la dejaba caer detrás de ella; rozó con la punta de los dedos el delicado encaje del brasier. Le dedicó una sonrisa traviesa antes de cubrirle los pechos, apretándolos con suavidad hasta hacerla gemir, luego los abandonó y movió las manos a su espalda para abrir el broche que sostenía el brasier, se lo quitó, dejándola completamente desnuda.

—Eres perfecta —susurró, observándola con deleite.

Samantha seguía hipnotizada por su mirada que le calentaba la piel y la hacía estremecerse, era tanto el magnetismo que desbordaba, que ella no podía hacer nada más que verlo y desearlo. Su pecho estaba colmado de tanta felicidad y orgullo al ver como él la admiraba, haciéndola sentir como si fuera la mujer más hermosa del mundo, como si fuera una Diosa que se presentaba ante un simple mortal.

Ningún hombre la había mirado como lo hacía Alessandro en ese momento, sentía que estaba a punto de llorar por todas las emociones que la recorrían, liberó un suspiro trémulo cuando él entrelazó sus dedos y se llevó su mano a los labios para darle un beso en el dorso, mientras la miraba fijamente a los ojos.

Ella descendió despacio, manteniendo su mirada anclada en la de Alessandro; se puso de rodillas sobre la cama para quedar a su altura y con la mano libre le acarició la mejilla, respondió a su sonrisa con el mismo gesto; se acercó y comenzó a besarle el rostro. Él terminó el beso, algo renuente abandonó la suavidad de su piel y se alejó para ofrecerle el espacio de besarlo con libertad, a la espera de ese roce que le entregaría, suspirando como un chiquillo que era besado por primera vez por su amor platónico.

Samantha no tenía la intención de besarlo en los labios, solo quería agradecerle de algún modo esa hermosa mirada que le dedicara, así que yendo despacio empezó primero en la frente,

bajando con sus labios por el tabique y besó la punta de su nariz, aunque se moría por besar sus labios, subió de nuevo para darle un beso en su mejilla izquierda y después en la derecha, descendiendo por la mandíbula hasta quedar justo sobre su mentón, dejó caer un par de besos en éste.

—Samantha… bésame ya… bésame en la boca —le pidió en un susurro, estrellando su aliento contra los labios de ella.

Le rodeó la cintura con sus manos y la pegó a su cuerpo en un movimiento demandante, el contacto provocó que una exquisita sensación eléctrica los recorriera haciéndolos temblar. Él gimió sintiendo la suavidad de sus senos presionados contra su pecho que subía y bajaba al ritmo agitado de su respiración, le exigió con la mirada que lo besara, quería que lo hiciera ella, que dejara de provocarlo y se rindiera de una vez.

—¿Deseas que lo haga? —preguntó en un tono suave y sensual.

Estaban teniendo un duelo y no sería ella quien perdería, con una actitud estudiada acercó sus labios a los de él y cuando estaba a punto de tocarlos se alejaba, dejando que bocanadas de su aliento cubrieran los labios de Alessandro. Sonrió traviesa y volvió a provocarlo, esta vez ofreciéndole su lengua, rozando con la punta el labio superior de él, apenas un toque y se alejaba de nuevo.

Él sabía que Samantha estaba jugando con su deseo, retándolo con esa mirada sensual y con su actitud que a cada minuto lo provocaba más. Ella estaba jugando con fuego, le gustaba hacer que la deseara con desesperación ¿de verdad quería, Samantha, saber hasta donde podían llegar? No tenía ni idea de lo que él podía hacer si se lo proponía, haría que le rogara, que le suplicara por más placer, por más besos y caricias.

Justo en ese momento tenía ante sus ojos a la osada señorita Steinberg, esa que siempre deseó conocer y sabía estaba dentro de ella, ese juego que se traía con su boca se lo haría pagar y muy caro, cuando al fin atrapara sus labios no los soltaría en largo rato, no lo haría hasta hacerla perder la cabeza, hasta voltear su mundo.

Dejó ver una sonrisa sensual y traviesa ante esos pensamientos y ella le respondió de la misma manera, invitándolo de nuevo con esa lengua ágil y pecaminosa que lo estaba prendiendo en llamas, podía ceder, podía dejarla ganar esta batalla, pero juraba que la guerra sería suya.

Samantha seguía tentándolo una y otra vez, añadiendo más leña a la hoguera que ardía en ambos, podía sentir las ansias haciendo estragos en Alessandro, las mismas que a ella estaban a punto de volverla loca. Los suspiros que él liberaba al verla alejarse, la manera como negaba con la cabeza y sonreía cerrando los ojos, esos gestos tan provocativos y esa evidente declaración de no darse por vencido, estaban a punto de hacerla rendirse, en verdad deseaba besarlo, pero también quería seguir con ese juego porque le gustaba lo que le hacía sentir.

Se estaba poniendo la prueba más grande que hubiera enfrentado, Alessandro era el hombre más hermoso y sensual que hubiera conocido, ella era una masoquista al no ceder a lo que ambos deseaban. Su sangre estaba tan espesa por el deseo que parecía lava, ardiendo y concentrándose en su intimidad, sentía que la humedad era cada vez más y las palpitaciones acompañaban a los latidos de su corazón, no podía seguir soportándolo, si no cedía él, entonces lo haría ella.

—¿Quieres besarme, Alessandro? ¿Por qué no lo haces? Estoy justo frente a ti… y sé que te mueres por entrar en mi boca. —Se acercó a él una vez más acariciándole el pecho, llevó sus manos hasta el cuello y las apoyó allí, sin acercarlo, solo para hacerlo consciente de que se estaba ofreciendo a él—. Mueres por hacer eso y por hacer mucho más. Pensé que era usted quien tenía el mando, señor Bonanzierri, ¿por qué no toma lo que desea en este momento? —preguntó con un tono sugerente que le nacía con tal naturalidad que la asombraba, pero no se lo dejaría ver,

por primera vez se sentía poderosa y dueña del momento.

—¿Quiere que tome lo que deseo, señorita Steinberg? —inquirió, elevando una ceja y dejando ver esa sonrisa ladeada y felina que se le daba con la misma facilidad que respirar.

Ella asintió con un movimiento efusivo de su cabeza y la mirada cargada de diversión y expectativa, acercó lentamente su rostro hacia él para invitarlo de nuevo a tomar sus labios, pasando la punta de la lengua por el inferior para humedecerlo.

Alessandro pensó que era momento de darle a probar una cucharada de su propia medicina, se mantuvo firme en su posición haciéndola esperar y cuando vio que Samantha daba por seguro que la besaría. En lugar de eso, se adueñó de sus suaves y redondas nalgas, las apretó con firmeza y la atrajo a su cuerpo en un movimiento demandante, ella liberó un pequeño grito ante la sorpresa y él se deleitó rozando la protuberancia tras su pantalón contra el pubis de Samantha.

—Justo ahora tengo parte de lo que deseo entre mis manos —esbozó triunfante y se adueñó de su boca.

Samantha apenas pudo reaccionar ante ese asalto, su boca recibió la lengua de Alessandro y de inmediato todo a su alrededor comenzó a brillar como si fuera un cuatro de julio. Sus manos se aferraron a los brazos de él, intentando mantenerse con los pies en la tierra y evitar que las caricias que le brindaba a su trasero la lanzaran al espacio, gemía cada vez que él empujaba su pelvis contra ella, haciéndola consciente de la poderosa erección bajo sus pantalones, su centro se colmó de humedad en medio de contracciones que clamaban por tenerlo.

Él le acunó el rostro para evitar se le escapara, había notado que intentó hacerlo un par de veces, quizás buscando aire, pero si deseaba respirar tendría que ser del aliento que le brindase, que no era mucho, a decir verdad. Él también necesitaba tomar oxígeno, pero le haría pagar sus provocaciones, la besaría hasta que ella le rogara que tuviera piedad, hoy se daría el placer de besar todo su cuerpo.

La tumbó en la cama con suavidad, dejándola tendida en medio de las sábanas de un suave tono damasco, aun así, el cuerpo desnudo de Samantha lograba resaltar iluminado por los rayos de la luna que entraban por el ventanal y la tenue luz de la pequeña lámpara de noche, su desnudez era exquisita desde donde se le mirara.

—Alessandro… —susurró, incapaz de esbozar nada más, temblando bajo el contacto de sus manos fuertes y cálidas.

Él no le dio una respuesta audible, solo le regaló una sonrisa que le hacía cientos de promesas, se alejó de ella para quitarse con rapidez los zapatos y los calcetines. Después subió a la cama aún con él jean encima, deslizó un par de dedos por el vientre plano de Samantha, los llevó hasta posarlos en medio de los senos que subían y bajaban en un movimiento acompasado, hipnótico.

Ella se incorporó un poco y acercó su mano hasta el pantalón para ayudarlo a quitárselo, aunque no entendía porque no lo había hecho él; con agilidad soltó el botón y después deslizó la cremallera, dejando a la vista el slip negro que él llevaba, que era la única barrera entre su mano y la potente erección que pedía ser liberada, ella la acarició con suavidad y se disponía a tomarla cuando Alessandro le atajó la mano.

—No tan rápido, señorita Steinberg, recuerde que yo sigo manteniendo el control… hasta que decida lo contrario —respondió con determinación, ante su mirada de desconcierto.

—Pero… —Se disponía a protestar y él la interrumpió de nuevo.

—Esta noche deja que me encargue de ti, ponte en mis manos, Samantha, y déjame darte tanto placer que no puedas más, déjame besar cada rincón de tu cuerpo, llevarte al clímax… una y todas las veces que me sean posible —susurró, acercándose a ella, cubriéndola con su cuerpo, sintiéndola temblar al ser consciente de su peso, su mirada no abandonó un solo instante la de

Samantha.

—Alessandro… yo… yo, no... —Sentía que los nervios y la excitación libraban una lucha en su interior.

Dejarse llevar a ese cielo que le prometía, y rendirse no era tan sencillo, no cuando su corazón latía de esa manera y su pecho estaba colmado de sentimientos que la asustaban y la alegraban al mismo tiempo y con la misma intensidad.

¿Qué podía hacer? ¿Qué estaba arriesgando al entregarse así a él? ¿Era solo su cuerpo o también su corazón? Se cuestionaba sintiendo como sus latidos aumentaban, golpeteando como si fueran un pájaro que es enjaulado por primera vez, mientras unas ganas de llorar que no entendía la invadieron de un momento a otro, se esforzó por luchar contra estas y respiró hondo.

—Confía en mí, Samantha, te prometo que disfrutarás muchísimo de todo lo que voy a darte —mencionó, al ver que ella dudaba.

Samantha se tragó sus miedos, lanzó sus dudas a un lado y armándose de valor asintió, mientras acariciaba con una mano el rostro de Alessandro. Él le dedicó una sonrisa hermosa y efusiva, ella le respondió con el mismo gesto, recibiendo el toque de labios que le dio, lento, calmado, apenas un roce que la dejó deseando más.

Capítulo 35

Alessandro sentía que el pecho le iba a reventar de la emoción, había algo especial en esa rendición que Samantha le ofrecía, algo que no lograba entender a cabalidad, pero que lo hacía inmensamente feliz como hacía mucho no se sentía, eso que comenzaba entre los dos era importante, su corazón, su cuerpo, todo en él se lo decía. Se alejó tendiéndose de lado en la cama, sin apartar un minuto su mirada de la de Samantha, poniéndose cómodo apoyando su cabeza en la mano izquierda y con la derecha comenzó a recorrerle el cuerpo.

Primero el cuello blanco y suave, tomó su tiempo para acariciar el pequeño lunar que resaltaba en la piel blanca, después bajó hasta la clavícula y siguió la línea perfecta que terminaba en su hombro. La sintió suspirar cuando se acercó imitando con sus labios el recorrido que habían hecho sus dedos, perdido en la suavidad y el perfume que le brindaba la piel de Samantha, sentía que esa sería la exploración más maravillosa que le haría a una mujer.

Samantha decidió concentrarse en disfrutar de Alessandro, de sus besos y sus caricias, de todo lo que estaba dispuesto a entregarle; su cuerpo estaba tan sensible que el más mínimo roce de labios la hacía suspirar y ya ni siquiera eso se esforzaba en ocultar, se los entregaba a Alessandro, así como estaba haciendo con su cuerpo. La sensación de los labios de Alessandro paseándose por sus senos era maravillosa, su mano tomó uno cubriéndolo completo, excitando su pezón con los dedos y haciéndola consciente de lo diferente que era la caricia que él podía ofrecerle, a la que se daba ella en la intimidad de su habitación, esa que tantas veces se dio pensando en él.

Alessandro se humedeció los labios con la lengua justo antes de tomar uno de los pezones de Samantha, gimiendo al mismo tiempo que ella, perdido en la deliciosa sensación que la piel tensa y corrugada le brindaba. Lo succionó con decisión varias veces abriendo un poco más su boca para abarcar tanto como podía, aprovechó que ella arqueó la espalda y puso un brazo debajo para atraerla hacia él.

—Me encanta… Alessandro, me encanta. —Ella cerró los ojos hundiendo su cabeza en la almohada.

—A mí también me encanta, preciosa… eres tan dulce, Samantha, tan sensible —susurró contra la humedad que había dejado su boca sobre la areola suspirando satisfecho al verla roja, brillante y erguida.

Se movió quedando encima de Samantha embelesado con ese par de senos que eran perfectos, deseaba beber de ellos hasta saciarse. Se puso en medio de sus piernas, buscando mayor comodidad y libertad para continuar besándola, capturó el seno que había dejado de lado, ella se arqueó de nuevo y él metió el otro brazo bajo su cuerpo, al tiempo que hundía las caderas de ella con su pelvis.

Ella jadeó al sentir la presión contra su pubis de la erección de Alessandro, era una sensación tan exquisita y al mismo tiempo dolorosa, pues deseaba con locura que estuviera en su interior y no torturándola de esa manera, se movió bajó él intentando crear un poco de fricción en su clítoris. Él sintió la necesidad de Samantha y quiso darle alivio, pero no para llevarla al orgasmo, no deseaba hacerlo aún. Intentó distraerla buscando sus labios y movió sus caderas en un ritmo acompasado rozando su erección contra el pequeño clítoris, la sintió temblar y comenzó a ir más despacio hasta detenerse.

Samantha estaba desesperada por más y quería que él continuara, así que llevó sus manos a la espalda de Alessandro y descendió en una caricia lenta hasta el fuerte y bien formado trasero de él. Metió las manos debajo del jean y la ropa interior para tener bajo sus dedos la deliciosa sensación de la piel suave y tibia de sus glúteos, los apretó y retomó ella los movimientos que él había pausado mientras lo besaba con desesperación, pidiéndole en silencio que la tomara, que entrara en ella y aplacara el fuego que la recorría.

—Alessandro… te necesito… te necesito —pidió en medio de jadeos apretándole con fuerza las nalgas.

—Relájate, Samantha. —Le indicó acariciándole las caderas.

—No puedo… no es fácil… Alessandro, por favor. —Ella hizo audible el ruego que se negaba a entregarle, estaba desesperada.

Nunca había deseado a un hombre tanto como a él, ni sentido esa necesidad que estaba a punto de hacerla estallar, se volvería loca si él no la tomaba, no entendía ¿qué esperaba? ¿Por qué no buscaba un preservativo y entraba en ella de una buena vez?

—Lo sé, tampoco es fácil para mí, preciosa… yo también te deseo, pero esta noche quiero que nos demos tiempo, que hagamos las cosas con calma… deseo besar todo tu cuerpo con dedicación porque he soñado con hacerlo desde hace mucho. —La miró a los ojos con la voz ronca por el deseo y el esfuerzo de mantenerse.

—Pero… yo… yo deseo tenerte en mí. —Ella le acariciaba la espalda con una mano, moviéndose despacio debajo de él.

—Y me tendrás… hoy me tendrás como no me has tenido hasta ahora. —Le aseguró y dejó ver su sonrisa ladeada, sensual, luego la besó con suavidad—. ¿Te gustan mis besos, Samantha? ¿Te gusta la forma como mi lengua recorre tu boca, cómo acaricia tus labios? —Le preguntó, mirándola a los ojos.

Ella asintió moviendo varias veces su cabeza, sin poder escapar de su mirada, pérdida en las caricias que le brindaba a sus caderas sintiendo un latido que se concentraba en varios lugares de su cuerpo y seguía el mismo que golpeteaba en su pecho.

—Imagina… lo que puedo hacer si te beso… —susurró, dejando que su aliento se estrellara contra los labios entreabiertos de ella. Movió su mano despacio buscándole su entrepierna y gimió al sentirla tan húmeda—. Aquí, Samantha —susurró, acariciándola lentamente.

Ella liberó un jadeo y cerró los ojos con fuerza cuando sintió los dedos de Alessandro rozarle el nudo de nervios entre sus piernas y supo que eso estaba más allá de lo que pudiera soportar. Elevó las caderas y posó una de sus manos sobre la de él, pidiéndole que la tocara así, ofreciéndose al tiempo que se estremecía.

Alessandro retiró la mano y la reemplazó por la suya, la posó sobre el brote haciendo que fueran sus dedos los que presionaran el clítoris. Él estaba a punto de perder la cabeza, Samantha haría que se desahogara en los pantalones, esa imagen que le entregada era tan jodidamente erótica que lo hizo contener el aire, la necesidad que veía en ella, el rubor en sus mejillas, su mirada oscura y brillante, el movimiento de sus senos y de sus caderas.

«¡Alessandro, reacciona! Te estás comportando como un estúpido novato. No es la primera vez que ves a una mujer tocándose de esa manera, maldición, respira, tómala, hazla tuya, te lo está suplicando… era lo que deseabas.»

El reproche en sus pensamientos lo hizo salir del estado en el que estaba, de inmediato decidió acompañarla en sus movimientos, dejando que ella acariciara el botón rosa, mientras él deslizaba un par de dedos en su interior y la penetraba con invasiones lentas y poco profundas. El deseo en él aumentaba a cada instante y sabía que, así como ella se encontraba a las puertas de un

orgasmo, él también lo estaba y lo más vergonzoso y estúpido de todo era que si se descuidaba iba a terminar corriéndose en el slip.

—¿Quieres que te bese aquí, Samantha? —Le preguntó rozándole los labios con los suyos al tiempo que presionaba los dedos de ella que estaban sobre el clítoris, humedeciéndolos con sus fluidos.

—Sí… bésame… bésame donde desees —respondió, sintiéndose osada y desinhibida como nunca lo fue.

—Invítame, Samantha… déjame probarte… muéstrame que tan exquisito es tu sabor —dijo mirándola a los ojos, disfrutando de su reacción contrariada y del sonrojo que le cubrió el rostro al comprender lo que deseaba—. Vamos, preciosa, no seas tímida, déjame probarte y te prometo que te daré el mejor orgasmo que hayas tenido de esta manera. —Esa promesa quedó vibrando en el aire.

Samantha sentía que su piel estaba a punto de prenderse en llamas, sentía la cara arder y sabía que debía estar muy roja. Cerró los ojos llena de vergüenza sin saber cómo hacer lo que le pedía, mejor dicho, sí lo sabía. Lo complicado era hacerlo, jamás había llegado tan lejos, una cosa era que él mismo la probara, y otra muy distinta era que ella llevara hasta su boca los dedos impregnados de su humedad para ofrecerlos.

—Alessandro… —intentó negarse, apenada a más no poder.

—Yo deseo que lo hagas, Samantha… puedo hacerlo yo, me estoy esforzando como no imaginas por no ceder, porque deseo que seas tú… no me hagas esperar, no nos hagas esperar —mencionó, con la voz grave mirándola a los ojos, hechizándola, seduciéndola.

Ella respiró profundamente y cerró los ojos, luchando contra el pudor que la hacía sonrojarse, despacio y temblando comenzó a mover su mano, subiéndola lentamente hasta la boca de Alessandro. Cuando supo que estaba cerca abrió los ojos, primero porque sabía que él se lo pediría y segundo porque se moría de curiosidad por verlo.

Él se quedó esperando pacientemente, sin presionarla sintiendo su corazón golpeando lentamente y su respiración entrecortada, que era la muestra más grande de su excitación, mientras la ansiedad estaba a punto de quebrarlo. Era la primera vez que le pedía a una mujer algo como eso, siempre había tomado la situación en sus manos y se apoderaba de esa parte de su cuerpo sin tanto preámbulo. Sin embargo, no se arrepentía de habérselo solicitado, ella le estaba ofreciendo una de las experiencias más eróticas que hubiera vivido hasta el momento.

Samantha apoyó lentamente dos de sus dedos en los labios de Alessandro, deslizándolos para cubrirlos con su néctar, él tembló ante el roce y ella hizo lo mismo sintiendo que su corazón saldría disparado de un momento a otro de su pecho. Las pupilas de Alessandro lucían inmensas, oscuras y brillantes, dejando ver apenas las delgadas líneas de sus iris azules. Contuvo el aliento cuando lo vio pasarse la lengua por el labio, lo escuchó gemir y degustar el sabor de su intimidad, hacerlo como fuera un sorbo de vino, parpadeó expectante y curiosa por conocer su reacción.

Salado, suave, delicioso, embriagador; así percibió Alessandro el sabor de Samantha, fue una pequeña muestra que lo dejó deseando más. Sin perder tiempo salió en busca de ello, llevó su mano hasta la de ella y sujetándola por la muñeca la acercó de nuevo a sus labios, abrió la boca y dejó que su lengua probara directamente posándola en medio de sus dedos, la deslizó desde la unión hasta las puntas, mientras la miraba a los ojos y rozaba con su pulgar el centro de la palma.

Ella jadeó con fuerza y se estremeció contra él, sintiendo que toda la sangre en sus venas se hacía espesa, ardiente y corrían como ríos en plena crecida desbocando directamente en su centro, que se llenó de humedad y se prendió en llamas, le suplicó en silencio que acabara con la

tortura, su respiración se aceleró y los latidos de su corazón se lanzaron en una carrera frenética, así como el resto de sus emociones.

Alessandro repitió el movimiento un par de veces tomando con su lengua la humedad de los dedos de Samantha, para después llevárselos a la boca y succionarlos con fuerza, cerrando los ojos al tiempo que retomaba los movimientos de los dedos de su otra mano en el interior de ella, acompañando a Samantha en sus gemidos.

—Eres deliciosa y me muero por beberte toda… hasta saciarme, eres mejor que cualquier vino, tu sabor es mejor que cualquiera que haya probado —dijo antes de atrapar su boca en un beso intenso.

El movimiento de su lengua fue lascivo, lujurioso, candente, pesado y la estaba volviendo loca. Ella abrió su boca para que Alessandro hiciera fiesta en la suya, sentía que él podía darle un orgasmo con solo besarla, era tan intensa su manera de tratarla, de excitarla. Ahora sabía por qué debía temer, él le estaba dando lo que ningún otro hombre le había entregado y que probablemente no le darían en un futuro.

Después de darle un par toques de labios terminó con el beso, se movió con rapidez sintiendo que debía darle ese orgasmo a Samantha, antes de terminar eyaculándose encima. Se posó en medio de sus piernas, acercando su rostro hasta dejar que su aliento cubriera la vulva hinchada, brillante, sonrojada y húmeda, mostrándola ante él lista y ansiosa por recibirlo, provocando que su cordura pendiera de un hilo, por el hermosamente erótico y sutil espectáculo que le ofrecía.

—Todo en ti es tan hermoso, Samantha. —Le hizo saber, justo antes de darle el primer beso.

Ella se estremeció de pies a cabeza y se aferró a las sábanas bajo su cuerpo al tiempo que dejó caer la cabeza en la almohada, elevando las caderas para prologar esa deliciosa sensación que le brindaban los labios de Alessandro. Su pecho comenzó a subir y bajar en un movimiento apresurado luchando por conseguir un poco de aire, abriendo los labios, liberando gemidos y jadeos.

Era evidente que él no tendría consideraciones con ella, deseaba enloquecerla y había tomado el camino correcto para hacerlo. Sus besos cada vez más intensos y profundos hicieron que sus piernas se volvieran solo dos extremidades temblorosas, que nada más acataban las órdenes de los estímulos que Alessandro le provocaba, todo su cuerpo le obedecía a él, había dejado de ser suyo.

Lo sentía deslizar la lengua por sus labios arriba y abajo, una y otra vez, como si deseara desgastarlos, marcarlos para siempre y hacerlos suyos. Todo se hacía mucho más poderoso cuando le dedicaba su atención al brote donde se concentraban aún más sus sensaciones, justo cuando llegaba allí y lo acariciaba con la punta de la lengua para después atraparlo entre sus labios y jalarlo con intensidad. Esa era la experiencia más abrumadora que hubiera sentido hasta entonces, ya no podía pensar, solo sentía. Había pedido eso y Alessandro se lo estaba dando a manos llenas, cada roce, cada beso y cada caricia iban acumulando sensaciones que no había vivido, que amenazaban con lanzarla al cielo y dejarla allí por un largo rato.

Alessandro sentía que entre más tenía de Samantha, más deseaba, elevó sus piernas y las llevó por encima de sus hombros para tener mayor libertad, hundiéndose tanto como le era posible en ese lugar que lo volvía loco. Movía su lengua recorriendo cada rincón con la destreza y el toque que había perfeccionado después de años de realizar esa práctica. Para él dar sexo oral era una de las cosas que más disfrutaba, le encantaba sentir como ella temblaba, como se aferraba a él y escuchar esos sonidos tan excitantes que liberaba.

La piel sonrojada, la ligera capa de sudor que la cubría, su olor que a cada minuto se hacía más intenso y el sabor de su sexo, le estaban dando una de las mejores experiencias que hubiera

tenido hasta ese instante, había algo especial en ella, algo único. Quizás el haber esperado tanto por tenerla así o la manera en cómo ella se entregaba a él, en una rendición absoluta, hermosa y generosa.

—Aless… Alessandro… —Lo llamó con la voz entrecortada a causa de la respiración agitada y los temblores que la recorrían.

Ya no podía soportarlo un minuto más tenía que liberarse, su orgasmo pendía de un hilo, soltó las sábanas que había mantenido aferradas y llevó las manos al cabello de Alessandro. Las deslizó con suavidad, sintiendo las raíces húmedas por el sudor, apoyó sus dedos en la nuca y elevó las caderas para hacer la unión más íntima, moviéndolas de manera acompasada.

—Sí, es lo que quiero, así te deseo, Samantha… sigue, preciosa… así lento, regálame ese movimiento tuyo que me vuelve loco, invítame a beberte… ofréceme todo —le pidió en medio de besos y succiones.

Ella sintió como las palabras de Alessandro la encendían por dentro y despertaban su cuerpo con fuerza, alimentando su deseo, desbordando su pasión y sus ansias por darle más. Le imprimió mayor fuerza al ritmo de sus caderas saliendo en busca del orgasmo. Cerró los ojos con fuerza y tembló cuando sintió la primera ola de espasmos recorrerla, para después liberar el nombre de él en un grito; al tiempo que su vientre se convulsionaba y sus manos se aferraban al cabello de Alessandro, lanzó su cabeza hacia atrás hundiéndola en la almohada sin poder controlar la manera en que sus caderas se contorsionaban y su centro se fundía contra los labios y la lengua de él.

Alessandro la bebió con avidez, paseando su lengua por los labios hinchados y húmedos que a cada segundo dejaban escapar, el suave y embriagador néctar que brotaba de su interior. Intentando hacerlo en medio de los estremecimientos que la recorrían a causa del orgasmo; la escuchó gritar su nombre y sintió que el pecho le iba a estallar de emoción, nunca le había resultado tan extraordinario escuchar a una mujer llamarlo en la cumbre del placer como le resultó con Samantha, ella hacía que todo fuera más intenso.

—Este… ha sido el orgasmo más exquisito… que me he bebido, Samantha Steinberg eres maravillosa —susurró, dándole suaves besos en el vientre una vez que la vio recuperada.

—Ha sido… —Ella suspiró mostrando una gran sonrisa y sintiéndose aún volar, le acarició el cabello y lo miró a los ojos—. Ha sido el orgasmo más intenso y fantástico que haya tenido nunca, aún me siento… me siento volando, Alessandro —mencionó, con la mirada brillante y el cuerpo satisfecho.

—Me alegra escuchar eso… espero lo recuerdes cada vez que te pida que te pongas en mis manos —pronunció, dándole besos en medio de los senos y rozó ese espacio con su lengua.

—Lo haré… te prometo que lo haré —contestó gimiendo, le acarició la espalda y se movió bajo él sintiendo la tensa erección, le dio un beso en el cabello para captar su atención—. Alessandro… me has dado un orgasmo maravilloso y yo quiero complacerte, no sigas esperando… Busca un preservativo y entra en mí, toma mi cuerpo como desees, hazlo ahora —le pidió mirándolo a los ojos.

Él le regaló una de sus mejores sonrisas y se separó de ella con rapidez, salió de la cama y buscó el bolso que había llevado. Sacó un paquete de condones. Luego caminó hasta la cama y antes de subir se bajó el jean llevando también su ropa interior, sus pies se movieron torpes a la hora de intentar sacarlo de su cuerpo, dificultándole la labor.

—¡Maldición! —exclamó sintiéndose frustrado al ver el enredo de telas del que luchaba por salir.

—¿Tiene prisa, señor actor? Si no se concentra perderá la batalla contra sus pantalones. —

Samantha se mostró divertida.

Se había acostado de medio lado y lo veía peleándose con su ropa, su sonrisa era la de una mujer satisfecha y también mostraba una sensualidad que en ella era natural, una que él había ayudado a florecer, orgulloso de ello la observó y sus deseos por tenerla crecían.

—No soy de los que se rinden con facilidad, señora escritora —respondió acercándose a ella una vez libre, le dio un beso en los labios y le acarició la cadera antes de subirse a la cama—. Creo que eso ya se lo he demostrado y sí, me estoy muriendo por estar en su interior, por hacerla llegar al clímax, hacerlo esta vez junto a usted si es posible… ¿Qué me dice? ¿Se siente lista para otra batalla? —preguntó con tono sugerente al tiempo que le rozaba la intimidad una vez más.

—Sí… para ti… siempre —contestó ella, gimiendo.

Él dejó ver una gran sonrisa y se alejó de ella para ocuparse de poner el preservativo en su miembro, con agilidad rompió el envoltorio, y deslizó la goma por la tensa erección que no había perdido dureza desde que Samantha tuviera su orgasmo. La miró a los ojos antes de cubrirla con su cuerpo, ubicándose en medio de las piernas que ella había extendido para darle absoluta libertad. Con un movimiento rápido y certero la penetró llegando hasta el fondo, gimiendo cuando se sintió envuelto por la calidez y humedad que colmaba su interior.

Samantha jadeó y se aferró a sus hombros, clavándole las uñas mientras asimilaba la manera como la había llenado esta vez sin mucho preámbulo, solo en un embiste que la hizo arquearse y que la hundió contra el colchón. Buscó sus labios para besarlo, ronzarlo con la lengua, mordiendo suavemente el inferior, al tiempo que soportaba las penetraciones fuertes y constantes de él, jadeando ante el movimiento desenfrenando con el que la pelvis de él chocaba contra la suya creando ese sonido tan excitante que producía el buen sexo.

Alessandro sentía como si estuviera escalando hacia la cima de una montaña y a cada segundo deseaba llegar más alto; su pene pulsaba acumulando allí todas sus sensaciones y los testículos tensos luchaban por retener un poco más su desahogo. Quería tener a Samantha a las puertas del clímax para compartir ese instante mágico y exquisito junto a ella, temblar y liberarse al mismo tiempo.

Sabía que no era sencillo y por ello ponía todo su esfuerzo en dar lo mejor de sí, penetrándola con ímpetu y tenacidad, siendo constante, no se estaba preocupando solo por su placer, sino por él de ambos. Le atrapó los labios que ahora lucían más voluptuosos gracias a los besos compartidos, jugó con su lengua, rozó y succionó a su antojo la de ella, invitándola a seguirlo y a tomar partido.

Samantha lo envolvió con sus piernas cuando sintió que su orgasmo estaba a punto de liberarse, y empezó a mover sus caderas a contra punto, sintiendo la apasionante sensación de ser llenada una y otra vez por él. Escuchaba y sentía la respiración acelerada de Alessandro en su oído; los sonidos que él hacía parecían entrar y recorrer su cuerpo, provocando que su vagina se tensara, haciendo más perceptibles las pulsaciones que precedía al orgasmo en él.

Ser consciente de lo cerca que estaba Alessandro, la hizo abandonarse a su propio placer; emprendió su viaje, aferrada al hombre que la colmaba en cada rincón pues lo sentía en todas partes. Quería darle el mismo placer y aún en medio del orgasmo, lo invitó a seguirla, abriendo sus ojos y clavó su mirada en la azul que tenía el color de un océano nocturno.

Segundos después de sus primeros espasmos sintió cómo Alessandro también comenzó a temblar, pegó su frente a la de ella liberando bocanadas de aire caliente sobre sus labios, empujando con fuerza y haciéndola sentir aún con el preservativo puesto como su miembro se descargada en su interior con poderío.

Alessandro la abrazó como si fuera un náufrago que se aferra al último leño flotante, mientras

seguía temblando preso de las descargas de placer que el orgasmo le brindaba, percibió cómo Samantha era recorrida por el mismo deleite y la vio cerrar los ojos para luego sollozar al tiempo que él que estaba a punto de hacerlo también, por ello ahogó en su cuello los gemidos guturales que escapaban de su garganta.

Minutos después cuando ya los latidos de sus corazones y el ritmo de sus respiraciones se habían sosegado, seguían manteniendo el abrazo. Samantha le acariciaba la espalda y los hombros, sonriéndole a momentos y en otros lo besaba. Mientras Alessandro le recorrían el rostro con la mirada descubriendo una placentera sensación crecer en su pecho y eso lo llevó a acariciarle los senos, el torso, las caderas; siempre con esa necesidad por tocarla.

El deseo hizo de las suyas un par de veces más esa noche para dejarlos completamente rendidos a media madrugada, cuando un profundo sueño los envolvió a ambos. Esta vez él se durmió primero cautivado por las suaves caricias que Samantha le brindaba, arrullado por su respiración acompasada y el sonido de su corazón, posó su cabeza en la suavidad de los senos más hermosos de los que hubiera disfrutado, que eran el mejor lugar que podía existir para dejarla reposar y así abrazado a ella entrar al mundo de los sueños.

Capítulo 36

Amanecer en los brazos de Alessandro era lo más hermoso y placentero que hubiera experimentado, el calor que se desprendía de su cuerpo la envolvía, haciéndola sentir de maravilla. Los tímidos rayos de luz que se colaban a través de las delgadas cortinas creaban un juego de luces en su rostro mientras ella se deleitaba detallando su masculina belleza.

Alessandro comenzaba a despertar en su interior emociones nuevas y contradictorias, con él se sentía una mujer más libre, arriesgada, sensual y viva. Sonrió y los latidos de su corazón se intensificaron, cuando lo sintió hacer más estrecho el abrazo; fue consciente de la rigidez de su miembro que le rozó la cadera. Se estremeció ante las sensaciones que la recorrieron y liberó un suspiró cómo muestra de la lucha que mantenían en su interior el deseo de despertarlo a besos o dejar que siguiera descansando, sabía que si lo despertaba justo como estaba, no la dejaría salir de la cama en los próximos minutos.

—Puedo quedarme así todo el día —susurró él, con la voz adormilada y los ojos cerrados.

—¿Estás despierto? —preguntó Samantha sorprendida.

—No —gimió al tiempo que acariciaba el seno de Samantha con su mejilla, negándose a abandonar la comodidad que estar así le ofrecía.

—Alessandro Bonanzierri, estás loco si crees que nos quedaremos aquí todo el día. —Suspiró con impaciencia al ver que no respondía ni se movía, sabía que estaba fingiéndose dormido—. ¡Alessandro habló en serio! Estoy de vacaciones y lo último que tenía planeado era pasarlas encerrada en una habitación todo el día…

—¿Ni siquiera si yo te lo pido, Samantha? —preguntó elevando el rostro, buscando su mirada.

Ella intentó darle una respuesta, pero la mirada azul de Alessandro hizo que su mente quedara en blanco, todo se esfumó a su alrededor y solo consiguió ser consciente de él; sintió como el corazón brincaba emocionado dentro de su pecho. Alessandro era el hombre más hermoso que hubiera visto en su vida, ya no le quedaban dudas de ello, incluso recién levantado, con el cabello desordenado y los párpados ligeramente hinchados.

—Quedémonos en la cama todo el día. —Le pidió en un susurro.

Posó la mirada en sus labios, mientras se hacía espacio con la pierna entre las de Samantha, y su brazo la atraía hacia él para absorber toda la calidez que se desprendía del cuerpo femenino. Ella se estremeció provocando que una sonrisa felina se dibujara en sus labios y la llama del deseo se encendiera en su interior; acercó sus labios a la piel tersa y nívea de su cuello para dejar caer un par de besos justo allí y dos más en el lunar que restaba en su garganta.

—Conozco tus intenciones… y… —Ella intentaba pensar, ser racional, pero Alessandro no la dejaba, jadeó al sentir la mano de él acariciarle con suavidad el pezón que estaba muy sensible.

—¿Y? —inquirió en su oído con un susurro provocativo.

Samantha se estremeció y gimió cuando él le acarició con la lengua el lóbulo de su oreja, después lo tomó entre sus labios con suavidad y le dio un beso detrás del pabellón, ahogando su risa allí cuando la sintió temblar de nuevo. Esa siempre había sido una de sus zonas más sensibles, se derretía cuando le daban la atención debida y Alessandro parecía tener el don de hacer magia en ese espacio.

—Alessandro… yo… —pronunció acariciándole la espalda, perdida en la poderosa sensación que la recorría.

—Tú —mencionó, moviéndose para cubrirla con su cuerpo, recorriéndole la mejilla y línea del mentón con los labios—. Eres preciosa… irresistible, suave, cálida… y me vuelves loco.

—Yo…eh… ¿Qué estaba diciendo? —preguntó, riendo nerviosa y sintiéndose tonta, pero una tonta sumamente feliz.

Alessandro liberó una carcajada sensual y varonil que retumbó por la habitación, sentía una sensación de felicidad que no se comparaba con ninguna que hubiera experimentado antes, todas esas nuevas sensaciones que Samantha le provocaba lo tenían cautivado.

—Me encanta, señora escritora —expresó, disfrutando de su sonrojo y su hermosa sonrisa. Estiró la mano para alcanzar el condón que estaba sobre la mesa, mientras sentía la mirada de Samantha sobre él, rasgó la envoltura con los dientes—. Entonces conoces cuáles son mis intenciones, Samantha, la verdad no es difícil adivinarlas, ¿no es así? —preguntó, mientras se encargaba de cubrirse con el látex.

—Eres muy predecible la mayoría del tiempo… al menos en este aspecto. —Rodó los ojos para acentuar el efecto de sus palabras.

—¿Sí? ¿Lo soy? —Se fingió extrañado, pero de inmediato dejó ver una gran sonrisa.

Le hizo pagar a Samantha sus palabras con acciones, acarició con un par de dedos la humedad y calidez en medio de sus piernas, al tiempo que se hacía espacio moviendo la suya. Ella gimió y tembló ante el primer roce de su pulgar sobre el clítoris, esa reacción lo hizo feliz y no dudo en mover sus dedos un par de veces más, impregnándolos del lubricante natural que ella le ofrecía, los deslizó por su tensa erección y con lentitud empezó a rozarla en los pliegues.

Sus cuerpos se unieron y Samantha se olvidó de pensar, se dedicó únicamente a sentir, a vivir ese momento como si no existiera uno después, se puso una vez más en manos de Alessandro y se dejó llenar del exquisito placer que él le brindaba. Recibiéndolo en su interior en medio de besos y caricias suaves, liberando gemidos y jadeos que le resultaba imposible controlar, así como tampoco podía hacer nada por esconder los temblores de su cuerpo.

El día apenas empezaba para ellos, aunque ya era media mañana, igual se tomaron todo el tiempo del mundo para dedicarlo a ese primer encuentro, llevando movimientos pausados, besándose con suavidad y lentitud, brindándose caricias tiernas, dedicados a prolongar tanto como les fuera posible ese momento y las sensaciones que los recorrían.

Alessandro tuvo que refrenar un par de veces a su instinto, que clamaba por lanzarse en una carrera desbocada en el interior de Samantha, concentrando esas ansias locas que lo recorrían en besarla, paseando su lengua por cada rincón de esa hermosa boca, de la que no lograba saciarse por más que se la bebiera entera.

El orgasmo le llegó primero a ella como ocurría siempre, pero sus contracciones y temblores se llevaron a Alessandro segundos después, quien intentó seguir bombeando en el centro de Samantha al mismo ritmo. Sus esfuerzos fueron en vano, la tempestad que ella había desatado no lo dejó ileso a él, así que, en medio de su éxtasis, también obtuvo el suyo propio y una vez más volvía a experimentar esa increíble sensación de casi acabar junto a la mujer bajo su cuerpo.

—Esto es lo que yo llamó un maravilloso despertar —mencionó él minutos después, cuando su cuerpo y mente volvía a pertenecerle.

Ella dejó libre esa risa cantarina y entusiasta que a él tanto le gustaba. Se acercó para darle un beso en los labios, solo un toque y después se movió para abandonar la cama.

—¿A dónde vas? —Alessandro intentó retenerla.

—Al baño primero… y después a hacer el desayuno, ¿no pretenderás que nos pasemos muertos del hambre aquí todo el día? —preguntó, quedando sentada sobre la cama, buscó algo para cubrirse, pero no encontró nada cercano y recordó que a él le gustaba mirarla desnuda, así

que sin pensarlo mucho se puso de pie.

—Está bien, punto a tu favor, no puedo negar que estoy hambriento, usted me roba todas las energías, señorita Steinberg. —Se quejó, tendiéndose de lado para mirarla.

—¿Yo? ¡Vaya descaro, señor Bonanzierri! De continuar así vamos a terminar por desaparecer y todo será su culpa… —Ella se interrumpió al ver que él elevaba una ceja y la miraba de manera acusadora—. Bueno… es responsabilidad de ambos… ¿Contento? —inquirió mostrándose como una niña malcriada.

—Mucho —dijo sonriente y le guiñó un ojo.

Samantha negó con la cabeza mientras sonreía, le encantó ese gesto de él y no pudo evitar dejarse llevar, se acercó en un movimiento rápido y le dio un suave toque en los labios con los suyos. Se alejó antes que él tuviera oportunidad de retenerla.

∞∞∞∞

Minutos después estaba lavándose los dientes, envuelta en una mullida toalla lila que le cubría hasta los muslos. Le extrañó que Alessandro no hiciera el intento por entrar a acompañarla, pensó que quizás se había quedado dormido de nuevo, apenas habían descansado la noche anterior. Recibió la respuesta a sus interrogantes al escuchar un par de golpes en la puerta, la había dejado cerrada de nuevo y a lo mejor él interpreto eso como un límite que ella le ponía, la verdad era una costumbre que siempre había tenido, aunque se encontrara sola.

—Samantha ¿puedo pasar? —inquirió entreabriendo la hoja de madera, respetando su privacidad.

—Sí, claro, Alessandro, pasa no hay problema… yo… tengo por costumbre cerrar la puerta siempre, es algo mecánico.

—Tranquila, es tu espacio… y yo solo estaré cuando me invites —mencionó comprendiéndola y haciéndole saber que ella tenía el poder para decidir cuándo, cómo y dónde le dejaba tenerla.

—Bueno… estás invitado de ahora en adelante, aunque ya voy de salida y no podré acompañarte esta vez.

Sonrió ante la cara de desilusión que puso Alessandro, le acarició el pecho y su mirada no pudo evitar recorrerle el cuerpo, comprobando por centésima vez que todo en él era hermoso y perfecto.

—En serio tú no tienes ningún tipo de problema con exhibirte.

—Tengo pudor como cualquier ser humano ante los extraños… pero no contigo, no tengo ningún problema en que me veas desnudo —respondió dándole un beso en el hombro.

—Ya veo, señor Bonanzierri —pronunció, recorriéndole el cuerpo una vez más, alejó su mirada con rapidez cuando sintió que de nuevo estaba deseándolo—. Bueno será mejor que me vaya a preparar el desayuno, igual usted está fuera de combate en este momento —acotó con picardía y subió sus labios para darle un beso.

—¿Me está retando, señorita Steinberg? —preguntó, elevando una ceja y atrapando la pequeña cintura entre sus manos.

—¡No! Y una vez más estoy adivinando tus intenciones, así que será mejor que desistas o terminaré desmayada —contestó asombrada ante la idea y sobre todo ante la reacción de su cuerpo, que se calentó en segundos, inhaló profundamente—. Lo dejaremos para otro momento, puedes usar este espacio como si fuera tuyo y… —Se interrumpió sintiendo su corazón palpitar con rapidez—. Puedes usar mi cepillo de dientes, está allí —soltó las palabras en un torrente.

—Gracias —esbozó él con una sonrisa—. He traído el mío, pero mejor usaré el tuyo —agregó mirándola a los ojos.

Ella le respondió con una sonrisa radiante y salió del lugar sintiendo que flotaba entre nubes, él la hacía sentir tan especial, le encantaba todo lo que estaba experimentando, esa manera de convivir y compartir sus cosas, como si fueran… Samantha frenó sus pensamientos de inmediato, no podía dejar que estos tomaran alas, debían mantener los pies sobre la tierra si no quería terminar haciendo el papel de estúpida, era una mujer adulta, tenía la madurez para controlar una situación como esta y no podía permitir que se le escapara de las manos.

Con esa resolución se dispuso a vestirse rápidamente, ropa interior azul cielo de algodón y encaje, algo sexy pero discreto, buscó un jean corto y una blusa blanca con delicado estampado de flores en tonos rojos y azules de tirantes finos. Después comenzó a ordenar la habitación recogió primero sus prendas, luchando contra el calor que intentaba apoderarse de su cuerpo, cuando los recuerdos de cómo fueron a parar donde se encontraban llegaban hasta ella.

Caminó dejando las de Alessandro dobladas en un sillón, para que él las encontrara en cuanto saliera de la ducha, mientras las de ella también ordenadas se disponía a dejarlas en el cesto de la ropa sucia, estaba por llamar a la puerta cuando escuchó la regadera. Imaginar a Alessandro desnudo bajo el chorro de agua, hizo que una llamarada la recorriera entera, sus párpados temblaron cuando cerró los ojos y negó con la cabeza reprimiendo sus deseos.

«¡Samantha tienes que controlarte! Por favor, acabas de tener sexo con ese hombre, y te dejó completamente satisfecha, desearlo de nuevo y con tanta urgencia es algo enfermizo, tú no eres así. Respira profundo, exhala y ve a preparar el bendito desayuno, ahora.»

Se acercó hasta el armario y dejó allí todo, estaba tan perturbada por lo que sentía que hasta había olvidado organizar la cama, ella que nunca salía de la habitación sin antes dejar todo en su lugar. Se enfocó en esa tarea y con rapidez cambió el juego de sábanas, admiró su trabajo y quedó satisfecha con los resultados, para haber sido criada rodeada de personas que hacían todo por ella, se estaba llevando bastante bien con esas labores, aunque no podía decir lo mismo de la cocina.

Dejó ver una mueca de disgusto al recordar que era muy poco lo que sabía y ahora que estaba conviviendo más con Alessandro, era todo un reto tener que ingeniárselas para quedar a su altura. Escuchó que cerraba la regadera, y antes de toparse con una imagen de él mojado y envuelto en una toalla o peor aún desnudo, decidió salir prácticamente corriendo, llevándose las sábanas usadas consigo para ponerlas en la lavadora, no dejaría que Tina lavara esas.

Después del desayuno, que para suerte de Samantha quedó delicioso o ambos estaban tan hambrientos que lo sintieron así, pasaron al salón de entretenimiento para distraerse con alguna película, se sentaron en el sillón como la noche anterior y después de buscar encontraron un clásico que fue del gusto de ambos: *Casablanca.*

Cuando la película terminó Alessandro se ofreció a hacer algo rápido para el almuerzo, Samantha intentó persuadirlo de lo contrario, pero él insistió para su alivio. Sin embargo, se ofreció a ayudarlo y se mantuvo atenta de todo lo que él hacía para aprender.

Media hora después tenía frente a ella un suculento plato de *Rigatoni*, con atún rojo y tomates cherry, que desprendía un aroma exquisito y despertó su apetito, junto a una copa de vino blanco, que por supuesto Alessandro había seleccionado. Samantha debió admitir, en cuanto tomó el primer bocado, que él tenía unas manos mágicas, no solo eran maravillosas para las caricias, sino que también lo eran para preparar deliciosas recetas y consentir su paladar.

Disfrutaron del almuerzo entre comentarios casuales y sonrisas. Ella lo elogió por la comida y comenzó a preguntarle de donde había nacido ese gusto por la cocina, se notaba tan

entusiasmada y ansiosa por conocer, que Alessandro no dudo en contarle como inició.

Todo había empezado en sus años de adolescente, su madre siempre alababa a su padre por ese don y él se sintió deseoso de complacerla de la misma manera, le pidió a su padre que le enseñara todo lo que sabía, así comenzó su aventura. El principio no fue sencillo y tuvo muchos desaciertos, se desanimó en más de una ocasión y hasta pensó en desistir, pero su padre nunca se lo permitió, le decía que cuanto más difícil le resultara algo más valor le daría y teniendo eso como premisa se esforzaba cada día más.

Flavio Bonanzierri era un hombre de perseverancia y disciplina, pero también era sensible al arte, a la cocina y por supuesto a su esposa, por lo que sabía muy bien donde enfocar su atención. Todo eso se lo enseñó a él y siempre lo instaba a concentrarse en sus sentidos, a dejar fluir los sentimientos y las emociones, cocinar era un arte y el arte jamás podía ser algo mecánico, debía ser natural. De pronto Alessandro se sintió nostálgico al recordar todo eso, olas de recuerdos de él junto a su padre cocinando hicieron que su corazón se volviera un puño y un nudo de lágrimas le apretara la garganta.

Había perdido tanto en esos últimos años que a veces le daba miedo no poder recuperarlo, le había fallado a su padre, les había fallado a todos y principalmente se había fallado a sí mismo. Porque aquello que había nacido como una pasión, como algo natural, libre y espontáneo, se había convertido en algo vacío y mecánico, algo que ya no lo llenaba y que había comenzado a odiar, detestaba la presión, la adulación, todo en lo que se había convertido su vida e incluso llegó a detestarse él.

—Es una historia maravillosa… mi padre lo único que me enseñó fue a disparar y algunas técnicas de defensa personal —mencionó Samantha sintiendo una vez más envidia de la suerte de Alessandro.

Él dejó ver una sonrisa ante el comentario que ella le hizo, pero no era como la que acostumbraba a entregarle, esta era distinta, se notaba cargada de tristeza, y cuando su mirada se topó con aquellos hermosos ojos azules, pudo ver una gran pena en la misma. Una imperiosa necesidad por consolarlo se apoderó de Samantha, no quería verlo así, no quería que él fuera atormentado por nada, acercó su mano hasta la de Alessandro y le acarició el dorso con suavidad.

—¿Me acompañas a dar un paseo? —preguntó él, intentando liberarse de la pena que lo había arropado.

—Por supuesto —Samantha no dudó un segundo en responder, le regaló una de sus mejores sonrisas para animarlo.

Él se puso de pie apretándole con suavidad la mano, la levantó viéndola a los ojos y agradeciéndole por mirarlo como lo hacía, por ese cariño que le brindaba y lo hacía sentir importante, aceptándolo por quien era en realidad, sin poses ni actuaciones, siendo solo Alessandro. La acercó a su cuerpo rodeándole la cintura con los brazos, y bajó sus labios para besarla, el roce fue lento, delicado, cargado de una ternura que nunca le había entregado a ninguna mujer.

Samantha le rodeó el cuello con las manos y se puso de puntillas buscando hacer el beso más profundo, deseando entregarle a él la misma sensación que a ella la colmaba, sintió que se elevaba ante el suave roce que Alessandro le ofrecía. Ese beso era maravilloso, y a pesar de carecer del arrebato que generaba la pasión, estaba trastocando un montón de sentimientos dentro de ella, ninguno le había resultado tan peligroso como éste, quizás porque aquí estaban exponiéndose como no lo habían hecho hasta ese instante. Sin embargo, ella no lo quiso terminar, en realidad deseaba que no acabara nunca, era demasiado hermoso y sublime para

negárselo.

Después de varios minutos sumergidos en las sensaciones que les provocaba ese intercambio, fueron conscientes que, de continuar así, la necesidad los embargaría y terminarían olvidando el paseo. Sus deseos en ese momento eran otros, deseaban ser capaces de estar como lo hacían antes, poder hacerlo como amigos, cumplir con lo que se habían prometido, que lo que tenían no iba a cambiar.

—¿A dónde vamos? —preguntó Samantha, cuando salieron de su casa y vio que él tomaba el camino hacia los establos.

—Vamos a buscar a Misterio —contestó con naturalidad.

—¿Tu caballo? —inquirió de nuevo, tensándose y se paró en seco.

—Sí, hace varios días que lo tengo abandonado, no lo he sacado a pasear y va a terminar enfermándose o escapando de la caballeriza —respondió con media sonrisa, no había notado que ella se había quedado atrás, pero al no sentir su presencia se dio la vuelta—. ¿Sucede algo, Samantha? —preguntó extrañado al ver el semblante dudoso.

—Yo… no es nada, vamos —contestó, escondiéndose bajo una coraza de valentía y retomó su andar.

—¿Segura? —preguntó una vez más detallando su reacción.

—Sí, claro —respondió ella con rapidez, intentando no mostrarse muy afectada, no quería que él la viera como una cobarde.

Alessandro le acarició la cintura y retomó su camino junto a ella, le hubiera gustado tomarla de la mano, pero sabía que Samantha aún tenía reservas en cuanto a ese tipo de demostraciones cariñosas, frente a Tina y su familia, le había prometido no presionarla y cumpliría.

El corazón le latía de prisa y no dejaba de buscar en su cabeza una excusa para darle a Alessandro y escapar, era evidente que él esperaba que pasearan en su caballo. Ella no quería lastimarlo rechazándolo, pero su miedo cada vez era mayor, apenas lograba controlar el temblor que le recorría las piernas, intentaba no imaginarse cerca del animal, tenía la capacidad para verlos de lejos, pero no para montar en uno.

—Hola, Misterio —saludó Alessandro con entusiasmo al caballo que descansaba en una de las cuadras.

De inmediato el animal se levantó irguiéndose tan alto como era, su crin rizada y de un negro resplandeciente cayó como un velo a ambos lados de su cabeza, emitió un relinchido que pareció estremecer el lugar y comenzó a patear el suelo con energía, al tiempo que se movía dando medias vueltas, deseoso por dejar ese lugar.

—Ya, sé que estás molesto conmigo por tenerte abandonado, asumo toda la responsabilidad y acepto tus reclamos, he venido a compensarte y además… tenemos compañía —dijo, corriendo el cerrojo para dejarlo salir—. Samantha, ven —le pidió con una sonrisa, extendiéndole la mano.

Ella estaba paralizada, odiándose por dejar que el miedo la manejara de esa manera, se suponía que era una mujer adulta y que ya había superado aquel espantoso episodio que vivió hacía tanto, no había razón alguna para temerle a un caballo. Respiró profundamente y tragó para pasar el nudo que se había formado en su garganta, miró la mano que Alessandro le ofrecía y cuando estaba a punto de tomarla vio como el gran semental negro comenzaba a salir del cubículo donde se encontraba, sus ojos oscuros y curiosos se cruzaron con los de ella.

—Yo… creo que mejor iré adelantándome… te espero afuera —respondió con voz trémula y se dio media vuelta para salir.

Alessandro no había dejado de sentirse intrigado por la actitud de Samantha minutos atrás y la miraba atento a cada una de sus reacciones, notó que algo sucedía y quiso ir tras ella, pero no le

pareció un momento adecuado, Samantha lucía asustada. Miró a su mejor amigo y los ojos vivaces de Misterio se encontraron con los suyos, haciéndole comprender que era a él a quien le temía, la pregunta era: ¿Por qué?

Capítulo 37

Una duda solo puede ser aclarada con una explicación, así que, Alessandro, despejaría la que le rondaba en la cabeza y lo haría en ese preciso instante. Preparó a Misterio lo más rápido que pudo para evitar que Samantha se le escapara, el animal estaba ansioso por dejar la cuadra por lo que cinco minutos después salió llevándolo de las riendas.

Él debía estar pensando una y mil cosas, se decía Samantha mientras caminaba, creería que no le gustaba los caballos o que no quería compartir un paseo con él, hasta podía estar creyendo que lo único que deseaba era tenerlo en su cama. Ese pensamiento la hizo sentirse mucho peor y para colmo se le había ocurrido huir, se detuvo pensando en regresar y se dio media vuelta para hacerlo, pero ya era muy tarde, Alessandro se aproximaba a ella llevando de las riendas a su caballo.

—La tarde está hermosa, ¿no es así? No hace tanto calor como en los últimos días —comentó ella de manera casual, esforzándose por sonreír, pero sin mirarlo directamente a los ojos.

—Sí, lo es, ideal para un paseo a caballo, ¿no te parece? —inquirió, elevando una ceja y mirándola fijamente.

Ella no respondió su pregunta, solo dejó ver una sonrisa forzada y se dio media vuelta para continuar, dedicándose a observar el paisaje que los rodeaba y esperando que eso le ayudara a calmar sus nervios.

—¿No quieres montar junto a mí? —preguntó dejándose de rodeos.

—Me gustaría caminar, si no tienes problema con ello —contestó sin mirarlo, adelantándolo por un par de pasos.

—¿Algún motivo en especial? Samantha… hasta hace apenas unas horas quedamos que hablaríamos con sinceridad, y en este preciso momento algo me dice que no estás siendo clara conmigo. —La tomó del brazo para detenerla y buscó sus ojos.

Ella se sintió entre la espada y la pared, la tensión que la cubría se multiplicó, y el nudo de lágrimas que le obstruía la garganta apenas la dejaba respirar sin que al hacerlo pareciera que sollozara. Cerró los ojos un instante esforzándose por despejar su mente del pánico que la invadía y poder explicarle a Alessandro, de manera sencilla su temor.

—Samantha, mírame —le pidió en un susurro al tiempo que le acunaba el rostro. Los párpados se abrieron mostrando unos hermosos ojos cafés cargados de angustia—. Si no deseas hablar de ello en este momento no tienes por qué hacerlo, respeto tu decisión de mantener silencio. Solo deseo que sepas que cuando necesites hablar, yo estaré aquí para escucharte. —Las palabras salieron de la boca de Alessandro, con una sinceridad y una ternura, que incluso a él le sorprendió.

—Gracias. —Le entregó una sonrisa de agradecimiento, después le ofreció sus labios para que los besara.

Él le respondió con el mismo gesto y gustoso aceptó la invitación de ella, con suavidad comenzó a rozar sus labios hasta convertir el beso en uno profundo y cargado de deseo, al tiempo que la pegaba a su cuerpo con una mano, pues la otra sostenía la rienda de Misterio. De pronto el animal protestó sacándolos con brusquedad de la burbuja donde estaban. Samantha se tensó de inmediato, él intentó relajarla terminando el beso con suaves toques de labios, mientras la mano en su espalda se deslizaba en una caricia cálida.

—Caminaremos —mencionó y le agarró la mano.

—Pero… tú has sacado a tu caballo para montarlo.

—Sí, pero quería hacerlo contigo, y deseaba que también quisieras, jamás he coaccionado a una mujer a nada, te lo he dije antes soy un caballero y puedo ver que necesitas tiempo, tengo mucho para darte, lo haremos luego —comentó de manera casual mientras comenzaba a caminar, llevándola a su lado y al caballo del otro.

—Eso no es justo para ti… ni para… Misterio, ¿así se llama él? —preguntó Samantha animándose a mirarlo.

—Sí, ese es el nombre de este chico, aquí donde lo vez apenas tiene tres años, pero ya cuenta con una gran experiencia y una reconocida trayectoria en el mundo del espectáculo —comentó con una sonrisa mientras le acariciaba la espesa crin.

—¿Es un caballo actor? —inquirió sorprendida.

Él asintió con una gran sonrisa sintiendo que el pecho le estallaba de orgullo, pero Misterio no se quedó atrás, también movió su cabeza como si afirmara y relinchó para captar la atención de ella.

Samantha dejó ver una sonrisa tensa pero sincera y miró con más atención al animal. En verdad era hermoso, su tono de pelaje era un negro intenso y brillaba bañado por los rayos del sol, era elegante y muy alto, casi con un porte aristocrático. Pensó en ese momento que Misterio debía ser para las yeguas, lo que Alessandro era para las mujeres, un espécimen único entre su especie.

—Bueno, ustedes dos se parecen —esbozó divertida.

—Eso dice todo el mundo, pero es evidente que yo soy más guapo que él —señaló con media sonrisa.

La respuesta de Misterio no se hizo esperar, un nuevo relincho y una serie de movimientos enérgicos de cabeza contradecían a su dueño. Eso provocó la risa de ambos jóvenes que lo miraron divertidos, mientras la suave brisa que recorrió el campo en ese momento movió con ligereza la espesa y rizada crin del animal, así como los cabellos castaños de sus acompañantes.

Samantha empezó a sentir que no era tan malo después de todo estar cerca del animal, claro está, eso no quería decir que estuviera lista para montar sobre él o al menos hablarle a Alessandro sobre sus miedos, mucho menos de éste siempre había sido el mayor de todos y al que consideraba el más tonto también.

El paseo se hizo ameno y muy corto, cuando quisieron darse cuenta ya los tres estaban en una hermosa planicie, algo poco habitual entre los pronunciados relieves que caracterizaban a la Toscana. Alessandro invitó a Samantha a tomar asiento junto a él, mientras dejaba que Misterio paseara por los alrededores, permitiéndole disfrutar de la libertad a la que estaba acostumbrado.

—Es hermoso en verdad. —Samantha estaba perdida en la imagen del animal, casi sin darse cuenta de ello.

—No se lo digas, que después no habrá nadie que logre bajarle el ego —acotó Alessandro divertido.

—No me extraña, de tal palo tal astilla —indicó ella mostrándole una hermosa sonrisa, al ver que él fruncía el ceño.

La sonrisa de Samantha se convirtió en esa risa que a él le encantaba y que acentuaba las pecas que cubrían su nariz cuando la fruncía, que iluminaba su mirada. Él alzó la barbilla con altivez fingiéndose ofendido, posó su mirada en Misterio que mantenía un trote ágil, pero no se alejaba mucho de ellos.

Ella notó su actitud cuando al fin logró dejar de reír, era evidente que Alessandro estaba

fingiendo, pero aun así quiso ofrecerle una disculpa, y no pensó en nada mejor que hacerlo de una manera que ambos disfrutaran. Se movió para sentarse sobre las piernas de él que estaban extendidas, dejándolo entre las suyas, le llevó las manos al pecho y dejó caer un par de besos en su cuello, ese espacio que tanto le gustaba, suave y cálido, respirando su perfume que era tan masculino, delicioso. Mientras él se mantenía impasible, solo alcanzó a ver como elevaba una de sus hermosas y gruesas cejas.

—No me convencerás de olvidar tus burlas tan fácilmente, Samantha Steinberg —sentenció sin volverse a mirarla.

—No me estaba burlando de ti —se defendió intentando mostrarse seria, pero apenas lograba disimular la sonrisa en sus labios—. Vamos, Alessandro… no seas así, además, no he dicho nada que no sea cierto, tú mismo me lo has demostrado un montón de veces, eres un ególatra que le encanta que le digan lo guapo, inteligente y talentoso que es, estoy segura de que si Misterio pudiera hablar también lo diría.

—Todos los seres humanos somos vanidosos en cierto modo, Samantha, pero… —Él se detuvo, sin saber cómo continuar.

—¿Pero? —inquirió ella intrigada, al ver el cambio en él.

—En ocasiones llegas a fastidiarte cuando todo el mundo solo es capaz de decirte lo guapo que eres… y más cuando algunos usan eso como un arma contra ti, del medio de donde vengo esto puede llegar a limitarte de una y mil formas, y odio que me limiten… jamás he realizado un rol de villano, ¿sabes por qué no? —preguntó con una seriedad poco habitual en él.

Samantha negó con la cabeza mientras esperaba ansiosa por una respuesta, aunque ya intuía cual podía ser, lo que jamás hubiera imaginado era que a Alessandro le molestara que lo consideraran un hombre apuesto. O quizás le sucedía como le ocurrió a ella tiempo atrás, cuando los hombres solo se interesaban en tenerla a su lado para lucirla como un trofeo, sin esmerarse siquiera en conocerla un poco, antes de proponerle que se fueran juntos a la cama.

—Porque el infeliz de mi exmánager y la directiva del canal para el que hice mis principales trabajos, consideraban que algo así podía ser contraproducente para mi imagen, decían que debíamos aprovechar la empatía que el público me tenía para sacar el mayor de los provechos. Ninguno parecía confiar en mi talento, solo en mi «cara bonita» eso era yo para ellos. Sin embargo, muchos directores y amigos me animaron a probar algo diferente, así fue como me vi haciendo del padre Giuseppe, un reto muy complicado, no lo voy a negar, pero me llenó de mucha satisfacción llevar a cabo ese rol —explicó mostrando sinceridad en cada una de sus palabras.

—Sé de lo que hablas, algo parecido me sucedió a mí, claro no relacionado con mi trabajo, no directamente… cuando mis primeros libros fueron un éxito y comencé a ser reconocida muchos hombres se acercaron para captar mi atención, en ese entonces era una tonta que se dejaba deslumbrar por la fama y acepté gustosa toda la adulación, pero comencé a sentir que eso no me llevaba a nada y por el contrario me hacía sentir como el premio que todos querían, pero que ninguno se esforzaba realmente por ganarse… —Ella se interrumpió, sintiendo la emoción misma amarga que a él lo invadió minutos atrás.

—Continua, Samantha, por favor. —La animó a seguir, deseaba escucharla, eran muy pocas las veces en las que ella se abría de esa manera para hablar de su vida, siempre lo hacía de su familia, sus amigos y su trabajo, pero muy poco de ella.

—Comencé a sentirme estúpida, vacía… hasta llegué a sentir los halagos como ofensas, odiaba que me dijeran «Eres una mujer hermosa o eres bellísima» y yo les preguntaba que opinaban de mis libros. La mayoría de las veces me respondían con evasivas, los más descarados

ignoraban completamente mis preguntas y seguían diciéndome lo atractiva que les parecía —acotó, sintiéndose molesta.

—Parece que ambos hemos tenido una vida más semejante de lo que pensábamos, dos artistas incomprendidos. —Mostró media sonrisa para alejar la molestia que vio en ella, después le apretó la punta de la nariz y le dio un suave beso en los labios—. Entonces yo puedo seguir diciéndote preciosa y también lo mucho que me gustan tus libros, que no solo eres una mujer hermosa y agradable, también eres muy inteligente y talentosa —agregó mirándola a los ojos, disfrutando del brillo que los cubrió hasta pintarlos de un hermoso tono caramelo.

Ella sentía que el corazón le latía como nunca, esa sensación de orgullo y satisfacción que la recorría era tan poderosa que la sonrisa que afloró en sus labios era solo una pequeña muestra de la felicidad que sentía, le dio un beso en la mejilla para agradecerle.

—Bueno, entonces debo pedirte encarecidamente que hagas alguna vez de villano, me encantaría verte en ese rol, por experiencia sé que puedes ser despiadado… te gusta que te supliquen… —decía con una sonrisa y sus mejillas sonrojadas, al recordar la manera en cómo la había llevado la noche anterior, más allá de sus límites.

—Haré todo lo posible por complacerte, unas de las cosas que me ha traído a este lugar es precisamente eso, Samantha, organizar mi vida, poner prioridades y volver a tomar en mis manos mi carrera, hacer solo aquello con lo que me sienta bien, y pienso hacerlo… ahora en cuanto a lo de ser despiadado, no estoy muy de acuerdo, si mal no recuerdo anoche fui muy generoso contigo, pero tú ganas, confieso que me encantó que me suplicaras y no veo la hora de hacerlo de nuevo.

Samantha se dejó llevar por el beso que él inició, entregó tanto como recibió, le encantaba como rozaba su lengua, como sus dientes mordía con suavidad sus labios y después los succionaban aliviando la pequeña y dulce tortura a la que los sometía. El deseo empezaba a hacer estragos en ella; sobre todo, al ser consciente de la prueba de la excitación de Alessandro, no podía creer que apenas lograra controlar sus ganas. Él le había dicho que no podía saciarse de ella, ahora ella debía admitir que tampoco podía saciarse de él.

La burbuja donde estaban fue reventada abruptamente por el estruendoso relincho que liberó Misterio, el caballo había regresado extrañando la presencia de su dueño, y al ver lo entretenido que estaba no dudo recordarle que se encontraba presente.

—¿Qué sucede, chico? —preguntó Alessandro cuando se separó de Samantha, pero sin moverse de la posición en la que estaban.

En respuesta el equino comenzó a correr de un lado para el otro, mostrando lo que a todas luces podía interpretarse como un berrinche, relinchaba y pateaba la grama con fuerza, mientras mecía su cabeza en un movimiento negativo haciendo bailar su crin.

Samantha que estaba completamente relajada por el beso compartido, comenzó a tensarse por la reacción del animal, viejos recuerdos llegaron hasta ella envolviéndola en un estado de pánico que le hacía difícil respirar, cerró los ojos y se aferró a los brazos de Alessandro, sin pronunciar una sola palabra.

Él vio el cambio en el semblante de ella y como su rostro palidecía, llevó una de sus manos hasta la mejilla de Samantha para tranquilizarla y su piel estaba helada, la acercó a su cuerpo para calmarla.

—Tranquila, no te hará nada, solo está mostrando el carácter Bonanzierri, en eso también nos parecemos. —Le dio un ligero beso en los labios y después se volvió para mirar al animal—. Misterio compórtate… pareces un chiquillo, estás dando un espectáculo vergonzoso y has asustado a nuestra amiga, por favor deja de portarte de esa manera. —Le ordenó con autoridad,

sin moverse de allí, solo mirándolo con el ceño fruncido.

—Yo estoy bien —susurró Samantha con voz trémula.

—Espérame un momento, ya voy a darle un poco de atención, es evidente que está celoso de ti —mencionó, tomándole el rostro entre las manos, e intentando animarla con una sonrisa.

Ella asintió y le permitió ponerse de pie, haciéndolo ella también y no pudo evitar tomar de la mano a Alessandro, temiendo por él más que por ella, aunque el caballo ya se había tranquilizado y tenía la cabeza gacha. Ella sabía que su comportamiento jamás era algo que pudiera preverse, los animales no razonaban, ellos actuaban por instinto y podían hacerle daño incluso a sus dueños.

—Veamos… ¿Qué te sucede? —preguntó Alessandro y palmeó un par de veces, el fuerte cuello del caballo.

—Si te responde saldré corriendo con tanta prisa, que impondré un nuevo récord mundial. —Samantha intentó sonar divertida y relajada, pero sus dedos estaban crispados en el antebrazo de Alessandro.

El miedo la recorría de pies a cabeza, y su instinto la hacía estar preparada para salir huyendo ante el más pequeño cambio en el animal, y por supuesto sacar a Alessandro de allí junto a ella. La sonrisa en sus labios era tensa y sus ojos seguían cada movimiento por parte de los dos, la tensión estaba a punto de quebrarla.

—No me hablará, lógicamente, pero tiene su manera de comunicarse conmigo, Samantha —respondió volviéndose a mirarla para llenarla de seguridad, vio que ella apenas le prestaba atención, tenía la mirada clavada en Misterio—. ¿Por qué le tienes tanto miedo? —inquirió a quemarropa, buscando con su mirada la marrón de ella.

—Yo… no tiene caso… es algo estúpido —contestó y esquivó la mirada, alejándose un par de pasos.

—¿Algo estúpido? ¿Y por eso estás a punto de salir corriendo como si el diablo te estuviera persiguiendo? —Le cuestionó de nuevo.

—¡Por favor, Alessandro! Tampoco seas tan exagerado, simplemente estoy tomando una distancia prudente… no sé qué reacción pueda tener Misterio… acabas de ver como actuó hace unos minutos, es evidente que es un poco violento. —Se excusó mostrándose seria e intentó parecer relajada.

Él dejó libre una carcajada y acarició la crin del animal que le respondió moviendo su cabeza con entusiasmo. Después buscó a Samantha con la mirada y la acercó hacia él jalándola por el brazo, le dio un beso en los labios al sentir que se tensaba de nuevo, y deslizó una mano por su espalda para acercarla un poco más, dejándola a pocos centímetros de su mejor amigo.

—Misterio es uno de los caballos más dóciles que puedan existir en el mundo, esa actitud de bravucón es solo actuación y malcriadez, no tienes que temerle, preciosa, ya te dije es actor y ha sido entrenado para portarse bien… ven, tócalo no te hará nada.

—No, gracias… quizás en otro momento —respondió alejándose, pero el brazo fuerte de Alessandro se lo impidió.

—No seas cobarde, Samantha, tócalo… es un buen chico —indicó de nuevo, sujetando al animal por las riendas.

Ella no pudo negarse, lo odiaba por retarla, pero sobre todo se odiaba a sí misma por caer en su juego, Alessandro sabía que no podía resistirse ante un reto, y como si fuera una tonta adolescente siempre cedía ante sus provocaciones. Su mano temblorosa se acercó hasta la frente del animal y con la velocidad de un rayo la rozó.

—¡Listo! —exclamó y de inmediato intentó escapar.

—Eso me recordó a cierto beso que recibí hace algunas semanas —mencionó él con burla, mirándola de reojo y después posó la mirada en Misterio—. No te preocupes, amigo, conmigo también fue así al principio y ahora apenas me deja respirar —agregó con toda la intención de provocarla.

Samantha abrió los ojos con asombro y después le sacó la lengua en un gesto muy infantil, era cierto, pero no supo que más hacer para reprocharle por la manera en la que se burlaba de ella. Frunció el ceño ante la sonora carcajada que liberó Alessandro, y aún más cuando vio que su caballo lo secundaba en actitud, no precisamente carcajeándose, pero sí moviendo su cabeza de lado a lado.

—¿Pueden parar ya los dos? —preguntó y los observó molesta.

—Nos portaremos bien si vienes a dar un paseo con nosotros. —Le propuso él con una gran sonrisa.

—Alessandro… no, de verdad no puedo, ve tú y da una vuelta con él, yo los observaré desde aquí y los esperaré para regresar a la villa, te lo prometo. —Dejó que la mirada de miedo en sus ojos le trasmitieran lo que sentía al tiempo que negaba con la cabeza.

—Está bien, Samantha… sin presiones, lo haremos cuando estés lista —le hizo saber al ver lo asustada que estaba.

Se acercó y le dio un dulce beso en los labios, lento y suave para conseguir que se relajara, se bebió el suspiro que Samantha le entregó y le acarició con una mano la cintura, para después subir y posarla en la mejilla, allí dibujó un pequeño círculo con el pulgar.

—Gracias —susurró ella sin saber qué más decirle, le dedicó una sonrisa y se alejó un par de pasos para darle espacio.

Con la destreza que le daban los años de prácticas, Alessandro subió en el lomo de Misterio, una vez sobre este tanto dueño como animal se irguieron orgullosos ante la mujer frente a ellos. Él se enderezó en la montura y le guiñó un ojo a Samantha, sintiendo que la sonrisa que ella le dedicó le colmó el pecho de una sensación de orgullo y alegría que apenas podía contener. Fue como aquella primera vez que logró llevar de las riendas a un caballo, consiguiendo la admiración de sus padres.

Samantha confiaba en él y su agilidad para manejar a Misterio, era evidente que lo conocía muy bien. Sin embargo, no pudo evitar que su corazón comenzara a latir lenta y dolorosamente al tener ante ella a un animal de semejantes proporciones, le parecía gigante y cada músculo revelaba la poderosa fuerza que debía tener. Igual luchó por mantenerse de pie donde estaba y no salir huyendo.

—Regresamos en un momento, señorita Steinberg.

Levantó al caballo en dos patas y lo hizo girar para después salir al galope, dejando que la brisa y la velocidad jugaran con su cabello y la suave tela de la camisa. Sintiendo la maravillosa sensación de libertad que solo conseguía lanzándose contra el viento de esa manera y… en las últimas noches cuando estaba dentro de Samantha, cabalgando tras el extraordinario orgasmo que ella siempre le entregaba y que en ocasiones habían compartido.

Ese pensamiento hizo que su corazón que ya tenía un ritmo acelerado se desbocara, no se había detenido a pensar en todo lo que estaba experimentando al lado de la americana. Y no era de extrañarle que justo en ese momento se diera unos minutos para hacerlo, cabalgar siempre le aclaraba los pensamientos y le sosegaba las emociones, logrando que se enfocara en lo que estaba viviendo.

Con Samantha las cosas habían sido completamente distintas que con las demás; eso era cierto, pero no podía decir que ella hubiera sido ese rayo del que su padre hablaba, y que decía

que sintió cuando al fin descubrió que se había enamorado de su madre.

Reconocía que la atracción estuvo desde el primer momento, el deseo y los retos también, todo fluyó en un caudal vertiginoso, en uno que lo había arrastrado hasta llevarlo justo a donde estaba. Quizás no debería cuestionarse tanto sobre lo que estaba sucediendo entre ellos, y solo debía dedicarse a vivir el momento; después de todo, solo estarían juntos durante ese verano.

Capítulo 38

La mirada de Samantha recorría la llanura en busca de Alessandro, él había desaparecido y no pudo evitar que una leve sensación de miedo la recorriera. Aunque era consciente de su destreza como jinete, pues no era la primera vez que lo veía montar, temía que algo pudiera ocurrirle; todo eso era a raíz de revivir su viejo temor.

Sintió como los latidos de su corazón volvieron a sosegarse cuando lo vio aparecer sobre una colina. Lucía tan hermoso, gallardo y confiado, que ella se encontró sonriendo como una tonta, suspirando ante la belleza y la perfección del hombre que tenía frente a sus ojos.

Alessandro posó su mirada en Samantha, que le entregaba una mezcla de realidad y fantasía, lucía tan natural allí parada en medio del paisaje toscano, y tan hermosa que opacaba todo a su alrededor. Por muy brillantes que fueran los colores del campo o del cielo, ninguno irradiaba tanta luz ni tanta vida como ella. Se acercó y sin bajar del caballo le extendió la mano, entregándole la mejor de sus sonrisas.

La vio dudar y dar un paso atrás, al tiempo que su mirada se llenaba de temor y negaba con un leve movimiento de cabeza, intentando ocultar su estado tras una sonrisa, quizás para no hacerlo sentir rechazado. Alessandro supo que había algo más y no quería hacerla sentir presionada, pero no dejaría escapar esa oportunidad de hacerla vencer ese miedo que les tenía a los caballos.

—Vamos, Samantha, confía en mí, yo estaré aquí y no dejaré que te suceda nada, ven conmigo —le pidió mirándola a los ojos.

Ella sentía un remolino de emociones recorrerla entera, sus pies parecían estar clavados en el suelo, su corazón latía tan lento que le dolía y estaba conteniendo la respiración, cerró los ojos un instante lanzando fuera de su cabeza el recuerdo que la hacía temblar. Cuando abrió los párpados, la convicción estaba instalada en ella, le dedicó una sonrisa tímida y tomó la mano que él le extendía.

—Confío en ti… lo hago, Alessandro —esbozó con voz trémula.

—Gracias, preciosa, hazlo también en Misterio, él no te hará daño. —le hizo saber y se disponía a bajar del caballo, pero ella no lo dejó.

—Espera… quédate sobre él y ayúdame a subir… así podrás mantenerlo bajo control, a mí podría lanzarme —pronunció nerviosa.

Alessandro asintió descubriendo la primera pista del miedo de Samantha, llegó a la conclusión que quizás un caballo la habría tirado y por eso se mostraba tan temerosa, en ese caso comprendía su miedo y ahora más que nunca se sentía en la obligación de liberarla de ese sentimiento, le entregó una sonrisa y habló de nuevo.

—Pon el pie en el estribo… —Le indicó señalando la pieza de la que había sacado su pie, cuando vio que lo hacía le extendió la otra mano y se aseguró apretando sus piernas a los costados de Misterio—. Ahora dame tus manos, Samantha e impúlsate hacia arriba que yo me encargo del resto —le explicó sin perder detalle de sus movimientos.

En medio de un mar de nervios, ella llevó a cabo cada una de sus indicaciones, se sintió suspendida en el aire y al siguiente, Alessandro la tomaba por la cintura y la sentaba en la silla de montar, haciendo espacio para que ella estuviera cómoda, mientras el caballo apenas se balanceaba ante sus movimientos torpes y rígidos.

—Tranquila, ya estás arriba, ahora despacio intenta moverte para quedar en la misma posición

que estoy yo. —Le rodeó la cintura con las manos para darle estabilidad.

—¿Qué? —preguntó ella nerviosa, apenas podía mantenerse allí, estática como una roca y respirando lentamente.

Él dejó ver una sonrisa de esas que la derretían, le dio un suave beso en el cuello que la hizo suspirar y relajarse al menos en parte, se pegó dejando caer su peso contra su torso. Sentía que se quebraría de un momento a otro o que empezaría a gritar para que la bajara del animal, pero los besos que él dejaba caer en su cuello y hombros la envolvían entre nubes, apenas fue consciente del momento en que llevó una mano hasta su pierna y la movía como si fuera una muñeca de trapo, hasta dejarla con ambas piernas a cada lado de Misterio.

—Perfecto, ahora estás lista para cabalgar conmigo —dijo con entusiasmo, sujetando las riendas.

—¡No! Alessandro, no vayas a correr, por favor… créeme estoy luchando contra el pavor que siento para no bajarme y salir corriendo —confesó moviendo su cintura para mirarlo a los ojos.

—Tranquila, Samantha, relájate no pasará nada y yo no voy a ir de prisa, solo bromeaba… inhala y exhala, vamos hazlo, despacio… comienzas a ponerte morada —le hizo saber en tono divertido y le acarició la cintura para relajarla.

—No juegues conmigo así, no en este momento, por favor. —Le pidió con la voz ronca y llorosa.

—Lo siento… relájate, iremos al trote ¿te parece bien? —preguntó llevándose una mano de ella hasta los labios para besarla.

Samantha asintió y se acercó para besarlo, presionando con suavidad y abriendo después su boca para entregarle su lengua, demostrándole en ese gesto que se ponía en sus manos y rogándole sobre todo que la cuidara. El beso se volvió intenso y profundo, tocando fibras dentro de su ser, la hicieron rendirse por completo a él, esa no era la sensación que acompañaba al deseo, el sentimiento que la embargaba era distinto, mucho más poderoso y sublime.

Abrió los ojos lentamente y se encontró con el hermoso rostro de Alessandro, él aún mantenía la mirada oculta tras sus párpados, sus pestañas oscuras y tupidas descansaban sobre sus pómulos estilizados y fuertes, sus labios hinchados y ligeramente enrojecidos por el beso lucían mucho más provocativos, no pudo resistir la tentación y posó sus labios en la comisura derecha de los de él, solo un toque.

—Si continúas haciendo eso no te prometo de mantener un trote moderado; por el contrario, me lanzaré a cabalgar como un loco con tal de tenerte desnuda en una cama, una mesa o una alfombra, lo primero que me encuentre y nos sirva. —La amenazó, con una sonrisa ladeada y la mirada fija en los labios de ella.

—Mensaje recibido, ni un beso más hasta que lleguemos a la casa —contestó volviéndose para mirar la frente.

Él ahogó la risa en su cuello, le dio un beso detrás de la oreja y disfrutó del suspiro que ella le regaló. Pasó sus manos por la cintura para tener más comodidad al llevar las riendas de su fiel amigo, y le dio un suave toque con sus talones para indicarle emprender la marcha.

Misterio se portaba a la altura a pesar de estar acostumbrado a cabalgar a sus anchas, podía sentir la tensión de la mujer sobre su lomo y la mesura con la que su amo lo conducía, afortunadamente ya había gastado muchas de sus energías en sus carreras en solitario y junto a Alessandro así que no le costaba nada llevar ese trote.

Samantha debía admitir que la vista desde la altura que le brindaba el caballo era privilegiada, además de la cercanía que tenía con Alessandro y la hacía sentir confiada; se olvidó de todos sus miedos y se concentró en vivir esa experiencia que era nueva para ella.

Alessandro hizo que se recostara sobre su pecho y le dio un beso en la mejilla, dejando que su cabeza descansara sobre su hombro. Le acarició a la cadera, invitado por el suave balanceo que creaba un exquisito roce entre su entrepierna y el trasero de ella, la suavidad de este estaba provocando que su virilidad cobrara vida.

Nunca había estado con una mujer de esa manera, compartiendo un momento como ese, al menos no en plano real, en la ficción ya lo había hecho muchas veces, con actrices tan hermosas como dispuestas a llevar su relación ficticia a un plano más real fuera de cámaras. Sin embargo, ninguna lo había excitado tanto como Samantha y con ninguna se había sentido tan compenetrado, quizás porque ahora estaba siendo él y no un personaje.

—Hemos llegado, señorita Steinberg, la he traído sana y salva a su destino —le hizo saber con una sonrisa cargada de orgullo.

Ella giró medio cuerpo y le ofreció su boca para que la besara a su antojo como premio, suspiró cuando los labios de Alessandro se unieron a los suyos, para darle paso después a un roce de lenguas que la hizo estremecer y a él con ella. La sensación cálida, húmeda y pesada de la danza que los dos músculos emprendieron en sus bocas, los sumergió en un mar de placer que hizo que todo lo demás desapareciera dejándolos solos en su mundo perfecto.

Después de unos minutos se separaron con roces de labios, compartiendo la humedad y los sabores que se habían convertido en uno solo, con los ojos cerrados y las respiraciones agitadas. Él sentía el deseo bullir en su interior, pero aunado a eso había algo más que no lograba identificar, una sensación que le colmaba el pecho.

Abrió los ojos y su corazón dio un brinco, descubriendo en Samantha a la mujer más hermosa que hubieran visto. Quizás había otras de belleza impecable y perfecta; pero ella, con sus pecas, con sus cabellos castaños y sus ojos caramelo, con sus labios tentadores, con su sonrisa de niña y sus sonrojos era sin duda la más bella a sus ojos.

Samantha sentía que Alessandro estaba viendo dentro de ella, con una intensidad que la quemaba y la traspasaba, la estaba mirando como ningún otro hombre lo había hecho, y eso la llenó de una mezcla de temor y felicidad. No podía siquiera imaginar la imagen que ella tendría ante él, pero debía lucir de una manera distinta pues no la había mirado así, ni siquiera la otra noche cuando lo que sus ojos le entregaron fue deseo y casi devoción, lo que veía ahora no logró identificarlo, pero anheló con todas sus fuerzas descubrirlo.

—Creo que hasta aquí llegó nuestro secreto —susurró Alessandro deteniéndose cuando se disponía a besarla de nuevo.

La mirada de él estaba puesta a sus espaldas, y la media sonrisa en los labios que se moría por besar le confirmaron lo que tanto temía, cerró los ojos y suprimió un suspiro. Analizó la situación con rapidez y no le quedó más que asumir todo eso con la mayor naturalidad posible, hundió el rostro en el cuello de él y suspiró al sentir la caricia que la mano cálida y grande de Alessandro le brindaba a su espalda.

—Lista para esto o lo dejamos para otro momento, igual ellos parecen que van de salida —mencionó él con una sonrisa para animarla.

—Los podemos saludar… y ya después surgirá la conversación, no hay porqué entrar en detalles en este momento.

—Bien —dijo asintiendo, le guiñó un ojo y después elevó su mano para saludar a quienes los observaban—. Hola Tina, Jacopo, Piero… ¿Cómo están? —inquirió, con una gran sonrisa.

Tal y como Alessandro le había mencionado, todo parecía indicar que la familia estaba al tanto de lo ocurrido entre ambos, así que pensó, que lo mejor era actuar con naturalidad. Ellos eran adultos, solteros y responsables, así que lo que hacían solo les concernía a ambos; aunque no

pudo evitar tensarse cuando vio la sonrisa en el rostro de Tina que prácticamente le gritaba un: «Sabía que terminarían así»

—Hola, Alessandro, Samantha, estamos bien gracias, y ustedes, ¿de paseo? —inquirió el hombre con una sonrisa menos reveladora que la de su esposa, pero su mirada decía mucho.

Piero no dijo nada, ni siquiera respondió al saludo de los huéspedes, su mirada estaba fija en Samantha, en un claro gesto de reproche, la apartó de ella al ver que no le prestaba atención y la posó en el actor, mirándolo con rabia y lo retaba sin cohibirse siendo apenas un chico de diecisiete años. Sintió el pecho llenársele de fuego y un nudo de lágrimas formársele en la garganta, subió al auto sin decir nada.

—Hola, sí, señor Jacopo, Alessandro deseaba enseñarme a montar —contestó Samantha pensando que de esa manera justificaría que ambos vinieran juntos sobre el lomo de Misterio.

Las sonrisas de los esposos les dio a entender todo lo contrario, era evidente que ellos habían captado la frase con un doble sentido, y Alessandro no mejoraba la situación, mostró esa sonrisa efusiva y hermosa que dejaba ver su perfecta dentadura.

—Muy bien, muchachos, por lo visto ustedes dos también están de maravilla —mencionó la mujer, con una sonrisa pícara.

—¿Van de salida? —preguntó Samantha, para cambiar de tema, mostrando una sonrisa amable, y luchó contra su sonrojo.

—Así es, visitaremos a nuestra hija en Pisa, está de cumpleaños y su esposo le ha organizado una fiesta junto con los niños, nosotros le llevamos el pastel —informó mostrando la caja de cartón.

Alessandro y Samantha asintieron en respuesta y le dedicaron una sonrisa. Él se mostraba completamente relajado con la situación e incluso mantenía su mano en la cintura de Samantha. Un gesto muy íntimo y posesivo, tal vez a los ojos de los demás, a los suyos era algo natural, ella era suya, al menos así la sentía y así la conservaría, mientras estuvieran en ese lugar eran una pareja.

—Bueno, ya debemos marcharnos porque se nos hizo tarde, tenemos pensado regresar el domingo en la noche, pero si surge algo solo tienen que llamarnos, entre los teléfonos que les entregué está el de la casa de Janina. —Tina sonreía mientras caminaba hacia la camioneta donde la esperaban su esposo y nieto.

—No se preocupe por nada, nosotros nos las arreglaremos bien —contestó Alessandro, para despedir a los conserjes.

—Alessandro, lleva a Samantha a pasear por los mejores lugares, conoces los alrededores muy bien… A lo mejor y cuando regresemos, ya sea una experta jinete —expresó Jacopo, dedicándole una sonrisa.

Conocía a Alessandro desde que era más joven que su nieto, antes que todo ese mundo del espectáculo lo engullera como una serpiente y lo hiciera cambiar tanto. Ahora volvía a ser aquel muchacho sencillo y amable que fue tiempo atrás, sonreía con frecuencia y se le notaba feliz, ya sospechaba que algo tenía que ver la escritora americana en todo eso, pero confirmarlo lo hacía muy feliz, ella también era una buena chica.

—Seguramente, Jacopo, hasta ahora me ha mostrado que tiene mucho potencial —indicó Alessandro con una sonrisa.

El doble sentido en su voz fue tan palpable, que Samantha sintió como sus mejillas se encendían y quiso esconderse entre la espesa crin de Misterio. Le dio un suave pellizco en la pierna intentando disimular para que los demás no la vieran.

Él contuvo el gesto de dolor que le provocó la reprimenda, pues apenas la sintió, quiso

cobrársela dándole un beso que la dejara sin aliento, pero prefirió controlarse para no exponerla, igual tomó nota para hacerlo en cuanto estuvieran solos.

—Quedan en su casa, cuídense —esbozó Tina, despidiéndose con una mano desde la ventanilla de la camioneta.

Alessandro aprovechó la soledad para besar a Samantha, ella se resistió molesta seguramente por su actitud tan desenfadada. Pero él tenía sus armas y sabía cómo usarlas, la provocó acercándole sus labios y dejó ver esa sonrisa ladeada que le prometía placer a manos llenas.

Ella intentó mantenerse en su postura, pero cuando sintió la mano de él cerrarse en su nuca y atraerla con decisión, no pudo resistirse, le era imposible cuando él la tomaba de esa manera y se apoderaba no solo de su boca, sino de todos sus sentidos.

Alessandro terminó el beso antes de continuar y darle riendas sueltas a su deseo, de lo contrario terminaría haciéndola suya, sobre el lomo de Misterio y su pobre amigo le había soportado mucho, pero dudaba que aguantara algo así. Lo más seguro era que terminara lanzándolos a los dos al suelo por pretender saciar sus ansias sobre él.

Se dirigió hacia las caballerizas y al llegar bajó con destreza, luego ayudó a Samantha a hacerlo también antes que fuera a entrar en pánico por verse sola sobre el animal. La tensión prácticamente se había desvanecido de ella, pero no quería presionarla y hacer que todo lo ganado ese día se perdiera. Después de meter al caballo en su cuadra, ponerle heno y agua para que pudiera alimentarse, le dio las gracias por el paseo entre palabras y caricias como siempre hacía.

Samantha lo observaba comprendiendo la naturaleza de esa relación tan estrecha que ambos tenían y una sonrisa afloró en sus labios, ciertamente podía notar que eran muy parecidos.

—Vamos —invitó a Alessandro, extendiéndole la mano y antes de dar un par de pasos se volvió para mirar al animal—. Gracias por portarte tan bien, Misterio, fue muy agradable el paseo, que descanses —agregó con una linda sonrisa.

El caballo movió su cabeza como si afirmara y relinchó con entusiasmo respondiendo a las palabras de Samantha, con los enormes ojos negros vivaces y brillantes mirándola fijamente.

Alessandro que se sintió muy complacido ante el gesto, le dedicó una sonrisa a su mejor amigo y le guiñó un ojo con gesto cómplice. El animal repitió la acción anterior y desapareció en su cuadra, listo para descansar toda la noche.

Salieron de las caballerizas, sonrientes y con una sensación de satisfacción llenándoles el pecho, pues habían conseguido compartir como amigos y no solo como amantes. Él había tomado la mano de Samantha y ella lo recibió de inmediato, fue una respuesta tan natural y espontánea para ambos, que era como si llevaran toda la vida conociéndose y comportándose de esa manera.

Capítulo 39

El panorama les confirmaba que ciertamente se habían quedado solos, esbozaron una sonrisa cómplice mientras se miraban a los ojos y cuando pasaron junto a la piscina, Alessandro tuvo una idea y no dudo en compartirla con ella. Se detuvo y la pegó a su cuerpo en un movimiento rápido y posesivo, envolviéndola en sus brazos.

—Te voy a tener todo un fin de semana solamente para mí y quiero que empecemos a aprovecharlo desde ya —susurró contra sus labios.

—Me has tenido los últimos días solo para ti —acotó ella, con una sonrisa mientras le acariciaba el brazo.

—Lo sé, soy el tipo más afortunado que pueda existir. Igual haré que estos días sean mejores… ¿Alguna vez ha tenido sexo en una piscina, señorita Steinberg? —inquirió con picardía, deslizando la mano libre por el costado de ella, hasta posarla en su seno.

—No. —Sintió su cuerpo vibrar ante la sola idea de hacerlo.

—Perfecto, yo tampoco… Los jacuzzis no cuentan —indicó, apretando con suavidad el turgente seno, y sonrió ante el gemido que ella liberó, repitió la acción y la mirada de Samantha se iluminó.

—Definitivamente, los jacuzzis no cuentan —esbozó ella pícara mientras negaba con la cabeza.

—Algo me dice que ya has probado los jacuzzis, Samantha —mencionó y el sentimiento en su pecho fue contradictorio, cuando ella asintió y dejó ver una sonrisa.

Por un lado, le resultaba satisfactorio saber que ella tenía experiencia y por el otro le incomodaba que eso fuera así, se descubrió deseando ser él quien le enseñara todo. Era la primera vez que tenía pensamientos tan retrógrados y egoístas para con una mujer.

—¿Con tu exnovio? —le preguntó llevado por una curiosidad morbosa, mientras el corazón golpeaba con fuerza contra su pecho.

—Sí… y con mi tutor de francés —respondió ella, disfrutando de la sensación de haberlo sorprendido, al menos, por una vez.

—¿Qué edad tenía tu tutor de francés? —preguntó en un tono serio y clavó su mirada en ella.

La idea de que Samantha se hubiera dejado seducir por un viejo verde, le revolvía el estómago, no la creía de ese tipo de chicas que se dejan deslumbrar por sus profesores, la creía más centrada.

—Cuando eso sucedió… él tenía veinticuatro —contestó sin darle muchos detalles para aumentar su curiosidad.

—¿Y tú? —inquirió una vez más.

Esta vez la sensación fue mucho peor, se imaginó a Samantha siendo apenas una chiquilla de catorce o quince años, cuando cayó en las manos de ese malnacido pervertido, y eso le oprimía el pecho, pero, sobre todo, lo enfurecía.

—Diecinueve y para que quites esa cara de asesino, era un joven estupendo que viajó desde Montreal, para hacer una maestría en Chicago —contestó con naturalidad.

Alessandro había relajado un poco la tensión que había endurecido su mandíbula, pero su ceño se mantenía fruncido y aún la miraba incrédulo. Ella debió notarlo pues continuó con su explicación.

—Tenía una beca que le cubría solo algunos gastos; así que buscó un trabajo de medio tiempo en la Escuela de Idiomas. Siempre abría cursos para los estudiantes de las demás escuelas, Charles cumplía con los requisitos que exigían, consiguió el empleo y empezó a dar clases de francés —acotó sin mucho énfasis, como si eso lo explicara todo.

—Tú te inscribiste en el curso y terminaron haciéndose novios. —No fue una pregunta, sino la conclusión a la que había llegado.

—Algo parecido, la verdad es que nunca fue algo oficial… mi familia no lo aceptó —respondió y desvió la mirada del gesto de desconcierto en los ojos de Alessandro. Suspiro y continuó—. Charles no pertenecía a nuestra clase social, había estudiado gracias al esfuerzo de sus padres; era un chico excepcional, pero mi madre lo consideraba un bohemio por sus pensamientos de justicia e igualdad social. «Un abogado así nunca logrará ser alguien en la vida» dijo y la única vez que nos vio juntos fue tan maleducada con él que nos dejó claro que jamás aceptaría una relación entre los dos. —Su voz mostraba algo de tristeza.

Alessandro no sabía cómo manejar la sensación que le recorría el pecho, era la primera vez que escuchaba a Samantha hablar de esa manera de un hombre, aunque resultara algo estúpido y hasta irracional de su parte, pues ellos no tenían nada en concreto y ella hablaba del pasado, los celos le estaban carcomiendo el pecho.

—¿Por qué él no enfrentó la situación y le demostró a tu madre que podía superarse y ser digno de estar a tu lado? —preguntó, con un tono de voz que intentó ser neutral, pero los celos estaban presentes.

—Declarase enemigo de mi madre, quien era en ese entonces jefa del departamento de maestrías de la Escuela de Derecho, y podía lanzarle por tierras todos sus esfuerzos, o ponerle todo más cuesta arriba, por algo que no tenía seguro era estúpido —señaló mirándolo de vez en cuando a los ojos, no sabía cómo habían llegado hasta este punto y deseaba salir cuanto antes.

—¿Qué quieres decir con algo que no tenía seguro? —la interrogó, intrigado por la actitud de Samantha.

Ella le rehuyó la mirada y no le contestó, ese gesto le gritó que había algo más y se propuso averiguarlo.

—¿Fuiste tú quien lo hizo desistir, no le diste seguridad?… ¿O fue él quien no quiso? ¿Prefirió su carrera a tenerte a ti? —inquirió al tiempo que el enojo ganaba terreno en él de nuevo.

—Yo no lo amaba, Alessandro… no podía dejar que arruinara sus sueños y los de sus padres por ir tras un sentimiento que no existía en mí, me gustaba, era un hombre agradable y la pase muy bien a su lado… hasta llegué a pensar que lo quería en verdad, fue el primer hombre al que me entregué. Por presión de mis amigas, por deseo, por curiosidad… dale el sentido que desees, lo cierto es que lo hice y descubrí que no había sido por amor —confesó, sintiendo que el corazón se le encogía dentro del pecho.

Alessandro se quedó en silencio observándola, intentando descubrir si Samantha le era sincera o si por el contrario se había enamorado de ese hombre, y aún si todavía seguía enamorada de él. Cuando miró sus ojos vio un sentimiento de remordimiento, tal vez por haber usado al joven, por alimentar sus esperanzas para luego desilusionarlo, pero no vio amor, y eso, aunque lo haga ver como un miserable fue un alivio.

—No tienes por qué sentirte culpable, Samantha, hiciste lo único que podías por su bien, eras muy joven, apenas tenías diecinueve años y la mayoría de las chicas a esa edad no tienen siquiera la voluntad para reconocer sus errores e intentar solucionarlos.

—Eso no justifica que lo haya ilusionado ni mucho menos que lo haya usado, él prácticamente se amoldó a mis caprichos y a las condiciones que le puse, aceptó una relación clandestina, las

murmuraciones de sus compañeros y los desplantes de mi madre, incluso las amenazas de mi padre un día que pasó por mí y nos encontró caminando tomados de la mano. —Avergonzada, se percató en ese momento que su mano seguía unida a la de Alessandro.

—No estoy en los pies de ese muchacho, y no puedo juzgarlo, no me gusta hacerlo con nadie; pero justo ahora puede aparecerse el coronel Steinberg con su Colt Python, amenazarme para que te suelte y no lo haría, Samantha, me le plantaría en frente y me alejaría llevándote conmigo, haciéndole comprender que es tu vida y que nadie puede interferir en ella, solo tú tienes la potestad para decidir qué hacer y que no, ¿sabes quién me enseñó eso? —preguntó mirándola.

Ella negó con la cabeza, sintiendo que si hablaba iba a terminar llorando delante de él, sus emociones estaban a flor de piel y las palabras de Alessandro, acompañadas de su certeza habían encendido una llama en su pecho que la llenaba de calidez y seguridad.

—Mi madre, desde que éramos niños siempre nos lo decía, «Nosotros como padres podemos guiarlos para que tomen un camino correcto y enseñarles a defenderse del mundo, darles consejos, pero no podemos interferir en sus decisiones, porque es su vida la que debe regirse por los aciertos o los desaciertos que tengan, no la nuestra» —pronunció, sintiendo que esas palabras también lo tocaban a él, que su madre siempre las había cumplido y le había dado su espacio, nunca lo había obligado a nada. Hasta ahora.

—Las cosas no son así de sencillas, Alessandro, no todos tenemos una familia tan maravillosa y compresiva, además nuestra situación es muy distinta, somos adultos y tú no tienes tanto en juego como lo tenía, Charles, y tampoco corres riesgos, ambos estamos claros en lo que tenemos, pero él no lo estuvo nunca, yo no le dije que lo realmente sentía y lo dejé ilusionarse. A ti no te pasará nada de eso, no terminarás regresando a tu país con un título de magister y con el corazón destrozado. —Le hizo saber llena de dolor y de rabia contra ella misma.

—¿Cómo puedes asegurar algo así? —inquirió, plateándose de repente la idea, que algo como eso sucediera.

—¡Por favor, Alessandro! No juegues a esto, ya me mostraste tu punto y ya dejaste a Charles como un cobarde, no es necesario que lleves las cosas a otros extremos —le pidió sin mirarlo.

—¿Crees que yo no puedo enamorarme de ti también?

Ella no respondió y bajó la cabeza para no mirarlo, sintiendo que el corazón le latía tan deprisa que en cualquiera momento le reventaría el pecho para saltar brincando por todo el lugar. No quería volver a pasar por la misma situación que vivió años atrás, no quería hacer sufrir a Alessandro, causarle el mismo daño que le causó a Charles. Y sobre todo no quería ser ella quien terminara pasando de victimaria a víctima, que en ese caso era lo más probable.

—Samantha, te acabo de hacer una pregunta, respóndeme, por favor. —le pidió en un tono serio, pero con matices de ruego.

En su pecho algo pujaba por obtener esa respuesta, tan solo minutos atrás se había cuestionado que era lo que sentía por Samantha, y ahora que todo esto había salido a relucir, deseaba tener con certeza la respuesta a las dudas que lo asaltaban.

Entonces comprendió que esa pregunta no debería contestarla ella, sino él… ¿Podía enamorarse de Samantha? ¿Podía ilusionarse y estar dispuesto cederle todo el control a ella, acatar cada una de sus órdenes y callar lo que sentía solo por mantenerla a su lado?

La respuesta llegó de inmediato: No. Jamás actuaría de esa manera, ni siquiera si llegaba a enamorarse, sus padres le habían enseñado que un sentimiento como el amor no era motivo de vergüenza, desde ningún punto de vista, ni por diferencia de edad, de clases sociales, ideologías o de preferencias sexuales.

Eso le hizo comprender que Samantha y él eran muy distintos, o al menos eso creyó hasta el

instante que ella elevó la mirada y pudo ver en los ojos marrones una incertidumbre y un temor que le encogieron el corazón, que lo golpearon con contundencia. Ella era un enigma para él, entre más se empeñaba en descubrirla, más difícil le resultaba hacerlo, a veces la notaba tan frágil y pérdida y otras tan decidida, tan segura de sí misma. ¿Cuál de las dos era la verdadera, Samantha? Esa dualidad estaba a punto de volverlo loco, bien decían que los hombres jamás sabrían con certeza lo que desea una mujer.

Si meses atrás les hubiera dicho a algunas de las mujeres con las que anduvo, con sinceridad que podía enamorarse, al día siguiente esta lo hubiera arrastrado a un altar. Pero, ella no, Samantha era distinta, más bien le advertía con la mirada que no lo hiciera, que no debía enamorarse, era eso lo que sus ojos le gritaban, y al mismo tiempo había algo más, un ruego, una súplica silenciosa. Él se moría por descubrir lo que ella deseaba en realidad, por complacerla y dárselo, aunque no estuviera en sus manos hacerlo, solo quería verla feliz.

«¿Cómo vas a darle lo que desea si ni siquiera sabes lo que quieres tú? ¿Qué es esto que estás sintiendo por Samantha? ¿Qué, Alessandro?»

El nudo que amenazaba con asfixiarla cada vez se cerraba más entorno a su garganta, incluso le estaba costando respirar sin dejar libre un sollozo, podía sentir sus ojos anegados en lágrimas y la molesta presión en su pecho. Mientras el sentimiento que pujaba por salir de su interior la aterrorizaba, esa sensación desconocida que le recorría las venas y hacía su corazón latir con tanta fuerza.

—Ninguno de los dos debe hacerlo —susurró ella con la voz ronca y trémula mientras lo miraba.

No debían enamorarse, ninguno de los dos podía hacerlo, eso era algo que ella parecía tener claro y que se suponía que él también. Hasta ahora no había tenido problema en asumir relaciones a la ligera, estaba seguro de que lo que vivía con Samantha sería igual a todo lo demás; solo disfrutar del sexo, la compañía y después de un tiempo dejarlo sin mayores dificultades.

En ese punto todo parecía estar claro, el problema estaba cuando comenzaba a analizar eso que sentía y que no lograba entender, cuando su cuerpo y su corazón le advertían que algo dentro de él era distinto esta vez, que todo lo que sentía cuando la tenía entre sus brazos, cuando se derramaba en su interior o la sentía temblar bajo su cuerpo, no era simplemente placer. De pronto sintió que el temor se apoderaba de él tal como hizo la otra noche, como si se encontrara frente a un precipicio y una fuerza que era incapaz de controlar lo empujara hasta al abismo, mientras él luchaba por aferrarse a algo seguro, cerró los ojos para escapar de la mirada de Samantha.

—No podemos. —Se escuchó decir y sin abrir los ojos la atrajo hacia él estrechándola entre sus brazos.

No podía enamorarse de ella porque sabía que lo que tenían era algo pasajero, no era seguro y podía terminar de un momento a otro, pero tampoco deseaba perderla, no en ese instante, ni mañana. Abrió los ojos y llevó sus manos hasta el rostro de Samantha para acunarlo, posó su mirada en los labios evitando sus ojos y un segundo después su boca se apoderó de la de ella con urgencia.

Samantha apenas fue capaz de reaccionar ante el beso que Alessandro le exigió, se tensó en un principio ante la rudeza de este, pero después se dejó llevar a donde él quisiera, y no solo eso, también tomó partido, enredó sus dedos en las hebras castañas y las jaló para atraerlo hacia ella, abriendo su boca para darle libertad, entregándole su lengua, entregándole todo en ese beso.

No hicieron falta palabras, sus miradas hablaron por ellos, Alessandro la tomó por la cintura y la acomodó a su cuerpo como ya estaban acostumbrados, ella de inmediato lo rodeó con las

piernas y se aferró a él para mantenerse unidos. Acortaron la distancia que los separaba de la casa sin dejar de besarse y acariciarse, entre jadeos y gemidos que le lanzaban más leña al fuego que colmaba sus cuerpos.

No les resultó difícil abrir la puerta, ni subir las escaleras llevando a Samantha, el deseo que se había despertado en él era salvaje, intenso y le exigía a cada segundo hundirse en ella. Se sintió tentando a hacerlo en el sillón del salón, pero recordó que había dejado los preservativos en la habitación. Después de la declaración de Samantha, suponía que lo último que podían hacer era arriesgarse a un embarazo no planificado, ninguno de los dos estaba preparado para algo así.

Entraron a la habitación y Alessandro la dejó junto a la cama, sin dejar de besarla comenzó a desvestirla, prácticamente le arrancaba la ropa. Fue un poco más cuidadoso con sus prendas íntimas mientras estuvieron en su cuerpo, después que la abandonaron, volaron por la habitación con un destino incierto.

Al tiempo que Samantha hacía lo mismo con él, luchó contra los botones de la camisa que se antojaron a no ceder y cuando le tocó el turno al jean, lo bajó con todo y la ropa interior hasta dejarla en sus pantorrillas. Sintió su intimidad palpitar cuando sus ojos captaron la perfecta erección de Alessandro, atraída como por un hechizo llevó su mano y la acarició con suavidad.

Era el primer gesto calmado que compartían desde que comenzaron a besarse junto a la piscina, lo sintió liberar un suspiro y cuando elevó el rostro para mirarlo, él la veía con atención, ella le dedicó una sonrisa y lo acarició de nuevo, se vio tentada a ponerse de rodillas y complacerlo con su boca.

Alessandro tenía otras intenciones o ni siquiera evaluó las suyas, pues sin perder tiempo se la llevó hasta la cama y la tumbó sobre esta, para después cubrirla con su cuerpo. Se estiró para alcanzar la mesa de noche, donde la segunda caja de condones que había llevado esperaba por ser abierta, con rapidez maniobró con la misma y extrajo el pequeño paquete plateado del interior.

Se tomó el tiempo justo para ponérselo, sintiendo las caricias que ella le daba a su espalda y los besos húmedos que dejaba caer en su cuello, liberó un suspiro cuando comenzó a entrar en Samantha, lento, pero sin vacilar, llegando muy profundo, sintiéndola arquearse bajo su cuerpo. Ella elevó las caderas para acoplarse a él con exquisita perfección, la sentía temblar cada vez que se movía en su interior, disfrutando de los sonidos que emitía, de sus gemidos, de los jadeos y esos pequeños gritos que liberaba cuando apuraba la marcha.

Se alejó de ella poniendo la palma de las manos a ambos lados de sus hombros, elevando el torso para disfrutar de su imagen desde arriba, mientras les imprimía a sus caderas un movimiento suave y a la vez constante, saliendo de ella casi por completo y después entrando en un movimiento rápido hasta el fondo.

Ella jadeó con fuerza ante el primer asalto y clavó sus dedos en los costados de Alessandro, cerrando los ojos y frunciendo el ceño, se mordió el labio inferior para controlar el grito que intentó escapar de ella la segunda vez que él la llenó, al tiempo que sentía como cada empuje desataba olas de calor y placer que le barrían todo el cuerpo.

—¡Oh, cielo santo! Alessandro… Alessandro. —Comenzó a balbucear mientras sentía que escalaba hacia la cima.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, al ver el semblante contraído de ella, notando que quizás estaba siendo muy rudo.

—Sí… es perfecto, continúa, por favor… por favor —le pidió, abriendo los ojos y se movió debajo de él, para envolverle las caderas con sus piernas, empujándolo más hacia ella.

—¿Te gusta? —inquirió arrogante, con una sonrisa de satisfacción mientras les daba rienda

suelta a sus caderas.

—Me encanta… se siente tan bien… ¡Oh, te siento tan bien! No te detengas, por favor, Alessandro… Te necesito, bésame… bésame. —Empujaba sus caderas hacia arriba, en contra golpe a las de él, intentando llevar su ritmo.

Cerró los ojos y tembló al sentirlo tan profundo, unidos de tal manera que lo sentía suyo, completamente, como nunca sintió a nadie, sus manos viajaron a la cintura de Alessandro instándolo a descender, quería sentir la presión de su pecho contra sus senos, su calor, su sudor, su peso sobre ella.

Alessandro se acercó de nuevo, se apoyó en sus antebrazos, dejando su rostro muy cerca de Samantha, sintió como sus alientos se mezclaban. Disfrutó de esa imagen de ella, los ojos cerrados, las pestañas oscuras, el cabello desordenado que se esparcía por la almohada y dejaba que algunos mechones rebeldes le enmarcaran el rostro, de esos labios hinchados, rojos, provocativos, de sus mejillas pintadas de carmín, supo que estaba a punto de dejarse ir y le facilitó el camino hacia la cima.

Samantha sentía como todo su cuerpo se convertía en una gran hoguera, a la que Alessandro lanzaba cada vez más leña y la estaba volviendo loca de necesidad, de goce. Apenas lograba mantenerse en ese espacio, aferrada a él con manos y piernas, se habían vuelto una masa trémula, de sus labios solo salían gemidos y jadeos acompañados por palabras que apenas tenían sentido, quizás ruegos, peticiones o cumplidos para él, no lo sabía con certeza.

Su intimidad parecía un volcán a punto de erupción, la humedad aumentaba, la necesidad aumentaba y los temblores, cada vez que su miembro entraba en ella y en su viaje le rozaba el clítoris. El corazón le bombeaba con más fuerza y se sentía tan entregada a él que algo en su interior crecía con asombrosa rapidez, no se parecía a la arrolladora fuerza que precede al orgasmo, era algo más.

Sintió como Alessandro la besaba con intensidad, robándole el poco aire que aún conservaba, el roce de su lengua fue la llama que encendió la mecha que la hizo explotar. Se aferró a él clavándole los dedos en la espalda, mientras sus piernas lo envolvían, sujetándose con tanta fuerza que estaba segura le dejaría marcas.

Mientras su sexo anegado y palpitante lo presionaba permitiéndole apenas moverse en su interior, se liberó de su boca y dejó caer su cabeza en la almohada, su garganta se desgarró en un grito ahogado que abrió las puertas de la presa que contenía el orgasmo.

Él no deseaba dejarla ir sola esta vez, así que luchando por alcanzarla no se mantuvo inmóvil como acostumbraba para permitirle disfrutar de su orgasmo, siguió moviéndose, gozando como nunca antes de esa presión que Samantha ejercía sobre su miembro. Ella lo apretaba con tal fuerza que apenas lo dejaba deslizarse hasta el fondo, llevó una de sus manos hasta su cabeza para sostenerla y evitar que se fuera a causar alguna lesión en el cuello al ver cómo se hundía y se contorsionaba a causa de los espasmos que la recorrían.

Samantha sentía como él seguía y seguía bombeando en su interior, como si quisiera fundirse en ella, apenas se estaba recuperando del orgasmo vivido, cuando sintió la mano de Alessandro bajar por su vientre, y un par de dedos rozar el nudo de nervios entre sus piernas. Sintió que una oleada de calor le recorrió el cuerpo, jadeó con fuerza, cerrando los ojos y negó con la cabeza desesperada.

—No puedo… Alessandro… no puedo… por favor… por favor.

—Te necesito, Samantha… una vez más preciosa, déjate ir junto a mí, vamos… hazlo junto a mí —rogó, rozándole los labios con la lengua, del mismo modo que sus dedos le rozaban el clítoris.

Samantha se obligaba a controlar los temblores que recorrían su cuerpo, abrió los ojos y su mirada se ahogó en las pupilas dilatadas de Alessandro. Sintió de pronto como todo en ella se tensaba y supo que después de ese orgasmo que se desbordaba en su interior, se rompería en tantos pedazos que no quedaría nada de ella.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, cuando el éxtasis estalló y su mente quedó en blanco.

—¡Samantha, preciosa! —Alessandro liberó un gemido gutural que le desgarró la garganta.

Se mantuvo tenso como la cuerda de un violín mientras se descargaba con constantes e intensos espasmos, cerró los ojos con fuerza, dejando salir su aliento en bocanadas entre cortadas, cada vez que sus latidos o los temblores que lo recorrían se lo permitían.

Nunca había tenido un orgasmo tan poderoso como ése que estaba experimentando, se dejó caer absolutamente exhausto sobre el cuerpo de Samantha. Dejando que recibiera todo su peso, mientras hundía el rostro en su cuello, posó sus labios allí donde el pulso de ella aún latía enloquecido y la envolvió con sus brazos para pegarle más a él.

Capítulo 40

Minutos después descansaba sobre el pecho de Alessandro, sumida al igual que él en sus pensamientos, dejando que el silencio reinara en la habitación y el único sonido fuera el de sus respiraciones. El orgasmo fue tan intenso que apenas tenía fuerzas para moverse, por lo que no se opuso cuando la movió para quedar así, era la primera vez que después de tener sexo se tomaban unos minutos para estar abrazados.

—¿Por qué tan callada? —preguntó Alessandro, deslizando la mano por su espalda hasta llegar a la curva de su trasero.

—Pensé que te habías quedado dormido —mintió.

Sabía que estaba despierto por el ritmo de su respiración; la verdad era que no quería decirle el rumbo que habían tomado sus pensamientos. Si le decía el motivo de su silencio, lo más probable es que él empezara con su interrogatorio, en ocasiones llegaba a molestarle que la presionara y la obligara a exponer todo lo que pensaba o sentía.

—Solo pensaba —mencionó él con la mirada clavada en el techo.

—¿En qué? —Samantha odiaba que él le hiciera preguntas de ese tipo, pero no pudo evitar hacerlas ella, se reprochó internamente.

—Nada en particular… —Él también mintió, le salía mejor por su experiencia como actor, sabía que ella lo había hecho antes.

Su cabeza era un caos desde que la lucidez regresó a él, no podía sacarse las palabras de Samantha, ellos no debían enamorarse. Ella tenía razón y él debía estar agradecido de que fuera quien lo dejara claro, así no recibiría reproches más adelante ni se crearían confusiones que pudieran hacer que su relación terminara mal.

Tomar al pie de la letra la propuesta de Samantha, era lo mejor que podía hacer, así que bloqueó cualquiera estúpido pensamiento romántico que quisiera colarse en su cerebro, lo desechó por completo y se obligó a darle a todo lo que sentía, el único carácter que debía tener; lo suyo solo era placer, únicamente placer y nada más.

Su mirada recorrió el hermoso cuerpo de la mujer a su lado, deleitándose en sus curvas, en la suavidad de su piel y su calidez que eran exquisitas. Disfrutaría de Samantha como se había propuesto, sin compromisos, así no tendría que lidiar remordimientos más adelante; después de todo, ella no sería ni la primera ni la última mujer con la que compartiera una cama sin involucrar los sentimientos.

—«***¡Déjame sueltas las manos y el corazón déjame libre! Deja que mis dedos corran por los caminos de tu cuerpo***.»

Recitó en español, el inicio de uno de los poemas de *Pablo Neruda* que más le gustaba, al tiempo que le acariciaban los senos y la espalda.

Ella elevó el rostro, sorprendida ante sus palabras y al no encontrarle significado, era muy poco lo que conocía del idioma que Alessandro hablaba en ese momento, pudo identificarlo, pero no comprender a cabalidad lo que le decía, curiosa posó su mirada en él.

—No te entiendo —mencionó ella, al ver la sonrisa dibujarse en esos hermosos labios, que nunca dejaba de desear.

—Es de Pablo Neruda, ¿lo conoces? —inquirió, haciendo su sonrisa más amplia, disfrutando de la sorpresa en la mirada de ella y las reacciones que su cuerpo le entregó.

—Sí, lo estudié en la universidad, es un poeta chileno, me gusta mucho… pero leía sus traducciones, jamás lo hice en su idioma, apenas sé algo de español. ¿Cuál poema recitas? —le preguntó.

Se irguió y apoyó sus antebrazos en el pecho de Alessandro, cruzándolos y dejando que su barbilla descansara sobre estos para poder mirarlo a los ojos, mientras sonreía invitándolo a continuar.

—***«Déjame sueltas las manos»*** —respondió sonriendo.

—Ése no lo conozco… sigue por favor, pero hazlo para mí, me dejas en desventaja con el español —pidió emocionada.

—«***La pasión: sangre, besos, fuego. Me encienden a llamaradas trémulas. ¡Ay, tú no sabes lo que es esto! En la tempestad de mis sentidos, doblegando la selva sensible de mis nervios. ¡En la carne que grita con ardientes lenguas! ¡Es el incendio!»*** —Alessandro continúo, dedicándole a Samantha el poema, mientras sus manos viajaban por ese cuerpo que tanto placer le daba.

Ella no podía menos que sentirse feliz, le encantaba la poesía, aunque nunca hubiera tenido la suerte y destreza que tenía con la narrativa, era uno de sus géneros favoritos y justamente el señor Neruda era uno de sus poetas predilectos, conocía muy bien su obra.

—«***¡Déjame las manos libres y el corazón déjame libre! ¡Yo solo te deseo! ¡yo solo te deseo! No es amor, es deseo que se agosta y se extingue. Es precipitación de furias, acercamiento de lo imposible, pero estás tú, estás para dármelo todo. ¡Y a darme lo que tienes a la tierra viniste, como yo para contenerte y desearte y recibirte!»*** —culminó y sintió de pronto, que no era únicamente eso lo que dentro del pecho sentía, pero solo a eso podía aferrarse, solo al deseo que ella le despertaba.

La sonrisa permanecía en los labios de Samantha, más no en su mirada que se cubrió por la sombra de desilusión, cuando él le dejó claro a través del poema lo que sentía. Se recriminó por aspirar a algo más cuando ella misma le había dicho que no debía enamorarse y él lo había comprendido muy bien. Justo ahora se lo mostraba, no había amor entre ellos, solo deseo, era lo único que podía tener cabida en la relación que se habían planteado; eso le ayudaba a no tener que enfrentarse a una experiencia como la vivida en el pasado junto a Charles, lo de ellos era mera cuestión de placer, nada más.

Samantha no quiso que viera reflejado en su mirada lo que su pecho guardaba, acortó la distancia entre ambos y lo besó, un beso que le sirviera de excusa, una recompensa por el gesto que le había dedicado. Suspiró al sentir los dedos de Alessandro enredarse en su cabello y acariciarla con suavidad, mientras abría sus labios para que ella jugase a su antojo en su boca, la otra mano viajó al sur de su cuerpo, justo a sus caderas donde presionaba de manera exquisita.

La habitación que empezaba a ser cubierta por la penumbra de repente se iluminó por una fuerte luz que provenía del exterior. Solo transcurrió un instante para que el estruendoso rugido hiciera temblar los cristales y un segundo después, gruesas gotas de lluvia comenzaron a estrellarse contra el vidrio, empañándolo.

—Creo que nuestros planes de tener sexo en la piscina tendrán que esperar a otro día —dijo Alessandro, con resignación.

La lluvia cobraba mayor fuerza a cada minuto y los relámpagos iluminaban la habitación como si fueran los flases de una cámara fotográfica. Suspiro y le acarició la espalda a Samantha, que se había girado para ver la lluvia, apoyando la mejilla sobre su pecho.

—Es una lástima… pero igual podemos tener un adelanto —dijo ella de repente, con una sonrisa entusiasta.

Se movió con agilidad cubriendo el cuerpo de Alessandro, le dio un beso en el pecho y otro en los labios, apenas toques, para después abandonar la cama. Antes de alejarse un par de pasos, Alessandro la detuvo tomándola de la muñeca, mientras él mismo se incorporaba hasta quedar sentado y mirarla con curiosidad.

—¿Usaremos la tina? —inquirió con una sonrisa ladeada.

—No. —Ella negó haciendo que su cabello alborotado se moviera a ambos lados con gracia, expuso una sonrisa radiante y se soltó de su agarre con suavidad—. Será la regadera… ¿Me ayudas a darme un baño, Alessandro? Si no me falla la memoria, me debes uno desde hace mucho —expresó en un tono coqueto, que ni ella misma se conocía.

Disfrutó de la reacción de sorpresa que se reflejó en el rostro de Alessandro, y con una sonrisa traviesa le dio la espalda, emulando el mismo andar que mostrase en aquella ocasión. Lo miró por encima del hombro y le guiñó un ojo.

Él salió de un brinco de la cama, donde había quedado hipnotizado por el bamboleo de las caderas de Samantha, ese mismo que hizo que su corazón se lanzase en latidos desbocados. Acortó la distancia entre ambos en tres largas zancadas y le rodeó la cintura con sus brazos, el choque de sus cuerpos fue sorpresivo y electrizante, ella liberó un pequeño grito y él gimió casi con un ronroneo sensual.

—Te demostraré lo que te perdiste esa vez por altanera —aseguró apretándola contra él, para que fuera consciente de cada espacio de su cuerpo y como este clamaba por ella.

Samantha liberó un jadeo al sentir la presión que ejercía la erección de Alessandro contra su trasero, cálida y aún a medio camino le resultaba tan excitante, que todos los músculos de su intimidad se contrajeron en una deliciosa anticipación. Acarició los brazos que le rodeaban la cintura y jugando el mismo juego de él, se removió para hacerle sentir cuanto deseaba que cumpliera con sus palabras.

—Te daré toda la libertad para que lo demuestres…

Suspiró y dejó caer su cabeza en un acto de rendición, cerró los ojos y empujó sus caderas hacia atrás, rozándolas sutilmente contra la entrepierna de Alessandro que le regaló una excitante palpitación.

—La verdad es que muero porque lo hagas, Alessandro… te deseo tanto, yo solo te deseo. —Giró su rostro para ofrecerle los labios.

La locura se apoderó de él ante ese gesto de Samantha, llevó una mano hasta la mandíbula para mantenerla fija en esa posición, se adueñó de su boca con un beso profundo y ardoroso, duro, completo. Su lengua se hundía rozando la de ella, empujando para llenarla por completo, degustándola, bebiéndola, excitándola con ese maravilloso vaivén que era acompañado por temblores y gemidos.

La falta de oxígeno hizo que separara su boca de la de ella, jadeante y aturdido por todas las sensaciones que lo recorrían, apenas tuvo la cordura suficiente para envolver a Samantha entre sus brazos de nuevo y llevarla junto a él hasta el baño, haciendo que caminara delante, un paso tras de otro, sin alejarla siquiera para abrir la puerta.

—Si me hubieras dejado bañarte ese día… quizás no te habría dado todo lo que estoy dispuesto a entregarte ahora, haz hecho que te desee tanto, Samantha… tengo que admitirlo, me vuelves loco —susurró al oído de ella, mientras le acariciaba los senos.

Los tomó en sus manos y los sospesaba, ejerciendo apenas presión sobre los pezones que se erguían bajo el toque de sus dedos. Deslizó sus labios por el largo y terso cuello de ella, abriéndolos un poco para dejar que su lengua degustara el sabor de su piel, succionando con suavidad para no dejar marcas, llegando hasta su mandíbula y mordiéndola ligeramente,

sonriendo de manera traviesa al sentirla estremecerse y entregarle jadeos excitantes.

Samantha flotaba en ese mar de placer que él le entregaba, disfrutaba de cada roce, de cada beso y el calor que brotaba de la piel de Alessandro, él la estaba quemando de una manera tan exquisita que no le importaba si se prendía en llamas en ese momento. Su respiración agitada hacía que sus senos se movieran al compás de las caricias de Alessandro, mientras mantenía los ojos cerrados y sus manos aferradas a las caderas de él, impidiéndole alejarse.

—Me encantó conquistarte, Samantha, me encantaron tus retos, y que me lanzaras lejos cuando creía que ya te tenía a mis pies, que me mantuvieras noches en vela inventándome la manera de tenerte, imaginándote, ansiando tus caricias, tus besos… tu cuerpo, tu sexo… la forma en la que me seduces, como te me entregas. —Le dio la vuelta y enmarcó entre sus manos el rostro—. ¡Toda tú me fascinas mujer! —expresó mirándola a los ojos con intensidad, con ese fuego que le corría por las venas, que encendía la hoguera en su pecho y su hombría.

—Me tienes igual… nunca pensé que me sentiría así, todo lo que me das es tan intenso, Alessandro, nunca había disfrutado tanto del sexo, nunca había disfrutado tanto junto a un hombre… ni en la cama ni fuera de ella como lo hago contigo, quiero tenerte así hoy, mañana, pasado… tanto como pueda —confesó mirándolo a los ojos.

Lo envolvió con sus brazos, deslizó sus dedos por los tensos músculos de esa espalda que tanto le fascinaba, y los ancló en sus hombros para elevarse y buscar sus labios, deseaba besarlo hasta que el aire le faltara de nuevo, hasta que perdiera la cabeza, y su mundo se volteara, embriagarse de él, fundirse en él. Sintió como él enredó los largos dedos en sus cabellos y se apoderó de su boca en un beso tan poderoso, febril y desesperado que la hizo gemir, enloqueciéndola, seduciéndola, llevándola a donde nadie la había llevado.

La emoción que le recorría el cuerpo era demasiado poderosa para hacerla a un lado, no quería cuestionar porqué se sentía así, solo quería vivirlo, deleitarse en el goce que las palabras de Samantha le provocaron, su ego masculino le agradecía la confesión, pero más allá, era su corazón el que latía como nunca lo había hecho.

—Te deseo preciosa… te necesito —susurró contra los labios de ella, con la respiración agitada y los ojos cerrados.

Y sin darle tiempo a responder la tomó por la cintura, llevándola en vilo hasta la ducha. Quería tenerla allí, cumplir esa fantasía que lo torturó tantas veces, quería sentir como sus manos se deslizaban por el cuerpo de Samantha mientras el agua la bañaba y que ella hiciera lo mismo con él, deseaba sus besos y sus caricias, que le mostrase cuanto lo anhelaba, que ella también sentía lo mismo que él.

Alessandro no la dejaba pensar en nada más que no fuera él, lo ansiaba como si tan solo minutos atrás no lo hubiera tenido, tan sedienta de sus besos que no le permitía alejar sus labios de los de ella. Los rozaba, los mordía y los succionaba como si quisiera hacerlos suyos, deseaba besarlo como no había besado a nadie y que él sintiera que ninguna otra mujer lo había necesitado de esa manera.

—Si continúas así… voy a terminar necesitando un tanque de oxígeno —susurró Alessandro, acariciándole la cintura.

—Gustosa te doy todo el oxígeno que necesites… pero no dejes de besarme, y tampoco me pidas que deje de hacerlo yo —esbozó sin vergüenza ni sonrojos, su voz desbordaba deseo y convicción.

—No lo haría jamás, bésame, Samantha… bésame cuanto desees —pronunció dejando que su aliento se mezclara con el de ella.

Su mano se ancló en la nuca de ella de manera posesiva y la atrajo para tomar su boca en un

beso sensual y lento, meticuloso; de esos que no necesitaban del arrebato para ponerlos a temblar y hacer que la hoguera en sus cuerpos lanzara lenguas de fuego a sus intimidades, las mismas que palpitaban ansiosas por la unión. Alessandro sabía que debía bajar el ritmo si quería prologar el momento. Su cuerpo estaba listo para Samantha, haciéndolo sentir orgulloso de la rapidez con la que respondía ante los estímulos que ella le brindada; sabía que la mujer entre sus brazos también estaba lista para él, su cuerpo se lo gritaba.

—Empecemos con su baño, señorita Steinberg.

Abrió la llave para que el agua cayera sobre ambos, ciertamente no esperaba la temperatura que traía, se había olvidado de la torrencial lluvia que caía afuera, y que seguramente había enfriado las tuberías.

—¡Enciende el calentador! —exclamó Samantha, crispándose.

—Ya lo hago. felina cobarde y arisca —dijo con una sonrisa traviesa, alejándola de la lluvia que liberaba la regadera, mientras estiraba su mano con rapidez para encender el aparato.

Ella lo miró con reproche por su burla, pero no pudo resistirse ante la sonrisa que Alessandro le obsequió; solo ese gesto podía derretirla, en cuestión de segundos se encontró sonriendo al igual que él, y volvieron a dejarse llevar por los besos y los toques de sus manos, esos que enviaban descargas a todos los rincones de sus cuerpos y les hacían crear un concierto de suspiros y gemidos.

Cuando el agua obtuvo la temperatura deseada por ambos, ella se movió para quedar bajo del chorro de agua y lo apoyó en la pared; abandonó la boca de Alessandro y comenzó a bajar con sus labios por el cuello. Otras de sus debilidades, le encantaba la suavidad y la calidez de esa piel, sentir como él se estremecía cada vez que ella lo probaba con su lengua, se concentró en los lunares que lo adornaban justo por encima del lado izquierdo de la clavícula.

Él cerró los ojos y dejó que su cabeza se apoyara en la pared, exponiendo su cuello para que Samantha hiciera lo que deseara, le encantaba cuando se adueñaba de la situación, ya no le resultaba tan complicado ceder el control, no con ella pues disfrutaba recibiendo todo el placer que le ofrecía. Dejó que sus manos viajaran por su cuerpo, rozando y apretando a su antojo, llegó al perfecto trasero de ella y se apoderó de este con una caricia suave al principio, pero que fue ganando fuerza a medida que ella besaba y succionaba su piel.

Por cada gesto de Samantha, él apretaba ese par de colinas firmes y bien formadas que adornaban el final de su espalda, pegándola a su cuerpo para que sintiera que ya no deseaba esperar más. No quería detenerla, pero tampoco podía seguir soportando esa dulce tortura a la que lo sometía, intentó besarla. Sin embargo, Samantha se le escapó mostrándole una sonrisa traviesa y provocativa, él la dejó, no podía negarle nada a esa mujer, lo tenía completamente rendido bajo sus besos y hechizado con sus encantos.

Cada temblor de Alessandro, la llenaba de seguridad y la hacía sentir tan sensual y desinhibida que no dudó en mantener el control, deseaba llevar a cabo aquello que no pudo minutos atrás en la habitación; aunque no tenía mucha experiencia dando sexo oral, quería hacérselo a él y dar lo mejor de ella. Dejó que sus manos bajaran lentamente por el pecho hasta encontrarse con la palpitante, cálida y rígida erección que le rozaba la piel del vientre, la tomó entre sus manos permitiéndole al deseo que las guiara y comenzó a acariciarla lentamente.

—Samantha. —La voz de Alessandro era ronca y agitada.

Acompañó la advertencia con una fuerte presión en el agarre que sus manos tenían sobre los glúteos, al tiempo que buscaba con su mirada el par de ojos cafés que estaban concentrados en el movimiento que las manos llevaban sobre su erección, volvió a apretar con mayor fuerza para captar la atención de Samantha. Esta vez ella se estremeció y en un movimiento rápido hundió el

rostro en su cuello, ahogando un jadeo para después liberar otro ronco y excitante justo en su oído.

—Muero por tenerte en mi boca… por probar tu sabor… quiero besarte, Alessandro, deseo sentirte palpitar en mi lengua —susurró, con la voz transformada por el deseo y los ojos cerrados.

Él no pudo evitar estremecerse ante las palabras de Samantha, jamás le había resultado tan excitante que una mujer le hablara de esa manera, había recibido incluso propuestas más osadas, pero nunca una tan tentadora, había esperado meses por escucharla decirlo y apenas podía contener la emoción que eso le provocaba.

—Samantha… —susurró contra la mejilla de ella y moviéndose apenas buscó su mirada—. Bésame como desees preciosa, haz con mi cuerpo lo que desees, te lo entrego… es todo tuyo, vuélvete loca y vuélveme loco junto a ti. —le pidió mirándola a los ojos, con la voz cargada de deseo y urgencia.

Ella no le respondió con palabras, lo hizo en un beso cargado de pasión, gimió cuando su lengua entró en contacto con la de él y sin querer esperar más se separó sin dejar de mirarlo. Con suavidad pasó el pulgar por la cima de la erección, recogiendo la perla de humedad que había brotado de su interior, dejando que el deseo le dictara cada movimiento. La llevó hasta sus labios y ante la mirada ardiente de él, metió el pulgar en su boca succionándolo lenta y seductoramente, mientras su mirada fija en los ojos él le decían que le gustaba.

Alessandro inspiró con fuerza ante el gesto de Samantha, podía jurar que se prenderían en llamas en ese mismo instante, una ola de fuego lo recorrió entero haciendo vibrar cada fibra de su ser, convirtiendo en lava la sangre que corría por sus venas. Abrió sus labios para permitir que el aire llenara sus pulmones y se esforzó por calmar el latido desbocado de su corazón. Intentó besar a Samantha, pero se alejó mientras le sonreía seductora, y mordía su pulgar lanzando más leña a la hoguera que hacía estragos en su interior.

Samantha sentía el deseo recorrer cada rincón de su cuerpo, no solo el de satisfacer sus anhelos, sino también los de Alessandro, quería complacerlo de la misma manera en la que la complacía a ella, darle tanto placer que él no pudiera olvidarla jamás, quedarse grabada en su piel y su memoria. Poco le importaba si lo que tenían acababa en una semana o un mes, esa noche quería darle todo de ella, marcarlo como si fuera suyo, como si pudiera serlo para siempre.

Comenzó a recorrer con sus labios el pecho de él, sintiendo el ritmo agitado de su respiración que lo hacía subir y bajar, la calidez y el aroma de su piel que se tornaba más intenso a medida que sus besos húmedos y suaves caían como gotas de lluvia. Bajó por el camino que le indicaba el vello corporal de Alessandro, deteniéndose en cada una de las divisiones que adornaban su esculpido torso, besándolas y abriendo sus labios para acariciarlas con la lengua.

—Samantha… ¿Acaso te estás vengando? ¿Quieres que te ruegue? —preguntó, sintiéndose febril.

Llevó una mano a su mejilla para apartarle los mechones de cabello húmedo del rostro, una caricia sutil que no buscaba persuadirla de nada, solo hacerla sentir segura y deseada. Ella elevó el rostro para mirarlo, la amplia sonrisa que se dibujó en sus labios y el brillo que se intensificó en su mirada le dio la respuesta que pedía.

Samantha deslizó sus manos por los costados del firme y poderoso cuerpo masculino, anclándolas en las caderas para que estas le sirvieran de apoyo mientras se ponía de cuclillas ante él. Dejando frente a ella la erección que se alzaba orgullosa y hermosa como el pilar de un gran palacio, su mirada dejó la de él atraída por el deseo de verla más de cerca, como no lo había hecho hasta el momento. Todos los músculos en su interior se contrajeron presos del deseo y la

expectativa, su boca se colmó de humedad y tuvo que tragar para pasar la sensación que se había apoderado de ella.

Alessandro inspiró de nuevo y con suavidad deslizó su pulgar por los labios de Samantha, ejerciendo apenas presión para abrirlos, tocó la punta de su lengua y gimió cuando ella lo succionó con suavidad, cerró los ojos para controlar los deseos que tenía que estar dentro de su boca de una vez por todas.

—Invítame a probarte… quiero sentir lo que tú sentiste cuando lo hice contigo —susurró ella dejando que su aliento caliente cubriera la cima del falo erecto.

Él abrió los ojos y enfocó la mirada en el par de gemas brillantes que lo observaban expectantes, sintió que el deseo lo golpeó con una contundencia bárbara cuando ella le hizo esa petición. No sabía cómo actuar con certeza y dejó que fuera su instinto quien lo guiara, con lentitud tomó su miembro en una mano, lo envolvió entre sus dedos y lo llevó hasta los labios de Samantha. Deslizó el glande por la piel suave y roja de sus labios, gimiendo ante esa imagen que era lo más erótico que había presenciado en su vida.

Capítulo 41

Ella se mantuvo quieta a la espera de lo que él pudiera hacer, temblando ante la expectativa, sus labios se estremecieron ante el roce y sus ojos se cerraron ante ese primer contacto, pero de inmediato los abrió pues deseaba verlo, se sentía dispuesta a complacerlo, quería hacerlo como no lo había hecho ninguna mujer, aspiraba a quedarse tatuada en él. Entreabrió los labios y le mostró la punta de su lengua, rozando apenas la cálida piel, disfrutando de esa primera pulsación y prometiéndole en ese gesto un placer sin límites.

—Pruébame, Samantha —esbozó con la voz tan ronca que más que una orden parecía un ruego, una súplica, algo de vida o muerte.

Ella abrió los labios y cubrió el rosado y palpitante glande con ellos, lo miró a los ojos antes de succionarlo con fuerza, hambrienta y enloquecida de deseo, cerró los ojos para dejar que sus demás sentidos se abocaran a darle a él todo el placer que fuera capaz de entregar. De inmediato sus oídos fueron recompensados con el ronco gemido que Alessandro le entregó, el palpitar del glande contra su lengua y el temblor que lo recorrió entero como una ola.

Sus ojos se cerraron solo un instante, no quería perderse esa imagen que Samantha le entregaba, quería ver y sentir todas las sensaciones que provocaba la boca que justo en ese momento le estaba dando un infinito placer. Ella deslizó una mano por su pecho y él la atrapó cubriéndola con la suya, sirviéndole de apoyo, mientras ella lo desmoronaba con besos que recorrían desde el glande hasta la base de su miembro, apenas toques húmedos que dejaba caer, como el aleteo de una mariposa y justo ahora comprendía porque en el Kama Sutra relacionaban él sexo oral con esa metáfora.

Samantha sentía como su cuerpo era barrido por olas de deseo que se estrellaban justo en su sexo, ese mismo que ardía en llamas y a cada momento se humedecía un poco más, al igual que lo hacía su boca, lubricando la erección de Alessandro en toda su extensión. Su lengua comenzó a acompañar el movimiento de sus labios, se deslizó con suavidad y lentitud desde la base hasta el glande, recorría cada espacio y succionaba la delicada piel, enrojeciéndola, disfrutaba de esa calidez y tensión que ganaba a cada segundo, del palpitar ante cada roce.

Nunca le había resultado tan excitante darle sexo oral a un hombre, jamás esa esencia salobre le había parecido tan afrodisíaca, el sabor de Alessandro le estaba creando una adicción igual a la que sentía por su boca. Desconocía de donde estaba sacando esa manera de besarlo, la fuerza que le imprimía a cada succión cuando lo tenía dentro de su boca, la necesidad de tenerlo completo en su interior parecía como si quisiera devorarlo y sentir que él realmente estaba disfrutando, solo provocaban en su interior el deseo de entregarle mucho más.

—Samantha… preciosa… si continuas así voy a terminar desahogándome en tu boca —pronunció con los dientes apretados para contener los jadeos que liberan una lucha dentro de su pecho.

Alessandro sentía que lo estaba matando, jamás pensó que otra mujer que no fuera la primera que tuvo entre sus brazos, pudiera darle tanto placer, no había conseguido una que le hiciera mejor sexo oral que Martina. Sin embargo, Samantha la estaba rebasando, no solo era mejor en su técnica, también lo era en su actitud, en ese deseo que podía ver en sus ojos por complacerlo, quizás eso era lo que más lo excitaba, que se esmeraba por deleitarlo, que le gustaba lo que hacía y no se molestaba en ocultarlo, ni en cohibirse por lo que él pudiera pensar.

—¡Qué perfecta boca tienes! —expresó cerrando los ojos un momento. Llevó sus manos para acariciarla, necesitaba distraerse o nada detendría el orgasmo que bullía en su interior. Jadeó cuando Samantha lo succionó en el fondo de su garganta—. ¡Demonios! No puedo más… en serio no puedo más, Samantha, estoy a punto de irme, si deseas eso continúa… si no para ya. —Le hizo saber y su voz mostraba la urgencia.

La duda entre continuar o detenerse asaltó a Samantha, sopesando la situación se vio tentada a continuar y descubrir por qué a muchas mujeres les resultaba agradable beber a su amante y a otras no, poder experimentarlo por ella misma. Sin embargo, sintió que necesitaba un poco más de tiempo para un acto tan osado como ese, no deseaba darle a Alessandro una imagen errónea, mostrándose ante él como toda una experta en el terreno. La verdad era que muy pocas veces había dado sexo oral, aunque por las reacciones de sus exparejas, podía decir que lo hacía bien, que ellos disfrutaban, pero nunca vio que uno estuviera justo al borde como lo estaba Alessandro, eso hizo que una sensación de orgullo le hinchara el pecho.

A lo mejor, él ya se había hecho una y estaría pensando que eso para ella era habitual por la forma en la que prácticamente le estaba engullendo el pene, con ese desespero que nunca había sentido hacía otro. Decidió dejar para otro momento probar su esencia, más adelante quizás, si la ocasión se presentaba. Despacio lo sacó de su boca, después le pasó su lengua un par de veces por la piel palpitante y cerró con una leve succión en el glande, se alejó irguiéndose ante él, sonriendo con satisfacción al ver el estado en el que Alessandro se encontraba, ansioso y con la respiración acelerada.

—Logré que me suplicara, señor Bonanzierri —le dijo triunfante, y se pasó la lengua por los labios, para después sonreír.

—Logró mucho más que eso, señorita Steinberg, hizo que me volviera loco por usted… y que justo ahora no piense en nada más que en estar en su interior, quiero hacerlo duro y muy profundo. —La envolvió con un brazo pegándola con fuerza a su cuerpo.

Samantha jadeó y la excitación se disparó dentro de su cuerpo, no hubo un solo músculo en su interior que no se contrajera ante esa declaración. Hundió su rostro en el cuello húmedo de Alessandro, cuando él sumergió un dedo en su interior y comenzó a jugar con su clítoris que palpitó ante el primer roce del pulgar, ahogaba los gemidos entre los besos que depositaba en los lunares que resaltaban en su cuello, bebiendo las gotas de agua que bañaban su piel.

—¿Quieres que te bese igual, Samantha, que hunda mi lengua en ti y recorra con mis labios cada rincón, que te beba completa?

—Sí… ¡Oh, sí por favor! Me encantan tus besos, tu boca, tu lengua. Dame un orgasmo, Alessandro, lo necesito —contestó con premura, sintiéndose adolorida e inflamada de tanta ansiedad.

Él bajó y se ubicó en medio de las piernas de Samantha, con agilidad le sostuvo las caderas y las atrajo hacia su boca, cubriendo su sexo en cuestión de segundos, dejando que su lengua se deslizara entre los pliegues suaves y rosados que brillaban cubiertos de humedad. Se hundió sin contemplaciones con un movimiento tan rápido y certero que no tardó mucho en hacer que ella se estremeciera con fuerza, mientras una antología de gemidos brotara de sus labios.

—Voy a morir… voy a morir de tanto placer, Alessandro… ¡Oh, Dios mío! —exclamó, cerrando los ojos al sentir la poderosa ola que la arrastraba hacia lo más profundo del goce.

Llevó sus manos a la cabellera de Alessandro y las hundió, deslizando sus dedos hasta anclarse en la nuca de él, al tiempo que subía una pierna para apoyarla en el hombro que mostraba la tensión de sus músculos, movió su pelvis hacia él ofreciéndose sin reservas.

Alessandro estuvo a punto de derramarse cuando Samantha le entregó ese extraordinario

orgasmo, ella era tan intensa y hermosa que solo le bastaba mostrarse así para hacerlo delirar. La bebió completa en medio de succiones y roces que eran acompañados por los espasmos y la humedad que le entregaba y que lo excitaron hasta lo indecible, una vez más Samantha superaba todas sus expectativas.

Cuando el frenesí había pasado se puso de pie dispuesto a penetrarla en ese momento y tener al fin la liberación que tanto anhelaba. Ambos habían olvidado por completo la protección, pero el primer contacto de sus intimidades disparó la alerta y por un instante la tensión hizo que el deseo bajara de golpe.

—¡Olvidaba el preservativo! —expresó, sintiéndose frustrado por tener que alejarse de Samantha.

—Alessandro… —Ella se sintió culpable, por ponerlo en una situación como esa, quiso aliviar su malestar, pero no encontró las palabras para hacerlo.

—Está bien, debemos cuidarnos, yo tengo la obligación de cuidarte no te preocupes, ya regreso. —Le tomó el rostro entre las manos.

Le dio un beso y salió del baño en cuestión de segundos, alejándose antes que Samantha pudiera reaccionar. Ella se quedó envuelta entre el vapor que colmaba el lugar y la suave lluvia que caía de la regadera. Cerró los ojos, estremeciéndose cuando los recuerdos de lo que había hecho minutos atrás se adueñaron de su mente, se metió bajo la lluvia para controlar esa necesidad que una vez más le resultaba exagerada.

Alessandro dio con la caja de preservativos que estaban sobre la mesa de noche, comprobó con alivio que aún quedaban dos; extrajo uno y en cuestión de segundos se cubrió con el látex. Su erección estaba tan sensible que incluso el roce de sus dedos lo hizo gemir; regresó al baño con la velocidad de un rayo, enfundado y dispuesto a adueñarse del cuerpo de Samantha hasta acabar rendido.

Cuando entró la vio de espaldas bajo la regadera, dejando que el agua se deslizara por su glorioso cuerpo, provocando que sintiera envidia pues podía cubrirla justo como él deseaba hacerlo. Aminoró el paso para disfrutar del espectáculo, paseando su mirada por las voluptuosas curvas de Samantha, esas que captaron su atención desde la primera vez que la vio y que hoy le robaban la cordura.

Se detuvo tras ella y le impidió que se girara al sentir su presencia, le cerró la cintura con las manos y la hizo dar un par de pasos hacia adelante para entrar también bajo el chorro del agua. Se pegó a ella besándole la nuca, apartando el cabello húmedo a un lado para tener total libertad, gimiendo en el oído de Samantha cuando la sintió apoyarse en él y temblar, completamente entregada a sus deseos.

—Alessandro —susurró y suspiró sintiendo como él manejaba de nuevo los hilos de su placer.

Intentó volverse para acabar con la tortura y unirse a él, ya no deseaba seguir esperando, no podía hacerlo más, lo necesitaba y contra eso que crecía en su interior no podía ni quería luchar. Él ahogó una especie de gruñido en su cuello, lo sintió negar con la cabeza y la mantuvo justo como estaba, para un segundo después tomar sus manos y elevarlas hasta apoyarlas en la pared frente a ella.

Con un brazo Alessandro envolvió la cintura de Samantha elevándola, dejándola de puntillas, mientras él bajaba y se posicionaba justo en el ángulo que le permitiera tomarla de esa manera, rozó su erección contra las nalgas firmes y llenas que estaban elevadas para él. Sintió que se tensaba y contenía la respiración, reconoció de inmediato esa reacción y no tuvo que ser un genio para adivinar que ella no estaba acostumbrada a tener sexo anal o quizás nunca lo había tenido.

—Tranquila… es tu cuerpo, tú decides que entregarme y que no.

Ella suspiró y lentamente se fue relajando de nuevo, una alerta se había activado en su interior al notar los movimientos de Alessandro, y eso hizo que el deseo fuera reemplazado por el temor, al darle el sentido equivocado a sus movimientos. Pero una vez más él se ganaba su confianza y sus caricias alejaron el temor que sintió.

—Te deseo… te deseo toda, cada parte de ti, pero más que nada deseo que seas tú quien me la entregues, sin presiones, solo quiero que lo hagas cuando estés segura —expresó, y posó una mano en la mejilla de ella para volverle el rostro y mirarla a los ojos.

Samantha vio la sinceridad reflejada en la mirada zafiro, eso la llenó de satisfacción y devoción, cada gesto y palabra de Alessandro hacía que el sentimiento que crecía dentro de ella se fortaleciera, volviéndose único y maravilloso. Le ofreció sus labios para que los besara demostrándole que estaba dispuesta a complacerlo y al mismo tiempo que le agradecía por tomarla en cuenta y no exigirle nada.

Los besos hicieron que el deseo por unirse resurgiera en ellos con poderío, las caricias avivaron el fuego que crepitaba en sus interiores y ya no necesitaron de palabras para entenderse, dejaron que sus miradas, sus labios y sus manos fueran los protagonistas de ese encuentro. No había mejor lenguaje para los amantes que aquel que iba dirigido a los sentidos, ambos lo habían aprendido en los días compartidos, se acoplaron perfectamente como si hubieran nacido para estar así, unidos más allá de los límites de sus cuerpos.

Alessandro la tomó desde atrás, hundiéndose en la suavidad y la calidez de la parte más sensible de Samantha, acariciándole los senos, la cintura, las caderas, las piernas; recorriendo cada rincón al que sus manos podían viajar, mientras ella, apoyada contra la pared le entregaba gemidos, jadeos y temblores que lo llevaban hacia el éxtasis con rapidez, haciéndolo subir y subir, escalando en cada empuje que lo hundía entre los pliegues húmedos y palpitantes.

Samantha sentía que su cuerpo comenzaba a ser envuelto por las sensaciones que precedían al orgasmo, ese espiral de emociones que la elevaban y le hacían perder la cordura. Justo en ese momento deseaba que el tiempo se detuviera y quedar suspendida en esa maravillosa sensación que Alessandro creaba para ella, ese espacio perfecto donde todo lo demás se esfumaba y solo quedaban ellos, donde solo él podía tocarla y hacerla sentir, donde nada podía hacerle daño, allí no había dudas, ni reproches, el miedo y la soledad no existía.

—Llévame al cielo… llévame a donde nadie pueda alcanzarnos, Alessandro, hazme tuya como solo tú puedes, como no lo ha hecho nadie más… —Se dejó caer contra él.

Alejó sus manos de la pared y apoyó todo su peso en el cuerpo de Alessandro, ancló sus caderas en la erección que se hundía muy profundo en su interior. Llevó sus manos trémulas hasta las fuertes y masculinas que le cubrían los senos, se aferró a estas al tiempo que movía sus caderas en un contra golpe, jadeando ante la contundencia de las penetraciones que recibió como respuesta.

Alessandro se desbocó al escuchar las palabras de Samantha, y al sentir como ella salía en busca de su propio placer, sometiéndolo con ese maravilloso vaivén que les imprimía a sus caderas. Gruñó en su cuello y liberó sus manos, luego la tomó por la mandíbula con posesión, y la besó en los labios saciando la necesidad que lo consumía, mientras su brazo le rodeó la cintura para evitar que se separaran ante la fuerza con la que sus cuerpos rebotaban ante cada choque.

—Vámonos juntos, hazlo así… muévete así y llévame contigo, hagámoslo juntos, unidos como si fuéramos un solo ser —rogó contra los labios de ella, esos que atrapó pues no pudo resistir la tentación.

El beso fue voraz y profundo, el baile de sus lenguas y la presión de sus labios era tan exquisita que las sensaciones viajaron a lo largo de sus cuerpos, estremeciéndolos con tal fuerza

que estuvieron a punto de perder el equilibrio. Cada espacio en ellos se tensó casi hasta hacerlos sentir que se quebrarían y después de eso se desató la ola que los arrastraría al borde del orgasmo.

Samantha fue la primera en comenzar a temblar cuando su cuerpo estalló como una supernova, sintió que no tenía control sobre sí misma y se dejó ir completamente. Así de intenso y peligroso fue ese orgasmo que la llevó a contraerse alrededor de Alessandro, con tanta fuerza que él no tardó un segundo en acompañarla.

Ráfagas de fuego lo recorrieron concentrándose en el palpitar de su miembro, que rígido y en llamas comenzó a derramarse entre espasmos y gemidos roncos que ahogó en la boca de Samantha, mientras sus párpados cerrados temblaban tanto como lo hacían sus rodillas y su corazón parecía estar a punto de salir disparado de su pecho, jadeante y exhausto se apoyó en la pared abrazado a ella.

Una vez recuperados del orgasmo, se dispusieron a bañarse entre besos, caricias y miradas cómplices. Él se encargó de recorrer todo el cuerpo de Samantha con sus manos, disfrutando de la sensación que producía el gel de baño cuando entre espuma y burbujas, le ayudaba a deslizarlas a cada rincón y disfrutaba de la fragancia.

Samantha siguió su ejemplo y después de compartir un par de bromas, al ver entre sus cosas el gel corporal de Alessandro, lo tomó y se esmeró en recorrer con sus manos cada espacio de ese cuerpo que la tenía completamente fascinada. Se lavaron el cabello mutuamente entre risas, ya que la estatura de ella no le dejaba alcanzarlo.

Alessandro tuvo que ponerse de rodillas para que ella lo hiciera con comodidad, y evitar que le echara champú en los ojos de nuevo. Samantha apenada y triste por haber hecho que esos hermosos ojos azules se irritaran; se esmeró en besarlos por minutos, al tiempo que le acariciaba el rostro y lo mimó para aliviarlo.

Se secaron con lentitud para prolongar ese momento tan íntimo y maravilloso, aunque ya habían compartido la ducha con sus anteriores parejas, ninguno se había mostrado así antes, quizás por cuestiones de pudor o falta de interés real, no lo sabían y tampoco deseaban hacerlo en ese momento, solo querían disfrutar de esa nueva experiencia.

Alessandro era un hombre muy práctico y jamás se había animado a bañar a una mujer como lo hizo con Samantha, aunque se consideraba un amante dedicado y sus parejas en el plano sexual jamás tuvieron una queja, pero si era sincero, la ternura que le inspiraba Samantha y esos deseos de hacerla sentir especial, no los había tenido con ninguna de las mujeres que habían pasado por su vida hasta el momento.

Ella por su parte, nunca se había puesto en las manos de un hombre de esa manera en la que se entregaba a Alessandro, para ella el sexo solo era cuestión de un preámbulo que despertara su excitación, el coito y un buen orgasmo que la dejara satisfecha. Compartir de esa manera que lo hacía con él no era algo que hubiera experimentado o al menos le hubiera interesado con los dos únicos amantes que había tenido. Quizás Charles se lo inspiró y tuvo un acercamiento parecido, pero no se aproximaba en lo más mínimo a lo que sentía con Alessandro y eso debía admitirlo, aunque fuera a ella misma, la derretía y la hacía ilusionarse como no lo hizo tiempo atrás.

—Tengo hambre ¿me acompañas a preparar algo para cenar? —preguntó Samantha, mientras buscaba algo que ponerse, en el clóset.

—Claro, también me muero de hambre, ahora no sé si te importa que cocine desnudo —contestó mirándola sin reparos, cuando ella dejó de lado la toalla para ponerse un coqueto panty.

—Alessandro no voy a caer en tus provocaciones, sé perfectamente que trajiste ropa en ese bolso, pero si lo que deseas es jugar…

Tomó con un pijama de seda verde agua, conjunto de short corto y blusa de tiros, era de sus favoritos, y se lo puso; después buscó entre los kimonos escogiendo uno negro de seda y se volvió.

—Toma, esto puede servirte, quizás te quede un poco corto, pero te cubrirá —agregó, lanzándole la prenda, mientras sonreía con maldad.

Alessandro atrapó en el aire la delicada tela y no tardó un segundo en descubrir lo que era, elevó una ceja extendiéndola ante sus ojos.

—Muy graciosa, señorita Steinberg, pero dudo que logre el objetivo que espera, lo que indicaría que tiene un problema, a mí me da igual andar desnudo por la casa, es a usted a quien le incomoda que lo haga.

—No me incomoda —contestó e intentó mostrarse tranquila ante la cercanía de él, aún tenía las fosas nasales impregnadas de su olor.

—¿Entonces? ¿Será acaso que le resulto tan irresistible que no puede soportar verme desnudo sin desearme dentro de usted? —preguntó con esa sonrisa que desbordaba malicia y seducción.

—No pienso responder esa pregunta —Quiso sonar apática, pero su mirada estaba puesta en los labios de Alessandro, no pudo evitarlo.

—Ya lo hiciste, Samantha —respondió sonriendo ampliamente, le rodeó la cintura y la pegó a su cuerpo—. Yo tampoco, podría verte caminar desnuda, y no desear estar dentro de ti.

La besó con intensidad, ahogando el gemido que ella le entregó y le compartió ese que él liberó, mientras se repetía en pensamientos que no era posible que la deseara de esa manera habiéndola tenido tan solo minutos atrás, esa necesidad comenzaba a perturbarlo, pero no al punto de renunciar a lo exquisito que era besar a Samantha. Terminaron el beso esforzándose por mantener la cordura. Alessandro le dio la razón cuando sacó del bolso un slip negro, una camiseta de algodón y un pantalón de chándal; se vistió y se calzó las sandalias de cuero.

Minutos después estaban en la cocina, ella sugirió que prepararan algo ligero en vista de la hora, ya eran casi las nueve de la noche y no acostumbraba a cenar comida pesada, menos tan tarde. Acordaron que fuera una ensalada, esta vez lo sorprendió preparando una receta que había aprendido de la nona Margarita, una ensalada de rúcula y espárragos era muy sencilla pero exquisita y ella se sentía como una experta mientras él la admiraba manejarse en la cocina con destreza.

—Listo… trae los platos y el vino, por favor, puedes seleccionar uno de la cava, tengo varios que me trajo el señor Jacopo, me dijo que todos eran excelentes —mencionó, tomó la fuente de vidrio y se encaminó hacia la mesa del comedor.

—Seguramente, los escogimos entre los dos —dijo sonriendo.

Disfrutó de la sorpresa reflejada en la cara de Samantha, vio varias preguntas expresadas en la mirada de ella mientras ponía los platos en la mesa y procedió a explicarse.

—Estábamos en las bodegas, siempre que vengo me gusta ir a ver las nuevas cosechas y aquellas que llevan años madurando allí, estaba escogiendo algunas para mi consumo y en medio de la conversación saliste a relucir, no sé cómo me vi de pronto entregándole varias botellas que suponía serían de tu agrado —esbozó con una timidez, que hacía mucho no sentía, para ser más preciso desde que era un niño.

—Yo… no sé qué decir… gracias, Alessandro, la verdad todas han sido exquisitas, me han encantado. ¿Por qué no las trajiste tú mismo?

—No lo sé, supuse que no tenía importancia, apenas nos conocíamos y por el modo en el que empezamos, no quise hacer algo que pudieras tomar de manera equivocada, quizás terminabas lanzándome las botellas por la cabeza pensando que deseaba emborracharte para llevarte a la

cama.

—Gracias por tener el gesto de hacer algo así a pesar de lo grosera que fui contigo en un principio —dijo, posando una mano en la mejilla de él y le dio un suave beso en los labios.

—No tienes nada que agradecer y yo también fui un idiota, pensé que podía actuar contigo como lo hacía con todas las demás, me equivoqué, Samantha, eres distinta y eso es lo que más me gusta de ti —mencionó sonriendo, le acarició la cintura, se separó para buscar la botella de vino, se sentía muy expuesto y usó eso como excusa.

Ella se obligó a reprimir el suspiro que revoloteaba dentro de su pecho, cerró los ojos y negó con su cabeza cuando él le dio la espalda para alejar de su mente cualquier sentimiento romántico que intentara apoderarse de ella, regresó a la mesa escudándose en la tarea de servir la ensalada en los platos que él había puesto ya.

La confusión cada vez se hacía más molesta y ganaba más espacio dentro de sus cabezas, la necesidad de encontrarle un sentido a lo que les estaba ocurriendo los torturaba, por un lado, querían hacerlo y por el otro les aterraba lo que pudieran encontrar si sus pensamientos y emociones quedaban al descubierto.

Capítulo 42

Terminaron de organizar la cocina y se disponían a subir las escaleras cuando un ensordecedor trueno retumbó en cada espacio del lugar, hasta hacer temblar los cristales de las ventanas y la casa quedó en penumbras. Samantha gritó ante el susto que le produjo el rugido y verse envuelta entre sombras, apretó la mano de Alessandro que estaba unida a la suya y se volvió buscándolo con la mirada.

—Tranquila, estoy aquí. —Le hizo saber al notar su tensión, le acarició el dorso de la mano con el pulgar y caminó hasta la ventana para mirar hacia afuera—. Se fue el servicio eléctrico, suele pasar cuando hay tormentas como estas, no te preocupes, regresará mañana.

—¡Hasta mañana! ¿Qué haremos hasta entonces? Vamos a terminar congelados allá arriba, ya estaba haciendo frío cuando bajamos, ahora debe estar helado —mencionó con preocupación.

—¿Qué podemos hacer contra tu temor al frío? —preguntó sonriendo de manera burlona. Ella lo miró con reproche y él tuvo que controlar la risa que lo estaba ahogando, suspiró y la envolvió con sus brazos—. Bueno se me ocurren un par de cosas que pueden servirnos para entrar en calor. ¿Qué dices, Samantha, las ponemos en práctica?

—¿No te sientes saciado nunca? —contestó con otra interrogante.

—¿De ti? No, nunca… me declaro un famélico de tu cuerpo.

Ella intentó parecer seria, pero acabó sonriendo, luego sintió la dulce sensación que le provocaban los labios de él cuando cubrían los suyos con lentitud y ternura. Antes que el beso cobrara mayor intensidad otro trueno los hizo temblar, anunciándoles que la tormenta retomaba sus fuerzas y probablemente se mantendría toda la noche.

—Encenderé la chimenea y dormiremos aquí abajo, solo tenemos que buscar unas mantas y las almohadas, déjame encargarme de todo, Samantha. —Rozó sus labios mirándola a los ojos con ternura.

—Eres muy considerado, Alessandro, pero yo podría ayudarte con las cobijas, mientras enciendes el fuego, el armario está aquí mismo y allí hay varios juegos, no le temo a la oscuridad, por el contrario, me gusta mucho, pero no me animo a subir las escaleras sin ver nada —comentó, y se separó de él para comenzar.

—Bien, manos a la obra. —Se acercó a la chimenea y comenzó a tantear para dar con las cosas que necesitaba.

Cinco minutos después, Samantha regresaba con varias cobijas, lo bastante gruesas para que pudieran tenderse en la alfombra y estar cómodos. Alessandro había encendido el fuego y el ambiente comenzaba a llenarse de calidez, iluminando al mismo tiempo la estancia con tenues luces doradas.

Él subió con rapidez y buscó el par de almohadas, también tomó el último preservativo que le quedaba. Ese había sido el principal motivo de pedirle a Samantha que lo dejara encargarse de todo. Sabía que volvería a escandalizarse si le mencionaba sus intenciones; la verdad era que incluso él se sentía algunas veces como un adolescente desesperado por tener sexo todo el tiempo, como cuando inició y no podía esperar para escabullirse con Martina a su camerino.

Samantha paseó la mirada por el lugar y no pudo contener un suspiro; todo era tan hermoso y mágico, como esos cuadros de las novelas de amor clásicas, donde una pareja se disponía a pasar una velada romántica y especial. El fuego crepitando en la chimenea, las suaves cobijas que

envolverían sus cuerpos desnudos, la lluvia afuera que bañaba los cristales y actuaba como la cómplice perfecta de ese momento, solo faltaba él para completar el cuadro.

En ese preciso instante la figura de Alessandro se mostró ante sus ojos, haciendo que su corazón se desbocara en latidos y su mirada se iluminara cual mañana de Navidad. Él era todo lo que podía anhelar y mucho más, alto, apuesto, misterioso, con esa elegancia que no se desligaba de él, aunque vistiera de manera tan sencilla como lo hacía ahora y llevara en las manos un par de almohadas.

Un nuevo suspiro brotó de sus labios al ver la sonrisa que él le dedicó, le extendió la mano para invitarlo a sentarse con ella y una vez que lo hizo Samantha se acurrucó contra su pecho.

—¿Me perdí de algo? —inquirió al ver la actitud de ella.

—No… —contestó, negando con la cabeza y escondió el rostro en su pecho, aspirando su olor, ese que ya conocía muy bien.

—Pues no lo parece, siento como si hubieran contado un chiste y yo me lo hubiese perdido —señaló y la buscó con la mirada.

—Me gustas mucho… es solo eso, no puedo disimularlo siquiera, me gusta mirarte y me quedo como una tonta haciéndolo, tenerte cerca me hace sentir bien —confesó al fin y el sonrojo en sus mejillas era tan hermoso como intenso.

—A mí me sucede lo mismo contigo, me gusta todo de ti, eres preciosa y por ello no me cansó de decírtelo una y otra vez, no lo hago solo por llamarte de una forma cariñosa, lo hago porque es la verdad y también me gusta estar contigo, me agrada tenerte junto a mí, justo, así como te tengo, entre mis brazos, cerca de mi cuerpo —expresó, con la mirada clavada en la de ella.

Samantha estaba embelesada con las palabras y la belleza de Alessandro, con el tono azul del iris, ese mismo que las llamas hacían lucir de un hermoso y claro celeste, la barba de un par de días, sus labios suaves, rosados, tan provocativos que se descubrió deseándolos de nuevo, el cabello castaño y delgado que la invitaba a tocarlo. Cedió a la tentación y lo hizo, deslizó sus dedos, sonriendo.

—Ha crecido mucho —estaba maravillada ante el contacto, como si no lo hubiera tocado ya antes.

—Sí, no lo corto desde hace tres meses, y no veo la manera de solucionarlo, el estilista que lo hace tiene mayor poder de difusión que *Il Giornale,* solo basta que lo llame y le diga que venga, para que toda Italia se entere de donde me encuentro —puntualizó en tono divertido, deslizando su mano por la pierna de Samantha.

—Yo te lo cortaría, pero entonces deberías pasar mucho más tiempo aquí hasta que pueda repararse el desastre que dejaría como resultado —indicó en el mismo tono de él, sonrió al ver su cara de espanto, le dio un toque de labios y habló de nuevo—. No importa que lo dejes crecer, me gusta así y además te queda bien, como lo llevabas en La Conspiración. —Sus dedos acomodaban las hebras.

—Cuando regrese a Roma lo tendré como la crin de Misterio. —La besó cuando ella abrió los ojos con gesto exagerado ante sus palabras.

La acotación de Alessandro le había llenado el pecho de una extraordinaria sensación de felicidad, y por qué no decirlo, alivio también. Saber que no tenía pensado dejar ese lugar en un corto plazo hizo que el sentimiento que llevaba en su interior afianzara sus raíces y la esperanza de hacer mayor, el tiempo que tendrían juntos casi la desbordara. Sintió de pronto como si las alas que la elevaban desaparecieran y fue lanzada de golpe a tierra por la realidad, la suya.

Ella ya tenía medio año viajando por Europa, sabía que Italia era su último destino y que, de un momento a otro, debía regresar a su país y retomar su vida tal y como la había dejado.

Quedarse allí para siempre era algo completamente remoto y fuera de toda lógica, en Chicago estaba su casa, su familia, sus amigos, su trabajo; tenía todo allá y no podía cambiarlo por algo que era fugaz. Cambiar su mundo entero y su vida por una ilusión no era algo que ella estuviera dispuesta a hacer, ni siquiera si ese sueño era al lado de Alessandro Bonanzierri.

—Te quedaste callada —pronunció al notar que, se había sumido en un silencio poco habitual en ella. Samantha le pareció tan lejana que un extraño temor se adueñó de su pecho y sintió miedo de perderla.

—Lo siento… estaba… estaba pensando, es uno de los defectos de los escritores, cientos de personajes hablando en tu cabeza, tentándote con historias para contar. —Se excusó y evitó mirarlo a los ojos, sentía que él descubriría sus verdaderos pensamientos.

Él se quedó conforme con esa respuesta, mejor dicho, quiso hacerlo, deseaba evitar indagar más allá como siempre hacía y que algo contrario saliera a relucir, no quería arruinar ese momento con confesiones que podían resultarle desagradables. Como fue el caso del tutor francés, al recordar la angustia y la culpa que vio en Samantha, su pecho ardía en llamas, eran celos; debía admitir que estaba celoso de ese hombre, aunque fuera parte del pasado.

Alejó esos pensamientos de su cabeza y se dispuso a brindarle caricias lentas y tiernas, una de sus manos acariciaba la pierna de Samantha y la otra se deleitaba en la suave cabellera castaña, dibujando círculos con la punta de sus dedos en el cuero cabelludo. No buscaba seducirla en ese momento, solo ir avivando el fuego, hacerlo sin prisas, disfrutar de tenerla así, entre sus brazos, entregada y complaciente, saber que al menos esa noche ella era completamente suya. Samantha comenzaba a adormitarse bajo sus caricias y él de cierto modo también se sentía cansado, la deseaba, la verdad era que nunca dejaba de hacerlo, pero pensó en darse una tregua al menos por unas horas.

Igual podían saciar sus deseos más tarde, tenía un preservativo a mano, a la mujer que lo complacía y un ambiente propicio para terminar desnudos entre besos y caricias. Se movió lentamente para evitar despertarla, pero de inmediato la sintió removerse y hundir el rostro en su pecho, percibió como Samantha liberaba un suspiro y después deslizó su mano por su cintura, pegándolo más a ella.

—Pensé que dormías —susurró y le dio un beso en la frente.

—No, aún no lo hago, aunque estoy un poco cansada… solo disfruto de esta manera en que me conscientes —contestó en el mismo tono de él y volvió a acariciarlo.

—¿Se siente agotada, señora escritora? —preguntó con picardía y deslizó la mano que viajaba por la pierna de Samantha, hasta la cadera, masajeándola con suavidad para aliviarla.

Un gesto que le pareció natural, pues había aprendido que los huesos de la pelvis eran una las zonas que más se resentían en una mujer, después de tener una extenuante sesión de sexo, y ellos la habían tenido esa tarde. En realidad, lo habían hecho desde que empezaron tres días atrás en su casa.

Samantha gimió ante el toque que ejercía la presión perfecta, la verdad no estaba tan adolorida como la primera mañana que despertaron juntos, aunque sus piernas habían soportado la tensión de tener sexo de pie. Sin embargo, no le diría nada a Alessandro, quería que continuara con ese delicioso masaje, que fuera así de considerado.

Alessandro sonrió y buscó los labios de Samantha para besarla, un gesto igual de sutil que sus caricias y que lo hizo suspirar. Ella también suspiró y se rindió a esos besos tan maravillosos que la transportaban a otro mundo, tomó parte en el juego, abrió los labios un poco más y la invasión de la lengua de Alessandro la hizo estremecer.

—Si no paramos ahora, dudo mucho que pueda dejarte dormir, Samantha. —Le hizo saber,

pues sintió como su hombría se tensaba.

Ella quiso responderle que continuaran, que no la dejara dormir, que no le importaba hacerlo, solo quería sentirlo, besarlo, acariciarlo, ser suya una y otra y otra vez. Sin embargo, no lo hizo, no deseaba mostrarle a Alessandro cuanto lo necesitaba, cuanto poder tenía sobre ella, sus ansias ya rayaban la obsesión y eso comenzaba a preocuparle, cuando abrió los párpados el deseo había menguado lo suficiente para tener control sobre la situación y su cuerpo.

—Mejor dormimos, tenemos todo el fin de semana para hacer lo que queramos. —Le dio un suave toque de labios para después alejarse.

Él no respondió, solo sonrió con diversión al ver lo evidente que era esa lucha interna que libraba, siempre tan reservada y queriendo mostrarse centrada, capaz de resistirse a eso que ambos deseaban. No la presionó pues ya había decidido dormir junto a ella algunas horas y darles tiempo a sus cuerpos para descansar, la vio mientras se metía bajo las cobijas y se ponía cómoda. Él se puso de pie y se sacó la camiseta dejándola sobre el sofá, después sus manos viajaron al elástico del short, con la misma naturalidad se lo quitó y lo dejó junto a la otra prenda, se disponía a hacer lo mismo con el slip.

—¿Qué haces? —preguntó Samantha, evitando que continuara.

Había posado la mirada en Alessandro, cuando él le dio la espalda, siguió cada uno de sus movimientos, deleitándose con cada pedazo de piel que dejaba al descubierto, pero cuando vio hacia donde iban dirigidas sus intenciones no pudo más que sorprenderse.

—Me preparo para dormir —contestó, mirándola por encima del hombro, vio su asombro y sonrió con malicia.

—Puedo verlo, pero no pensarás dormir desnudo ¿verdad? —inquirió una vez más mirándolo.

—Siempre duermo así, ya te lo había dicho antes, es una costumbre, si no lo hago no podré conciliar el sueño —respondió y sin perder más tiempo retiró la prenda de su cuerpo.

Samantha se quedó sin aire ante la imagen que sus ojos tenían el privilegio de ver, completamente desnudo y perfecto de pies a cabeza, con el trasero más provocativo que hubiera visto. La espalda marcada por músculos sutiles y esas piernas fuertes que tantas veces la habían sostenido; no existía nada más exquisito y excitante que Alessandro.

Él se volvió, encontrándose con la mirada cargada de deseo de Samantha, ella intentó disimular, pero al verse descubierta el sonrojo pintó sus mejillas, él dejó ver una sonrisa rebosante de orgullo, se puso de rodillas junto a ella y le dio un beso en cada mejilla.

—¿En serio duermes así o solo lo haces para provocarme? —preguntó intentando que su voz sonara a reproche, pero era apenas un murmullo, lo miró fijamente a los ojos, para evitar distraerse.

—He dormido así desde que me mudé solo, descubrir que era más cómodo y teniendo una casa entera para mí, no veía porque no mantener la costumbre —contestó con una sonrisa.

—Pero… eso es contra producente, si por ejemplo tienes una emergencia, si te caes a medianoche camino al baño y te desmayas, quien entre te encontrará desnudo… si entran a robar, o se desata un incendio y tienes que salir con rapidez —puntualizó, observándolo.

—Bueno, si me pasa algo y deben entrar a mi departamento, lo hará mi hermano Lisandro, no tengo problema en que me vea desnudo, en el club compartimos las duchas, somos familia. Ahora si el caso es que alguien entre a mi casa a robar, bueno… si no es ninguna de mis fans no corro peligro —explicó con una sonrisa.

Su mirada se tornó traviesa cuando ella frunció el ceño al escuchar las últimas palabras. Alessandro se sintió satisfecho pues se suponía que ella nunca había sentido celos de ninguno de sus novios, pero eso que acababa de ver no podía ser otra cosa que ese sentimiento.

—En todo caso, aún te queda lo del incendio, a ver señor Bonanzierri ¿qué haría en ese caso? —Lo interrogó con gesto altivo.

—Ese es más complicado… creo que no me quedará de otra que salir corriendo desnudo por los pasillos hasta que un alma caritativa se apiade de mí, y me dé algo con que cubrirme… dudo que mi vecina del segundo piso lo haga, siempre me mira como si quisiera desvestirme y lanzárseme encima —respondió encogiéndose de hombros.

Su vecina era una anciana de sesenta años, jubilada y que lo trataba como a un nieto, incluso cada vez que hacía galletas y pasteles le invitaba o las guardaba cuando él no estaba en casa. Pero eso no se lo diría a Samantha, quería probarla, ver si de verdad era una mujer inmune a los celos o solo lo dijo por mostrarse orgullosa ante él; si decía la verdad, para él sería un placer hacerla sentir celos por primera vez y para su ego sería un invaluable premio.

Ella no supo que le causó más molestia, si la desfachatez de Alessandro al no importarle mostrar su cuerpo a todo el mundo sin reparos, o la insinuación de que su vecina estaba loca por irse a la cama con él, quizás ya lo habían hecho y no se arriesgaba a contárselo para no iniciar una discusión. A decir verdad, eso no pasaría, a ella le daba igual si esa mujer y él habían tenido sexo, al menos eso se obligó a crecer, pero el calor que había invadido su pecho le decía que el comentario no le había resultado indiferente.

—¿Por qué no lo intentas? —preguntó al tiempo que se metía bajo las cobijas, sintiéndose satisfecho por la calidez que lo recibió.

—¿Intentar qué? —inquirió desconcertada, no solo por la pregunta, sino por la emoción que aún la invadía.

—Dormir desnuda…

—¿Te has vuelto loco? No haré algo así —contestó con firmeza.

—¿Por qué no? Las últimas noches lo has hecho, vamos, Samantha, no seas tímida, quítate ese conjunto y duerme desnuda conmigo —le pidió, mientras dejaba que sus manos la recorrieran con caricias para intentar convencerla y le rozó los labios para provocarla.

—No, Alessandro, las últimas noches acabamos rendidos después de tener relaciones, y apenas notaba cuando me quedaba dormida, pero hoy no es el caso, así que olvídalo, dormiré como acostumbro —sentenció y se movió para crear un poco de espacio entre los dos.

—¿Y si yo lo deseo, si es una de mis fantasías tenerte así? —inquirió con una sonrisa radiante, esas que sabía impedían que le negaran algo.

—Alessandro… —Estaba por contestar y él no se lo permitió, la calló posando un dedo en sus labios.

—Compláceme, Samantha, dormir así es algo que vengo deseando desde hace mucho… Además, acabas de decirlo, las veces anteriores no cuentan. Haz que mi fantasía sea realidad esta noche, los dos abrazados junto al fuego. —Su mirada estaba anclada en la de ella.

Ella suspiró, sintiéndose incapaz de negarle nada, cerró los ojos un instante mientras en su cabeza se libraba una batalla, entre lo que deseaba y lo que era correcto. Se estremeció al sentir los tibios dedos de Alessandro deslizarse por su columna y bajar hasta el final de su espalda, meterse bajó la seda y rozar la curva de su derrier.

—Yo lo hago —susurró y abrió los ojos al sentir que él comenzaba a despojarla de su ropa, suspiró de nuevo, rindiéndose.

—Perfecto, deseo verte —indicó, tumbándose de espaldas y cruzó los brazos bajo su cabeza para estar más cómodo.

Samantha se puso de pie con rapidez y sin analizar mucho sus actos se quitó el short, hasta allí no tenía problemas pues en ocasiones llegó a dormir así, pero la mirada en los ojos de

Alessandro le exigía más y al no querer mostrarse como una cobarde accedió. En un movimiento igual de rápido se despojó de la parte de arriba, no llevaba brasier por lo que sus senos quedaron al aire.

Sintió como algo más que la calidez que colmaba el lugar le quemó la piel, la mirada de Alessandro era tan intensa que contuvo la respiración por varios segundos. Después intentó mostrarse casual y segura, ocultar los nervios que estar así le provocaban, algo estúpido después de todo lo vivido, pero inevitable. Se metió bajo las mantas con rapidez, como si el frío fuera de estas le resultara insoportable o como si él no la hubiera visto desnuda antes.

—Creo que le falta una prenda, señorita. —Le hizo saber con una sonrisa ladeada y la voz ronca.

La imagen de Samantha lo había excitado en cuestión de segundos, como si fuera la primera vez que la veía desnuda, su corazón se desbocó en latidos y su respiración se agitó, a cada minuto que pasaba la consideraba mucho más bella y sensual. Ella rodó los ojos en un deliberado acto de fastidio, y él no pudo contener su carcajada.

—¿Deseas que te la quite yo? —preguntó con un tono bajo, de esos que seducían, una propuesta que enloquecía a muchas mujeres.

—No, gracias —respondió altanera, la deslizó por sus piernas hasta sacarla de su cuerpo y en un acto osado la lanzó en el pecho de Alessandro—. Bien ahí la tienes, ¿contento?

Se sentía molesta con ella misma por la facilidad con la que cedía ante él, por esa sonrisa burlona y arrogante que tenía en los labios, tan seguro de sí mismo, tan provocador… tan hermoso.

—Inmensamente, pero me gustaría mucho más que me regalaras una sonrisa —pidió mostrando una él.

Samantha le entregó la sonrisa más exagerada y fingida que tenía en su repertorio, ya le había complacido y todavía le exigía más.

Alessandro soltó la carcajada que lo ahogaba, feliz y emocionado como hacía mucho no lo estaba. Todo eso, cada sensación era gracias a Samantha, ella tenía el poder de pintarle el mundo de colores, con ella había comenzado a olvidar sus problemas, sus rencores y esa maldita manía de controlar todo a su alrededor, de querer ser perfecto, no necesitaba serlo junto a ella, solo le bastaba ser él mismo, solo eso.

La rodeó con sus brazos en un gesto estrecho y cálido, atrapó su boca en un beso que buscó hacerle ver todo lo que sentía, cuanto le agradecía y la quería. Terminó el beso con la respiración agitada y los ojos cerrados, sintiendo ese temblor apenas perceptible que lo recorría de pies a cabeza estremeciendo cada fibra de su ser.

Las definiciones que comenzaban a rodear lo que sentía por Samantha lo asustaban de una manera que no lograba entender.

¿Acaso había algo malo en querer a una mujer? ¿En querer consentirla y complacerla, en hacerla sentir importante? No entendía por qué tanto temor, si a final de cuentas no había nada arriesgado en eso, una cosa era querer y otra amar, lo admitía, se confesaba que quería a Samantha y no había nada trascendental en ello. Amarla, sí sería complicado, pero él no la amaba, solo le gustaba mucho, y sí, la quería, deseaba hacerla sonreír y cuidar de ella, eso era cariño, no amor.

Abrió los ojos encontrándose con el hermoso rostro de Samantha, aún tenía los párpados cerrados y respiraba de manera agitada, luciendo tan hermosa como siempre.

—Se suponía que ibas a dejarme dormir. —Abrió los ojos parpadeando aún aturdida por el beso.

—No se supone, lo haré, esta noche nos quedaremos así, Samantha —contestó con una sonrisa, esa que como buen actor que era ocultaba la marejada de sentimientos que lo asaltaban.

La palabra «perfecto» era lo único que podía acercarse a ese momento, su imaginación nunca llegó a recrear una escena como esa para sus historias, le encantaba saber que eso no era parte de la ficción sino de la realidad, de su realidad.

Capítulo 43

Samantha veía feliz como una niña, la destreza con la que Alessandro maneja a Misterio apenas sujetaba las riendas del poderoso animal, y se sostenía apretando sus fuertes piernas a cada costado, manteniendo un equilibrio perfecto. No le había puesto silla de montar, decía que era más cómodo así para poder ir los dos juntos sobre el caballo, aunque habían hecho el viaje caminando como la vez anterior, Alessandro tenía la firme idea de que ella montara sobre el semental de nuevo.

Su mirada seguía cada movimiento tanto del hombre como del animal, cautivada ante la belleza y la elegancia de ambos, incluso de la sensualidad que desbordaban, aunque ella solo fuera consciente de la de Alessandro, suponía que si una yegua estuviera cerca y viera al hermoso Misterio quedaría igual de rendida ante su gallardía. Alessandro se dobló hasta alcanzar la oreja del animal, ella no pudo escuchar lo que le susurró, pero vio que Misterio hacía un movimiento como asintiendo y él en recompensa le dio un par de suaves palmadas en el poderoso cuello y le acarició la crin sonriendo con gesto cómplice.

—¿Qué estará tramando este par? —se preguntó deseosa de obtener una respuesta, sin apartar la mirada de ellos.

De pronto Misterio comenzó a mover sus patas de una manera que lo hacía ver como si estuviera trotando, elevándolas una al compás de la otra y no las cuatro a la vez. Primero eran las delanteras y después las traseras, hacía rebotar el cuerpo de Alessandro con gracia, mientras los fuertes músculos que adornaban su cuerpo se tensaban mostrando la potencia que había debajo de ellos.

Alessandro se sostenía con sus piernas y apenas sujetaba las riendas, había hecho ese trote muchas veces con Misterio, así que conocía cada uno de los movimientos de su amigo, ambos se entendían perfectamente. Cambió su postura y jaló un poco las riendas para indicarle ir de lado, una de las mayores destrezas que podía hacer el caballo, en eso Misterio parecía ser único, había nacido para cautivar la admiración de las personas.

Elevó el rostro para ver a Samantha, quien con una sonrisa y la mirada puesta en ambos lucía embelesada ante el acto que llevaban a cabo. Le dedicó una sonrisa radiante y un guiño de ojo, para cambiar a otro ritmo, esta vez uno más elegante, el mismo trote de minutos atrás, pero haciéndolo lento, como si todos sus movimientos fuesen llevados en cámara lenta.

—¡Es precioso, Alessandro! —exclamó ella emocionada y aplaudió el desempeño de ambos.

—Gracias, señorita Steinberg —esbozó él galante, Misterio movió su cabeza en un gesto altivo.

La acción del caballo los hizo reír a los dos, era evidente que había nacido para ser un arrogante y vanidoso sin remedio, movía sus patas con destreza y la crin para darle más dramatismo a su actuación, sin esperar la orden de Alessandro comenzó a moverse de lado de nuevo enfocándose en el que era su punto fuerte.

—Creo que alguien está deseando impresionarte, Samantha —mencionó soltando las riendas para hacerle ver a ella, que era el caballo quien manejaba toda la situación.

Samantha soltó una carcajada, que se convirtió en una linda sonrisa, se llevó una mano al pecho sintiéndose halagada, miró con ternura y agradecimiento al equino. Lo consideraba muy hermoso, tanto como el hombre sobre su lomo, ese que la había cautivado de igual manera y sin

saber en qué momento se había adueñado de todos sus suspiros.

Justo liberó uno al ver lo apuesto que lucía Alessandro ese día, el cabello largo se mecía al compás del viento y los movimientos de Misterio. La camisa blanca que llevaba resaltaba el bronceado que había ganado, el castaño de su cabello que ahora lucía un poco más claro. Así como lo hacía su mirada, ese azul hermoso que los rayos del sol hacían ver casi celeste, y el jean en color negro que se ajustaba a la perfección a esas poderosas piernas, era mucho más de lo que Samantha había logrado encontrar en un solo hombre.

Él tenía todo lo que a ella le gustaba, unas manos fuertes, de dedos largos y delgados, le encantaban esos vellos oscuros y finos que cubrían sus antebrazos, le daban un aspecto tan masculino y resaltaban aún más los músculos bajo la piel cuando movía con destreza sus manos para guiar a Misterio. Y sus labios, esos eran uno de sus mayores atractivos, ella moría por esos labios, llenos y provocativos, tan irresistibles que ya los deseaba con locura, los atributos de Alessandro no parecían tener fin, pues su cuerpo era igual de perfecto, no solo a la vista, sino también para dar placer.

—Ven a montarlo, Samantha, creo que está ansioso de que lo hagas —pidió Alessandro, le extendió la mano, sonriendo.

Samantha sintió como la burbuja donde estaba se reventó dejándola expuesta ante él, apenada por sus pensamientos y ese incontrolable deseo, no pudo sostenerle la mirada, la esquivó pues sentía que Alessandro tenía el poder para adivinar lo que pensaba.

—Me encantaría, pero… —Se detuvo mordiéndose el labio inferior, y metió las manos en los bolsillos del jean azul que traía.

Él pudo ver de nuevo el miedo y las dudas adueñándose de Samantha, se bajó de Misterio y se acercó a ella llevando al caballo de las riendas, le puso un par de dedos bajo la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos, atrapando ese par de gemas marrones.

—¿Por qué le tienes tanto miedo, Samantha? El otro día te lo pregunté y esquivaste mi pregunta, me gustaría saberlo y ayudarte a superar ese trauma. Los caballos son unos animales nobles, Misterio lo es y jamás te haría daño… —decía, cuando ella lo interrumpió.

—¿Cómo puedes saberlo? A veces su comportamiento es impredecible y no digo que sean malos, no los culpo de nada; igual prefiero no arriesgarme, nunca me he subido a un caballo sola. Lo hice el otro día contigo y aunque me gustó la experiencia, eso no evita que siga temiéndoles, fue algo que sucedió hace mucho tiempo, pero que aún no logro borrar de mi cabeza… —Detuvo sus palabras al ver que estaba dejando al descubierto más de lo que deseaba.

Alessandro comprendió de inmediato que ella había estado a punto de abrirse a él, pero que algo se lo había impedido, se negó a dejarla escapar esta vez. Volvió para ver a Misterio, soltó las riendas del caballo y le dio un par de palmadas en el cuello, un gesto cariñoso que siempre tenía con el animal.

—Chico, ve a correr un rato y no te alejes mucho. —Vio como el equino se marchaba con trote ligero—. Ven, vamos a sentarnos —invitó a Samantha tomándole la mano.

Ella no se negó, aunque sentía que su cuerpo apenas lograba moverse ante tanta tensión que la embargaba, dejó que él se acomodara primero sobre la hierba y después lo hizo ella quedando sentada en medio de sus piernas, apoyando su espalda en el pecho de Alessandro, sintiendo su respiración aún agitada por el trote.

—Tenía siete años. —Se escuchó decir y no podía creer que lo hubiera hecho, suspiró y cerró los ojos.

Él no la presionó, solo se mantuvo en silencio, pero haciéndole ver al mismo tiempo que la escuchaba, deslizó sus manos por los brazos de Samantha para que se relajara y apoyó su barbilla

sobre el hombro.

—Había viajado junto a mi familia hasta Nueva York, uno de mis primos participaría en la competencia anual de Polo que se realizan en Los Hampton, y todos estábamos muy entusiasmados con la idea, incluso mi madre que no gusta mucho de los deportes. —Hizo una pausa para tomar aire y poder continuar—. Cuando llegamos yo quedé maravillada ante la belleza de los caballos, todos eran igual de hermosos que Misterio, a esa edad mi estatura los hacía parecer inmensos, casi como unos gigantes, pero no les temía, quería estar cerca de ellos. —explicó y se sumió en el silencio de nuevo.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Alessandro, en un tono de voz calmado, no para presionarla, sino para hacerla sentir confiada.

—Comenzó la competencia, todo el mundo aplaudía y reía feliz cuando los jugadores hacían alguna anotación, mi primo era quien más destacaba de su equipo, aunque apenas tenía diecinueve años y los otros jóvenes ya pasaban los veinticinco. Él y su caballo parecían ser uno solo, justo como lucen tú y Misterio, y yo me sentía igual de cautivada que ahora, orgullosa, deseosa de tener algo como eso, de poder ser dueña de una unión así —hablaba con voz pausada.

Los recuerdos llegaban hasta Samantha con una nitidez impresionante, hacía mucho que no recordaba lo ocurrido aquella tarde, sentía como si de nuevo tuviera siete años todo ocurría justo a su alrededor en esos momentos. Sintió los brazos de Alessandro rodearla, protegiéndola, regresándola a ese lugar y ese tiempo, alejando el miedo que lentamente buscaba adueñarse de ella.

—Justo antes de la última ronda los jueces dieron un receso, los jugadores salieron del campo montados aún sobre los caballos, se dirigieron hasta el área de bebidas de cada equipo para refrescarse. Varias mujeres se pusieron de pie para acomodar el césped, era una tradición que iba acompañada del mismo partido. Hasta ese momento ya lo habían hecho tres veces y yo deseaba participar, pero era apenas una niña y mi madre no lo permitiría, ella ni siquiera se levantaba de la silla, estaba abanicándose con un ventilador de mano mientras tomaba margaritas. —Le hizo saber mirándolo a los ojos esa vez.

—¿Por qué no te escapaste aprovechando el efecto de las margaritas? —preguntó en un tono cómplice y divertido.

Le gustaba imaginar a Samantha siendo una niña de siete años, con esa curiosidad innata en ella, con sus deseos de romper reglas. Ahora era una mujer tan precavida y metódica que suponía algo debió haberle pasado para cambiar, aún veía esos pequeños vestigios de rebeldía en su actitud. Pero la mayoría de las veces se mostraba tan mesurada y autocrítica, que le provocaba zarandearla para hacerle ver que la vida había que vivirla, y no solo quedarse en un rincón a verla pasar o hacerlo a través de otro, en su caso: mediante sus personajes.

—Lo hice, bueno no del todo, una de mis tías, la hermana más joven de mi padre vio el anhelo en mi mirada y llegó hasta la mesa donde nos encontrábamos, me extendió la mano invitándome a ir con ella para acomodar el césped. —Le explicó y al ver que tenía toda su atención continuó —. Me volví a ver a mi madre y la mirada de advertencia en sus ojos era más que evidente, sin embargo, mi tía me jaló del brazo y me animó a ir con ella, yo desobedecí la orden mi madre y casi corrí hasta el campo, a lo lejos podía ver a mi padre y mis tíos junto a mi primo que era felicitado por todo el mundo, ellos se volvieron a mirarme y la sonrisa en sus rostros me hizo sentir orgullosa y valiente, así que con mayor ahínco y entusiasmo acomodé los trozos de césped que se habían desprendido, todo era… perfecto. —Se detuvo y la sombra de la tristeza cubrió su mirada.

Alessandro supo que estaba a punto de hacerle una revelación, le confesaría ese motivo que

había despertado tanto terror en ella hacia los caballos, para incentivarla a continuar le dio un suave beso en el hombro y entrelazó sus dedos a los de Samantha.

—Sigue por favor, quiero saber qué pasó después —pidió.

—Yo… yo estaba completamente absorta en la tarea, reía entusiasmada pues era la única niña que estaba en el campo ayudando a las mujeres. Algo me hizo levantar la mirada cuando mi primo montaba de nuevo sobre su caballo… Todo pasó tan rápido qué todavía ahora no comprendo lo que verdaderamente ocurrió.

La mirada de Samantha buscaba mostrarle su desconcierto, él asintió y eso le indicó proseguir, inhaló profundamente y habló.

—Cuando Peter subió al caballo el animal lanzó un espantoso aullido, se alzó en sus dos patas traseras y como mi primo no había tomado las riendas lo lanzó por el aire, él cayó a varios metros de donde estaba y el sonido del golpe fue tan espantoso que aún después de todo este tiempo puedo oírlo repetirse en mi cabeza… Los demás caballos se pusieron nerviosos y él de Peter salió corriendo como si estuviera poseído, el caos se adueñó del lugar, las mujeres corrían gritando de un lugar a otro y todos los hombres lo hacían en dirección al cuerpo de mi primo que yacía inconsciente sobre la grama. —La voz de Samantha mostraba la desesperación que la embargó en ese instante.

—¿Qué hizo tu tía? —Sintió temor por ella, aunque eso hubiera pasado hacía mucho y Samantha estuviera ahora sana y salva junto a él.

—Ella salió corriendo para atender a mi primo, su instinto de estudiante de medicina la guio a ir hacia él. Yo me quedé paralizada, no entendía nada y el pánico me impidió correr para resguardarme, el caballo venía hacia mí yo no podía moverme, ni siquiera al escuchar los gritos de mi madre o ver la cara de espanto de mi padre cuando vio lo que ocurría. —Samantha se detuvo y una lágrima bajó por su mejilla, la limpió con rapidez para no darle más dramatismo al momento.

—Si deseas podemos dejarlo para otro día, no quiero que te pongas triste —mencionó Alessandro, mirándola a los ojos, subió y le dio un beso en la frente, deseando reconfortarla.

—No… no, está bien, es algo que debo superar, ya ha pasado mucho tiempo y es tonto que aún me afecte de este modo, deseo seguir contándote lo que ocurrió.

Le hizo saber y habló en serio, sentía que ese desahogo le estaba sirviendo de catarsis, respiró de nuevo y siguió.

—No te puedo decir que pensé que iba a morir o que vi toda mi corta vida pasar ante mis ojos, no me sucedió nada de eso, yo solo veía como el animal cada vez estaba más cerca, un temblor íntegro me recorría, pero no lloraba, y justo segundos antes de ser arrollada por el hermoso corcel plata, que se había transformado en una especie de demonio y que me perseguiría en pesadillas durante muchos años, sentí que alguien me elevaba del suelo y después el fuerte golpe de una caída que fue amortiguada un poco por los brazos que me rodeaban —dijo y sintió una especie de alivio recorrerla.

—¿Tu padre? —preguntó Alessandro, y experimentó la misma sensación que colmaba a Samantha.

—No, otro de los jóvenes que jugaban junto a mi primo, Tim Wadlow, él estaba cerca pues había sido reemplazado debido a una lesión en el hombro, la verdad no sé cómo reunió fuerzas para levantarme y ponerme a salvo, estaba lastimado y yo… yo era una niña algo pasada de peso, no mucho… pero más de lo que debería para siete años, siempre he sido así, con demasiadas curvas. —dijo, apenada por ello, no en un tono arrogante o sugerente, sino intentando justificarse.

Alessandro no podía creer que ella se mostrase incómoda con su cuerpo, era extraordinario y lo tenía completamente loco de deseo ¿y ella pensaba que tenía demasiadas curvas? Definitivamente, estaba loca, tenía las justas y atractivas para hacer que un hombre perdiera la cabeza, uno como él que ansiaba a cada minuto tocarlas, pues todas eran tan hermosas que estaba seguro no se cansaría nunca de recorrerlas.

—Qué fortuna la mía tener la libertad de viajar por todas esas curvas, hasta caer desfallecido y extasiado a consecuencia de ello —comentó Al tiempo que movía sus manos por su cadera y su seno.

Samantha se estremeció ante sus caricias y sus palabras, sabía que su cuerpo ahora era atractivo para muchos hombres, y aunque no había hecho nada para hacer que evolucionara de esa manera, sus primeros años en la escuela no habían sido nada sencillos, por fortuna cuando empezó a desarrollarse como mujer las cosas cambiaron.

—Pero continúa, quiero saber ¿qué sucedió después y lo qué pasó con tu primo? —inquirió interesado y paró sus manos.

—Yo me sentí aturdida por varios segundos, Tim me levantó y comenzó a verificar que estuviera bien, me hacía preguntas y yo no lograba hablar. Cuando mi padre me tomó en brazos, me aferré a él y rompí en llanto, en ese momento tomé consciencia de todo y las emociones me desbordaron —confesó y sus ojos una vez más estaban anegados en lágrimas, tomó aire con una inhalación trémula, luchó para no ponerse a llorar y prosiguió—. Él me abrazó muy fuerte y me consoló, mi madre llegó y después que comprobó que estaba bien, comenzó a reprocharme por lo que había sucedido, me dijo que era mi responsabilidad por desacatar su orden… y cosas que ya ni recuerdo, mi padre se enfadó con ella, discutieron y me alejó de allí. Él nunca ha sido muy afectuoso, su vida como militar siempre ha marcado todas sus relaciones, incluso con sus hijos, esa fue la única vez que lo vi tratarme como la mayoría de los padres tratan a sus hijas. —Había algo de nostalgia en su voz.

—Para algunas personas es complicado mostrar sus sentimientos a veces, Samantha, pero eso no significa que él no te quiera como a una hija. —La abrazó buscando reconfortarla, esa necesidad de hacerlo que ya lo había asaltado antes, ahora era verdaderamente imperiosa.

—Lo sé… lo sé, Alessandro y no le reprochó nada, es su manera de ser y de ese modo yo lo amo, igual que quiero a mi madre, aunque a veces tengamos puntos de vistas diferentes, ellos han contribuido a lo que hoy en día soy y la verdad me siento bien y orgullosa —confirmó mirándolo a los ojos para que supiera que hablaba en serio.

—Pues han sido unos maravillosos padres, tú eres una chica extraordinaria, Samantha, y eso no es solo mérito de ellos, también es tuyo… algunos tenemos padres extraordinarios y nos la pasamos cometiendo un error tras otro —mencionó hablando con propiedad.

Era de esos que, aunque tenía a los mejores padres, se había comportado como un imbécil en los últimos tiempos, pero no quería entrar en detalles y quedar ante ella como un miserable, así que centró su atención de nuevo en el tema que había dejado.

—Por favor continúa con tu historia, cuéntame qué le pasó a tu primo y qué pudo hacer que el caballo reaccionara de esa manera.

Samantha le contó que Peter había sufrido una fuerte contusión que lo dejó en coma por quince días, y después de eso tuvo que someterse a una larga recuperación porque algunos nervios habían sido afectados y lo dejaron parcialmente paralítico. Su madre entabló una demanda contra el club y las investigaciones arrojaron que uno de los jugadores de otro equipo había sido el responsable de manipular al caballo para que actuara de esa manera, el joven no pretendía que su acto dejara consecuencias tan graves, solo quería asustarlo.

Igual la broma le salió muy cara, tres años de prisión y una multa exorbitante que canceló el padre del chico, para que cumpliera su condena en un área exclusiva del recinto penitenciario. Mientras que ella tuvo que superar su trauma por sí sola, pues su madre jamás se preocupó por llevarla a un psicólogo cuando despertaba dando gritos aterrorizada, reviviendo aquel momento.

Por el contrario, su método fue reprocharle cada instante su comportamiento, eso hizo que ella se tragara sus miedos, pero no que los olvidara y cada vez que se despertaba con una pesadilla, intentaba calmarse por sus propios medios para evitar la reprimenda.

—Nunca más volví a un campo de Polo, ni a ningún otro donde los caballos fueran la principal atracción —susurró apenada.

—Es comprensible, no tienes que sentirte mal por ello, Samantha, todos tenemos algún miedo escondido, yo tengo uno ¿quieres saber cuál es? —cuestionó, con su mirada en las gemas marrones.

Estaba a punto de hablar de algo que él tampoco había mostrado a nadie, ni siquiera a su madre siendo ella psicóloga, porque no quería que lo tratara como a un paciente; además, se sentiría avergonzado con su padre y con su hermano. Pero algo en su interior le decía que ella no lo haría, Samantha jamás se burlaría de su miedo; por el contrario, estaba seguro de que lo comprendería. Ella asintió dedicándole toda su atención, así que él prosiguió.

—Le temo a las alturas, padezco de acrofobia… —Se interrumpió sopesando su reacción, suspiró y la miró a los ojos—. Para alguien que trabaja en lo que yo hago es inverosímil, pero es cierto, no puedo estar a muchos metros del suelo y mirar hacia abajo porque me pongo ansioso por abandonar ese lugar, me desespero por estar en un espacio al ras del suelo… Y no he logrado comprender por qué me sucede algo así, tú tienes un motivo para sentir miedo hacia los caballos, pero yo no he pasado por algo similar que recuerde, nunca estuve a punto de caer… no existe algo que me haya marcado —explicó y las arrugas que se formaban en su frente mostraban el desconcierto que lo invadía.

—Nunca creí que tú le temieras a algo, y menos a las alturas —esbozó sorprendida ella también—. Yo adoro las alturas, Alessandro… es decir, me hacen sentir tan poderosa, ver el mundo desde lo alto es increíble, siempre que tengo oportunidad de subir a un edificio intentó llegar a las azoteas y ver todo a mi alrededor… La casa de mis padres es de tres pisos y esa altura ya no me atrae, siempre busco más… hasta he pensado en lanzarme en un paracaídas.

—Yo… soporto estar en un edificio y ver así el horizonte, mi apartamento está en un séptimo piso, eso aquí en Italia es un *Pent –house*. Pero nunca he logrado asomarme del balcón, lo compré solo por esnobismo y la verdad es que me gusta, pero apenas salgo a la terraza y si lo hago, siempre es hasta un lugar donde me sienta seguro, odio volar… y jamás voy en la ventanilla. No ha sido fácil mantener este temor como un secreto —pronunció y ahora era su voz y su actitud la que mostraba incomodidad.

—Todos en mi familia estaban al tanto del accidente así que comprendían que no me gustara estar cerca de los caballos, otros me decían que debía afrontar mi temor conviviendo con ellos. Una de esas personas fue mi primo Peter, nunca dejó de insistir en que debía aprender incluso a montar, se ofreció a enseñarme, pero yo definitivamente no podía y mi madre siempre me recordaba el peligro al que estuve expuesta por no ser prudente.

—¿Qué dices si ambos afrontamos nuestros miedos? El uno con la ayuda del otro… yo puedo enseñarte a montar y tú puedes… no sé, hacer que me sienta seguro y tranquilo en un lugar alto —propuso, mientras sus ojos estaban anclados en los de ella.

—No lo sé… quizás no sea buena idea —respondió dudosa.

—Podemos al menos intentarlo, Samantha, no creo que podamos sentir más miedo del que ya

tenemos, pero si logramos vencerlo estaríamos ganando mucho ¿no te parece? —inquirió de nuevo.

Ella se mordió el labio mientras sentía como dos fuerzas luchaban en su interior, la valiente queriendo decir que sí y la cobarde gritándole que respondiera que no. Cerró los ojos e intentó dejar su mente en blanco un segundo, apretó con fuerza la unión de sus dedos con los de él, suspiró de nuevo y abrió los ojos.

—Un intento… solo uno, Alessandro, y debes prometerme que siempre estarás conmigo, que no me dejarás nunca sola sobre Misterio… al menos mientras aprendo, si no llego a hacerlo también debes prometer que no vas a insistir más —pidió con determinación.

—En un intento es muy difícil, Samantha, dame al menos unos tres, nadie aprende a montar a caballo a la primera, necesitas fortalecer una relación con el animal, que tanto tú como él se sientan cómodos y confiados el uno con el otro —explicó mirándola a los ojos, acarició de manera sutil la unión de sus dedos con la mano libre.

—Bueno… pero no debes presionarme, odio que lo hagan ya te lo dije, si eso pasa me bloqueo y es peor para todos. Misterio me gusta y en verdad quiero sentir esa unión que tú y él parecen tener, ya sé que no será igual pues ustedes se conocen desde hace mucho, pero al menos… pues no sé, que sea suficiente para decir: «Viví esa experiencia y fue extraordinaria» —Lo miró llena de expectativa y después agregó—. Y tú debes darme lo mismo, quiero que me acompañes a… algún lugar alto, puede ser la terraza que está en la casa principal, hay una escalera exterior que nos llevará a allí o también podemos hacerlo al campanario de la capilla, yo te enseñaré que no hay nada que temerles a las alturas. —Sus palabras iban cargadas de seguridad.

Había decidido arriesgarse porque desde que estaba con él se sentía una mujer distinta, más libre y osada, quería ser valiente y eso solo lo lograría mostrándose como tal, asumiendo retos y afrontando sus miedos. La idea de Alessandro le pareció descabellada en un principio, pero ver que él también se lanzaba a la conquista de sus miedos la llenó de entusiasmo. Solo esperaba que en verdad él les temiera a las alturas y que todo eso no fuera solo actuación para hacer que ella cediera.

Capítulo 44

Después de una semana idílica, colmada de emociones, sensaciones y nuevas experiencias, entre las que era necesario resaltar los intentos por vencer sus temores; Samantha se la llevaba muy bien con Misterio y hasta había empezado a cabalgar sin Alessandro. Sin embargo, a él todavía le costaba afrontar su miedo a las alturas, no podía creer que ella hubiera logrado liberarse de un temor que la había sometido por años, y que él no pudiera soportar estar parado al borde del campanario o en la terraza de la casa de los conserjes.

También tuvieron su ansiado encuentro en la piscina, y una vez más las expectativas de Samantha y Alessandro fueron rebasadas, en medio de la luz plateada que una hermosa luna llena les regaló, con un firmamento que mostraba estrellas por doquier. La sensación del agua envolviéndolos y una suave brisa, que a veces los hacía temblar tanto como las caricias que se brindaban; le dieron riendas sueltas a su fantasía, el goce fue pleno y absoluto una vez más.

Por supuesto, su aventura en la piscina tuvo lugar antes que Tina y su esposo regresaran de visitar a su hija, Piero no regresó con ellos, eso desconcertó a Samantha, pero no a Alessandro, quien podía entender la actitud del chico, pues él también se creyó enamorado a esa edad y sabía lo que dolía ver a la mujer que se deseaba en brazos de otro.

No tenían que ser unos genios para concluir que la ausencia de Piero tenía que ver con su relación; sin embargo, ninguno mencionó nada y prefirieron quedarse con la respuesta que Tina les dio cuando Samantha preguntó por él. Que había preferido ir a pasar el resto de sus vacaciones con su abuela paterna en Sorrento, donde podía disfrutar de la playa y las fiestas que se daban en verano en aquella localidad.

Samantha le anunció que debía ir hasta Florencia, pero él intentó convencerla para que desistiera de la idea, si necesitaba algo se lo podía pedir a Tina o que lo dejara acompañarla. Sin embargo, cada una de sus sugerencias fueron rechazas, le dijo que no era una niña que se fuera a perder, que podía andar sola por la ciudad sin ningún problema pues ya lo había hecho, y que no deseaba molestar a la conserje por algo que bien podía hacer ella.

—Prométeme que no le vas a regalar una sola de tus sonrisas a los hombres que intenten conquistarte hoy. —Se detuvo tras ella y le envolvió la cintura con los brazos, buscó su mirada en el espejo.

Alessandro nunca se había mostrado tan inseguro, o dependiente de una mujer como lo estaba de Samantha, sabía que angustiarse porque pudiera tener algún encuentro, aunque fuera casual, como un intercambio de palabras, sonrisas o miradas con otro hombre lo tenía mal. Intentó disimular su estúpido temor para que no lo notara, pero al verla tan hermosa no pudo evitar que esas palabras se escaparan de sus labios, ni mantener sus manos lejos de ella, sabía que esa manera de abrazarla solo dejaba ver aún más su necesidad de mantenerla ahí.

—Alessandro… ningún otro hombre logrará que lo desee tanto como te deseo a ti. —Le hizo saber con una sonrisa, acarició los fuertes brazos que la rodeaban y se volvió para mirarlo a los ojos—. Pero si te sientes mejor, no le sonreiré a ningún hombre menor de sesenta años, aunque eso me parece algo absurdo porque una sonrisa amable no debería implicar nada más que eso: amabilidad.

—Los hombres no pensamos igual que las mujeres, la sonrisa de una mujer tan hermosa como tú puede ser interpretada de una y mil formas, sobre todo por los italianos, ya te lo dije antes. —

Frunció el entrecejo mostrando un semblante más serio—. Pero para que no digas que soy un tonto desconfiado, está bien, puedes hacer lo que desees, confío en ti, no en ellos claro —agregó, rozando su nariz con la de ella y no pudo evitar acercar sus labios para darle un beso lento y sutil.

Samantha sentía su cuerpo vibrar y ser barrido por olas de un calor intenso y delicioso con cada roce de lenguas que él le ofrecía, estaba rebosante de deseo por Alessandro. Sin embargo, sabía que no estaba en condiciones de complacerlo; justo cuando sola en la regadera para su suerte, su cuerpo la hizo consciente de su naturaleza de mujer.

Dejó escapar un suspiro cargado de frustración al darse cuenta de eso, y de inmediato asumió que debía detener la intensa rutina de sexo que había estado llevando a cabo con su vecino. Algunas de sus amigas le contaron que tener su período no era impedimento para continuar teniendo relaciones, que por el contrario, si sufría de dolores de vientre podía resultar beneficiosa la actividad.

Pero ella jamás se planteó la idea, le resultaba muy vergonzoso e incómodo tan solo pensar en ello, sobre todo tratándose de Alessandro a quien apenas conocía, y que a fin de cuentas no era su novio, solo era su amante de verano, aunque resultara chocante exponer algo así.

Alessandro sentía que esos tres días de abstinencia que llevaba lo estaban volviendo loco, respetaba el espacio y la decisión de Samantha de no tener sexo mientras tuviera su período, eso lo hacía con su lado racional y caballeroso. Pero, su otro lado, aquel salvaje de macho en celo la deseaba a cada minuto y se moría por volver a estar dentro de ella. Lo peor fue cuando su hermosa vecina, le dijo que comprendería si él deseaba pasar esas noches separados, no se le pudo ocurrir nada más brillante que negarse rotundamente y asegurar que por él no habría problemas, que podían seguir juntos como hasta el momento.

La verdad era que se moría de agonía cada noche que la tenía entre sus brazos, pero consciente que no podía hacerla suya como deseaba, debía admitir que le gustaba tenerla así, que el calor y la suavidad del cuerpo de Samantha bien valía cualquier sacrificio. Aunque no lo dijera, ella valoraba mucho su gesto de no salir huyendo como un estúpido machista ante la mera mención de las palabras: período y abstinencia.

Igual tampoco lograría dormir solo en su cama si sabía que a solo metros reposaba la mujer que se le había metido en la piel de tal manera que no podía dejar de pensarla.

—Se me hace tarde… —susurró mientras intentaba terminar el beso, pero no podía hacerlo, no era tan fuerte para alejarse de esos labios que se habían convertido en su mayor adicción, en realidad todo él era su más grande adicción.

—Bien, vamos entonces —mencionó y la tomó de la mano, entrelazando sus dedos en los de ella para salir de la habitación.

Se tomaría la mañana para estar en su casa, leer y llamar a sus padres, aunque había recibido el día antes una llamada de su madre. No sabía que más podía hacer en ausencia de Samantha, quizás si contaba con suerte por fin encontraría a Paula en casa y con ella podía extenderse a hablar por horas; así no extrañaría tanto a Samantha.

«¡Por Dios, Alessandro! Ya hasta te escuchas patético, la mujer se va por unas horas y ya tú hablas de extrañar como si se fuera por años, de verdad estás irreconocible, y hasta das vergüenza.»

Negó mientras bajaba la escalera y sonreía, se reprochaba por sus pensamientos, pero no podía evitar que todo eso le resultara divertido y lo emocionara. Abrió la puerta y miró a Samantha a los ojos, acomodó un poco el flequillo que intentaba cubrir las hermosas gemas marrones que lo tenían cautivado y no se cansaba de mirar.

—Ya llegó mi taxi, nos vemos en la tarde… te… —Samantha se detuvo antes de esbozar algo que la haría ver como una tonta.

Ella también sentía que ya extrañaba a Alessandro, aunque aún estuviera tomada de la mano con él, pero confesar algo así estaría completamente fuera de lugar.

Debía empezar a controlar y analizar muy bien todo lo que decía cuando estaba con él, no era posible que su cerebro al parecer le diera por irse de vacaciones cada vez que Alessandro la tenía entre sus brazos, pensó en algo que la sacara de esa situación con rapidez y sin dejarla en evidencia.

—Te traeré provisiones… dentro de poco necesitarás —no pudo evitar que un sonrojo acompañara a su sonrisa traviesa.

Él dejó ver el mismo gesto, haciéndolo de esa manera ladeada que tan natural se le daba, disfrutando del carmín que embellecía las mejillas de Samantha. Ella tenía razón, ya solo le quedaban dos preservativos de las dos cajetillas que le enviará su hermano días atrás, el tacaño no pudo enviarle al menos unas diez y de paso antes de ello le hizo un pendejo chistecito «¿Te vas a masturbar con condones?»

Por supuesto él se dio el lujo de mandarlo a la mierda y después de hacerse el indignado para lograr su objetivo: Que Lisandro le hiciera llegar lo que le pedía sin hacer muchas preguntas u ocurrírsele la brillante idea de venir él mismo a traerlos.

Por suerte no indagó mucho y se conformó cuando le dijo que una amiga de su absoluta confianza vendría a visitarlo, aunque ella traía era mejor estar prevenido. Lisandro había sido su mentor en muchas cosas y en el plano sexual no fue la excepción, de él aprendió lo importante que era cuidarse de enfermedades, que abundaban; sobre todo, en el medio donde empezó a moverse siendo solo un chico, y también de posibles embarazos no planificados, que a los diecisiete años estaban a la orden del día y que podían truncar su carrera que apenas despuntaba.

—Gracias. —Le dio un suave toque de labios—. Estaré en mi casa, entreteniéndome en algo si logró librarme de mi hermana después de llamar a la casa, tengo días que no habló con ella y seguramente me mantendrá por horas en el teléfono —explicó, deslizando sus manos por los brazos de Samantha.

—Por favor hazlo, no quiero que después digan que por mi culpa te olvidaste de ellos, y si tu hermano vuelve a hacer algún otro chistecito como el pasado le das saludos de mi parte. —Ese día casi se orina encima cuando Alessandro le contó lo que había dicho Lisandro.

—Si vuelves a reírte como el otro día te doy una tunda y te dejo con esos preservativos comprados. —La amenazó intentando mostrarse serio, pero el brillo en los ojos de ella se lo impedía.

—¡Ja! Eso lo dudo mucho, señor Bonanzierri, si está a punto de volverse loco por no poder tenerme como desea…

Deslizó un dedo por su pecho, disfrutando de la fuerza que se podía apreciar bajo la bronceada piel, su mirada seguía el recorrido, de pronto suspiró y elevó el rostro para mirarlo.

—Aunque debo confesar que me siento igual, me muero por estar contigo de nuevo, por sentirte dentro de mí, por tus besos y tus caricias que me llevan al cielo y me hacen estallar en medio de ese placer absoluto que me brindas —expresó sus sentimientos sin cohibirse.

Alessandro que siempre se había mostrado tan elocuente desde que se conocieron, por primera vez se quedaba sin palabras ante Samantha. Fascinado por lo que ella expresó no puedo más que responderle con un beso de esos que los hacían estremecer a los dos, la envolvió entre sus brazos y atrapó la boca rosada y suave antes que ella pudiera poner algún impedimento, entró de lleno con su lengua, que posesiva comenzó a pasearse por cada rincón.

Samantha se aferró a sus hombros, mientras sentía que se derretía entre esos brazos fuertes que la llenaban de calidez y seguridad, de nuevo el placer viajaba por sus venas, haciendo cantar la sangre en ellas, estremeciendo sus vibras más internas. Le ofreció su boca y se unió al juego que Alessandro le proponía rozando sus lenguas.

El sonido de un claxon intentó entrar en el espacio donde estaban, pero ellos se negaron a separarse, aun a sabiendas que no llevarían ese juego más allá, pues ya les había ocurrido en los últimos días, siempre la voz del pudor de Samantha gritaba por encima de la de sus deseos. El sonido irrumpió de nuevo en el ambiente y esta vez estuvo acompañada de la voz de un hombre que habló en un inglés poco entendible por la falta de práctica quizás y el marcado acento italiano.

—Señorita ¿fue usted quien pidió el servicio de taxi para ir a Florencia? —inquirió, el hombre impaciente.

Los jóvenes no tuvieron más remedio que terminar el beso, con la respiración agitada pegaron sus frentes, manteniendo los ojos cerrados para recuperar la cordura, mientras bocanadas de sus tibios alientos se mezclaban. Alessandro fue el primero en recomponerse, abrió los ojos y sonrió ante el espectáculo que le ofrecía Samantha, que cada vez le parecía más hermosa.

—¿Ves? Allí está el primer italiano que intenta separarte de mí —susurró con diversión.

—Solo hace su trabajo y no debo hacerlo esperar. —Abrió los ojos dedicándole una sonrisa.

—Te hubieras llevado mi auto —mencionó él y le acarició una mejilla con el pulgar.

—¿En serio me lo prestarías? —preguntó emocionada, cuando él asintió sonriendo.

Por lo general, los hombres no prestaban sus autos, y menos a mujeres. Así que ese gesto de Alessandro la dejó flotando en pura alegría, le dio un rápido beso y habló de nuevo.

—Lo tomaré la próxima vez.

—¿Por qué no hoy? —inquirió mirándola a los ojos.

—Porque he hecho venir a ese pobre hombre desde Florencia y no voy a cancelar el servicio. —Se volvió para mirar al chofer haciéndole una señal. Y en ese momento una idea cruzó su mente—. Además, no rechazaré la compañía de un hombre tan simpático viajando sola hasta la ciudad —agregó de manera casual dispuesta a alejarse.

Alessandro prefirió responderle con hechos en lugar de palabras, con la palma abierta le dio un pequeño azote a Samantha en ese bonito trasero que tenía. Ella liberó un jadeo y pegó un brinco ante su gesto que evidentemente la sorprendió, se volvió de inmediato con una mirada de reproche y él solo le regaló una de sus sonrisas más radiantes.

—¡Alessandro! —Le reprochó mirándolo con asombro.

—Que disfrutes tu viaje, querida —pronunció con malicia, le hizo un ademán con la mano para que retomara su camino.

—No te sorprendas cuando te cobre esto de la misma manera —Lo amenazó, con una mezcla de molestia y deseo.

—Cuando gustes —expresó y cruzó los brazos a la altura de su amplio y hermoso pecho, sus labios mostraban la sonrisa ladeada.

Ella no pensaba caer en su provocación una vez más, además que ya había hecho esperar mucho al hombre del taxi. Se giró con un movimiento altanero para caminar al auto, estaba por llegar cuando miró por encima de su hombro y vio que él caminaba hacia su casa.

—Señor, deme dos minutos por favor —pidió, ignorando la mirada de impaciencia que el hombre le lanzó.

Corrió sigilosa hasta donde el actor estaba, ajeno a sus intenciones, con agilidad llevó su mano hasta una de las redondas y perfectas nalgas de Alessandro, estrelló la palma con mucha más

fuerza de la que él había empleado con ella, pues era necesario para arrancarle la misma reacción. Él se sobresaltó desconcertado por el ataque, se volvió para mirarla, estiró los brazos intentando agarrarla, pero Samantha fue más rápida y logró escapar.

—Nos vemos en la tarde, querido, disfruta de tus horas de soledad, llama a tu familia y deja de celarme —mencionó y salió corriendo.

—¡Te estaré esperando, pequeña traviesa! —exclamó para que lo escuchara—. Lo estaré haciendo ansioso, Samantha —le dedicó una sonrisa cuando ella le lanzó un beso con la mano y le guiñó un ojo.

Sentía el pecho rebosante de felicidad, esa sensación que se esparcía por cada rincón de su ser y lo hacía sentir como nunca, esa emoción que no sabía cómo definir y que solo Samantha había provocado en él lo hacía sentir vivo.

Se encaminó de nuevo a su casa, sintiéndose un poco apenado, incluso podía jurar que se había sonrojado, cuando se vio descubierto por las miradas divertidas e intrigadas de Tina y Jacopo. Bonito espectáculo tenía que estar ofreciendo, sonriendo como un tonto y mirando embelesado el auto donde Samantha se iba.

∞∞∞∞

Ella entró en el asiento trasero y se puso cómoda, no dejaba de sonreír, y su mirada tenía ese brillo que, hacía lucir sus ojos tan hermosos y claros, sin decir que su corazón latía con emoción, todo su cuerpo parecía flotar, suspiró relajándose en el asiento y su mirada se encontró con la del chofer a través de retrovisor.

—Señor, disculpe que lo haya hecho esperar… es que…

—No se preocupe, señorita, entiendo. Los enamorados siempre se comportan de la misma manera, y agradezco que no me hayan enviado a buscarla para llevarla al aeropuerto, de lo contrario aún estaríamos en las villas esperando a que su novio la soltara —mencionó con la voz de la experiencia y le dedicó una sonrisa amable al verla sonrojarse.

Samantha no quiso entrar en detalles y aclarar que ellos no eran novios, pues el hombre había visto demasiado como para no llegar a esa conclusión. Incluso Tina y su esposo se lo habían dicho el otro día, que parecían un par de jovencitos cuando discutían por ver quien tenía la razón en algo, y minutos después se desvivían entregándose besos.

Samantha nunca había actuado así, con tanta libertad para dar y recibir muestras de cariño en público, ni siquiera con Francis. Sentía como si Alessandro tuviera el poder para despertar a otra mujer dentro de ella y le gustaba sentirse así, él le había enseñado que no tenía de que avergonzarse, y ella había llegado a liberarse de muchos prejuicios, muestra de eso era lo que acababa de hacer, le había dado un azote en el trasero delante de tres desconocidos ¡Por Dios no podía creerlo!

Se sonrojó hasta sentir que su cara ardía, cerró los ojos para huir de su vergüenza y negó con la cabeza. Sinceramente debía darle un alto a lo que le estaba sucediendo y tomar las cosas con naturalidad. Respiró profundo y dejó ver después una sonrisa, mientras la fascinante voz de Alicia Keys colmaba sus oídos.

I am riding high
Don't wanna come down
Hope my wings don't fail me now

If I can touch the sky
I risk the fall

Al fin había llegado a su destino y suspiró al ser consciente de lo que haría, le entregó al hombre el pago del servicio más una generosa propina por haberlo hecho esperar mientras le sonreía, agradeció y se despidió. Bajó del auto, irguiéndose para llenarse de confianza, ya estaba acostumbrada a hacer eso, solo que no esperaba que fuera en otro país y con otra persona que no fuera la doctora, inhaló profundamente y con paso seguro se dirigió hacia la entrada del lugar.

Cuarenta minutos después estaba en el consultorio de la doctora Nardi, una mujer de unos treinta y tantos, alta, de figura delgada y distinguida, cabello rubio cenizo; tenía más la imagen de una primera actriz, que de ginecóloga. Revisaba las pruebas de rutina que le había enviado a hacer a Samantha y la información que le había suministrado, para aprobar la medicación que solicitaba.

—Está usted en perfectas condiciones, señora Steinberg, le indicaré a la enfermera que le ponga la inyección, por suerte contamos con la misma que siempre ha usado, así que no tendrá reacciones desfavorables. Ya conoce bien el procedimiento, pero si presenta algún síntoma que no haya notado antes por favor nos informa de inmediato, recuerde que nuestro cuerpo siempre presenta cambios —esbozó con una sonrisa amable, mirándola a los ojos.

—Muchas gracias, doctora Nardi, me gustaría hacerle una consulta más —dijo Samantha y su voz mostraba cierto nerviosismo.

—Por supuesto, dígame. —La instó a continuar.

—He pensado… bueno, yo nunca he tenido relaciones sin protección, hablo del uso de preservativo, nunca me he aventurado a experimentar de esa manera, por seguridad por supuesto y por evitar un embarazo no planeado. Sin embargo… me gustaría saber, no sé su opinión al respecto, si he sido muy paranoica o; por el contrario, si he actuado de manera correcta —planteó su idea, en un torrente de palabras a causa de los nervios que sentía.

La mujer no pudo disimular la sorpresa en su rostro al escuchar las palabras. A la edad de veintitrés años era prácticamente imposible que una mujer no hubiera experimentado tener relaciones sexuales sin preservativos, y más una que se cuidara como indicaba en la prueba, era algo admirable pero también limitativo, como mujer lo sabía.

—Bueno, lo que haces con tu cuerpo es tu decisión, Samantha, si deseas mi opinión como profesional te diré que la protección contra las ETS siempre debe ser un punto vital para toda mujer y también para el hombre. Pero, si tu pareja se cuida igual que tú y tienen la confianza suficiente para llevar a cabo una relación sexual sin algún método protector, no veo porque debería existir algún impedimento para hacerlo, además que como mujer te digo que te has estado perdiendo de una experiencia maravillosa —pronunció mirándola a los ojos, queriendo ganar su empatía y confianza.

—Supongo que es algo distinto, pero siempre he tenido ciertos temores al respecto y quizás haya exagerado —expuso dudosa.

—Cuando hablamos de nuestra salud jamás se exagera, si el problema es ése por supuesto, ahora si es por el embarazo con la inyección quedas completamente protegida, el porcentaje que la inyección falle es muy remoto, es más segura que la píldora u otros métodos. Veamos, ¿tu pareja actual es un chico sano? ¿Confías en él para entregarte sin protección? —preguntó fijando su mirada en ella, para evitar que esquivara su pregunta, debía afrontarla con ella misma y de esa manera despejar sus dudas.

—Sí, bueno… él también se cuida, desde un principio ambos estuvimos de acuerdo en ello, es un hombre sano y confío en él —contestó sin rehuirle la mirada, estaba segura de lo que decía.

—Perfecto, tus pruebas salieron bien, lo que me lleva a concluir que él también lo está, pero nada de eso importaría si no está presente la confianza. Ahora que me has confirmado que ciertamente él te la inspira, no veo algún impedimento para que tengas relaciones sin preservativo, como mujer pienso que es una experiencia que debes vivir, Samantha, crea el momento perfecto y hazlo. —La animó con una sonrisa entusiasta, le recordaba a su hermana menor, cuando con dieciséis años y llegó hasta ella, colmada de dudas.

—Muchas gracias, doctora Nardi, seguiré sus consejos. —Samantha se puso de pie y le extendió la mano.

—De nada, Samantha, lo hago con gusto, ve con la enfermera para que te ponga la inyección y cualquier reacción molesta o duda que tengas me avisas —mencionó la mujer, recibiendo la mano y dándole un apretón, le extendió después la orden con una sonrisa.

Samantha se despidió de ella con el mismo gesto y caminó hasta la habitación contigua donde la esperaba la enfermera que ya le había extraído la prueba de sangre. La recibió de nuevo con una sonrisa amable, después de ver la orden, le hizo unas preguntas de rutina mientras preparaba la inyección.

En cuestión de segundos el piquete de la aguja en su brazo y el líquido que se diluyó en su cuerpo, la habían dejado protegida contra un embarazo. Mientras en su cabeza, muchas de las dudas que la habían atormentado durante un largo tiempo, desaparecían ante la imagen de Alessandro y la idea de tener sexo con él sin nada que los separase, sentirlo piel con piel y disfrutar de una experiencia que se había negado hasta ese momento.

Capítulo 45

Alessandro estaba acostado en una de las tumbonas junto a la piscina, mientras leía otro de los libros de Samantha, dejaba que el sol y la suave brisa le secaran las gotas de agua que cubrían su piel y la humedad de sus cabellos, luego de un refrescante baño en la piscina. Después que ella se marchó, él entró a su casa y la sensación de estar solo fue algo extraño, de inmediato buscó ocupar su tiempo, llamó a sus padres a cada una de sus oficinas y luego de hablar por varios minutos, marcó a la casa para hablar con su hermana, una vez más se le hizo imposible.

Según Jazmín, Paula había salido muy temprano a casa de una de sus amigas, pero no sabía darle explicación de a cuál de todas, ni tampoco lo que se suponía estaba haciendo, incluso Alessandro llegó a sentir que la mujer le ocultaba algo, se escuchaba nerviosa o quizás era que él siempre la había intimidado. Le dejó un mensaje donde le decía que volvería a llamar para hablar con ella, y que la extrañaba mucho; hasta el momento no había logrado sacarse de la cabeza las reacciones que había estado teniendo Paula en los últimos días, ya él llevaba dos meses aquí y durante el último no había logrado hablar con ella.

—Hola.

La voz de Samantha lo sacó de sus cavilaciones. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no escuchó ni siquiera llegar el auto que la trajo, había dejado de leer, aunque tenía el libro abierto y solo pensaba en lo que podía estar ocurriéndole a su hermana, le preocupaba que Paula se viera afectada por la situación que él había provocado. La imagen de Samantha alejó de su cabeza las preocupaciones e instaló en su pecho, esa sensación de felicidad y sosiego que ya formaba parte de sus días desde que ella estaba junto a él, se irguió hasta quedar sentado.

—Hola, regresas antes… pensé que volverías hasta el final del día —pronunció sonriéndole y le extendió la mano.

Aún a contraluz y teniendo él las gafas oscuras puestas, ella se le mostraba hermosa, lucía radiante, como si algo le hubiera ocurrido en su visita a Florencia.

Samantha se acercó sentándose al borde de la silla, buscó sus labios y le dio un beso, de esos suaves y dulces que a él le encantaban, dejó el libro de lado y envolvió con sus manos el delgado y cálido cuello femenino, mientras sus labios seguían el ritmo del beso que era sencillamente exquisito. La había extrañado.

—Terminé temprano, espero que no hayas almorzado aún, traje comida —dijo una vez terminado el beso y se puso de pie.

—No había notado que ya era hora del almuerzo —mencionó levantándose, tomó el libro, y la toalla que reposaba en el espaldar de la tumbona—. Pero eso es trampa, señorita, le tocaba cocinar mañana, no hoy. —Le hizo saber mirándola a través de los anteojos.

—Tómalo como un cambio inesperado de planes —contestó con una sonrisa entusiasta—. Y tengo otro —informó apoyando sus manos en el pecho de él, clavó su mirada ansiosa y emocionada en los espejuelos que cubrían sus ojos.

—¿Otro cambio de planes? Bueno dime… ¿Cuál sería? —La interrogó, sintiéndose muy intrigado.

—En realidad no es un cambio de planes, solo es un adelanto de estos… quiero que vayamos a Varese este fin de semana… hoy es miércoles así que podemos organizarlo todo para salir el viernes temprano, compré algunas cosas que quizás necesitemos… no sé si hacía falta, bueno…

quizás debí consultarte primero —explicó y ahora se sentía dudosa por su manera de proceder.

—Tranquila, Samantha, está bien, me tomas por sorpresa no he preparado nada, quería decirle a mi madre que enviara a alguien para acomodar un poco el lugar… —decía, cuando ella lo detuvo.

—Por mí no hay problema, Alessandro, aquí nos las hemos arreglado bien sin necesidad de personas que nos atiendan, creo que podemos hacerlo allá también… pero igual podemos esperar, es solo una idea, no pensé… seguro vas a querer que tu familia esté presente.

—La verdad, no había pensado en que estuvieran presentes, quería que estuviéramos solos; de lo contrario, no nos dejarían en paz y no podría tenerte como deseo. —Mostró con una sonrisa traviesa—. No se hable más, el viernes temprano salimos para Varese, allá veremos cómo sobrevivimos a las capas de polvo que quizás tenga la casa o a los fantasmas que la habitan.

—¡No seas malo! No empieces a asustarme desde ya, y bueno me graduaré de ama de casa en este viaje de seguir así, mi familia no podrá ni creerlo. —Eso la hacía sentir independiente.

Alessandro le dedicó una sonrisa cómplice y le rodeó la cintura con el brazo, para después darle un beso en la mejilla, sonrió con satisfacción cuando Samantha también pasó el brazo por detrás de su cintura acercándose a él. De ese modo caminaron hasta la casa, él le hizo varias preguntas acerca del libro que leía, pero como siempre Samantha en lugar de despejar sus dudas, le dejaba más sembradas.

Ella calentó los *tortellinis* rellenos que había traído, solo un minuto en el microondas para que quedaran como si los acabara de hacer, y lo mejor de todo era que se había ahorrado la complicada tarea de preparar un platillo como ese. Aunque se mostraba fácil ella sabía perfectamente que no lo era. Mucho menos para alguien que no conocía la diferencia entre las masas que se usaban para los *raviolis*. Antes pensaba que todos se denominaban de la misma manera y que su preparación era la misma y en general así era.

Pero, dentro de esa categoría existía una gran variedad que Samantha no conocía. Alessandro y Tina se los fueron presentando, en exquisitas recetas, ambos eran unos expertos en pastas como italianos que se respetaran, y ella se olvidó de lo mucho que la sémola engordaba y se dejó consentir por ambos. Había aprendido que, dependiendo de la zona de Italia donde los elaboraban, cada uno tenía toques que los diferenciaban de otros, así había llegado a conocer: los *tortellinis*, los *sorrentinos*, los *cansoncellis* y muchos otros.

Alessandro la veía sin poder disimular su sonrisa, encantado que a Samantha le gustara tanto la comida italiana, y que se esmeraba por aprender cada día más. Aunque no se animaba a preparar alguna receta, solo las ensaladas, pero por lo menos, siempre mostraba deseos de ayudarlo y aprender. Le gustaba sentir su mirada sobre él mientras cocinaba, le recordaba a su madre cuando sorprendía a su padre y a él en la cocina, y se instaba para verlos trabajar juntos.

Ella no le había dicho nada, pero por la manera en la que se manejaba en la cocina, él había descubierto que apenas estaba aprendiendo, era muy cuidadosa con los chuchillos, le tenía pavor al aceite caliente y usaba guantes hasta para sacar las cosas del refrigerador. Claro no de manera consciente, y más de una vez confundió el cilantro con el perejil, aunque eso pasaba muy a menudo; él incluso llegó a confundirlos con el celeri cuando empezó a cocinar.

Recordó sonriendo mientras abría la botella de vino tinto que había escogido de la cava, sirvió dos copas y después se sentó frente al plato de tortellinis, bañados por una salsa de cuatro quesos y espinaca, que lucían realmente provocativos y cuyo aroma despertó su apetito. Era evidente que Samantha esperaba su aprobación y él no la hizo esperar, tomó con el tenedor dos y se los llevó a la boca, degustándolos con lentitud para poder apreciar mejor el sabor.

—Están muy buenos… ¿Dónde los compraste? —preguntó tomando dos más y repitiendo la

misma acción.

—En un restaurante pequeño, es algo muy casero y familiar, entré para tomar algo… —Estuvo a punto de decirle que después que le sacaron la sangre, pero se interrumpió de golpe. Había decidido contarle el motivo de su visita a Florencia, pero no en ese momento, sorbió un trago de vino y continuó—: Estaba haciendo bastante calor en la ciudad y el tráfico estaba más pesado de lo habitual, vi a una señora mayor preparando la masa, le pregunté al hombre que me atendía si los tendrían para el almuerzo, dijo que sí, y los encargué, pasé por ellos en el taxi antes de venir hacia acá y casi hago que el pobre hombre se convirtiera en un piloto de Fórmula Uno, para llegar aquí sin que perdiera consistencia —explicó con una sonrisa.

—Pues el chofer cumplió con su objetivo, están como recién salidos de la cocina en Florencia, muchas veces la cocina casera es mejor que la gourmet que sirven en los grandes restaurantes. El secreto está en el esmero y el cariño que le ponen, eso dice mi padre y él nunca se equivoca —comentó disfrutando del plato.

—He descubierto quien es tu héroe. —Samantha le entregó una sonrisa, después de pasar un bocado con un trago de vino.

—De grande quiero ser como él —acotó Alessandro divertido.

Ella sonrió ante su ocurrencia, le encantaba cuando se mostraba así, tan hermoso y cautivador, pícaro y espontáneo como un niño. Continuaron con la comida mientras hablaban de lo que habían hecho durante las horas que pasaron lejos y de los preparativos que debían realizar para su viaje a Varese. Alessandro dijo que lo más apropiado sería viajar en auto, puesto que en el tren resultaba muy arriesgado para él, alguien podría reconocerlo y echar a perder sus planes.

∞∞∞

Dos días después se despedían de los conserjes, quienes le dieron un montón de indicaciones y bendiciones, como si se trataran de los padres de ambos; bueno más en el caso de los de Alessandro, pues los de Samantha eran muy prácticos y solo preguntaban si había pagado alguna póliza de seguro, que la cubriera durante el viaje. Decidieron salir muy temprano para evitar el tráfico, el sol apenas despuntaba iluminando lentamente todo el paisaje a su alrededor, y bandadas de aves surcaban el cielo que prometía estar ese día de un azul deslumbrante, libre de nubes de tormenta.

Su paso por la ciudad de Florencia solo tardó unos pocos minutos, el tráfico aún era fluido a esa hora de la mañana. La mayoría de los cafés y tiendas estaban cerrados, solo algunos locales de los que trabajaban veinticuatro horas mantenían sus actividades.

Alessandro se desplazaba con destreza y ni siquiera miraba las vallas que anunciaba la ruta por donde iban, mientras que Samantha no despegaba su mirada de estas cuando las pasaban. Quería memorizar la ruta era una costumbre que tenía desde niña.

—Vamos a recargar combustible antes de tomar la E35 así no lo haremos hasta llegar a Milán. ¿Quieres desayunar Samantha? —preguntó, mientras giraba a la izquierda para salir de la vía principal.

—No tengo hambre aún, pero si tú tienes puedo comprarte algo mientras llenas el tanque —contestó y se volvió para mirarlo.

Se veía muy guapo con lentes de sol, concentrado en el camino y esa forma en que sus manos se deslizaban por el volante; con la misma seguridad y destreza que se veía montando a Misterio o nadando, siempre se veía bien. Samantha suprimió un suspiro y se reprochó por sus

pensamientos, definitivamente cada vez estaba peor, él la tenía completamente cautivada y negarlo era absurdo, pero debía tener un poco más de autocontrol o terminaría poniéndose en evidencia.

—Yo tampoco tengo hambre aún, lo decía por ti, igual podemos comer en algún restaurante de Módena, conozco uno donde preparan los mejores *latte macchiato* que he probado —comentó con una sonrisa, embelesado por lo hermosa que lucía ella esa mañana.

—Perfecto, tú eres mi guia, así que confió en ti —respondió con una sonrisa y le dio un beso en la mejilla.

—Está en las mejores manos, señorita Steinberg —dijo, entregándole un guiño y una sonrisa encantadora.

Siguieron el plan de Alessandro y desayunaron en Módena, a ella le hubiese gustado quedarse un poco más, admirando las bellezas que escondía esa ciudad, que era famosa por albergar las fábricas y los museos de la Ferrari y de Lamborghini. Sin embargo, no contaban con mucho tiempo y más que eso, alguien podía reconocer a Alessandro si iba a alguno de esos lugares, pues él era la imagen de Maserati.

Al fin llegaron a Milán, pero antes de continuar se detuvieron en una estación de servicio y se bajaron para estirar un poco las piernas e ir al baño, pues todavía les quedaba una hora de camino. Ella se antojó de un gelato y fue a comprarlo mientras él llamaba a su madre como hacía a diario. Samantha regresó con dos conos, uno de Stracciatella y Nocciola para ella y otro de Tiramisú con Pistacchio para Alessandro.

—Traje dos sabores porque no podía decirme por uno, pero creo que fue mucho —se justificó para no quedar como una golosa.

—Estoy seguro de que te comerás esas dos bolas en segundos —dijo riendo, pues conocía su debilidad por el gelato—. Y no tengo problemas en que también le des una lamida a las mías —añadió, mirándola con picardía, por el doble sentido de la frase.

—Es una propuesta muy tentadora… probablemente lo haga —respondió con naturalidad, pues había captado el juego de palabras, pero no se escandalizaría como seguramente él esperaba.

—¡Vaya, señorita Steinberg! Cada vez es más osada —dijo riendo.

—¿Osada? No sé porque te lo parece, estamos hablando del gelato ¿no es así? —preguntó, fingiendo inocencia.

—¡Por supuesto, del gelato!... Y justo ahora se me acaba de antojar darle una lamida al tuyo. —Se acercó para tomarlo, pero ella lo quitó.

—Yo primero. —Se puso de puntillas para tomar con sus labios y lengua una gran porción de los dos sabores—. ¡Dios, es delicioso! ¡Me encanta! —expresó con deleite, saboreándolo.

—Vamos al auto, necesito que lleguemos ya a Varese —respondió y la urgencia en su voz era producto de la excitación que la imagen de Samantha saboreando ese gelato, provocó en él.

Ella sonrió, emocionada de haberle ganado uno de esos juegos en los que él era experto; le encantaba ver que también podía seducirlo y hacer que la deseara con locura. Alessandro le abrió la puerta y le dio una gran lamida al gelato de Samantha, guiñándole un ojo y sonriendo; durante todo el trayecto se imaginó arrancándole la ropa en cuanto atravesaran la puerta de la casa de sus padres.

El cambio de clima fue evidente desde que se internaron en la vía que los acercaba al lago, justo donde quedaba la casa de los padres de Alessandro. El lugar era completamente distinto a la Toscana, el solo hecho de estar a orillas de un lago y frente a los imponentes Alpes suizos era un cambio para ambos, además de ser por supuesto el pueblo que inspiró una de las mejores y

más famosas series de Alessandro.

Dejaron el auto en un aparcadero cerca de la plaza principal, pues la entrada a la casa no tenía el espacio suficiente para que un coche pasara y mucho menos donde guardarlo. Las calles se notaban solitarias a pesar de estar cerca del mediodía, el ambiente en general era bastante taciturno, y contrastaba con la belleza que la rodeaba, el cielo tenía un tono azul helado, como él que mostraban los icebergs.

Samantha vislumbró el lago y se quedó sin palabras, era realmente hermoso, sus aguas de un color azul profundo a lo lejos, pero se iban haciendo más claras y rítmicas a medida que se acercaba a la orilla, la suave brisa que acariciaba su piel traía el frío de los Alpes al otro lado. La sensación de felicidad se hacía más grande a cada paso que daba, el paisaje parecía sacado de un cuento de hadas; las casas de piedras, con techos rojos y grandes ventanales blancos, con enredaderas colmadas de flores que cubrían las paredes, el hermoso contraste del verde y salpicado por diminutos puntos blancos, rosados y rojos era un verdadero espectáculo, tanto para la vista como para el olfato.

Sus pies se desplazaban con entusiasmo por las calles de adoquines, mientras subían una pendiente que los acercaba al lago, pasaron por un estrecho callejón enmarcado por altos y frondosos árboles, cuando salieron al otro lado Samantha no podía creer lo que veía. Varias casas enclavadas prácticamente en el acantilado que bordeaba el lago, justo a la orilla de la extensa masa de agua. Sin dudas el paisaje era uno de los más impresionantes que hubiera visto, la sensación de inmensidad que la rodeaba era tan poderosa que la hacía sentir diminuta.

—¡Es bellísimo! —exclamó, dejó caer el bolso de mano que traía y se aproximó al muro de piedra que la separaba del precipicio.

—Samantha. —Alessandro la llamó sin moverse del lugar donde estaba, ese tramo del camino siempre le resultaba muy difícil.

—Alessandro, ven a ver esto, es impresionante… que hermoso es este lugar, me encanta. —Se volvió para mirarlo.

—Lo he visto muchas veces, mejor continuemos la casa está al final. —Movió su cabeza para invitarla a seguir, ni loco se acercaría, sentía miedo nada más de verla a ella inclinarse para mirar hacia abajo.

—No, no lo has hecho una sola vez en tu vida… ven, yo vencí mi miedo a los caballos y tú aún no lo has hecho a las alturas, solo debes llenarte de valor y confiar en mí, no te pasará nada —Le ofreció la mano, pero al ver que negaba con la cabeza, suspiró y regresó.

—Ahora estoy un poco cansado, nos falta llegar a la casa y acomodar una de las habitaciones para pasar la noche, quizás en otro momento, Samantha. —Se excusó y le entregó una sonrisa amable.

—Mírame… vamos a ir a la casa y haremos todo lo que tengamos que hacer, pero debes prometerme que antes de irnos, me acompañarás a ver el paisaje desde ese muro, y no lo harás solo por complacerme, lo harás por ti, ¿entendido? —preguntó mirándolo a los ojos, deseando que él pudiera ver que buscaba ayudarlo, porque lo quería y necesitaba liberarlo de ese miedo, así como él la liberó a ella.

—Lo haremos, te lo prometo —contestó con convicción.

Se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios, agradecido por el interés que mostraba hacia él. y esa ternura que solo le habían entregado, las personas que en verdad lo querían. Samantha disfrutó del roce de labios, con esa ternura que pocas veces había sentido en su vida, suspiró y sonriendo llena de emoción ante las sensaciones que cada vez eran más placenteras, Alessandro la hacía sentir la mujer más hermosa y especial del mundo, y él empezaba a ser lo

mismo para ella.

Si tenía que resumir en una palabra lo que le pareció la casa de los padres de Alessandro esa sería: Un sueño. Justo eso era la gran casona enclavada en el risco, con una estructura rústica por fuera, muy propia de toda la arquitectura del mediterráneo.

Sin embargo, cómoda, hermosa y acogedora por dentro, las paredes pintadas de un impecable blanco daban una sensación de amplitud que le encantó, los techos eran altos, los ventanales casi ocupaban la mitad de las paredes. No podía ver el mobiliaria porque estaba cubiertos para evitar que el polvo los cubriera, y solo se podía escuchar el suave sonido de las agujas de un reloj que debía estar bajo alguna de las telas.

—Bienvenida a la casa Bonanzierri, es un placer tenerte aquí, Samantha —expresó Alessandro con una gran sonrisa, se paró tras ella y le rodeó la cintura con los brazos.

—Es preciosa, muchas gracias por traerme… Varese no es para nada un pueblo fantasma; en realidad es hermoso, me recuerda mucho a Chicago, por el lago y las montañas cubiertas de nieve —mencionó girando su torso para verlo a los ojos.

—Varese es un pueblo fantasma, ¿acaso viste a alguien mientras veníamos para acá? —preguntó, con un brillo de malicia en sus ojos.

—No, pero supongo que debe haber familias, no intentes asustarme desde ya porque pierdes tu tiempo, además se supone que los lugares «embrujados» eran la capilla y el hotel en la cima del monte, no vi ninguno de los dos de camino aquí.

—El pueblo tiene pocos habitantes y en esta zona solo viven cuatro familias, de las siete casas que viste cuando llegamos, tres están desocupadas la mayoría del tiempo, fueron compradas solo para vacacionar, igual te llevaré a recorrer tanto la capilla como el hotel, no te vas a escapar —dijo sonriendo, le acarició la mejilla con los labios, feliz por ver la valentía de su hermosa compañera de aventuras.

—Pues no me da miedo, vine aquí con toda la intención de ver cada uno de los escenarios, e incluso voy a encender la radio después de la medianoche a ver si tengo suerte y escucho algo.

Alessandro le apretó la punta de la nariz con un par de dedos y sonrió de manera traviesa al verla pintarse de rojo, después le dio un suave beso para aliviar la marca y ella terminó ofreciéndole sus labios, él no dudo un segundo en tomarlos a su antojo. Le gustaba ese lado curioso y travieso de Samantha, ella era grandiosa en todos los aspectos, cada día sentía que la admiraba y la quería más.

—Vamos, te enseñaré el resto de la casa —esbozó cuando el beso terminó, la tomó de la mano y empezaron por la planta superior.

Cada rincón de lugar le resultaba más hermoso que el anterior, todos tenían un toque que los hacía especiales, las habitaciones eran amplias, ventiladas, con una decoración que seguía la línea general de la casa. La madre de Alessandro tenía un gusto exquisito para la decoración, pensó Samantha mientras subían a lo que parecía ser un ático, pues era la última puerta de la segunda planta.

No estaba preparada para lo que encontró en ese lugar, su mirada se perdió en el paisaje ante sus ojos, mientras sus pasos trémulos se desplazaban por el piso de madera, su corazón latía de manera acompasada, buscaba en su cabeza las palabras para definir lo que veía, pero no lograba dar con ellas, decir que era bello, era quedarse corta.

—Me encanta —susurró apoyando su mano en el cristal, y se volvió para mirar a Alessandro con una gran sonrisa.

Él asintió a unos pasos tras ella, sabía que le gustaría, el lugar, era el más impresionante y hermoso de toda la casa, y si él no sufriera de ese temor a las alturas seguramente lo disfrutaría

mucho, por lo general lo hacía en las noches, cuando la oscuridad evitaba que fuera consciente de lo alto que se encontraba y las estrellas eran las protagonistas. Solo que esa noche también se le unirían ellos dos.

Capítulo 46

Samantha se miraba en el espejo de cuerpo entero, mientras deslizaba sus manos por la suavidad de la seda del vestido, cuya caída se amoldaba perfectamente a sus curvas. El diseño era tal vez muy elegante para una cena dentro de la casa; sin embargo, era un vestido sencillo, se sentía muy cómoda y ya no tenía más opciones. Dio media vuelta para ver como la seda marcaba la curva de su trasero.

Toda ella parecía tener un resplandor que salía de su interior y que no había apreciado tiempo atrás. Suspiró sintiéndose feliz por la chica reflejada en el espejo, le guiñó un ojo después de aplicarse una generosa capa de brillo rojo cereza en los labios, que los transformó de inmediato en tentadores y voluptuosos, también le lanzó un beso coqueto.

—Alessandro no se espera ni en sueños algo así, ojalá y no vaya a pensar que me he vuelto loca o que estoy dándole un sentido romántico a esta velada… —dijo y observó su reflejo, su semblante se tornó serio y dejó escapar un suspiro—. Tal vez sí deseo que sea algo romántico y especial, pero no porque esto que siento por él sea amor… me gusta y siento que lo quiero, tal vez igual a como quise a Charles. —Se detuvo negando con la cabeza—. No, a él lo quiero más, pero es solo eso… Samantha no estás enamorada de Alessandro Bonanzierri. —Se aseguró a sí misma, mirándose a los ojos a través del espejo.

Se alejó escapando de su mirada, caminó hasta la gran cama cubierta por sábanas blancas, sintió su cuerpo temblar ante la imagen que le mostró su cabeza; Alessandro y ella entregándose sin reservas en ese espacio. Las ansias de inmediato se instalaron en su interior y tuvo que cerrar los ojos e inhalar profundo para controlarse.

Salió de la habitación que habían acondicionado para su estadía y mientras caminaba por el pasillo recordó las peripecias que tuvieron que hacer para dejar parte de la casa habitable. Sonrió y negó con la cabeza ante la ola de recuerdos que la embargaron, él más divertido y bochornoso de todos, la alergia que habían ganado al intentar deshacerse de las capas de polvo que cubrían los muebles. Estuvieron estornudando casi por media hora, con los ojos llorosos, la nariz y la garganta irritada, hasta que él encontró un botiquín en uno de los baños y se tomaron unos antialérgicos.

Se plantearon la idea de buscar a alguien para que organizara todo mejor, pero al ver que ya llevaban más de la mitad del trabajo se animaron a continuar, sobre todo ella que deseaba sentirse útil y ocuparse en algo, para evitar caer en la tentación de tener sexo con él. Había decidido que sería esa noche y que le propondría a Alessandro no usar preservativo, lo había analizado muy bien en los días que siguieron a la consulta que tuvo en Florencia y ya no tenía dudas.

Alessandro estaba en la cocina terminando la cena de esa noche, la terraza había quedado acondicionada esa tarde, así que solo organizó algunos detalles para que el ambiente fuera más acogedor. Sin embargo, más de una vez se detuvo cuestionándose la ansiedad que lo abrumaba, mientras esperaba por Samantha. Se había mostrado particularmente rara esa tarde, cada vez que él buscaba un acercamiento lo esquivaba, de manera sutil, pero lo hacía. Y cuando se aventuró a sugerirle que se bañaran juntos, sus sospechas fueron confirmadas, pues prácticamente lo obligó a quedarse en la cocina, preparando la comida.

Había dejado casi todo listo antes de subir a prepararse para esa noche, ya tenía planeado lo

que haría así que no le llevó mucho tiempo, igual se esmeró en que fuera especial y agradarla, el simple hecho de estar en ese lugar implicaba un cambio de rutina. Caminaba sumido en sus pensamientos, mientras se masajeaba el cuello con una mano para aligerar la tensión y el cansancio que le había dejado limpiar el lugar; sintió la presencia de Samantha y elevó la mirada para verla.

—¿Dejaste la cena lista o necesitas que te ayude a terminarla? —preguntó ella de manera casual. Se esforzó en controlar su sonrisa, cuando vio la sorpresa reflejada en el rostro de Alessandro.

Él se quedó mudo ante la imagen de Samantha, sus ojos la recorrieron de arriba abajo lentamente, lucía especialmente hermosa esa noche, preciosa, elegante y sensual, justo así veía a su escritora. Una sonrisa espontánea apareció en sus labios y cuando sus ojos se encontraron con los suyos, pudo ver que le estaba ocultando algo, pero no podía esconderlo del todo, pues su sonrisa le revelaba que su apariencia de esa noche, y su afán por mantenerlo alejado, tenía precisamente que ver con todo eso.

—Está… está todo bien, dejé en el horno la ternera, aún no estaba lista, pero lo estará en cuanto baje. ¿Vamos a cenar aquí verdad? —preguntó, pensando que quizás ella había hecho reservaciones en algún restaurante cercano, sin comunicárselo.

—¡Por supuesto! Llevó semanas deseando probar esa receta… solo quise que tuviéramos una ocasión distinta, especial —contestó ocultando sus nervios tras una sonrisa.

—Puedo verlo, luces… hermosa, Samantha… Lo malo es que no creo que haya traído algo, para estar a tu altura esta noche.

—Bueno, yo no diría lo mismo, me parece que acabo de ver sobre la cama uno de tus trajes… creo que ese iría perfecto con la velada. Debes apurarte o nos tocará comer ternera calcinada, yo no sé cuánto tiempo debe estar en el horno —intentó parecer casual.

Sujetó las manos de él a ambos lados para que no pudiera atraparla y le dio un beso, apenas un toque en los labios, ni siquiera tuvo que elevarse pues, las sandalias de tacón alto le ayudaron a alcanzarlo sin mucho esfuerzo, aunque él seguía quedándole alto.

—Estaré contigo en unos minutos —pronunció él, e intentó darle otro beso, pero Samantha alejó el rostro mientras sonreía.

—Si dejo que me beses, en serio cenaremos ternera calcinada, incluso podríamos provocar un incendio en la cocina.

—El incendio lo provocaríamos en la habitación —susurró de manera sensual, y se mordió el labio inferior al ver que ella temblaba por sus palabras, inhaló por la nariz con fuerza retomando su autocontrol y después soltó el aire—. Tienes cinco segundos para escapar de mí y evitar que te meta a la habitación y no te deje salir de allí hasta mañana —agregó con tono realmente amenazador.

Samantha no esperó escuchar la advertencia dos veces, sabía que de quedarse allí no solo él desearía arrastrarla a la habitación, ella misma lo llevaría a esta y le pediría que la hiciera suya hasta que el sol saliera. Caminó con rapidez, pero sus caderas no pudieron evitar derrochar sensualidad gracias a la sutileza con la que la seda se deslizaba.

Alessandro entró a la habitación con rapidez para no perder tiempo, aunque fue más para no ver ese sensual andar de la mujer en el pasillo que lo volvía loco, lo primero que buscó con la mirada fue el traje que Samantha le había dicho que estaba sobre la cama. Era uno de los pocos trajes que había llevado a la Toscana, un diseño que había obtenido gracias a su paso por las pasarelas meses atrás; su afán por abarcarlo todo, lo había llevado a trabajar para dos de los mejores diseñadores de Italia, quienes ahora eran buenos amigos suyos.

Ella se las había arreglado para traerlo y mantenerlo presentable, con que eso era lo que había en el guarda traje y no el fulano abrigo que él le dijo unas diez veces que no le haría falta, pero que ella había insistido en traer. Pensó divertido y sorprendido por el gesto de Samantha, sonreía sintiéndose feliz mientras miraba el conjunto que se encontraba completo, camisa, corbata y un par de zapatos de vestir.

—Quieres tener una ocasión especial, Samantha… Bueno, yo también lo deseo y haré que no olvides esta noche jamás, la grabaré en tu memoria y en tu cuerpo. —Su mirada se posó en la amplia cama y sonrió con sensualidad, mientras el brillo en sus ojos se intensificaba.

Le llevó veinte minutos ducharse, lo hubiera hecho en menos tiempo, pero el largo de su cabello le exigía mayor atención; pensó en buscar un lugar donde cortarlo allí en Varese. Se detuvo ante el espejo para rasurarse, con la agilidad que le habían otorgado años de prácticas y de tener una barba copiosa. Luego buscó el secador y se encargó de su cabello que aún seguía goteando y si no hacía nada con él podía terminar arruinando la camisa que usaría esa noche.

La tarea de vestirse le llevó menos tiempo, con rapidez se enfundó en el exclusivo diseño que había hecho a su medida, se miró en el espejo para hacerse el nudo de la corbata azul cobalto que resaltaba en el blanco impecable de su camisa, sus ojos tenían un tono parecido justo en ese momento, un hermoso e intenso azul que resaltaba gracias al bronceado que había ganado. Buscó el saco y se lo puso mientras estudiaba su reflejo en el espejo, sonrió satisfecho ante el resultado, quería lucir presentable y estar a la altura de Samantha.

—¡Perfecto! Tengamos esa noche especial, señorita Steinberg. —Giró y caminó para salir de la habitación.

∞∞∞

En cuanto Samantha llegó a la cocina revisó que Alessandro no hubiese preparado nada para el postre, casi siempre tomaban gelato, pero aquí no tenían, así que optó por hacer algo ella. Después de diez minutos metía al refrigerador las fresas cubiertas con chocolate, apenas cabía en ella de la emoción, era la segunda vez que las hacía y le habían quedado como toda una experta.

Miró el reloj y casi corrió para hacer lo que le hacía falta, comenzó a buscar en los cajones, donde estaba segura de que había visto unas velas esa tarde, sus manos se movían con rapidez de uno a otro mientras trataba de no darle muchas vueltas a lo que hacía. Al fin dio con lo que buscaba y caminó hasta la terraza, la cena tendría lugar allí pues le había sugerido a Alessandro que lo fuera, y él había pensado exactamente lo mismo, era evidente que le gustaba mucho ese espacio.

Entró y la recibió el esplendoroso cielo colmado de estrellas de Varese, el techo abovedado de cristal le permitía una vista privilegiada del mismo; la oscuridad le había quitado todo el protagonismo al paisaje que rodeaba el lugar. El lago y Los Alpes ni siquiera se vislumbraban por lo cerrado de la noche, pero a cambio de ello, tenía ese cielo que era el más hermoso que hubiera visto, incluso sobre pasaba al de la Toscana. Alessandro había encendido la chimenea y la calidez del fuego inundaba el lugar, creando un ambiente exquisito, y sublime.

—Bueno, Samantha… tú deseas una noche romántica, aquí tienes todo, no puedes pedir nada más —pronunció, poniendo las velas en el centro de la mesa que había ubicado esa tarde para cenar.

Después de quince minutos tenía todo listo, los platos dispuestos en su lugar para ser servidos, la ternera en una fuente de porcelana, reposando en su jugo y las especias que Alessandro había

usado para prepararla, su delicioso aroma la deleitó apenas lo percibió. Como siempre él despertaba su apetito con las deliciosas recetas que hacía; a decir verdad, no solo despertaba ese apetito, sino muchos otros, pensó mientras sonreía, solo le faltaba la botella de vino así que prácticamente corrió para buscarla y dejarle una nota a Alessandro en la cocina.

∞∞∞

Cuando él bajó todo estaba silencio, creía que Samantha lo estaría esperando allí, vio un papel sobre la barra, lo tomó y después de leerlo, sonrió al tiempo que su pecho se llenaba de emoción y expectativa. Ahora más que nunca tenía la certeza de que Samantha tramaba algo. Cuando al fin se detuvo frente a las puertas de la terraza, inhaló profundo antes de girar el pomo y abrir con lentitud.

—Samantha. —La llamó, se llenó de sorpresa ante la escena que presenciaban sus ojos.

El lugar estaba tenuemente iluminado por las llamas en la chimenea, el resplandor de las estrellas que entraba por el techo y el par de velas blancas sobre la mesa. No podía más que admirar lo que Samantha había hecho, pues el detalle le demostraba que ella también deseaba esmerarse en atenderlo a él y hacerlo sentir especial. La buscó con la mirada encontrándola parada de espalda a la pared de cristal al fondo del lugar, lo veía con una hermosa sonrisa.

—Bienvenido —esbozó, con un tono bajo y sensual.

Se acercó con lentitud, su sonrisa no podía ocultar la satisfacción por haberlo sorprendido, justo ahora le parecía mucho más hermosa y seductora. Samantha era ese tipo de mujeres que no podía pasar desapercibidas, y lo tenía completamente cautivo, excitado y ansioso como un adolescente en su primera cita. Esa mujer hacía que su corazón latiera como nunca, incluso notó que contenía el aliento esperando a que ese espacio entre los dos desapareciera y poder tenerla entre sus brazos, pero ella no se acercó lo suficiente para hacerlo, solo le extendió una copa de champagne que llevaba en la mano.

Alessandro una vez más la sorprendía, apenas lo vio entrar en la habitación y todo el entorno cambió; él se veía asombrosamente guapo, elegante y tan sensual, que sintió como su cuerpo entero vibró. No podía apartar su mirada de ese hombre, la tenía completamente hechizada, la atraía hacia él sin ningún esfuerzo, como si fuese una marioneta y todos sus hilos estuvieran en los dedos de Alessandro.

—¿Brindamos? —sugirió ella, acercando su copa a él.

—Por supuesto, ¿deseas hacerlo por algo en especial? —preguntó, con una sonrisa mientras la miraba a los ojos.

—Si digo por nosotros es algo muy trillado. —No quería exponerse de esa manera, sentía que todo lo que había hecho era demasiado.

—Al diablo lo trillado, brindemos por nosotros, dejemos la modestia aparte, señorita Steinberg, no existe nada mejor por lo cual brindar esta noche… Permíteme hacerlo más fácil. Brindo por ti, por lo hermosa que luces y porque esta velada sea todo lo que deseas… y más —dijo, con una sonrisa que llegaba hasta su mirada.

—Porque esta sea una noche inolvidable… para ambos —esbozó Samantha antes de chocar sus copas. Le entregó una de sus mejores sonrisas, sin apartar su mirada de la de él.

Alessandro no pudo resistir los deseos que tenía de besarla, dio un paso hacia ella y le rodeó con el brazo libre la cintura, apoyando su mano en la curva del trasero de Samantha, acercó sus rostros y bebió un trago de champagne, disfrutó de verla suspirar y como sus pupilas se dilataban

al seguir cada uno sus movimientos. Después de eso tomó los labios de un rosado más intenso por el brillo labial y con una suave caricia de su lengua la invitó a abrirlos para él.

Samantha se estremeció ligeramente cuando él rozó sus labios por primera vez, el frío del champagne los había impregnado, y el suave movimiento que hizo con su lengua la derritió. Alessandro podía llevarla al cielo solo con besarla, era tan deliciosa la manera en la que tomaba sus labios, como su lengua entraba y masajeaba la suya, era lento, pero posesivo, suave y excitante. Le acarició la espalda, deleitándose con la suavidad de la tela, pero no se comparaba con acariciar su piel, quiso tenerlo desnudo sobre su cuerpo.

—Me estoy muriendo por tenerte —susurró él, con la voz ronca, su frente apoyada en la de ella y la respiración pesada.

—Tenemos una cena por delante… se enfriará si… —dijo con los ojos cerrados y la respiración agitada como la de él.

—No me importaría comer después… o mañana, pasado… en estos momentos de lo único que estoy hambriento es de ti, de tu piel, de tus labios, de tu sexo… —Ella no lo dejó continuar, posó un par de dedos en sus labios para acallarlo.

—Alessandro, no es justo… no me hagas esto, por favor, se suponía que… que lo tenía todo planeado perfectamente, no me tientes de esta manera —pidió mirándolo a los ojos, luchando por no besarlo.

—Hagámoslo a tu manera, Samantha, hoy me dedicaré a complacerte… vamos a la mesa —mencionó en tono calmado.

—Gracias, te aseguro que no te arrepentirás. —Le acarició el brazo y le dio un beso en la mejilla.

Alessandro tomó la botella de *Barolo Rapet Gold*, cosecha del noventa y siete, era uno de los mejores que tenían sus padres en la cava. Con la agilidad de un maestro lo abrió y se llevó el corcho a la nariz, aspirando el aroma exquisito y embriagante del licor, mientras veía a Samantha alejarse, siguió con la mirada el sutil balanceo de sus caderas, ella dejó las copas de champagne en una mesa donde reposaba una botella de *Veuve Clicquot* en una hielera.

La cena se llevó como Samantha esperaba, disfrutando de la deliciosa comida que él había preparado, del exquisito vino que ella había seleccionado y que, para su felicidad, él había resaltado como el mejor de todos los que tenía su padre en la cava. Que seguramente lo echaría de menos cuando volviera, eso la hizo asustarse un momento, pero la sonrisa traviesa de Alessandro le mostró que solo bromeaba.

No podía ignorar las sensaciones que la recorrían, nunca había tenido una velada como esa, ni siquiera con su novio oficial, y sabía que la diferencia la hacía Alessandro. No solo era el lugar, la cena o el vino, era él, su voz, sus sonrisas y esas miradas que la hacían temblar, era el deseo que bullía en su interior y llevaba su nombre.

Él la miraba extasiado y no solo era todo el entorno que lo rodeaba, era lo que ella le entregaba, sus sonrisas, sus miradas y sus gestos al degustar cada bocado. Hacía mucho que no se sentía completamente relajado, disfrutando junto a una mujer hermosa, inteligente y atractiva, la belleza de Samantha era innegable, pero había algo más en ella que provocaba esa especie de felicidad absoluta, dentro de él.

—Tenemos postre, así que no te levantes —esbozó Samantha anticipándose a él, sin poder controlar sus deseos, acercó sus labios a los de él y le brindó un suave roce—. Regreso en un momento.

Salió haciendo gala de su andar lento y sensual, consciente de la mirada de Alessandro sobre ella, podía sentir como ese magnetismo que tenía la envolvía por completo, pero en cuanto se

sintió fuera del alcance de esta, casi corrió para buscar las fresas que había dejado en la nevera, todo su cuerpo temblaba cuando llegó a la cocina, y nada tenía que ver eso con el ejercicio físico.

Capítulo 47

Alessandro recogió la mesa dejando todo lo más presentable posible, luego se paseó por la habitación, intentando drenar la ansiedad que lo consumía, se sentía nervioso y aunque fuera algo ridículo, no podía evitarlo. Se sentó en el sillón frente a la chimenea y suspiró lentamente, cerró los ojos para intentar calmarse, casi lo consiguió, pero cuando fue consciente de la presencia de Samantha en el salón sus latidos se dispararon de nuevo, se levantó y caminó hacia ella.

—En serio me estás haciendo esperar esta noche, ¿acaso has planeado someterme a más tortura de la que he tenido que soportar durante una semana? —preguntó en tono travieso, le puso una mano en la parte baja de la espalda y la guio hasta el sofá.

—¿Te estoy torturando? —respondió con otra pregunta, desbordando inocencia, pero el brillo malicioso de sus ojos decía lo contrario. Lo hizo sentarse en el sofá y después lo hizo ella sobre sus piernas, tomó una fresa del plato y se la ofreció.

—Muy bonitas —señaló Alessandro con una sonrisa, mientras veía la apetitosa fresa que ella le acercaba a la boca.

—Gracias —respondió, con una sonrisa radiante.

Su mirada se oscureció cuando los labios de Alessandro se abrieron y su lengua se asomó, para recibir la fruta. Él gimió apreciando el dulce y ácido de la fresa, mezclado con la crujiente capa de chocolate oscuro que se deshizo en su boca con rapidez. Escuchó con satisfacción que Samantha también lo hacía y no era precisamente por la fruta, sino por la imagen que él le mostraba, eso hizo que el deseo volviera densa la sangre que corría por sus venas y todo corrió a un solo destino.

—Déjame darte una —le pidió, tomando una del plato.

Repitió la misma acción de Samantha, su mirada seguía cada movimiento que ella hacía, viajaron de esas gemas marrones vedadas por las tupidas pestañas, hasta sus labios y esta vez fue su turno de gemir por el cuadro ante sus ojos. Ella le echó más leña al fuego en su entrepierna, cuando en su afán por no derramar el jugo de la fruta, sus labios y su lengua acariciaron de manera sutil la punta de sus dedos, enviando descargas a todas partes de su cuerpo.

—Mi turno —dijo Samantha con una sonrisa traviesa, sentía que todo el cuerpo le vibraba y eso le encantaba, la hacía sentir viva.

Tomó otra fresa, esta vez cubierta por chocolate blanco, la acercó lentamente hasta los labios de Alessandro y no pudo evitar abrir sus labios imitando el gesto de él; incluso su lengua se asomó cuando la de Alessandro rozó no solo la fruta sino también la punta de sus dedos. Ella inspiró y sus ojos volaron a los azules que la miraban como hechizado, ahogándose en los iris azules como océanos nocturnos, profundos y enigmáticos.

—Quiero otra —susurró Alessandro, con la voz más grave, su corazón parecía una locomotora. Ella se disponía a dársela cuando él negó con la cabeza—. No así… ponla en tu boca, Samantha —agregó mirándola a los ojos, su voz era una suave exigencia y un ruego a la vez.

Ella sintió que su piel se prendía en llamas y algo dentro de su cuerpo se deslizó espeso y húmedo, como si el fuego exterior la estuviera derritiendo. Sin alejar su mirada de la de él, se llevó la fresa a la boca, sosteniendo solo la mitad con sus dientes mientras sus labios se amoldaban perfectamente a la forma de la fruta.

Alessandro llevó una mano hasta el cuello de ella y apoyando sus dedos en la nuca la atrajo hacia él, sus labios se movieron por la fruta sin llegar a usar sus dientes, no quería cortarla, la deseaba entera y de la boca de Samantha. Cuando sus labios se rozaron abrió un poco más los suyos para arropar los de ella y justo en ese momento la fresa bailó en medio de sus leguas, él la tomó a la mitad y la pasó con rapidez, robando la otra mitad del interior de la boca de Samantha.

La urgencia por no perderla ni permitir que ella se alejara de él, hizo que el beso fuera intenso, ardiente y exquisito. La combinación de fruta, chocolate y Samantha era sencillamente extraordinaria, eso que lo hizo gemir y clamar por más, su boca se volvió ávida y voraz sobre la de ella, moviéndose con la maestría del experto en besos que era.

Samantha no pudo mantenerse pasiva ante el arrebato con el que Alessandro la besaba, dejándose llevar por el deseo se montó en él, dejándolo en medio de sus piernas, gimió con fuerza cuando las manos de él se apoyaron en su trasero, haciéndola descender para tenerla más cerca, hasta el punto de que sintiera la dureza de su erección en medio de las capas de telas que los separaban.

—Samantha, me gustas, me gustas demasiado mujer, me traes loco, tus labios, tu cuerpo… quiero todo de ti, cada espacio de piel, cada suspiro, cada gemido —confesó y le mordió ligeramente los labios.

—Tú me tienes igual, me quemas, Alessandro… me encantas, me excitas, solo quiero besarte una y otra vez —susurró, llevada por el deseo y la ansiedad que hacían estragos en su interior.

Él se disponía a ponerse de pie tomándola por la cintura para llevarla a la habitación, seguirían con ese excitante preámbulo en la cama; la haría disfrutar hasta que terminara suplicándole que la hiciera suya. Iría lento como adivinaba deseaba, tomándose su tiempo, después de todo tenía la noche entera para deleitarse con ella hasta que el cansancio lo rindiera. Llevó su boca a la de Samantha para darle un beso más antes de levantarse, pero ella apenas le permitió prolongarlo, llevó los labios hasta su oído.

—Hagámoslo aquí… me encanta este lugar, vamos a quedarnos aquí, Alessandro —pidió, besándole el cuello.

—Bien, será aquí, preciosa, será donde desees… pero debo ir hasta la habitación, no traje preservativos —decía cuando ella lo detuvo, mostrando una sonrisa hermosa y enigmática.

—No los necesitaremos esta noche... yo quiero… Alessandro, quiero sentirte sin nada entre nosotros —esbozó con un hilo de voz.

Él se quedó en silencio, las palabras habían entrado por sus oídos, pero la conmoción de la sorpresa apenas lo dejaba procesarlas, ni siquiera creía haber escuchado bien. Samantha estaba rompiendo su regla de oro en cuanto al sexo, según le había contado jamás había estado con un hombre sin usar condón y ahora estaba allí, dispuesta a hacerlo con él, mirándolo y temblando como si fuera su primera vez, el latido de su corazón era un zumbido.

—Samantha… Yo… ¡Demonios! siempre he sido tan elocuente y justo ahora no encuentro las palabras —dijo casi con desesperación y le tomó el rostro entre las manos—. ¿Es seguro? Es decir… tú no te estabas cuidando, sé que existe un método relacionado con el periodo de las mujeres… pero… ¿Es en verdad tan eficaz como para no usar protección? —cuestionó, deseando que ella le dijera que sí.

—No hay de qué preocuparse, Alessandro… Viajé a Florencia porque había concretado una cita médica, me hice unos análisis de rutina y me puse una inyección —explicó mirándolo a los ojos, sencillamente porque no podía escapar de la mirada azul, tenía una mezcla de preocupación, deseo y ternura que reforzó su decisión.

—¿Confías en mí, para entrarte de esta manera, Samantha? ¿Para poner tu cuerpo en mis

manos así? —preguntó, sintiendo su corazón oprimido, y un nudo en la garganta que apenas le dejó formular la pregunta, mientras su mirada seguía en la miel de ella.

—Sí. —Fue la respuesta de Samantha, simple y llana, no tenía nada más que agregar, lo hacía y no temía demostrárselo.

Alessandro tuvo que luchar esta vez contra la oleada de lágrimas que le subieron por la garganta, algo dentro su pecho estalló con fuerza y la felicidad recorrió cada fibra de su ser, pegó su frente a la de Samantha y las palabras se le arremolinaron en la garganta, no podía hablar, apenas conseguía respirar. Ella no sabía lo que significaba para él que le tuviera tanta confianza, que lo hiciera de esa manera.

La pasión fue remplazada por un sentimiento mucho más poderoso y profundo, uno que le inflamó el pecho casi hasta hacerlo quebrar en pedazos y por un instante ese rayo del que hablaba su padre parecía haberlo impactado. Sintió un miedo que nacía en el centro de su estómago, tembló y quiso escapar de la mirada de Samantha, pero, aunque luchara no podía hacerlo, ella lo tenía atrapado.

—Alessandro… yo no quiero que te sientas comprometido de ningún modo… fue solo una idea igual podemos… —dijo sintiéndose confundida por su silencio, también por las emociones que giraban dentro de su pecho, sentía como sus ojos se llenaban de lágrimas.

«Esto no tenía que ser así, no debía salir así. ¿Por qué no dices nada, Alessandro? ¡Háblame! Dime si hice algo mal, dime lo que sea, pero por favor hazlo, mírame.»

Pensaba Samantha, mientras sentía que todas sus emociones pendían de un hilo y en cuanto se rompiera no tendría las fuerzas para controlar las lágrimas que nadaban en sus ojos, sentía su corazón latir tan pesadamente que le dolía el pecho. Creía que lo había arruinado todo, y aunque no comprendía la razón, ni la actitud de Alessandro, era mejor hacer algo antes de terminar más expuesta de lo que ya estaba, se disponía a alejarse sintiéndose dolida cuando él la mantuvo allí ejerciendo presión sobre sus caderas.

—Te quiero así… te quiero toda mía, Samantha, y es verdad que me siento abrumado y que tu propuesta me sorprendió, ni siquiera sé cómo explicar lo que siento… No te imaginas cuanto valoro que confíes en mí de este modo, yo… Solo sé que tú me haces tan feliz, que tienes el poder de iluminar mi mundo y no hay nada que desee más en este momento que hacerte mía de todas las formas posibles, yo también deseo sentirte sin nada que nos separe. —Sentía el corazón latir con una emoción nueva y maravillosa.

—Alessandro… —Ella suspiró, nerviosa—. Yo jamás he sido buena para expresar lo que siento… me resulta muy difícil, y ahora solo puedo decir que también te deseo… y tampoco sé cómo definir todas estas sensaciones que llevo dentro, pero me gusta mucho, me gustas tú y lo único que deseo es vivirlo… solo eso —confesó, con la mirada brillante por las lágrimas que estaban a punto de desbordarla.

—Entonces, hagámoslo, vamos a vivir esto, preciosa.

Alessandro la abrazó y la besó con suavidad, con una ternura que nacía desde lo más profundo de su ser, algo en él cambió. Un nuevo sentimiento se había instalado en su interior y aunque jamás le había temido a lo desconocido, eso lo hacía temblar, pero al mismo tiempo lo invitaba a seguir viviéndolo y descubrirlo. Besó a Samantha con suavidad, con una dulzura que no le había entregado a ninguna otra mujer, que ni siquiera sabía que poseía.

Todas las dudas y los miedos de Samantha se evaporaban como por arte de magia, tan solo un beso de Alessandro podía llenarla de seguridad, y mucho más uno tan hermoso como ese que le daba, no lo había sentido así antes, y si era sincera no había sentido que otro hombre la besara de esa manera, con tanta ternura y deseo a la vez.

Él terminó el beso con suaves y lentos toques de labios, llevó sus manos hasta la cintura de Samantha y la instó a ponerse de pie, regalándole una de sus mejores sonrisas cuando vio el desconcierto reflejado en su rostro. Se puso de pie dejándola allí y caminó hasta donde estaba la consola con su iPod, lo había dejado allí en la tarde, rápidamente buscó una lista de reproducción y la activó.

—Ven —pidió, le extendió la mano y se acercó a ella.

—¿A dónde vamos? —preguntó y se sintió estúpida, era evidente lo que quería, pero aun sus pensamientos no estaban coordinados.

—Quiero bailar contigo, la noche apenas empieza y tenemos todo el tiempo para nosotros dos, no cambiaría por nada la oportunidad de sentirse así de nuevo, claro a menos que sea para hacerte mía, lo que deseo con locura, pero me pediste una noche especial y estoy dispuesto a dártela —respondió, sonriendo al ver la sorpresa reflejada en la mirada ámbar, envolvió la delgada cintura con su brazo.

Alessandro nunca había actuado así, el sexo siempre era lo primero, eso del romance o de un preámbulo como ese sencillamente no existía. Le gustaba seducir a sus parejas en una cama, teniéndolas desnudas para su goce, consciente que podía tomarla de un momento a otro. Su instinto de hombre le pedía ir a lo que iba, no se trataba de ser básico como muchas mujeres pensaban, todos los hombres eran iguales y el que dijera lo contrario era un miserable mentiroso o estaba estúpidamente enamorado; ese no era su caso, obviamente.

Había admitido que quería a Samantha; sobre todo, que la deseaba, justo en el deseo se basaba su relación, la quería suya y si era cuanto antes mejor. Sin embargo, algo que aún no comprendía lo arrimaba a que todo fuera distinto, y de cierto modo se sentía orgulloso de poder mantener las riendas de la situación y demostrarle a ella que era más que un hombre desesperado por sexo.

—Bailas bien… claro que eso no me extraña, haces muchas cosas bien, Alessandro —lo miró a los ojos mientras le acariciaba el hombro.

—Gracias por el cumplido —mencionó mirándola a los ojos, la letra de la canción dio inicio y él comenzó a seguirla en su mente.

No era su versión favorita, nadie la cantaba mejor que *Ray Charles*, pero debía reconocer que al menos *Michael Bublé* intentaba trasmitir el mismo sentimiento que poseía *A song for you*.

Samantha se sentía flotar entre los brazos de Alessandro, él la guiaba con tanta facilidad, el ambiente cálido e íntimo del lugar y las suaves notas de la canción, creaban un cuadro mucho mejor de lo que hubiera imaginado. Ella tenía preparada una lista de canciones, pero sin duda, esa que ahora sonaba era maravillosa, suspiró y apoyó su mejilla en el pecho de Alessandro, creando un abrazo más cercano. Nada la preparó para lo que sintió cuando él comenzó a susurrar la canción para ella, acompañando sus palabras por suaves caricias que se deslizaban por su cintura y la hacían estremecer.

I love you in a place where there's no space or time
I love you for my life, 'cause you're a friend of mine
And when my life is over, remember when we were together
We were alone, and I was singin' my song for you.

Alessandro le dedicó una cálida sonrisa a Samantha cuando ella elevó el rostro y lo miró casi con devoción, sentía su corazón latir con fuerza, esa canción siempre le había gustado, desde la primera vez que le escuchó a su tío cantarla, pero nunca había encontrado a quien dedicarla, no hasta esa noche.

—Es tan hermosa, gracias, Alessandro. —Samantha se sintió emocionada, casi hasta las

lágrimas, la estrofa que él le dedicara hizo que su corazón latiera lleno de felicidad.

—No tengo la voz del canadiense, ni mucho menos la de Ray, pero hago mi mejor esfuerzo, me alegra que te haya gustado —mencionó sintiéndose de pronto tímido ante el halago.

—Me ha encantado y estoy comenzando a darle un sentido distinto a esta velada —indicó con una sonrisa.

—¿Sí? ¿Y cuál sería ese si se puede saber? —preguntó, guiado por la curiosidad, mientras *Put your head on my shoulder* daba inicio.

Samantha sonrió con emoción, se mordió el labio inferior para no mostrarse tan entusiasmada, aunque era imposible ocultar lo que estaba sintiendo, y se encontró cuestionándose si debía hacerlo, nunca se había sentido tan libre para expresar sus emociones y sus sentimientos, pero quizás más adelante no tendría la oportunidad de hacerlo.

Suspiró lentamente y recorrió con la mirada el rostro de Alessandro, disfrutó de la intensidad de su mirada y la perfección que su semblante le entregaba, él era tan apuesto y la tenía completamente rendida, le acarició el pecho y habló de nuevo.

—Inolvidable… podría ser, pero aún me quedan dudas sobre ello ¿qué me dices, Alessandro? —preguntó con su mirada clavada en los ojos azules que le sonreía—. ¿Cree que puede hacerlo, señor Bonanzierri? ¿Puede darme una noche que no olvide jamás? —Lo retó, sintiendo que un deseo intenso y ardiente recorría sus venas y la hacía temblar desde adentro.

—Quiere poner el banderín muy alto… ¿No es así, señora escritora? —inquirió con una sonrisa ladeada y deslizó su mano por el hombro de Samantha, hasta llegar al cuello donde la apoyó—. Yo te ofrezco algo mejor, te daré una noche como nunca antes hayas tenido… y como nunca tendrás después de este día —dijo con convicción, su deseo y su orgullo masculino lo obligaban a ello.

Ella sintió que se perdía en ese hermoso par de iris azules que tenían un brillo especial, que la hechizaba, que la atraía hasta dejarla sin escapatoria, se vio queriendo quedarse allí para siempre; sin proponérselo se dejó llevar por la música y apoyó su cabeza en el hombro de Alessandro. Cerró los ojos y suspiró al tiempo que lo abrazaba, deseando con todo su corazón que ese momento fuera eterno, que su vida entera se resumiera allí.

Los sentimientos en Alessandro no estaban muy lejos de los de Samantha, por primera vez en su vida quería más de una mujer que solo su cuerpo, quería su compañía, sus gestos, sus sonrisas, sus miradas, quería tenerla junto a él. Desde que ella llegó las cosas habían cambiado en su vida y quizás eso le había abierto una puerta hacia su interior que ninguna otra mujer encontró, ella había llegado no solo para ser su amante, sino también su amiga.

Debía admitir que el sexo era maravilloso, incluso más intenso de lo que había experimentado antes, disfrutaba de ella en la cama, pero también lo hacía fuera de esta. Mientras charlaba o simplemente compartían en silencio, le gustaba escucharla hablar sobre sus proyectos, contarle los suyos, compartir secretos; sentir que alguien estaba allí para él y que lo aceptaba por quien era, no tenía que fingir para despertar interés, el que ella le tenía era genuino y era suyo.

De nuevo la música los envolvía en un ritmo sensual, más movido y atrayente, que los llevó a sonreír, ambos conocían la canción y no se limitaron en seguirla al compás de cada uno de los intérpretes. Alessandro hacía las partes de Michael y Samantha se desenvolvía con destreza en las de Nelly.

—Si hubiera traído el saxo tocaría esta pieza para ti —le hizo saber deslizando sus manos por ambos costados de Samantha, disfrutando de la suavidad de la seda sobre su piel.

—Lo harás cuando regresemos, quiero escucharte hacerlo —pidió entusiasmada y llevó sus manos a la nuca de él.

El deseo que corría por su cuerpo cada vez era más intenso y urgente, el calor que crecía en su interior bien podía compararse con ese que emanaba la chimenea, sus ansias se acumulaban a cada segundo, había creado el momento perfecto y lo aprovecharía.

I can't wait a moment more
Tell me quando quando quando
Say it's me that you adore
And then darling tell me when.

Ambos sintieron que con esa última estrofa habían dicho todo lo que necesitaban para entregarse como tanto habían deseado, sus miradas reflejaban la pasión y el anhelo, sus bocas estaban desesperadas por unirse y sus cuerpos clamaban por ser uno solo.

Fue Samantha la primera en ceder, sabía que él le había entregado las riendas de esa noche y que si había decidido esperar había sido solo para complacerla y darle lo que deseaba, bueno justo ahora todas sus ansias llevaban un nombre: Alessandro.

—Hazme el amor… —le pidió en un susurro, mirándolo a los ojos, sintiendo su corazón latir desbocado.

Era la primera vez que esas palabras salían de sus labios, siempre había sido una mujer muy práctica, de las que solía llamar a las cosas por su nombre y nada más, sin suavizarlas, ni exaltarlas. Pero esa noche era distinta, quería que lo fuera por completo y lo que le estaba pidiendo a Alessandro era precisamente eso, no quería solo sexo, deseaba que la tratara como si en verdad la adorase, como si ella inspirase mucho más que deseo en él, quería sentirse amada.

Capítulo 48

Pasión, locura, deseo, ansiedad. Cada una se volvió parte de la vorágine que se apoderó de Alessandro cuando escuchó la petición de Samantha, su cuerpo entero vibró ante la sola idea de tenerla al fin como tanto había deseado, y lo colmó una emoción muy parecida a aquella que experimentó la primera que vez que la tuvo entre sus brazos, solo que ahora era mucho más intensa, pues ese encuentro traía consigo un significado distinto, complejo y a la vez maravilloso.

Deslizó sus manos por la cintura de Samantha hasta apoyarlas en la curva de su trasero, estudiando sus reacciones y disfrutando de ese anhelo que oscurecía sus labios y dilataba sus pupilas, con lentitud la pegó a él y acercó sus labios. El deseo le exigía tomarla en ese instante y calmar la ansiedad que lo destrozaba, hundirse en ella hasta que desapareciera el dolor por la tortura que estaba sufriendo su miembro, pero su ego deseaba un poco más de esa Samantha suplicante.

—Pídemelo de nuevo… —susurró, con sus labios sobre los de ella, sintió el temblor que los barrió y su corazón se desbocó, nunca había disfrutado tanto de tener a una mujer así.

—Hazme tuya… bésame, acarícíame, quiero sentirte, quiero que seas mío… hazme el amor, Alessandro.

El corazón se le iba a salir del pecho y todo en ella temblaba, lo deseaba como a nada. Llevó sus manos hasta la chaqueta y se la quitó; apenas escuchó el golpe de la tela cuando cayó pesadamente en la alfombra, deslizó sus manos por el pecho.

Él no respondió con palabras, prefirió hacerlo con actos, como ese beso contundente que atrapó los labios de Samantha, haciéndolos gemir a ambos, su lengua encontró cabida de inmediato en la cálida humedad de la boca femenina, deslizándose con fuerza y posesión, apoderándose, reclamándola. Sus manos ejercieron más presión sobre el par de glúteos redondos y perfectos de Samantha, que gimió cuando clavó sus dedos y se inclinó para hacerla consciente de la potente erección que pedía a gritos hundirse en ella.

Se separaron para tomar aire y Samantha tenía el rostro arrebolado, la respiración agitada, incluso se sentía mareada ante la falta de oxígeno, sus manos estaban aferradas a la nuca de Alessandro, no se extrañaría si le había dejado marcas por la presión que ejerció, su cuerpo temblaba en medio de ese mar de sensaciones.

—No tienes ni idea de cuánto te deseo —pronunció Alessandro, contra la piel blanca y suave de la garganta femenina, dejando caer besos húmedos y lentos, vibrando junto con ella.

—Demuéstramelo… hazme sentirlo —pidió gimiendo, los besos de él enviaban descargas a todo su cuerpo, sentía las rodillas débiles.

Samantha respiró profundamente para calmarse, necesitaba hacerlo o terminaría desmayándose; enredó sus dedos en el cabello castaño y expuso más su cuello para que él tuviera total libertad. Sentía que el fuego en su interior crecía a cada segundo y su piel era la muestra fehaciente de ello, sentía como si tuviera fiebre, incluso su aliento era más tibio y su respiración afanosa.

Él llevó sus manos hasta el cierre del vestido y con suavidad comenzó a deslizarlo hasta que la prenda abandonó el cuerpo de Samantha para quedar hecho un nido de tela a sus pies. Escuchó que ella liberaba un suspiro y fue como si todas sus defensas se derrumbasen en ese instante, tomó el rostro de Samantha entre sus manos y se deleitó besándola, sintiéndola temblar y

acompañarlo en el baile de sus lenguas con la misma entrega que él le brindaba.

Separó sus labios con delicados y húmedos toques, mientras sus manos viajaban a los senos de Samantha, se apoderó de ellos con la experiencia de haberlos tocado antes y conocerlos muy bien. Primero por completo y luego se dedicó a darle toda su atención a los pezones, los rozó con sus pulgares hasta hacerlos erguirse. Descendió hasta quedar a la altura de ellos para darle a su boca la libertad de tomarlos a su antojo, lamiendo primero, después los succionó y con suavidad cerró sus labios en la tensa cima, su mirada se perdió en la punta hinchada y roja, pasó su lengua una vez más y la sintió vibrar.

Samantha solo conseguía gemir, se había olvidado hasta de pensar, su rostro elevado y sus ojos cerrados eran la mayor prueba de su rendición absoluta, sus dedos crispados se aferraban a los hombros de Alessandro mientras sentía que la humedad era cada vez mayor y que sus piernas no tardarían en fallarle. Los temblores que la recorrían cada vez que él tomaba sus pezones con la boca, terminarían arrastrándola a la alfombra bajo sus pies. Sintió las manos de él deslizarse por sus piernas hasta llegar a sus sandalias, mientras la lengua húmeda y pesada iba trazando un camino por su estómago, en dirección a su vientre que no paraba de temblar.

—No puedo más… —Dejó escapar esas palabras y un gemido.

—Sí, puedes con esto y con mucho más, Samantha… vas a poder con todo lo que estoy dispuesto a darte —aseguró, mientras la despojaba de los zapatos, podía sentir el temblor y la debilidad en las piernas de Samantha, pero él estaba allí para recibirla.

Deslizó sus labios por el borde de la prenda íntima, le gustaba mucho la colección de ropa interior de Samantha, todas eran muy femeninas y sugerentes, incluso aquellas de algodón en tonos claros e inocentes, pero precisamente esa que llevaba era la que él tomó aquella vez que estuvo en su habitación.

No es necesario decir lo contento que se sintió en cuanto la vio, sabía que le quedaría perfecta a su escritora y no se equivocó, se ajustaba como si hubiese sido diseñada únicamente para su cuerpo. Sus manos completaron la tarea de despojarla de los zapatos, los hizo a un lado y se puso de rodillas, mientras sus dedos viajaban por la parte posterior de los torneados muslos, sintiendo como la piel vibraba y se erizaba ante su roce.

Deslizó sus dedos por la seda y los encajes que cubrían ese espacio donde deseaba ahogarse. Apartó un poco las piernas de Samantha, para acceder desde atrás a esos labios que también se moría por besar. Sintió la humedad que había mojado la tela y su miembro palpitó ansioso, hundió la nariz en la seda que aún la cubría y respiró profundamente, embriagándose de ese olor a excitación, a placer, a mujer.

Samantha sintió su mundo descolocarse, todo a su alrededor comenzó a girar y estaba segura de que terminaría perdiendo la cabeza. La respiración caliente y pesada de Alessandro, justo sobre su pubis la hizo delirar, esa manera de tocarla, de seducirla, de respirarla. Gimió cuando él hizo a un lado la tela de su ropa interior y deslizó un dedo entre sus pliegues húmedos, hinchados y palpitantes, esos mismos que se contrajeron encerrándolo, suplicando por tener algo suyo dentro.

Él se aferró como pudo a la cordura y movió su dedo en el interior de Samantha, maravillado y excitado ante la presión que ella ejercía, justo por eso le gustaba tanto tocarla así. Esas contracciones eran increíbles, y eran una de las cosas que más disfrutaba cuando se encontraba dentro de ella, ya fuese con su pene, sus dedos o su lengua, Samantha siempre se dilataba y presionaba así. Su lengua no deseaba seguir esperando, su boca estaba quizás tan húmeda como la vagina de ella, sacó el dedo de su interior y no se negó el placer de saborearlo, la pequeña prueba lo dejó deseando más.

—Alessandro… por favor deja que me acueste en la alfombra —esbozó con la respiración agitada. Sus senos subían y bajaban al compás de esta, llevó la mano a su barbilla para que la mirara a los ojos y viera en ellos la súplica—. Mis piernas no dan para más, puedo desplomarme en cualquier momento y si comienzas a besarme así, lo haré aún más rápido, por favor… —Su voz sonó ronca por el deseo que hacía espirales en su cuerpo. Sentía que todo en ella era denso y caliente, nunca había experimentado algo tan intenso.

—Samantha… si supieras lo que causas en mí cuando te muestras así, eres tan hermosa y sensual, me encanta verte sonrojada. Una vez dijiste que me gustaba hacerte suplicar ¡Por los cielos que sí! Me gusta hacerlo porque tu rendición es lo más grandioso que me ha pasado en la vida. Ven aquí… ven, preciosa —pronunció, con la voz grave, pesada, lenta, como si le costara un mundo hablar.

La atrajo a su cuerpo tomándola por la cintura, haciéndola quedar de rodillas sobre la alfombra como estaba él, sus labios aplastaron los de Samantha en un beso ardoroso, profundo, desesperado. Sus manos se encargaron de mantenerla quieta mientras él movía su pelvis contra la de ella, buscando alivio en el roce para su erección, que literalmente lloraba y humedecía su ropa interior con líquido preseminal.

Con manos temblorosas Samantha comenzó a sacar la camisa del pantalón que llevaba Alessandro y sin perder tiempo sus dedos se encargaron de ir deshojando los botones. Cuando llegó hasta la corbata tuvo que detenerse sintiéndose frustrada, gimió pesadamente ante el obstáculo, pero no pensó en darse por vencida.

—¡Demonios! nunca he quitado una corbata, Alessandro, no sé cómo hacerlo y estoy tan desesperada que puedo terminar ahorcándote —confesó, en medio de besos.

—¿Qué tipos de hombres eran tus examantes? ¿Unos inadaptados? ¿Unos perdedores que no sabían cómo llevar un traje? —preguntó, también se sentía urgido, pero no pudo evitar hacer el comentario para rebajar a esos imbéciles que estuvieron antes que él.

—Un bohemio y un deportista, y ni se te ocurra hablar de ellos en este momento… solo ayúdame a quitarte la desgraciada corbata —contestó, intentaba deshacer el nudo en vano, no conseguirlo aumentaba su ansiedad.

Él se sorprendió ante el arranque de Samantha, una vez más la sofisticada señorita rompía el molde y mostraba a la mujer que a él le encantaba. Con una sonrisa llevó sus dedos hasta el nudo y lo aflojó un poco de la manera correcta, pues entre más jalaba ella, más la apretaba.

—Bueno hoy aprenderás a desvestir a un hombre decente y elegante —dijo con arrogancia, ella rodó los ojos ante su comentario y él soltó una la carcajada, se sentía tan feliz.

La recompensó llevando sus labios a la oreja, mientras ella le quitaba la corbata, él acarició con su lengua la sensible piel.

Al fin Samantha consiguió liberarlo, la camisa fue a parar a un destino desconocido, la corbata voló a un extremo del lugar, y sus manos no perdieron tiempo para llegar al botón de su pantalón. Lo abrió, bajó la cremallera y de un jalón lo llevó a las rodillas de Alessandro, lo vio mover los pies y supo que se estaba quitando los zapatos. Ese era su momento de torturarlo como él lo había hecho con ella, dejó caer una lluvia de besos en el pecho dorado, fuerte y masculino de ese hombre que la traía loca. Deslizó sus labios y su lengua por las suaves divisiones que adornaban su torso y abdomen, succionó y mordió con malicia la punta de los pezones rosados, oscureciéndolos y excitándolos igual como él lo hacía con los suyos, sabía que los hombres también eran sensibles a ello.

Alessandro se alejó para levantarse y en cuestión de segundos consiguió la titánica labor de terminar de desvestirse y no arrojar a Samantha a la alfombra en un movimiento desesperado,

después de todo eso debía darle un premio a su lado racional pues sin lugar a duda lo merecía. La tomó en brazos provocando en ella una exclamación de sorpresa, era evidente que se encontraba muy a gusto dándole esa mezcla de dolor y placer, él también lo estaba, pero no quería seguir esperando, ya lo había hecho demasiado.

—Dejaré que hagas con tu boca lo que desees… después, ahora te quiero bajo mi cuerpo, con las piernas separadas, lista para recibirme —susurró, contra los labios hinchados y rojos de Samantha.

Ella gimió con solo escucharlo pronunciar esas palabras, deseaba lo mismo, quería abrirse para él, tenerlo en su interior y recibirlo una y otra vez hasta que su alma la dejase, abandonarse a él y al placer que siempre le brindaba. Lo miró a los ojos mientras se acostaba en la alfombra, suspiró y elevó sus piernas apoyándolas en el pecho de Alessandro, mientras le pedía con la mirada que la liberara de la última prenda que llevaba encima.

Él no despegó la mirada un solo instante de ella, sus labios se deslizaron por una de las piernas de Samantha, cuando llegó a la rodilla abrió la boca y sus dientes la mordieron con suavidad, ella se estremeció, gimió y se mordió el labio, mientras él sonreía con malicia, sus manos llegaron a las caderas de ella y sin mayor esfuerzo comenzó a retirar el delicado panty que le había robado tantos sueños. La miró igual como hiciera aquella vez, justo ahora le parecía más atractiva y tentadora, se la llevó al rostro y respiró el aroma mientras cerraba los ojos, sintió como todos sus sentidos se dispararon ante esa acción, el olor de Samantha era extraordinario.

Ella tembló ante la imagen, su piel estuvo a punto de prenderse en llamas y una nueva ola de humedad inundó su intimidad. Contuvo la respiración cuando Alessandro abrió los ojos y clavó la mirada oscura y hambrienta en ella, el deseo la golpeó con contundencia. Intentó levantarse apoyándose en sus codos para recompensarlo, tomando con su boca el glande hinchado y oscuro, pero Alessandro no le dio tiempo a ello, en un movimiento veloz e inesperado extendió sus piernas a ambos lados, su pelvis y sus caderas se resintieron un poco, ella jadeó y clavó las uñas en la alfombra bajo su cuerpo, hizo la cabeza hacia atrás arqueando su espalda y sus caderas.

Alessandro se tendió sobre su estómago y sin perder tiempo se sumergió en ese mar cálido, salado y brillante que le ofrecía Samantha. Su lengua se hundió en ella con movimientos rápidos y profundos, le sostenía las caderas con sus manos, abriéndola para tener absoluta libertad, mientras su nariz estimulaba su clítoris tenso y de un rosa oscuro muy hermoso, tanto que se vio tentando a tomarlo entre sus labios y tirar con fuerza.

Samantha sentía que estaba perdiendo la cabeza y no sabía si lograría recuperarla después de esa noche, todo era tan intenso y placentero, cada roce de sus labios, de su lengua, su nariz presionaba tan deliciosamente su clítoris y la respiración pesada y tibia la calentaba como si estuviera frente de una maravillosa hoguera. Era como si Alessandro nunca la hubiera tratado de esa manera, como si le estuvieran entregando algo más de lo que ya le había dado, su pasión era arrolladora, mucho más que la primera vez, que cualquier otra que hayan compartido. Quizás era las ansias acumuladas, el champagne, el vino, el lugar; le resultaba imposible decirlo con certeza, pero estaba segura de que era distinto, algo esa noche era diferente.

—Esto… esto es demasiado… es demasiado, Alessandro. —Sus caderas se elevaban buscándolo.

Llevó sus manos a la cabellera castaña hundiendo sus dedos en la sedosidad, todo su cuerpo temblaba y apenas lograba respirar. Abrió los ojos y posó su mirada en Alessandro, recorrió su figura desnuda, sudada y excitante, cuando se detuvo en su rostro que se hallaba hundido entre sus piernas, el corazón se le aceleró aún más. Los labios de él estaban pintados por un hermoso tono carmesí, su lengua se movía con tal destreza que se quedó sin aire y perdió la cabeza

cuando él rozó su clítoris que palpitaba desesperado por atención.

—Me encantan como tiemblas… como te me entregas, Samantha… eres perfecta, puedo quedarme toda la vida aquí, alimentarme de ti, beber de ti —susurró, entre besos y roces de su lengua, quería tener todo de ella, hasta saciarse.

Samantha no respondió con palabras porque la emoción que recorría cada rincón de su cuerpo viajaba vertiginosamente hacia su garganta. Sus piernas temblaban y sus caderas ahora tenían vida propia y se movían desesperadas por la liberación, sintió la mano de Alessandro pesada sobre su vientre, quizás para darle un poco de estabilidad. Soltó la que tenía aferrada a la alfombra y la unió a la de él, necesitaba de algo que la mantuviera en tierra mientras las lágrimas inundaban sus ojos, los cerró y las dejó libre, cálidas y pesadas las sintió rodar por sus sienes y perderse en su cabellera, tembló sintiendo como algo dentro de ella se liberaba.

Él elevó el rostro sin descuidar lo que hacía cuando la sintió temblar, quería verla vivir y disfrutar ese orgasmo que había trabajado para ella, su corazón latía desbocado, su respiración pesada y afanosa era la muestra más evidente de su propia excitación. Se aferró a su concentración para no terminar derramándose ante la imagen que Samantha le entregaba, ella pendía del hilo que él movía entre sus dedos, mejor dicho, de los toques que le daba con su lengua.

—¿Lista para volar, Samantha? —preguntó cómo pudo, su voz estaba irreconocible, gutural y profunda.

La vio asentir con varios movimientos de cabeza; en realidad, la movió en varias direcciones, incapaz de esbozar una respuesta a su pregunta. Una sonrisa afloró en sus labios al saber que él era el dueño del placer reflejado en Samantha. Deslizó su lengua y sus labios con lentitud, recorriendo cada espacio de ese rincón que lo volvía loco, sintiéndola palpitar, escuchándola gemir, besando una y otra vez.

—Mírame —pidió en un susurro, separándose apenas de ella.

En medio de la bruma que la envolvía Samantha logró escuchar esa palabra y abrió los ojos. Su mirada encontró la de Alessandro, un hilo mágico se extendió entre ambos y ella no pudo escapar. La mirada de él era tan intensa que sintió su piel desvanecerse bajo su influjo, nada pudo parar la avalancha que la arrastró cuando Alessandro tomó entre los labios su punto más vulnerable y lo succionó con fuerza.

—¡Alessandro! —exclamó, cuando el primer espasmo llegó, estremeciéndola con fuerza.

Quiso seguir viéndolo, pero el orgasmo no le dio tiempo, se tensó casi hasta sentir que se quebraba, sus ojos llenos de lágrimas nublaban la visión de ese cielo estrellado que pareció estallar en millones de luces sobre ella. Un sollozo escapó de sus labios y las lágrimas una vez más la desbordaban, mientras su cuerpo entero temblaba, incapaz de contener las emociones y las sensaciones que lo llenaban, sintió que su mano aún se hallaba aferrada a la de él y de nuevo estaba llorando. El éxtasis no lograba superar esa sensación que sentía y a la que no conseguía darle significado; respiró profundamente para intentar dominar sus emociones. Se llevó una mano al rostro para secar la humedad en sus ojos, se sentía abrumada, débil, completamente expuesta, y no era el hecho de no llevar ropa, o estar tendida allí para él, era su alma la que se sentía desnuda ante Alessandro.

Mientras Samantha se debatía entre sus emociones, Alessandro besaba lentamente su vientre, sus caderas y su cintura, sintiéndola vibrar, deleitándose en esa suavidad de terciopelo que ella le brindaba, dulce y cálida, como ninguna otra mujer. No estaba del todo ajeno a las reacciones de ella, la escuchó sollozar y en un principio pensó que era parte del placer que le había brindado, pero la manera en cómo ella se aferró a él y como justo ahora seguía llorando hicieron que su

corazón casi reventara en latidos, y que sus propios ojos se llenaran de lágrimas por esa emoción desconocida que lo colmó.

—Bienvenida —susurró, contra los labios suaves y temblorosos de ella, mientras se ahogaba en sus ojos, aún brillantes y llorosos.

Samantha le dedicó una sonrisa y lo abrazó con fuerza, hundió su rostro en el cuello de Alessandro, escondiéndose, temiendo que él pudiera ver a través de ella, que pudiera incluso encontrar eso que ella aún no hallaba. El sentido a las emociones que seguían corriendo dentro de ella, que no le daban tregua. Deseo, pensó que a eso debía mantenerse aferrada, era algo seguro, que ya conocía y podía manejar.

Buscó los labios de Alessandro y lo besó con premura, lo invitó a sumergirse en ella, deslizando su lengua junto a la de él, acariciándola, succionando y rozando, sintiendo en el intercambio el característico y sutil toque de su propio sabor impregnado en los labios de él. Recordar la manera en la que la había complacido hizo que su deseo renaciera con contundencia, movió sus caderas y los encerró entre sus piernas, bajo sus pies sintió la fuerza de sus pantorrillas.

—Abrázame, Alessandro… bésame, tócame… te necesito, te necesito, quiero ser tuya… solo tuya —expresó, entre besos.

Alessandro tomó el rostro de Samantha entre sus manos y prácticamente la besó hasta quedarse los dos sin aire. Ella lo excitaba con solo una palabra o una mirada, lo volvía loco y ya no deseaba seguir conteniéndose, en realidad no podía hacerlo, su erección tensa y adolorida por la espera, clamaba por estar dentro de ella. Se separó apoyando su frente en la de Samantha, permitiéndose respirar y apelar a un poco de cordura, consciente que estaba en un punto en el que apenas podía dominarse, y sería verdaderamente vergonzoso correrse, en cuanto estuviera en su interior. Deseaba disfrutar de tenerla por primera vez piel con piel y quería hacerlo tanto como pudiera.

—Quiero que me mires, Samantha… quiero verte cuando entre en ti… —murmuró, apoyándose en sus codos y movió sus caderas contra las de ella, rozando su glande contra los labios hinchados y húmedos que temblaron ante el primer roce.

Ella fijó su mirada en él y abrió ligeramente los labios, contuvo el aliento a la espera de sentirlo dentro de ella y todo su cuerpo se contrajo ante la expectativa. El miembro de Alessandro palpitó tibio y duro cuando comenzó a abrirse paso en su interior, lentamente fue conquistado espacio dentro de ella, rozando y expandiendo a su paso.

Él podía ver como las pupilas de Samantha se dilataban a medida que entraba en su cuerpo, así como las paredes de su vagina lo hacían para recibirlo centímetro a centímetro. No solo ella temblaba, él también lo hacía, la unión de sus cuerpos parecía una hoguera que cobraba intensidad a cada segundo, sus alientos se mezclaban y el aire a su alrededor se hizo tan denso, que todo parecía ir en cámara lenta.

Samantha jadeó, arqueándose, cuando lo sintió por completo dentro de ella, apreciando esa exquisita sensación que no había experimentado hasta ese instante, la sensación de piel contra piel. Se contrajo en torno al pene en su interior, buscando sentirlo por completo; escuchó gemir a Alessandro y lo sintió pulsar en lo más profundo, para después moverse lentamente. En respuesta ella volvió a realizar la acción anterior, disfrutando del placer compartido.

Cuando Alessandro se sintió completamente enfundado por Samantha, una corriente se deslizó a lo largo de su columna vertebral y sus testículos se contrajeron, reteniendo la eyaculación, cerró los ojos un instante y su labio inferior tembló, lo mordió para contenerse. Sabía que estaba excitado más allá de lo decible, pero eso no evitó que la reacción de su cuerpo lo sorprendiera.

Se preguntó si Samantha era igual a otras mujeres, si lo que tenía entre sus piernas era una vagina, como las de la mayoría o su absoluta y completa perdición, si ella había sido creada para ponerlo de rodillas.

—Dime qué sientes —le pidió en un susurro, quedándose quieto dentro de ella, después de haberse deslizado un par de veces.

—Yo… —habló, pero no pudo continuar, parpadeó para enfocarse en el momento, resumir en palabras lo que sentía le parecía imposible, sin embargo, lo intentó—. No sé cómo explicarlo… es… es maravilloso, te siento tan cerca, caliente, duro, palpitando… es como si pudiera sentir los latidos de tu corazón dentro de mí. Esta sensación es extraordinaria, Alessandro —agregó acariciándole la espalda, concentrándose en los detalles—. ¿Tú qué sientes? —Se animó a preguntarle y después se reprochó en pensamientos, estaba segura de que no era la primera vez que él tenía sexo sin preservativo.

—Te siento húmeda, tibia, suave… como la miel… estrecha. Me encanta como te contraes, como me envuelves… eres exquisita y perfecta, Samantha. —Sonrió cuando vio que la mirada de ella se iluminaba, pudo ver la tensión que la embargó después de formular su pregunta, supo enseguida lo que pasó por su cabeza, suspiró y continuó—. Me hubiera encantado que esta también fuera mi primera vez sin preservativo, Samantha… tú lo merecías, preciosa —expresó con su mirada clavada en la de ella y le dio un beso suave.

Una vez más Samantha se quedaba sin palabras, una hermosa sonrisa fue la respuesta a lo mencionado por Alessandro, le acarició el rostro, subió sus labios y lo besó deleitándose en las formas que lo creaban, gimió de nuevo cuando él se movió. Ella estaba lista para darle riendas sueltas al placer una vez más, cerró sus caderas para hacer el roce más íntimo, mientras sus manos recorrían con libertad la espalda fuerte de él, sentía los músculos contraerse en cada empuje.

Alessandro la envolvió entre sus brazos y dejó que el ritmo de sus caderas lo llevaran hacia su liberación, las sensaciones eran una estampida que iba en ascenso a cada segundo, mientras sus embistes en el interior de Samantha no le daban tregua, ella gemía y temblaba aferrada a él, la sentía luchando por su propio orgasmo. Atrapó sus labios y la besó con desesperación, casi causándole daño, mordiendo, succionando, rozando; era como si quisiera desgastarlos, hacerlos suyos para siempre. Se sentía tan cerca que cada contracción que Samantha le brindaba lo hacía liberar gemidos roncos, temblar como la primera vez que estuvo dentro de una mujer, con un descontrol y una intensidad que apenas lograba concebir.

—Alessandro, quédate en mí… quiero sentirte cuando te dejes ir, quiero que me llenes de ti. —Su voz era un ruego y su cuerpo lo acompañó, cuando puso cada una de sus fuerzas en extraer todo de él.

—Solo muerto me alejaría de ti en este momento —contestó como le fue posible. Un gemido sonoro salió de sus labios, apretó la mandíbula con fuerza y después jadeó—. Recíbeme, Samantha… recibe todo de mí, preciosa.

Al segundo siguiente estallaba dentro de ella en un primer espasmo que lo hizo temblar íntegro. Las pulsaciones se hicieron presentes en ambos, la calidez de la esencia de Alessandro llenó a Samantha con potentes y entre cortadas descargas; solo eso bastó para que ella, también emprendiera el vuelo al paraíso. Saberlo suyo y ella de él como no había sido de ningún otro hombre, la hizo estallar de emoción, si el orgasmo anterior había sido asombroso, ese que vivía ahora era una supernova en comparación, una vez más el firmamento sobre su cabeza pareció bajar hasta ella. Un nuevo sentimiento se abría paso en sus almas, y aunque ellos temerosos y renuentes no querían aceptarlo, sus miradas y sus caricias expresaban todo aquello que el

silencio guardaba.

∞∞∞

Una hora después el champagne y las fresas eran de nuevo las protagonistas y los cómplices para la seducción. Samantha se dio a la maravillosa labor de recorrer con sus labios el cuerpo de Alessandro. Sus manos también hicieron lo suyo para llevarlo a él al mismo punto en el que todo había iniciado. Su boca le dio placer casi hasta hacerlo liberarse de nuevo, pero a ella le había agradado mucho la sensación, de recibir la simiente tibia y espesa de él en su interior, así que no continuó con su boca, lo hizo con el baile de sus caderas.

Alessandro la miraba completamente extasiado, ella lo estaba volviendo loco una vez más, como si no hubiera sido suficiente con llevarlo al borde del abismo con esa increíble boca que tenía, ahora lo sometía cabalgándolo cual amazonas. Una hermosa sonrisa se dibujó en sus labios mientras le acariciaba los senos, sintiendo el suave bamboleo de estos contra sus manos.

—Las clases con Misterio te han sentado de maravilla —dijo de pronto, y pudo ver el desconcierto en la mirada de ella.

Samantha en un principio no cayó en cuenta de lo que él quería decir, pero cuando lo hizo el calor y el sonrojo cubrió su rostro y estaba segura de que su cuerpo también; él le acarició el vientre haciéndola estremecer. Su deseo fue mayor que su timidez y se volcó en darle un mayor empuje a sus caderas mientras le sonreía de manera coqueta, Alessandro jadeó ante el cambio de ritmo, ella llevó sus manos para cubrir las de él al tiempo que cerraba los ojos, elevando su rostro al cielo, sintiendo de nuevo el goce hacer espirales en ella.

Alessandro se sintió despegar ante esa imagen mucho más hermosa, como si eso fuera posible, así se le mostró Samantha, desnuda y sobre él, con ese cielo colmado de estrellas tras ella, era una visión casi irreal, mágica y muy excitante. Sus caderas quisieron acompañarla en su danza y también empezó a moverse a contra punto de ella, haciéndola rebotar por sus embistes, gozando del maravilloso cuerpo sobre él.

—¡Sí! ¡Sí, Alessandro! Oh, cielos… me encanta, me encanta —exclamó en respuesta a las acciones de él. Abrió sus ojos y su mirada oscura por el deseo se clavó en los ojos azules que se habían convertido en su perdición—. Llévame… hazlo así, justo así… —Jadeó cuando una mano de Alessandro abandonó su pecho para anclarse en su cadera y mantenerla allí, mientras él empujaba las suyas.

Las arremetidas fueron exigentes y poderosas, tanto que Samantha se encontró sollozando de nuevo, esta vez la emoción no era la misma, más que eso era algo sensitivo. Todos los nervios de su cuerpo recibían la aplastante descarga del placer que Alessandro le brindaba. Gritó su nombre mientras se contraía a su alrededor con tal fuerza que lo hizo seguirla en ese orgasmo que parecía interminable y la azotaba sin piedad. Sus caderas seguían estremeciéndose, apretó los párpados con fuerza y sus manos se apoyaron en el abdomen de Alessandro, pudo sentir como clavó las uñas en su piel, el latido de su corazón era un zumbido y boqueaba intentando respirar.

Alessandro se derramó dentro de Samantha una vez más, sintiendo que nunca había experimentado algo tan intenso como eso, su miembro expulsaba chorros tibios y abundantes de su semen que iba a alojarse muy profundo dentro de ella. El latido desesperado de su corazón retumbaba en sus oídos, su respiración afanosa por la falta de oxígeno hacía subir y bajar su pecho en una búsqueda urgente de aire.

Ella se desplomó sobre él completamente rendida, y aunque Alessandro luchaba por respirar

no intentó liberarse del peso de Samantha; por el contrario, la pegó a su pecho envolviéndola con sus brazos, sintiéndose tan poderoso y débil al mismo tiempo, emocionado hasta la médula, temblando y delirando junto a esa mujer que había llegado para darle un nuevo sentido al sexo.

Minutos después cuando ya la consciencia parecía haber vuelto a ambos, él se percató que debía ser media madrugada, por la altura de la luna en el cielo. Seguía acariciando a Samantha que estaba acostada sobre su cuerpo; sabía que estaba despierta porque a momentos besaba su pecho y cuello, además que podía sentirla sonreír contra su piel.

—Creo que deberíamos ir hasta la habitación, si dormimos aquí amaneceremos con torticolis —esbozó divertido y le besó el cabello.

—Solo si me llevas en brazos… dudo que pueda caminar. —Ella hundió su rostro en su cuello, embriagándose con su olor.

—No creo que sea posible, estaba por proponerte que lo hiciéramos gateando —contestó y sonrió cuando ella lo miró.

Parpadeó perpleja ante su comentario, pero después rompió en una carcajada. Alessandro la acompañó de buena gana, la besó con ternura y la rodeó con sus brazos para que estuviera más cómoda. Decidió que se quedarían allí, después de todo no era la primera vez que dormían en una alfombra, estaban tan cansados que seguramente caerían rendidos antes de darse cuenta, y justo así sucedió minutos después.

Capítulo 49

Los primeros rayos de sol que lentamente inundaron la estancia los despertaron envueltos en un estrecho abrazo, sus piernas entrelazadas y un sentimiento de satisfacción y plenitud que no había experimentado con nadie más. No se vistieron cuando decidieron regresar hasta la habitación, el pudor era algo que salía sobrando después de todo lo compartido. El deseo despertó ante las caricias y los besos que se brindaban, mientras se duchaban y las ansias que la noche anterior parecían haber sido saciadas, hacían de las suyas de nuevo.

Bajaron hasta la cocina y se prepararon un desayuno para calmar el apetito que la actividad física había provocado en los dos, y después de eso subieron para dormir durante un par de horas. El trasnocho les estaba pasando la cuenta, era evidente cuando ninguno de los dos podía esbozar palabra sin que un bostezo se atravesara en medio de las frases.

Su paseo por la ciudad se dio esa tarde, después de almorzar en un pequeño restaurante atendido por varios amigos de Alessandro, en su mayoría eran personas mayores y por sorprendente que pareciera apenas conocían su trabajo de actor, pues no tenían una televisión en su casa y lo poco que sabían era sobre la serie grabada allí.

Cuando le preguntaron el motivo de su visita, él dijo que estaba de vacaciones, ellos sin apartar la mirada de Samantha y con ese humor tan pícaro que caracteriza a los italianos, comenzaron a sacar sus propias conclusiones. Sobre todo, al ver lo cariñoso que se mostraron Alessandro y Samantha cuando compartieron el postre; una deliciosa porción de *Panna Cotta*, era la primera vez que ella lo probaba ya que era una receta típica de la zona.

El paseo terminó justo cuando el sol se ocultaba, caminaban tomados de la mano por las calles del pueblo, que a Samantha le parecía más hermoso que fantasmagórico, tenía su encanto a pesar de ese ambiente taciturno que lo envolvía. Quizás se debía a la compañía, Alessandro hacía que todo fuera distinto, compartir como una pareja enamorada, aunque no lo fueran en realidad, era maravilloso, podía sentir que algo había cambiado entre los dos la noche anterior, para mejor claro está, pero ninguno se atrevía a mencionar nada al respecto, solo actuaban según sus deseos se lo dictaban.

Desde que vio la tina se le había metido en la cabeza la idea de tomar un baño en esta, era tan hermosa y amplia, de un blanco impecable, donde resaltaba el exquisito trabajo en dorado en cada una de las cuatro patas de león. El espejo a su lado seguía la misma línea de diseño, el marco parecía estar hecho de oro, a pesar de la precaria limpieza que le había dado se mostraba reluciente. En resumen, todo el lugar gozaba de un diseño clásico que nunca tendría en su país, pues el modernismo americano no conjugaba con el clasicismo europeo.

Se recogió el cabello con un gancho y buscó entre las esencias en la vitrina, escogió una de lirios y otra de flor de mandarina, vertió un poco de cada una y las regresó a su lugar, después terminó de desvestirse, estaba por entrar a la bañera cuando sintió la presencia de Alessandro. Él la veía desde el umbral de la puerta, estaba con los brazos cruzados en el pecho y apoyando su cuerpo en el marco, una hermosa sonrisa se dibujaba en sus labios y podía sentir que su mirada recorría cada lugar en ella, calentándole la piel.

—¿Me acompañas? —preguntó, metiendo un pie en el agua tibia, sonrió ante la agradable sensación y le extendió la mano.

—Por supuesto —contestó, recibiendo la invitación, caminó hasta Samantha y tomó su mano.

Con el brazo que tenía libre le rodeó la cintura para ayudarla a entrar a la bañera, no sin antes pasear su nariz por su cuello y aspirar el dulce perfume de su piel. Le dio un beso lento y Samantha lo recompensó con un suspiro que hizo que su corazón latiera emocionado, le gustaba saber que tenía la llave de su placer en las manos.

Ella se liberó despacio del abrazo de Alessandro y se metió al agua, tibia y perfumada, le pareció sumergirse en un sueño. Se sentó apoyando su espalda en el extremo de la bañera, gimió y cerró los ojos un instante. La poca espuma, creada por las esencias, no lograban ocultar por completo su figura, muchos menos el suave rosa de sus pezones o la delgada línea de vello castaño de su pubis.

Él comenzó a deshojar los botones de su camisa sin apartar la mirada de Samantha, sintiendo de nuevo celos del agua que podía cubrirla por completo y había dibujado ese gesto de placer en su rostro. Ella abrió los ojos enfocando su mirada en él, sabía que a Samantha le gustaba mirarlo y eso hacía que su ego alcanzara alturas sorprendentes, algo desde todo punto de vista irracional porque no era la primera mujer que le dedicara una mirada carnal.

Se desnudó tomándose su tiempo ofreciéndole el espectáculo que ella deseaba apreciar, y al mismo tiempo gozando él de ese que Samantha le entregaba; del temblor de sus labios, de sus pupilas dilatadas y como poco a poco sus pezones se erguían, excitados nada más ante la imagen de su cuerpo desnudo. No lo sorprendió la tensión de su miembro y al parecer a ella tampoco, pues lo recibió con una gran sonrisa, cuando al fin se metió al agua para acompañarla.

—Date la vuelta y apóyate en mi pecho Alessandro, así me resultará más fácil bañarte —pidió haciéndole un ademán.

—¡Vaya! Me siento un hombre muy afortunado —comentó, con una sonrisa e hizo lo que ella le pedía.

Se ubicó en medio de las piernas de Samantha, sintió en la parte baja de su espalda el calor que brotaba de su centro y la suavidad del vello, que cubría apenas ese lugar por el cual moría. Y cuando apoyó su espalda ligeramente para no recargar todo su peso en ella, fue la oportunidad de su espalda para disfrutar de la suavidad de sus senos.

—Es usted un hombre verdaderamente afortunado, señor Bonanzierri. —Ella tomó una de las esponjas que estaban cerca, la sumergió en el agua y empapada la pasó con suavidad por el pecho de Alessandro, recordó algo y lo mencionó de inmediato—. A ver señor… ¿Cómo es eso que soy su novia? —preguntó, con una sonrisa, intentó no mostrarse muy interesada.

Él sonrió y recordó el episodio en el restaurante; la había dejado en la vitrina de postres y fue con su amigo Marcos a la bodega de vinos del restaurante donde almorzaron. Al regresar tuvo que alejar al menos a unos diez italianos que intentaban conquistarla.

—Alessandro no te hagas el desentendido, escuché perfectamente cuando le decías a los hombres en el restaurante «Lei é la mia ragazza» sabes que entiendo muy bien el italiano y además vi tu semblante cuando me alejabas de ellos —habló de nuevo, por alguna razón inexplicable deseaba que él aclarara el episodio.

—¿Qué término te hubiera gustado que usara? —le contestó con otra interrogante, mientras le acariciaba las piernas.

—Pues… no lo sé, pero me sentí un poco desorientada cuando te escuché llamarme de esa manera… es decir, esas personas te conocen, saben quién eres… —intentó darle una explicación a su interés, pero sentía que entre más lo hacía más expuesta quedaba.

—Ellos apenas si me conocen, Samantha, casi ni se involucraron en el rodaje de la serie, son personas muy chapadas a la antigua y como suponía no estaban al tanto de las noticias que circulan en Roma. Lo único que les interesa de la capital es saber de los partidos de fútbol y de

las elecciones presidenciales, han tenido el mismo mandatario aquí por quince años y ninguna ley los ha hecho cambiar, ni avances, ni nada… Al menos, en este lugar puedo decir que todos somos iguales. Los famosos aquí son los viejos que entretienen a los niños con las viejas historias de fantasmas, así que no hay problema en decir que estamos juntos —explicó en tono casual y continuó acariciándola.

—Bien, puedo entender todo eso… pero ¿Por qué…? —No terminó de formular la pregunta, se movió para mirarlo a los ojos, mientras una sonrisa pícara afloró en sus labios—. ¡Te pusiste celoso!

—¡Por favor! ¿De ese montón de viejos? —cuestionó, irguiéndose y mostró esa sonrisa ladeada que era tan arrogante.

Ella comenzó a reír divertida ante la reacción de Alessandro que había confirmado su argumento, lo vio fruncir el ceño y eso hizo que estallara en risas. Soltó la esponja y tomó el rostro de él entre sus manos, con suavidad comenzó a besarlo para relajarlo.

—Tú eres mía, Samantha… y no me importa que esos hombres tengan ochenta años, igual no los quiero cerca de ti, puedes burlarte de mí y llamarme posesivo, celoso o lo que desees, yo soy así y es algo que no puedo cambiar, culpa a mi abuelo de ello, fue quién me lo heredó —mencionó una vez terminado el beso, sintiéndose como un idiota por mostrar unos celos tan abiertos, por no poder controlarse.

—Siento haberme burlado, es que… no estoy acostumbrada a que me celen de esa manera, Charles era un idealista, para él la propiedad era algo absurdo, así que nunca se creyó con algún tipo de derecho sobre mí. Y con Francis… bueno él era el centro de atención siempre, el mejor atleta, el popular de la universidad, yo era prácticamente invisible cuando estaba a su lado, aunque no era algo que me incomodase, la verdad lo prefería, nunca me ha gustado la atención excesiva —habló esquivando su mirada un par de veces.

—Dos imbéciles… ya lo sabía, pero ahora lo confirmo. —Cada vez que ella hablaba de sus exparejas él sentía que le pateaba las pelotas.

—No lo digas de esa manera, también tenían sus virtudes, ofrecerme espacio era una de ellas, una que valoró muchísimo. Sin embargo, también me gusta la atención que tú me brindas, viéndolo ahora desde tu óptica tienes razón cuando dices que todos los italianos son unos casanovas consumados, creo que el menor de esos hombres tendría cuarenta años. —Al ver que él ponía mala cara de nuevo, le dio un beso en la mejilla—. Gracias por salvarme de ellos… y siendo sincera, me agradó que me llamaras así —confesó, sonrojándose.

—Eres mucho más que eso, Samantha, eres mi mujer y mi amiga —pronunció y esa vez fue su turno de acunar el rostro de ella, acariciándole las mejillas, la besó con ternura—. Y también eres la mia ragazza —decretó mirándola a los ojos.

Samantha sintió que el cuerpo se le llenaba de una emoción que no había experimentado, la radiante sonrisa en sus labios era una pequeña muestra de lo que sentía, dejó caer una lluvia de besos en los labios de Alessandro, apenas toques y terminó suspirando.

—Tú eres il mio ragazzo —mencionó mezclando los idiomas como hizo él, mientras lo envolvía en sus brazos y lo besaba de nuevo.

Alessandro apenas logró contener su emoción, la encerró entre sus brazos y en un movimiento rápido la volvió para ponerla frente a él, sobre sus piernas, agradeciendo que el espacio en la bañera lo dejara maniobrar de esa manera. Antes que Samantha pudiera ni siquiera prepararse, ya él se hundía en su interior, ahogó el gemido que ella liberó con su lengua, sus manos viajaron a las suaves nalgas femeninas, crearon la presión perfecta que la mantuvo allí mientras él movía sus caderas con premura, entrando una y otra vez, disfrutando de la calidez, la resbaladiza

humedad y la estrechez que lo envolvía.

Samantha temblaba ante cada una de las fuertes penetraciones, el sonido y el movimiento del agua, sus besos demandantes, sus caricias que le daban el toque perfecto. No podía dejar de besarlo, aunque le faltara el aire, no le importaba, lo único que deseaba en ese momento era tener todo de él y entregarle todo lo que tenía, que sintiera lo mismo que estaba provocando en ella, quería perderse en sus labios, en sus ojos, en sus manos. Quedarse en él para siempre.

Alessandro la sentía temblar entre sus brazos, tan pequeña, tan frágil y al mismo tiempo con el poder para dominarlo, no podía dejar de besarla, de tocarla. Samantha también tenía en sus dedos todos los hilos de su placer, podía llevarlo al borde de la locura, de la necesidad. Le mordía los labios, los succionaba, los acariciaba con su lengua, imitando todos esos gestos que él tenía con ella, haciéndolo sentir como si todos y cada uno se los hubiera enseñado. Su orgullo se negaba a aceptar que otro hombre pudo haber disfrutado de ella, no quería ser consciente de ello y mucho menos de lo que sería su futuro lejos de él.

Ella se aferró a los hombros de Alessandro mientras subía y bajaba, tomándolo, disfrutando del caliente roce de sus pieles, de las palpitaciones de él y las contracciones de su vagina, mientras sus labios se paseaban por la mandíbula tallada y fuerte. Succionó, rozó y mordió para drenar la pasión, enredó una de sus manos en la cabellera y la jaló para hacer que él elevara el rostro. En respuesta recibió un gruñido y el agarre posesivo de la mano de Alessandro sobre su cuello, la movió para exponer la piel blanca de su garganta, y comenzar a torturarla con su lengua mientras su miembro la invadía sin piedad.

—Alessandro… Alessandro —repetía su nombre, pues era lo único que en su mente tenía cabida en ese momento.

—Eres mía… eres mía, Samantha —le aseguró con la respiración agitada, sintiendo que cada vez estaba más cerca de liberarse.

—Soy tuya… soy tuya, Alessandro. Y eres mío… eres mío —expresó con la voz ronca por el deseo y por lo que sus palabras implicaban, tembló al ser consciente del poder de esa declaración.

Él también sintió el peso de las palabras que ambos pronunciaban, se estremeció igual que ella y aunque no pudo asegurarle a Samantha con palabras que también le pertenecía, lo hizo con sus gestos. La besó con tal entrega y fuerza que desató el orgasmo que se los llevó a los dos casi al mismo tiempo, se ahogaron en el mar del placer y la locura hizo estragos en ellos, gemidos, jadeos y gritos ahogados contra sus pieles se dejaron escuchar en el lugar.

Esporádicos espasmos los envolvieron a los dos, ella humedeciéndose aún más, sentía que deliraba. Y él dejó libre entre gemidos roncos toda su savia, que una vez más se ahogaba en lo más profundo de la cavidad de Samantha, agradecido de poder desahogarse de esa manera y no tener que hacerlo fuera, odiaba eso.

Después de varios minutos estaban en su posición inicial, Samantha apoyada a la bañera y Alessandro descansando sobre los senos de ella, dejándose consentir con sus atenciones. Todo parecía normal a simple vista, pero en sus cabezas las declaraciones hechas seguían resonando, cargándose de significado y enfrentándolos de nuevo con ese cúmulo de sentimientos que los embargaba y a los que los dos les temían.

El silencio era el cómplice de Alessandro para intentar analizar lo que le estaba sucediendo, dentro de él se libraba una lucha, una parte quería aferrarse y creer en lo que Samantha le había dicho, que era suya. Pero la otra era mucho más práctica y le lanzaba en cara que eso no era verdad, que ella era suya mientras estuvieran allí y lo que tenían durara, pero no más allá de eso. Su promesa era efímera y ni siquiera había sido una promesa como tal, le había dicho que era

suya mientras él estaba en su interior, llevada quizás por la pasión y porque a las mujeres se les da más fácil hacer ese tipo de afirmaciones.

—¿En qué piensas? —preguntó Samantha sustrayéndolo de sus pensamientos, sin dejar de lado su labor con la esponja.

Ella no soportaba el silencio y menos seguir torturándose con reproches por lo que le había dicho minutos atrás, rogaba porque Alessandro atribuyera sus palabras al momento de pasión que vivían. Mostrándose lo más casual posible le dio un par de besos en el cuello y otro en el hombro, mientras deslizaba la esponja hasta llegar casi a su abdomen, subió de nuevo y bañó de agua sus pectorales.

—En nada… no pensaba en nada en específico, Samantha —se puso una máscara para ocultar sus verdaderos pensamientos.

La pregunta de ella lo había tomado por sorpresa, pero logró ordenar sus ideas y responder aparentando no estar afectado por lo ocurrido, como si realmente no hubiera estado pensando en nada importante. Le acarició las rodillas y besó el dorso de la mano de ella cuando subió hasta su pecho, la sintió tensarse y supo que había hecho o dicho algo mal, el lenguaje corporal de Samantha era un libro abierto.

Dejó libre un suspiro pesado y cerró los ojos un instante buscando desesperadamente en su cabeza algo que reparase lo que había hecho, aunque no supiera a ciencia cierta lo que era; de inmediato llegó hasta él su preocupación por el comportamiento de su hermana y lo usó.

—Pensaba en Paula… desde hace casi un mes no he hablado con ella, cada vez que llamo a la casa las empleadas me dicen que no está, le he preguntado a mi madre si le sucedió algo, en realidad le exigí que me lo dijera y me aseguró que todo está bien y que ella solo está muy ocupada con su trabajo de grado, aún le falta un año para graduarse… ¿Cómo puede estar preparando una tesis desde ya? —Mostró verdadera preocupación y esta vez suspiró, sintiéndose cansado.

—¿Crees que le haya pasado algo? —preguntó Samantha.

—No, mi madre que dijo que estaba bien y le creo, sabe que adoro a Paula y jamás me ocultaría si algo le hubiese ocurrido, creo que es algo más… Al principio me llamaba todo el tiempo y hablaba conmigo durante horas, me decía que me extrañaba y me pedía que regresara… semanas después las peticiones se volvieron exigencias y reproches, no lo hacía de manera directa porque siempre ha sido muy dulce y calmada, pero podía sentir que estaba perdiendo la paciencia, incluso llegué a sentir rencor en su voz —expuso sus miedos, sin darse cuenta una vez más se abría a Samantha, quizás necesitaba que alguien le asegurase que todo estaba bien con su hermana y que él no la había lastimado.

—Alessandro, tu hermana está atravesando la adolescencia, es una etapa muy complicada para ella y si como me has contado ustedes dos eran muy unidos, pues es lógico que se sienta sola en estos momentos, que esté triste y desee que tú también sientas su ausencia…—Intentó animarlo, ella no era muy buena para dar palabras de consuelo, pero sentía necesidad de aliviar la pena en él—. Deberías invitarla a la Toscana, mejor a toda tu familia y así compartes con ellos, verás que las cosas mejoran —agregó entrelazando sus dedos.

Alessandro se encontró en la disyuntiva de contarle todo a Samantha o mantener eso como un secreto, sabía que ella le había dado un voto de confianza, pero… ¿Cuánto duraría este si le contaba lo que había sucedido, si le decía todo lo que lo había llevado a tener que estar recluido en las villas de los Codazzi? Suspiró de nuevo y cerró los ojos para ordenar el remolino en su cabeza.

—Paula no puede saber dónde estoy… como has dicho es una adolescente y es fácil de

influenciar, puede compartírselo a alguien sin querer y entonces sería cuestión de tiempo para que todos supieran mi paradero y el infierno empezaría una vez más. —Sintió de nuevo que el cuerpo de Samantha se tensaba.

Se movió para quedar frente a ella, si le tenía que contar todo quería hacerlo mirándola a los ojos, que pudiera comprenderlo y sobre todo que no lo juzgara como habían hecho los demás, sabía que quizás eso era mucho pedir y que se estaba jugando incluso el futuro de su relación, aunque no tuviera uno realmente definido.

—¿Por qué existe tanto misterio en torno a tu estadía en la Toscana, Alessandro? ¿Qué sucedió para que tengas que estar ocultándote?

Samantha sentía que un ligero temblor la recorría y un vacío se había apoderado de su estómago, su corazón golpeaba fuerte y lentamente dentro de su pecho, la actitud de Alessandro le daba mucho miedo, se debatía entre conocer o no la verdad.

—Tuve que escoger entre pasar un tiempo en la Toscana o ser recluido en un centro de rehabilitación, Samantha… —Creía que si lo decía todo de una vez tendría tiempo para explicarse mejor.

No le gustaba dar muchas vueltas a las cosas, siempre iba directo al grano, pero cuando la vio palidecer, casi se golpeó por no ser un poco más sutil, ella no hizo amago de alejarse de él o reclamarle, se mantuvo en silencio; sin embargo, su mirada desconcertada le exigía seguir.

—No intentaré justificarme porque sé que lo que hice no tiene justificación, pero me gustaría que me dejaras explicarte lo que sucedió —pronunció tanteando el terreno.

Ella parpadeó y asintió para instarlo a continuar, ahora más que nunca deseaba saberlo todo, algo así le había pasado por la cabeza pues esas cosas eran muy comunes entre los artistas, pero a medida que conocía a Alessandro más descartaba esa idea. Él no parecía ser un hombre que hubiera andado en drogas, ni siquiera parecía un alcohólico, había notado que tenía un perfecto control sobre la bebida. Su cabeza era una maraña de pensamientos y tuvo que gritarse internamente para concentrarse en escucharlo.

Capítulo 50

Alessandro sentía el pecho presionado y los latidos acelerados de su corazón parecían resonar en sus oídos, mientras la mirada miel de Samantha estaba fija en él, haciéndolo sentir de cierto modo intimidado. Sabía que no sería nada fácil abrirse a ella y contarle todo, pero debía hacerlo, para bien o para mal, merecía darle la misma confianza y algo en el fondo de su pecho le decía que si lo hacía, quizás podía terminar liberándose de parte de ese peso que lo atormentaba.

—Yo… empecé a trabajar en la televisión desde que era muy joven, apenas tenía dieciséis años, como ya sabes; desde ese momento mi carrera despuntó con un éxito que nadie se esperaba, los contratos de trabajo me llovían de todos lados y mi manager me instó por supuesto a que aceptara tanto como pudiera, así fue como me vi saltando de un papel a otro sin descanso, los años pasaban y yo cada vez tenía más fama, cada vez era más reconocido y eso me gustaba… sentirme importante y poderoso era la sensación más increíble que puede experimentar uno a los veinte años. —Dejó ver la media sonrisa, pero esta vez el gesto denotaba más que arrogancia, una profunda amargura.

—Comenzaste a sentirte presionado —susurró ella, llegando a esa conclusión, lo miraba y sentía que el corazón le dolía.

Samantha también sabía lo pesada que podía ser la fama, después de que un nombre gana cierto reconocimiento las cosas no volvían a ser iguales. Todo el mundo creía con el derecho a juzgar, no se podía fallar una vez porque entonces, todo lo bueno que una vez se hizo se esfumaba y solo quedaban los errores y los fracasos.

—La fama se convirtió en una carga muy pesada, que cada vez me exigía más y más. Mi vida personal era un desastre, las mujeres que deseaba me caían como lluvia, pero ninguna se esforzó en conocer lo que realmente necesitaba o quería. En un principio el sexo se volvió una vía de escape, me gané la fama de mujeriego a pulso no puedo alegar nada a mi favor en ese aspecto. Se detuvo esperando alguna reacción de Samantha, pero ella se mantuvo allí, así que después de liberar otro suspiro continuó—. Las mujeres solo aliviaban en parte la presión y la ansiedad a la que era sometido a diario, la fama cada vez me sabía mejor, los premios me hacían sentir feliz, el reconocimiento era algo a lo que no deseaba renunciar; así que seguí aceptando papel tras papel, me negaba a dar mi brazo a torcer y reconocer que estaba perdiendo el control… Entonces mi mánager a quien consideraba un «gran amigo», Stefano Ferreti, me planteó la brillante idea de comenzar a tomar pastillas para calmar la ansiedad. —La amargura no solo estaba en sus gestos sino también en su voz, sentía que el odio por ese hombre no había menguado.

—¿Por qué no hablaste con tus padres? Tu madre es psicóloga, ella mejor que nadie te hubiera entendido y te hubiese ayudado.

Samantha se sintió molesta con él por terco, y al mismo tiempo aliviada porque hacerse adicto de ansiolíticos era algo bastante común, ella los había tomado, para tratar su problema de bloqueo.

—No quería que ellos supieran lo que estaba atravesando, me había mudado solo un año antes y hacer que mi madre aceptara ese cambio había sido muy complicado, mi padre me había brindado un voto de confianza y no pensaba defraudarlo, así que acepte la idea de Stefano. Al principio encontramos las pastillas con un amigo suyo que las distribuía en las cadenas farmacéuticas, pero el hombre comenzó a ponerse pesado y hasta exigió un pago adicional por

guardar silencio; por suerte mi nombre jamás se vio mezclado… pero preferimos buscar otro medio antes de que estallara un escándalo. —Se detuvo una vez más y cerró los ojos antes de continuar.

—Alessandro, sigue por favor —pidió ella animándolo, le tomó la mano para hacerle saber que estaba allí para escucharlo.

—Yo me porté como un verdadero desgraciado, comenzaba a desesperarme y llegué al punto de robar uno de los talonarios que usaba mi madre para recetar a sus pacientes, ella por costumbre los sellaba en cuanto le llegaban, así que yo tuve en mis manos cincuenta órdenes para comprar de manera «legal» las pastillas. Stefano se encargó de llenarlos, falsificar la firma de mi madre y recetarlos a nombre de personas que estaba en la guía telefónica. —Ahora la vergüenza cubría el semblante de Alessandro, no se atrevía a mirarla.

Un silencio denso se instaló en el lugar mientras Samantha analizaba sus palabras, no sabía cómo definir lo que sentía en ese momento, era una mezcla de preocupación y rabia que luchaba dentro de su pecho, una tratando de justificarlo y la otra condenándolo por sus acciones, al final suspiró y el gesto de desolación de él la conmovió así que le dio la oportunidad de seguir.

—Alessandro… todos en algún momento hemos cometido errores, estoy intentando comprenderte, pero siento que hay algo más, volverte adicto a unos ansiolíticos no es motivo para que te pusieran a escoger entre Toscana o un centro de rehabilitación… ¿Qué sucedió después? —preguntó en tono calmado.

Él respiró profundamente y se decidió por contarle todo lo demás, hasta ahora Samantha le había mostrado que deseaba seguir confiando en él, incluso se lo había dicho, eso lo animó a proseguir. La miró a los ojos y se acercó a ella, quizás para evitar que Samantha escapara cuando él terminara de contarle todo.

—Pronto las pastillas dejaron de cumplir el efecto que necesitaba, comencé a fallar en las escenas; apenas lograba dormir y eso solo sumaba más peso a mi carga, así que busqué algo que realmente me ayudara, que lograra ordenar mi mundo de nuevo… ya había escuchado que algunos actores usaban cocaína en pequeñas dosis para tener mayor control durante las grabaciones, para poder soportar también las largas jornadas en exteriores que eran las más complicadas. Le pedí a Stefano que me ayudara a conseguirla, él accedió de inmediato pues tiempo atrás había sido un consumidor casual de esta.

Ella luchaba por no dejar ver la sorpresa ante las confesiones que hacía, quería mantener su confianza en él, sabía que no era una mala persona, se lo había demostrado en el tiempo que llevaba conociéndolo. Sin embrago, eso no la mantenía exenta de las emociones que la recorrían, ni de todos los pensamientos que se arremolinaban dentro de su cabeza, supo por su silencio y su mirada que se estaba debatiendo entre continuar o detenerse.

—No sé qué decirte, Alessandro, puedo entender que lo que te sucedía te llevara por ese camino, pero no logro explicarme por qué no recurriste a tu familia y buscaste su apoyo. Tu caso era serio, no estamos hablando de curiosidad o deseos de experiencias nuevas, ya traías una dependencia con los ansiolíticos, era evidente que una droga más fuerte no iba a ayudarte; por el contrario, solo te haría más vulnerable… —Quiso solidarizarse con él y prosiguió—. Puede que no lo parezca, pero cuando estuve en la universidad también probé drogas… bueno, no del tipo de la cocaína, pero fumé marihuana en tres ocasiones, cuando me reunía con un grupo de lectura. El novio de una amiga conseguía la hierba y al principio no me animaba, pero después de comprobar que aparentemente no era algo tan grave, lo hice… Eso sí, jamás dejé que la situación escapara de mis manos, solo fue una vez por mes y cuando vi que ellos insistían en que lo hiciera más seguido me negué y me alejé del grupo, mantuve el dominio de la situación… pero tu caso

es completamente distinto…

—Lo sé, yo estaba fuera de control y lo peor es que era consciente del rumbo que estaba tomando, pero cuando estaba drogado y sentía que todo salía bien, no pensaba en ello, solo podía ver los «beneficios» que la droga me traía… ¿En serio fumaste marihuana o lo estás diciendo para hacerme sentir bien? —preguntó, mirándola fijamente, molestándose tan solo de imaginar que ella estuviese mintiendo para consolarlo o justificarlo.

—Te estoy diciendo la verdad y no me hagas repetirlo que no es que me sienta muy orgullosa de ello, fue una experiencia, la viví y ya pasó, fin del tema… continúa por favor. ¿Qué sucedió después? Supongo que tus padres se dieron cuenta de lo que ocurría.

—No, ellos no descubrieron lo que pasaba en ese momento, sabía controlar mi adicción, pero cada vez me alejaba más de ellos, temía que empezaran a sospechar y terminaran descubriéndolo todo. Me tomé unos días después de mi última película, había estado preparándome para un gran proyecto, deseaba ese protagónico por sobre todas las cosas… pensé que liberándome de la presión del trabajo podía dejar de lado el consumo, pero no pude mantenerme lejos de ello por mucho tiempo, era prácticamente imposible cuando a cada fiesta que asistía el polvo blanco era el plato principal… claro está, nadie se confesaba un consumidor habitual, todos alegaban que era su primera vez, yo incluso me negaba cada vez que me ofrecían, pero llevaba mi propia dosis… quería guardar mi secreto tanto como fuera posible —mencionó, iba a continuar pero ella habló antes cortándolo.

—Te entiendo, yo tampoco dejé que mi familia se enterara de lo que había hecho, no se lo conté a nadie… en realidad no lo había mencionado fuera de ese círculo de lectores hasta ahora —confesó, mostrando en su semblante cierta incomodidad.

—Gracias por decírmelo y confiar en mí, Samantha… no tienes ni idea de cuánto lo valoro, la confianza es primordial en cualquiera relación, por ello intenté mantener a mi familia lejos de todo lo que sucedía, sabía que en cuanto se enteraran se sentirían defraudados y toda la confianza que me tenían se esfumaría… y no me equivoqué.

Sus ojos se humedecieron y respiró lentamente para pasar el nudo de lágrimas que se había formado en su garganta, mientras luchó por no dejar escapar ninguna, miró a Samantha a los ojos en un gesto desesperado por buscar seguridad en su mirada, encontró mucho más, consiguió comprensión y cariño, eso lo animó a continuar.

—Al final obtuve el papel que tanto había deseado, sentía que todo marchaba sobre ruedas y que tenía la capacidad para mantener las cosas en orden. Mi mánager organizó una fiesta para celebrar e invitó a varias amigas, bastante cercanas a nosotros… —Se aclaró la garganta y esquivó la mirada de Samantha, tragó y prosiguió—. Esa vez el plato fuerte sería una de las drogas más jodidas de todas, Stefano había conseguido heroína, dos de las chicas ya la habían probado, incluso él lo había hecho y yo no me quería quedar atrás, así que fui el más estúpido de todos los hombres y me animé a probarla, estaba muy animado por haber obtenido el papel, pero más de ello era por habérselo ganado a tres de mis rivales más fuertes, la cuestión no era quien era mejor parecido que el otro o tenía más fanáticas, para Baptista lo que importaba en realidad era lo buen actor que fueras y yo había demostrado que era el mejor… todo para terminar perdiéndolo después —dijo con rabia y una lágrima rodó por su mejilla.

La limpió con rapidez, imprimiendo un poco de furia en el gesto y se calló recordando por un instante.

Verlo así fue muy doloroso para Samantha, quiso abrazarlo, pero temía que él fuera a ver su gesto como lástima, así que se mantuvo en silencio, dándole tiempo para que continuara cuando se sintiese listo, no quería presionarlo y si él decidía no seguir ella lo entendería.

—Las cuatro mujeres que nos acompañaban eran amigas de años, así que podía ponerme en sus manos, consciente de que lo que sucediera en ese lugar jamás saldría de esas paredes. Hasta el momento puedo dar fe de ello, todo lo que vivimos ese día se mantuvo en secreto —señaló Alessandro, con tono seguro.

Samantha cerró los ojos dándole sentido a sus palabras. Dos hombres y cuatro mujeres, era evidente lo que acostumbraban a hacer, apenas pudo controlar su desagrado y evitar que se reflejara en su rostro. Después de todo ella no tenía por qué molestarse por el pasado de Alessandro, así como él no podía reprocharle nada del suyo; aunque la diferencia era abismal pues ella jamás había participado en orgías como lo había hecho él. Tomó aire lentamente para calmar los latidos de su corazón mientras una maldita imagen de él junto a otras llegó a su cabeza, provocándole un estremecimiento muy desagradable.

—¿Estás bien, Samantha? —preguntó preocupado por su reacción, temeroso que sus confesiones le provocaran repulsión.

—Sí… es solo que el agua ya se enfrió —se excusó en ese detalle casual, no lo miró a los ojos porque sentía ganas de golpearlo.

—Creo que es mejor que salgamos para secarnos y continuemos con esto después… —dijo, pero ella no lo dejó seguir.

—¡No! —exclamó sin poder controlar su molestia, se abofeteó mentalmente por poner en evidencia, después un poco más calmada continuó—. Podemos llenar de agua la bañera de nuevo, quiero saber lo que sucedió en esa fiesta. —Su tono de voz ya no era pasivo ni comprensivo, por el contrario, era exigente.

—¿Estás segura? Podemos terminar ganando un resfriado, Samantha —indicó, estudiando su semblante.

—Quiero saber qué sucedió, Alessandro, y no nos pasará nada —dijo de nuevo en el mismo tono adusto, tiró con fuerza de la cuerda que sostenía el tapón de la bañera y comenzó a vaciarse, levantó la cabeza y su mirada captó la odiosa media sonrisa dibujada en los labios de Alessandro —. ¿De qué te ríes? —Ni poniendo todo su esfuerzo hubiera controlado la molestia que su gesto le provocó.

—De nada… no me estoy riendo, Samantha —dijo disimulando, aunque la diversión bailaba en su mirada.

—Sí, lo estás haciendo… ¿acaso algo de todo lo que me has contado te resulta gracioso? ¿O quizás sea recordar los momentos que viviste junto a tus «confiables amigas»? —inquirió con desdén mientras abría el grifo y el agua tibia llenaba de nuevo la bañera.

—¿Estás celosa? —preguntó, emocionado, casi no lo creía.

Jamás pensó que ver celosa a una mujer le fuera a alegrar tanto, no después de todos los espectáculos que había tenido que soportar durante años. Se movió para acercarse a ella, pero Samantha se hizo hacia atrás y frunció el ceño como advertencia.

—No, ya te he dicho que nunca he sentido celos por ningún hombre —dijo con rabia, pues su orgullo femenino estaba herido.

—Por favor, Samantha, no mientas, es evidente que estás celosa por lo que dije de las chicas… —Una vez más ella lo detuvo.

—Lo que es evidente es que estás tratando de desviar la conversación hacia otro punto. Pues bien, no hay problema, si no deseas seguir contándome lo que sucedió estás en tu derecho… después de todo yo no soy tan confiable —expresó sintiéndose dolida y furiosa, se apoyó en el borde de la bañera y salió.

—Espera… ¿A dónde vas? —cuestionó desconcertado.

—Ya me cansé de estar en el agua y tengo hambre, voy a preparar algo de comer. —Luchó por parecer tranquila, pero un nudo de lágrimas estaba a punto de ahogarla, mientras se amarraba la bata.

Alessandro salió de la bañera y caminó hacia ella, la detuvo rodeándole la cintura con los brazos y la pegó a su cuerpo que aún goteaba. Sintió como la tensión envolvía a Samantha y eso lo hacía sentir mal. No había buscado molestarla hablando de su pasado con otras mujeres, aunque le animase que ella mostrara celos, tampoco era un estúpido para alejarla de él de esa manera.

—Samantha no tienes por qué ponerte así…

—¿Ponerme cómo? —inquirió con molestia e intentó zafarse—. Solo te he dicho que tengo hambre y… —No pudo continuar, los besos que Alessandro, dejaba caer en su nuca la hicieron temblar.

Él aprovechó que Samantha parecía relajarse, posó las manos en su cintura y la volvió para mirarla a los ojos, pero ella bajó el rostro y rehuyó su mirada. El latido que eso provocó en su corazón despertó una de las mejores emociones que hubiera sentido en su vida, tomó su barbilla entre sus dedos y le elevó el rostro para mirarlo a los ojos.

—Mírame, por favor, Samantha… te mencioné eso porque estaba siendo sincero contigo, ellas son parte de lo que fue mi vida, puede que no haya sido lo correcto, pero eso es algo que no puedo cambiar y si te digo ahora que me arrepiento de todo lo que hice, sería un maldito mentiroso, porque no lo hago… Al menos, no de lo que viví con ellas porque la pase bien y me dieron grandes experiencias. —Se detuvo dejando libre un suspiro pesado.

Samantha apretaba con fuerza los dientes para no derramar las lágrimas que viajaban en un torrente hacia sus ojos, quería que él la soltara, quería golpearlo y alejarse de allí, no volver a verlo de nuevo y que se jodiera. Sin embargo, la mirada de Alessandro no le dejaba escapatoria y su toque la ablandaba; maldito fuese por tener ese poder sobre ella, por dominarla de esa manera.

—Ok, perfecto, si ya terminaste me gustaría ir a vestirme y bajar a comer algo. —Se escudó en su orgullo, echó la cabeza hacia atrás para liberar su mentón de los dedos de él.

—No, no he terminado —intentó explicar su punto.

—Pues es una verdadera lástima porque no deseo escuchar nada más, así que haz el favor de soltarme. —Llevó sus manos a las de él que le cerraban la cintura, las movió para liberarse del agarre.

—Bien —espetó y la soltó con brusquedad mientras su ceño profundamente fruncido y la tensión en su mandíbula, eran la mayor prueba de lo molesto que estaba en ese momento.

Podía comprender que se sintiera celosa, pero que se mostrara tan ofendida y que ni siquiera le permitiera explicarse, le resultaba completamente ridículo; ese tipo de escenas eran las que odiaba, y con tristeza comenzó a darse cuenta de que Samantha no era tan distinta a las demás mujeres.

—El agua se está derramando, cierra la llave. —Le indicó ella antes de volverse para caminar hacia la puerta.

—Me importa una mierda el agua, por mí que se siga botando —mencionó y pasó junto a ella con andar enérgico para salir.

—Eres un grosero y un inconsciente —dijo con rabia y regresó para cerrar el grifo de la bañera.

—¡Sí! Y también soy un arrogante, un malagradecido, un maldito irresponsable y un inmaduro, quizás puedas agregar otros adjetivos más a la lista, Samantha ¡vamos! Después de todo debes tener decenas guardados en tu mente —mencionó con toda la intención de molestarla

y poner a prueba su paciencia, estaba harto de la Samantha glacial y educada que pretendía mostrarse superior a él.

Sentía que la furia cabalgaba en su interior dejando en llamas todo a su paso, él se había abierto a ella, le había contado lo que le ocurrió para estar en esa situación. Esperaba un poco de comprensión o cuanto mucho no ser juzgado, ni siquiera sabía por qué carajos lo había hecho, era evidente que nadie lograría entenderlo. Por el contrario, todos terminaban echándole en cara la clase de mierda en la que se había convertido, bueno al diablo con todos, ya estaba obstinado de los mismos reproches de siempre.

—¿Se puede saber qué hice o dije para que ahora estés así? —preguntó Samantha con molestia, anclado las manos en su cintura.

—Nada, tú no has hecho nada Samantha, tú eres la «señorita perfección» aquí el desastre soy yo… ¡Anda dilo! No te cohíbas por pensar que puedas herir mis sentimientos, después de todo, la mayoría cree que no los tengo —contestó, mirándola con rabia.

Ella inspiró con fuerza sintiéndose indignada sin saber siquiera cómo responder a sus aseveraciones, él había perdido la cabeza de un momento a otro ¿en qué instante había pasado de ser su confidente a ser la que fuera juzgada? Se preguntaba sin poder creer la actitud que le mostraba Alessandro, estaba irreconocible, sabía perfectamente que él tenía un carácter difícil, pero jamás pensó verlo así.

El pecho le subía y bajaba por lo agitado de su respiración, mientras su mirada acusadora seguía clavada en ella, empañada por las lágrimas que se esforzaba en contener, a la espera que Samantha contraatacara, que de una vez por todas le reprochase todas sus acciones tal como hizo su familia. Hasta ahí llegaba el sueño perfecto, el idilio que los dos vivían, aunque le reventara admitirlo y le doliera como un demonio, sabía que todo había sido por su culpa.

Samantha estaba completamente desconcertada por la actitud de Alessandro, ese ataque de rabia, que a toda lógica era injustificado e incomprensible, la había dejado sin armas para pelear. Ella era quien debería sentirse molesta, defraudada y ofendida, había sido quien se entregó a un hombre que creyó conocer, le brindó confianza y comprensión incluso cuando le confesó su pasado con las drogas. No sabía cómo explicar lo que sentía en ese momento y quizás estaba actuando de manera exagerada, pero sencillamente no podía quedarse y escucharlo hablar de sus antiguas aventuras amorosas. Le importaba un carajo si habían sido casuales o no, si se había acostado con diez o cien mujeres, no quería saber nada de ellas, sencillamente porque ¡Le dolía, maldita sea! Se sentía horrible admitirlo, pero así era.

Y no saldría de esa situación derrotada, podía retomar el control de las cosas, podía demostrarle que no le había afectado, podía ser la Samantha ecuánime y madura a la que nada perturbaba.

—Estás muy susceptible en estos momentos, Alessandro… lo mejor será que dejemos las cosas así y esperemos a calmarnos para continuar —esbozó en tono conciliador mientras caminaba para salir.

—¡No! Lo acabamos ahora. —La tomó del brazo con fuerza, la retuvo pegándola a la pared—. Si vas a terminar con todo esto lo haces ahora y mirándome a los ojos. Es lo mínimo que merezco después de haberme expuesto de esta manera, no me tratarás con tu fría y distante educación, Samantha. —Puso el rostro a centímetros del suyo.

Ella tembló al ver la rabia reflejada en su mirada, y al mismo tiempo su corazón se encogió, cuando vio que también estaba bañada por lágrimas que no llegaban a desbordarse. ¿Acaso él sentía que ella lo había herido? Había sido todo lo contrario. Era la que había sido lastimada, sus palabras la golpearon, no quería entenderlas, no quería darles el sentido que obviamente tenían.

Sintió como si estuviera al borde de un abismo, como si pudiera perder algo y el miedo la recorrió de pies a cabeza, tocando cada fibra en su interior.

—Hazlo, Samantha… dime que te he defraudado, que soy un miserable y no soy digno de tener la familia que tengo, que pisoteé tu confianza al igual como hice con la de ellos… dime lo que mi familia me dijo… solo eso merezco. —Su voz estaba ronca, por el llanto retenido en su garganta y que apenas lo dejó hablar.

—Alessandro, mírame —pidió al ver que cerraba los ojos para esconderle su dolor, él negó con la cabeza y no le obedeció, Samantha suspiró y se animó a apoyar las manos en su pecho—. Será mejor que te pongas una bata o terminarás resfriándote, y te advierto que soy una pésima enfermera —intentó convencerlo con un tono más amable.

—Puedo arreglármelas solo —pronunció con indiferencia.

—¡Eres tan malditamente terco, Alessandro! ¡Me exasperas! En serio lo haces. Te estoy diciendo esto por tu bien… deja de comportarte como un niño malcriado y hazme caso. —Esta vez hizo que su tono de voz fuera más exigente, intentó alejarse, pero él la detuvo una vez más cerrándole el cuello con una mano.

—Siento haberte asustado hace un minuto —susurró y después abrió los ojos, posando su mirada atormentada en ella—. No fue mi intención, Samantha, no soy así… nunca he sido un tipo violento, te prometo que no volverá a suceder, ¿me perdonas? —preguntó ahogado en los ojos ámbar, brindado una caricia con su mano.

Se había asustado era verdad, pero algo dentro de ella le aseguró que Alessandro jamás le pondría una mano encima para lastimarla, era un caballero y se lo había demostrado muchas veces, siempre había sido considerado con ella, la cuidaba, se preocupaba porque estuviera bien. No lo estaba justificando, no estaba actuando como aquellas mujeres que se cegaban ante la verdad solo por mantener a su lado a un hombre.

Pensaba con cabeza fría y las cosas se aclaraban a cada segundo, ella había actuado de manera irracional, no tenía ningún derecho a reprocharle nada de su pasado, no formaba parte de este y si ponía las cartas sobre la mesa, en ese momento solo eran dos amigos con derecho. Ese había sido el acuerdo y ambos debían respetarlo.

Alessandro sentía que Samantha se alejaba a cada segundo que transcurría, pocas veces había sentido miedo de perder a alguien, y la sensación parecía carcomerle las entrañas, quería abrazarla, amarrarla a él, pero no podía presionarla, sabía que ella odiaba eso, pero tampoco podía quedarse callado.

—Fui un imbécil… Y estás en todo tu derecho de pedir que me aleje de ti, si quieres que regresemos a la villa y no volver a tenerme cerca, lo haremos. Solo necesito me creas cuando te digo que jamás te lastimaría… —La miró a los ojos y retiró la mano de su cuello con una suave caricia, no un toque seductor, sino tierno que pedía disculpas.

—Te perdono… —dijo Samantha de pronto. Sentía que debía hacerlo o después sería tarde, no quería que se alejara de ella. Suspiró y llevó su mano para retener la de él, que la abandonaba—. Y te creo, igual estás equivocado, Alessandro, no pienso nada de lo que dijiste hace unos minutos. No creo que seas un miserable, ni tampoco que no seas digno de tu familia, se nota que los amas y que ellos te aman a ti. La situación que seguramente atravesaste y que aún estás pasando es muy complicada, pero dudo que ellos se sientan defraudados, yo no lo estoy… y tampoco has pisoteado mi confianza; al contrario, todo esto que me has contado te hace más digno de ella, no me molesta tu antigua adicción a las drogas… sé que ya no consumes, lo hubiera notado en algún momento —mencionó mirándolo a los ojos.

—Las dejé por completo después de esa noche, pero tuve que estar al borde de la muerte para

hacerlo, Samantha, ese fue el golpe que me trajo de vuelta a la realidad y me hizo ver hasta donde había llegado… eso y ver la tristeza y la decepción de mi familia… no fue fácil. La primera semana sentía que estaba volviéndome loco, que estaba en medio de una pesadilla y no importaba cuanto gritara o luchara no podía liberarme de ella —dijo con su voz cargada de tristeza, igual como se encontraba su alma en ese momento.

—Ven… vamos a vestirnos y me sigues contando, en verdad quiero que lo hagas, Alessandro. —Se detuvo dudosa en si debía o no decirle el verdadero motivo de su molestia, después de liberar un suspiro se animó a hacerlo—. Sentí celos de esas mujeres que mencionaste, me sentí en desventaja con ellas, porque hablas como si fueran muy importantes para ti y… bueno sé que, a mí, apenas me conoces…

Alessandro la detuvo con un beso, primero con ternura y después lo hizo con pasión, penetrando en su boca con la lengua, rozó su pesado músculo con el ágil de ella, tragándose el gemido que le entregó. El toque de su mano en el cuello de ella se hizo demandante. La aprisionó entre su cuerpo y la pared, empujando su pelvis contra las caderas de Samantha y odiando que la bata se interpusiera entre ambos, ella con solo un beso podía despertar tantas sensaciones y sentimientos en él, hacer que la necesitara casi con desesperación.

Samantha se sintió mareada ante la intensidad del beso, era absoluto y placentero, de esos que le robaban el aliento, y que la hacían desear más a cada segundo. Deslizó sus manos por el pecho de Alessandro y las ancló en su cuello, poniéndose de puntillas mientras lo instaba a bajar para tenerlo más cerca. En momentos como esos odiaba tener nada más un metro setenta, pero al mismo tiempo, le excitaban esos veinte centímetros que había entre ambos, sentirse pequeña entre sus brazos, pero con el poder de hacerlo estremecer y gemir.

—Ninguna mujer… —esbozó Alessandro en medio de un jadeo, cuando se separó para tomar aire—. Me ha hecho sentir como lo haces tú… esta necesidad que despiertas en mí, me vuelves loco de deseo —se detuvo y le mordió el labio inferior.

Sintió la lengua de Samantha acariciar el surco bajo su nariz, mientras apreciaba ese mágico instante en el que sus pupilas oscuras comenzaban a dilatarse, llevó su mano al cinturón de la bata y con agilidad lo desanudó, soltó el labio y tomó la boca suave y carnosa en un nuevo beso, famélico y profundo que los hizo gemir. Sus manos viajaron a los hombros de Samantha, prácticamente le arrancó la bata del cuerpo, la arrojó a un rincón y después la levantó en vilo, aprisionándola contra su cuerpo y la pared, ubicándose en medio de las hermosas y largas piernas de Samantha que de inmediato se cerraron alrededor de su cintura.

Ella sentía correr por sus venas el deseo y el ansia voraz que Alessandro despertaba en su interior, todo raciocinio desaparecía y era reemplazado por el contundente anhelo que le exigía tenerlo en su interior, llenar ese espacio que dejaba de pertenecerle y solo clamaba por él, ser suya como no había sido de otro hombre. Lo envolvió con sus piernas, aferrándose a las caderas masculinas con fuerza para evitar caer, apoyando sus pantorrillas en los fuertes glúteos de Alessandro, que parecían haberse convertido en un par de piedras debido a la tensión que mostraba el músculo por tener que soportar su peso.

Samantha jadeó cuando sintió que él hundía un dedo en su interior y masajeaba con el pulgar lentamente su clítoris, esa sensación la hizo estremecer, sintió como la lengua de Alessandro hacía el mismo movimiento sobre la suya, suave y lento, gimió y tembló de nuevo, apretó los párpados con fuerza cuando él comenzó a dibujar lentos círculos con el dedo en su interior, se sentía desvanecer encima de él, se liberó del beso y apoyó la cabeza en la pared, jadeando ante las olas de placer que la golpeaban. Sintió que la boca de Alessandro se apoderaba de sus senos, dejando caer besos en ambos, para después encargarse de los pezones, los succionó y lamió a su

antojo, mientras los dedos largos y delgados seguían la invasión a su interior, entrando y saliendo con movimientos pausados, dándole la presión justa a su punto más sensible, se sentía cada vez más cerca de esa cima de placer a donde él la llevaba siempre.

—Soy tuyo… —dijo Alessandro antes de penetrarla, él gimió y ella jadeó apretando los párpados trémulos, entró de nuevo, un embiste certero y hasta el fondo—. Mírame, Samantha. —Más que una orden fue una súplica, ella lo hizo y ambos se ahogaron en sus miradas, acercó los labios casi hasta rozar los de ella—. Soy tuyo… ahora… en este momento, siénteme, Samantha… siénteme. —Su voz era áspera por el esfuerzo de las penetraciones, empujando contra ella una y otra vez, haciéndola rebotar entre su cuerpo y la pared.

Los labios rojos y temblorosos de Samantha fueron una invitación a la que no pudo negarse, primero un roce suave, lento y sensual, después una caricia de su lengua que se enredó a la de ella cuando salió en busca de la suya, un gemido y después de eso la locura se apoderó de sus cuerpos y sus almas. La desesperación por demostrarse cuanto se deseaban y que en ese momento solo existían ellos, los llevó a tener un encuentro casi salvaje, hambriento y desesperado, como si un par de horas atrás no hubieran saciado sus deseos.

Samantha sentía que él llegaba tan profundo que parecía querer traspasarla, sus caderas no estaban en la posición más cómoda, y su espalda chocaba con la pared. Sin embargo, no deseaba que Alessandro se detuviera un solo instante para buscar una posición más placentera, ansiaba tenerlo así y aún más después que le asegurase con tanta vehemencia que era suyo ¿qué importaba que fuera solo por ese instante? Él le había dicho que era suyo y ella le creía.

Quería drenar los deseos enloquecidos que cabalgaban en su interior y comenzó a mover sus caderas con frenesí, haciéndolo al mismo ritmo desesperado de Alessandro, tomando en su interior todo cuando podía de él. Los besos que dejaba caer en la piel caliente y enrojecida del grueso cuello masculino cambiaron por ligeras mordidas, primero allí y después viajaron hasta el hombro izquierdo, donde las marcas comenzaron a ser más visibles, mientras sus uñas se clavaban en los músculos de la espalda cada vez que él la embestía.

Alessandro llevó una mano a la cabeza de Samantha y hundió sus dedos en el espeso cabello castaño, no para alejarla de su hombro, aunque le doliera la presión de los dientes de ella sobre su piel; lo hizo para descansar su brazo de la postura que tenía. Sentía que sus piernas firmes como pilares, a momentos se estremecían por las descargas de placer que lo golpeaban, sentía que toda la sangre en sus venas viajaba a su miembro, hinchándolo a cada segundo, acumulando su esencia que ya podía sentir palpitando caliente bajo la piel.

—Estoy cerca… tan cerca… ¡Oh, Dios mío! —esbozó Samantha entre jadeos y temblores.

Se tensó sintiendo que su piel se prendía en llamas y una cálida humedad brotaba de ella, bañando el miembro de Alessandro que palpitaba en su interior, movió su cabeza buscando un lugar donde apoyarla, lo hizo en la frente de él, mantuvo los ojos cerrados durante los estragos que el orgasmo le provocó. Cuando los abrió se encontró con la mirada de Alessandro y su corazón pareció estallar de felicidad, él la había observado mientras era arrastrada al abismo del placer, se había contenido de dejarse ir, solo para darle la oportunidad a ella de hacerlo, siempre lo hacía, siempre se esmeraba en complacerla.

La mirada de Samantha lo iluminó como ese radiante sol que aparece en el cielo después de días de lluvia. Eso le llenó el pecho de un sentimiento extraordinario y se lanzó a su propia liberación, confiado en que Samantha jamás haría algo que lo lastimase, porque ella era única, porque era distinta a las demás, porque ella lo quería, podía sentirlo, aunque no se lo dijera, él lo sentía.

Su mundo fue completamente perfecto en esa fracción de tiempo cuando se desahogó en el

interior de Samantha, sintiéndola temblar, escuchándola gemir, aferrada a él como si fuera lo único que podía mantenerla en la tierra. Hundió el rostro en su cuello, ahogando gemidos roncos que parecían romperle el pecho mientras sus caderas seguían empujando en su interior, dándole estocadas profundas, una y otra vez, empapándose del sudor que la cubría, embriagándose con su olor, ese al que se había vuelto adicto.

De pronto el miedo lo embargó de nuevo, depender una vez más de algo o lo que era peor de alguien, era una situación que no deseaba volver a vivir, no podía permitírselo nunca más. Debía detener lo que estaba sintiendo, Samantha no era suya. No se quedaría a su lado para toda la vida, se iría, tarde o temprano y después de eso, ¿qué le quedaría? ¿Cómo podría soportar no tenerla? Si estuvo a punto de volverse loco por las drogas. ¡No! Él no podía depender de ella, no podía hacerlo de nada ni de nadie, debía tener la situación controlada, volver al inicio y centrarse en su objetivo.

Ella solamente era su amante, la mujer con la que compartía un sexo estupendo, la que despertaba su deseo y lo saciaba. No podía ser nada más, solo una amiga como tantas otras que tuvo en el pasado, y como a todas aquellas a ella también podía dejarla cuando el momento llegase. Sin reproches ni remordimientos, no habría dramas suicidas ni lágrimas, tampoco bofetadas como las que ya varias veces había recibido; con Samantha solo habría un emotivo adiós y nada más.

El aturdimiento de los orgasmos vividos mantenía a Samantha muy lejos de los pensamientos que rondaban la cabeza de Alessandro, ella suspiraba y lo besaba sintiéndose cada vez más unida a él. No sabía que había tomado la determinación de alejarse de ella, de evitar que entrara de nuevo en su mundo de la manera en la que lo venía haciendo, ahora era él quien ponía los límites.

Capítulo 51

Un par de horas después, Alessandro seguía dándole vueltas en su cabeza a lo ocurrido, se había expuesto delante de Samantha como no lo había hecho nunca con nadie, ella tenía una facilidad asombrosa para hacer que le confesara sus miedos y sus anhelos, era tan sencillo mirarla a los ojos y confiar. En el fondo de su corazón deseaba hacerlo, poder dejar parte del peso que llevaba sobre los hombros, soltarlo sin temor a que las cosas se fueran a complicar aún más.

La experiencia le permitía que ni siquiera tuviera que ver lo que hacían sus manos mientras destapaban la botella de vino, pero casi la dejó caer al suelo, cuando su mirada captó a Samantha que entraba a la cocina llevando un pantalón corto de algodón y su sudadera del instituto, la reconoció de inmediato y no solo por la sorpresa de verla así, sino por la prenda en cuestión.

—¿Dónde la encontraste, Samantha? La había dado por pérdida hacía años —preguntó, acercándose a ella.

Detallaba la prenda roja, donde resaltaba el escudo de la escuela bordado en un blanco que seguían impecable, a pesar de los años de haber estado tirada en algún rincón de esa casa. Aunque nunca había sido un deportista nato como lo era Lisandro, le tenía mucho cariño a esa sudadera, pues fue su amuleto de la suerte para ganar el único campeonato de baloncesto donde participó, recordaba mientras la tocaba, sintiendo como si el tiempo hubiera retrocedido hasta ese momento. Después de eso su carrera en el mundo del espectáculo lo alejó por completo de los deportes y no pudo repetir la experiencia.

—Estaba en el armario donde guardan las sábanas, tomaba algunas para cambiar la cama que dejamos completamente desordenada y la vi… Supuse que era tuya y tomé el atrevimiento de ponérmela, quería darte la sorpresa, es obvio que lleva años olvidada en ese lugar —contestó con una sonrisa, emocionada por ver esa que Alessandro le ofrecía, era evidente que él apenas podía creer lo que veía.

—Es mía, la última vez que la vi fue cuando estaba por culminar las grabaciones aquí en Varese, pensé que la había perdido en alguno del set o alguien la había tomado por equivocación, pregunté, pero nadie supo darme respuesta… tiene más un valor sentimental que monetario, es del instituto donde cursé la secundaria.

—Bueno, acabas de recuperarla… que bueno que no era de tu hermano o de tu padre. —Se disponía a quitársela cuando él la detuvo.

—Puedes llevarla hoy… me la das después, se te ve muy bien —mencionó con una sonrisa, mientras levantaba la capucha para cubrir la cabeza de Samantha y la diversión bailaba en su mirada.

—Gracias, pero pensé que después de años de no tenerla desearías ponértela… —dijo, mirándolo a los ojos, disfrutando de esa sonrisa que él le entregaba y lo hacía lucir mucho más joven.

—Tú siempre sufres de frío, así que quédatela esta noche y me la regresas mañana… tienes buen instinto, Samantha, con razón se te dan tan bien las tramas policiales.

Esa visión que ella le entregaba era tan hermosa, siempre quiso ver a su chica llevando esa sudadera, pero nunca se dio la oportunidad, las novias que tuvo en el instituto nunca le animaron a compartirle algo que consideraba tan suyo. Así que ver a Samantha llevándola era algo que no

deseaba perderse por nada, no solo le quedaba bien, sino que había algo en ella que hacía que él se sintiera embelesado, en verdad lucía hermosa y sensual, era el sueño de todo deportista y aunque él no lo fuera del todo, bien podía asumir esa noche que sí lo era y que además ella era esa novia a quien siempre quiso vérsela.

El apetito de Samantha despertó al ver la deliciosa ensalada Cesar presentada en una fuente de cristal, no pudo evitar la tentación de robar un trozo de pollo, aprovechando que Alessandro buscaba en los estantes los platos para servirla. Se giró con rapidez para no ser descubierta y caminó hasta el comedor, mientras llevaba la ensalada y la botella de vino en sus manos.

Su curiosidad la llevó a observar la botella, un vino diferente con apariencia exquisita y elegante, un Chardonnay de la región del Piamonte, cosecha del dos mil siete. Estaba segura de que ese también sería excelente, sirvió un poco en una copa y lo movió para airearlo como le había enseñado, luego se la llevó a la nariz para apreciar los aromas, una combinación de frutas suaves: pera y manzana verde, pero tenía al mismo tiempo un toque cítrico que era imposible de obviar.

Sonrió ante su descubrimiento, aprender a diferenciar los aromas la hacía feliz, cada vez que aprendía algo nuevo sentía que se acercaba más a él, a las cosas que le gustaban y que ella deseaba compartir. Tomó un sorbo pequeño para degustarlo, cerró los ojos y se concentró en lo que su paladar apreciaba, más satisfecha al comprobar que su olfato no la había engañado, las notas de las frutas que intuyó lo componían se podían apreciar con facilidad, era un vino fresco y dulce, pero al mismo tiempo con cuerpo, una armonía perfecta que la deleitó.

—¿Qué tal? —preguntó Alessandro mientras la observaba.

Ver el gesto de satisfacción en el rostro de Samantha lo hizo felicitarse por su elección. *Terre dei Santi*, era uno de los mejores viñedos de la región, sus vinos eran sinónimo de excelencia y uno de sus favoritos, dejó los platos sobre la mesa y su mirada se encontró con la de Samantha cuando ella abrió los ojos.

—Es delicioso, tiene toques suaves y frescos… —Estudiaba la reacción de Alessandro para comprobar que estaba en lo cierto, él sonrió y ella continuó—. Pero es fuerte… es decir, tiene cuerpo, las frutas son manzana verde… y puede ser pera ese toque dulce que se aprecia en el fondo ¿acerté señor experto? —preguntó sonriente.

—Por completo, pero te faltó solo un pequeño detalle… toma un trago más y mantenlo unos segundos en tu boca, después pásalo lentamente —señaló al tiempo que él se servía una copa. Tomó un trago y buscó ese elemento que a Samantha le había faltado, lo encontró en medio de todos los demás y esperó por ella.

Samantha lo imitó esforzándose por apreciar algo más, era un toque dulce que no sintió en su primera prueba, varios nombres llegaron hasta su cabeza, pero los iba descartando, pasó el trago lentamente como él le dijo y al fin obtuvo lo que le había faltado.

—¡Vainilla! —exclamó emocionada.

Alessandro la aplaudió con entusiasmo ante el descubrimiento, se acercó y le dio un beso en los labios como recompensa, abriendo su boca para apreciar el dulce sabor del vino que se hacía mucho mejor degustado de los labios suaves y llenos de Samantha. Saber qué hacía todo eso para complacerlo lo emocionaba, y al mismo tiempo lo hacían recriminarse por querer relegarla al mismo lugar que tantas otras habían ocupado en su vida, ella no lo merecía y él lo sabía, nadie lo había hecho sentir como Samantha, ni se había entregado a él de esa manera. Sin embargo, el problema estaba en cuánto estaba dispuesto a darle a ella, qué tanto de él quería que Samantha tuviera. Esas interrogantes seguían torturándolo y no dejarían de hacerlo mientras estuvieran juntos.

—Ya es toda una experta, señorita Steinberg —dijo, sonriéndole.

Después de degustar la deliciosa y ligera cena subieron hasta el salón del tercer piso, ese mismo donde la noche anterior habían tenido la mejor de sus vidas, eso era algo que no podían negar, aunque quisieran, ambos eran conscientes de ello, pero también sabían que de declararlo quedarían muy expuestos frente al otro.

Ahora estaban en silencio, tendidos en el sofá, ella apoyada sobre él, brindándose suaves caricias y viendo la leña consumirse en la chimenea. Compartir así nos les resultaba complicado, pero habían dejado un tema a medias y eso hacía que el silencio le resultase incómodo y pesado, distanciándolos.

—Alessandro… sé que actué de manera irracional y que fue mi culpa que no continuaras contándome lo que sucedió en aquella fiesta, me extralimité en mi reacción, pero te prometo que no volveré a juzgarte por algo que no me concierne, tu pasado es algo que no puedes desligar de ti y no tengo el derecho a cuestionar nada. —Su discurso salió en un torrente de palabras, no se atrevía a mirarlo a los ojos, pero le era imposible controlar su curiosidad.

—Samantha… —Suspiró pesadamente—. Es una historia muy larga, y no creo que este sea el mejor momento para enfrascarnos en ella… quizás podríamos dejarla para otro día —agregó, con tono cansado, renuente a continuar.

—No tenemos mucho que hacer por el resto de la noche, yo no tengo sueño y sé que tú tampoco, ya dormimos suficiente esta mañana, por favor, Alessandro. —Se movió para mirarlo a los ojos—. Tengo decenas de teorías en mi cabeza y si no tengo una en concreto me volveré loca, mi curiosidad es mi peor defecto y temo que contra ella no puedo luchar, lo he intentado por años y todo ha sido en vano, por favor apiádate de mí y continúa con lo que sucedió… ¿Cómo se enteró tu familia de lo que estaba ocurriendo?

Alessandro suspiró sintiéndose derrotado, cerró los párpados unos segundos y temblaron cuando las imágenes llegaron hasta su cabeza con una nitidez asombrosa, como si todo estuviera ocurriendo en ese preciso momento, la angustia regresó colmando su pecho y la esperanza de liberar esa carga solo podía dársela contarle todo a Samantha. Hasta ese momento nadie había mostrado interés por conocer su punto de vista, no podía reprocharle a su familia, no podía pedirles la neutralidad que le brindaba Samantha, lo sabía muy bien, no era lo mismo el daño que le causó a ellos, que relatarle a ella un hecho que a fin de cuentas no la afectaba en nada.

—Esa noche era como cualquier otra, bueno mucho más animada de que de costumbre, por supuesto, me sentía el hombre más poderoso, talentoso y satisfecho de este mundo, creía que podía conquistarlo todo… Así que acepté probar la heroína. Las primeras en animarse a tomar su dosis fueron las chicas que ya lo habían hecho antes…

Alessandro evitaba llamarlas por sus nombres para no crear de nuevo un estado de tensión en Samantha, se frotó los ojos sintiéndose cansado y continuó porque sabía que ella esperaba que lo hiciera.

—Luego siguieron Stefano y Giovanna, ella estaba un poco decaída por una situación que atravesaba, y pensó que eso la ayudaría a alejarse de todo… Finalmente lo hice y la primera sensación es espantosa, sientes como si te inyectaran ácido en las venas, pero después es como si te lanzaran al espacio desde una plataforma de despegue… El efecto de la droga hizo que todo se calentara y cada uno tomó el rumbo que le apetecía. —Desvió su mirada al techo.

—No es necesario que entres en detalles… tuviste sexo con varias de ellas, eso es algo evidente, ¿qué sucedió después? —inquirió Samantha, intentó que su tono fuera lo más neutral posible.

—En realidad, no tuve sexo con varias de ellas, solo me fui con Giovanna, hasta la

habitación…

—¿Ella era tu novia? —preguntó, sin poder ocultar su curiosidad, buscó la mirada de Alessandro para impedir que le mintiera.

—No, era una buena amiga y compartíamos desde hacía mucho, Giovanna tenía una pareja, Alexia, una modelo sueca con la cual llevaba un par de años saliendo. Justo habían tenido una pelea y ella se encontraba deprimida por eso… —Se detuvo mostrando media sonrisa al ver el semblante de Samantha.

—No entiendo… ¿Qué tipo de relación tenías tú con ella, entonces? —inquirió parpadeando, completamente desconcertada.

—Digamos que era el único hombre con el que Giovanna se sentía a gusto, y también Alexia; por lo general, ella nos acompañaba cada vez que nos encontrábamos, hacíamos un buen equipo. Pero me pediste que no entrara en detalles así que, es mejor que lo dejemos allí.

—¡No! Ahora mi curiosidad ha cambiado, siempre me he preguntado lo que siente un hombre estando en esa situación y más a uno que le guste llevar el control, como a ti —indicó, levantándose un poco para mirarlo mejor.

Él dejó libre un suspiro y buscó la manera de responder a ello; en realidad, no se había puesto a analizar mucho la situación, cada vez que sucedía solo se dejaba llevar sin cuestionamientos. A decir verdad, ningún hombre en su sano juicio desaprovecharía la oportunidad de tener sexo con dos mujeres así, era hacer realidad una fantasía, una rubia y una pelirroja exuberantes, expertas en todos los sentidos, y lo mejor de todo, sin compromisos que lo ataran más adelante.

—Era su juguete y la verdad no me arrepiento en lo absoluto, se esmeraban en complacerme más de lo que yo podía hacerlo con ellas. Era un tipo de competencia secreta que tenían para ver cuál de las dos me daba más placer, ambas eran muy buenas en lo que hacían; así que no había motivo para sentirme incómodo con esa situación. Claro como dices, me gusta controlar las cosas y de vez en cuando yo también me imponía a las dos; era un juego que todos disfrutábamos, algo en lo que los tres estábamos de acuerdo —mencionó en tono casual, no era un hombre de tabúes, ni de medias tintas.

—Pero… tú eres tan celoso y posesivo ¿en serio nunca te sentiste incómodo al tener que compartir a alguna de las dos? —Los celos habían sido reemplazados el asombro de saberlo parte de algo así.

No era una mojigata, sabía perfectamente el papel que un hombre jugaba entre dos mujeres, a su edad, el cine pornográfico no era un tema vedado. Por el contrario, muchas veces le había servido para desarrollar escenas, sobre todo para Ronda Mortal, su curiosidad la había llevado a ver escenas de todo tipo, así que no le resultaba difícil ubicar a esas mujeres junto a Alessandro, en una de las tantas que vio.

—Ninguna de las dos me pertenecía, estaba claro en eso y ponerme celoso era algo estúpido, por supuesto, no dejé nunca que Stefano las tocara. Ellas eran mías, aunque dentro de una habitación las cosas adquirieran un sentido distinto… —Se detuvo estudiando la reacción de Samantha, un poco divertido al ver que ahora no se mostraba celosa como minutos atrás, sino curiosa. Sabía que esa mente de escritora que tenía estaba trabajando a toda máquina, le acarició el cabello—. Es distinto a lo que siento contigo, a ti jamás te compartiría con nadie, ni siquiera con otra mujer —dijo con voz tranquila mientras la miraba.

—¡Estás loco si crees que yo lo haría! —exclamó, levantándose hasta quedar sentada—. No me gustan las mujeres, ni siquiera me llaman la atención por curiosidad y no he tenido fantasías sobre compartir a un hombre con alguna —agregó con tono tajante.

—No digo que lo vayamos a hacer, preciosa —le aclaró en medio de risas, al ver que se

había molestado, suspiró y continuó—. La relación que tenía con ellas era algo poco habitual, conozco a Giovanna desde hace años, fui su primer amante, duramos un tiempo juntos, pero todo de manera muy discreta, no queríamos que se desatara un circo en torno a nuestra relación. Después de dos años me confesó sus gustos y nos alejamos, me dolió como una patada en las pelotas saber que prefería más a una mujer, pero después de un tiempo lo acepté y volvimos a ser amigos. Cuando me sugirió la idea de estar con ella y Alexia, pensé que era mi oportunidad para demostrarle que podía ser mejor que su exuberante amiga, pero terminé cayendo rendido ante las dos y lo peor de todo, es que me sentí condenadamente feliz.

—Imagino —murmuró entre dientes; empezaba a reprocharse por su idea de averiguar más sobre el tema. Se aclaró la garganta ante la molestia que la invadía—. Supongo que lo que tú y yo hacemos te parecen los juegos de un jardín de niños, ¿no es así? —inquirió, sintiendo que ahora era ella la que había sido herida en su orgullo.

—Supones mal —respondió y jaló a Samantha para tumbarla sobre su cuerpo de nuevo, le dio un beso en la coronilla—. Puede que lo que tú y yo hagamos no sea nada del otro mundo, que incluso sea rutinario para muchos, pero yo no lo siento así; por el contrario, creo que es extraordinario. Tú eres hermosa, tu cuerpo es perfecto… tienes algo que no logro descubrir todavía lo que es, pero que me vuelve loco y me hace desearte a cada momento… incluso mientras duermes tienes el poder para seducirme y hacer que desee hacerte mía, una y otra vez, hasta caer sin aliento —expresó con sinceridad, mirándola a los ojos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó y elevó una ceja en señal de incredulidad, aunque en el fondo de su corazón deseaba creerle.

—¡Absolutamente! —mencionó con seguridad.

—Entonces no es algo extraño que sienta lo mismo… para mí también es especial todo lo que hacemos, Alessandro; a decir verdad, es la mejor experiencia que he tenido hasta ahora, tú haces que todo sea intenso, y también me haces desearte incluso cuando duermes —confesó, con una sonrisa mezcla de timidez y sensualidad, mientras rasgaba suavemente con sus uñas la piel expuesta del pecho de él.

La sonrisa de orgullo que mostró Alessandro fue imposible de disimular, subió la cabeza para alcanzar los labios de Samantha y darle un beso suave, lento y sensual al mismo tiempo, llevó sus manos por debajo de la sudadera y le acarició la suave piel de la espalda.

—Una vez más nos desviamos del tema —susurró ella, sometida por ese dulce beso que llevaba las notas del vino que había bebido.

—Es tu culpa, siempre me interrumpes. —Sonrió y besó el ceño fruncido de Samantha.

Retiró la mano de la cintura y la apoyó en su espalda, abrazándola, acercándola a él, sintiendo temor de perderla, aunque a esas alturas y después de todo lo que había confesado, ya nada podía separarlos, la prueba había sido superada, al menos eso esperaba.

—Ok, prosigo… después de entrar a la habitación todo fue muy rápido, Giovanna tenía una urgente necesidad por tener sexo, quizás para no ser consciente de la ausencia de su novia y yo, pues la deseaba así que no la hice esperar mucho. Solo lo que me tomó ponerme un preservativo, porque ya estaba excitado. —Era la primera vez que hablaba con una mujer de sus relaciones con otra.

Ella estaba tan metida en la historia que incluso le llegaba a parecer que la estuviera escuchando de alguien más y no de Alessandro, o quizás eso lo hacía su orgullo de mujer para no verse tan golpeado. No resultaba sencillo escuchar a su actual amante hablar sobre sus relaciones pasadas, sin embargo, allí estaba ella, atrapada y a la espera de todo lo que él pudiera contarle.

Alessandro pensaba que Samantha en verdad era una mujer muy particular, otras en su lugar lo

hubieran dejado botado, pero antes de ello le hubieran lanzado una avalancha de reproches y llorado mares de llanto sintiéndose indignadas. Ella no, por el contrario, estaba muy atenta a cada una de sus palabras; tomó aire lentamente para continuar con la historia.

—El encuentro fue rápido y sin mucho preámbulo, comencé a sentirme mareado y pensé que era el efecto de las drogas más la reacción del orgasmo, ella había acabado antes que yo, cuando me alejé cerró los ojos y se quedó en silencio…

Se interrumpió recordando la imagen con exactitud, se tensó ante el miedo que eso le provocó, pero decidió continuar.

—Giovanna siempre mencionaba algo a la ligera después del sexo, esa vez no lo hizo y pensé que a lo mejor se estaba reprochando internamente por haber traicionado a Alexia, se suponía que ella también debía participar en nuestro juego o de lo contrario este tomaba otro sentido. —Tenía la mirada en el techo, recordando aquel día.

Samantha se obligaba a guardar silencio, sabía que cualquier cosa que dijera con respecto a ello desviaría su conversación una vez más, y no quería que eso sucediera ni mucho menos que él le diera detalles de la relación que llevaba con esa mujer. Aunque aquellos celos irracionales que sintió en un principio no la atacaban con tanta fuerza en ese momento, seguía resultándole desagradable escucharlo hablar de otras mujeres y mientras más rápido pasara todo eso mejor.

—¿Qué sucedió después? —La misma pregunta que había formulado salió de sus labios, al ver que Alessandro se había quedado callado, no quería siquiera que pensara en la tal Giovanna.

—Me levanté para ir al baño, me sentía acalorado, la boca seca y una comezón en el pecho y los hombros. Decidí darme un baño, pero antes regresé a la habitación para invitarla a ella también, seguía con los ojos cerrados y pensé que se había quedado dormida, me acerqué viendo que su rostro se notaba muy pálido… su respiración apenas se sentía, la toqué y estaba helada, eso me llenó de pánico.

La voz de Alessandro se quebró en ese instante y Samantha se sentó a consecuencia de ello, sabía que algo muy malo había ocurrido, de repente se sintió angustiada por la suerte de aquella chica, buscó la mirada de Alessandro pidiéndole que siguiera.

—No sabía qué hacer, comencé a dar gritos pidiendo ayuda, pero la música a todo volumen y el escándalo que tenía Stefano junto a las otras, impidieron que me escuchara. No quería dejarla sola, sentía que de hacerlo podía perderla… Caminé hasta donde había dejado mi chaqueta y saqué el móvil, mi visión comenzaba a hacerse borrosa, y el calor cada vez era más intenso. Me dirigí al baño mirándola a cada instante, como pude logré manejar las teclas y disqué el número de mi hermano… este repicó varias veces y no respondía, aún era temprano y sabía que no estaba durmiendo. Por un segundo enfoqué la mirada en el reflejo que me devolvía el espejo, y sentí que mi corazón se paraba cuando vi que de mi nariz salía sangre, la retiré con el dorso de mi mano que temblaba, pero salió más… casi me orino encima del miedo, marqué de nuevo y al fin Lisandro contestó. —Se detuvo para ver a Samantha, se había sumido en sus recuerdos y se olvidó de ella.

Su semblante estaba petrificado, pálido y con la respiración superficial, como si ella misma fuera parte de esa escena que vivió meses atrás y que aún seguía torturándolo. Se levantó despacio llevándola con él hasta quedar sentado, le acarició el rostro temiendo que todo eso la hubiera impresionado, apoyó sus manos temblorosas en las mejillas de ella y la obligó a mirarlo a los ojos.

Samantha sabía que nada malo le había ocurrido a Alessandro, que él estaba aquí con ella y estaba bien, pero él solo hecho de pensarlo en medio de una situación tan peligrosa como esa, la hacía estremecer y tener unas inmensas ganas de llorar. Pensar que él pudo haber muerto por una

sobredosis y que ella nunca lo hubiera conocido era demasiado doloroso. Llevó sus manos hasta las de él que le cubrían las mejillas y las apretó con fuerza, quería asegurarse que todo era parte del pasado.

—¡Dios mío! No sabes cuánto me alivia que estés bien, que no te haya pasado nada grave… Alessandro, no puedo ni imaginar algo tan espantoso como eso, la desesperación que debiste sentir, debías aprender la lección, pero no de esa manera… No soportaría verme en un episodio como ese, prométeme que jamás harás algo así y que no volverás a tomar ninguna maldita droga en tu vida, prométemelo, Alessandro, ¡promételo, por favor! —expresó en medio de lágrimas.

—Estoy bien ahora, Samantha… no llores por favor, todo está bien, eso no volverá a ocurrir y no te haré pasar por algo parecido nunca, te lo prometo… no volveré a acercarme a esa mierda de nuevo, por eso estoy aquí… por eso lucho todos los días, lo que más deseo es que mi familia vuelva a confiar en mí y te aseguro que lo haré, conseguiré que ellos confíen en mí de nuevo y que tú también lo hagas —pronunció con la voz ronca por el nudo de lágrimas que lo ahogaba.

Envolvió a Samantha entre sus brazos con fuerza, sintiéndola temblar al tiempo que él también lo hacía, luchando por no dejar libre su llanto mientras sentía que el de ella le humedecía el cuello. La besaba y le acariciaba la espalda con ternura para consolarla, y esa sensación de calidez que lo embargó la primera vez que ella se mostró preocupada por él, ahora era una hoguera dentro de su pecho.

Después de varios minutos Samantha logró calmarse y se excusó por haberse puesto así; en realidad, sentía que había exagerado, pero su preocupación por lo que pudo haberle sucedido a Alessandro, la llevó a ese estado de turbación, ni ella misma comprendía por qué ese temor, pero allí estaba latente y obviarlo era imposible. Igual le pidió que continuara con la historia y él, aunque renuente terminó por hacerlo, sentados y manteniendo aun el abrazo.

—Logré decirle a mi hermano donde estaba y lo que había hecho, luego perdí el conocimiento… Desperté dos días después en mi antigua habitación en la casa de mis padres. Sentía que me había pasado una estampida de caballos por encima, la cabeza me iba a estallar y apenas podía mantener los ojos abiertos. Cuando lo hice pude ver a mis padres junto a Lisandro; Paula había viajado por una actividad del colegio a las ruinas de Pompeya y afortunadamente no se dio cuenta de lo ocurrido. —Se detuvo para pasar el nudo en su garganta y después de un suspiro, siguió—. La cara de decepción y dolor de mis padres será algo que jamás podré olvidar... yo era su mayor orgullo, Samantha, mi madre me adoraba… y para nadie era secreto que era su preferido, igual mi padre también se sentía satisfecho del gran hombre que era su hijo.

La voz se le quebró de nuevo y las lágrimas anegaron sus ojos, sentía que la misma vergüenza y el dolor regresaban a él, la furia por haberles fallado a todos, de nuevo esas ganas de escapar de su realidad lo torturaban. Sintió que ella le acariciaba el rostro, se tensó primero pues no deseaba inspirar lástima, pero terminó apoyando la mejilla porque ella le daba ese toque que tanta falta le hizo en aquella ocasión, pero que no podía exigir a ninguno de los allí presentes, porque no merecía nada de ellos. Luchó contra un sollozo y siguió desahogándose.

—Sé que darse cuenta de que todo lo que les mostré no fue más que una maldita mentira, los destrozó… Y fui tan miserable que en lugar de aceptar mi responsabilidad y que la situación se me había escapado de las manos, me hice el indignado cuando me reprocharon mi manera de proceder… Les exigí que no se metieran en mi vida, incluso a mi hermano que me había salvado le dije que no se inmiscuyera —mencionó apenado, esquivando la mirada de ella.

—¿Cómo reaccionaron ellos? —preguntó aún entumecida por el episodio anterior, pero el reclamo hacia él estaba implícito en su voz.

—Como era de esperarse, los reproches me llovieron encima, mi madre intentaba entender lo

que había sucedido, aun no podía creer que me hubiera convertido en un adicto, la decepción de mi padre era mucho mayor… y apenas me dirigía la palabra. El más espontáneo de todos fue Lisandro… incluso me dio dos buenos y merecidos golpes para hacerme reaccionar. «Me importaba una mierda si te daño la cara» me dijo cuándo quedé tirado en el suelo, y me aseguró que nunca más volvería a pisar un maldito set de grabaciones… culpaba de todo a mi carrera. Después me enteré de que tenía motivos más que suficientes para hacerlo; había sido un completo imbécil, mientras mi mánager me llenaba de porquerías para mantenerme entretenido y haciendo dinero, él se llenaba los bolsillos a mi costa, llevaba unos tres años robándome.

—¡Era un maldito bastardo! —exclamó furiosa—. Perdón… no suelo decir cosas así y menos de personas que no conozco, pero desde el mismo momento en te alcahueteo para que iniciaras con los ansiolíticos comenzó a desagradarme… no entiendo cómo pudo traicionarte de esa manera. Sé que el dinero no es amigo de nadie y que todo el mundo corre el riesgo de ser estafado, pero él era tu amigo, por lo que puedo ver de su relación lo trababas como a un hermano… en verdad es un miserable ¡ya lo detesto! —agregó sintiéndose furiosa.

—No te disculpes, Samantha, créeme siento cosas peores, el muy maldito intentó hasta chantajear a mi familia y amenazó con enviar a la cárcel a Lisandro por la golpiza que le propinó… Una que con gusto le hubiera dado si el muy cobarde no se hubiera escapado antes. Un gran amigo de la familia, casi un padre para mí fue quien se dio cuenta del desfalco, había empezado a investigar las cuentas por pedido de Lisandro, él también había formado parte del mundo del espectáculo, pero después de la muerte de su mujer se había alejado, igual seguía teniendo muchos contactos que lo llevaron a descubrirlo todo. Estaba precisamente con Lisandro, informándole lo que había descubierto cuando lo llamé, así que Stefano se había ganado esa golpiza con creces y no solo por lo que ocurrió esa noche… —Liberó un suspiro cargado de cansancio y cerró los ojos un instante.

—¿Qué sucedió con Giovanna? Ella estaba mucho peor que tú —preguntó Samantha, temerosa ante la respuesta que él pudiera darle.

—Gracias a Dios, nada grave… Aunque se vio muy mal, estuvo en coma una semana y su padre juraba que iba a matarnos a todos, cosa que no me hubiera extrañado, es uno de los empresarios y mafiosos más poderosos de toda Italia… Adora a su hija y aunque también me apreciaba, lo que habíamos hecho era imperdonable. Fue casi un milagro mantener todo oculto de los medios, incluso ahora temo que alguien hablé y todo termine saliendo a la luz… mi carrera se acabaría en cuestión de horas —expresó su mayor miedo.

—No creo que eso suceda, me has dicho que confías en las personas que estaban contigo, pero está el desgraciado de tu exmánager.

—Él es quien menos me preocupa, mi familia llegó al acuerdo de no denunciarlo por el robo que me había hecho siempre que devolviera el dinero y firmara un contrato donde se comprometía a guardar silencio… el dinero no pudieron recuperarlo del todo, pero al menos el imbécil firmó y se largó pues sobre él también pesaban las amenazas del padre de Giovanna. —Su rostro reflejaba un gesto de cansancio, pero por dentro se sentía muy liviano—. Ella despertó y dos semanas después se había recuperado… Al menos lucía mejor que yo y terminó por convencerme que lo mejor era alejarme de todo, también que debía tomar algunas de las opciones que mis padres me presentaban. Por su parte, se iría a Suecia con Alexia y yo me interné en ese asilo de ancianos que era la villa de los Codazzi. —No se dio cuenta de lo peyorativo de sus palabras hasta que vio que Samantha fruncía el ceño.

—Bueno, supongo que como castigo es algo que te tienes merecido, así que no me conmueve en lo más mínimo… Yo te hubiera mandado a algún convento franciscano —señaló mirándolo

con reproche y no se preocupó por disimularlo.

—En un principio era una tortura, Samantha, no te voy a mentir, sentía que de verdad iba a volverme loco, que no cumpliría con lo que me había propuesto… La verdad es que debo confesar que, sin tu ayuda, sin tu amistad y todo lo que hemos compartido, me hubiera sido imposible continuar… te debo mucho, Samantha Steinberg —expresó envolviéndola en sus brazos.

Ella intentó mostrarse imperturbable ante las palabras de él, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo, no cuando Alessandro pegó sus frentes y atrapó con esa mirada azul, brillante e intensa la suya. Samantha se sumergió en ese mar hermoso y profundo, ése que se le mostraba tan cálido que se encontró deseando quedarse allí por lo que le restaba de vida.

Capítulo 52

Su último día en Varese lo tomaron para ir hasta el hotel en la cima del monte, donde se llevaron a cabo varias de las escenas de la serie, y que todo el mundo en el pueblo aseguraba, estaba embrujado. A ellos les sucedió como al resto de los turistas, solo encontraron un ambiente tétrico y frío, una hermosa obra arquitectónica en completo abandono, pero que se había convertido en el mayor atractivo turístico del lugar. Aprovecharon la cámara *polaroid* que encontró Alessandro en el estudio de sus padres y se tomaron fotografías al fin juntos. Él le mostró que también tenía talento para los retratos, al menos le salían mejor que a ella, la especialidad de Samantha eran los paisajes y de eso pudo alardear cuando le tocó su turno de estar tras el lente.

Aunque ella tenía una cámara profesional, no se animó en ningún momento a sugerirle que se tomaran fotografías, en ese aspecto estaban limitados, sabía que no podía ir hasta una tienda y pedir que las revelaran sin dejarlo al descubierto. Samantha sentía que extrañaría mucho ese lugar y a las personas que había conocido, la nostalgia estuvo a punto de apoderarse de ella, pero él evitó que eso sucediera.

Antes de ir hasta donde había dejado el auto con todas sus pertenencias ya listas, Alessandro mencionó que habían olvidado algo, la tomó de la mano y regresó con ella al mirador de piedra con vistas al lago; se armó de valor y se asomó al borde, aferrándose a ella como si fuera lo único que se interpusiera entre el abismo y él, como si fuera mucho más poderosa que el muro de piedra.

Ella no pudo más que sentirse feliz, complacida y orgullosa por su acto, borró la palidez que intentó apoderarse del rostro de Alessandro cuando la vio sentarse sobre el muro con una lluvia de besos, sabía que no podía pedirle más; sin embargo, lo mantuvo allí varios minutos hasta que sintió que se relajaba y disfrutaba del paisaje.

Alessandro se sentía mucho más liviano después de la confesión del día anterior, se quedó despierto junto a Samantha hasta muy tarde mientras hablaban de sus familias, y de lo complicado que resultaba para ambos cumplir con las exigencias que se habían autoimpuesto. En el caso de Samantha, su madre todo el tiempo le estaba recalcando como debía actuar. Mientras que en el de Alessandro, siempre disfrutó de absoluta libertad para desenvolverse en la vida, jamás tuvo presiones por parte de sus padres.

∞∞∞

Justo en ese momento, cuando Samantha estaba ya en el estudio de la casa en la Toscana, recordaba aquella charla y no podía evitar sentir un poco de envidia. Ella hubiera deseado contar con la misma libertad para tomar las decisiones más importantes de su vida; sobre todo, tener el apoyo de su familia, al menos de sus hermanos lo tuvo siempre, pero con sus padres fue más complicado. Sin embargo, ella se había prometido hacer las cosas por su propia cuenta, actuar según lo que deseaba y la hiciera sentir bien, solo eso y se llenó aún más de seguridad cuando el recuerdo de su conversación con Alessandro la invadió.

—Eres un motivo de orgullo, Samantha, no solo para tus padres, seguramente lo eres para toda

tu familia y también para mí…

—¿Para ti? —inquirió mirándolo a los ojos.

—Sí, para mí, nunca había estado con alguien como tú, tienes un montón de cualidades y justo ahora me siento tan insignificante a tu lado —suspiró y cerró los ojos un instante, cuando los abrió su mirada era distinta—. Yo no he actuado de la mejor manera; por el contrario, en los últimos meses actué de manera muy irresponsable y egoísta, te aseguro que mi familia dista mucho de estar orgullosa mí en estos momentos, pero les he prometido y a mí mismo, cambiar y reparar los errores que cometí, quiero regresar a Roma siendo otra persona y creo que no pude haber encontrado una mejor inspiración que tú… enséñame a ser como tú y a tomarme las cosas con calma, a analizar lo que hago, a no ser tan estúpido e impulsivo, a encontrar un equilibrio en mi vida… quiero quitar de mi cabeza la maldita idea de ser perfecto para ser solo yo, para sentirme satisfecho con quien soy —pidió entrelazando sus dedos con los de ella y rogó para que Samantha le dijera que lo ayudaría.

—Alessandro, yo… yo no puedo hacer algo así… es decir. ¿Cómo voy a servirte de ejemplo cuando la mayoría del tiempo…? —Se interrumpió de pronto y esquivó su mirada.

—La mayoría del tiempo, ¿qué Samantha? —preguntó intrigado.

—La mayoría del tiempo quiero tener la fortaleza de tu carácter, me gustaría ser arriesgada y tan despreocupada como lo eres tú, que no le das tanto peso a lo que los demás piensan de ti, que solo te riges por tus propias reglas… me pides que cambie muchas de las cosas que más me gustan de tu personalidad, ya sé que al principio me exasperaban, pero era porque yo no las tenía… Alessandro… no soy perfecta y tú tampoco lo eres, ningún ser humano lo es, cometemos errores, estamos propensos a fallar todo el tiempo, eso es algo normal… solo es cuestión de asumirlo y dejar que las cosas fluyan de manera natural, sin cuestionarnos por lo que pudimos o debimos hacer en el pasado —esbozó con esa madurez que a él seguía sorprendiéndolo.

Le acarició la mejilla con suavidad y le dedicó una sonrisa, en verdad quería ayudarlo, pero a encontrar su propio camino, uno que sintiera suyo en todos los sentidos; no a crear uno para él.

∞∞∞∞

Samantha regresó de sus pensamientos cuando escuchó el característico sonido de una invitación a la mensajería instantánea de su correo. Una sonrisa afloró en sus labios cuando vio de quien era la invitación. Su hermano Nick, tenía casi un mes que no hablaba con él y encontrárselo en línea era un verdadero milagro, era su primer año en la escuela militar y apenas tenía tiempo libre.

Activó la cámara de su portátil, mientras la señal se abría se acomodó el cabello y respiró profundamente para parecer relajada, porque Nick tenía un sexto sentido para descubrir cuando ocurría algo nuevo en su vida y lo que menos quería era que descubriera su relación con Alessandro, no sabría cómo manejar ese tema con él.

Era su hermano menor y no podía decirle: «Tengo un amante, es un actor italiano y todas las noches disfrutamos de un sexo grandioso». Eso no podía ni siquiera contárselo a su hermana Diana, quizás a Jaqueline, pero definitivamente nunca a Nick. La imagen de su hermano apareció en la pantalla, mostraba una sonrisa efusiva que creaba pequeñas arrugas alrededor de sus ojos hermosos azules, claros como el cielo. Samantha a veces pensaba que era un poco injusto que ella fuera la única que no sacó un color de ojos claros, todos sus hermanos los habían heredado.

—*¡Ciao, ragazza italiana! ¿come stai tu?*

La saludó en italiano y su sonrisa se hizo más amplia mostrando las filas de pequeños dientes que le daban un toque infantil, su hermano Walter siempre le decía que jamás había mudado la dentadura de leche y Nick se ponía rojo de rabia.

—Hola, señor marine, muy bien gracias… Tú, ¿cómo estás? —Se sentía emocionada al verlo.

—¡Hecho mierda! Esto es una locura… Ahora entiendo porque Walter le huyó, siempre ha sido el más inteligente de los dos —respondió dejando libre un suspiro que mostraba su cansancio.

—Aún estás a tiempo de dejarlo, puedes optar por otra carrera, Nick, no debes sentirte en la obligación de estar allí solo por complacer a papá —dijo con preocupación. Su hermano parecía cinco años mayor de lo que era, su piel blanca estaba enrojecida por las horas de exposición al sol y se notaba más delgado.

—¿Y tener a nuestra madre encima de mí todo el tiempo para que estudie Leyes? No, gracias, prefiero esto… sabes que se me da mejor lo práctico que lo teórico. Además, no todo es tan malo, solo algunas cosas, como que tengamos que levantarnos a las cuatro de la mañana y correr cinco kilómetros, que la comida sea una porquería y el sargento un verdadero hijo de puta…

—¡Vaya! Veo que hasta los entrenan en el vocabulario. —Le recriminó, aunque no le sorprendía, sabía que los militares se expresaban así. Pero de oírlo su madre, lo tendría una hora reprochándole, sintió pena por él, no debió reprocharle nada, era evidente que estaba pasándola muy mal en la academia militar.

—Por favor, Sam, he venido a este infierno para librarme de mi madre y sus malditas normas de decoro, te ruego que no te conviertas en una Susan Steinberg, porque sería lo último que podría soportar… Ok, prometo moderar mi vocabulario, pero si escucharas a los demás verías que sigo siendo un niño *preppy* en comparación con ellos y todo el tiempo me joden por ello. —Frunció el ceño mientras se cruzaba de brazos y relajó la espalda en la silla.

—Lo siento, sé que debes estar muy presionado, pero por favor no vayas a cambiar solo por complacer a los demás o tratar de encajar. Sé que pedirte eso es algo complicado, pero estoy segura de que puedes seguir siendo mi hermano Nick, aunque estés rodeado de una cuerda de patanes —mencionó, con una sonrisa cariñosa.

Él negó con la cabeza y le guiño un ojo, ella dejó libre una carcajada ante su encanto, Nick era el hombre más grandioso que había conocido en su vida, la mayoría del tiempo no parecía su hermano menor. Siempre estaba cuidando de ella, protegiéndola, aconsejándola, era su cómplice, su confidente, el primero que escuchaba las ideas sobre sus historias, su apoyo incondicional. La fuerte y cálida voz de su hermano se dejó escuchar de nuevo en el lugar, trayéndola de regreso.

—Te extraño, chispas de chocolate. —Sonrió, pero sus ojos reflejaban una gran tristeza y también cansancio.

—¡No me llames así! —Le reprochó ella, pero al ver su semblante se sintió fatal, podía reconocer la tristeza en él—. Yo también te extraño, y daría lo que fuera para tener el poder de estar a tu lado, y abrazarte muy fuerte en estos momentos… —Su voz se tornó ronca por la nostalgia que la invadió, en verdad lo deseaba.

—Detente o vas a hacer que termine llorando y ni te imaginas lo que le hacen a los que lloran aquí —señaló fingiendo cara de pánico.

—¡Pues que nadie se atreva a tocarte porque voy y los asesino a todos! —exclamó adoptando su actitud de hermana mayor.

—Sam, por favor, tú solo asesinas en tus libros; además, con ese metro setenta dudo que puedas siquiera derribar al menos a uno. —Se mofó de ella, pero lo hacía con cariño.

—¿Quién te dijo que será una lucha cuerpo a cuerpo? Existen muchas maneras para acabar

con un hombre…

—¡Eso sí! Ustedes las mujeres tienen muchas maneras para acabar con un hombre… y para hacerlo acabar también. —Le dijo en tono pícaro, con esa confianza que siempre le había tenido.

Samantha estaba por responderle con un sermón por hablarle de esa manera, cuando la puerta se abrió de golpe. Se volvió encontrándose con Alessandro, su rostro parecía estar esculpido en granito y su mirada destellaba de furia.

—Samantha, vamos a cenar. —Su tono de voz era mucho más duro que la expresión de su rostro.

Nick pudo escuchar con claridad la voz del hombre al otro lado, y no le gustó en lo absoluto la orden que le había dado a su hermana, quien quiera que fuera, estaba a punto de ganárselo de enemigo.

—¿Quién es ese hombre?

Samantha escuchó la pregunta de su hermano, su tono relajado había desaparecido y ahora era casi amenazador, se volvió hacia la pantalla y pudo ver la tensión que se había apoderado de sus facciones, aun estando cada uno a miles de kilómetros de distancia parecían estar a punto de armar una batalla campal en ese estudio y ella en medio.

—Voy en un momento… —Se dirigió a Alessandro primero, tenía que sacarlo de allí antes que Nick empezara a hacer preguntas.

—Tina nos invitó a su casa… ha preparado un plato especial para cenar esta noche. —La voz de Alessandro era cortante.

Sus palabras evidenciaban que no aceptaría un «voy en un minuto» y mucho menos un «no puedo ir ahora» por respuesta. Tenía la mirada fija en Samantha, exigiéndole que dejara al imbécil con el que estaba hablando y saliera con él de ese lugar enseguida.

—¿Samantha quién carajos es ese tipo? —preguntó Nick en un tono de voz que resonó en toda la habitación.

Empezó a sentir que la rabia se apoderaba de su pecho y justo en ese momento era quien deseaba estar en ese lugar junto a ella, para poner en su sitio a ese pendejo que se atrevía a hablarle de esa manera.

—Es… es mi vecino, Nick —respondió ella a su hermano, que parecía querer salirse de la pantalla de su portátil.

Tomó un respiro y metió un mechón de cabello detrás de su oreja, un gesto que hacía siempre que se ponía nerviosa, para su mala suerte sintió que sus mejillas se encendían. Rehuyó de la mirada confundida de su hermano y la posó en Alessandro que seguía parado como una estatua, manteniéndose fuera de la cobertura que tenía la cámara web.

—Estoy hablando con mi hermano, por favor dile a Tina que estaré allí en cinco minutos. —Aunque la voz de Samantha era suave, la orden se encontraba implícita en sus palabras, estaba echando a Alessandro.

—Claro. —Mantuvo el mismo tono áspero y su semblante no se suavizó, giró y salió del lugar con paso firme.

Samantha suspiró y cerró los ojos ante la imagen de la espalda de Alessandro, era como si hubieran dejado caer sobre él un taque de cemento, se notaba tan rígido que ella en verdad pensó que su cuerpo traquetearía cuando comenzara a moverse, no lo hizo, pero sus pasos sí retumbaron en la madera y pudo escuchar perfectamente el golpe seco con el que cerró la puerta del salón.

—¿Qué fue todo eso? —inquirió Nick, clavó la mirada en su hermana y sus cejas casi parecían una sola.

—¿Qué fue qué? —contestó con una interrogante.

Mientras buscaba en su cabeza alguna explicación convincente para justificar el espectáculo que Alessandro le había montado. Sentía su corazón latir muy deprisa, su respiración era pesada y un molesto vacío se había apoderado del lugar donde se suponía estaba su estómago.

—Todo eso, ese hombre dándote órdenes —mencionó, moviendo su cabeza como si con eso pudiera mirar a Samantha a los ojos.

—¿Órdenes? Por favor, Nick… Él solo vino a avisarme que la encargada de la villa había preparado una cena para nosotros, eso es todo… la señora Tina lo hace con bastante frecuencia.

—Pues su forma de «avisarte» no me gustó para nada. —Le hizo saber mientras la miraba—. Además, ¿de cuándo acá los vecinos entran de esa manera a las casas de los otros? —preguntó con molestia.

—Ahora quien se parece a Susan Steinberg eres tú, déjalo ya.

—No me parezco a nadie y no dejo nada, soy tu hermano y tengo todo el derecho a preocuparme por ti —sentenció con firmeza.

—Bien, pues no hay nada por lo que preocuparse y recuerda que eres mi hermano menor, yo sé cuidarme sola, Nick —mencionó, queriendo mostrarse madura y autosuficiente.

—No sé qué demonios estás haciendo en Italia, pero espero que hagas lo que dices y sepas cuidarte. Ese imbécil te habló como si fuera tu esposo o algo por el estilo, si hubiera estado allá le parto la cara…

—¡Por favor, Nick! —Soltó una carcajada histérica—. No seas exagerado y controla tus absurdos celos de hermano, ¿quieres?

—Pues dile a tu vecino que no vuelva a hablarte de esa manera o saldré de aquí y viajaré a Italia a patearle el culo, ¿quieres? —El sarcasmo no podía disfrazar la rabia que había en su voz.

—Como usted ordene, señor —dijo Samantha mientras sonreía.

—¿Qué hay entre ustedes dos? —Su sentido de hermano protector no lo dejaba desistir, necesitaba saber más.

—¿Volvemos a lo mismo? Ya te dije que es mi vecino, Nick, solo eso —contestó sintiéndose cada vez más nerviosa.

—¿Y te sonrojas por hablar de tu vecino? —La interrogó.

—¡No me he sonrojado! —Se defendió con vehemencia.

—Sí, lo has hecho y no una sino dos veces… —Suspiró al ver que le esquivaba la mirada y se sonrojaba de nuevo—. Samantha, sé que eres una mujer adulta, que tienes derecho a hacer con tu vida lo que te dé la gana… Solo te pido que mantengas el control de la situación. No tengo que ser adivino para saber que ese hombre es algo más que tu «vecino» y que se cree con derechos sobre ti; además, que te gusta y que estás deseando mandarme a dormir para poder ir a verlo y darle la explicación que crees merece —mencionó y esperó que ella hablara.

—Yo, no… no es nada serio, solo somos amigos —esbozó y se mordió el labio al tiempo que le esquivaba la mirada.

—Sí… yo también he tenido ese tipo de amistades. Eres una mujer inteligente, Samantha, y sabes que confío en ti… Bueno ahora ve que la cena se va a enfriar, me alegró hablar contigo —mencionó para despedirse, ahora era la preocupación la que marcaba su voz.

—A mí también me alegró mucho hablar contigo, te prometo que mantendré la situación bajo control… no te preocupes por mí, por favor, ya suficiente tienes con todo lo que estás pasando.

—¿Jaqueline, tiene la dirección de la villa dónde estás?

—Sí, ¿por qué? —preguntó desconcertada.

—En caso de que me toque pedírsela, para ir hasta allá y patear a cierto italiano —contestó

con naturalidad.

Ella rompió en una carcajada ante su comentario, se acercó a la cámara y le dio un beso a través de esta.

—Te adoro Nick —expresó, con verdadero cariño.

—Y yo a ti te amo, eres mi hermana favorita… Lástima que no pueda estar allá para poner aún más celoso a ese italiano arrogante —señaló mirándola, y una vez más Samantha se sonrojaba.

Nunca la había visto de esa manera y por extraño que pudiera parecer eso creaba una especie de felicidad dentro de él, a lo mejor Samantha había encontrado al fin al hombre digno para estar junto a ella. Mostró una sonrisa ante ese pensamiento y habló de nuevo.

—Ve antes que los pensamientos de ese hombre me provoquen un ataque al corazón a los veinte años, debe estar deseando estrangular a quien te mantiene ocupada —dijo con picardía.

—Tanto entrenamiento te ha afectado la cabeza, me voy, pero solo porque las cenas de Tina son deliciosas… Estamos en contacto, cuídate mucho por favor —pidió mirándolo a los ojos.

—Lo haré, y hazlo tú también, chispas de chocolate —dijo riendo.

Samantha le sacó la lengua y después lo despidió con una sonrisa, la pantalla quedó en negro, pero aún las palabras de su hermano resonaban en su cabeza. Subió las escaleras casi corriendo, hacía un par de horas se había duchado por lo que solo se lavó su cara, se cambió el short y la camiseta por un sencillo vestido de seda azul marino que le llegaba a la mitad de los muslos, y se recogió el cabello con una coleta en la parte alta de su cabeza, se aplicó un poco de labial, se puso unas sandalias de tacón bajo y salió rumbo a la casa de Tina.

∞∞∞

Alessandro salió furioso, y mientras caminaba hacia la casa de los conserjes intentó descargar en cada paso la ira, recordando lo ocurrido. Llegó hasta la casa de Samantha, entusiasmado y deseoso de verla, aunque lo hubiera hecho horas atrás, siempre estaba extrañándola. Sin embargo, se propuso darle un poco de espacio en vista que ella sentía deseos de volver a escribir, y estando todo el día junto a él no lo haría.

Estaba por entrar al estudio cuando escuchó una carcajada, pensó que quizá su inspiración había regresado y por estaba tan contenta, giró la perilla y apenas movió la puerta cuando escuchó la voz de un hombre en el lugar. La sonrisa en su rostro se volvió una mueca de desagrado, su pecho se llenó de un intenso calor que enrojeció la piel de su cuello y rostro, mientras que la mano que apretaba la manija de la puerta estaba a punto de romperse por la presión que ejercía sobre esta.

La confianza con la que le habló y la frase que utilizó lo hicieron tensarse aún más. ¿Qué demonios era todo eso? Preguntó en pensamientos mientras se mantenía oculto tras la puerta, como un estúpido por estar espiándola. Se recordó que ella tenía una vida lejos de allí y él no tenía ningún derecho de molestarse por encontrarla hablando con alguien; sin embargo, los celos lo tenían furioso y ciego, pero no sordo.

Y llegaron las palabras que liberaron al animal dentro de él, empujó la puerta con la mano abierta, casi estrellándola contra la pared y clavó su mirada en Samantha, exigiéndole una explicación. Ella solo se quedó mirándolo como si él fuera un completo extraño que irrumpía en su idílica reunión, se dijo que con gusto arruinaría lo que fuera que estuviera haciendo con ese idiota y le hizo saber que no estaba sola.

La respuesta de Samantha fue mucho peor, se puso nerviosa así que él contraataco y habló de

nuevo, no cedería espacio a nadie. El otro una vez más exigía saber quién le hablaba y esta vez no fue nada sutil, la pregunta fue directa y resonó en el lugar. Al fin, ella le respondió y el término que utilizó fue como una patada a sus pelotas: «Mi vecino»

Él se tragó la maldición que subió hasta su garganta solo porque ella lo llamó Nick; en ese momento su rabia disminuyó, pero no desapareció porque ella casi lo echó de su estudio. No supo que más hablaron ni la explicación que seguramente tuvo que darle y le importaba una mierda, estaba furioso con Samantha por su manera de tratarlo como un extraño delante de su familia; sobre todo, con él por dejar que algo así lo afectara tanto. Llegó hasta la casa de Tina y Jacopo que lo recibieron sonrientes, pero algo debieron notar en su rostro o su actitud, pues de inmediato sus miradas curiosas hurgaron en él.

—¿Todo bien? —inquirió mirándolo.

—Sí, claro, Tina… gracias por la invitación. —Fingió una sonrisa.

—De nada, sabes que me encanta compartir con ustedes… Por cierto ¿dónde está Samantha? —preguntó de nuevo y esta vez fue más directa, mientras su mirada no dejaba de buscar.

—Está ocupada hablando con su hermano, pero me dijo que en cinco minutos estaba con nosotros —respondió, acercándose a la mesa y tomó la botella de vino para escapar de la mirada de la mujer.

—No hay problema, aún estamos bien de tiempo, acabo de poner los canelones en el horno para gratinarlos… aún nos quedan unos diez minutos hasta que estén listos —mencionó en tono casual y acomodó las impecables servilletas de lino en cada lugar.

—¿Quieres probar el vino mientras esperamos? —sugirió Jacopo con una sonrisa amable y le extendió el sacacorchos.

—Por supuesto, otra cosecha de la casa ¿no? —preguntó con media sonrisa, le dio vuelta en sus manos detallándolo.

Una elegante etiqueta dorada resaltaba en la estilizada botella negra, pudo leer que era un Chianti clásico, más específicamente una Reserva Ducal, que había lanzado al mercado el viñedo *Ruffino*. Alessandro como buen conocedor de vinos, supo de inmediato que tenía entre sus manos una obra de arte, y que Jacopo no dispondría de un elixir de dioses como ése si no se trataba de una ocasión especial.

—Buenas noches, Tina, Jacopo… gracias por la invitación —mencionó Samantha entrando al lugar.

Alessandro se giró para verla en cuanto escuchó su voz y no pudo evitar que su corazón se sobresaltara ante la imagen que le mostró, lucía verdaderamente hermosa, pocas veces la había visto usando un vestido y debía reconocer que cada vez que lo hacía lo dejaba completamente rendido ante su belleza.

—Buenas noches, Samantha, bienvenida, pasa por favor. —La invitó Tina, haciendo un ademán—. Nos dijo Alessandro que estabas conversando con tu hermano. ¿Cómo van las cosas por Chicago?

—La verdad, no lo sé, pero supongo que no hay ninguna novedad. No pudimos hablar mucho —respondió acercándose a la mesa y se detuvo junto a la mujer, sentía cierta tensión entre ellos.

Alessandro se sintió culpable al saber que a lo mejor fue por él que no pudieran hablar como debían, había actuado como un estúpido impulsivo, jamás lograría dominar ese maldito defecto que tenía, no se atrevió a levantar la mirada para verla; contrario a ello, se abocó a la tarea de abrir la botella de vino.

—Es una verdadera lástima —dijo Tina mirándola.

—Así es, este es su primer año en la academia militar y le estaba resultado un poco difícil, fue

una sorpresa que pudiera conectarse hoy y charlar conmigo, así que nos enfocamos en nosotros —acotó en tono casual, ella tampoco se atrevía a mirar a Alessandro.

—Decidido a seguir los pasos de tu padre, imagino, los hijos buscan hacer eso —señaló Jacopo—. Ya verás que pronto se acostumbra y lo tendrás dando órdenes a todos —agregó, extendiéndole una copa.

—En realidad, ya lo hace, Jacopo, es mi hermano menor, pero se la pasaba actuando como si la pequeña fuera yo —indicó con una sonrisa, recibió la copa y la mantuvo en sus manos, no se animó a acercarla a Alessandro quien ya había destapado la botella.

—Samantha… —La llamó y le hizo un gesto pidiendo la copa.

Ella la extendió y a su estúpida mano le dio por temblar en ese momento, respiró profundamente para calmarse y mantuvo la copa mientras Alessandro depositaba una pequeña cantidad para que lo degustara. Se la llevó a los labios sin mirarlo, aunque podía sentir su vista sobre ella; así que se concentró en catar el vino. Su aroma la cautivó apenas lo apreció, era fuerte y rico en fragancias exquisitas; antes que su boca se hiciera agua, tomó un sorbo y lo mantuvo dejando que se paseara por su paladar, para finalmente dejarlo fluir muy despacio hacia su garganta.

—Es exquisito… ¿Es un Chianti verdad? —preguntó, mirando primero a Alessandro y después a Jacopo.

—Sí, lo es… pero no uno cualquiera. —Jacopo bebió la pequeña muestra que Alessandro le dio.

—Es una reserva ducal que lanzó este viñedo hace cinco años, Samantha —contestó Alessandro y probó la que había servido para él.

—Es delicioso… tiene un sabor intenso, al principio… pero después sus notas se van suavizando. —Samantha se sintió entusiasmada, queriendo descubrir más tomó otro sorbo, uno pequeño pues el primero la había mareado, lo hizo y buscó para descubrir los ingredientes—. Tiene un toque ácido y afrutado… ¿Fresas? —Le preguntó a Alessandro, mirándolo a los ojos.

—Sí —dijo él con una sonrisa y compartió una mirada cómplice con ella—. Y también tiene el dulce amargo característico del chocolate, incluso se pueden apreciar en su aroma… pero me faltan elementos —añadió y bebió de nuevo.

—Humo, las barricas fueron ahumadas, se pusieron brasas debajo de ellas y se dejaron así durante toda una noche —comentó Jacopo, no solo el sabor le decía eso, él también había participado del proceso.

—Todos parecen unos expertos, pero les hace falta algo —mencionó Tina que se acercaba con la bandeja de canelones, y una sonrisa como si guardara un secreto.

Ellos se volvieron a mirarla enfocando toda su atención en lo que la mujer podía develar, su esposo incluso tomó un trago más del vino y por supuesto lo descubrió de inmediato, pero lo mantuvo en silencio, mientras que Alessandro y Samantha, curiosos por naturaleza se disponían a servirse un poco más y descubrir lo que les faltaba.

—Alto ahí, si siguen tomando de esa manera no disfrutarán de la receta que he preparado para ustedes, y eso sería un sacrilegio, porque muchos sabrán preparar canelones, pero como los míos nadie.

Le dedicó una sonrisa a los jóvenes que parecían niños regañados, recibió la copa que le extendió su marido y bebió con deleite el vino.

—Sí, justo allí está… Cuando el señor Codazzi mencionó lo del ahumado de las barricas, seleccionó los elementos que deseaba para darle ese sabor característico que ustedes sienten, yo le sugerí que usara una flor, podía dejarla sobre las brasas para que no se consumieran tan rápido,

a él le agradó la idea y fue así como las violetas formaron parte de uno de los mejores Chianti del país —dijo con una sonrisa orgullosa.

Alessandro y Samantha la miraron maravillados, entre todos los elementos, lo último que se les pasó por la cabeza era que ese secreto que se ocultaba entre las notas fuera una flor. Él hizo caso omiso de la advertencia de Tina y se sirvió una pequeña cantidad para comprobar que allí estaba la violeta, vio el interés en Samantha y también le sirvió un poco, ambos lo bebieron con dedicación.

—Me hubiera roto la cabeza y jamás lo hubiera encontrado, Tina —mencionó él con una sonrisa de sorpresa.

—Yo mucho menos, si apenas logro diferenciar las frutas que lo componen —dijo Samantha con la misma reacción de él.

—La verdad es que lo haces muy bien, Samantha, hasta podría asegurar que has tomado clases para catar vinos —comentó Jacopo con una sonrisa, mirando a la muchacha que se sonrojó ante el cumplido.

—He tenido un excelente profesor —apuntó, al tiempo que posaba su mirada en Alessandro y le sonreía.

—En eso tienes toda la razón, este chico parece haber nacido en medio de un viñedo, a veces me he preguntado si Emilia no tuvo más antojos que uvas —acotó el conserje en tono divertido.

—Acabas de despertar mi curiosidad, Jacopo, le preguntaré la próxima vez que hable con ella —indicó Alessandro sonriendo.

Se acercó a Samantha y le rodeó la cintura con el brazo, sintiendo que la tensión que los embargó minutos atrás había desaparecido. Ella se pegó a su cuerpo en un gesto espontáneo, puso su mano también en la espalda de Alessandro mientras sonreía, se sentía bien estar así.

—Y Samantha tiene méritos propios, ha aprendido en dos meses lo que he intentado enseñarle a Lisandro por años —agregó mirando a la mujer a su lado con admiración.

—No me quedan dudas, tu hermano apenas si sabe diferenciar las uvas de un Chianti a las de un Cabernet —dijo riendo—. Igual no es fácil de hallar lo de las violetas, ese es el secreto de esta edición del viejo Augusto Codazzi —indicó Jacopo por orgullo, se acercó a su mujer y le dio un beso en la mejilla.

—Bueno será mejor que cenemos o esto se enfriará. —Tina se sonrojó ante la muestra de afecto de su esposo.

Tomaron asiento, mientras la anfitriona se encargaba de servir el delicioso platillo, que despertó el apetito de los presentes en cuanto desprendió su exquisito aroma. La cena transcurrió en un ambiente libre de tensiones entre Alessandro y Samantha; sobre todo, contagiados por el amor y la felicidad de los esposos que estaban de aniversario y por eso la celebración especial, además que curiosamente según Tina, coincidía con el aniversario de un mes entre el actor y la escritora, la noticia como era de esperarse los tomó por sorpresa pues no se había percatado que ya llevaban un mes juntos.

Llegó la hora de despedirse cuando vieron que pasaba de medianoche, Alessandro y Samantha no podían dejar de sonreír ante la última imagen de Jacopo robándole un beso a Tina, y ella rindiéndose a los mimos de su esposo mientras le cantaba y la invitaba a bailar.

Capítulo 53

La ligera brisa fría que recorría el lugar los envolvió en cuanto estuvieron fuera de la casa de los conserjes. Samantha se envolvió con los brazos para brindarse calor, se sentía embriagada del vino y con una agradable sensación de felicidad. Alessandro notó que ella tenía frío y con gesto protector le envolvió los hombros con un brazo, atrayéndola a su cuerpo para darle calor, Samantha lo miró agradecida y él le dedicó una tierna sonrisa, después elevó la mirada y el cielo colmado de estrellas le entregó un verdadero espectáculo.

—Alessandro… Gracias por no aclararle a Jacopo y a Tina la verdadera naturaleza de nuestra relación, realmente piensan que tenemos una relación formal —mencionó para romper el silencio, no supo a ciencia cierta por qué lo hizo, pero lo sintió necesario.

—¿Y cuál es la verdadera naturaleza de nuestra relación, Samantha? —preguntó y la tensión de horas atrás se apoderaba de él de nuevo.

—¿Cómo cuál? —inquirió desconcertada y lo miró parpadeando.

Él se mantuvo en silencio y ella pensó que quizás esperaba que fuera quien le diera una respuesta, lo que le resultaba absurdo tomando en cuenta que los dos estaban claros en ello.

—Pues, nosotros somos… somos un par de amigos que comparte la intimidad —indicó, con algunas dudas.

—¿Amantes quieres decir? —preguntó sin sutilezas.

Ella asintió, aunque se mostró un poco incómoda por el término, Alessandro tensó la mandíbula y pensó en callarse, pero la resolución no le duró un minuto, así que habló de nuevo.

—¿Sabes algo? Eso no fue lo que me pareció esta tarde… pensé que las cosas habían cambiado. —Se detuvo frente a la casa de ella.

Samantha lo miró sorprendida por el comentario y por verlo detenerse allí. ¿Acaso no pensaba entrar? Se preguntó en pensamientos e intentó hablar, pero no dio con las palabras adecuadas, abrió la puerta y la dejó así tras ella, dejándole a él la libertad de irse o quedarse.

Alessandro posó su mirada en la casa que ocupaba y le pareció tan fría que provocó de inmediato su rechazo. Suspiró sintiéndose derrotado por Samantha y sus propias necesidades, cerró los ojos y no analizó sus acciones, solo entró tras ella y cerró la puerta después.

—Estoy cansada… voy a subir ya —mencionó, al ver que él se dirigía a la cocina y abría la nevera para tomar algo.

—Bien —esbozó con parquedad.

Bebió el agua que se había servido de un solo trago, mientras su mirada estaba fija en la figura de Samantha que subía las escaleras. Pensó en quedarse allí hasta que esa sensación de molestia lo abandonara, pero una vez más fallaba en su objetivo.

Lo enfurecía verla tan tranquila, como si no hubiera hecho nada, no podía entender como Samantha podía ser tan fría con respecto a su relación, no era que pidiese que se desviviera en cumplidos y atenciones para con él, pero por primera vez en su vida se sentía en el papel de aquel que solo se buscaba para calmar las ganas y nada más.

—Voy contigo —dijo y caminó hacia la escalera.

Ella se volvió a mirarlo, pero no lo esperó, su actitud distante la frustraba, ya estaba harta de tener que estar lidiando con sus cambios de humor todo el tiempo. Odiaba cuando se mantenía callado, como esperando que adivinase lo que le pasaba, mientras su mirada le enviaba mensajes

que la confundían y que la exasperaban; era agotador, y era lo último que deseaba hacer esa noche.

Entró a la habitación encendiendo las luces, después se quitó las sandalias dejándolas en su lugar en el armario y estaba por quitarse el vestido cuando lo vio entrar. El gesto de molestia en el rostro de Alessandro casi hizo que deseara no verlo allí.

—Me voy a dar un baño, me siento agotada. —Le informó de manera fría, sin mirarlo siquiera.

—Yo también me siento cansado, voy a dormir. —Comenzó a deshojar los botones de su camisa mientras con sus talones se quitaba los zapatos y tampoco la miraba.

«¿Dormir? Supuestamente estaban de aniversario y él le decía que se iba a dormir. Ahora sí que estaba pasando algo y muy grave.»

Samantha no podía creer lo que había escuchado, Alessandro nunca había mostrado intenciones de dormir, al menos no antes de tener sexo hasta entrada la madrugada, y ahora sin más terminaba la velada de esa manera, diciéndole que estaba cansado ¿cansado de qué? ¿De ella? ¿De lo que tenían? Estaba por entrar al baño cuando la ira se apoderó de su cuerpo y terminó saliendo al exterior con fuerza.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? —preguntó, volviéndose para mirarlo con furia.

Él estaba sentando en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera y las piernas estiradas, aún llevaba el pantalón, cuando siempre se desnudaba antes de irse a la cama, estaba revisando el móvil. ¿Para qué carajos lo hacía si nadie le escribía, su familia siempre lo llamaba al teléfono de la casa? ¿O las cosas habían cambiado y ella no lo sabía?

—¿Tiene que pasarme algo? —inquirió, elevó una ceja sin dejar de mirar el calendario en su celular y mover su pulgar sobre las fechas.

—¡No! Al menos no debería, pero tu actitud no dice lo mismo ¡Y mírame a la cara que te estoy hablando! —exclamó llena de rabia.

—No tienes que gritar, no estoy en otra habitación —arrastró las palabras y posó su mirada en ella.

Samantha hubiera preferido que no lo hiciera, era fría y oscura, carente de la emoción que siempre le dedicaba, las ganas de llorar le llegaron de golpe, pero luchó contra esa emoción y se irguió.

—Si te vas a mostrar de esa manera… entonces es mejor que te vayas y me dejes sola. —Sintió que algo dentro de su pecho se quebraba; sobre todo, al ver que Alessandro mantuvo su semblante impasible, como si no le importara lo que había dicho.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó él, ocultando su dolor con una máscara de frialdad y se puso de pie.

—¡No, eso es lo que tú quieres! Lo haces demasiado evidente. —Se detuvo para tragar y pasar el nudo de lágrimas—. Si no quieres decirme lo que te pasa estás en todo tu derecho, pero no vengas a tratarme con esa frialdad y esa distancia porque no lo merezco.

—¿Y yo sí? ¿Yo merezco que me mantengas siempre lejos de ti? ¿O cómo crees que me sentí hoy cuando prácticamente me lanzaste fuera del estudio porque estabas hablando con tu hermano? ¿Acaso no fuiste fría y distante? —sacó todos los reproches que se había guardado.

—¿De qué hablas? —preguntó ella desconcertada.

—¿De qué habló? ¡Por Dios, Samantha! Esta tarde fue tan evidente tu incomodidad cuando entré al estudio, y como si eso no fuese suficiente, le dijiste a tu hermano que era solamente «tu vecino» ¿Cómo crees que me hizo sentir eso? —inquirió, mirándola con resentimiento.

—¿Qué querías que le dijera? ¡Es mi hermano! No le podía decir «Nick, te presento a mi

amante, llevamos apenas dos meses conociéndonos, pero he tenido más sexo con él, de lo que he tenido en toda mi vida con otros» —dijo sorprendida por sus reproches.

—No era necesario entrar en detalles, yo jamás te expondría de esa manera delante de tu familia, sé muy bien que existen límites, pero podías haberme pedido que me acercara y presentado como un amigo, no veo que eso tenga algo de malo o vergonzoso para ti ¡Que al menos supieran de mi existencia! —le recriminó furioso.

—¿Acaso tu familia sabe de la mía? —preguntó ella, con el mismo sentimiento que a él lo poseía.

—¡Por supuesto! —indicó de inmediato.

—¡Claro! Ellos lo saben… saben que soy tu vecina, nada más, así que, si te molestó que no te presentara a Nick, créeme a mí no es que me agrade mucho que, a estas alturas, tú tampoco le hayas mencionado a tu familia al menos que somos amigos —mencionó, dejando salir también aquello que se había callado por más tiempo.

Él se quedó en silencio sintiéndose en jaque, no podía decir nada en su favor, Samantha tenía toda la razón y ahora que era él quien había sido obligado a ponerse en su lugar se daba cuenta, ella se había mantenido conforme con su papel en ese juego, no había hecho ningún tipo de reclamos, así que ¿con qué derecho venía a hacerlos él?

—Creo que estamos a mano, Alessandro.

Le dio la espalda y se metió al baño cerrando la puerta tras ella, poniéndole un límite más que evidente. Se esforzó por mantener las lágrimas a raya, aunque su corazón pujase por dejarlas en libertad, no tenía sentido ponerse a llorar como una idiota simplemente porque creyese que a ella no le importaba si su familia la conocía o no. Se desvistió con rapidez para entrar a la ducha y llorar con libertad.

∞∞∞∞

Alessandro miraba a través del ventanal la silueta de las colinas que se apreciaban con claridad bajo el resplandor de la luna, pero apenas podía apreciaba el paisaje porque las palabras de Samantha resonando en sus oídos lo abofeteaban con fuerza. Su estúpido egoísmo lo había cegado de tal manera que dio todo por sentado con ella, al igual que lo hizo con las demás mujeres en su pasado, aun consciente que lo que tenían no era para nada parecido a lo que vivió hasta el momento.

Se giró y vio la puerta del baño cerrada, con largas zancadas llegó y rompió ese límite que Samantha había puesto, al entrar la vio que estaba de espalda y bajó la regadera, su imagen desnuda despertó el deseo en él, pero más que eso fue la necesidad de sentirla a su lado, en muchos más aspectos que el sexual. Se despojó de su ropa para acompañarla y sonrió al ver que ella descargaba su furia en la pobre esponja.

—No pagues con ella la rabia que yo te provoqué —susurró pegándose a su cuerpo, le envolvió la cintura con los brazos y la sintió tensarse, pero buscó relajarla dándole suaves besos en la nuca—. Lo siento… fui un imbécil, no tenía ningún derecho a reprocharte nada, no cuando yo he fallado contigo y además un montón de veces… —Deseaba que percibiera su sinceridad y su arrepentimiento.

Su aliento se estrellaba contra la piel erizada su cuello, mientras sus brazos mantenían una estrecha unión entre ambos, buscaba calmar esa necesidad de sentirla junto a él y que nada lograría separarlos, no mientras estuviera en sus manos conservarla.

Samantha tragó con fuerza para pasar las lágrimas que casi la ahogaban, cerró los ojos evitando que más siguieran corriendo por sus mejillas y dejó la esponja de lado, apoyó sus manos en los brazos de Alessandro, no lo hizo con la intención de alejarlo sino para acariciarlo. El simple hecho de sentirlo así, de sus palabras diciéndole que lo sentía y de sus besos tibios, era demasiado para que pudiera seguir molesta con él, para separar lo que deseaba de lo que debía hacer.

Le estaba sucediendo algo con Alessandro, que no podía seguir negándose y que tampoco podía controlar por más que lo deseara, él tenía el poder de poner su mundo de cabeza y jugar con sus emociones, hasta llevarla de un estado a otro en minutos; sentía que eso no era justo y a la larga iba a terminar sufriendo las consecuencias.

—Dime algo… dime qué quieres que haga. Me porté como un estúpido, un inmaduro y te estoy pidiendo disculpas, Samantha, no te quedes callada por favor —mencionó de nuevo, el dolor que le provocaba verla así comenzaba a molestarlo—. ¿Por qué no intentas ponerte en mi lugar un momento? Todo lo que nos está ocurriendo también es nuevo para mí y no sé cómo manejarlo, sé que no tengo derecho a exigirte nada… que tienes una vida lejos de aquí y yo no formó parte de esta… —calló cuando ella se volvió para mirarlo.

—Qué voy a ganar poniéndome en tu lugar y qué ganas tú poniéndote en el mío si ambos estamos iguales —expresó, mirándolo a los ojos y después hundió su rostro en el pecho de Alessandro para ocultar sus ojos llorosos—. Quiero estar contigo, pero a veces me resulta tan difícil comprenderte… me pides que sea más cálida y que te entregue más de mí, y no comprendes que quizás ya lo tienes todo o al menos mucho más de lo que alguna vez le he entregado a otro, que yo soy así… no soy una mujer romántica. —liberó un suspiro trémulo y deslizó sus manos por la espalda de Alessandro, abrazándolo.

—Samantha… yo. —Intentó hablar, pero no conseguía las palabras, sentía su corazón latir demasiado rápido.

—Solo quiero que me aceptes como soy… que no intentes cambiarme, ya te lo dije antes… odio que me presionen, Alessandro; sobre todo, odio que lo hagas tú porque has sido el único hombre ante el que me he mostrado tal y como soy —pronunció mirándolo a los ojos, dejando que los de ella derramaran las lágrimas contenidas.

Él comenzó a besarla muy despacio, dejó que sus labios viajaran por todo el rostro de Samantha, secó las gotas de agua que caían de la regadera y se confundían con su llanto. La abrazó con fuerza cuando la sintió temblar y se movió para quedar él también bajo la copiosa lluvia de agua caliente, llevó sus manos hasta el cuello y después las subió acunando el pequeño rostro.

—Es con esta Samantha con la que quiero estar, solo con esta que estoy viendo justo ahora, no quiero a ninguna otra, eres tú a la que deseo, con la que quiero compartir tanto cómo nos quede en este lugar, no quiero cambiarte, no lo quise antes y no lo quiero ahora… por favor no pienses algo así, ya sé que me porto como un idiota a veces y tienes todo el derecho de molestarte conmigo, no sé siquiera por qué actué como lo hice. —Suspiró lentamente y cerró los ojos sintiendo que el latido de su corazón se hacía más pesado—. No puedo comprenderlo.

—No importa, Alessandro… no analicemos nada. ¿Qué ganamos con ello? Tú me deseas y yo te deseo, eso es lo único que necesitamos saber… no le busquemos más explicaciones a esto.

Ella también sentía emociones que la perturbaban y la llenaban de miedo, por eso no quería ir más allá. Por primera vez, Samantha, no quería satisfacer su curiosidad y buscar la respuesta a todo lo que estaba sintiendo, solo se dejó llevar por esa pasión que la llenaba cada vez que él la tenía entre sus brazos.

Se apoderó de los labios de Alessandro con intensidad, colgándose de su cuello y sintió como él le rodeaba la cintura con las manos para levantarla y pegarla a la pared. De inmediato, Samantha le envolvió las caderas con sus piernas y un segundo después sus cuerpos se unían, ambos jadearon con satisfacción y comenzaron a moverse al ritmo que la pasión les marchaba, entregándose sin reservas.

Una vez más se refugiaban en el deseo para no ser consciente de eso que sus corazones ya no podía seguir acallando, por mucho que los dos se empeñaran en no reconocerlo, el sentimiento que compartían cada vez era más más evidente, se estaban enamorando.

Capítulo 54

El intenso calor de la mañana había sido aplacado por la repentina lluvia que se adueñó del lugar y bañaba los cristales del ventanal que daba hacia el paisaje toscano, creando un hermoso espectáculo. Alessandro estaba leyendo, pero miraba de vez en cuando, como las manos de Samantha se movían con rapidez sobre el teclado de su portátil, mientras sus pupilas seguían cada palabra que iba plasmándose en la pantalla y pocas veces la veía pausar para releer lo que había escrito.

Lucía muy hermosa cuando se concentraba en escribir, desbordaba un tipo de pasión que a él le encantaba y no lo hacía sentir relegado en absoluto. Ella se disculpaba cuando veía que pasaba horas frente a la máquina y apenas le prestaba atención, pero él le aseguraba que no había problema. En realidad, no lo había, pues mientras escribía él leía o la admiraba y cualquiera de esas dos actividades las disfrutaba; además, las lluvias repentinas que siempre ocurrían para esa época del año lo limitaban para hacer cualquier práctica fuera de la casa.

Fue sacado de sus pensamientos por el sonido de la canción principal de *Cinema Paradiso, Love Theme*. El tono de llamada que usaba para identificar a su madre, ya que esa melodía era una de sus favoritas y siempre se la recordaba.

—*Ciao mamma, ¿come stai?* —La saludó en italiano y se levantó para salir del estudio, no quería distraer a Samantha.

Ella le sonrió cuando sus miradas se cruzaron, él respondió con el mismo gesto y después salió. Estuvo cerca de una hora charlando con su madre y se sintió tentando de hablarle de Samantha, contarle lo maravillosa que era y lo bien que se llevaban para que en doña Emilia se aligerara un poco el pesar por creerlo solo y abandonado en ese lugar. Sin embargo, cada vez que las palabras llegaban hasta su garganta lo invadía un nerviosismo estúpido que no había sentido antes, ni siquiera cuando le habló de la primera chica que le gustó.

Su madre le facilitó las cosas, no al preguntar por su vecina, sino al anunciarle que irían a visitarlo para celebrar su cumpleaños y pasarían con él varios días. Se había olvidado por completo que dentro de una semana cumpliría veintiséis años. Sonrió consciente que, si lo había hecho, era porque Samantha ocupaba todos sus pensamientos y le hizo pasar por alto una fecha que era tan importante, pues estaba llena de maravillosos recuerdos y los mejores junto a su familia.

La noticia lo emocionó como era de esperarse, después de más de dos meses sin verlos, al fin podría reencontrarse con ellos. No le reveló nada con relación a Samantha para darles la sorpresa y para evitar que fueran creando juicios sobre ella sin conocerla. Por lo general, su madre siempre lo hacía y la mayoría del tiempo no jugaba a favor; por lo contrario, Emilia Bonanzierri se afincaba, aunque lo negara, en buscar todos los defectos de sus parejas. Y no podía contradecirla pues hasta ese momento la mayoría habían sido una larga lista de desaciertos, pero estaba seguro de que Samantha lograría ganarse la aprobación de todos en su familia, incluida su madre.

Terminó la llamada y caminó hasta la cocina para tomar agua, su madre siempre lo dejaba con la garganta seca, aunque suponía que ella debía quedar peor porque hablaba hasta por los codos. La sonrisa en su rostro era imposible de disimular y la sensación de felicidad que lo embargaba se hacía más grande a cada minuto, tomó un par de manzanas y regresó hasta el estudio. Cuando

entró pudo ver que Samantha aún seguía sumergida en ese mar de letras que aumentaba a cada segundo en la pantalla.

—¿Cómo está todo en Roma? —preguntó sorprendiéndolo pues creía que apenas había notado su ausencia.

Se acercó con una sonrisa y le extendió una manzana mientras se sentaba, intentando tener un pequeño adelanto de la nueva historia de su escritora favorita, pero Samantha captó su atención de nuevo.

—Supongo que han ocurrido muchas cosas, duraste casi una hora hablando con tu madre… por cierto me encantó el tono de llamada que usas para identificarla —dijo antes de darle un mordisco a la fruta y suspirar con deleite pues estaba deliciosa.

—Es de Cinema Paradiso —comentó él con una sonrisa y también mordió la manzana.

—Lo sé, de *Ennio Morricone*, es una de mis melodías favoritas y la película es una verdadera obra de arte, es hermosa, emotiva, real. —Disfrutó de la sonrisa que Alessandro le dedicó por sus palabras.

—Algo más en lo que estamos de acuerdo, Samantha, la película es una de mis favoritas junto a la *Dolce Vita*, me gusta mucho el cine clásico… Y respondiendo a tu pregunta anterior, todo está igual que siempre según mi madre, parece que nuevos escándalos en la farándula han desplazado la atención hacia otros —mencionó en tono casual y tomó otro bocado de la fruta disfrutando del dulce néctar.

Samantha sintió su corazón detenerse un segundo y su estómago se encogió presa de una desagradable tensión al ser consciente de lo que ese nuevo cambio significaba, si todo comenzaba a normalizarse lo más probable era que él tuviera la libertad para dejar ese lugar.

—¿Eso significa que ya puedes volver a Roma? —preguntó con la mirada puesta en la manzana que ya no le pareció tan apetitosa.

—No —respondió él de inmediato.

Su reacción fue tan categórica y rápida que lo sorprendió, pero no pudo contenerla, pues la sola idea de dejarla a ella y a ese lugar que había pasado de ser una cárcel a un paraíso colmado de tranquilidad, le hizo que rechazara la idea. Sabía que salir de allí cambiaría todo, aun cuando le pidiera a Samantha que lo acompañara para seguir con ella; esa aparente calma que mostraba su situación en Roma desaparecería en cuanto pusiera un pie allí, más si lo hacía con compañía, no se quedarían en paz hasta descubrir todo sobre ella y podía verse afectada.

—No creo que las cosas estén aun del todo bien para regresar y tampoco deseo hacerlo, Samantha… al menos no por ahora —agregó mirándola a los ojos, y le dio un mordisco a la manzana para restarle importancia a todo el asunto, pero apenas si podía masticar.

—Pero… debes extrañar mucho a tu familia, Alessandro, en realidad lo haces y mantenerte alejado de ellos cuando puedes tenerlos a tu lado es algo… absurdo ¿no crees? —inquirió de nuevo.

No sabía por qué lo hacía, por qué seguir buscando una respuesta que podía terminar causándole daño, o quizás necesitaba que él le dijera que se quedaría allí por ella, que no podía soportar la idea de separarse. Quería que deseara eso, que ella fuera tan importante para Alessandro que decidiera mantenerse por más tiempo a su lado, era un sentimiento muy egoísta y se sintió mal por ello, pero no pudo reprimirlo.

—Lo hago… pero mi familia vendrá a verme la próxima semana porque cumplo años y mi madre tiene planeado festejarlo aquí… Será algo sencillo solo mis padres y mis hermanos, quizás Luca un gran amigo de la familia y que es como un padre para mí, y por supuesto mis abuelos si pueden y no tienen otras ocupaciones —informó.

Decir aquello en voz alta había alejado la sensación de angustia que lo embargó, ahora de nuevo la felicidad por tener a los suyos cerca lo arropaba. Se deleitó con la sorpresa reflejada en el rostro de Samantha y le dedicó una sonrisa que llegó hasta sus ojos, su apetito por la fruta había regresado así que se la llevó a la boca y cortó un trozo con su blanca y fuerte dentadura.

—¿Tus padres vendrán a verte? —preguntó Samantha, mirándolo.

Aunque había entendido perfectamente no terminaba de asimilar el hecho que dentro de una semana estaría conociendo a la familia de Alessandro, respiró profundamente para calmar sus latidos.

—Sí, justo como lo escuchaste. Nunca he pasado un cumpleaños lejos de ellos y puedo asegurar que esta no será la primera vez, mis padres lograran eludir a los paparazzi —contestó con una sonrisa.

—Es una noticia maravillosa, Alessandro, me alegro tanto por ti… Y espero ansiosa ese encuentro, en verdad deseo conocerlos —sintió una mezcla de felicidad, angustia y expectativa.

—Me hace feliz escuchar eso, pues tengo la firme intención de presentarte con ellos ese día…

—¿Le dirás que somos amigos? —inquirió expectante.

—No lo sé —dijo disimulando su sonrisa, se sentía dichoso al ver el nerviosismo y la ansiedad en Samantha.

—¿Por qué? —Lo interrogó de inmediato, se sentía desconcertada, no esperaba una respuesta como esa de parte de él.

—Porque de decirles que eres mi amiga, no podré escaparme a tu casa todas las noches para dormir contigo. —Su sonrisa se hizo más amplia, cuando ella parpadeó y abrió mucho sus ojos marrones.

—Tienes pensado dejarlos… es decir, es tu familia y viene a verte después de más de dos meses separados, lo más lógico es que dediques esos días a compartir con ellos.

Samantha intentó ocultar la felicidad de saber que él estaría junto a ella, que no tendrían que guardar las distancias ni sería excluida de los días de Alessandro por la llegada de su familia.

—Y lo haré, pasaré los días junto a ellos… y si te parece bien tú puedes acompañarme, claro cuando no estés escribiendo. Pero me niego rotundamente a pasar una noche lejos de ti teniéndote tan cerca —pronunció con determinación y le tomó la mano.

Ella se quedó muda ante la declaración de Alessandro, no sabía cómo interpretarla; mejor dicho, temía hacerlo y terminar creándose falsas ilusiones o aún peor darle mayor espacio a esa relación que ya había acaparado mucho dentro de ella. No podía escapar de la mirada de él y tampoco encontraba las palabras adecuadas para responderle, se mordió el labio inferior para drenar la ansiedad.

—Dígame, señorita Steinberg. ¿Cómo desea que la presente delante de mi familia? —inquirió Alessandro tanteando el terreno.

La actitud callada de Samantha lo había puesto alerta, no deseaba exponer todas sus cartas y quedar en ridículo en caso de que ella lo rechazara, así que le pondría la decisión en sus manos y que fuera Samantha quien decidiera el término que usarían.

—Yo… no lo sé. —Los nervios hicieron vibrar su voz y se sintió acorralada—. ¡Alessandro! No puedes poner en mí esa decisión, es tu familia —agregó sintiéndose desesperada.

—Bueno, tenemos un serio problema aquí entonces y lo mejor será buscarle una solución cuanto antes, Samantha —dijo mostrándose serio, se armó de valor y mirándola a los ojos habló de nuevo—. Te presentaré como mi novia…

—No puedes hacer eso… ¿Alessandro te has vuelto loco? ¿Qué dirán tus padres, el resto de tu familia? Ninguno me conoce, apenas saben que existo y que llegues de buenas a primera a

presentarme como tu novia sería quizás contraproducente —argumentó y los nervios la hacían sentir asustada.

—¡Ah! Por supuesto que puedo y lo haré… Ya tendrán algunos días para conocerte; estoy seguro de que les caerás muy bien y así me ahorro tener que estar alejando a mi hermano Lisandro de ti todo el tiempo. Además, no quiero fingir ante ellos que somos simplemente amigos; no poder besarte, ni escaparme contigo sería una tortura —mencionó, mirándola a los ojos.

Entrelazó sus dedos a los de Samantha apreciando que los de ella temblaban y de pronto se sintió nervioso también. Sonrió con esa mueca de medio lado que era en algunas ocasiones arrogante, seductora o como en ese instante un gesto que intentó ocultar su desconcierto por las emociones que lo embargaban.

Atrapó con su mirada la de Samantha y fue consciente de que le estaba costando formular la pregunta, como si se tratara de un inexperto que le pide por primera vez a una mujer que sea su novia. Recordó en ese momento, que hacían muchos años que no le pedía a una mujer que fuera su novia, últimamente sus relaciones empezaban con una extensa jornada de buen sexo y todo lo demás quedaba claro.

Con Samantha había sido distinto desde el inicio, primero fue esa relación de rivalidad que mantuvieron las primeras semanas de conocerse, después vino su relación de amigos con la que se sintió cómodo. Sería absurdo negarlo pues aún a esas alturas seguían siendo cómplices a pesar de los avances que había hecho en otros aspectos. Recorrió con la mirada el rostro de Samantha y su corazón se lanzó en latidos desbocados.

Aunque era un hombre adulto y se suponía que sabría cómo manejar esa situación, la mujer frente a sus ojos lo tenía nervioso como un adolescente. Ya había admitido que la quería, debería ser más fácil pedirle que fuera su novia, al fin se armó de valor y lo hizo.

—¿Quieres ser mi novia, Samantha? —preguntó, con la voz ronca a consecuencia de las emociones que giraban dentro de él.

Ella parpadeó y después fijó su mirada en Alessandro a la espera que comenzara a reír diciéndole que todo había sido una broma, cuando vio que nada de eso pasaba comenzó a sentir como la ansiedad estaba a punto de quebrarla. Abrió la boca para responder, pero no encontró dar con su voz, la cerró de nuevo un par de veces mientras movía su cabeza ligeramente, al fin se obligó a reaccionar.

—¿Lo dices en serio? —inquirió y cuando vio que él se disponía a responder, elevó su mano para detenerlo—. No espera, ok vamos a actuar como si fuéramos novios formarles delante de tus padres… claro para cubrir las apariencias. ¿Ése sería el acuerdo verdad? —inquirió mirándolo a los ojos para que fuera sincero.

Alessandro suspiró para drenar la tensión que sentía, en serio Samantha a veces le resultaba la mujer más incomprensible del mundo, la mayoría lo era, pero ninguna como ella.

—No he mencionado ningún acuerdo, te estoy pidiendo que seas mi novia, ¿siempre te resulta tan complicado responder cada vez que alguien te lo propone o solo se trata de mí? —interrogó con sarcasmo, elevó su ceja derecha y fijó su mirada en ella.

—¡Sí! Es decir… no, no se trata de ti, es solo que no me esperaba algo como esto. —Posó la mirada en su mano entrelazada a la de Alessandro, y sintió como su corazón se aceleró.

—¿Por qué no? Hemos sido amigos… fingimos ser esposos, somos amantes, ¿qué hay de extraño en que seamos novios? —preguntó una vez más y llevó su mano libre, hasta la barbilla de ella, obligándola a que lo mirara a los ojos y le diera una respuesta.

—Supongo que nada… hasta tenemos fecha de aniversario —comentó con una sonrisa

nerviosa.

—Hasta eso tenemos… pero sigo esperando tu respuesta.

Ella tomó una bocanada de aire y lo miró, lo hizo como no había hecho hasta ese momento, él era muy apuesto, pero más allá de eso, era el hombre que hacía que su corazón latiera como nunca, que parecía conocer su cuerpo mejor que ella, era su amigo, alguien con quien podía sentarse hablar por horas sin aburrirse o sentirse incómoda.

Con él podía ser simplemente ella, no era necesario pretender ser perfecta, podía equivocarse, temer o dudar porque Alessandro no la juzgaría, ya se lo había demostrado muchas veces. Así que ¿por qué no confiar en él una vez más? ¿Por qué no ponerse en sus manos y simplemente dejarse llevar, por una vez en la vida? Pudo ver en la mirada azul la expectativa y quizás algo de miedo a ser rechazado, ya había visto esa mirada antes, pero esta vez no dejaría que sus miedos la dominaran, no lo lastimaría. Mostró una sonrisa radiante y asintió un par de veces antes de hablar.

—Sí… ¡Sí, Alessandro! —expresó feliz, casi pletórica y liberó una carcajada, cuando él soltó del golpe el aire que estaba conteniendo.

Alessandro sintió como si le hubiera quitado un bloque de granito de los hombros y su corazón latió con tanta rapidez que pensó saltaría de su pecho. Si un par de meses atrás alguien le hubiera dicho que esa sería su reacción ante lo que estaba viviendo; sencillamente no le hubiera creído, porque incluso en ese momento no podía creer que una emoción tan grande pudiera existir.

Tomó el rostro de Samantha entre sus manos y le apretó las mejillas ejerciendo un poco de presión para castigarla por hacerlo esperar tanto. Le gustó ver como las pecas en su rostro se hacían más visibles, y recordó el apodo que le había puesto su hermano «chispas de chocolate» antes le parecía ridículo, ahora le divertía.

—¡Al fin! Eres la mujer más difícil de convencer que he conocido en mi vida, Samantha Steinberg… ya estaba comparándote con *Julia Roberts* en *Novia fugitiva*, te gusta hacerte de rogar —dijo riendo.

—¡No exageres! —Le reprochó dándole un suave golpe en el pecho, pero seguía riendo y terminó haciendo un puchero.

—Solo digo la verdad. —La tomó en sus brazos y la hizo tenderse de espaldas encima del sillón que ocupaban, ella liberó un grito de sorpresa y él sonrió con malicia—. Ahora me pregunto, ¿será posible que mi novia deje que le haga el amor o seguirá haciéndose de rogar? —cuestionó mirándola a los ojos.

Cuando ella asintió, mordiéndose el labio inferior y se movió para tener una posición más cómoda, Alessandro sintió que su cuerpo era envuelto por llamas, se quitó la camiseta con rapidez y la lanzó a un lado. Sus manos viajaron al short de jean que llevaba Samantha, y en un movimiento lento lo sacó de su cuerpo, después siguió con su blusa.

Se detuvo un momento admirándola y era que Alessandro comenzaba a tener un evidente fetiche por su ropa interior, le gustaba verla desnuda, pero había algo sumamente excitante en mirarla también cubierta por esas pequeñas prendas. Deslizó sus dedos por la suave tela del brasier y con movimiento ágil abrió el broche delantero, los senos de Samantha quedaron expuestos para su deleite, los acarició con posesión haciéndola gemir y arquearse para exponerlos hacia él.

Alessandro se entretuvo un par de minutos excitando los pezones de su novia y por último bajó hasta alcanzar el diminuto panty de encajes y algodón que hacía juego con el brasier. Lo sostuvo entre sus dedos cerca de un minuto, disfrutando de los leves estremecimientos que le entregaba Samantha y de ver como su piel se erizaba y se calentaba al mismo tiempo tiñéndose

de un hermoso rubor.

Comenzó a deslizarla muy despacio, sus ojos que seguían el recorrido de la prenda descubrieron una pequeña sombra de humedad en la misma que hizo que su miembro ya tenso, casi se convirtiera en una columna de granito.

—Alessandro —susurró ella, cuando se sintió desnuda frente a él.

La voz de Samantha lo sacó del trance, sin siquiera tener que mirar lo que hacía se despojó de su propia ropa con premura y segundos después la cubrió con su cuerpo.

—Presiento que voy a disfrutar mucho de este encuentro ahora que tengo la certeza que eres mía —esbozó con una hermosa sonrisa mientras la miraba a los ojos.

Se sumergió en ese hermoso tono miel que comenzaba a pintarse de castaño oscuro, cuando las pupilas de Samantha se dilataron a causa del deseo. Se abrió espacio en medio de las largas y torneadas piernas que cedieron a él de inmediato.

—Y yo estoy segura de que lo haré tanto como tú ahora que sé que eres mío —mencionó, envolviendo las caderas de Alessandro con sus piernas para tenerlos más cerca, suspiró ante el roce de sus pieles desnudas y subió sus labios pidiendo un beso.

Alessandro no era de los que se hacía de rogar y mucho menos por Samantha que se había convertido en su mayor tentación y debilidad, así que se apoderó de la voluptuosa y rosada boca con un beso profundo que dio inició a la danza de sus lenguas.

Su unión fue perfecta como de costumbre y lo que vino después fue un derroche de pasión y ternura, pues como él le había dicho, harían el amor. Ahora eran novios, las cosas debían ser diferentes, aunque solo fuese en términos y no en esencia.

Capítulo 55

El día de la visita de la familia de Alessandro había llegado, Samantha despertó sintiendo su cuerpo tan laxo que le parecía haber dormido unas doce horas. Alessandro aún estaba en un profundo sueño, luciendo tan hermoso y relajado que ella no quiso despertarlo. Buscó el reloj en la mesa de noche que marcaba las siete y treinta; después se volvió a mirar a Alessandro, se acercó para darle un suave beso en el hombro y después salió de la cama.

Los padres y los hermanos de Alessandro llegarían cerca del mediodía, Tina la había ayudado a preparar las habitaciones donde se quedarían, así que no tenía nada pendiente por hacer. Tomó una ducha con rapidez, se cepilló los dientes y se vistió con un sencillo camisón de algodón, quería hacerle un desayuno especial a su novio. Salió de la habitación, bajó las escaleras y caminó a la cocina, encendió el iPod poniendo un volumen moderado y se puso manos a la obra.

Tiempo después estaba tan absorta en lo que hacía, mientras cantaba y bailaba la contagiosa melodía de *The Game of love* de *Carlos Santana* y *Michelle Brach*, que no sintió llegar a Alessandro. Se sobresaltó cuando él le envolvió la cintura con sus fuertes brazos para pegarla a su cuerpo, le dio un suave beso en el cuello que la hizo temblar y no pudo resistirse al deseo de apoyarse contra su firme y cálido pecho.

—I'm telling you my babe… It's all in the game of love…

It's all in the game of love… Roll me… Console me. Please hold me… I'm out here on my own…On my own.

Alessandro sonreía por la felicidad que le recorría todo el cuerpo, comenzó a bailar al ritmo que le proponía Samantha, disfrutando del suave y sensual balanceo de sus caderas, del roce de las turgentes y paradas nalgas que podía sentir perfectamente bajo el algodón del camisón y lo estaba despertando. Se deleitó también con su melodiosa voz; sobre todo, con la letra de la canción que no era la primera vez que escuchaba, pero no le prestó mucha atención hasta ese momento.

Samantha se volvió entre sus brazos, entregándole una radiante sonrisa y le pasó los brazos por el cuello al tiempo que se ponía de puntillas para dejar caer sobre sus labios una lluvia de besos, suaves y dulces toques que mantuvo, aunque él intentó darle mayor intensidad al intercambio, pero ella rehuía alejándose y sonriendo de manera traviesa para buscarlo una vez más.

—Feliz… —Se detuvo y lo besó—. Cumpleaños. —Un nuevo beso, esta vez rozando los labios con su lengua—. Alessandro.

Finalizó con una sonrisa antes de atrapar la boca de él en un beso de esos que la hacía temblar. Le encantaba la manera cómo Alessandro deslizaba su lengua por encima de la suya, como parecía envolverla y desatar el torbellino que se apoderaba de su cabeza y su cuerpo cada vez que la besaba justo como lo estaba haciendo. Gimió cuando sintió como Alessandro deslizaba la mano por su espalda y la apoyó justo sobre la curva de su trasero para pegarla a su cuerpo, haciéndole sentir la tensión de su miembro cuando lo apretó en su vientre.

Los gemidos de Samantha lo aceleraban como el motor de su Maserati cuando probaba todos sus caballos de fuerza. El pensamiento lo hizo sonreír; sin desear esperar más la tomó por la cintura y la elevó, sentándola sobre la isla de granito y se ubicó entre de sus piernas.

—Alessandro… —Ella aprovechó que él comenzó a besarle el cuello para hablar, sentía que

se derretía, pero debía mantener la cabeza en su lugar—. Alessandro… no, espera… —intentó una vez más, pero cerró los párpados pesadamente cuando le acarició uno de los senos y después deslizó su otra mano por su cadera para subirle el camisón, eso la hizo reaccionar—. No… ¡Alessandro Bonanzierri, deja las manos quietas! —le exigió tomando el rostro de él para verlo a los ojos.

—¿Por qué si estoy disfrutando mucho lo que están haciendo? —preguntó con media sonrisa y las movió de nuevo.

—Porque he preparado un desayuno especial para ti y esperaba llevártelo a la habitación, ya arruinaste la mitad de la sorpresa —contestó haciendo un mohín con los labios—. No tenías que haber despertado aún —agregó e intentó bajar, pero él se lo impidió.

—Lo siento, preciosa, es tu culpa… Si me hubieras desvelado anoche aún estaría durmiendo, pero desperté no te encontré a mi lado y vine a ver qué tramabas —explicó, mirándola a los ojos y mantuvo las manos en sus caderas, vio como intentaba ocultar la sonrisa por su comentario y acercó sus labios para besarla—. Y no estés triste que no se ha arruinado nada; por el contrario, me has dado una maravillosa sorpresa al encontrarte aquí bailando y cantando, me gusta cómo te queda este camisón… Te hace ver sexy —mencionó con picardía posando su mirada en las piernas apenas cubiertas de Samantha.

—Alessandro, mírame a la cara que estoy adivinando tus intenciones y desde ya te digo ¡Olvídalo! Tus padres deben estar por llegar y no me voy a exponer a que nos encuentren en una situación inapropiada cuando ni siquiera me conocen.

—Mis padres no llegaran aún, Samantha, tenemos tiempo para uno rápido, hoy estoy de cumpleaños así que deberías complacer todos mis deseos —señaló deslizando su mirada por el escote y la visión de los pezones erguidos de Samantha le hizo la boca agua.

—Alessandro… no, y es mi última palabra, no intentes chantajearme que te conozco y sé lo que deseas cuando me miras así. ¿Te imaginas lo vergonzoso que sería que tu familia nos encontrara teniendo sexo en la cocina? Te juro que no tendría cara para verlos nunca —dijo con una mueca de horror en el rostro.

—Ok, está bien… vamos a desayunar, pero prométeme que esta noche me complacerás en todo lo que te pida —indicó mirándola a los ojos y la tomó por la cintura para bajarla.

—¿En todo? —preguntó, mirándolo fijamente, sintiéndose nerviosa y excitada al mismo tiempo.

—En todo —confirmó y llevó el pulgar a su labio inferior que tembló, lo acarició con suavidad, siguiendo las pupilas de ella que se movían con nerviosismo—. Te prometo que hagamos lo que hagamos, ambos disfrutaremos mucho —susurró para llenarla de confianza.

—Lo sé. —Asintió y sonrió para que viera que confiaba en él.

Alessandro respondió con el mismo gesto y se dejó guiar a la mesa, Samantha se puso manos a la obra y le presentó un suculento desayuno americano: tostadas, huevos con tocino, mermelada, mantequilla, café negro y zumo de naranja. Todo estuvo tan delicioso que él se sintió satisfecho no solo en su paladar, sino también en su estado de ánimo pues sabía que ella se había esmerado para complacerlo.

Samantha se despidió de Alessandro pues debía ir a su casa a prepararse, se había llevado todas las cosas que tenía allí para evitar comentarios entre su familia. Aunque él le aseguró que jamás invadían su privacidad, ella era prefería hacerlo de ese modo. Además, que, de dormir juntos lo harían en su casa, porque se sentiría cohibida de hacer el amor con su novio, teniendo cerca a sus padres.

∞∞∞

Cuando regresó, Alessandro bajaba las escaleras y la visión que tuvo de él la hizo suspirar, se había afeitado y lucía mucho más joven de esa manera. Su cabello cada vez estaba más largo, pero no le restaba atractivo; por el contrario, lo hacía ver interesante y salvaje. Una sonrisa afloró en sus labios ante ese pensamiento, debía dejar de verlo como a los personajes de sus libros o iba a terminar en un manicomio, caminó para encontrarse con él en medio del salón.

—Que apuesto luce, señor Bonanzierri. —Deslizó sus manos por el suave lino de la camisa celeste.

—Gracias, pero creo que hoy usted se robará todas las miradas, señorita Steinberg —dijo él, apoyando las manos en su cintura, mientras sonreía—. Te ves realmente hermosa, me gusta cuando llevas vestido; en realidad, me gusta verte de muchas formas, sobre todo desnuda —acotó con picardía—. Pero obviamente no puedo presentarte así ante mi familia, me daría un ataque antes de hacerlo…

—¡Me alegra que tengas algo de cordura! —exclamó riendo.

—¡Hey! Soy un hombre bastante cuerdo. —Se defendió y la acercó a su cuerpo—. La mayoría del tiempo al menos, y si pierdo la cabeza es solo por tu culpa… Tú haces que sea un ser irracional que solo piense en tener todo de ti, en respirarte, besarte, sentirte… Apenas puedo mantener mis manos lejos de tu cuerpo —esbozó sobre sus labios y podía sentir como temblaban, aumentando sus deseos de besarla.

Ella sentía que estaba flotando en una nube de felicidad, no podía explicar lo que Alessandro le hacía sentir, era demasiado hermoso e intenso para ponerlo en palabras. Acortó la distancia lo besó como ambos estaban deseando; consciente que se arriesgaba a dejarse llevar por la pasión que él despertaba en su cuerpo, no podía refrenar lo que sentía y a cada segundo se hacía más grande.

Alessandro acunó el rostro de Samantha y la besó con pausa, deleitándose en cada roce lento de sus lenguas y sus labios, en esa humedad tibia que era como miel y embriagaba sus sentidos. El beso carecía de arrebato, pero se desbordaba en ternura y eso también tenía el poder para despertar a sus cuerpos, ambos podían sentir la llama de la pasión destellando de manera intermitente en cada toque húmedo de sus bocas, en cada caricia por leve que fuera.

El sonido del teléfono de la casa irrumpió en el lugar, sacándolos de golpe de la burbuja que los envolvía, pero tuvo que sonar un par de veces para que alguno de los dos comprendiera que debían atenderlo. Samantha suspiró, manteniendo sus ojos cerrados cuando Alessandro apoyó la frente contra la suya, y se bebió el aire que él exhaló cuando el teléfono sonó una tercera vez exigiendo ser atendido.

—Deben ser ellos que están por llegar…

Ella asintió y le dedicó una sonrisa al ver su cara de niño cuando le quitan un caramelo, pensó que ella debía lucir igual y eso la hizo reír, se vio tentada a besarlo una vez más, pero allí estaba el teléfono de nuevo repicando como poseído y eso la hizo desistir.

Alessandro rodó los ojos al tiempo que el aparato se ganaba todo su rencor, pero este se esfumó cuando recordó a la mujer que debía estar al otro lado de la línea insistiendo tanto. Su felicidad regresó triplicada y caminó hasta el aparato, antes de tomarlo le guiñó un ojo a Samantha y una sonrisa cómplice y maliciosa afloró en sus labios.

—*Buongiorno, funerale Sacro Monte.* —Atendió modulando su voz.

Samantha entrecerró sus ojos reprochándole que atendiera la llamada de su madre de esa

manera, pero no pudo evitar sonreír ante la picardía que brillaba en su mirada. Él tomó asiento en el sofá y le pidió que lo acompañara, al tiempo que se ponía cómodo.

—¡Alessandro! No tiene gracia ese juego de niños —lo reprendió Emilia de inmediato al otro lado de la línea.

—Lo siento… es que tengo una madre que no ha dejado de tratarme como uno —mencionó con una sonrisa y estiró su mano libre para entrelazar sus dedos con los de Samantha—. ¿Por dónde vienen? Por la insistencia supongo que ya deben estar en Florencia.

—¡Aún estamos en Roma! —exclamó y sollozó con fuerza.

—¿Qué sucedió? —preguntó con la voz estrangulada.

El tono de su voz había cambiado por completo, ya no había rastros de la diversión de segundos atrás, su semblante adquirió la rigidez de una piedra, al tiempo que se erguía adoptando una postura de alerta.

—¡Los infelices paparazzi están apostados fuera de la casa desde esta madrugada! —contestó con tono mezcla de congoja y rabia, la sollozó de nuevo y tomar aire para continuar—. No sé cómo demonios descubrieron nuestros planes de ir a verte hoy…

—Madre… intente calmarse por favor, ellos no descubrieron nada, saben que es una tradición que pasemos mi cumpleaños, juntos, ustedes siempre se aparecían donde estuviera este día.

Suspiró pesadamente cerrando los ojos y la imagen de lo que debía ser la fachada de la casa de sus padres llegó hasta él, enfureciéndolo. Inhaló de nuevo muy despacio para evitar que la rabia lo dominara, pero eso no lo ayudó tanto como sentir el suave apretón que le dio Samantha a su mano al verlo así. Abrió sus ojos y posó su mirada en ella mientras escuchaba a su madre sollozar al otro lado de la línea y eso hizo que una mezcla de sentimientos lo embargaran.

—Esto es tan injusto Alessandro… ¿Por qué demonios no te dejan en paz al menos una vez? Desde que te fuiste no nos han dejado descansar, hasta comenzaron a seguir a Paula a todos lados como si haciéndolo ella fuera a llevarlos a dónde estás, y hasta muchos de mis pacientes me han preguntado por ti señalando que entre nosotros existe la confianza suficiente para que yo les cuente toda la verdad… ¡Me siento desesperada!

Se desahogó en medio de un llanto lastimero que hizo que Alessandro se sintiera como un miserable pues había arruinado la vida de su familia, y aunque nadie lo culpara sabía que el único responsable era él. Apretó el auricular con fuerza manteniendo los ojos cerrados y tensó la mandíbula, odiándose al escuchar a su madre de esa manera, no tenía ni siquiera palabras que la pudieran consolar, pero un segundo después llegó hasta él lo que debía hacer.

—No vengan, madre… quédense en Roma, no le sirvan de entretenimiento a ese montón de imbéciles —dijo con determinación, su mirada debió mostrar su rabia pues Samantha se tensó.

—No, no me puedes pedir que haga algo como eso… te aseguro que encontraré la manera de salir de aquí, aunque tenga que disfrazarme para hacerlo —esbozó con la misma decisión que él mostrará antes.

La escuchó cuando respiró profundamente buscando retomar la compostura, siempre haciéndose la fuerte ante las pruebas que le ponía la vida. Por actitudes así era que amaba y admiraba tanto a su madre; pero precisamente por eso no podía dejar que hicieran de ella un objeto de burlas, ni de ninguno de los miembros de su familia.

—Usted no hará nada de eso, se va a quedar en la casa junto a los demás y haremos como si este día fue igual que cualquier otro…

—Pero no es un día sin importancia, es tu cumpleaños y deseamos estar contigo, Alessandro tenemos más de dos meses que no nos vemos en persona, ya la estúpida computadora me cansa… Quiero abrazarte y besarte ¡Eres mi hijo y no me puedes pedir que no te extrañe!

—Yo también los extraño… —Liberó un suspiro pesado, sintió como las lágrimas le subieron todas de golpe y se quedaron atrapadas en su garganta, tragó para pasarlas—. Los he echado mucho de menos y le mentiría si le digo que todo esto no me afecta, lo hace y mucho… pero por favor, entiéndame, no quiero que ustedes se vean expuestos a una situación desagradable por mi culpa.

—Nada de esto es tu responsabilidad, Aless…

—¡Sí, lo es! —puntualizó sin permitirle que ella continuara.

Le molestó que intentara justificarlo, soltó la mano de Samantha y se puso de pie, dándole la espalda. Ella se mantuvo en silencio y podía ver como la tensión prácticamente amenazaba con quebrarlo.

—Todo esto es mi responsabilidad, por favor dejé de estar intentando justificarme o poniéndome en el papel de la víctima, si desea que empiece a comportarme como un hombre adulto entonces tráteme como a uno y permita que asuma las consecuencias de mis actos —indicó y su voz no vaciló un instante, se detuvo mirando por el ventanal el camino de entrada a la villa y la imagen del auto de sus padres se presentó como un espejismo ante sus ojos.

—Alessandro… mi vida, sabes que yo solo quiero ayudarte y no puedo evitar preocuparme por ti al igual que lo hago con todos… olvida lo que mencioné, por favor, ya sabes que a veces exagero.

Él descubrió de inmediato por el tono de su voz que intentaba conciliar la situación, era imposible no distinguir cuando hablaba la psicóloga en lugar de la madre. Suspiró y cerró los ojos para reforzar su postura mientras la imagen en su cabeza de desvanecía.

—Perfecto, igual debe prometerme que no intentaran venir…

—¡No! No te voy a prometer nada y ninguno lo haremos, vamos a ir como habíamos acordado, ni un ejército de periodistas impedirá eso… Tú no tienes que sacrificarte.

—¿Yo no, pero ustedes sí? —inquirió asombrado y se pasó la mano por el cabello con exasperación al tiempo que suspiraba liberando la molestia—. Madre, páseme a Lisandro por favor.

—No lo tengo cerca, ¿para qué deseas hablar con él? —preguntó y la preocupación fue evidente en el tono de su voz, así como la mentira al decir que el mayor de sus hijos no estaba allí.

—Necesito hacerlo, por favor comuníqueme con él.

—Está bien… pero ni creas que logrará convencerme de quedarme aquí y dejar que pases el día de tu cumpleaños solo. —Le aseguró antes de llamar a su hijo y entregarle el auricular.

Alessandro pudo imaginar perfectamente el cuadro, su madre molesta como una niña malcriada y todos los demás sonriendo ante sus gestos tan expresivos; eso lo hizo llenarse de nostalgia, pero no permitió que el sentimiento avanzara mucho, debía mantenerse firme.

—¡Hola, cabezotas! Feliz cumpleaños. ¿Cómo estás? —Lo saludó mostrando esa actitud tan infantil de siempre, si no fuera porque el acta de nacimiento de Lisandro decía que tenía treinta años, aseguraría que no pasaba de los quince—. ¿Ya eres virgen de nuevo? —agregó en un tono más bajo y la carcajada que soltó después casi le rompe el tímpano.

—Hola, Lisandro, estoy bien. —Se armó de paciencia para lidiar con su hermano—. Y no, para tu información no te daré el gusto de enviarme con Los Franciscanos. Quiero pedirte un favor…

—Si se trata de condones otra vez la respuesta es ¡No! Te jodiste, los malditos paparazzi me descubrieron comprándolos y publicaron la foto. Vittoria casi me patea el culo por eso, nosotros hace tiempo que los dejamos de usar y pensó que andaba con otra. Tuve que pasar una semana

explicándole que eran para enviártelos hasta que logré que me creyera… Así que pídele el favor a otro o dile a tu amiga que te lleve una docena ¡Mierda! —exclamó y después se ahogó con las palabras hasta que al fin se recompuso de nuevo—. Madre estoy hablando cosas de hombres con Alessandro, podría alejarse, por favor.

—Termina de hablar con él y me lo pasas de inmediato.

De nuevo la voz de su madre llegó hasta sus oídos, rodó los ojos ante la actitud de ambos, pero el pecho se le llenó de calidez al visualizar el cuadro y deseó como nada estar allí junto a ellos.

—Sí, sí claro, no se ponga así que no somos unos niños… A ver Alessandro Franco ¿Qué quieres?

—Tienes que convencer a mi madre para que no venga a verme…no quiero que tengan un encuentro desagradable con la prensa por mi culpa, ya bastante con lo que han tenido que lidiar hasta ahora como para agregarles más…

—No haré ni siquiera el intento, Alessandro, sabes perfectamente que es perder el tiempo porque sea como sea mi madre va a salir de aquí para pasar este día contigo

—Tienes que convencerla.

—¿Sí? ¿Y dime cómo haría algo así? Sabes bien que es imposible Alessandro, que no le hará caso a nadie ni siquiera a nuestro padre y te digo algo más, contamos con suerte que la colección de armas del abuelo no esté en esta casa, de lo contrario ya la hubiera descargado toda en la mitad del gremio de presa de espectáculo romana.

—Pues tienen que buscar la manera de hacerlo, pásame a mi padre por favor —pidió, la negativa de su hermano lo hizo sentir molesto y frustrado, se volvió en ese momento y vio que Samantha lo miraba con atención, se esforzó y le dedicó una sonrisa.

Ella no tenía por costumbre comerse las uñas, pero estaba segura de que empezaría a hacerlo, la tensión que envolvía su cuerpo solo empeoraba a cada minuto y la ansiedad le estaba haciendo un hueco en el estómago. Veía a Alessandro intentando lidiar con la situación y deseaba ayudarlo, pero no sabía cómo hacerlo; pensó en ofrecerse para ir a buscar a su familia o llevarlo hasta su casa en Roma.

Sin embargo, después de analizarlo llegó a la conclusión que ninguna de las dos opciones era viable, y que podía terminar empeorándolo todo si la prensa llegaba a descubrirlos y la involucraba con él. La noticia llegaría en un par de días cuando mucho a América, aunque a esas alturas no le importaría mucho que descubrieran que andaban juntos pues eran novios, pero no sabría cómo lidiar con el interrogatorio que le haría su familia.

Alessandro vio en el semblante de Samantha que esa situación también la tenía tensa a ella, así que buscó la manera de hacerla sentir bien, caminó hasta el sillón y tomó asiento junto a ella.

—Feliz cumpleaños Alessandro, Dios te bendiga hijo… ¿Cómo estás? ¿Cómo van las cosas por la villa?

La voz serena de su padre lo regresó a la llamada en curso, sintió de inmediato la alegre sensación que le brindaba hablar con él y eso se reflejó en su rostro cuando mostró una sonrisa.

—Estoy bien, padre, muchas gracias, me alegra mucho escucharlo.

—Pensábamos que hoy tendríamos mucho más que una llamada, contigo… Lamento mucho toda esta situación, llamé a algunos amigos a ver qué posibilidad teníamos de mantener a la prensa lejos de nosotros, pero nada es posible, igual ellos se la arreglarían para seguirnos ya sabes como son.

Aunque el tono de su padre era calmado, Alessandro podía sentir la tensión en sus palabras. Tomó aire para contener los deseos que tenía de maldecir a quienes los atosigaban, e intentó calmarse.

—No los dejarán salir de la casa, si se han apostado a los alrededores no tienen escapatoria, ellos van a seguir a cualquier auto que salga de la casa… Padre tiene que convencer a mi madre para que se queden en Roma —pidió en tono calmado, intentó mostrarle que pasar ese día lejos de ellos no lo afectaba tanto como para exponerlos.

—Me estás pidiendo que desvié el curso del río *Arno*, incluso creo que hacer eso me resultaría más fácil.

—Padre no puedo creer que usted también sea tan pesimista, yo sé que si se lo propone puede convencerla… Además, todo esto lo hago por el bien de ustedes —empezaba a desesperarse de nuevo, cerró los ojos y suspiró pesadamente.

—Comprendo tu preocupación, pero entiende la nuestra, Alessandro, hace más de dos meses que no te vemos y jamás hemos estado separados por tanto tiempo, no me puedes pedir que le diga a tu madre que renuncie a la visita que tenía planeada para hoy.

—¡Perfecto! Entonces seré quien vaya a Roma, si igual todo el mundo se va a enterar de donde estoy para qué dar más vueltas al asunto, en este preciso momento subo a mi auto y salgo para allá —dijo con determinación y estuvo a punto de ponerse de pie.

—¡Alessandro Bonanzierri no seas un inconsciente y un impulsivo! Esa no es la solución a este problema —lo regañó Flavio.

Su padre fue tan autoritario en su tono de voz, que por la reacción de Samantha supo que ella también pudo escucharlo. Su novia se tensó y le dedicó una mirada expectante, él se sintió como un imbécil por exponerla a un espectáculo tan vergonzoso.

—¿Qué quiere que haga padre? ¿Qué me quede de brazos cruzados mientras los dejo a ustedes enfrentarse a esa cuerda de desgraciados? —inquirió sin poder controlar su molestia.

—No exageres que unos cuantos periodistas no son el fin del mundo, podemos manejarlos perfectamente.

—¿Sí? A ver dígame… ¿Cómo harían algo así? Están absolutamente fuera de sus cabales, ahora quienes intentan actuar como unos inconscientes son ustedes… —dijo, sintiéndose furioso y frustrado.

—Alessandro… por favor —le pidió Samantha, mientras le acariciaba el brazo para intentar calmarlo.

No soportaba tanta tensión y mucho menos ver como lo que, se suponía, sería un día perfecto iba rumbo a terminar en un desastre. Tomó la mano de Alessandro y entrelazó sus dedos a los de él para después llevársela a los labios y darle un suave beso en el dorso.

—Lo siento, preciosa… de verdad… —Puso su mano en la bocina para evitar que su padre lo escuchara e intentó disculparse.

—No te preocupes, te entiendo, pero por favor intenta calmarte… Ellos no tienen la culpa de lo que sucede, solo desean verte y es lógico que se sientan molestos y frustrados por toda esta situación —expresó y le dio otro beso, para después entregarle una de sus mejores sonrisas.

Él respiró profundamente e intentó retomar la conversación sintiéndose un poco más relajado, posó su mirada en Samantha dándole las gracias y cuando estaba por hablar ella lo hizo primero.

—Yo te puedo llevar —lanzó sin pensarlo más.

Alessandro la miró sorprendido y abrió la boca para negarse de inmediato, tampoco deseaba exponerla a ella a un escándalo, que sabía llegaría de una u otra manera. La familia de Samantha era muy conservadora y seguramente le reprocharían si algo así llegaba a suceder; lo mejor era evitar complicaciones.

Capítulo 56

Samantha sentía que el corazón le latía muy de prisa, la sola idea de presentarse ante los padres de Alessandro en una situación como esa era una completa locura, pero deseaba ayudarlo.

—Pueden decir que soy amiga de la familia, no necesariamente tienen que relacionarme contigo, creo que eso sería lo más prudente en caso de que decidas ir hasta Roma… Te podrías ocultar cuando estemos por llegar —sugirió, mirándolo a los ojos.

—¿En el maletero? —preguntó con media sonrisa, entre incrédulo y divertido por el ingenio de Samantha.

—Solo serán unos minutos —indicó ella dudosa.

Él se planteó la idea durante unos segundos mientras la observaba; de pronto, la voz de su padre llamó su atención de nuevo.

—Alessandro cualquier cosa que decidamos será riesgosa, pero nada se compara con hacer que vengas hasta Roma, todo el mundo espera tener noticias tuyas hoy y están ansiosos por hacer de esto un circo. Créeme considero ridículo y exagerado que una decena de periodistas se hayan apostado desde la madrugada a las afuera de la casa… eso es solo una pequeña muestra de lo que son capaces de hacer para obtener cualquier tipo de información, si vienes a Roma vas a ponerte en bandeja de plata.

—Alguien puede llevarme… y podemos despistarlos…

—Eso es arriesgado, si te soy sincero, en este punto no veo una salida que nos deje a salvo a ninguno… Y aunque me cueste admitirlo, creo que tu idea de quedarnos aquí y es lo mejor.

Cuando mencionó la idea de pasar ese día lejos de ello lo hizo guardando la esperanza de verlos. Ahora que parecía ser una realidad, el peso que se instaló en su pecho estaba a punto de ahogarlo, tuvo que tragar para pasar las lágrimas antes de poder darle una respuesta.

—Es lo mejor, padre… por favor páseme a mi madre, yo hablaré con ella —pidió y se aclaró la voz que se había tornado ronca.

Samantha lo veía y también tenía ganas de llorar, sentía el corazón oprimido y un nudo en la garganta que intentaba asfixiarla. Inhaló despacio para pasar esa sensación y evitar llorar, sabía que Alessandro estaba luchando por parecer fuerte. Él le agradeció su apoyo, llevándose su mano a los labios y le besó los nudillos mientras la miraba a los ojos. Escuchó el momento cuando su padre le pasaba el teléfono a su madre, suspiró y se llenó de valor para lo que le venía.

—¡No! —Fue la respuesta categórica de Emilia Bonanzierri.

—Madre, por favor…

—No, Alessandro, y es mi última palabra. No dejaré que pases tu cumpleaños en completa soledad. Sé perfectamente que la hija de Tina y Jacopo también está de cumpleaños y que ellos viajaron a verla…

Alessandro no podía creer que estuviera informada de todos esos detalles, y de inmediato se preguntó ¿qué más sabría su madre? Porque era evidente que Tina la mantenía al tanto de todos sus movimientos, quiso probar algo y lanzó un comentario casual.

—Estás en lo cierto, madre, ellos se fueron a ver a su hija en Siena… pero eso no quiere decir que vaya a pasar mi cumpleaños solo, por si no lo recuerdas en este lugar hay otra persona. —Tiró el anzuelo y disfrutó de la reacción de su novia que lo miró con asombro.

—Bueno… yo… estoy al tanto de algunas cosas, sé que tienes a una vecina, una joven

americana que ocupa otra de las casas.

—Así es —dejó las palabras en el aire mientras se deleitaba con la expectativa de las dos mujeres—. Y seguramente, Tina también le habrá dicho, que ella y yo somos muy cercanos —acotó sonriendo.

Samantha se sentía que se mareaba ante cada nueva revelación que Alessandro le hacía a su madre, incluso sentía que estaba temblando como una chiquilla, se mordió el labio para drenar la ansiedad.

—¿Qué tan cercanos? —La curiosidad de Emilia era su mayor debilidad y su hijo lo sabía, por eso tenía ventaja.

—Muy cercanos… En realidad, somos novios —mencionó, con tanta naturalidad, que él mismo se sorprendió.

—¡¿Novios?! —exclamó, realmente sorprendida.

Él soltó una carcajada ante la reacción de su madre y la de Samantha que se puso de rodillas sobre el sillón. Un ajetreo se escuchó al otro lado de la línea, la voz de su hermano cuando le pedía a su madre que pusiera el teléfono en altavoz, su padre que también pedía lo mismo y no tuvo que ser adivino para saber que ella había cedido.

—Sí, somos novios… Llevamos algunas semanas y yo pensaba presentárselas hoy, pero tendremos que esperar a que se dé una nueva ocasión. El caso es que no voy a pasar mi cumpleaños solo, lo haré con mi novia —dijo con satisfacción.

—Pues ahora más que nunca pienso ir hasta la villa de los Codazzi y así tenga que disfrazarme de mucama, lograré eludir a los periodistas.

—Le prohíbo, doña Emilia, que haga semejante locura su mayor preocupación era que yo pasara este día solo, bueno tiene la certeza que no será así. Ahora prométame que se quedará en la casa con los demás y celebraran junto a mí, aunque no estemos unidos —pidió, intentando que su voz no demostrara cuanto le dolía pedirle algo así.

—Aún no me siento convencida del todo. ¿Quién me asegura que esto no sea una actuación de tu parte para intentar calmarme?

—Ok, usted gana… Samantha podrías decirle a mi madre que te quedarás junto a mí y que celebraremos, que no tengo motivos para deprimirme ni colgarme de una soga. —Activó la alta voz.

—¡Alessandro!

La voz de Samantha se unió a la de su madre al mismo tiempo cuando ambas le reprocharon sus palabras. Él sonrió divertido al ver la coincidencia, se encogió de hombros y miró a su novia que se sonrojó mientras se mordió el labio, viendo con terror el teléfono.

—*Signora… signora* Emilia —esbozó en italiano de manera torpe, tomó aire y se regañó intentando controlar sus nervios.

—Sí. —Emilia pronunció con cautela, lo hizo en inglés.

—*Ciao, io sono* Samantha… —Estaba por decir el apellido, cuando Alessandro le hizo señas y ella se detuvo.

—Sí le das tu apellido te buscará en *Google* y en dos minutos lo sabrá todo de tu vida; nada evitará que venga hasta aquí para ver si de verdad su hijo por fin tuvo la sensatez de buscarse a una novia decente, hermosa y además inteligente —susurró, tapando la bocina del teléfono, le hizo un guiñó ante el desconcierto y agregó—. Y habla en inglés, le encanta hacerlo y casi no tiene con quien practicar.

Ella asintió y se apegó a su idea, aunque deseaba conocerlos, no quería ponerlos en riesgo y sabía que la curiosidad de la madre de Alessandro se intensificaría si ella llegaba a revelarle

quien era.

—Soy Samantha, encantada de hablar con usted.

—Es un placer… Samantha, Emilia Bonanzierri… ¿Así qué eres la novia de Alessandro?

—Sí, señora —respondió Samantha, intentando que su voz no vibrara debido a los nervios.

—Bien… ¿Y cuánto tiempo llevan de novios?

—Madre, por favor… no empiece con sus interrogatorios, la va a espantar y le aseguro que Samantha le agradaría mucho. Es una chica maravillosa que ha logrado soportar el carácter insufrible de su hijo menor, e incluso compró frutas y verduras para mí —mencionó él saliendo en defensa de su novia.

Le dedicó una sonrisa ante el gesto de sorpresa que Samantha le entregó por su comentario, quizás pensaba que había olvidado aquel detalle que tuvo para con él meses atrás, su sonrisa se hizo más efusiva cuando Samantha le devolvió una radiante.

—Tenemos poco más de un mes, señora Bonanzierri… Alessandro es… es encantador. —Se sonrojó levemente.

—Es una actriz, madre… ¿Cuánto le estás pagando para que finja que eres agradable, Alessandro?

La voz grave de Lisandro se dejó escuchar al otro lado y las notas de diversión era casi palpables en la misma. Samantha se irguió en una actitud defensiva y Alessandro tensó la mandíbula, atajando una buena cantidad de improperios contra su hermano mayor.

—¡Cállate imbécil! —Fue lo más decente que logró decir.

—No soy actriz, Lisandro… En realidad, soy una artista plástica —mintió, esquivando la mirada divertida de Alessandro—. Y tienes razón, tu hermano puede ser un idiota algunas veces, pero si llegas a conocerlo bien te das cuenta de que es… increíble. Además, tiene un don especial para preparar platillos deliciosos; yo no soy de las chicas que viven esclavizadas por las dietas. Así que saca tus propias conclusiones —pronunció con altivez y sonrió, al ver la mirada rebosante de orgullo de su novio, eso la hizo sentir realmente bien.

—Iré a buscar el uniforme del chofer, ahora soy yo quien se muere por conocerte, no puedo creer que ese idiota haya conocido al fin a una mujer de verdad… ¿Samantha dijiste que te llamabas?

—Sí, me llamo Samantha y en verdad me gustaría conocerlos a todos, pero no creo que sea buena idea en estos momentos…

—¡Oh, por favor! Créeme, tengo la habilidad para eludir a unos cuantos periodistas y si ello me lleva a conocer a mi flamante y seguramente, muy hermosa cuñada, pues con mayor razón.

—Cuida tus palabras, Lisandro, que te estoy escuchando. —Lo amenazó Alessandro, tensándose al sentir el interés de su hermano, sabía que él jamás jugaría al casanova con ella, pero eso no evitó que los celos se agolparan en su pecho creando una hoguera—. Y nadie vendrá a este lugar mientras no sea seguro… Además, tampoco eres tan bueno escapando de los periodistas si te atraparon de manera tan estúpida el otro día —indicó con sorna.

—No sabía que me estaban siguiendo, y aún no es una decisión tomada, esta nueva revelación tuya cambia por completo las cosas —contestó dejando que la malicia se filtrara a través de sus palabras.

—Madre no he escuchado a Paula… ¿Está por allí? —preguntó, no solo usando eso como táctica para cambiar de tema, sino porque en verdad deseaba saber de su hermana.

—Sí, por supuesto… pequeña ven a saludar a tu hermano por favor.

Se hizo un silencio que a él le pareció muy largo, al fin escuchó un suave suspiro y una sonrisa se dibujó en sus labios, no tenía que verla para saber que era su hermana.

—Hola, Alessandro, feliz cumpleaños.

—Hola, princesa, muchas gracias… ¿Cómo estás? Al fin puedo hablar contigo, mamá me dice que estás muy ocupada con lo del trabajo de grado —mencionó, intentando entablar una conversación.

El tono de voz de Paula no era él que esperaba, se notaba distante y apagada, muy lejos del desmedido entusiasmo que siempre le dedicaba, eso lo hizo sentir extraño y muy preocupado. Además, que no había usado su diminutivo, ella nunca hacía eso ni siquiera cuando se molestaba con él, algo le ocurría y podía sentirlo.

—Sí, algo de eso… espero que la pases bien junto a tu novia, no te portes como un idiota con ella y bueno espero que algún día regreses…

—¿Qué sucede Paula? ¿Por qué estás así, princesa? —inquirió verdaderamente preocupado.

—Nada, todo está bien… como siempre, Alessandro. Te dejo tengo muchas cosas que atender, nos veremos cuando decidas volver.

Samantha vio como el semblante de Alessandro se cubrió de tristeza, ella estaba al tanto de su preocupación por la actitud distante de Paula, pero nunca pensó que las cosas estuvieran tan mal. La chica prácticamente se había acercado a saludarlo por compromiso, su tono fue tan frío e impersonal, como si le hablara a un extraño.

—Está bien… cuídate mucho por favor y nos veremos dentro de poco, te lo prometo, princesa. —Luchó contra la presión en su pecho.

—Bien, te dejo con mamá.

Alessandro suspiró pesadamente y cerró los ojos para ocultar la veta de dolor que los cubrió ante esa despedida tan atípica de su hermana, si ella deseaba castigarlo con su indiferencia lo había conseguido.

—Paula ha estado un poco decaída… la presión la hizo enfermarse hace unas semanas por eso se muestra así, Aless, pero sabes que te adora, está en la etapa difícil, ¿comprendes verdad? —Emilia intentó justificar el comportamiento tan inusual de Paula.

—Claro, madre, no se preocupe por favor… solo esté pendiente de ella —pidió, presintiendo que algo malo le pasaba.

—Lo estaré, Alessandro, no te preocupes ella, seguramente es algo pasajero… Hijo… en verdad quiero verte hoy. Ya sé que puede parecer arriesgado, pero danos un voto de confianza, podemos eludir a esas personas —insistió, sin resignarse a la idea de no estar con él.

—Madre… —Suspiró y se preparó para la batalla que sería hacerla desistir de la idea, aunque se le fuera medio día en ello.

Para su fortuna después de una hora había logrado convencer a su madre para que se quedara en su casa, después de poner de su lado a su hermano y a su padre. Claro, también contó con la ayuda de Samantha que se comprometió con doña Emilia a consentir mucho a su hijo y hacer un pastel del chocolate pues era su favorito, ante su propio asombro la escritora aceptó todo y se ganó la simpatía de su familia sin que ellos tuvieran que conocerla en persona.

Alessandro cortó al fin la llamada y no lo hizo porque estuviera cansado de hablar con su familia, sino porque sabía que de continuar así iba a terminar pidiéndole que vinieran a verlo. La nostalgia que se iba apoderando de él con cada promesa y cada palabra de despedida estaba a punto a de aplastarlo, y después de decirle por milésima vez a su madre que la amaba, pulsar el botón y suspiró, cerrando los ojos.

—Bueno… supongo que siempre hay una primera vez para todo, ¿no? —inquirió, dirigiéndose a Samantha e intentando parecer casual.

Ella lo abrazó para consolarlo, sabía que eso era muy difícil para él, le quedó claro el inmenso

amor que le tenía a su familia y ese que recibía de vuelta. Si antes sintió envidia por algo que no sabía con certeza, ahora no podía más que desear lo mismo, pero, sabía que nunca lo tendría pues su familia y la de ella eran muy distintas, todo lo referente a los Steinberg era conservador, distante y ella había sido criada así.

El remolino de sentimientos que asaltaban a Alessandro estaba a punto de romperlo, inhaló hondo para contener las lágrimas y pensó que lo peor había pasado. Abrió los ojos y su mirada atinó a enfocar el retrato de su familia, haciendo añicos el dique que contenía todo su dolor, su orgullo lo llevó a cubrirse el rostro con las manos mientras su cuerpo se estremecía ligeramente a causa de los sollozos.

—Alessandro… Alessandro, no llores por favor. —Lo envolvió con sus brazos, queriendo alejar toda la pena que lo embargó.

—Jamás pensé que llegaría el día en que los extrañaría de esta manera —un sollozo le rompió la voz.

Samantha se quedó callada, sintiendo como un nudo se formaba en su garganta y las lágrimas también anegaron sus ojos, inspiró para calmarse y evitar liberarlas, aunque era pésima para dar consuelo sabía que no ayudaría a Alessandro si se ponía a llorar también.

Él respiró hondo y se limpió las lágrimas con las palmas de las manos, después acomodó su cabello; no quería darle a Samantha la imagen de un niño mimado que se ponía a llorar por no tener a su familia junto a él. Subió su rostro para mirarla a los ojos, debía afrontar su ataque de vulnerabilidad y mostrar que estaba bien.

—Perdón… yo… —intentó pronunciar, pero ella lo calló posando los dedos sobre sus labios y lo miró a los ojos.

—No tengo nada que perdonarte —dijo con una hermosa sonrisa mientras secaba con su mano los rastros de humedad que aún se apreciaban entorno a los ojos azules.

—Acabo de dar un espectáculo tan patético —contestó y bajó la cabeza, esquivándole la mirada.

—Yo no vi ningún espectáculo patético, solo vi a un hombre extraordinario que ama profundamente a su familia y se ha sacrificado por su bienestar —dijo Samantha y al ver que él seguía con la cabeza gacha le acunó el rostro y buscó sus ojos—. Alessandro, mírame… no tienes que sentir vergüenza por querer y extrañar a tu familia.

—Me hace ver débil y siempre he luchado por ser fuerte, por demostrarle a todo el mundo que puedo manejar cualquier situación, que soy capaz de soportar las presiones y las pruebas que me pongan.

—Sí, pero dime, Alessandro. ¿A dónde te ha llevado todo eso? ¿Qué has ganado por querer ser perfecto ante todo el mundo? —preguntó con seriedad mirándolo a los ojos.

Él se quedó en silencio analizando sus preguntas y no le llevó mucho tiempo hallar la respuesta, lo poco que había conseguido jamás compensaría todo el tiempo que perdió lejos de su familia, ni los momentos que no disfrutó de su adolescencia por estar trabajando. Se había perdido de ser alguien normal, ver los partidos de fútbol junto a Lisandro, salir los fines de semana con una novia al cine o tener sexo en su auto. Nunca tuvo tiempo para esas cosas ni para ser simplemente él, no hasta ese tiempo que había estado viviendo junto a Samantha.

—Alessandro… tu familia no necesita que seas perfecto, ellos te quieren justo como eres, te aceptan porque te conocen, han visto lo mejor y de lo peor de ti; a pesar de todo eso te siguen amando y lo harán siempre… ¿Sabes algo? Tú me encantas, eres un hombre muy guapo, y despiertas mi deseo como ningún otro lo ha hecho, pero quieres que te diga lo que en verdad me gusta. —Hizo una pausa para captar por completo su atención, al ver que la tenía mostró una

hermosa sonrisa y habló—. Me gusta lo que tienes aquí dentro. —Le señaló el pecho, él la miró sorprendido—. Me gustan tus sentimientos y esa hermosa luz que puedo ver en tu mirada cuando me ves fijamente, justo como lo haces ahora. Me gustan tus sueños y que los compartas conmigo… Eres un buen hombre, Alessandro, aunque a veces te portes como un idiota y me hagas rabiar. —Sonrió, al ver que había conseguido, que él lo hiciera también.

—Vas a hacer que mi ego sea inalcanzable —dijo en tono de broma, y su corazón latía realmente emocionado.

—Bueno… incluso con ello puedo lidiar. —Ella rodó los ojos con un gesto exagerado y después le entregó una sonrisa—. Creo en ti y en todo lo que llevas dentro, creo en tu talento, tu carisma y el amor que sientes por tu familia y sé perfectamente que extrañarlos no te hace débil, te hace especial y… ¡Buen Dios! A veces te envidio porque yo quisiera tener una familia así, quizás no sepa cómo manejarla y termine enloqueciendo ante las excesivas muestras de cariño, ya que en mi caso son casi nulas y se limitan nada más a las fechas especiales… pero en serio me encantaría tener a una madre que me trate como una niña. —Sonrió al ver que Alessandro fruncía el ceño—. También quiero un hermano que me moleste tanto como Lisandro lo hace contigo… bueno Nick es un poco así, pero ahora que entró al mundo militar temo que vaya a cambiar y se vuelva tan frío como mi padre —pronunció, sin darse cuenta de que se salía del tema.

Él le dedicó una sonrisa de esas que iluminaban su mirada y la tomó por la cintura para subirla a sus piernas. Le encantaba escucharla hablar con tanta soltura de su familia, antes apenas lo hacía; sobre todo, le encantó que Samantha deseara tener una familia como la suya, aunque no quiso profundizar en ello, también deseaba que algo así se hiciera realidad y ¿por qué no? Tener la oportunidad de verse en medio de una familia tan conservadora como la de ella.

—Tener un padre que me hubiera enseñado a cocinar en lugar de disparar y una hermana que en serio se preocupe por su tesis en lugar de por los chicos de la escuela… Diana es todo un caso y te aseguro que nos volverá locos. En resumen, quiero tener al menos por un tiempo una familia como la tuya y te juro que no me avergonzaría nunca de llorar porque extraño estar junto a ellos.

—Eres grandiosa, Samantha —susurró él, acariciándole la cintura.

—Gracias, ya lo sé. —dijo sonriendo, se acercó para besarlo, pero una idea se atravesó en su cabeza—. Necesito las llaves de tu auto… Una vez me dijiste que si debía ir a Florencia podía usarlo.

—Sí, pero ¿Por qué debes ir a Florencia? —contestó y preguntó.

—Es que prometí hacer un pastel de chocolate y no tengo la más mínima idea de cómo… Así que me tocará comprar uno.

—Entiendo, pero me puedes ofrecer a cambio algo mucho más delicioso que un pastel de chocolate. —Deslizó su mirada hasta el escote de Samantha disfrutando de la visión de sus senos hermosos y perfectos—. Y ahora que no debemos preocuparnos por ser interrumpidos, tal vez deberíamos retomar lo que dejamos de lado esta mañana ¿no le parece señora escritora? —inquirió con una sonrisa.

—Pues lo siento mucho, pero hice una promesa y pienso cumplirla, dije que usted tendría hoy un pastel de chocolate y así será, señor actor… así que por favor deme las llaves de su auto —contestó, aferrándose a su cordura que apenas pendían de un hilo.

—Samantha. —Se quejó y frunció el ceño—. El sexo es mejor que el chocolate —puntualizó con una sonrisa maliciosa, al tiempo que sus pupilas se dilataban, imaginando todo lo que podía hacer para demostrarle a Samantha que estaba en lo cierto.

Ella se estremeció ante la intensidad que desbordaba la mirada de Alessandro, sintió deseos de quedarse y salir después a comprar el bendito pastel, pero de inmediato supo que de hacerlo lo

más probable era que cayera la noche.

—Solo serán un par de horas —señaló, usando un tono sumiso.

—¿Qué me ofreces a cambio para dejarte ir en este momento? —preguntó buscando poner el juego a su favor.

—¿Ofrecerte algo? —contestó con otra pregunta.

Él asintió y elevó de manera arrogante la ceja derecha, Samantha se mordió el labio buscando cualquiera cosa que pudiera ofrecerle, de repente una sonrisa cargada de picardía adornó sus labios.

—No te serviré el pastel en un platillo, sino que podrás comerlo sobre mi cuerpo —pronunció con tono triunfante.

El deseo recorrió a Alessandro con contundencia ante esa propuesta, y quiso tenerla en ese preciso instante cubierta de chocolate de pies a cabeza para poder degustar cada rincón de ella. La tomó por la cintura y la movió hasta dejarla sentada sobre el sofá; luego caminó para buscar las llaves y regresó hasta Samantha.

—Ve y traen ese pastel de chocolate, que sea uno que tenga mucho para poder untar en todo tu cuerpo, pues tengo la firme intención de comerte completa esta noche —mencionó, tendiéndole el llavero.

La sonrisa iluminaba el rostro de Samantha cuando las recibió, deslizó su pulgar por la suave superficie ónix y sintió después la forma del tridente que resaltaba con su característico tono plata, que identificaba a la casa automotriz italiana. Le dio la vuelta pues también percibió al otro lado un relieve, su mirada captó las iniciales de Alessandro grabadas en el mismo tono del símbolo.

—¿Personalizado? —inquirió asombrada.

—Beneficios de ser la estrella de su comercial —respondió sin darle mucha importancia, pero la arrogancia estaba en sus palabras.

—Ya veo —dijo ella con una sonrisa, se acercó y le dio un beso para despedirse, apenas un toque que evitara dejarse llevar.

—Espera, yo te acompaño —indicó él abriendo la puerta.

Samantha fue a su casa para buscar su bolso y los lentes de sol, tenía planeado usar la función descapotable. Alessandro se había quedado calentando el auto y el solo sonido que hacía cuando aceleraba en neutro, provocaba que su corazón latiera emocionado, lo había conducido en su viaje a Varese, sabía que no era lo mismo hacerlo sola.

—¿Lista? —preguntó Alessandro con una sonrisa, salió del auto y dejó la portezuela abierta para ella.

—Sí —respondió con entusiasmo—. Te diría que vinieras, pero lo más probable es que termines aburriéndote cuando deba bajar a hacer las compras. —Se puso de puntillas y le ofreció sus labios.

—¿Compras? Pensé que solo irías por el pastel y nada más.

—Quizás se me ocurra traerte algo de regalo de cumpleaños.

—Está bien… pero intenta no demorar mucho, yo saldré a dar una vuelta con Misterio, mientras tanto.

—Perfecto… Ahora me das mi beso de despedida —pidió, apoyándose en el pecho de él para alcanzar sus labios.

Alessandro la tomó cubriendo con las manos sus suaves mejillas y posó sus labios sobre los de ella, ejerció presión para persuadirla que abriera la boca, Samantha lo hizo, pero apenas dejó que rozara su lengua provocando que se quedara con ganas de más.

A ella le resultaba verdaderamente difícil no dejarse llevar por los besos de Alessandro, pero debía mantenerse en su postura, ya había hecho planes y nunca dejaba que nada interfiriera con ellos. Subió al auto y se acomodó en el asiento para pisar el acelerador en neutro, el motor rugió y una descarga de adrenalina recorrió su cuerpo.

—¿Cuál es el botón para retirar el techo? —preguntó con entusiasmo y deslizó sus manos por la suave piel del volante.

—Ese de allí y sabía que me lo preguntarías —indicó, sonriente.

—Bien, pero tampoco es que voy a ir a una velocidad exagerada como la que usas tú —afirmó con altivez.

Alessandro rodó los ojos en un gesto muy infantil y ella dejó libre una carcajada. Él sonrió y cerró la portezuela.

—Cuide bien de mi auto señorita Steinberg.

—Lo haré, señor Bonanzierri, ya decía yo que era sorprendente, que me lo cedieras tan fácil y, además, que no me lanzaras la advertencia de rigor de todos los hombres. —No pudo evitar sonreír.

Él volvió a rodar los ojos y después le entregó una gran sonrisa, se alejó dándole la libertad para salir y le hizo un ademán de despedida. Ella respondió de igual manera emulando su gesto con mayor efusividad, y después de poner el auto en reversa para enderezarlo, salió del estacionamiento de Alessandro, segundos después abandonaba el lugar dejando tras ella una nube de polvo.

—No que no iba a conducir de esa manera. —Se dijo para sí mismo.

Caminó hasta la casa para vestirse con algo más cómodo y después de eso fue hasta los establos a buscar a su fiel amigo, Misterio le ayudaría a olvidar la soledad y las penas que, aunque quisiera ocultar seguían cubriéndolo ese día.

Capítulo 57

La larga carretera ante sus ojos parecía formar parte de un sueño, todo el paisaje era tan espléndido y le brindaba una libertad absoluta. La suavidad con que el auto se desplazaba apenas si la hacía darse cuenta de la velocidad que llevaba. Y la compañía de U2 que sonaba desde el reproductor de música, hacía que todo fuese sencillamente perfecto.

La adrenalina llegó al máximo cuando la voz de Bono comenzó a entonar *Vértigo*, en la versión en vivo del cd grabado en Milán. Samantha pisó a fondo el acelerador y el auto pareció volar en cuestión de segundos. Llena de felicidad comenzó a seguir la canción en voz alta mientras sonreía y su mirada brillaba tras sus lentes de sol.

Lights go down it's dark
The jungle is your head - can't rule your heart
A feeling is so much stronger than
A thought
Your eyes are wide
And though your soul it can't be bought
Your mind can wonder.
Hello, hello... (Hola)
I'm at a place called Vertigo (dónde estás?)
It's everything I wish I didn't know
except you give me something...
I can feel, feel.

Minutos después, las concurridas, estrechas y adoquinadas calles de Florencia le daban la bienvenida. Las pastelerías mostraban desde sus vitrinas los exquisitos postres que ofrecían al público, pero ella buscaba una en específico, sabía que todas contaban con excelentes recetas. Sin embargo, había probado los mejores en *Badiani*, una pequeña pastelería ubicada en la *viale dei Mille*, siguió esa ruta hasta encontrarla.

Se detuvo al lado de la calle donde estaba permitido, accionó el botón para cerrar el techo del auto y paró la música. Apagó el auto mostrando una radiante sonrisa de agradecimiento por el viaje que le había brindado. Tomó su bolso y bajó notando varias miradas puestas sobre ella, o más bien, del exuberante Maserati negro. Cruzó la calle y entró al local que la recibió con el delicioso aroma de los postres, se retiró los lentes dejándolos sobre su cabeza y paseó la mirada por la vitrina donde estaban los pasteles, unos más apetecibles que otros.

—*Buongiorno, signorina ¿può aiutare lei?*

Samantha le sonrió a la dama rubia tras el mostrador, era delgada y elegante, parecía la propietaria del lugar. Pensó que al fin tendría la oportunidad para poner en práctica su italiano, pues con Alessandro todo el tiempo hablaba en inglés. Solo en contadas ocasiones lo hacían en italiano, como un juego de palabras y la mayoría eran cuando tenían sexo; el pensamiento hizo que se sonrojara.

—Buongiorno —respiró y la saludó, con una sonrisa amable.

Mantuvo la conversación con la mujer en su idioma, a pesar de que intentó hacerlo en inglés al notar que ella era norteamericana, y sonreía al ver que se desenvolvía muy bien con el italiano.

Le explicó lo que deseaba y estaba por escoger uno de los pasteles de chocolate que se encontraban en la vitrina, cuando la mujer le hizo saber que le daría uno especial y que acababa de terminar.

Samantha quedó encantada cuando le dijo que era un pastel de tres tipos de chocolates, con una cubierta firme y su centro era húmedo; que además tenía deliciosas cerezas rojas, almendras y trufas, que lo hacían aún más provocativo a la vista y el paladar, ella no lo dudó pues sin siquiera probarlo ya tenía la boca hecha agua.

Cuando la dueña de la tienda le preguntó si debía llevar alguna dedicatoria especial, ella lo pensó unos segundos, pero después respondió de manera afirmativa mientras sonreía. Sintió su corazón latir emocionado cuando vio escrito en una lámina de chocolate blanco «*Tanti auguri* Aless». Quiso usar su diminutivo como lo hacía su familia. Le explicó a la mujer que aún debía hacer algunas compras y tardaría un par de horas, así que pagó el pastel y lo dejó allí hasta que estuviera lista para regresar a la villa.

Salió de la tienda con una sonrisa de satisfacción, cruzó la calle y mientras caminaba hacia el vehículo notó que algunos hombres no solo miraban la carrocería sino también a ella, más de uno le lanzó piropos. Pero los mantuvo lejos, negando con la cabeza; sin embargo, no pudo evitar sonreír cuando con esa gestualidad tan característica que los italianos poseían, dos de ellos señalaban que les había roto el corazón, subió al auto y se despidió con un ademán y una sonrisa.

—Bueno… Veamos que puedo comprarle, señor Bonanzierri.

Después de veinte minutos de dar vueltas por las calles de Florencia, no lograba dar con nada que le pareciera adecuado y la molestaba darse cuenta de que era muy poco lo que sabía de sus gustos. Más allá de saber sus cualidades para la cocina y sus conocimientos sobre vinos, que tocaba el saxofón, que hablaba varios idiomas y era un amante increíble; todo lo demás sobre Alessandro le era desconocido. Suspiró para evitar que su frustración se hiciera mayor y se detuvo un instante, cerró los ojos intentando recordar algo en especial que la ayudara.

De repente las notas de una canción que daba inicio en el reproductor encendieron una luz en su cabeza. Apenas pudo contener la sonrisa que adornó sus labios y los nervios que de inmediato la recorrieron al ser consciente de la idea que se formaba en su mente.

—¡Samantha Steinberg, has perdido la cabeza! —exclamó riendo y se encogió de hombros ligeramente, mientras ponía en marcha el auto una vez más y cantaba junto a Joe Cocker.

Después de diez minutos llegaba a la famosa casa de lencería ubicada en la zona comercial, estacionó el auto y armándose de valor salió mientras se repetía como un mantra que era una idea brillante y a Alessandro le encantaría. Le llevó casi una hora comprar todo para la sorpresa que le daría esa noche, incluso la vendedora que resultó ser americana también, le dio indicaciones de donde buscar algunas cosas.

Así retomó su camino hasta la villa de los Codazzi llevando el delicioso pastel, un elegante sombrero *Fedora* y dos botellas de Brut que era producido allí en Italia. Llegó y él no salió a recibirla y eso le extrañó pues debió escuchar el motor del auto, el lugar parecía solo y por un momento tuvo idea de que quizás se había marchado a Roma al no soportar estar lejos de su familia, pero de inmediato cayó en cuenta que no tenía un medio para trasladarse pues ella se había llevado su auto.

—A lo mejor no ha regresado de pasear con Misterio.

Con rapidez bajó todo lo que había traído, cuidando de no mover mucho la caja del pastel para evitar que se dañara, maniobró para entrar en su casa, agradeciendo no haberla cerrado con llave. Dejó sobre la mesa de la cocina el pastel, guardó las botellas en el refrigerador, corrió hacia su habitación llevando las bolsas con la lencería de *Victoria´s Secret*.

Después de diez minutos de estar junto a la ventana de su habitación mirando a cada rincón donde su vista pudiera llegar, se sentía tan ansiosa por verlo que no pudo esperarlo más. Bajó con rapidez las escaleras, salió de la casa y estaba por entrar a campo abierto cuando escuchó el relincho del caballo en el establo, eso la desconcertó completamente, casi corrió hasta la cuadra y cuando entró sus ojos captaron al hermoso semental negro.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu dueño? —le preguntó al animal como si este pudiera responderle. Negó con la cabeza y cerró los ojos para ordenar sus ideas, después abrió los párpados de nuevo y fijó la mirada en los grandes y hermosos ojos ónix del caballo—. Soy una tonta, Misterio… tú no puedes responderme, se me ha pegado la costumbre de Alessandro de hablarte, parece que con él sí te entendieras a la perfección. —Acarició la frente y sonrió cuando el animal movió su cabeza de manera afirmativa.

—Llegas a casa y al primero que buscas es a Misterio, creo que comenzaré a sentirme celoso de esa relación se traen.

—¡Alessandro! —Corrió para rodearle el cuello con sus brazos, dejando caer varios besos en los provocativos labios masculinos.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Hola. ¿Dónde estabas? Llegué y no te vi por ningún lado, llevó varios minutos aquí y comenzaba a preocuparme.

Pudo ver que tenía los párpados ligeramente hinchados y algo enrojecidos, de inmediato comprendió que había estado llorado, quizás hacía ya un par de horas, pero lo hizo y eso causó que su corazón se encogiera de dolor. Se esforzó por no demostrarle que lo había notado, no quería traer recuerdos dolorosos a él; por el contrario, quería que estuviera feliz, haría todo lo que estuviera en sus manos por verlo feliz.

—Llegué hace un rato, estaba cansado y subí a la habitación, me recosté y no sé en qué momento me quedé dormido. —Vio una veta de tristeza en la mirada de Samantha, le acarició las mejillas con suavidad e intentó sonreír, no quería arrastrarla a su pena.

—Estaba por salir a buscarte, aunque no sabía muy bien a dónde, cuando escuché a Misterio y supe que no estabas fuera de la villa, en lugar de ir a la casa vine a preguntarle por ti. —Se detuvo riendo y después agregó—. Imaginó que si alguien se entera pensará que estoy loca, pero como veo a ti te funciona quise intentarlo.

—Quizás hubieras obtenido alguna respuesta.

—Tonto. —Le dio un golpe en el hombro.

—Me encanta molestarte… tus pecas se notan más y te ves tan hermosa —mencionó, envolviéndola con sus brazos.

—¿Sí? Pues yo siendo tú, no me arriesgaría a enfurecerme, al menos, no esta noche —dejó en el aire ese comentario.

—¿Algo especial que pueda perderme si te hago molestar? —preguntó, elevando su ceja derecha y mostró una atractiva sonrisa.

—Puede ser. —Fue la respuesta evasiva de Samantha.

La sonrisa de él se hizo más ancha mostrando su reluciente y perfecta dentadura, subió sus manos hasta el cuello de ella para envolverlo con una caricia sutil, pero que le impidiera huir; después deslizó sus labios por el tabique y besó la punta de su nariz. Ella suspiró y él sonrió de nuevo, se dejó llevar por sus deseos y atrapó los labios tibios y voluptuosos en un beso que después de varios minutos los hizo separar jadeantes, con la piel caliente y sonrojada.

—Te deseo —susurró Alessandro contra sus labios, que aún temblaban, bebiéndose el aliento tibio de Samantha.

—Y yo a ti —murmuró ella, aferrada a la cintura de él, que le impedía caer al suelo, ya que sus piernas parecían de trapo.

—Ven —pronunció con la voz secuestrada por el deseo. Se disponía a llevarla a la cuadra donde guardaba el alimento del caballo.

—¿A dónde? —preguntó desconcertada.

—Quiero hacerte el amor ahora, en este lugar.

—¿Aquí? —inquirió con la voz estrangulada—. No… no puedes hablar enserio ¡Alessandro, aquí está Misterio! —exclamó asombrada.

—¿Y? —preguntó divertido.

—¿Cómo qué, y? Que no podemos tener sexo delante de tu caballo —respondió sonrojándose nada más de imaginarlo.

—No lo haremos delante de él, sino en esa cuadra —mencionó, señalando el lugar con la mano.

—Igual… no pienso hacerlo… él va a escucharnos —susurró, como si estuviera hablando delante de un niño.

—Pues tendremos que ser silenciosos. —La mirada brillante y la picardía en su voz buscaban convencer a Samantha.

—Pídeme algo más fácil —dijo con molestia, cerró los ojos para ordenar sus ideas e ignorar el estremecimiento que barrió su vientre ante la sonrisa de Alessandro—. Sabes perfectamente que no puedo controlarme cuando estamos juntos, que nada más basta con que comiences a besarme y acariciarme para comenzar a… —Se interrumpió mordiéndose el labio, sintiéndose excitada.

—Gemir, jadear y gritar, sí lo sé y eso me encanta… pero me gustaría que te dejaras llevar. —Apoyó su mano en su espalda y bajo hasta la curva de las nalgas, presionó para que sus pelvis se rozaran.

—Sí. —Un jadeo escapó de sus labios cuando sintió la dureza de la erección de Alessandro contra su vientre. Su lado racional se hizo presente justo a tiempo para salvarla—. ¡No! No, Alessandro… Tengo planes para esta noche y me encantaría llevarlos a cabo por favor.

—¿Planes? —Intentó anteponer su curiosidad a la excitación.

—¡Sí, planes! Unos que estoy segura te encantarán… compré un pastel de tres tipos de chocolate, dos botellas de Brut y… otras cosas que deseo mostrarte, pero necesito que me des un par de horas, para eso te buscaba para invitarte a mi casa esta noche y celebrar allí.

—¿Debo esperar dos horas más para tenerte? Eso ya va sumando unas cuantas, desde la última vez, Samantha —indicó, no estaba dispuesto a ceder, no tan fácilmente.

—Lo sé… pero solo serán dos más, después de eso me podrás tener como desees —pronunció y le acarició el pecho, mientras lo miraba a los ojos con esa mirada sumisa que dominaba a los hombres.

—Siempre tienes las palabras perfectas para que termine haciendo lo que deseas, ¿no es así? —preguntó, mirándola.

A veces se sentía desconcertado por no poder manejar la situación con Samantha, como lo hacía con otras mujeres y al mismo tiempo, todo eso lo excitaba demasiado, haciéndolo desearla y complacerla en proporciones iguales. Suspiró al ver esa sonrisa que ella le entregara y que iluminó la mirada café.

—Bien, dos horas… pero después de eso prepárate porque no pienso cederte un segundo más, ¿entendido? —dijo con seriedad y su mirada intensa quería intimidarla.

Ella asintió mientras sonreía con efusividad, subió sus labios y rozó los de él con un toque sutil, después de eso lo abrazó con fuerza cerca de un minuto y terminaron por abandonar el

lugar.

∞∞∞

El reloj marcaba las ocho de la noche y Samantha corría de un lugar a otro del salón mientras apagaba las luces dejando encendidas solo las dos lámparas de mesa junto al sofá frente a la chimenea. Había rodado el mueble y la alfombra hacia atrás para que le diera el espacio suficiente de poder moverse con libertad. Dejó la canción pausada en el iPod después de haberla ensayado unas diez veces, estaba segura de que no le saldría igual a ninguna de las coreografías que vio, que eran extraordinarias, pero ya a esas alturas no podía echarse para atrás.

Fue hasta la cocina para comprobar una vez más que el pastel y las velas estuviesen donde debían, abrió la nevera y extrajo una de las botellas, la metió en la hielera y la llevó hasta la mesa junto al sillón, debajo de las dos copas que ya había puesto, estaba una nota para Alessandro. Se mordió el labio releyendo las palabras y pensando que quizás estaba siendo muy osada en su invitación, se disponía a romperla y escribir otra cuando el timbre de la puerta principal la hizo sobresaltarse y una descarga de adrenalina la barrió entera.

—¡Oh por Dios! —exclamó, entrando en pánico—. Samantha tranquilízate, respira profundo y continúa con todo tal cual lo habías planeado, no debes preocuparte ya verás que saldrá perfecto —se dijo para infundirse confianza.

Sin embargo, mientras caminaba sus piernas temblaban, sus manos sudaban y sentía que el corazón se le escaparía del pecho. El timbre sonó de nuevo atormentando aún más sus nervios, se escondió en el pasillo que llevaba al estudio, desde donde podía accionar por el mando su iPod, como había practicado y además tener su entrada triunfal. Sabía que él no esperaría a que abriese, mientras los segundos pasaban los latidos de su corazón aumentaban, comenzó a contar en regresivo y antes de escuchar una tercera llamada, escuchó la puerta abrirse, de inmediato los pasos y la presencia poderosa de él llenó el espacio.

—Samantha.

Escuchó su voz llamándola y se aventuró a echar un vistazo, alcanzó a ver que la buscaba con la mirada, pero seguía en medio del salón, al fin dio con la botella sobre la mesa y la nota junto. Ella contuvo la respiración mientras leía y no pudo evitar sonreír cuando Alessandro también lo hizo y se llevó la tarjeta a los labios mostrando una sonrisa cargada de malicia.

Alessandro sentía una excitante emoción viajar a través de sus venas, todo ese ambiente misterioso y sensual hizo que cientos de ideas revolotearan en su cabeza, pero la guinda del pastel fue la nota de Samantha, la tomó y lleno de curiosidad, procedió a leerla.

«Sírvete una copa, ponte cómodo y prepárate para el espectáculo»

Toda la sangre dentro de su cuerpo se hizo densa y corrió en dirección a su entrepierna que de inmediato comenzó a ganar rigidez, paseó su mirada una vez más por lugar, enfocándola en las escaleras a la espera de verla bajando, pero no había señal de Samantha. Accedió a seguirle el juego, tomó la botella de la hielera y vio que se trataba de una Berlucchi Cuvee Brut Imperiale, producido en Italia y estaba a la altura de los champagne franceses.

—Excelente elección, señorita Steinberg —pronunció en un tono de voz alta para que ella pudiera escucharlo.

Sabía que estaba cerca, aunque no pudiera verla, lograba sentir su presencia en el lugar. Llenó

la copa hasta la mitad y regresó la botella a la hielera hundiéndola para que mantuviera la temperatura adecuada, después se sentó tal como le indicara ella en la nota. Se llevó la copa a los labios para darle un sorbo, degustando en su paladar la burbujeante bebida que se deslizó con suavidad por su lengua hasta su garganta, mientras posó su mirada en la chimenea que mantenía un fuego tenue aportando luz y calidez al espacio.

Capítulo 58

De pronto el sonido de trompetas y saxofones irrumpió en el lugar provocando que el corazón de Alessandro casi detuviera sus latidos y sus ojos se abrieran con sorpresa, de inmediato buscó de manera desesperada a Samantha. Él reconocía esa melodía desde los primeros acordes, pero nunca se imaginó que esa sería la sorpresa que ella tenía preparada, con que ésos eran sus planes y pensar que se había molestado por tener que dar tantas vueltas para tenerla.

—¿Esto es en serio? —preguntó con la voz vibrando por la risa, justo antes que el sonido de la batería la ahogara.

—Bienvenido a la celebración de su cumpleaños, señor Bonanzierri. —La voz de Samantha era ronca y sensual.

Caminaba por el pasillo envuelta en sutiles penumbras que dejaban ver su silueta como si fuera algo etéreo, como la más perfecta de las fantasías, su andar era lento y al mismo tiempo decidido, tan sensual que de inmediato atrapó la mirada de Alessandro y puso a su corazón a latir frenéticamente, bebió otro trago de champagne y le dedicó una sonrisa seductora cuando la vio aparecer por completo en el salón.

Arrolladoramente hermosa y sensual lucía la mujer ante sus ojos, vestida con una larga gabardina negra de corte inglés, unos zapatos cerrados en negro con un delgado tacón y bastante alto; sobre su cabeza, un atractivo sombrero Fedora, para completar ese atuendo estilo Femme Fatal ante la que era imposible resistirse. Su sonrisa era coqueta y provocativa, pero lo que más lo cautivó fue el brillo de sus ojos que los hacía lucir como un par de luceros, intensos y enigmáticos gracias al toque oscuro que le brindaba el ahumado de la sombra.

Una vez más se felicitaba a sí mismo por esperar por ella, sin duda sabía cómo sorprenderlo, complacerlo y si era sincero, también conocía perfectamente las armas para seducirlo, le dio otro sorbo a la copa mientras paseaba su mirada por ella.

—¿Bailará para mí, señorita Steinberg? —inquirió una vez más, con la voz ronca y su intensa mirada puesta sobre ella.

La respuesta de Samantha no salió de sus labios sino del cadencioso balanceo que hizo con las caderas, las movió sensualmente para darle la espalda a Alessandro, después lo miró por encima del hombro, regándole una sonrisa traviesa, le guiñó un ojo mientras disfrutaba de ver como él se mordía el labio y se removió en la silla. Apoyó sus manos sobre el marco de la chimenea y empujó sus caderas hacia atrás, elevando el trasero, dejando que la música le dictara el ritmo a seguir, se sentía sensual, desinhibida, hermosa y a cada minuto que pasaba se llenaba más de seguridad.

Se dio la vuelta para quedar de frente a su novio y deslizó el cinturón de la gabardina de manera traviesa mientras se acercaba bailando sensualmente para él. Sonriendo al ver que tenía toda su atención y que; además, Alessandro parecía estar realmente disfrutando del espectáculo que le ofrecía, se detuvo a un par de metros de él y abrió el abrigo mostrando el conjunto magenta y negro que había comprado esa tarde, y les sacaba mucho provecho a sus curvas.

Alessandro tragó en seco cuando vio la prenda que Samantha llevaba, si ya tenía una debilidad por la colección de prendas íntimas de su novia, podía jurar que esa noche perdería la cabeza a causa de ese sexy *picardía*. El corsé hacía lucir sus senos mucho más voluptuosos y sensuales, afinando la delgada cintura y se ajustaba a la perfección a sus torneadas caderas. Quiso ponerse

de pie en ese momento y hacerla suya hasta que no quedara fuerza en su cuerpo, pero la actitud de Samantha le dejaba ver que había más, así que se concentró en disfrutar. Se sirvió más Brut para aplacar sus ansias con la bebida y elevó una ceja cuando Samantha se quitó los zapatos, lanzándolos sin importarle el destino que tuvieran, eso lo hizo sonreír.

—¡Más piel, señorita Steinberg! —exclamó animándola.

Ella sonrió también y se acercó a él sorprendiéndolo cuando le arrebató la copa de la mano y la bebió de un trago, después se la regresó vacía, doblándose para darle una vista más sugerente de sus senos. Él intentó agarrarla, pero ella escapó con rapidez alejándose de nuevo. Samantha movió sus hombros para sacar la prenda de su cuerpo y antes de que cayera al suelo, la tomó y la tiró en el espacio vacío en el sillón. Le dio la espalda de nuevo, separó las piernas y se dobló hasta tocarse los pies con la punta de sus dedos.

Lo escuchó gemir por encima del sonido de la música y eso lanzó su propia excitación por las nubes, se irguió de nuevo girando medio cuerpo para ponerse de lado y llevó sus dedos hasta el broche del liguero, lo soltó y cuando la liga rebotó contra su cadera, se llevó un par de dedos hasta los labios.

—Opps —esbozó, fingiendo inocencia.

Alessandro la miró de manera perversa y se removió de nuevo, regalándole una de esas sonrisas que podían hacer desaparecer la ropa interior de una mujer en cuestión de segundos. Ella repitió la acción, luego se dobló de nuevo, esta vez quedando de frente a él para deslizar las medias de sus largas y hermosas piernas, casi juró que Samantha lo haría prenderse en llamas en ese instante. Se pasó un dedo por los labios, apoyándose en el espaldar, sabía que ni la botella completa lograría aplacar el fuego que crecía en su interior.

Caminó lenta y seductoramente hasta Alessandro con las medias en sus pantorrillas, subió la izquierda con la agilidad que le daba la práctica de años de yoga y la posó sobre la rodilla de su novio. Él elevó una ceja y la miraba de manera expectante, así que ella continuó. Deslizó el pie por el interior de su pierna hasta llevarla a la protuberancia en su pantalón, lo vio y sintió inspirar con fuerza cuando sus dedos rozaron la erección con suavidad y repitió la acción un par de veces, después subió y la posó sobre el pecho de Alessandro que subía y bajaba haciendo evidente su respiración agitada.

—¿Me ayuda con la media, señor Bonanzierri? —inquirió, con la voz ronca a causa del deseo que la tenía cautiva.

—Por supuesto —contestó y la deslizó con lentitud.

—¿Y con la otra? —Le ofreció su pie derecho.

Él sonrió y la tomó por el tobillo mientras deslizaba la media y rozaba la suave piel de Samantha, en cada movimiento le dejaba ver el pequeño trozo de tela que cubría su pubis, bueno o que al menos hacía el intento ya que el encaje era muy poco lo que ocultaba. Le gustaba ese juego de seducción que le mostraba y por eso no hizo el intento de tomarla, Samantha solo se alejó un par de pasos y se dio la vuelta, dejando frente a su rostro ese par de nalgas redondas, firmes y hermosas, que lo volvían loco y que la prenda apenas cubría.

Movió sus caderas de nuevo hacia un lado y hacia el otro, hipnotizándolo cual péndulo, luego bajó y rozó su perfecto culo contra la dolorosa erección que clamaba por estar dentro de ella, se giró con rapidez evitando que él la tomara por las caderas.

—Creo que también necesito ayuda con esto —esbozó, deslizando un par de dedos por el panty de encajes y seda.

—Ven aquí —le pidió, con la mirada oscura y rebosante de deseo.

Samantha le entregó una sugerente sonrisa y se acercó a él, luego apoyó las manos en sus

fuertes hombros y quedó en medio de sus piernas. Sintió que le posaba sus cálidas y grandes manos en las caderas para acercarla un poco más. Hasta ese punto todo había sido tal cual lo había planeado, esperaba estar desnuda para ir a buscar el pastel y dejar que él lo pusiera sobre su cuerpo o lo que sea que deseara hacer.

Alessandro abandonó la mirada de su novia y la posó en la delicada prenda que ella llevaba, la rozó con sus dedos haciéndole creer que se la quitaría, pero antes se dejó llevar por sus deseos y le dio un suave mordisco sobre el pubis, atrapó entre sus dientes tela del panty y un poco de la piel que cubría.

—¡Alessandro! —exclamó sorprendida y excitada, al ver la sonrisa traviesa de él, entrecerró los ojos—. Te aviso que la compré hoy.

—¿Acaso nadie te ha dicho que la envoltura de los regalos debe rasgarse para que puedan aprovecharse por completo? —preguntó mostrándose inocente, pero en su mirada brillaba la picardía y las caricias que le daba a las nalgas de Samantha no eran para nada castas.

—¿Con los dientes? —inquirió, arqueando una ceja perfectamente.

—Me provocó —contestó, encogiéndose de hombros y sonrió.

—Bien, pero hay un pequeño malentendido «ese» no es tu regalo de cumpleaños. —Señaló con sus labios justo donde la había mordido.

—Ah, ¿no? —cuestionó con una sonrisa maliciosa, posando su mirada una vez más en el diminuto trozo de tela que apenas cubría uno de sus lugares favoritos en Samantha.

—No —dijo enérgicamente, mientras negaba, se llevó las manos a la cabeza—. Tu regalo de cumpleaños es este —mencionó, quitándose el sombrero y extendiéndolo hacia él.

—¿El Fedora? —inquirió desconcertado y lo tomó viéndolo.

Después soltó una carcajada al sentir como la felicidad que lo había abandonado después de cortar la llamada con su familia, regresaba intacta gracias a las ocurrencias de Samantha. Posó su mirada en ella mientras los latidos de su corazón retomaban el ritmo frenético de minutos atrás, era la mujer más maravillosa que hubiese conocido.

—¿Te gusta? —preguntó, un poco dudosa ante la actitud de él.

—Me encanta. —Alessandro paseaba su mirada por la delicada prenda que ella llevaba puesta.

—Hablo del sombrero. —Samantha intentó sonar seria.

—Por supuesto, también me gusta mucho… no tenía uno como este, muchas gracias, Samantha —contestó observándolo.

—Póntelo quiero ver cómo te queda —pidió, acomodándole el cabello con las manos hacia atrás.

—Seguramente no tan bien como a ti —acotó riendo y se lo puso para después lucírselo mostrando una de sus mejores sonrisas.

—Eres… —Las palabras se perdieron en algún punto dentro de su cabeza, no pudo hacer nada más que deleitarse con la imagen que Alessandro le ofrecía.

Era tan apuesto y varonil; sus ojos con ese azul mágico, su nariz tan masculina, sus labios eran ese paraíso donde se perdía una y otra vez, esa mandíbula que tantas veces había acariciado y hasta mordido cuando estaba en la cima del placer. No tenía palabras para resumir o explicar lo que él provocaba en ella, lo que sentía había dejado de ser solo deseo, era algo más.

—¿Tan mal me queda? —preguntó Alessandro, con media sonrisa.

—No; por el contrario, te queda perfecto… En realidad, y aunque tu ego se dispare al cielo, te luce mejor que a cualquiera que hay visto.

—¿Ha visto a muchos? —Elevó una ceja y le extendió la mano invitándola a sentarse en sus piernas.

—Otros actores, en el cine… nunca en persona y debo decir que tú luces mucho mejor, me encanta como te queda —contestó sonriendo.

—Bueno, te digo que más que el sombrero me gustó la dedicatoria. —Le acarició la mejilla y dejó que su mano descendiera hasta el espacio donde los senos turgentes se unían—. Dame un beso Samantha.

No hizo falta que él lo pidiera dos veces, ella se movió quedando con sus piernas a ambos lados de la cadera de Alessandro, justo frente a él para poder besarlo con mayor libertad y comodidad, procurando no tropezar con el sombrero pues en verdad le quedaba de maravilla y le recordaba a uno de sus amores platónicos: *Humphrey Bogart*. Solo que, por supuesto, Alessandro era más guapo que el actor de Casablanca, y sus besos eran más apasionados que los que alguna vez mostró el veterano de Hollywood.

Sus narices se rozaron primero y hermosas sonrisas se adueñaron de sus labios ante ese suave roce que inició la danza de sus lenguas, como si hubieran sido creadas para acoplarse perfectamente, la de él se impuso a la Samantha, pero ella no tardó en tomar parte en el juego y no solo dejó que su lengua lo sedujera, también lo hicieron sus labios, que le brindaban suaves succiones en medio de gemidos excitantes.

—Samantha —susurró contra los labios de ella.

Sosteniéndole el cuello con ambas manos, mantuvo los ojos cerrados mientras sentía que el calor en su pecho iba a calcinarlo y no era doloroso. Por el contrario, la sensación era extraordinaria y lo hacía desear más de ella, una vez más sus labios salieron en busca de los de Samantha sin siquiera tener que mirarla podía sentirlos cerca.

—Alessandro… voy a perder la cabeza como me sigas besando de esa manera. —Sus manos trémulas acariciaban el pecho fuerte y cálido del hombre que adoraba mientras le abría la camisa.

—Ya yo la perdí hace mucho por ti —dijo con una sonrisa ladeada.

La sostuvo mientras su boca atrapó la de Samantha y su lengua hizo fiesta en el interior, la sentía temblar y la escuchaba gemir ante cada roce, eso lo excitaba y lo animaba a entregar más, quería que lo sintiera hasta ser consciente solamente de él y de todo lo que podía darle.

Enredó sus manos en la cabellera castaña, se topó con la peineta que la sostenía y la quitó, deshaciendo el peinado, disfrutó de la sedosidad que caía en capas sobre los hombros y la espalda de ella, de ese aroma que le encantaba. Abandonó los labios de su novia y comenzó a trazar un camino húmedo por el cuello, el hombro, la clavícula y después bajó hasta posarse en la unión de sus senos, el ritmo acelerado de la respiración de Samantha los movía suavemente.

Se apoderó de ellos y los juntó para exponerlos aún más de lo que la prenda ya lo hacía, los suaves y rosados pezones se mostraron tras el encaje del corsé, provocando que su boca se humedeciera deseosa de lamerlos, morderlos y chuparlos hasta que se saciara.

—Debería… Alessandro… debería buscar tu pastel —pronunció Samantha como pudo, sentía que se derretía.

—El pastel puede esperar, preciosa, pero yo no.

—Pero… se suponía que.

—Lo haremos… Todo lo que planeaste, todo lo que dijimos antes lo haremos, te lo prometo. Solo no me pidas que me detenga ahora porque no tengo la voluntad para hacerlo… Te deseo tanto que siento que puedo morir si no me dejas tenerte en este momento —pronunció con la voy muy grave, mirándola a los ojos.

Las palabras de Alessandro encendieron una hoguera en medio de sus piernas, jadeó ante su intensidad y la oleada de reacciones que tuvo su cuerpo, la humedad y los temblores que se hicieron presente en su feminidad, le anunciaron que estaba igual que él y no podía hacer nada

para detener el deseo que la embargaba, solo dejarse llevar.

—No lo hagas entonces… no te detengas. Tómame, Alessandro, toma todo de mí. —Su voz estaba cargada de anhelo y lo besó.

Alessandro abarcó su espalda con las manos, que le dieron caricias demandantes y marcaban la hermosa piel blanca de su novia, la escuchó gemir dentro de su boca y se movió bajo ella para hacerla consciente de la erección que había provocado en él y pedía ser liberada.

Ella se movió para quedar más cerca, creando apenas el espacio para que su mano pudiera deslizarse por el pecho de Alessandro y con agilidad abrió el botón de su pantalón. Después deslizó la cremallera mientras seguía besándolo con pasión. Se abrió camino hasta hallar la tensa hombría que palpitó ante el primer roce que le brindó, y de la boca de Alessandro salió un gemido que ahogó con su lengua.

Eso disparó el deseo dentro de su cuerpo y su mano envolvió por completo la erección para brindarle suaves masajes, disfrutando de su calor, de su textura y cada estremecimiento que le entregaba cuando sus dedos presionaban la base y rozaban a la vez los testículos tensos y llenos, los mismos que guardaban la simiente de Alessandro.

—Samantha… necesito estar dentro de ti —pidió, intentando no dejarse ir ante la dulce tortura que le brindaba, ella podía ponerlo de rodillas solo con tocarlo y llevarlo al borde más rápido que ninguna.

—Dame tus manos —pronunció contra sus labios, abandonando lo que hacía pues se le había ocurrido algo más. Alessandro obedeció sin chistar, era evidente que estaba ansioso por la unión y ella iba a complacerlo. Se las llevó a los senos, ejerciendo presión—. Me encanta cuando me tocas así… tus manos son perfectas, me vuelven loca.

Lo escuchó gemir al tiempo que apretaba sus senos, eso provocó que también gimiera y percibiendo la necesidad en él supo que no debía alargar más ese juego. Se separó de Alessandro y bajó, pero no para alejarse sino para ponerse de rodillas, comenzó a bajarle los pantalones, al menos a la altura que le permitiera tener la comodidad que necesitaba.

—¿Quieres estar dentro de mí? —inquirió, acercando su boca a la potente erección mientras lo miraba a los ojos.

Él cerró los párpados, tragando en seco y esa fue la respuesta que Samantha necesitaba para dar riendas sueltas a sus deseos. Envolvió con sus dedos el pene que vibró cuando ella lo apretó para llevarlo a su boca, justo en ese momento le entregó una gota brillante y transparente que humedeció la cima del sonrojado, provocativo e hinchando glande.

Posó sus labios sobre la cima, gimiendo cuando el sabor de Alessandro se deslizó por su lengua e inundó su boca, sus labios descendieron por la longitud erecta casi hasta llegar a su base. Él estaba muy excitado y aunque ya en muchas ocasiones le había dado sexo oral, nunca lo había sentido tan grande en su boca.

—Samantha —susurró, abriendo los ojos y posó su mirada en ella.

La imagen era tan erótica, verla allí apoyada en sus rodillas de manera que podía ver su espalda envuelta por el corsé y las preciosas nalgas que el panty apenas cubría balancearse cuando hacía más rápido el movimiento de su boca, era maravillosa. Sentía como sus testículos se tensaban y su miembro palpitaba contra la lengua de Samantha, dejando escapar un poco más de humedad, gimiendo junto a ella cada vez que su lengua llegaba a ese sensible espacio debajo de su glande.

—Creo que está creciendo, señor Bonanzierri —expresó después de un jadeo, cuando lo llevó hasta el fondo, sintió que poco faltó para tenerlo en su garganta—. Apenas puedo tomarlo entero.

Él sonrió ante las palabras de Samantha y le acarició el cabello mientras se movía quedando al

borde del sillón para que tuviera mayor libertad. Sintió la mano de ella cerrarse entorno a su glande presionado al tiempo que sus labios y su lengua dibujaban un camino a lo largo de su erección, se estremeció cuando ella dejó caer un par de besos lentos y húmedos en cada uno de sus testículos.

—¡Maldición! —exclamó curvando los dedos de sus pies.

—¿Estoy haciendo algo mal? —preguntó ella, fingiendo inocencia pues por las reacciones de Alessandro, sabía que era todo lo contrario.

—Aparte de estar matándome… no, estás haciendo todo de maravilla, tanto que si continuas así voy a terminar derramándome como un mocoso precoz —respondió arrastrando las palabras.

—Bueno… me detengo entonces —mencionó, levantándose.

—¡Samantha no hagas eso! Me encanta lo que estás haciendo, preciosa… —Su tono de voz era suplicante y vergonzoso, como si fuera precisamente un chico, al que le dan sexo oral por primera vez.

—Te va a encantar aún más lo que pienso hacerte ahora —dijo sintiéndose completamente segura y osada, llevó las manos al panty que llevaba con la intención de quitársela.

—No, no lo hagas. —La detuvo y ella lo miró sorprendida, él le entregó una sonrisa y continuó—. Déjatela puesta, Samantha… ven aquí y no te quites nada. ¿Sabes? He descubierto cierto fetiche por tu ropa interior, me gusta mucho verte desnuda, pero tengo cierta fascinación también por verte llevando esas coquetas prendas que usas. —Mostró su sonrisa y le ofreció sus manos para atraerla hacia él.

—¿Te gustan mis conjuntos de ropa interior? —Se sorprendió.

—Sí, cada uno y sin excepción, incluso las más sencillas me calientan de un modo que apenas puedo controlarme cuando te veo, tienes un cuerpo hermoso y tan provocativo… es perfecto.

Llevó las manos a su cintura, cerrándolas para levantarla y ponerla en sus piernas. La sintió temblar y él la acompañó cuando su erección rozó la seda húmeda del panty; se sintió satisfecho y muy feliz al saber que ella se había mojado mientras le daba sexo oral, ser consciente de que disfrutaba darle placer, era extraordinario y quiso recompensarla.

Deslizó lentamente la tela a un lado y movió sus caderas para buscarla; sintió que su mano lo guiaba justo al lugar que deseaba, gimió cuando se hundió entre los pliegues voluptuosos y resbaladizos que lo cubrieron por completo. Lo que vino después de eso fue el baile más sensual y maravilloso que Samantha podía brindarle. Los movimientos enérgicos que le imprimía a sus caderas le arrancaban temblores, jadeos y gemidos en cada ir y venir, haciéndolo subir de manera vertiginosa hacia la cima del placer.

Hundió su rostro en los senos de Samantha cuando ella comenzó a ser recorrida por los primeros espasmos de su orgasmo y su interior lo presionaba, exigiéndole desbordarse. Gemía luchando por no dejarse ir aún porque deseaba entregarle más que un solo orgasmo, aunque tuvieran toda la noche, él siempre había procurado darle al menos un par antes de liberarse.

Samantha seguía estremeciéndose a causa de la ola de placer que la recorrió, sus caderas habían cobrado vida propia lanzándose sin cohibición alguna en obtener su propio clímax mientras buscaba darle uno igual a Alessandro, pero no pudo contenerse y esperar por él. Movió sus dedos entumecidos que se aferraron a la nuca de su novio y con suavidad la acarició, sintiendo temor de haberlo lastimado pues prácticamente estuvo a punto de desnucarlo.

Antes que pudiera ser consciente de su realidad, sintió como Alessandro la movía como si fuera una muñeca de trapo, la hizo ponerse de rodillas sobre el sillón y la instó a bajar la espalda. Ella apoyó los codos sobre el espaldar del asiento y lo miró por encima del hombro, justo antes que Alessandro la penetrara de nuevo con una estocada directa y potente que la hizo jadear, lanzó

la cabeza hacia abajo y su cabello cayó como una cortina a ambos lados, mientras todo su cuerpo era barrido por placenteros estremecimientos.

—Si… si pudieras verte, Samantha… —Empujaba en su interior siendo constante y certero, bajó para darle un beso en la espalda y el movimiento lo hizo llegar muy profundo. Ella jadeo y él gimió contra la piel sonrojada y bañada en sudor—. Eres tan hermosa, tan sensual… perfecta para mí —susurró besándola de nuevo, sin dejar de moverse.

Ella no podía hablar pues de sus labios solo salían gemidos y jadeos, mientras que sentía cómo todo su cuerpo se iba convirtiendo en una inmensa supernova, que amenazaba con estallar en cualquier instante y hacerla pedazos.

Alessandro se irguió una vez más y comenzó a empujar con mayor fuerza dentro de Samantha, mientras sus dedos se hundían en la delicada piel de esas nalgas por las que deliraba, manteniéndola firme ante el choque de sus cuerpos. La visión de la prenda íntima aún en ella, que se estiraba tanto como podía para permitir que él gozara de la libertad de penetrarla, más la visión de sus cuerpos uniéndose, lo llevó a desahogarse con esa intensidad que solo ella podía brindarle, algo completamente fuera de este mundo.

Capítulo 59

Minutos después estaban tumbados en el sofá, intentando recuperar el ritmo normal de sus respiraciones y de los latidos de sus corazones que corrían tan rápidos como caballos salvajes. Samantha dejaba caer suaves besos sobre el pecho de Alessandro, mientras sonreía sintiéndose tan plena y feliz que se había olvidado del pastel y el resto de sus planes, no quería separarse de él. Mientras Alessandro disfrutaba de los besos que su novia, le acariciaba con suavidad el cabello, y a momentos, también besaba la espesa cabellera castaña que aún estaba húmeda por el sudor que los había cubierto a ambos.

Después de un rato, Samantha se puso de pie y con la ayuda de Alessandro terminó de desvestirse, él también lo hizo para estar más cómodo, sabía que la noche apenas comenzaba y la ropa estorbaría más adelante. Se quedó en el salón y cerró los ojos tal como ella le pidiera antes de dirigirse a la cocina, no podía dejar de sonreír imaginando lo que haría Samantha, su escritora era una caja de sorpresas.

En cuanto vio que Alessandro cumplía su palabra de mantener los ojos cerrados, corrió hasta la cocina para buscar el pastel, lo sacó de la caja con cuidado y encendió las veintiséis velas que había puesto, mientras su corazón latía emocionado como pocas veces. Respiró profundamente antes de tomarlo y caminó despacio hasta el salón, solo el resplandor que emitían los leños ardiendo desde la chimenea y las dos lámparas de mesa junto al sillón le iluminaban el camino.

—Feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños a ti… feliz cumpleaños, Alessandro, feliz cumpleaños a ti —cantó, mientras bajaba para dejar el pastel sobre la mesa, quedó de rodillas mostrando una sonrisa.

Alessandro abrió los ojos en cuanto sintió su presencia cerca y la felicidad lo desbordó hasta hacerlo flotar. Era cierto que justo en ese momento extrañaba tener a sus hermanos y a sus padres cantándole el cumpleaños, que sus amigos y demás familiares también estuvieran a su alrededor, entregándole sus mejores deseos.

Sin embargo, Samantha parecía llenar ese vacío de una manera especial, no era por completo, pero sí mucho más de lo que él pudiera imaginar y eso lo hizo sentir diferente. Cuando ella se fue a Florencia horas antes, la nostalgia lo invadió y todo el dolor que llevaba meses conteniendo reventó los diques, lanzando afuera un torrente de lágrimas que no lograba detener, no hasta que sin saberlo se quedó dormido arrullado por la suave brisa del campo.

Cuando despertó se sentía agotado, vacío y sin ánimos para nada, ni siquiera para el tan ansiado pastel que Samantha le entregaría sobre su cuerpo. Pensó que solo se dejaría llevar para obtener un desahogo, un encuentro casual que carecería de la pasión que desbordaban. Lo que más necesitaba era sentirse acompañado esa noche.

Se equivocó por completo pues, Samantha le demostró que los hilos de su deseo eran manejados por ella, y nada más entrar a ese lugar y leer la nota lo había encendido, aunque nada de eso se comparó con lo que siguió después. El baile, sus besos, su manera de seducirlo, sus caricias ¡Su perfecta manera de entregarse, de rendirse! Y después todo eso, su melodiosa voz cantándole y su hermosa sonrisa que iluminaba los ojos cafés. Ella hizo que la tristeza lo dejara por completo y lo llenó de una felicidad que no esperaba tener ese día.

—Pide tus deseos, Alessandro. —Sonreía y lo miraba atenta.

Él la miró fijamente por varios segundos mientras le sonreía y una serie de imágenes de los

dos, se adueñaron de su cabeza como los fotogramas de una película; en ese instante, Samantha, lo abarcó todo y fue su corazón quien dictó el primero de sus tres deseos.

«Te quiero siempre conmigo, Samantha… que mi familia vuelva a confiar en mí y se sientan orgullosos… y regresar a Roma, a mi vida, a mi mundo y hacerlo siendo solo yo.»

Después de haberlos pensando se acercó al pastel y sopló con fuerza, apagando casi las veintiséis velas en su totalidad a la primera, pero algunas se resistieron y en medio de la risa que Samantha le contagió le llevó varios segundos terminar. Ella aplaudió con entusiasmo y después dejó caer una lluvia de besos en su rostro; él que desde hacía algunos años había llegado a la conclusión de que la mujer perfecta no existía, empezó a ponerlo en duda al tener a Samantha.

Se sentó sobre la alfombra y tomó la cucharilla que había dejado junto a la espátula para cortar el pastel, se disponía a cumplir con la tradición de hacerlo como correspondía al cumpleañero.

—¿Vamos a comerlo aquí? —preguntó con una sonrisa, mientras un leve sonrojo cubría sus mejillas, calentándolas.

—Sí… ¿Quieres hacerlo en otro lado? —contestó con una pregunta, mirándola a los ojos mientras sonreía.

—Ok —respondió ella, poniéndose de pie.

—¿A dónde vas? —inquirió al ver sus intenciones de alejarse.

—A buscar algo para cubrir la alfombra o de lo contrario terminaremos manchándola de chocolate —dijo de manera casual y cuando vio el desconcierto en la mirada de Alessandro comprendió que él no recordaba lo que le había prometido esa tarde—. A menos que usted desee un cambio de planes, señor Bonanzierri. —Su tono de voz tenía un tinte sugerente, después se dobló para acercar su boca al oído de su novio—. Lo cual sería una verdadera lástima porque yo me muero por comer ese pastel directamente de su cuerpo.

Percibió el temblor que recorrió a Alessandro, y eso la hizo sentir la mujer más hermosa, deseada y sensual del mundo. Se alejó lentamente y cuando su mirada se encontró con la suya fue como si algo hiciera explosión dentro de su cuerpo, era tal la intensidad que esa mirada zafiro le entregaba, que ella sintió que se derretía por dentro y el deseo se deslizó hasta el último rincón de su ser.

—Los planes siguen intactos, señorita Steinberg —pronunció con la voz tan ronca que parecía el rugido del mar en una tempestad.

Ella le entregó la mejor de sus sonrisas y giró con un movimiento ágil como los de las bailarinas, para después caminar con su sensualidad innata, sintiendo sobre ella la mirada de Alessandro hasta que dobló en el pasillo a su derecha. Abrió el armario y tomó una sábana, una cobija gruesa y un par de almohadas pues presentía que una vez más dormirían en el piso. Pasó por la cocina para buscar la segunda botella de Brut, pues de la primera no quedaba casi nada, aunque se sentía un poco mareada confiaba en que podía disfrutar de unas dos copas más.

—Tenemos una botella más. —Alessandro se sintió emocionado y ansioso cuando la vio regresar con las sábanas y el Brut—. ¿Tendrás resistencia para otra más, Samantha? —preguntó lanzándole el reto.

—Tengo resistencia para esta botella y para todo lo que propongas esta noche, Alessandro —respondió consciente del reto en sus palabras, se puso de rodillas lentamente, mirándolo—. Así que… dime. ¿Quién comienza? —preguntó con una seductora sonrisa.

—Deme eso, señora escritora y prepárese para quedar cubierta de chocolate de pies a cabeza —respondió y tomó la botella de sus manos.

Ella dejó libre su risa favorita y lo torturó con un leve roce de labios, para después comenzar a tender la sábana y sobre la cobija, al tiempo que Alessandro se encargó de acomodar las

almohadas. Mientras se tendía de espaldas sentía como todo su cuerpo vibraba presa de un temblor que nacía en su interior y crecía a cada instante, al igual que lo hacían sus deseos y sus expectativas, dejó libre un suspiro posando su mirada en Alessandro.

Él estaba completamente hechizado por los encantos de Samantha, y ante esa rendición absoluta y hermosa que le entregaba, poniendo a su corazón a latir como ninguna, ella lo llenaba de una manera distinta, especial. Mostrando una sonrisa cargada de picardía procedió a cortar un trozo del pastel, el metal se hundió con facilidad en la suavidad de la masa hasta llegar al centro húmedo que desbordó chocolate oscuro.

—¿Dónde puedo ponerlo primero? —preguntó observando el cuerpo de Samantha, disfrutando del sonrojo que pintó la piel de su novia ante sus palabras—. Quizás aquí, tus senos son tan hermosos y provocativos… Sin embargo, no es lo único que me gusta de ti. Tu cintura también es hermosa, a lo mejor debería ser allí. —Se detuvo como si analizara la situación, y podía ver el movimiento de su respiración acelerada, volvió a mirarla a los ojos—. Si viajo más hacia el sur… si disfruto de mi pastel de chocolate en ese otro lugar tuyo que me vuelve loco, Samantha —sugirió con una sonrisa ladeada.

—Alessandro… por favor —suplicó ella, sentía la piel en llamas y las palpitaciones en su centro la estaban enloqueciendo.

—Tu boca… empezaré por tu boca —mencionó, tomando una pequeña porción con la cucharilla—. Me encanta cuanto tus labios tiemblan antes de besarnos, ver como muerdes el inferior cuando me hundo en ti; sobre todo, como se abren para liberar mi nombre cuando te dejas ir, tu boca es perfecta como todo en ti preciosa… así que comenzaré por ella —agregó, dándole el pastel.

Samantha sentía que su corazón latía enloquecido y lleno de expectativas, al ver a Alessandro ofreciéndole el pastel, separó sus labios para recibirlo y gimió por el dulce sabor. Lo miró a los ojos disfrutando más del espectáculo que le entregaban sus oscuras pupilas dilatándose, que del postre en sí. Pero nada de eso se comparó con lo que sintió después al saborearlo de su boca, cuando él sin previo aviso se acercó y la besó con pasión, su lengua empujó la suave masa que se deshacía con mayor rapidez gracias al movimiento.

—Me encanta… quiero más… dame más, Alessandro —pidió cuando se separaron y ya no quedaban rastros del postre en su boca.

Él dejó ver una sonrisa seductora mientras la complacía, de nuevo disfrutaron de un trozo de pastel en medio de excitantes besos que los deleitaban más que el dulce y avivaban el deseo que corría por sus cuerpos. Alessandro tomó con sus dedos parte del chocolate que brotaba del centro y los llevó a su pezón, deslizándolo para cubrirlo y después dibujó una línea hasta la unión de sus senos. Repitió la misma acción con el otro pezón y cuando los tuvo ambos oscuros por el chocolate, dejó que su lengua se deleitara con ellos y en compañía de sus dientes y labios, puso a Samantha a temblar y gemir.

Lentamente fue disfrutando del cuerpo de Samantha cubierto con el dulce sabor del chocolate, mientras sentía que nunca había disfrutado tanto de su pastel de cumpleaños. Viajó con labios y lengua por la tersa piel de Samantha que se erizaba cada vez que la bañaba con su aliento, no necesitaba tocarla siquiera para sentir la ansiedad y el deseo haciendo estragos en el cuerpo de su mujer.

«Tu mujer, Alessandro, Samantha es tuya… como no lo ha sido ni lo será de ningún otro. Dile que la deseas, que te vuelve loco, que te complace como no lo hace otra mujer… dile que…»

Él pensamiento se cortó en ese momento y Alessandro sintió su corazón casi detenerse, contuvo el aire y fijó su mirada en el rostro sonrojado y colmado de satisfacción de Samantha.

Los latidos de su corazón se dispararon cuando soltó el aire de golpe, llevó sus manos a la estrecha cintura de ella y la envolvió en un gesto posesivo. Samantha abrió los ojos y posó su mirada en Alessandro, el placer no le permitió ver el aturdimiento que se había apoderado del semblante de su novio, sonriendo llevó sus manos para cubrir las de él.

—Bésame —pidió, acariciándole las manos con suavidad.

Alessandro encontró en ese beso la tabla de salvación ante la tempestad que lo azotaba internamente; la besó con pasión y sintió como las manos de Samantha se esmeraron en acariciarlo. Recorriendo con la punta de los dedos su espalda, sus hombros hasta llegar a su cuello y sujetarse, impidiéndole que sus bocas se separan.

Había algo especial en ser quien se dejaba besar, ceder el mando y recibir lo que ella estaba dispuesta a entregarle. Nunca lo había hecho, ni siquiera en sus primeras experiencias pues para no quedar como un inexperto actuaba de manera desaforada. Ya no necesitaba demostrar nada, ella sabía lo que podía hacer, incluso lo que deseaba, pero que no se atrevía por respetar su cuerpo y darle el tiempo que le prometió.

—Te necesito… Alessandro… te necesito —susurró, en medio de besos, sintiendo que su cuerpo era una hoguera.

—Aún no termino con usted, señora escritora… ni con mi pastel. —Le entregó toques húmedos de labios y deslizó sus manos por su esbelto torso—. Date la vuelta, preciosa, todavía me falta disfrutar de tu hermosa espalda y todo lo que hay debajo.

Samantha contuvo el aliento y se tensó, pero no de miedo sino ante la expectativa que despertaban las palabras de Alessandro en su cuerpo, entregándole una sonrisa detrás de la que se ocultaba la mezcla de dudas y deseos, hizo lo que él le pedía. Rodó quedando sobre su estómago, acomodó sus brazos de forma que su barbilla descansó sobre el cruce de ambos y suspiró con ensoñación.

—¿Algo más, señor actor? —Lo miró por encima del hombro.

—Mucho más… de ti deseo mucho más, pero todo a su tiempo —contestó pues no le había pasado desapercibida la primera reacción de Samantha tensándose por su petición.

La sonrisa en ella se hizo más amplia y suspiró de nuevo mientras dejaba que su cuerpo se relajara, poniéndose una vez más en sus manos. Sintió que le acomodaba el cabello hacía un lado, retirándolo de su espalda y después sus dedos húmedos de chocolate se deslizaron por su columna desde la nuca hasta llegar al final, justo encima de su trasero.

La sensación era exquisita y tan sensual, mucho más después que ese camino fuera dibujado por sus labios y su lengua que dejaban a su paso un leve rastro de humedad que hacía que su piel estuviera más sensible, haciendo que su cabeza diera vueltas y no era por el efecto del Brut, eran sus besos y sus caricias lo que la embriagaban y la dejaban deseando más a cada instante.

—¡Alessandro! —exclamó sorprendida, cuando sintió el mordisco que recibió su nalga derecha. Estaba tan sumergida en el placer, que no esperó algo así de su parte, se movió para mirarlo, entrecerrando los ojos al ver la radiante sonrisa que tenía pintada en los labios.

—¿Qué? —preguntó en un tono inocente, pero la risa contenida la hacía vibrar y su mirada brillante lo delataba.

—¿Cómo qué? ¿Acaso te has convertido en un caníbal? —Le cuestionó intentando parecer seria, pero esa risa de niño travieso la derretía y también sonrió.

—Bueno… Te dije que hoy te comería completa —contestó, encogiéndose de hombros y con rapidez mordió la otra nalga.

—¡Alessandro! ¡Pero no era literal! —exclamó, sintiendo el leve y dulce dolor que viajó por su cuerpo y humedeció su vagina—. ¡Oh por…! —Su voz fue ahogada por un jadeo, cuando

sintió la lengua de él, deslizarse por la unión de sus glúteos.

Samantha tembló integra al sentir el suave roce del músculo húmedo y caliente deslizarse por sus labios inferiores. Por instinto elevó sus caderas, saliendo en busca de los besos de Alessandro; gimiendo y jadeando al sentir el toque posesivo que ejercieron sus fuertes manos para mantenerlas estables. Cerró sus párpados con fuerza al sentirse a las puertas de un extraordinario orgasmo.

Comenzó a balbucear entre gemidos el nombre de su novio y llevada por el deseo abrió un poco más las piernas para que él tuviera mayor libertad. La explosión de su cuerpo la hizo temblar y solo fue consciente de Alessandro que bebía todo el néctar de su cuerpo, de sus fuertes manos presionando, su aliento y su respiración acelerada, podía sentirlo en cada espacio de su cuerpo, dándole ese inmenso placer que la elevaba al cielo, haciéndola inmensamente feliz.

Conteniendo su propio desahogo que pendía de un hilo, recibió la liberación de Samantha, su lengua y sus labios hicieron derroche en ese lugar que se moría por llenar de otra manera, ya no podía esperar. Lentamente fue dejando caer besos en la espalda de su novia, dándole tiempo para que se recuperarse del orgasmo, sus ansias no habían sido satisfechas del todo y sus besos se convirtieron en suaves mordidas que iban dejando pequeñas marcas en la piel nívea que en ese momento lucía un brillante sonrojo.

Los temblores no abandonaban su cuerpo mientras gemía cada vez que los dientes de Alessandro se cerraban con suavidad sobre su piel, y después un leve roce de su lengua buscaba darle alivio. Su cuerpo una vez más despertaba al deseo en medio de esos estímulos y cuando él mordió su nuca le provocó un placer tan contundente, que supo en ese instante que estaba lista para entregarle cualquier cosa que le pidiera.

—Me estás matando. —Suspiró al sentir que él mordía de nuevo ese lugar y después su cuello —. No puedo más… no puedo más, Alessandro, hazlo… tómame, por favor, calma este fuego que arde dentro de mí y me enloquece —suplicó con la voz ronca.

Se movió para mirarlo por encima de su hombro, nunca pensó que algo así sucedería, pero en ese momento disfrutó de la sonrisa arrogante que le entregó y le parecía la más sensual que hubiera visto. Suspiró y le ofreció sus labios a cambio que al fin le diera eso que deseaban. Gimió cuando él atrapó su boca en un beso intenso y profundo, un beso que incluso se volvió rudo cuando Samantha le jaló el cabello para tenerlo más cerca y él hundió sus dedos en la suave piel de su cuello.

Él terminó el beso y la cubrió con su cuerpo dejándola boca abajo, rozando con su pecho la tersa piel de su espalda mientras disfrutaba del roce de sus pieles cubiertas de sudor. Dejó caer un par de besos detrás de su oreja, los mismos que la hicieron temblar mientras cerraba los ojos al sentir la presión que ejercía la firme erección de Alessandro en la división de su trasero, y la manera cómo movía las caderas, haciéndola resbalar en medio una y otra vez, ella jadeó sintiendo que el cuerpo entero le hormigueaba ansioso y dispuesto a entregarse.

Lo sintió moverse y apoyar uno de sus antebrazos a su costado por lo que dedujo que la tomaría en ese momento, intentó no tensarse pues sabía que él le haría daño si su cuerpo no estaba listo para recibirlo. Le extrañó que no intentara lubricarla al menos, pero confiaba en él; ni loca le diría que ya una vez lo intentó, y no pudo pasar de sentir el primer roce, por el temor que le resultaba salir lastimada, respiró profundamente y se quedó muy quieta.

—No lo haremos… no hoy, pero gracias por demostrarme que tú también lo deseas, Samantha —susurró contra su cuello, besándolo.

Ella suspiró aliviada al tiempo que sentía que un enorme peso la abandonaba, deseaba experimentar con todo con él pues la animaba a entregarse como nadie más. Sin embargo, quería

que la experiencia fuera maravillosa y no acabara en un desastre como le ocurrió antes, no soportaría que él la mirase con la misma decepción que mostró el estúpido de Francis cuando ella se negó a hacerlo.

Alessandro movió sus piernas para juntar las de Samantha dejándola en medio de las suyas y se acomodó bajando hasta una altura donde pudiera tomarla de esa manera, mientras dejaba caer suaves besos en la espalda de su novia y disfrutaba de todos los suspiros que le entregaba.

La sensación de las nalgas firmes y redondas contra su abdomen era maravillosa y despertó ese deseo incontrolable que lo recorrió de pies a cabeza con contundencia, respiró el olor de Samantha que estaba concentrado en su nuca, delicioso y suave, igual a ella.

Llevó una de sus manos hasta el seno derecho de Samantha y lo masajeó hasta hacer que el pezón se irguiera, con la otra se ayudó para entrar en ella y gimió al sentir lo húmeda que estaba. Hundió su rostro en el cabello castaño, gimiendo y dejó caer un par de besos, ella tembló ante sus primeros embistes, después jadeó al tiempo que empujaba sus caderas hacia atrás para llevarlo más adentro.

—Te siento tan perfecto… me encantas, Alessandro.

—Somos perfectos el uno para el otro… nunca he deseado a nadie… como te deseo a ti, Samantha. —Dejó caer las palabras en su oído, besando la piel sensible tras su oreja.

Sus caderas mantenían un baile suave y constante que a cada instante avivaba el fuego que ardía en ellos; abandonó el pezón de Samantha y viajó hasta ese sensible brote en medio de sus piernas, que la enloquecía cada vez que sus dedos le daban suaves toques. Comenzó a acariciarlo y Samantha gimió con fuerza, mientras les imprimía mayor contundencia a sus movimientos de caderas, saliendo a su encuentro y provocando que él apretara los dientes para no correrse en ese instante.

—Es tu turno, llévame dentro de ti, preciosa… muévete como sabes —susurró besándole el cuello, al tiempo que, se apoyaba sobre la punta de sus pies y uno de sus brazos para quedar recto como una tabla. Dándole la libertad para que ella se moviera a su antojo y se arrancara ese orgasmo que pendía de un hilo.

Samantha jadeó ante sus palabras y su deseo hizo explosión en medio de sus piernas, de inmediato la ola de humedad la invadió y le dio la facilidad para tomar a Alessandro como él le pedía, con fuerza. Sus caderas empezaron a empujar hacia atrás y cada golpe que sentía sobre su trasero eran ansias que se iban acumulando en su interior.

Sentía que estaba a punto de perder la razón y que el orgasmo que escalaba dentro de ella era mucho más de lo que quizás podía soportar. Pero lo deseaba, como nada en el mundo deseaba dejarse ir y llevarse a Alessandro, que entraran juntos a ese lugar mágico y perfecto, que sus corazones latieran siendo uno solo.

—Te siento… te siento palpitar dentro de mí… Alessandro, estás en cada espacio de mi cuerpo… ¡Oh, Dios mío! ¡Alessandro! —exclamó sintiendo el primer asalto contundente de su novio.

—Quiero quedarme en ti… ser parte de ti. —Fue lo único que él pudo decirle mientras la penetraba, sintiendo que le entregaba todo.

Sus cuerpos hicieron derroche hasta que, por fin, el orgasmo los atrapó a los dos al mismo tiempo, y los llevó girando dentro de un torbellino de placer, haciéndoles conocer alturas que, hasta ese momento, no habían alcanzado.

Su unión fue perfecta y como si sus almas hubieran estado sincronizadas también lo fue su liberación, completamente exhaustos se dejaron caer tendidos sobre la alfombra, riendo mientras disfrutaban de esa sensación que los colmaba.

∞∞∞

Después de dos horas la segunda botella estaba vacía y ellos no paraban de reír, Samantha al sentirse completamente ebria y Alessandro divertido al verla así, pues ella le había asegurado que podía soportar perfectamente, cada una de las copas que se sirvió. Ella gateó hasta donde estaba sentando y con lentitud se sentó sobre sus piernas, dejándolas en medio de las suyas, llevó sus brazos hasta el cuello de Alessandro y se lo quedó mirando.

—Es usted el hombre más apuesto que he visto en mi vida, señor Bonanzierri —esbozó, mostrando en su tono los efectos del alcohol.

—Y usted es la mujer más hermosa que yo he visto en la mía, aun estando borracha, es preciosa —expresó mientras sonreía y le acariciaba la cintura.

—Yo no estoy borracha —se defendió, negando con la cabeza y sus cabellos se movían de un lado a otro.

—Ah, ¿no? —preguntó él, elevando una ceja.

—No… al menos, no estoy ebria por el Brut, en todo caso lo estaría por usted y… —Se detuvo sin saber que palabras usar para explicarle lo que sentía, suspiró y acunó el rostro de Alessandro—. Tengo… tengo miedo de lo que pueda llegar a sentir después de esto, de no poder nunca saciarme de ti… de darte tanto que no pueda recuperarlo, yo… quiero seguir siendo dueña de mí, de mi voluntad... tener la fortaleza para decirte que no cuando deba hacerlo, Alessandro te estás metiendo en mí de tal manera que… me da miedo —confesó mirándolo a los ojos, sintiendo que el corazón estaba a punto de saltarle por la boca, las lágrimas inundaban sus ojos y maldijo al licor por hacerla hablar de eso que no deseaba reconoce, pero que era una verdad tan grande como el lugar que los rodeaba.

Él se quedó en silencio y la miró fijamente, sintiendo que su corazón estaba a punto de estallar de tanta felicidad, la emoción que lo colmó fue tan poderosa que lo hizo temblar como un hombre que presiente que su vida está a punto de cambiar.

—Samantha… yo… —Ella lo detuvo, posando un par de dedos sobre sus labios mientras lo miraba a los ojos.

—No digas nada… no lo hagas y deja que este momento se quede aquí, suspendido en este mundo perfecto que compartimos —le rogó con la voz ronca por las lágrimas.

En un gesto que buscaba desesperadamente recoger las palabras que había dejado escapar, se acercó a él y lo besó con intensidad, intentando alejar de ella esa sensación que le estaba quebrando el pecho. Ella no soportaría tener que dejarlo sabiendo que eso que tenían era mucho más, era mejor ignorar lo que le estaba pasando, antes que fuera demasiado tarde para decir adiós, cuando el momento llegara.

Lo único que deseaba en ese instante era que el tiempo se detuviera y quedarse para siempre aferrada a él, sintiéndose feliz, segura y plena, sin los miedos y las dudas que la torturarían después, cuando todo terminara y ella ya no lo tuviera.

Capítulo 60

La semana siguiente al cumpleaños de Alessandro transcurrió sin mayor novedad, así que solo se dedicaron a disfrutar de la su relación y los hermosos paisajes que los rodeaban como venían haciendo hasta el momento. Salían a pasear a caballo, nadaban en la cascada, cocinaban juntos, veían películas y mientras Samantha se concentraba en escribir, Alessandro leía alguno de sus libros e incluso había comenzado a leer algunos capítulos de ese que ella estaba escribiendo.

Aquello ocurrió en dos ocasiones cuando al despertar solo en la cama salió a buscarla y la encontró dormida en el sofá del estudio, mientras la portátil le mostraba el documento en el que había estado trabajando. Las letras de Samantha tenían un hechizo especial que lo atrapaba y justo en esas dos veces, lo agarró leyendo su manuscrito.

Sin embargo, más que molestarse por descubrirlo invadiendo su privacidad, se mostró expectante ante sus reacciones y le pedía que fuera objetivo al decirle qué le parecía, ¿qué le podía decir que no fueran halagos? Se preguntaba él mientras la miraba con una sonrisa, pero al ver las dudas en la mirada de Samantha, se tornaba serio y le hablaba de los detalles que le gustaban y como en lo poco que leía podía sentir la intriga que se iba tejiendo en cada escena.

Samantha sonreía feliz al notar que ambos concordaban en lo mismo, que cada cosa que deseaba platear, él la captaba a la perfección. Después de unas horas subían a su habitación y una vez más la pasión los envolvía, invitándolos a entregar sus cuerpos sin reservas hasta que el sueño los arropara de nuevo.

En ese momento ella estaba en el estudio escribiendo la escena final, mientras Alessandro daba su paseo diario con Misterio. La satisfacción y la felicidad la invadía a medida que la idea principal se concretaba y todo el círculo cerraba de manera perfecta, su corazón latía verdaderamente emocionado pues una vez más sentía que el don de la escritura estaba en ella.

Lo terminó y se quedó varios minutos releyendo el último capítulo, sintiéndose muy satisfecha con el resultado, así que entró al navegador para ir a su correo y enviarle el archivo a su agente. Vio que en la bandeja de entradas tenía varios mensajes, los fue descartando, dependiendo de su importancia y al final llegó a uno de la editorial donde le pedían que se comunicara a la mayor brevedad posible, esas palabras hicieron que un peso se alojara en su estómago.

Miró el reloj que marcaba las cuatro y quince de la tarde, calculó con rapidez la hora que sería en Nueva York, serían las diez y quince de la mañana. Tomó su teléfono móvil tecleando para buscar el número de teléfono de su editor, antes de marcarlo pensó en llamar a Jaqueline, seguramente se comunicaron primero con su agente.

Se mordió el labio inferior dudando a quien llamar primero, declinó el de su editor porque hablar con Douglas a veces resultaba agotador, se instalaba por horas a charlar. Era un gran profesional y un hombre muy un inteligente, pero tenía un hambre voraz por el chisme, y en cada conversación la dejaba al tanto de la vida de medio Manhattan.

Optó entonces por marcar al móvil de su amiga, pero de inmediato su llamada fue lanzada al buzón de mensajes, lo intentó un par de veces más obteniendo el mismo resultado y no le quedó más opción que discar el número de su editor.

—Hola, Douglas ¿cómo estás? —Lo saludó con entusiasmo.

—Buenos días, Samantha ¡Hasta que al fin logramos dar contigo! Necesitaba hablarte con urgencia.

—¿Ocurre algo? —preguntó, llenándose de preocupación.

—¡Por supuesto! Por eso precisamente te pedí que te comunicaras conmigo cuanto antes. Te envíe el correo ayer y en vista que no respondías estaba por hacerlo de nuevo.

—Bueno, aquí estoy, dime lo qué sucede por favor —pidió, respirando hondo para no exasperarse, odiaba que Douglas diera tantas vueltas a la hora de hablar.

—Bien… bien no tienes que estresarte, se supone que has pasado casi un año de vacaciones.

—Solo han sido ocho meses —aclaró, en tono serio.

—Como sea, ocho meses, un año ya desearía yo tener al menos un par de semanas. Ok, te cuento. Ayer se reunió la directiva para evaluar los lanzamientos del último trimestre del año y a muchos le sorprendió ver que no había nada tuyo entre las propuestas. Por supuesto, les expliqué que tú estabas de vacaciones y que habías incluso enviado un comunicado a la editorial para que estuviéramos al tanto.

—Lo hice justo antes de salir del país, incluso estuve en las oficinas principales y hablé con Timothy al respecto —le confirmó ella.

—Lo sé, hermosa, te despedí y te deseé un feliz viaje. La cuestión ahora es que ellos desean que regreses cuanto antes y que les hagas entrega de algún libro para lanzarlo a finales de año.

—¡No! —exclamó ella sin dejarlo continuar, llenándose de terror.

—Samantha… comprendo que la debes estar pasando de maravilla, pero esas fueron las órdenes que la directiva y me las dieron para que te las hiciera llegar, dicen que la licencia de un año es demasiado y que tu contrato, específica claramente, que debes entregarnos al menos una obra por semestre y este año no hemos recibido la primera, ya estamos a finales de agosto, lo que quiere decir que tú debiste hacerme entrega de algún manuscrito para finales de mayo y no lo hiciste.

Las palabras de Douglas calaron en sus oídos llevándola a la peor de las desesperaciones, sintió que el aire se le atascó en el pecho y las lágrimas inundaron sus ojos. Ella no podía regresar a América, no todavía. Aún le quedaba tiempo y era muy pronto para dejar de ese lugar, muchos menos a Alessandro y terminar con lo que tenían.

—Samantha… ¿Sigues ahí?

—Sí… sí, aquí estoy, Douglas —respondió y respiró profundo para retener las lágrimas, después tragó intentando pasar el nudo en su garganta que amenazaba con asfixiarla—. La verdad me siento sorprendida por todo esto que me dices, suponía que mi licencia por el año sabático que solicité también dejaba claro que no publicaría nada durante el mismo. Además, la editorial ha sacado la segunda edición de dos de mis obras con escenas inéditas y eso le ha generado ventas hasta donde sé; por lo tanto, no han tenido pérdidas —Dejó ver su molestia, no iba a permitir que la manejaran.

—La directiva está al tanto de todo eso, Sami, hice bien mi trabajo les expliqué con detalle cada punto, pero aun así ellos te quieren aquí y quieren un libro para ser lanzado a finales de año… Sabes muy bien que pueden llegar a ser unos verdaderos desgraciados cuando se lo proponen —dijo con sinceridad.

—Pues lo siento mucho, Douglas, pero no dejaré que controlen mi tiempo como mejor les plazca, llamaré a Jaqueline y ella se encargará de todo —pronunció, con la seguridad que la rabia le provocaba.

—Ya hablé con ella y la verdad… Te aconsejaría que te plantearas regresar, Jackie, tampoco está bien, el maldito de su exmarido se enteró que andaba saliendo con un jugador de Grandes Ligas y la amenazó con quitarle la custodia de la niña si no lo dejaba. Sabes lo terca que ella y pues tratándose de su libertad no quiso ceder… ahora está en Tribunales, luchando por mantener

a Thifanny a su lado mientras el miserable de su exmarido, pretende desprestigiarlas delante de media Chicago, para poder conseguir la custodia.

Esa información había dejado aún más perturbada a Samantha, no tenía ni idea que algo así estuviera pasándole a Jacqueline, ella no le mencionó nada cuando hablaron. La había escuchado un poco taciturna y distraía, pero cuando se lo cuestionó, su amiga solo le dijo que era parte de la nueva rutina de llevar un hogar sobre sus espaldas, y esa explicación la dejó satisfecha, fue un idiota, debió indagar más. Cerró los ojos al notar que la felicidad que la envolvía estando allí junto a Alessandro le impedía pensar en los demás, había sido egoísta.

—No puedo creer que todo esto esté sucediendo… yo… —Se interrumpió sin saber qué respuesta dar o como justificar su actitud.

—Tranquila, tú estás en aquel lugar de ensueño y seguro tendrás a algún apuesto italiano consintiéndote a diario, no es de extrañarse que no pienses en nosotros pobres esclavos asalariados. Igual no puedo dejar que te quedes, Samantha, las órdenes de la directiva son muy precisas, te quieren de vuelta con una obra en mano o revocaran tu contrato y pueden hasta demandarte por incumplimiento.

—¡Ellos no pueden hacer eso! Yo no estoy rompiendo ninguna de las cláusulas, les informé que me tomaría un año sabático por escrito y aceptaron —se defendió sintiendo la rabia resurgir en su interior.

—Sí, pero no has entregado un manuscrito este año y eso está muy claro en tu contrato, no eres una escritora que viene a vender y ya, eres una trabajadora más de la editorial, ellos se comprometieron a respaldar cualquier proyecto que presentes y les aseguraste que los tendrían mínimo dos veces al año… En ese aspecto estás incumpliendo.

—Bueno, si lo que desean es un libro, tengo uno… Te lo enviaré para que lo revises y trabajes en él, después se los presentas y listo ¡fin de la discusión! Yo no puedo regresar a América todavía —sentencio.

—Sabes bien que eso no es posible, yo puedo ir trabajando y quizás darte un poco más de tiempo, pero tú debes estar aquí para la promoción; sobre todo, después de llevar tiempo sin publicar.

—Douglas… yo no puedo. —Su voz se quebró y no pudo seguir.

—Hermosa, es todo lo que puedo hacer por ti… Eres mi escritora predilecta y si no estuviera en verdad presionado ni te molestaría, pero debo dejarte en claro que de esto dependen muchas cosas, no es solo tu contrato, es el trabajo de Jackie y también el mío… Las cosas no han estado muy bien que se diga por aquí, no quiero alarmarte, pero de verdad te necesitamos de regreso.

Samantha sintió que las paredes a su alrededor comenzaron a cerrarse y cada vez le costaba más respirar, la sensación de sentirse atrapada era espantosa, cerró los ojos con fuerza e intentó pasar las lágrimas tragando en seco, pero apenas y podía contenerlas, cálidas y pesadas comenzaron a bajar por sus mejillas.

Después de media hora colgó la llamada y se dejó caer en el sillón, dejando que el llanto la desbordase por completo; apenas había conseguido tener un mes más para estar junto a Alessandro, le habían arrebatado tres de golpe y sentía que eso le dolía demasiado. Tres meses hubieran hecho una diferencia enorme en su relación, incluso les hubiera ofrecido la oportunidad de concretar algo más serio. En tres meses, ella hubiera tenido el valor para plantearse una vida junto a él.

Se obligó a dejar de llorar, a controlarse y tragarse todo el dolor que sentía, no podía decirle nada aún, no podía arruinarlo todo con una declaración como esa, aunque no sabía cómo haría para verlo sin ponerse a llorar y aferrarse a él para que nadie pudiera separarlos.

Envió copia del documento a Douglas, ni siquiera le escribió un mensaje, simplemente el nombre que llevaría el libro en el asunto ***«Miedos»***. Después de eso se puso de pie para subir a la habitación y mientras caminaba por las escaleras se repetía que no debía llorar.

∞∞∞∞

Alessandro llegó cuando el sol ya se ocultaba tras las colinas y pintaba de dorado todo el paisaje, a lo lejos el cielo mostraba un hermoso tono violeta donde las estrellas destellaban con timidez, dándole la bienvenida a la noche. El otoño estaba cerca y el paisaje a su alrededor lo exponía en todo su esplendor como una pintura; llevó a Misterio hasta las caballerizas, lo alimentó y después siguió hasta la casa de Samantha mientras sonreía sintiéndose muy feliz.

Entró mirando a todos lados, pero no la vio, caminó hasta el estudio suponiendo que estaría allí; al minuto salió pues se había equivocado, así que subió las escaleras con rapidez, se moría por tenerla entre sus brazos y besarla. Cuando entró la vio sentada en el diván junto a la ventana, estaba tan absorta mirando el paisaje que ni siquiera se percató de su presencia, él aprovechó eso y caminó despacio para sorprenderla, de detuvo detrás y con suavidad le un beso en la mejilla.

—Te sentí llegar —susurró, cerrando los ojos y disfrutando de ese dulce beso que Alessandro le entregaba.

—¿Sí? Pues parecía que hubieras estado soñando —dijo buscando su mirada mientras sonreía y el gesto se congeló en sus labios.

Samantha notó la reacción de Alessandro y de inmediato se obligó a sonreír, no podía dejarle ver nada todavía, intentaría mantener la felicidad que compartía tanto como les fuera posible. Le acarició el rostro y se acercó para darle un beso en los labios, sintiendo como temblaba ante el roce y su esfuerzo por mantener las lágrimas a raya.

—Es probable que lo hubiera estado… terminé el libro y ya se lo envié a mi editor, espero que le agrade —comentó de manera casual.

—Eso es genial, Samantha, estoy seguro de que le gustará mucho… te he traído algo y creo que no puede ser más oportuno. —De pronto sintió algo de timidez cuando extendió el inmenso y hermoso girasol, posando su mirada expectante en ella—. Para ti Samantha.

Ella se quedó embelesada, mirando la flor más bella que hubiera visto, y aunque no era la primera vez que veía un girasol, para su corazón ese tenía un valor especial. Sintió su pecho llenarse de emoción y esta vez no pudo hacer nada contra las lágrimas que la rebasaron.

—¿No te gusta? Eres… ¿Eres alérgica a los girasoles, Samantha? —preguntó desconcertado por la reacción de ella.

—No… —Negó con la cabeza mientras lloraba y sonreía—. Es hermoso, es hermoso en verdad, Alessandro, y me encanta. Muchas gracias —contestó, recibiéndolo y de nuevo se acercaba para besarlo.

—De nada, preciosa, lo vi y pensé en ti, hay un campo donde seguramente disfrutarías mucho corriendo de un lado a otro —dijo acariciándole las mejillas para secar las lágrimas y la besó.

Samantha intensificó los besos moviéndose para tenerlos más cerca, Alessandro la tomó por la cintura para quedar sentado, llevando a estar sobre sus piernas. En ese momento ella supo que había una manera de ganarle la batalla al dolor que la consumía; necesitaba que él le hiciera olvidar en medio de besos y caricias que cada minuto que transcurría, era uno menos que les quedaba para seguir disfrutando de todo eso.

Cuando sintió el deseo instalado en Alessandro se separó de él, dejó el girasol sobre la mesa

de noche, justo del lado donde ella dormía, después regresó a él, lo tomó de la mano y lo llevó hasta el baño. Ahí le dieron riendas sueltas a la pasión una vez más y solo por esos breves y preciosos momentos, Samantha fue libre de la pena que la embargaba y la felicidad la colmó de nuevo.

∞∞∞∞

Cuando bajaron a la cocina, Samantha no se quedó junto a él como acostumbraba, se excusó diciendo que debía revisar una vez más el documento y ver que todo estuviera bien antes de enviárselo a la gente de la editorial. Sin notarlo le dio a Alessandro una señal más de que algo ocurría, pues antes le había dicho que ya se lo había pasado a su editor y ahora se contradecía; además, esa actitud cuando le dio el girasol no era lo que esperaba, deseaba que ella se emocionara, pero no imaginó que se pondría a llorar; por si fuera poco, después de salir del baño buscó mantenerse alejada de él y siempre le rehuía la mirada.

Pasaron a la mesa después que Alessandro fuese a buscarla al estudio y una vez más la encontró mirando por la ventana, su paciencia llegaba al límite porque sabía que Samantha le estaba ocultando algo y necesitaba saber qué. Aunque también era consciente de que ella odiaba que la presionaran, pero más odiaba el verla sonreír para esconder la tristeza que era evidente en sus ojos. Trató de actuar como si no notara lo que sucedía, pero a cada segundo que pasaba esa molesta sensación de presión en su pecho se hacía más grande e imposible de ignorar.

—No tengo hambre —dijo haciendo a un lado el plato de risotto que apenas había probado.

—Pero… no has comido nada —acotó ella mirándolo.

—Tú tampoco y llevamos quince minutos aquí sentados. —Dejó caer la servilleta de lino, sobre la mesa con desdén.

—Yo… es que estoy un poco distraída… Ya sabes, cientos de ideas dando vueltas en mi cabeza, aun no terminó de soltar la historia del todo, pero no dejaría de comer, me encanta el risotto que haces —dijo sonriendo, pero se reprochó haber sido tan estúpida y evidente.

—Ya está frío y así no es bueno… Tengo una pregunta que hacerte —indicó buscando sus ojos y la hizo mantenerle la mirada—. ¿Qué está sucediendo? Y no se te ocurra decir que nada —dijo con seriedad.

Ella se sintió acorralada y completamente expuesta ante la mirada de Alessandro, de nuevo se producía a su alrededor esa sensación de estar viendo como todo pendía de un hilo y lo primero que hizo fue erguir las murallas que pudieran protegerla. Se puso de pie llevando el plato de risotto con el pretexto de calentarlo en el microondas, huyendo de Alessandro que la miraba como si quisiera leer su mente.

—No sucede nada —mintió y su voz trémula la delató, así que buscó como remediar la situación—. Estoy un poco nerviosa por lo que puedan decir, sabes que tenía casi un año sin escribir nada… y siento como si este manuscrito fuera el primero eso es todo.

—La mitad de lo que acabas de decir es mentira, Samantha. —Se puso junto a ella para mirarla a los ojos, pero una vez más intentó alejarse, él la sujetó por el brazo—. Mírame, por favor, Samantha, mírame —pidió con la voz ronca y el pecho presionado.

Ella elevó el rostro y posó la mirada en la suya, sus hermosos ojos miel no mostraban ese brillo que siempre los bañaba; por el contrario, a punto de ser desbordados por las lágrimas. Sintió que el corazón se le encogía y un mal presentimiento se apoderó de él, pero al mismo tiempo una idea cruzó por su mente, llenándolo de miedo y de una extraña sensación de

felicidad. Acunó el rostro de Samantha entre sus manos, mirándola con detenimiento mientras intentaba organizar sus pensamientos, que solo conseguían gritarle una frase.

—Samantha… ¿Por qué estás tan sensible y retraía? Sé que hay algo que tienes que decirme, pero no te atreves y es evidente que te atemoriza la reacción que yo pueda tener —pronunció, con su mirada fija en la de ella, la vio dudar, así que continuó—: No me excluyas, por favor, sé que algo está sucediéndote y sé que eso también tiene que ver conmigo… necesito que me lo digas o todas las ideas que giran dentro de mi cabeza terminaran volviéndome loco… ¿Acaso tú estás… sospechas que estás? —La palabra no lograba salir de sus labios, pues su mente no terminaba de procesarla, mucho menos asimilarla.

—¡No! —exclamó cuando cayó en cuenta de lo que él suponía, no estaba cien por ciento segura, pero su cuerpo le hubiera dado una señal o al menos eso esperaba—. No, Alessandro, no es nada, físicamente estoy bien y no tengo motivos para sospechar algo así. —Inhaló profundamente, cerrando los ojos para armarse de valor—. Tuve que comunicarme hoy con mi editor en Nueva York…

—¿De nuevo lo mismo? —inquirió molesto y se alejó de ella.

—Sí, lo mismo porque fue lo que realmente sucedió, hoy tuve que hablar con él después de recibir un correo donde me pedía que lo llamara con urgencia. —Dudó entre continuar o no porque la actitud de Alessandro la molestaba; finalmente, tomó aire y continuó, ya no tenía caso dilatar más esa situación—. Necesitan que regrese.

Quizás si ella lo hubiera pateado en las pelotas no le habría dolido tanto, esa sola y simple frase le causó un profundo dolor que nació en su pecho y pareció llegar a cada rincón de su cuerpo. Sin embargo, se aferró a no dejarse llevar por la primera impresión, soltó despacio el aire que se había quedado atascado en sus pulmones y la miró.

—¿Qué respondiste? —inquirió, en tono de voz calmado.

—Yo… ellos necesitan que regrese, Alessandro… —Se quedó callada sin saber cómo contestar a su pregunta.

—Sí, bien… pero… ¿Tú que les respondiste, Samantha? —Las dudas en ella le anunciaban lo peor.

—Mi contrato… me exige que debo entregarles dos historias por año, que ellos publicarían sin pasar por un proceso de selección… soy su escritora estrella y debido a ello tengo ciertos privilegios, pero también responsabilidades. —Se detuvo, evaluando el precio que había pagado durante años por tener todo eso y más aún, el que estaba pagando en ese preciso momento.

Su cabeza hizo un análisis rápido de la situación y llevó todo a una balanza, años de éxitos, millones de admiradores, su independencia económica, su libertad para estar precisamente donde estaba, su oportunidad de decidir si casarse o no, su forma de demostrarle a su madre que podía triunfar en lo que había elegido. Su sueño.

—Es un contrato que muy pocos tienen y por el que luché mucho, no puedo perderlo. Ellos necesitaban al menos tener un libro para cerrar el año, ya les envié el manuscrito que terminé esta mañana, pero… —explicó un poco más calmada y mirándolo a los ojos.

—Te felicito, es algo que mereces y lo digo en serio… pero sigues sin responder a mi pregunta, Samantha. —Alessandro no pudo disimular la molestia en su rostro y en su voz.

Por alguna razón las palabras de Samantha lo habían hecho sentir menos importante para ella, y no quería apresurarse, pero no tenía que analizar mucho para descubrir que estaba siendo menospreciado.

—Mi editor mencionó que comenzaría a trabajar en este y me mantendría informada, que lo más seguro era que la editorial lo publicara para finales de año pues las personas estaban

ansiosas por leer algo nuevo —dijo y esta vez le esquivó la mirada.

—¿Entonces te vas a finales de año? —inquirió intentando que su voz no mostrara lo que estaba sintiendo, la vio negar con la cabeza.

—Dentro de un mes…—contestó con tristeza y elevó el rostro para ver la reacción de Alessandro, pero él no dijo nada y su rostro lucía impasible, así que continuó—. Necesitan que esté allá para la promoción, Douglas quería que fuera antes, pero le dije que no podía…

—¿Por qué no? ¿Por qué debes esperar para irte si da lo mismo un mes o mañana? Nada va a cambiar aquí —dijo con frialdad.

Samantha se lo quedó mirando y tratando de comprender lo que había escuchado, o quizás era mejor decir que no deseaba darle el sentido que claramente tenía ese comentario de Alessandro. Respiró hondo, obligándose a sosegar el latir descontrolado de su corazón y evitar que el pánico la invadiera, caminó hasta él que se mantuvo quieto.

—No quiero dejar este lugar… y no quiero que lo que tenemos termine, al menos no todavía —expresó, mirándolo a los ojos.

—¿Y si te dijera que soy quien debe regresar a Roma y que lo haré mañana mismo? —inquirió con tono frío y distante.

—Eso no es cierto —pronunció ella de inmediato.

—¿Por qué no? —cuestionó, manteniendo su actitud.

—Porque me lo hubieras dicho, tú no me hubieras ocultado algo como eso… no lo hubieras hecho ¿verdad? —preguntó dudando pues la actitud de Alessandro comenzaba a crear un muro entre los dos.

—¿Y qué si lo hago? Después de todo tú pensabas hacerlo…

—¡No! No pensaba… yo planeaba decírtelo —intentó explicar.

—¿Cuándo, Samantha? ¿Un día antes de hacer las maletas? —indicó y esta vez dejó ver toda su molestia y la tensión que lo embargaba.

—¡Por supuesto que no! Pero tampoco quería que estuviéramos lamentándonos desde ya… todavía nos queda tiempo y deseaba pasarlo junto a ti sin tener presente la sombra de nuestra separación —mencionó en un tono conciliador mientras se acercaba a él.

—¡Tiempo, claro!… un mes, quizás quince días —dijo con ironía mientras se alejaba de ella, no podía tenerla cerca o no pensaría con claridad y justo en ese momento debía hacerlo.

—Alessandro ambos sabíamos que esto sucedería en algún momento, ninguno de los dos puede quedarse aquí para siempre, así que no entiendo tu actitud… apenas me enteré hoy y pensaba decírtelo, solo estaba intentando buscar la mejor manera para hacerlo. Pero como siempre tú te adelantas a las cosas y sacas tus propias conclusiones. —Se quedó justo donde estaba, no lo buscaría.

—Perdón, no pensaba que tuvieras una rutina incluso para esto y solo estoy concluyendo lo que es evidente, tienes que irte ¡Perfecto! ¿Por qué esperar un mes cuando puedes hacerlo antes? ¿O acaso esperas que algo cambie en ese tiempo? —cuestionó y se cruzó de brazos, dando la imagen de que no le importaba nada de eso.

—Deseo hacerlo… y sí, puede que esté esperando que algo cambie, que podamos decidir qué hacer con esto que tenemos —mencionó sin dejar de mirarlo, luchando con los nervios que la torturaban.

—¿Esto? —El término le había resultado chocante y peyorativo, pero bien le seguiría el juego, después de todo él había estado muchas veces en situaciones así—. Pues «esto» no va a cambiar, Samantha, seguirá siendo igual si te vas mañana o dentro de un mes. Después de todo eso fueron los términos, ¿o no? —preguntó mostrando indiferencia, él también podía erguir sus murallas y

dejarla fuera.

El dolor le atravesó el pecho ante esas palabras de Alessandro, no comprendía porqué estaba actuando como lo hacía, le había dicho que sentía no haberle contado todo desde un principio y le había expuesto sus motivos. ¿Qué demonios deseaba? ¿Por qué la maltrataba?

Se preguntaba mientras intentaba descubrir algo en su mirada, una veta de dolor parecía haberse instalado en sus ojos y eso le dio una posible razón para que tuviera esa actitud. Sin embargo, no podía justificarlo del todo, a ella también le dolía lo que estaba sucediendo y en lugar de hacerse la indiferente intentaba conciliar las cosas.

—Pensé que nuestra relación podía cambiar… que podíamos mantenerla, incluso desde la distancia. —No pudo ocultar el dolor en su voz, aunque intentó que su rostro no lo reflejara.

—¿Novios por *Skype*? ¡Por Dios Samantha eso es ridículo! —exclamó, mirándola con asombro y una sonrisa arrogante.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo, Alessandro? No tiene que ser todo el tiempo de esa manera claro está, ambos podemos viajar un par de veces al año, incluso más o quedarnos juntos por temporadas…

—Eso no es posible, yo soy un hombre muy ocupado.

—¡Sí, es evidente! —exclamó molesta y frustrada, pero suspiró para calmarse—. Por favor, Alessandro, no seas tan intransigente… no perdemos nada con intentarlo —pidió acercándose.

—Ya te dije antes que soy un hombre práctico, no vivo de fantasías, ni de vídeo llamadas… Si te voy a tener debe ser en el momento, no a través de una cámara, eso no cubrirá mis necesidades, Samantha —pronunció con sinceridad, sabía que eso quizás le dolería a ella, pero de nada le servía hacerla ilusionarse con algo que no tenía futuro.

—¿Qué propones entonces? Yo te estoy ofreciendo una opción y te cierras por completo —mencionó ella con rabia.

—Que dejemos todo como está, como se suponía que sería pues ambos acordamos eso —dijo, aunque solo pensarlo le dolía.

La vio cerrar los ojos y suspirar, estaba a punto de sacarla de sus casillas, intentó ser más directo para que comprendiera que tenía razón.

—Te lo pondré desde este punto: Supongamos que acepto tener una relación estando físicamente separados. ¿Qué pasará cuando te desee y no pueda tenerte? No pretenderás que pase semanas masturbándome solo con tu recuerdo, eso es muy egoísta de tu parte, por eso te pregunto, Samantha: ¿Aceptarías qué compense mis necesidades con otra mujer? —La molestia era palpable en su voz, quizás estaba siendo muy duro, pero tenía que ser así.

El dolor se mezcló con la rabia dentro de Samantha, en cuanto escuchó esa última pregunta de Alessandro. ¿En serio le estaba pidiendo que aceptara que él se acostara con otras mujeres mientras estuvieran separados? La sola idea le dio repulsión, sabía que estaba acostumbrado a llevar una vida así, pero ella no y tampoco lo haría, igual quiso darle a probar un poco de su misma medicina.

—¿Aceptarías qué yo lo hiciera? Porque el hecho de que sea mujer no quiere decir que no tenga necesidades y que no desee satisfacerlas también, Alessandro —cuestionó mirándolo a los ojos.

Él se mantuvo en silencio, pero ella pudo ver perfectamente como intentaba controlar su reacción, fracasó por completo pues la furia contenida en sus ojos y el músculo que le latió un par de veces en su mandíbula lo delataron. Sin embargo, su intención no era incomodarlo, ni crear entre los dos un abismo que los separara de manera irreversible, suspiró pesadamente y cerró los ojos mientras ponía todo de su parte para evitar que esa situación terminara en un

desastre.

—Nos estamos comportando como unos tontos, yo no deseo tener que cederte a otra mujer y es evidente que tú apenas soportas imaginar que me entregue a alguien más… Creo que mi propuesta es la mejor, al menos que desees que nuestra separación sea de manera definitiva —agregó y su voz se quebró cuando las palabras salieron de su boca, al tiempo que sentía que el corazón se le encogía.

—Nada de lo que escojamos será fácil, Samantha —mencionó, sintiendo que podía bajar la guardia y que ella no tenía culpa de lo que estaban atravesando, que eso tarde o temprano sucedería.

—Entonces no lo hagamos ahora… no tenemos por qué decidir nada en este momento, nos queda tiempo y aunque sea poco quiero que lo aprovechemos tanto como podamos, por favor no lo empañemos con discusiones sin sentido —pronunció, mirándolo a los ojos y se acercó a él, tanteando el terreno antes de tocarlo.

Alessandro no le dio chance de seguir dudando si podía aproximarse o no, la atrajo hacia su cuerpo y la envolvió abrazándola con fuerza, mientras hundía su rostro en el cuello cálido y suave de Samantha, la sintió estremecerse al tiempo que se dejaba embriagar por ese aroma que lo llenaba de esa sensación de plenitud perfecta.

Ella también se abrazó a él con fuerza robando toda la calidez que el cuerpo de Alessandro le brindaba, quería que la sensación que en ese momento la recorría se quedara en ella para siempre, aunque sabía que pedir algo así tal vez era demasiado, dejó libre sus deseos una vez más.

Capítulo 61

La relación entre Alessandro y Samantha había llegado a un punto que parecía no tener retorno, los silencios que cada vez eran más habituales ya no resultaban cómodos, la tensión hacía el ambiente tan pesado que parecían vivir con miedo incluso de hablar, y cada vez que sonaba el teléfono de la casa de ella, que últimamente era con mucha frecuencia, ambos sentían que el aire desaparecía de sus pulmones.

Alessandro comenzaba a cansarse de esa situación, no había pasado, por tanto, meses atrás para volver a tener ese sentimiento de zozobra que lo llenaba de ansiedad, eso era lo peor que podía pasarle y él muy bien lo sabía, fue eso lo que lo llevó a caer en su dependencia. Estuvo a punto de decirle que tomara sus cosas y se marchara, cuando su editor la tuvo una hora en una llamada y al parecer habían discutido.

Incluso se sintió tentando a aceptar cualquier cosa que ella le propusiera y ya después verían cómo se las arreglarían para mantener su relación, pero no soportaba ver como Samantha luchaba por no mostrarse ansiosa, eso solo la estaba desgastando y lo hacía sentir un miserable por ser el culpable que ella se mantuviera allí.

Pero entonces llegaban esos momentos perfectos cuando se olvidaban de todo, cuando la pasión alejaba el miedo y las dudas que los azotaban, cuando reían viendo una película, cocinaban juntos o la veía cabalgar tan hermosa y libre sobre Misterio. Le había perdido el miedo de tal manera, que ahora se lanzaba velozmente a través de las llanuras, con la convicción de que su caballo nunca le haría daño.

Había cambiado tanto en los últimos meses, ya no era aquella mujer rígida que parecía estar siempre llevando el uniforme de la guardia real inglesa, había logrado descubrir a una Samantha maravillosa que lo tenía cautivado. Una que la incertidumbre de lo que podía pasar entre los dos o con su carrera le estaba arrebatando, y eso lo enfurecía, al punto que a veces él mismo se portaba como un miserable y un estúpido cuando le discutía por cualquier tontería, no sabía cómo manejar la situación, se le estaba escapando de las manos.

El punto de quiebre llegó esa mañana de principios de septiembre, cuando Samantha en vista de su inminente separación, pensó que debían hacer algo, había llegado el momento de tomar una decisión así que se arriesgó, terminaban de desayunar y ella se encargaba de los platos mientras él organizaba la nevera.

—Alessandro… ayer estuve pensando que quizás nos hemos cegado demasiado y hemos ignorado un montón de posibilidades, no necesariamente tendríamos que separarnos… Es decir, tú tienes una profesión que puedes desarrollar en mi país, seguramente con tu talento y experiencia lograrías encontrar una oportunidad en alguna película o serie de televisión… Tengo algunos amigos que nos podrían ayudar… —decía sin mirarlo directamente y solo probaba con la esperanza que él se mostrara interesado en su idea.

—Detente, Samantha, no sigas porque no estoy en lo más mínimo interesado en algo como eso… Toda mi vida he trabajado aquí y pienso seguir haciéndolo, no me iré a América a trabajar de chofer o de repartidor de pizzas a la espera que alguien tenga la amabilidad de fijarse en mí, y me ofrezca un papel en alguna estúpida película cómica o en alguna serie barata —mencionó, irguiéndose, pues se había agachado para acomodar las verduras en la última gaveta.

—Nadie ha dicho que algo así vaya a suceder… ¿Por qué tienes que mostrarte de esa manera

siempre que te ofrezco una salida? Te digo que tengo algunos amigos en el medio y pueden ayudarte… Douglas, mi editor conoce a medio mundo en Broadway, solo bastaría con que le hablase de ti para que te encuentre una cita con algún director o productor… Tendrías que asistir a algunas audiciones y ya, eso no se llevaría más que un par de meses y no creo que te veas en la necesidad de buscar otro trabajo mientras ocurre, sé que tienes los medios para mantenerte, pero si las cosas se complican me tendrás a mí para ayudarte, viviremos juntos y podría encargarme de todo hasta que encuentres algo que te haga sentir cómodo. —Dejó de hablar cuando vio que él se alejaba, sin decirle nada y salió de la cocina.

Él no podía creer que se ofreciera a mantenerlo y conseguirle trabajo hablando con sus amigos, dejarlos delante de todos con la imagen del gigoló que encontró en Italia y buscaba sacar provecho de ella, «un desconocido en América que se colgaría de la fama de la genial Samantha Steinberg» Eso dirán sus colegas y compañeros de trabajo, no quería ni pensar lo que diría su familia pues si era tan conservadora, estricta y distinguida como se la describía, ellos sencillamente lo rechazarían de entrada. ¿Para qué deseaba Samantha llevarlo a América, para humillarlo delante de todos? Si las cosas iban a ser de esa manera él prefería que esa relación se acabara en ese preciso instante.

—¿Puedes al menos esperar o decirme algo? —inquirió Samantha que había salido de la cocina y lo seguía por el jardín de ambas casas.

Él caminaba sin intención de detenerse, así que ella corrió y lo tomó del brazo para hacer que le prestara atención, pero en cuanto su mirada se encontró con la de Alessandro, se encogió por el rencor que veía en sus ojos y que casi la abofeteó.

—¿Qué me vas a explicar, Samantha? Que deseas que me vaya contigo para tener un títere al que puedas manejar a tu antojo o una conquista que mostrarles a todos ¿sabes qué? No, muchas gracias, pero declino tu ofrecimiento, hace años que renuncié a ser el trofeo de las mujeres de Italia y no pienso convertirme en el tuyo…

—¿De qué diablos hablas, Alessandro? —preguntó desconcertada, mirándolo a los ojos, mientras sentía que él se estaba convirtiendo en un extraño frente a los suyos.

—Hablo de lo que es evidente, pero no pienso ir a ningún lado ni presentarme ante tus amigos y tu familia como el italiano que vas a mantener y a encontrarle trabajo a cambio de tener sexo contigo, no lo hice antes y no lo pienso hacer ahora… Me acuesto contigo porque me gustas y te deseo, pero los demás no creerán eso, ellos pensarán que lo hago para que me abras todas las puertas en América… Y así me consigas el mejor protagónico de mi vida, mi respuesta sigue siendo la misma ¡No! —gritó sintiendo la ira correr desbocada por su cuerpo.

—Yo no estoy… ¡No te estoy persuadiendo de nada! Es solo una sugerencia y si crees que hago todo esto, nada más para tenerte a mi lado como el novio a que deseo lucir, te equivocas. Lo hago porque me pareció una buena idea, no necesito rogarle a nadie para que esté a mi lado y mucho menos a alguien que me conoce tan poco —mencionó furiosa, pero; sobre todo, dolida.

—Si crees que te conozco poco, tú no me conoces en lo absoluto… ¿Cómo se te ocurre decir que me vas a mantener mientras encuentro un trabajo? A estas alturas no dejaría ni que mis padres lo hicieran, mucho menos aceptaría que lo hicieras tú…

—Alessandro, solo fue una manera de decirlo, ya sé que no tendré que hacerlo porque lograrás conseguir todo por tus propios medios, solo te estoy ofreciendo mi apoyo y aun así si llega a darse el caso que deba ayudarte lo haría sin dudarlo y sin pretensiones de ningún tipo.

—¡Me ofendiste y lo sigues haciendo, Samantha! —exclamó y la rabia endurecía sus hermosos rasgos.

—¡Pues tú también lo haces! O acaso piensas que no me duele que insinúes que voy a darte

todo esto a cambio de que te acuestes conmigo ¿crees que no me ofende eso, Alessandro? —preguntó mirándolo con resentimiento y las lágrimas amenazaban con desbordarla.

—Solo estoy haciendo evidente lo que sucederá si me llego a ir contigo y sigo tus planes, te digo lo que la gente no te dirá a la cara, pero a tus espaldas hablarán y créeme esto será lo más decente que comenten. Samantha he estado por muchos años en este medio y es igual en Nueva York, en Los Ángeles o aquí, las personas no verán que nos gustamos y que estamos juntos porque así lo deseamos. Dirán que me estoy aprovechando de ti y que, a cambio de mis favores, haces todo lo que te pida… No te estoy ofendiendo, tú sola lo estás haciendo al pretender que vayamos y le demos esa imagen a todos. —Usó un tono más calmado para hacerla caer en cuenta de su error.

—Se supone que no te importa lo que las personas piensan de ti…

—No me importa aquí porque todo el mundo me conoce y puedo demostrarles que están equivocados, pero allá es distinto; además, no se trata solo de mí, también estás implicada en todo esto… ¿Qué dirá tu familia cuando nos vean llegar juntos y se enteren de lo que planeas hacer? —preguntó mirándola a los ojos.

La interrogante hizo que Samantha se tensará de inmediato y se replanteara todo lo que había pensado y dicho hasta el momento. No se le había pasado por la cabeza la reacción que tendría su familia si llegaba junto a Alessandro y les decía que se iría a vivir con él. No podía hablar de boda porque no le había insinuado nada y ella tampoco se sentía preparada para adquirir un compromiso como ese, así que lo suyo sería simplemente un concubinato, y su madre moriría ante la mera mención, su padre estaría decepcionado e incluso sus hermanos se opondrían probablemente a ello.

—Allí está la respuesta, lo que propones es una completa locura, sería más fácil si en lugar de ello tú vienes a vivir a Italia, pero no te pediré eso porque sería muy egoísta de mi parte, se trata de un cambio muy brusco y creo que ninguno de los dos está preparado para dar un paso así, lo mejor que podemos hacer es dejar todo como habíamos acordado —señaló, sintiéndose dolido al ver las dudas en la mirada de ella que le dejaban ver, que ciertamente él no tenía cabida en su vida.

Una vez más la alejaba y la hería diciéndole que su relación no tenía futuro, ella estaba luchando por aferrarse y a él parecía no importarle. Algo le decía que incluso estaba deseando que se marchara de una vez, para poder regresar a Roma y retomar la vida a la que estaba acostumbrado y no esa tonta rutina que llevaba con ella.

—No aceptas porque tienes miedo… tienes miedo de ser alguien desconocido, de no tener cientos de fanáticas que te adulen y verte expuesto ante una crítica mucho más despiadada que la que estás acostumbrado a enfrentar aquí, y no aceptas porque no deseas estar conmigo, ya te cansaste… ¡Bien, entonces se acabó! Yo tampoco pienso estar junto a alguien que se da por vencido de buenas a primera. Necesito a alguien a mi lado que esté dispuesto a apostarlo todo y no eres ese hombre, Alessandro, que triste es darme cuenta tan tarde —lanzó todo su dolor y su rencor afuera, quería lastimarlo y que sintiera lo mismo que ella sentía, aunque dudaba que siquiera le importara.

Una vez más la decepción reflejada en la mirada de una persona que le importaba le provocaba una herida y una muy profunda; le mantuvo la mirada a Samantha, sentía tanta rabia al ver lo equivocado que había estado con respecto a ella. También estaba decepcionado, pues si él la había defraudado, no podía decir que la mujer que tenía ante sus ojos fuera aquella que lo conquistó y lo hizo sentir tan vivo.

—Tú me llamas cobarde… ¿Quién es la que vive bajo la falda de su madre? ¿Quién es la que

no tiene una vida propia porque se la pasa todo el tiempo complaciendo a los demás? No vengas a hablarme de cobardía, Samantha, no cuando llevas todas las de perder —se burló.

—No te atrevas a juzgarme ni a decirme cómo debo vivir, no lo hagas porque no me conoces, el hecho que me haya acostado contigo no te da poder para que me dictes lo que debo hacer… En mi vida mando yo y no le he permitido nunca a ningún hombre que me diga que hacer, créeme no serás el primero, Alessandro Bonanzierri. —Todo el dolor se transformó en furia dentro de Samantha.

—¿Y tú sí tienes el derecho de hacerlo conmigo? Tú puedes decirme a dónde ir y qué hacer ¡No me jodas, Samantha! —exclamó mirándola con rabia, no pudo seguir conteniéndose.

Ella retrocedió abriendo mucho los ojos, jamás pensó que Alessandro la trataría de esa manera, él siempre había sido un caballero y en ese momento sencillamente no lo reconocía. Sintió algo dentro de su pecho quebrarse a la mitad y el dolor que eso le provocó fue el más grande que hubiera sentido. Sin embargo, no se mostró destrozada ante él, se irguió todo lo que alcanzaba su altura y le mantuvo la mirada, esta vez no había dolor ni rencor, su mirada solo dejaba ver la gran decepción que la embargaba por la actitud de Alessandro.

—Solo te diré algo más, no me busques ni intentes hablarme de nuevo, así te evitas que te siga jodiendo y me ahorras a mí, la penosa situación de seguir creyendo en algo que no vale la pena —sentenció con toda la rabia que corría a través de su cuerpo y le dio la espalda dejándolo allí con la palabra en la boca.

Alessandro intentó decirle algo, pero supo que no tendría sentido nada de lo que hiciera o dijera, había mandado a la mierda toda su relación con Samantha. Había sido un imbécil y un patán al tratarla de esa manera, ella solo buscaba una solución y él de nuevo se cerraba ante cualquier posibilidad, no sabía por qué demonios había actuado así.

Seguía parado en medio del jardín viendo la puerta de la cocina de Samantha, por donde había desaparecido, cerró los ojos y se llevó la mano al cabello para estrujarlo con fuerza y descargar en este y en su nuca parte de la frustración que sentía.

—¡Maldita sea, Alessandro! Esta vez sí lo jodiste todo.

Abrió los ojos y fijó una vez más la mirada en la hoja de madera, aunque sus pies deseaban llevarlo a hasta la casa de Samantha, su sentido común le decía que no era el momento; además, no tenía las palabras para reparar el daño que le había causado a la mujer que se había marchado, dejándolo con esa culpa tan pesada en el pecho. Giró para continuar con su camino y llegar hasta su casa, debían darse un tiempo, eso era lo mejor en ese momento, dejar que las cosas se calmaran y ya después intentaría reconciliarse con ella.

∞∞∞

Las palabras de Alessandro seguían resonando en sus oídos incluso horas después, mientras se obligaba a dejar de llorar, no había hecho más que el ridículo al pensar que a él le importaba la relación que tenían, incluso al creer que en verdad era algo serio. Todo no había sido más que la aventura que lo entretuvo durante el verano y que comenzaba a aburrirlo, por eso estaba desesperado por librarse de ella y no encontró una mejor manera que menospreciando todo lo que le ofrecía. Había sido tan cruel, aunque intentaba entenderlo poniéndose en su lugar y analizando todo con cabeza fría, pero entre más vuelta le daba a su discusión más dolorosa le resultaba la verdad.

La tarde comenzaba a caer cuando en un arranque de rabia tomó su teléfono y llamó a su

agente, para su alivio Jaqueline le atendió y acató todas sus órdenes sin hacer muchas preguntas. Incluso la escuchó aliviada cuando le confirmó que regresaría a América; que necesitaba que le comprara los boletos aéreos.

Una hora después, Samantha, recibía la llamada de Jacqueline que le anunciaba que todo estaba listo para su retorno a casa. Su boleto tendría como ruta Florencia y Toronto, de allí debería tomar otro vuelo hasta Chicago, no pudo conseguir uno directo para los próximos días por el mal tiempo que estaba azotando a su estado.

Eso no representó para ella la alegría que se suponía debía sentir, y aunque intentó estar feliz, apenas si consiguió esbozar algunas palabras, sobre sus deseos de reencontrarse con su amiga y su familia. Además, que en lugar de alivio al saber que dejaría detrás todo lo que había representado Alessandro, su corazón se llenó de tristeza cuando Jacqueline le dio la fecha de su vuelo: Dentro de dos días.

—Bueno, Samantha ya está hecho, en el fondo sabes que esto es lo mejor —esbozó, intentando infundirse valor para no terminar llorando de nuevo, posó su mirada en el paisaje que mostraba ya los colores del otoño y un suspiro trémulo escapó de sus labios—. Es lo que debiste hacer meses atrás, así que no hay motivos para sentirte triste y mucho menos que estás traicionando a nadie, él tomó su decisión y tú has tomado la tuya, es así de simple.

Cada minuto que pasaba tenía que luchar contra los recuerdos de Alessandro, no había rincón de la casa donde no mirase y creyera que podía aparecer en cualquier momento. Caminó hasta el estudio que era donde más tiempo había pasado sola, se concentró en revisar los manuscritos de proyectos que había empezado allí, pero que había dejado de lado porque no la convencían.

Cada cierto tiempo miraba el reloj en la parte baja de la pantalla de su portátil y se sobresaltaba ante el más mínimo sonido que provenía del exterior, aunque esperaba que fuera la puerta principal la que se abriera y escuchar la voz de Alessandro, le había dicho que no lo deseaba cerca, pero se moría porque él apareciera; le dijera que había sido el más grande de los imbéciles y necesitaba que lo perdonara.

—¡Por favor, Samantha! Eso es patético, sabes perfectamente que jamás hará algo así, es demasiado orgulloso y testarudo para dar su brazo a torcer, entre más ilusiones te hagas más duro será tu regreso a la realidad. Alessandro no quiere solucionar nada, si fuera así te hubiera seguido cuando lo dejaste en el jardín o habría esperado un par de horas a que todo se calmara para intentar una reconciliación, pero es evidente que nada de eso le importa… que tú no le importas, así que no tiene que dolerte en lo más mínimo ni preocuparte como se sentirá cuando descubra que regresas a tu país en dos días.

No se equivocaba, esa noche le tocó dormir sola y la cama donde tantas noches habían estado juntos, sin Alessandro se le hacía inmensa y fría. No importaba que la noche afuera siguiese manteniendo la calidez de finales de verano, el aire que la envolvía a ella se sentía gélido y las sábanas heladas sin el calor del cuerpo de su exnovio.

Una vez más el llanto la doblegó e hizo estragos en ella hasta entrada la madrugada, cuando al fin el cansancio y la desolación la anestesiaron hasta dejarla sumida en un profundo, pero inquieto sueño plagados de recuerdo del italiano que ni aun en esos la dejó en paz.

Capítulo 62

Cuando se levantó a la mañana siguiente y vio que él no estaba por ninguna parte, que ni siquiera se había dignado a aparecer para ver cómo había amanecido, su resentimiento aumentó y fortaleció su decisión de marcharse de ese lugar. Se dirigió a la casa de los conserjes y ellos la invitaron a desayunar, no había probado bocado desde el día anterior y la verdad no tenía apetito, pero no podía despreciar a Tina. Además, debía demostrarles que estaba perfectamente bien; de lo contrario, empezarían a interrogarla y no estaba de ánimos para enfrascarse en una conversación que tuviera como protagonista a Alessandro; sin embargo, no pudo evitar llegar a él cuando anunció que se marcharía al día siguiente.

—¿Y Aless qué dice de tu partida, Samantha? —preguntó la mujer.

—Él está al tanto de todo, Tina —mintió, esquivando su mirada.

—¿Incluso que te vas mañana? Creo que había mencionado algo acerca de un mes, cuando le pregunté el otro día pues lo noté acongojado —mencionó con cautela sin dejar de mirarla.

—Algunas cosas han cambiado y debo adelantar mi viaje, pero a él le dará lo mismo si me voy mañana o dentro de unas semanas…

—¿Discutieron? —Más que una pregunta fue una afirmación.

—Dejamos las cosas en claro, no te preocupes, por favor —le pidió Samantha al ver que su semblante se tornaba triste, le dio un suave apretón en la mano e intentó sonreír—. Estaremos bien, ambos tomamos esto como lo que era y nuestras vidas continuarán de igual manera cuando cada uno regrese al lugar donde pertenece, seguramente él también volverá a Roma o quizás decida quedarse un tiempo más.

—Apenas soportaba estar aquí cuando llegó y de no ser por ti hace mucho tiempo que se hubiera marchado, las cosas ya no están tan alborotadas en Roma, Emilia me lo contó hace días cuando hablé con ella… y la noté muy feliz por tu relación con Alessandro. Incluso aplazó su visita para darles más tiempo para compartir como pareja, eso tratándose de mi amiga es casi un milagro, siempre vivía pendiente de su hijo y dejarlo de buenas a primeras en tus manos es asombroso.

Samantha intentó sonreír al igual que ella, pero guardó silencio, no quería seguir hablando del tema pues terminaría haciéndose ilusiones de nuevo, y en ese momento lo que más necesitaba era determinación. Tina pareció comprenderlo pues dejó el tema de lado, en lugar de ello comenzó a decirle todo lo que le daría para que se llevara a América.

Después de salir de allí, se dispuso a la tarea del hacer el equipaje, tenía cuatro maletas aún, había enviado cinco a su casa con la ropa de invierno, pero seguía manteniendo una gran cantidad de prendas y artículos personales, además de una repleta de libros.

La nostalgia la invadió una vez más, cuando vio entre sus prendas el vestido de noche que usó en Varese, así como los conjuntos de ropa interior y los babydolls que había comprado para lucirle a Alessandro. Estuvo a punto de dejar todo porque sabía que cada vez que las viera lo recordaría, pero sintió vergüenza que Tina las encontrara y llegara a la conclusión más evidente; al final se decidió por guardarlas y cuando acabó con las maletas, recordó que le faltaba despedirse de alguien.

Mientras caminaba hacia el establo rogaba para que Alessandro no estuviera allí, se había obligado a no mirar hacia su casa, pero por lo menos tenía la certeza que seguía en la villa

porque su auto estaba en el estacionamiento. Ya sabía que le había pedido que se mantuviera lejos, pero si él de verdad sentía algo por ella, lo menos que podía hacer era el intento de acercarse y obligarla a escucharlo, buscar la manera de reparar lo que había hecho, nada de eso sucedía y a cada minuto su decepción crecía.

Cuando llegó a la cuadra de Misterio lo notó algo intranquilo, aunque por suerte estaba solo, ya le había perdido el miedo y hasta conocía como calmarlo, comenzó hablándole y después le acarició con suavidad la frente y deslizó sus dedos por la larga y suave crin.

—En verdad que soy una masoquista, vengo a verte consciente que hacerlo solo me traerá recuerdos del idiota de tu dueño… ¿Por qué Alessandro tiene que ser tan obstinado, Misterio? ¿Por qué no puede entender que si hago esto es para que permanezcamos juntos… que no quiero separarme de él? Pero no desea lo mismo y me acusa de querer imponerle las cosas, como si en verdad lo estuviera haciendo. —Se detuvo limpiándose una lágrima que rodó por su mejilla y suspiró para evitar que más se le escaparan. Se acercó y le dio un par de besos en la frente, acariciándole la crin—. Te voy a extrañar mucho, gracias por ayudarme a superar mi miedo, siempre tendrás un lugar en mi corazón, Misterio… —Un sollozo le rompió la voz.

Se marchó antes de romper en llanto, solo le dio un último vistazo al animal, que la miraba con sus grandes ojos negros llenos de curiosidad, después de eso salió.

∞∞∞

Alessandro la había escuchado entrar y de inmediato entró en la cuadra junto a la de Misterio, aunque se reprochó el ser tan cobarde y no quedarse para verla y hablar con ella. Después de pasar la noche lejos supo que debía hacer algo para recuperarla, pero no sabía cómo acercarse sin empeorar la situación, ya que después de analizar bien las cosas comprendió que las heridas habían sido infringidas por los dos.

—¿Qué puedo hacer, amigo? Nunca había tenido tantos sentimientos encontrados ni tantas dudas… Si me voy con ella nada me asegura que lo que tenemos aquí se mantenga intacto. Además, está mi familia a la que prometí no defraudar… ¿Qué se supone que estaría haciendo si de un momento a otro les digo que los dejaré para irme a América? ¿En qué lugar quedarían ellos que siempre me han apoyado, que han creído en mí, incluso cuando no lo merecía? Y lo más importante de todo; ¿podré soportar la presión que implica entrar a un mundo de leones como lo es la industria americana?

Comenzó a cuestionarse en voz alta mientras miraba a la nada, sin poder evitar que las imágenes de su familia y la mujer que lo había acompañado en los últimos meses le colmaran la cabeza, inclinando la balanza hacia un lado y hacia otro.

—Si las exigencias que tenía aquí casi me llevaron a provocarme la muerte, no quiero ni pensar lo que haría en mi afán por intentar sobresalir y demostrarle a Samantha que soy capaz de adaptarme a su mundo, podría terminar mucho peor… En el fondo sé que mi estabilidad pende de un hilo muy delgado y que se vería expuesto a zarpazos por doquier estando en América.

Luego de unos minutos decidió buscar a alguien que le pudiera ayudar a aclarar la situación, pensó en llamar a su madre, pero desistió al comprender que no sería neutral; por el contrario, se enfocaría en ponerlo a él como la víctima y a Samantha como la tirana, si debía ser sincero ella era la menos culpable. Por descarte optó en ir a ver a Tina, llegaría para mencionarle algo casual, tal vez con relación a Misterio o para charlar con Jacopo sobre vinos.

La verdad era que no sabía cómo empezaría la conversación, pero debía llevarlo a preguntarle

qué les había dicho Samantha durante su vista esa mañana, pues estaba al tanto de la misma. No pasaron quince minutos cuando se enteró de algo que preferiría nunca haber descubierto, dejó a Tina con la palabra en la boca y salió prácticamente corriendo hasta la casa de Samantha, mientras el aire frío que precede a la tormenta se estrellaba contra su cuerpo.

Se detuvo ante la puerta de la casa que ocupaba la escritora y se cuestionó por un par de minutos lo que estaba haciendo allí, el motivo que le daría para ir a buscarla; ella le había dejado claro que no deseaba que se le acercara de nuevo y quizás era lo mejor.

—No, ustedes no pueden quedar así, no puedes dejar que aquella discusión sea su despedida, ni el recuerdo que Samantha se llevé de su relación. —Respiró profundamente para llenarse de valor y llamó a la puerta con un par de golpes.

∞∞∞

Samantha casi sintió que el corazón le saldría disparado del pecho cuando escuchó un par de golpes en la puerta principal, se disponía a subir las escaleras, pero sus pasos se congelaron en el primer peldaño, le llevó varios segundos y una nueva llamada reaccionar. Caminó despacio mientras les exigía a sus piernas que dejaran de temblar, aunque todo su cuerpo lo hacía, tomó aire y luego lo soltó lentamente, cuando sintió que estaba un poco más calmada giró la perilla y abrió la puerta, encontrándose con Alessandro.

Ella se mantuvo en silencio y él también, solo conseguían mirarse a los ojos, queriendo decir tantas cosas, pero de sus bocas no salía ningún sonido por pequeño que fuera. Él suspiró mientras paseaba su mirada por el rostro de Samantha, sintiendo como si hubiera transcurrido mucho tiempo desde la última vez que la vio, cuando; en realidad, solo habían pasado horas, al fin reunió el valor para hablar.

—Me ha dicho Tina, que te vas mañana —intentó mostrarse relajado, pero el tono de su voz delató lo que sentía.

Ella asintió y le esquivó la mirada, no quería que viera los estragos que las horas de llanto habían causado en ella, mucho menos que verlo frente a su puerta la había llenado de una felicidad que no podía permitirse, no volvería a comportarse como una estúpida, se aclaró la garganta con disimulo antes de responder.

—Sí, así es… salgo mañana al mediodía, tomaré un vuelo desde Florencia hasta Toronto y allí haré una escala para después tomar otro hacia Chicago —intentó mostrarse casual, pero seguía sin mirarlo.

—Entiendo… —murmuró él, aún desde el umbral de la puerta. Su mirada alcanzó a ver las maletas que estaban en un rincón dentro del salón. La imagen hizo que el corazón se le encogiera y la garganta se le cerrara, tragó e intentó mostrarse igual de casual—. Puedes dejar mis cosas aquí, pasaré a buscarlas luego… —La miró de nuevo.

—No será necesario, ya las he recogido todas, pasa y te las entregaré —indicó aun consciente que esa invitación podía tener consecuencias.

Él lo hizo sin plantearse siquiera la idea de seducirla, sabía que podía hacerlo, pero no deseaba solucionar las cosas mediante el sexo; eso no haría ninguna diferencia porque lo suyo hacía mucho había pasado esa etapa, donde solo se limitaban a entregar sus cuerpos. Había sentimientos de por medio y aunque no sabía cómo definirlos; mejor dicho, no se atrevía a hacerlo, debía reconocer que lo que sentía por ella era distinto a todo lo que sintió antes.

Samantha podía sentir la mirada de Alessandro sobre ella, siempre había tenido ese poder de

envolverla y dominarla con solo verla, pero esa no sería la ocasión para que se rindiera. Había tomado una decisión y debía cumplirla, agarró el bolso, luchando porque sus movimientos fueran causales y no mostraran el temblor que la invadía.

—Toma, aquí está todo… son pocas las cosas que tengo fuera del equipaje, así que no se queda nada tuyo en esta casa. —Su tono de voz no fue duro, pero al ver el gesto en el rostro de Alessandro supo que sus palabras sí, igual ya no tenía caso continuar tratando esa situación con guantes de seda, ya todo había quedado claro.

—Gracias… Samantha, ¿no te parece que es muy pronto para marcharte? Sé que quizás te sobren los motivos para irte, pero…

—Me sobran… créeme, Alessandro, que es así; además, ¿qué gano quedándome? —preguntó lanzado su estocada, si él había llegado con la idea de que podía jugar con ella una vez más, pues le demostraría que estaba equivocado.

—Bien… —dijo sin mucho énfasis y tomó el bolso. Se mantuvo un instante solo mirándola, deseando decirle tantas cosas, pero las palabras sencillamente se le atascaban en la garganta.

Supo que era una lucha perdida así que se dio media vuelta y caminó hacia la salida, giró el pomo y abrió la puerta, llevándose la sorpresa de que estaba lloviendo a cántaros. Un suspiro escapó de sus labios al ver que incluso la naturaleza le impedía terminar con todo eso que no lo llevaba a ningún lado, no le importó la idea de mojarse y estaba por salir cuando ella lo detuvo.

—Hazlo mejor por la puerta de la cocina, está más cerca de tu casa.

Alessandro asintió y caminó en dirección a esta, ya no tenía nada que hacer allí, así que ni siquiera se volvió para mirar a Samantha. Era consciente que de hacerlo solo aumentaría el dolor que le laceraba el pecho, suspiró y sin más salió del lugar, sintiendo el choque de las gotas de agua helada, que lo empaparon en segundos.

Capítulo 63

Samantha sentía que el aire se escapaba de su pecho a medida que veía a Alessandro alejarse, su mente le pedía a gritos ir tras él; sin embargo, su cuerpo no lograba moverse, pero ver a través del cristal como él se exponía a la lluvia, fue el detonante de sus emociones. Recordar aquel día cuando se entregaron sin reservas a esa aventura que había sido la mejor que había vivido la hizo reaccionar; acortó la distancia, abrió la puerta y salió corriendo, sin percatarse siquiera del impacto que le produjo la lluvia cuando bañó su cuerpo.

—¡Alessandro! —gritó con el aire que le quedaba.

Cuando giró y vio que Samantha se acercaba, fue como si el sol se abriese paso entre las nubes oscuras que colmaban el cielo, eso no sucedió literalmente, pero a sus ojos fue así. Dejó caer el bolso y recorrió la distancia a grandes zancadas, al llegar a ella la envolvió entre sus brazos mientras se adueñaba de sus labios en su beso que lo abarcó todo, sus lenguas se encontraron en un vaivén que ahogaba gemidos, y sus labios se deslizaban acoplándose, como si hubieran sido creados para ser las partes de una pieza perfecta.

Sus bocas se separaron quedando muy cerca, mientras él apoyaba su frente en la de Samantha, sintiendo como el corazón le latía con una extraña mezcla de júbilo y tristeza. La sensación de saber que esa sería la última vez que la tendría entre sus brazos de esa manera, lo hizo sollozar y buscó calmar su dolor con un nuevo beso.

Dejó que su lengua hiciera fiesta dentro de su boca mientras temblaba junto con ella; la tomó por la cintura para llevarla a dentro de la casa, si seguían bajo esa lluvia que a cada minuto se hacía más intensa iban a terminar enfermando. Llegaron a la cocina en medio de besos y caricias, ninguno deseaba darle tregua al dolor para que los torturara, así que se aferraban al deseo como si fuera su única salvación.

Samantha llevó sus manos al borde la camiseta de Alessandro y con agilidad comenzó a subirla para sacársela, sus bocas solo se separaron ella pasó la prenda por su cabeza, para después lanzarla en un rincón.

Alessandro llevó sus manos hasta la blusa de Samantha, cuya tela traslúcida por la lluvia le dejaba ver su brasier, soltó los botones y segundos después la prenda abandonaba su cuerpo. No perdió tiempo para liberar también sus senos y gimió cuando sus manos rozaron los pezones que estaban duros por el frío.

Ella se estremeció ante el roce y lo abrazó, deseando que el calor la envolviera el calor que brotaba de él, mientras sus bocas mantenían ese excitante intercambio de besos. Siguió su ejemplo y comenzó a acariciarle la espalda, los hombros y el torso por el que deliraba, sus manos se encontraron con la pretina del jean, no dudó en abrir el botón y deslizar la cremallera.

—Samantha. —Su respiración se agitó, cuando sintió que ella comenzaba a acariciar su tensa erección.

—Si esta es la última vez… quiero que me hagas recordarla para siempre… quiero que te quedes grabado en mi piel, Alessandro. —Su voz era una súplica, la más dulce y hermosa de todas, lo miró a los ojos sintiendo como se ahogaba en ese par de zafiros que la hechizaban.

—No será la última… No lo será, Samantha —aseguró algo que tal vez estaba muy lejos de cumplir, pero en lo que necesitaba creer.

Vio como las dudas intentaban apoderarse de ella y antes de permitir que algo así sucediera,

tomó el rostro de Samantha entre sus manos y la besó con tal pasión y devoción que tuvo que separarse minutos después para tomar aire. Dejó que sus manos viajaran hasta el short, era el mismo que traía puesto aquella mañana, cuando leyó la escena de Ronda Mortal y despertó los deseos de hacerla suya encima de la mesa.

La idea se instaló en su cabeza y se propuso llevarla a cabo en ese instante, sujetó a Samantha por la cintura y la sentó sobre la mesa, sin dejar de besarla, ahogando el gemido que ella liberó. Con premura le quitó las sandalias, después abrió los botones del short, ella se apoyó en sus hombros para elevar las caderas y que él pudiera sacarlo.

—Me volviste loco y estuve a punto de lanzarte aquí y poseerte hasta quedar sin fuerzas… Quería saber si podías humedecerte y ser tan apasionada como Deborah… Me has demostrado que ella no puede compararse contigo, tú eres mil veces mejor. —La besaba y la acariciaba enredando sus dedos en el espeso cabello.

—Alessandro. —Fue lo único que logró esbozar, al tiempo que temblaba y sentía que moría de necesidad.

Rodó sobre la superficie lisa y fría, acercándose a él para envolverlo con sus piernas y jadeó al sentir que Alessandro la penetró de un solo empuje, llegando muy profundo. Sus músculos internos se contrajeron de inmediato atrapando el falo rígido y caliente de él, arrancándole palpitaciones y gemidos roncos.

Sus manos se aferraron con fuerza a los poderosos brazos que la envolvían, intentando mantenerse allí y no salir volando ante los fuertes embistes que recibía. Buscó tener una posición más cómoda y le hizo saber con la mirada que necesitaba recostarse en la mesa, sus caderas terminarían resentidas si continuaba así. Él comprendió y la bajó despacio, después deslizó sus manos por las piernas de Samantha hasta anclarlas en sus caderas para atraerla a su cuerpo y hundirse más en ella. Ambos gimieron y cerraron los ojos ante la descarga de placer que les brindó el sentirse tan unidos, sus párpados se abrieron de nuevo, encontrándose con un espectáculo tan hermoso como sensual.

—Eres preciosa, Samantha —susurró él mientras deslizaba su mano por el vientre plano y suave hasta llegar al par de senos que lo enloquecían. Se apoderó de ellos con sutiles caricias mientras sus caderas seguían marcando el ritmo justo para alcanzar el orgasmo.

Samantha se arqueaba ante los azotes que el placer dejaba caer en ella segundo tras segundo, mientras sus labios se abrían para liberar los gemidos y jadeos que era incapaz de controlar. Sabía que estaba cerca y que nada evitaría que se dejara ir en medio de esa tempestad que la envolvía, se aferró a las manos de Alessandro, mientras se deleitaba con la imagen sensual y primitiva que él le ofrecía; sus labios rojos y entreabiertos, su mirada oscura e intensa, el movimiento de los músculos de su pecho que se contraían cada vez que entraba en ella.

Esa visión la hizo salir volando y no fue consciente de nada más que del inmenso placer que se apoderaba de cada fibra de su cuerpo, se tensó y luego comenzó a temblar y sollozar mientras se llevaba las manos al rostro, sintiéndose feliz y viva, aunque fuera solo una vez más.

Cuando regresó, Alessandro aún seguía en su lucha por conseguir su propia liberación, quiso de inmediato ser quien le señalara el camino y empezó a mover sus caderas a contra golpe. Elevándolas para llevarlo tan profundo como le fuera posible, al tiempo que gemía por sentirse colmada de él, tomó la mano de Alessandro que apretaba su seno y se la llevó a la boca, para succionar sus dedos mientras lo miraba.

—Samantha… —Su tono de voz fue tan ronco que más pareció un gruñido y acarició con el pulgar su labio inferior.

Ella tembló y supo que de nuevo estaba muy cerca de tener otro orgasmo, Alessandro tenía el

poder de dárselo con una facilidad asombrosa, y lo más maravilloso era que él pudiera mantenerse por tanto tiempo mientras era arrasada por el placer. Se movió liberando la mano de él al sentirlo tan cerca; una idea cruzó por su cabeza al recordar que a él le gustaba mucho verla mientras la tomaba desde atrás.

—Déjame bajar —pronunció, irguiéndose sobre la mesa y lo besó para borrar la confusión que vio en su mirada.

Se hizo espacio y se puso de pie, dándole la espalda al tiempo que se pegaba a él, rozando con su cuerpo el caliente y sudado de Alessandro. Lo miró por encima del hombro invitándolo a besarla, pero solo le dio un toque de labios y después dobló su cintura. Apoyando sus antebrazos sobre la mesa y abriendo sus piernas para él, se puso de puntillas para elevar el trasero de modo que pudiera alcanzarla y tomarla de esa manera.

Alessandro no dudó un segundo en aceptar su invitación y en un movimiento certero se hundió una vez más en Samantha, llevó sus manos a los hombros de ella al ver que se deslizaba sobre la madera y la mantuvo allí para evitar que se lastimara al chocar contra la mesa, mientras su pelvis rebotaba contra las turgentes y hermosas nalgas.

Ella comenzó a temblar y él supo que estaba a punto de irse de nuevo, así que se lanzó tras su propio orgasmo, imprimiéndole mayor fuerza al ritmo de sus caderas mientras gemidos guturales parecían romperle el pecho y gotas de sudor se deslizaban por su piel. Un primer espasmo lo atravesó y al segundo siguiente una descarga de su esencia colmaba el interior de Samantha, ella gimió y él la acompañó con el mismo sonido mientras se estremecía, hasta dejarse caer exhausto sobre su espalda, hundiendo el rostro en la espesa cabellera castaña.

Ese fue el inicio de lo que sería una noche colmada de pasión y entrega absoluta, como si hubieran hecho un pacto, ninguno mencionó nada con respecto a lo que había sucedido, ni a lo que ocurriría al día siguiente. Se bañaron juntos y descansaron algunas horas, exhaustos no solo por el esfuerzo físico, sino por la noche en vela que habían pasado, pues ninguno de los dos pudo dormir bien.

Bajaron casi a medianoche para comer algo cuando su apetito fue más que sexual, pero terminaron entregándose una vez más en el sillón que estaba frente a la chimenea. Se negaban a hablar de lo que les deparaba el destino, aunque eran conscientes que su separación sería inminente, no tuvieron la valentía de detenerse un instante y hablar sobre eso, se limitaron a esquivarlo de la mejor manera que les era posible y esa no era otra que el sexo.

Ya en su habitación y cuando casi amanecía se entregaron una vez más, pero en esa ocasión no predominó el arrebato, ni el instinto salvaje que se saciaba nada más con el acto físico, esta vez sus sentimientos estaban a flor de piel. No podían seguir huyendo de lo que dentro de pocas horas pasaría; así fue como Samantha no pudo contener más su llanto, lo dejó correr en silencio mientras él estaba dentro de su cuerpo y se movía de manera acompasada, ella estaba perdida en la imagen del hermoso rostro de Alessandro, bañado por la luz plata de la luna que había salido e iluminaba con sus rayos toda la estancia.

Alessandro le entregaba todo en ese acto que era mucho más que sexo, era amor en toda su esencia, tierno y maravilloso, pero al mismo tiempo doloroso porque la hizo consciente que ya no volvería a vivir todas esas sensaciones, que ya no lo tendría de nuevo así. En medio de tantas emociones, admitió que había tenido que llegar hasta ese punto para descubrir que por primera vez se había enamorado, y lo había hecho de un hombre extraordinario, pero al que no podía tener; lo que era peor, al que debía dejar en cuanto el sol saliera.

Sus manos trémulas viajaron al rostro de Alessandro y sus dedos empezaron a acariciarlo con devoción, deseando que esa sensación se le quedara grabada, cuando llegaron hasta sus labios no

pudo evitar sollozar al sentir que algo dentro de su pecho se quebraba y el dolor terminó por desbordarla. Cerró los ojos para que él no la viera llorar y escondió el rostro en su cuello, pero no podía controlar los temblores de su cuerpo ante los sollozos.

Alessandro tuvo que luchar contra las lágrimas que se arremolinaban en la garganta al ver a Samantha llorar así; sentía que él también estaba a punto de dejar caer la coraza que se había puesto y quedar ante ella completamente vulnerable. El placer de estar dentro de su cuerpo se transformó en el más agudo dolor, al saber que esa sería quizás la última vez que sintiera lo que era hacer el amor.

—Samantha… no llores por favor —susurró contra su mejilla, que temblaba ligeramente.

Un nuevo sollozo que escapó de los labios de Samantha y se aferró con sus brazos a él, que no pudo contener sus emociones y también tembló, pero ahogó su sollozo en la mejilla de ella, al tiempo que sus labios se impregnaban de las lágrimas que había dejado correr. La abrazó con fuerza para reconfortarla y con una mano le acarició el cabello, dejando caer suaves besos en todo su rostro.

—No llores por favor… no quiero que nos despidamos de esta manera, no quiero que el último recuerdo que tengamos de este lugar, de todo lo que hemos vivido y de nosotros, sea uno triste… —expresó con la voz ronca por tener que contener su propio llanto.

—Lo siento… lo siento tanto, Alessandro, no me hagas caso soy una tonta. —Se excusó e intentó recomponerse, huyendo de la mirada de Alessandro, que la desnudaba.

—No… no eres una tonta. Samantha, mírame, por favor no te escondas, no lo hagas de mí —le pidió y su voz se quebró en el momento que sus miradas se encontraron.

—No, no lo haré, Alessandro… jamás me escondería de ti, no podría hacerlo porque nadie me conoce como lo haces tú —pronunció, reuniendo la valentía para mirarlo a los ojos.

—Quiero recordarte sonriendo, Samantha, siempre hermosa y libre, sin miedos, dudas ni tristezas… ya sé que mañana te irás… pero esta noche eres mía… aún eres mía. —Esta vez no pudo evitar que el llanto rompiera el dique que había construido para contener su dolor.

Ella tembló ante sus palabras y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero les dio la pelea y evitó que se derramaran porque su dolor aumentaría si lo veía reflejado en Alessandro. Tampoco quería llevarse una imagen de él que le doliera, lo quería feliz y amándola, aunque no lo hiciera, aunque solo ella lo amase y estuviese muriendo por tener que dejarlo.

—Bésame, Alessandro —le pidió, dejando caer suaves toques sobre sus labios—. No me dejes pensar… no quiero pensar, solo sentir… por favor, solo eso deseo —susurró, moviéndose debajo de él y lo encerró entre sus piernas para retomar sus movimientos de cadera.

—Hazme sentir tú también, preciosa… aleja de mí este dolor que es insoportable —pronunció, al tiempo se anclaba en ella.

De esa manera dejaron de lado todo lo que les hacía tanto daño para entregarse por completo a la pasión que los hizo unirse en principio, y a ese amor que ambos sentían pero que carecía de bases sólidas, que los animaran a apostarlo todo y seguir manteniendo ese mundo que los dos se habían inventado.

Samantha se liberó, sintiendo que ese último orgasmo que le dio, Alessandro, sería el mejor que tendría en toda su vida, pues lo había recibido del hombre que amaba y se lo hizo saber cuándo en lo alto del éxtasis, liberó su nombre repitiéndolo como si fuera una letanía que se quedaría grabada en su cuerpo y su alma para siempre. Alessandro sintió una vez más como su pecho se llenaba de emoción y la vida en ese instante junto a ella era perfecta, también se abandonó al mejor orgasmo que hubiera tenido, esbozando el nombre de la mujer que se lo había entregado, que le había dado mucho más que solo placer físico, que le había enseñado a hacer el

amor.

Después de un par de horas la habitación comenzó a llenarse de luz, lentamente los rayos que entraban les anunciaba que había llegado el momento que tanto habían temido. Estaban acostados uno frente al otro, mirándose como si quisieran guardar cada detalle en sus memorias. Alessandro casi podía jurar que había contado todas las pecas que adornaban el rostro de Samantha, mientras que ella podía decir que había identificado la gama de azules que mostraban los ojos de Alessandro, según la luz que los tocara, pero ninguno le gustó tanto como verse reflejada en ellos.

Cuando la habitación estuvo iluminada por completo, Samantha supo que había llegado la hora de despertar de ese hermoso sueño que había durado tres meses. Cerró los ojos y soltó un suspiro pesado, después se giró y se mantuvo un instante allí, a la espera que Alessandro le dijera algo o al menos la tocara, pero él no lo hizo y ella suspiró de nuevo, sintiéndose completamente derrotada. Había perdido el juego y de la manera más desastrosa, abrió los ojos y se levantó sin volverse a mirarlo, caminó hacia el baño obligándose a no temblar, aunque sentía las piernas débiles, no quería llorar y luchaba contra el nudo en su garganta que apenas la dejaba respirar.

Él la vio darle la espalda sin siquiera dedicarle una sonrisa o una palabra, después se puso de pie y se alejó, ignorándolo por completo, ni una sola vez se volvió para mirarlo mientras caminaba hacia el baño, entró y cerró la puerta tras ella. Deseó no haber estado allí y presenciar ese gesto de Samantha, lo estaba echando de su vida sin miramientos, escuchar cuando le pasó el seguro a la puerta, fue incluso más doloroso que verla caminar desnuda hacia el baño por última vez, se giró quedando de espaldas con la mirada puesta en el techo y sintió que cada latido que daba su corazón se hacía más y más doloroso.

Se levantó negándose a seguir sufriendo de esa manera, él le había pedido a Samantha que alejara la tristeza de ambos y ella lo había hecho; era su turno de darle motivos para que se fuera de allí sintiendo que ese tiempo juntos era lo mejor que pudo haberle pasado en la vida. Se vistió con rapidez y acomodó la cama porque ya se había hecho una costumbre, después de dejar todo listo regresó a su casa para buscar algo que deseaba darle a ella antes que se marchara.

Capítulo 64

El reflejo que le devolvió el espejo a Samantha la hundió en la tristeza, ni siquiera se dio cuenta del momento en que se enamoró de Alessandro, si fue la primera vez que estuvieron juntos, si ya lo estaba o si fue aquella vez en Varese cuando se le entregó como no lo había hecho a ningún otro. Lo cierto era que ese hombre se había apoderado de su alma y de su corazón, que cada vez que se entregaba no era solo su cuerpo lo que le daba, Alessandro se había adueñado de todo.

No pudo seguir conteniendo el llanto, no quería continuar mostrándose fuerte cuando por dentro se sentía morir y sabía que si no lo hacía en ese instante después todo sería peor. La vergüenza y el dolor hicieron estragos dentro de su pecho, así que cerró la puerta con el seguro para que Alessandro no entrara y la encontrara así.

Se llevó las manos a la boca para ahogar los sollozos que parecían romperle el pecho, se dejó caer sentada y cerró los párpados, luchando contra las lágrimas, pero entre más intentaba retenerlas más salían. Se puso de pie después de unos minutos y caminó al baño, mantendría su decisión, nada de lo que dijera o hiciera Alessandro la haría cambiar de idea. El amor la debilitaba, así que se aferró a la amargura que le provocaba saber que había perdido el juego.

Salió del baño y al no encontrarlo en la habitación el sentimiento de rencor se intensificó, acompañado por la decepción que le provocó imaginar que él solo había ido hasta allí para tener su despedida a lo grande, una noche de sexo y nada más. Había tardado cerca de una hora en el baño, pero eso no justificaba que Alessandro se hubiera marchado, su actitud la hizo sentir tan insignificante y estúpida que estuvo a punto de ponerse a llorar de nuevo.

Guardó las pocas cosas que le faltaban por empacar en la última maleta que tenía en su habitación, tomó el bolso donde llevaba la portátil y sus documentos. Antes de salir no pudo evitar mirar por última vez la cama donde se había entregado a Alessandro tantas veces, la llenó de profunda tristeza verla complemente arreglada, como si ahí no hubiera pasado nada.

Estaba por bajar las escaleras y le sorprendió tanto verlo parado en el salón junto a su equipaje, que casi deja caer la maleta que llevaba; después de todo lo vivido junto a él era irónico que le resultara extraño verlo allí. Pero después de haberse reprochado tanto haberse enamorado de él, lo único seguro que le quedaba era mantenerlo lejos, que no se diera cuenta de esa verdad que sentía tatuada en la frente.

—Déjame ayudarte —mencionó y subió con rapidez al ver que Samantha tenía problemas con la maleta que traía.

—No hace falta… solo me tropecé, pero puedo llevarla, no es necesario que te molestes —contestó mostrándose seria.

—Por favor, Samantha, debe estar pesada y para mí no es ninguna molestia ayudarte. —La agarró y le hizo un ademán para que bajara ella.

—Gracias —dijo con cortesía, pero fue distante.

—¡Cuatro maletas! Ves que los hombres no mentimos cuando decimos que ustedes son exageradas para todo —comentó Alessandro, intentando romper el hielo, vio que ella hacía un gesto de desagrado, así que optó por bromear—. Apostaría a que llevas media Europa allí.

—Tienes razón, lo único que me faltó empacar fue al amante —dijo con amargura, después soltó una risa que escondía su dolor al ser consciente de esa realidad—. Lo siento… Lo siento no

quise burlarme de ti, todo esto es tan absurdo —indicó, intentando remediar su acción al ver la veta de dolor que atravesó la mirada de él.

—No te preocupes, ya sé que eres pésima para los chistes —dijo él con una sonrisa que mereció el premio al mejor actor del año.

Ella sonrió, pero él pudo ver que la había herido y eso no era lo que buscaba, no era así como se suponía que serían las cosas. Suprimió un suspiro y se armó de valor para a hablar, pero ella le dio a espalda.

—Bueno… jamás he alardeado de ser carismática; por el contrario, soy bastante reservada y me siento cómoda así, no tengo la necesidad de ser distinta para impresionar a los demás —dijo y se alejó de él.

Alessandro frunció el ceño y apretó la mandíbula para soportar el dolor que sus palabras le habían causado, si estaba buscando herirlo por su decisión de quedarse había tomado el camino correcto. Sin embargo, no desistiría con tanta facilidad, él no era de los que se rendían ante las dificultades; por el contrario, se hacía más fuerte.

—Te preparé el desayuno —pronunció, sonriendo de nuevo.

—No tengo hambre… —Intentó que la rabia que esa declaración le causó, no se notara en su tono.

«¿Acaso él pensaba que con un maldito desayuno y esa odiosa sonrisa que tenía pintada en la cara, que ella deseaba borrarle a golpes, la iba a compensar por lo que estaba viviendo? ¡Qué poco me conoces, Alessandro Bonanzierri! No deseo nada de ti… ¡Nada!»

Pensó, pero lo que en realidad deseaba era gritárselo, aunque eso significaría dejarle ver que se había enamorado de él como una estúpida.

—Además, dentro de poco llegarán a buscarme, mi vuelo sale al mediodía y tengo que estar antes en el aeropuerto…

—Deberías comer algo antes de salir y no te preocupes por el taxi, cancela el servicio, te llevaré hasta Florencia —indicó mirándola.

—¡No! No quiero que lo hagas, eso podría poner al descubierto tu misterioso paradero y yo terminaría involucrada en un escándalo —expresó con determinación y vio en su cara reflejarse un gesto de dolor.

Alessandro inspiró con fuerza y abrió los ojos con asombro al escuchar su negativa; sobre todo, por el tono que usó, fue como si lo hubiera abofeteado. Su paciencia que pendía de un hilo se hizo añicos y caminó hasta ella dispuesto a enfrentarla, no seguiría con el estúpido papel de sumiso solo para hacerla sentir bien, mientras ella lo estaba haciendo mierda. La tomó de la barbilla para obligarla a que lo mirara a los ojos, no con una acción que pudiera causarle daño.

—¿Dónde está? —inquirió, paseando la mirada por su rostro.

—¿Dónde está quién? —contestó con otra pregunta, sintiéndose desconcertada mientras le mantenía la mirada.

—La mujer a la que le hice el amor —señaló con un tono conciliador, no quería terminar con ella en malos términos.

—Querrás decir a la que te cogiste —respondió, disfrazando con sarcasmo la rabia, la decepción y el sufrimiento que sentía.

Él sintió como el dolor le daba un zarpazo en el pecho, y se llenó de ira, su mirada se oscureció en cuestión de segundos y apretó tanto la mandíbula que pensó se le quebraría.

—Samantha… Ya llegó tu…—Tina entró al lugar.

Ninguno de los dos se volvió a mirarla, Samantha podía casi palpar la furia que se desbordaba de Alessandro, pero aun así se mantuvo en su posición, no se intimidó en ningún momento. Sin

embargo, el gesto de desprecio que hizo cuando le soltó la barbilla le dolió mucho, se alejó sin dejar de mirarla de esa manera que le causaba tanto sufrimiento, haciéndola sentir culpable de lo que estaba ocurriendo.

—Perdón… no quise interrumpirlos, le diré al chofer que espere—esbozó Tina con tristeza ante la imagen que le mostraban.

—No es necesario, Tina, enseguida salgo… Ya no tengo nada que hacer aquí —dijo Samantha con resentimiento y salió.

Él se quedó mirando el espacio vacío donde segundos atrás estuvo Samantha, aun no podía creer que la mujer que acababa de salir de allí fuera la misma que lloró entre sus brazos y le dijo que él la conocía como nadie más, que le rogó para que la hiciera sentir; no podía creer que fuera la misma que le hizo conocer el amor.

«¡Te enamoraste de un espejismo, pendejo! Tanto luchar por no caer y viniste a hacerlo de esta manera, das vergüenza Alessandro.»

Los reproches en su cabeza fueron duros y lo lastimaron, pero no estuvieran ni la mitad de cerca de causarle el daño que le provocó Samantha con sus palabras y su actitud. La rabia resurgió con poderío al ser consciente de lo estúpido que fue, ella siempre estuvo clara en su juego, había dejado de ser el trofeo de las italianas para convertirse en el de una americana, que no tuvo siquiera la delicadeza de terminar la relación ofreciéndole que quedaran como amigos.

—Aless ¿está todo bien? —inquirió Tina, al verlo tan callado.

—Sí —respondió con la voz ronca por las emociones que hacían estragos en él, la miró y le dedicó una sonrisa.

Recordó el sobre que había dejado en una de las maletas de Samantha y quiso recuperarlo, ella no merecía que le entregara eso; en realidad, no merecía nada de lo que le había dado hasta el momento, caminó buscando el equipaje, pero ya no estaba, seguramente el chofer se lo había llevado durante el estúpido trance en el que quedó.

—Maldición —murmuró reprochándose lo imbécil que había sido.

No podía ir hasta el auto y revisar todas las maletas hasta encontrar aquella donde dejó el paquete, sin quedar delante de Samantha como un estúpido sentimental. Se sintió frustrado; sobre todo, furioso, no entendía cómo pudo cegarse ante algo tan evidente, para ella todo había sido un juego. Suspiró con rabia y salió, no se quedaría allí haciendo el ridículo mientras ella se marchaba, aunque no la retendría, tampoco le daría la impresión de que le resultaba insoportable verla salir de su vida; por el contrario, lo haría manteniendo la cabeza en alto.

Samantha se obligaba a sonreír y mantenerse completamente casual mientras se despedía de Jacopo y Tina, unas lágrimas intentaron escapar de sus ojos, pero las adjudicó a la nostalgia. Los abrazó con fuerza, agradeciéndoles por todo lo brindado durante su estadía y los lindos detalles que le obsequiaron para que se llevara de recuerdo. Su mirada se encontró con la de Alessandro, que salía de la casa, se detuvo sin saber cómo despedirse, si extendiéndole la mano o dándole un abrazo; después de todo, en algún momento fueron buenos amigos.

—Adiós, Alessandro —le dijo desde la distancia, comprendiendo que eso era más seguro, pues un acercamiento podía remover todos sus sentimientos y los tenía a flor de piel.

Él solo asintió con la cabeza mientras el dolor al ver ese gesto tan frío de Samantha, le laceraba el corazón, esperaba al menos que tuviera la gentileza de despedirse con un abrazo, incluso con un beso; sin embargo, nada de eso sucedió y le dio mayores motivos para sentirse desengañado.

«¡Que me jodan si dejo que te marches de esta manera! Yo no jugaré tu juego, Samantha… jugaré el mío.»

Acortó la distancia entre ellos y tomó a Samantha por el brazo para evitar que entrara al auto, luego la giró hasta hacerla quedar frente a él, ella lo miró sorprendida y de inmediato intentó zafarse, pero reforzó el agarre de su mano, impidiéndoselo.

—¿Qué demonios haces? —preguntó ella y su voz temblaba al igual que todo su cuerpo, con una mezcla de miedo y esperanza.

—No soy de hielo para despedirme de esa manera, señorita Steinberg —dijo con arrogancia, dejando ver su sonrisa ladeada.

Ella separó los labios para protestar y eso era justo lo que él esperaba, ancló la mano que tenía libre en la nuca de Samantha y la atrajo con determinación, de inmediato su lengua invadió el interior de la boca femenina, arrancándole gemidos por la contundencia.

Samantha se tensó e intentó luchar, pero su fuerza no era nada contra la que podía ejercer él; después de ese primer asalto rudo e invasivo, comenzó a suavizar el roce de su lengua y la presión que ejercían sus labios, llevando el beso a un movimiento más lento y seductor para persuadirla que lo aceptara. Gemía y se estremecía en medio de ese beso que amenazaba con robarle la cordura, su mano libre en un principio lo empujaba para liberarse y se gritó mentalmente.

«¡Empújalo, Samantha! Aléjalo de ti… él no tiene ningún derecho a tratarte de esa manera, esto no es pasión es solo su ego herido que quiere vengarse, no te puedes dejar dominar ¡Reacciona! Por favor, no cedas, no lo hagas… no lo dejes ganar… ¡Al Diablo con todo! Que se joda el orgullo; después de esto, no lo verás más nunca en tu vida.

Alejó la mano del hombro de Alessandro, anclándola en su nuca para hacerlo bajar y tener mayor libertad de responder al beso, pero no quiso mostrarse del todo rendida y le hizo pagar ese primer contacto brusco, con un jalón de cabello, agradeciendo que lo tuviera lo bastante largo para cumplir con su tortura. Tiró de los mechones y él gimió dentro de su boca, ella aprovechó ese gesto para posicionar sobre la pesada lengua masculina la suya y rozar con lentitud buscando llegar muy profundo, entrando ella también al juego de seducción y entregándole justo ese movimiento que sabía lo enloquecía.

Alessandro soltó el brazo de Samantha al notar que ella al fin había cedido, se deleitó con ese beso que le sabía a gloria, deslizó la mano por su espalda hasta llegar a la curva de su trasero y la atrajo, pegándola a su cuerpo, acompañándola en sus gemidos cuando sus figuras se acoplaron perfectamente. El aire comenzaba a faltarle, pero él no deseaba renunciar a ese beso, se separó de ella solo unos segundos y retomó de nuevo, sin darle tregua un solo instante.

Samantha tampoco quería terminar el beso y seguía aferrada a él mientras sentía que sus piernas se debilitaban a medida que pasaban los minutos, se había olvidado de todo; apenas podía creer que horas atrás hubiera saciado sus ganas y más le costaba no recordar cuanto rencor había despertado en ella la actitud confiada y relajada de Alessandro. Su único deseo era seguir besándolo y que el mundo se detuviera en ese instante maravilloso y perfecto. Pero muy pocas veces en la vida se obtiene lo que se desea, y Samantha lo supo en ese momento, sintió como Alessandro bajaba el ritmo de sus besos hasta quedar solo en roce de labios y ella se aferró a su autocontrol para no buscarlo.

—Ahora sí… adiós, Samantha. —Su respiración aún era agitada y su frente estaba apoyada a la de ella—. Ve y regresa a tu vida perfecta, te deseo todo el éxito del mundo… que la vida te dé justo lo que mereces —agregó con una mezcla de sinceridad, porque en verdad le deseaba lo mejor, y amargura porque nada de eso sería junto a él.

Ella se mordió el labio mientras temblaba y contenía las ganas de llorar, con su mirada clavada en el rostro de Alessandro y si no hubiera sentido el sarcasmo en su voz al esbozar sus «buenos»

deseos, le habría creído e incluso se hubiera arriesgado a quedarse y a cumplir todos y cada uno junto a él. Por suerte había roto cualquier vínculo que pudiera tener y ya no sentía remordimientos al dejarlo.

—Te deseo lo mismo, Alessandro, sal de este lugar que para ti era tan aburrido y regresa a la vida que tanto te gusta… estoy segura de que volverás a ser el Rey de Roma en cuanto pongas un pie allí —indicó con el mismo sentimiento que envolvía a Alessandro.

Se movió para entrar al auto y esta vez él no la retuvo; por el contrario, se alejó un par de pasos, pero sin dejar de mirarla mientras metía las manos a los bolsillos de su pantalón, Samantha cerró la puerta, se puso los lentes de sol y le dio la orden al chofer de arrancar, sin volverse a mirar a Alessandro.

Capítulo 65

Alessandro vio el auto avanzar, dejando tras de sí una estela de polvo que desdibujaba el paisaje, su mente no terminaba de asimilar que, la mujer que iba dentro había sido aquella que lo hizo tan feliz durante los últimos tres meses. La que le había dado un sentido distinto y maravilloso a su vida, le enseñó lo que era ese sentimiento que llamaban amor, y que durante tantos años buscó en otras mujeres, hasta darse por vencido y pensar que no estaba hecho para vivir algo así.

Samantha le demostró que estaba equivocado, que podía darle mucho más de lo que una vez soñó, pero se había marchado, dejándolo solo y sintiendo que, en el lugar donde debía estar su corazón, solo había quedado un inmenso vacío. No tuvo ni siquiera el valor para mirar la casa que había ocupado, siguió de largo hasta la suya ignorando las miradas de Jacopo y Tina que lo seguían, giró el pomo y abrió la puerta, entró y después la cerró detrás.

Justo en ese momento su mundo se derrumbó cuando fue consciente de la gran soledad en la que Samantha lo había dejado, una soledad plagada de recuerdos de ella, y que aparecían en su mente como los cuadros de una película, cada vez que miraba a cualquier rincón de esa casa. Se dejó caer al suelo, deslizando su espalda por la hoja de madera hasta quedar sentado, recogió sus piernas acercándolas a su pecho y apoyó los codos en las rodillas, mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos azules y el dolor pujaba con fuerza dentro de su pecho, buscando una salida.

—¿Por qué me dejaste? —Un sollozo rompió su garganta antes que pudiera controlarlo y se llevó las manos a la cara para ocultar su dolor.

Su cuerpo se estremecía con fuerza a causa del llanto que brotaba de él. Nunca se había sentido tan vulnerable y perdido, ni siquiera esa mañana cuando despertó en casa de sus padres y todo se había descubierto, aquel dolor, aunque poderoso, no se comparaba con el que le estaba provocando Samantha.

Cada recuerdo que llegaba hasta él venía acompañado de una nueva oleada de lágrimas, que se empeñó en contener en un principio, pero terminó por rendirse al ver que no tenía caso luchar contra estas ni tampoco con los recuerdos de la mujer que amaba y que le hacían trizas el corazón. Se puso de pie, sintiendo la rabia y el dolor correr de manera desbocada por su cuerpo, caminó hasta la cocina y sacó de la cava de vinos una botella.

La abrió con rapidez para después llevársela a los labios y darle un gran trago, que no aplacó en nada el sentimiento que lo embargaba, así que bebió otro más y a ese le siguió otro, pero el dolor y el rencor no disminuían; por el contrario, parecían ganar más terreno a cada minuto que pasaba. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a negar en un vano intento para liberarse de los recuerdos de Samantha; quería borrarlo todo, olvidarse de sus ojos, de sus sonrisas, de sus besos y sus caricias, de esa maldita y exquisita manera que tenía de entregarse por completo, y llevarlo hasta ponerlo de rodillas.

—Tengo que sacarte de mí… tengo que hacerlo, Samantha, tengo que olvidarte —esbozó en medio de sollozos, mientras se limpiaba las lágrimas con brusquedad y de nuevo dejó que el vino, invadiera su boca.

Alessandro sabía que esa quizás no era la mejor manera para olvidarla, pero al menos, esperaba que la borrachera que se disponía a conseguir, lo alejara de los recuerdos de Samantha,

que lo anestesiara al punto de no sentir ese dolor que amenazaba con romperlo en mil pedazos. Una vez más lo torturaba la imagen de ella entrando al auto y largándose de allí, sin siquiera volverse a mirarlo, quería odiarla con todas sus fuerzas, pero entre más se esforzaba por hacerlo, más sentía que crecía su amor por ella.

Se dejó caer sobre el sofá, mientras su cuerpo entero se convulsionaba ante los sollozos que brotaban de sus labios, se llevó el brazo a los ojos para cubrirlos; aunque estuviese solo, no podía con la vergüenza que sentía al estar llorando de esa manera, mucho menos por alguien, para la que no significó absolutamente nada. El cazador terminó cazado por la única mujer a la que jamás creyó capaz de algo así, se suponía que Samantha sería su aventura de verano, la mujer que le calentaría la cama, la que le serviría como compañía para no sentirse tan solo en ese lugar.

—Te volviste mi debilidad… y quiero odiarte, juro que deseo odiarte… pero sé que, si en este instante entras por esa puerta, sería el hombre más feliz del mundo, que la puta alegría no me cabría dentro del pecho y terminaría rogándote que no vuelvas a dejarme… que no lo hagas nunca más. —Su voz apenas se reconocía por el dolor impreso en ella, se llevó la botella a los labios una vez más.

La tempestad que se desataba en el interior de Alessandro le impedía contener las lágrimas, cada recuerdo que llegaba hasta su mente de Samantha solo aumentaban su dolor y amargura. Se suponía que las cosas podían continuar, había decidido que se tomaría un tiempo para organizar su vida que seguía siendo un caos. Y cuando todo estuviera más calmado; viajaría hasta América e incluso la acompañaría en el lanzamiento de su próximo libro, ese del que había sido parte, pues había estado junto a ella en el proceso de creación.

Todo eso tenía planeado decírselo de camino al aeropuerto, pero Samantha sencillamente lo sacó de su vida sin miramientos, lo había abandonado. Quizás en otro tiempo eso hubiera causado una herida en su ego, pero en ese momento su ego valía mierda, porque el verdadero golpe lo había recibido su corazón y por el momento no sabía cómo hacer para sanarlo, así que siguió bebiendo.

∞∞∞∞

Samantha se puso los anteojos en cuanto entró al auto para esconder su dolor, y cerró los ojos para no tener una última imagen de Alessandro que solo le causaría una mayor decepción, no quería verlo quedarse allí tan tranquilo, mientras ella se marchaba sintiendo que el alma se le hacía pedazos, tampoco quería despedirse de ese lugar que le había entregado tanto, pero donde también dejaba una gran parte de ella; la más importante de todas: Su corazón.

No quería mostrarse melodramática pues ese nunca había sido su estilo y no lo sería a partir de ese momento, mucho menos por el simple hecho de haberse enamorado de un hombre para el que no significó nada. Le dolía; eso era cierto, pero tampoco se dejaría vencer porque esa separación no era el fin del mundo, ella podía afrontarla y salir airosa, tenía la fortaleza para hacerlo pues siempre había sido practica y madura, incluso desde que era una adolescente cuando le tocó tomar decisiones que marcarían el rumbo de su vida.

Samantha se aseguraba todo eso mientras lágrimas silenciosas bajaban por sus mejillas, dejando un rastro cálido a su paso, suspiraba para liberar esa presión que estaba a punto de romperle el pecho y evitaba por todos los medios sollozar, pues eso la haría quedar en ridículo delante del chofer, que suficiente había tenido, con ese patético espectáculo del último beso, que le dio Alessandro.

Ese beso que aún le quemaba los labios y le encendía el alma, que seguía moviendo los hilos de su deseo y aceleraba los latidos de su corazón, que ansiaba volver a vivir en ese momento.

—¡Ya basta! —exclamó, sintiéndose frustrada.

—Disculpe, señorita, ¿ha dicho algo? —inquirió en inglés, pero marcado por su acento, la miró por el retrovisor con preocupación.

—No, no solo hablé en voz alta… por favor no me haga caso, continúe. —Le pidió, apenada al ver que él bajaba la velocidad.

—¿Segura? —preguntó de nuevo, aunque la mujer intentaba disimular, era evidente que la despedida con aquel joven la había dejado mal y solo se hacía la fuerte.

—Sí, estoy perfectamente… por favor sigamos, tengo que tomar un vuelo al mediodía y no me gusta llegar con retrasos —indicó con determinación, al tiempo que se acomodaba las gafas oscuras.

Él hombre asintió y posó su mirada en el camino, llevando el auto a la velocidad que traía antes del arranque de la americana; ignoró los suspiros que ella liberaba y los sollozos que a momentos suprimía.

Samantha se volvió a mirar por la ventanilla y el recuerdo de la última vez que pasó por ese lugar la golpeó con fuerza, regresaba en el auto de Alessandro, de comprar las cosas para su cumpleaños. Eso fue todo lo que pudo soportar y a medida que su vista se nublaba por las lágrimas el dique que contenía sus emociones se resquebrajaba, se abrazó con fuerza y hundió su rostro entre las piernas para llorar.

No le importaba si el hombre que conducía la escuchaba, no le importaba si le daba imagen de una tonta americana que se enamoró de un desgraciado casanova italiano. Ya no le importaba nada, solo quería llorar y sacar de su pecho todo el amor que sentía por Alessandro y la estaba matando, quería olvidarse de él.

—Todo estará bien, señora… no llore —aseguró, sintiendo lástima de ella, era tan hermosa y se veía tan frágil.

Samantha sollozó con más fuerza y negó con la cabeza, no podía hablar pues sentía que su garganta estaba cerrada y apenas lograba respirar. Se quitó los lentes y hundió más su cabeza entre las piernas mientras su llanto humedecía la tela de su vaquero.

—Por favor… solo sáqueme de aquí, necesito irme —pidió con la voz estrangulada, manteniéndose en la misma posición.

El chofer se mantuvo en silencio dejándola desahogarse, mientras continuaba con su camino hacia el aeropuerto *Peretola*, para el que ya faltaba poco. La situación no le resultaba extraña pues había visto tanto a hombres como mujeres dejar esa región en las mismas condiciones que la chica, al parecer todo aquel que llegaba soltero allí, salía dejando un amor que los marcaba de por vida.

Después de varios minutos que no logró contar, Samantha consiguió calmarse, ahora miraba a través de la ventanilla, pero ya no lloraba. Se sentía entumecida y vacía, como si acabara de salir de algún tipo de operación y aún la anestesia continuaba haciendo efecto, se había puesto los lentes de sol una vez más para ocultar partes de los estragos que había dejado el dolor.

—Hemos llegado. —Le hizo saber en tono amable.

Ella se volvió a mirarlo sumida aun en el trance, tardó cerca de un minuto darse cuenta de lo que quería decir y al fin se movió para tomar su bolso. El chofer había bajado para ayudar a uno de los trabajadores del aeropuerto con las maletas. Samantha bajó del auto y llegó a donde los hombres estaban, le extendió dos billetes al chofer sin mirarlo a los ojos, intentando esconder tras su cabello el rostro.

—Muchas gracias por todo, tenga y quédese con el cambio.

—Gracias a usted, buen viaje —contestó con una sonrisa amable.

Ella asintió con la cabeza y se marchó junto al trabajador, a quien le indicó que la llevara al cubículo de *Alitalia*. Para su fortuna la fila para chequear sus documentos y el equipaje no estaba muy larga, cuando fue su turno saludó en italiano y entregó su pasaporte, la mujer le respondió en inglés al notar que era americana.

—Tiene reservación para el vuelo a Roma que sale en hora y media.

—¿A Roma? Pensé que sería un vuelo directo a Toronto —preguntó, sintiéndose alarmada de inmediato.

—No, señorita, los vuelos desde esta terminal son a ciudades dentro de Italia o a otras ciudades dentro de Europa, pero no hacia otros continentes —mencionó con tono cortés y profesional.

—Pero… pero mi agente reservó un vuelo hasta Canadá —indicó sintiéndose atrapada.

—Efectivamente, tiene un vuelo con nuestra aerolínea hasta la ciudad de Toronto, pero deberá hacer una conexión en Roma y pasar por migración allá. No se preocupe, no tendrá que esperar mucho, solo serán unas tres horas —informó con una radiante sonrisa.

Samantha se sintió morir, no quería estar ni un minuto más en ese lugar, no quería estar cerca de Alessandro; se armó de valor y soltó el aire de golpe mientras se hacía a un lado para que el chico de la aerolínea encargado del equipaje tomara las maletas y las etiquetara. Recibió con desgano el boleto, sintiendo la frustración correr por sus venas, se dirigió hacia la zona de salidas, pero antes de atravesar la puerta, posó su mirada en la entrada principal y su corazón latía lentamente.

—¡Olvídalo! Deja de estar pensando en estupideces, él no vendrá a buscarte, si en verdad lo hubiera deseado ya estaría aquí… incluso habría interceptado el taxi en el camino —se dijo en voz alta y no pudo evitar sobresaltarse al escuchar a un hombre a su lado hablando en italiano—. Pareces idiota ¡aquí todos hablan italiano! —Se reprochó y tomó su iPod para distraerse, debía buscar una lista de reproducción que no le trajera recuerdos.

Finalmente comenzaron a llamar para abordar el vuelo, durante la hora que había estado allí no dejó de volverse buscando a Alessandro, cada vez que su corazón se anteponía a su cerebro, sabía que era complicado que él apareciese allí, ya que solo podían ingresar con un boleto, pero incluso tuvo la esperanza de que comprara uno para poder buscarla. Sin embargo, nada de eso había ocurrido y la sensación de dolor fue aumentando a medida que caminaba hacia el pasillo de embarque, justo antes de entrar se volvió para mirar por última vez, sintiendo que el corazón se le rompía en pedazos.

—No llegaste… no lo hiciste, Alessandro —susurró al tiempo que un par de lágrimas cálidas y pesadas bajaban por sus mejillas.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar, sintiéndose tan insignificante, tan desolada y vacía; no había rabia dentro de ella, solo un gran dolor que la estaba carcomiendo por dentro y aunado a ello, la confirmación de haberse enamorado de una mentira. Entró al avión y se acomodó en el asiento que le indicó la aeromoza, para su fortuna el puesto del lado estaba vacío, así que evitaría pasar por la vergüenza de que alguien viera en primera fila el patético espectáculo que estaba ofreciendo.

Cuando llegó a Roma lo primero que hizo fue pasar por migración, tal como le indicó el personal de la aerolínea; luego se dirigió a la sala de espera privada para refugiarse allí. Mientras caminaba, miraba a todos lados y aún no sabía por qué lo hacía, sabía que Alessandro no llegaría hasta allí; si no se apareció en el aeropuerto de Florencia, mucho menos lo haría en Fiumicino.

Después de una hora en la que sintió que enloquecía, decidió ponerse de pie y acercarse a la barra para pedir algo de tomar, su sentido común le sugirió que fuera una botella de agua, pero su lado pasional que justo en ese momento tenía una profunda herida, le exigía optar por algo más fuerte. El guapo joven de cabello rubio y ojos verdes olivo que la atendió, intentó coquetear sugiriéndole una copa de vino, pero la mirada que le dedicó Samantha, lo hizo desistir de inmediato, terminó pidiendo un vaso con vodka y regresó a su asiento.

Al cabo de cuarenta minutos, ya había bebido cinco vodkas y había dejado de llorar, ahora solo se reía al recordar lo estúpida e ilusa que fue, al creer que Alessandro estaba tomando en serio las cosas. Anunciaron la salida de su vuelo y se puso de pie, sintiendo por primera vez los estragos del licor en su interior, se tambaleó un poco intentando mantener en su hombro el bolso de mano.

—Que tenga un feliz viaje —mencionó el joven, que le sirvió los tragos, cuando se aceró a ella para abrirle la puerta.

—Por supuesto, será maravilloso —contestó, con una mueca de sonrisa, guiñándole un ojo y salió.

Cuando se giró para encaminarse al pasillo de embarque, chocó contra un hombre que venía en dirección contraria, había sacado sus documentos y el boleto de abordar, que fueron a parar al piso ante el impacto. Ella también estuvo a punto de hacerlo por el poco control que tenía sobre su equilibro en ese momento; pero los fuertes brazos del hombre la sostuvieron e incluso aprovecharon para pegarla a él.

—Belleza, ten cuidado… podrían ponerte una multa por esto —mencionó, sonriéndole.

Ella se quedó muda y paralizada cuando su mirada se encontró con ese par de ojos hazel que la veían con diversión, una vez más intentó alejarse con razones muchos más poderosas para hacerlo. No podía creer que, entre todas las personas de Roma, viniera tropezar precisamente con Lisandro Bonanzierri.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándola con más de atención.

—Sí… sí, claro discúlpame. —Se alejó, excusándose en buscar lo que se le había caído y escapar así de la mirada del italiano.

—Permíteme —dijo al tiempo que tomaba los documentos, pero antes de dárselos pudo ver la primera hoja del pasaporte—. Lindo nombre, Samantha, un placer, Lisandro Bonanzierri.

Agregó extendiendo hacia ella la mano que tenía libre, mientras le entregaba esa sonrisa tan parecida a la de su hermano, que removió un montón de cosas dentro de ella.

—Encantada… ya me están llamando para abordar…

—¿Regresas a casa? —inquirió, llegando a esa conclusión, sabía que el vuelo que acababan de anunciar de Alitalia saldría a América.

—Sí… ¿Eso de los interrogatorios es de familia? —cuestionó llevada por el alcohol, en un tono que esperaba él no pudiera escuchar.

—¿Decías algo? —preguntó de nuevo con una sonrisa, había oído las palabras de la americana, pero le resultaron extrañas.

—No, no es nada… necesito mi pasaporte y mi boleto o perderé el vuelo y créeme, es lo último que deseo hacer —pronunció con seriedad, extendiéndole la mano para pedírselos.

—Por supuesto, Samantha, que lástima que no sea quien te llevé a casa… quizás podíamos quedar para tomar un café o salir a cenar, estando allá —comentó con una sonrisa seductora.

«¿Eso estaba sucediendo en verdad? El hermano de Alessandro estaba coqueteando con ella ¡Perfecto! Esto precisamente era lo que te hacía falta, Samantha Steinberg.»

Ni siquiera sabía cómo responder a sus palabras, rodó los ojos y casi le arrebató los

documentos. Sabía que él no tenía la culpa de lo que había hecho el desgraciado del hermano, pero que intentara seducirla también, estaba más allá de todo lo que podía soportar.

—Pues no, no estoy interesada —mencionó, dándose la vuelta para marcharse con rapidez.

—¿Acaso algún bastardo italiano te rompió el corazón? —preguntó con sorna mientras le veía el hermoso culo que tenía.

—¿Sabes qué? —Lo afrontó, volviéndose una vez más para verlo de manera desafiante—. ¡Sí! Dale saludos a tu hermano de mi parte, Lisandro —pronunció sin poder seguir controlándose—. Adiós, fue un gusto conocerte.

Aprovechó la conmoción del piloto y caminó a toda prisa por el pasillo de embarque para tomar el avión que la sacaría de allí, poniéndola lejos y a salvo de cualquier hombre Bonanzierri que pudiera cruzarse en su camino. En ese instante la rabia le ganaba a cualquier otro sentimiento dentro de ella, haciendo a un lado aquel deseo que tuvo tiempo atrás de conocer a la familia de Alessandro.

Cuando el avión entró a la pista de despegue, ni siquiera se volvió para mirar la hermosa vista desde las alturas, cerró la ventanilla, pidió otro vodka y al cabo de varios minutos se quedó dormida en su cómodo asiento de primera clase.

No dejes de leer el final de esta historia.



LINA PEROZO ALTAMAR©

Alessandro llegó hasta el lugar después de dos horas, ya muchos de los actores habían pasado y solo quedaba uno que otro novato, los demás eran profesionales; pasaba el mediodía y el equipo de producción se había tomado un receso. En cuanto le vieron llegar le informaron que las audiciones se extenderían al resto de la tarde, así que era un hecho que ese día vería a Samantha, esa certeza hizo que su corazón latiera rápidamente y que sus nervios se multiplicaran.

Procuró mantenerse relajado y se sentó junto a Lucca en el lugar que le asignó la mujer que los organizó, pero al cabo de unos minutos se puso de pie y buscó distraerse con las fotografías colgadas en la pared. Eran de grandes estrellas del cine junto a los dueños de la productora; iban desde blanco y negro mostrando a los actores y actrices de la época dorada de Hollywood, hasta las de colores brillantes con profesionales más recientes, también había músicos y bailarines, le emocionó ver a Rodolfo Valentino y a Marcello Mastroianni, dos de sus grandes inspiraciones.

∞∞∞

Samantha estaba junto al equipo una vez más en el salón de pruebas, le hicieron entrega de un nuevo lote de fichas, esa sería la tercera tanda, donde probablemente estaría los profesionales. Ya los conocía así que no se molestó en revisarlas, incluso refrenó sus deseos de ver si entre estos estaba Alessandro. Quizás y no había viajado, a lo mejor se arrepintió a último momento o solo había hecho todo eso para retarla como siempre hacía, ver que tan dispuesta estaba a formar parte de su juego una vez más.

Pensaba mientras dibujaba un círculo perfecto en la última hoja de su libreta y repasaba la línea una y otra vez, ese tipo de ejercicios la relajaban, mantenían su mente ocupada. Sintió a Jaqueline pasar tras ella y sentarse a su lado, al tiempo que tomaba sus fichas y las ordenaba, la sintió acercarse para susurrarle algo, pero en ese instante la voz que anunciaba a los actores se dejó escuchar una vez más el salón.

Samantha ni siquiera alzó el rostro para ver quien entraba, estaba tan distraída y tensa que hasta sus modales más básicos se habían esfumado, solo dejó libre un suspiro a la espera del nombre; finalmente, la chica encargada de recibir a los actores lo anunció.

—El señor Alessandro Bonanzierri…

Playlist

Per non morire mai – Nek
Elevation —U2
Jaded —Aerosmith
Crazy — Aerosmith
Viva la vida — Coldplay
Just like a pill — Pink
Stupid girl — Pink
So, what — Pink
Spell on you — Joe Cocker
You are so beautiful - Joe Cocker
Up Where We Belong — Joe Cocker
Don't know how — Joss Stone
Put your hands on me —Joss Stone
Parlami d'amore — Giorgia
How it feels to fly —Alicia Keys
A song for you —Michael Bublé
Put your head on my shoulder —Michael Bublé
Quando, quando, quando —Michael Bublé
Love Theme Cinema Paradiso — Ennio Morricone
Game of the love — Santana and Michelle Branch
Vertigo —U2
You Can Leave Your Hat On — Joe Cocker.